

TRILOGÍA DE HAN SOLO

# LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS™

3. AMANECER REBELDE

Un joven Han Solo  
se lanza a la aventura  
para ganar una  
fortuna...  
o perder la vida

*John*  
martinez roca

A. C. Crispin

Lectulandia

El Halcón Milenario es el montón de chatarra más veloz de la galaxia, por lo que cuando Han Solo consigue ganarlo en una partida de sabacc, él y Chewbacca se convierten en los reyes de los contrabandistas, imposibles de atrapar.

Pero con el Imperio aumentando su opresión a diario, Han sabe que su suerte no puede durar. Aun así, cuando un viejo amor que se ha convertido en líder de un grupo insurgente rebelde le ofrece la oportunidad de hacerse con una fortuna increíble, Han no puede resistir la tentación. El plan parece perfecto.

La resistencia a vencer será escasa, los beneficios enormes, y Han y sus amigos los repartirán a partes iguales con los rebeldes.

Por desgracia para Han, el planeta Ylesia dista mucho de ser una presa fácil, los rebeldes tienen sus propios objetivos secretos, y en muchas ocasiones los amigos contrabandistas pueden convertirse en enemigos... a una velocidad superior a la de la luz.

# Lectulandia

Ann C. Crispin

## Amanecer rebelde

Trilogía de Han Solo

ePUB v1.0

jukogo 04.11.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título: Amanecer Rebelde (Rebel Dawn)

Autor: A.C. Crispin

Colección: Trilogía de Han solo N°3

Editorial: Martinez Roca

Páginas: 416

Cronología: 3 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)

Este libro está dedicado a la memoria de Brian Daley.

## AGRADECIMIENTOS

Hace ahora justo dos años, Bantam me pidió que escribiera la historia de la vida de Han Solo en los diez años anteriores a la Guerra de las Galaxias: Una Nueva Esperanza. Me sentí muy honrado, y un poco intimidado por la magnitud de la tarea que tenía ante mí.

Y ahora...está detrás de mí. No lo puedo creer. Durante dos años, he “vivido” en el universo de la Guerra de las Galaxias, viendo las películas una y otra vez, leyendo los libros de referencia, las otras novelas, y hablando con los fans de la Guerra de las Galaxias en convenciones, en foros de chats online, y en firmas de libros. La Guerra de las Galaxias ha sido, literalmente, mi vida.

Resulta divertido decir adiós a todo esto, al menos para el futuro inmediato. Estoy deseando volver a meterme en mi gran trilogía fantástica para Avon, un proyecto que interrumpí (Gracias, John y ambas Jennifers) por hacer estas novelas de Han Solo. Me entristece, también, dejar atrás el universo que he disfrutado tanto. Pero he hecho muchos amigos nuevos que estoy seguro que me mantendrán al tanto del universo del Sr. Lucas.

La lista de personas que me ayudaron con estos libros continúa creciendo. Amanecer Rebelde fue un libro duro de escribir. Sentí que tenía la gran responsabilidad de “preparar el terreno” para el papel de Hans en la película de la Guerra de las Galaxias – y eso es mucho pedir. No podría haber escrito esta novela sin la ayuda de mucha gente. Intenté evitar cualquier error en la continuidad de la Guerra de las Galaxias, pero si existen, son míos. Mí sentido agradecimiento para los siguientes familiares:

Primero y principal, mí querido amigo y experto en asuntos militares, Steve Osmanski. Steve y su mujer Mary han sido mis incondicionales apoyos y no habría podido hacerlo sin ambos.

Michael Capobiano, novio, amigo, compañero. Como siempre, Michael me mantuvo en el buen camino, y vio sobre el terreno tropocientos brechas antes de que llegasen a ser problemas. Sospecho que en este punto nos hemos convertido en dos de las máximas autoridades mundiales en Hutts. Una distinción para estar orgullosos, de verdad;

Rich Handley, Craig Robert Carey (abuelos de Wookies), Mike Beidler, y Pablo Hidalgo, por la información vital recordando el universo de la Guerra de las Galaxias. Gracias, chicos.

Peter, paul, Eric, y Tim de West End Games.

Rob Brown y Curtis Saxton por la información acerca del Halcón Milenario, “el mejor trozo de chatarra en la galaxia”

R. Lee Brown de Estación Echo y Peet Janes de los Comics del Caballero Oscuro.

Mi editor, Pat LoBrutto, que es uno en un millón, y a quien debo una cena de lasaña casera con todas las guarniciones. También, Tom Dupree, por escogerme a mí para trabajar en el proyecto en primer lugar. Y Evelyn Cainto, que mantiene en funcionamiento el departamento editorial de la Guerra de las Galaxias, y que es siempre un oído comprensivo.

Sue Rostini del departamento de licencias de la película de Lucas, que me ayudo inmensurablemente, manteniendo la coherencia con el resto del universo de la Guerra de las Galaxias.

Mis compañeros novelistas de la Guerra de las Galaxias, que crearon material que yo “tomé prestado” para el Amanecer Rebelde: Neil Smith, Brian Daley, Kevin J. Anderson, Kristine Kathryn Rusch, Steve Perry, Mike Stackpole, Zahn Timothy, Moesta Rebecca y Michael P. Kube-McDowell.

Las Star-Ladies y todos mis amigos online, que me hicieron sugerencias y tuvieron un gran interés en las nuevas aventuras de Han Solo. Todos vosotros sabéis quienes sois.

Cathy Cathers, Chris Petescia, Caputo Roseann, Thibert Glenn, Linda Jean Weldon, Tim y Aaron.

Drew Struzan, que diseñó y pintó las cubiertas de los libros grandes. ¡ me encantan todas;

Y, por supuesto, George Lucas, que empezó todo esto. Gracias, Señor Lucas. Ha sido realmente un honor.

Que la Fuerza esté con todos vosotros...



# Capítulo 1

## Ganadores y perdedores

Han Solo se inclinó hacia adelante en el sillón de pilotaje del *Chica Traviesa*.

—Estamos entrando en la atmósfera, capitana —dijo. Han contempló cómo el enorme y pálido sol del sistema se iba introduciendo en la gigantesca curva de claridad rojiza que bañaba el borde del planeta y desaparecía detrás de su miembro. La colosal masa de oscuridad del lado nocturno de Bepin se fue alzando lentamente ante ellos hasta que acabó ocultando las estrellas. El corelliano echó un vistazo a los sensores—. He oído decir que la atmósfera de Bepin está llena de criaturas aladas, o quizá debería decir flotantes, de gran tamaño, así que será mejor que mantenga los escudos delanteros ajustados a máxima potencia.

Su copiloto hizo un ajuste con una sola mano.

—¿Cuándo llegaremos a la Ciudad de las Nubes, Han? —preguntó con una sombra de tensión en la voz.

—Ya falta poco —replicó Han en un tono tranquilizador mientras el *Chica* empezaba a atravesar las capas superiores de la atmósfera, deslizándose sobre el polo oscuro del planeta. Los relámpagos que estallaban en las profundidades creaban una neblina parpadeante de tenue claridad—. Estaremos allí dentro de veintiséis minutos, lo cual quiere decir que deberíamos llegar a la Ciudad de las Nubes a tiempo de cenar.

—Cuanto más pronto lleguemos, mejor —comentó su copiloto, torciendo el gesto mientras flexionaba su brazo derecho dentro del cabestrillo de presión—. Estos picores son realmente horribles.

—Paciencia, Jadonna —dijo Han—. Lo primero que haremos será llevarte al centro médico.

Jadonna asintió.

—Eh, Han, no es que me esté quejando. Te has portado estupendamente, pero ahora lo único que quiero es meter este brazo dentro de un tanque bacta.

Han meneó la cabeza.

—Cartílago y ligamentos desgarrados... Sí, tiene que dolerte —admitió—. Pero estoy seguro de que la Ciudad de las Nubes dispone de unos servicios médicos excelentes.

Jadonna volvió a asentir.

—Desde luego. La Ciudad de las Nubes es un lugar realmente increíble, Han. Espera y verás.

Jadonna Veloz era bajita y robusta, y tenía la piel oscura y una lacia melena negra. Han la había conocido hacía dos días, después de que Jadonna hubiera publicado un



anuncio en las redes espaciales de Alderaan solicitando un piloto que llevara su nave a Bespin. Veloz había sufrido lesiones bastante serias en el brazo cuando éste chocó con una unidad de carga antigravitatoria que no funcionaba correctamente, pero, decidida a cumplir los apretados plazos de su plan de vuelo, había optado por prescindir del tratamiento adecuado hasta que hubiese entregado su cargamento.

Veloz le pagó el pasaje hasta Alderaan en una lanzadera ultrarrápida, Han fue formalmente contratado como piloto y los llevó hasta Bespin en el tiempo previsto.

El *Chica Traviesa* ya había dejado atrás las hilachas casi impalpables de la exosfera y seguía descendiendo, avanzando hacia el crepúsculo mientras el cielo se iba volviendo cada vez más azul por encima de ellos. Han alteró el curso, poniendo rumbo hacia el suroeste y el punto en el que debía de estar el sol poniente. Su veloz aproximación enseguida hizo que las cimas de las gigantescas masas de nubes acumuladas en las profundidades de la atmósfera empezaran a adquirir colores, carmesí y coral primero y amarillo anaranjado después.

Han Solo tenía sus propias razones para ir a Bespin. Si Jadonna Veloz no hubiera publicado su anuncio en las redes, Han se habría visto obligado a recurrir a su cada vez más reducida reserva de créditos para adquirir un billete en un navío comercial

En lo que concernía a Han, el accidente de Veloz no podía haber llegado en mejor momento. Los créditos que le había prometido le permitirían disfrutar de una habitación barata y unas cuantas comidas durante el gran torneo de sabacc. Por sí sola, la tarifa de inscripción ya ascendía a la impresionante suma de diez mil créditos. Han había conseguido reunirlos a duras penas vendiendo la figurilla de palador dorado que le había robado a Teroenza, el Gran Sacerdote de Ylesia, y la perla de dragón que encontró en el despacho del almirante Greelanx.

Durante un momento el corelliano deseó que Chewie estuviera allí con él, pero había tenido que dejar al wookiee en su minúsculo apartamento de Nar Shaddaa porque Han no podía permitirse el lujo de pagar el billete de su amigo.

Ya se habían adentrado en la atmósfera y Han podía ver el sol de Bespin, una bola anaranjada que parecía estar siendo aplastada por un gigantesco banco de nubes. El *Chica* quedó envuelto por la resplandeciente magnificencia de las nubes, que relucían con un sinfín de destellos tan dorados como los sueños de riqueza del corelliano.

Han había decidido jugárselo todo en aquella gran apuesta..., y además siempre había tenido mucha suerte en el sabacc. Pero ¿bastaría esa suerte para proporcionarle la victoria? Después de todo, Han tendría que enfrentarse con jugadores profesionales como Lando.

El corelliano tragó saliva, y después se concentró decididamente en su labor de pilotaje. No era el momento más adecuado para permitirse un ataque de nervios. Han efectuó otro ajuste en el vector de aproximación de la nave, y se dijo que en cualquier momento entrarían dentro del radio de acción del control de tráfico de la Ciudad de

las Nubes.

Y un instante después, como respondiendo a esos pensamientos, una voz surgió de su comunicador.

—Nave en vector de aproximación, tenga la bondad de identificarse.

Jadonna Veloz activó su comunicador con la mano izquierda.

—Control de tráfico de la Ciudad de las Nubes, aquí el Chica Traviesa procedente de Alderaan. Nuestro vector de aproximación es...

Jadonna echó un vistazo a los instrumentos de Han y recitó una serie de números.

—Confirmamos su vector, Chica Traviesa. Se dirigen a la Ciudad de las Nubes?

—Afirmativo, control de tráfico —respondió Jadonna.

Han sonrió. Por lo que había oído decir, la Ciudad de las Nubes era prácticamente el único destino existente en Bepin. También estaban las instalaciones mineras, por supuesto, así como las refinerías de gases, los centros de almacenamiento y los astilleros, pero más de la mitad del tráfico que llegaba a Bepin tenía como destino final los lujosos complejos hoteleros. Durante los últimos años, multitudes de turistas aburridos habían convertido la ciudad que flotaba entre las nubes en uno de sus lugares de vacaciones preferidos.

—Transportamos un cargamento de alta prioridad para las cocinas del Yarith Bepin, control de tráfico —siguió diciendo Jaronna—. Nuestras bodegas de carga están llenas de bistecs de nerf en Stasis, y tenemos un poco de prisa. Solicitamos un vector de descenso.

—Permiso concedido, Chica Traviesa —dijo la voz del controlador de tráfico—. Bistecs de nerf, ¿eh? —prosiguió, adoptando un tono más relajado e informal—. Bien, pues algún día de esta semana tendré que llevar a mi esposa a ese hotel. Ya hace tiempo que quiere disfrutar de alguna exquisitez gastronómica, y no recibimos muchos cargamentos de carne de nerf.

—Son bistecs de primera calidad, control de tráfico —dijo Veloz—. Espero que el chef del Yarith Bepin sepa apreciarlos.

—Oh, ese tipo es un gran cocinero —dijo la voz, y después el controlador volvió a adoptar su tono oficial—. Chica Traviesa, le he asignado el nivel 65 en el muelle de ataque 7A. Repito: nivel 65, 7A. ¿Me han recibido?

—Recibido, controlador de la Ciudad de las Nubes.

—Y su vector de descenso es...

La voz titubeó durante unos momentos, y después les proporcionó otra serie de coordenadas.

Han las introdujo en el ordenador de navegación, y después tanto él como Veloz se recostaron en sus sillones para disfrutar del resto del trayecto. Han se sintió un poco sorprendido al darse cuenta de que ardía en deseos de verla fabulosa Ciudad de

las Nubes. Bepin ya era famosa antes de que construyeran el complejo hotelero. Sus factorías procesaban y refinaban el gas tibanna, que era utilizado en los motores de las naves estelares y como fuente de energía de las armas desintegradoras.

Han no estaba muy seguro de cómo obtenían el gas, pero sí sabía que el gas tibanna era muy valioso y que eso significaba que los mineros debían de estar ganando mucho dinero. Antes de que fuese descubierto en la atmósfera de Bepin, el gas tibanna tenía que ser extraído de las cromosferas estelares y los cúmulos nebulares, y los procedimientos empleados en aquella rama de la minería galáctica resultaban, por decirlo suavemente, bastante arriesgados. Entonces alguien se había dado cuenta de que la atmósfera de Bepin estaba llena de gas tibanna.

Han captó un repentino estallido de actividad eléctrica en sus sensores, y se apresuró a alterar el curso.

—Eh... ¿Qué demonios es eso?

Señaló la pantalla visora. Una monstruosa silueta acababa de aparecer a su derecha y estaba flotando a la deriva entre aquellas increíbles nubes aurulentas. La aparición era tan gigantesca que habría empujado a muchas ciudades corellianas.

Jadonna se inclinó hacia adelante.

— ¡Es un beldon! —exclamo—. Son realmente raros. Llevo muchos años volando a través de estas nubes, pero nunca había visto uno.

Han entrecerró los ojos para tratar de distinguir mejor a la descomunal criatura mientras pasaban velozmente junto a ella. La apariencia general del beldon le recordó a algunas de las criaturas oceánicas de aspecto gelatinoso que había visto en ciertos mundos, ya que tenía una inmensa parte superior en forma de cúpula y una multitud de pequeños tentáculos —que el corelliano supuso utilizaría para alimentarse— suspendidos debajo de ella.

Han comprobó su vector de descenso.

—Todo va sobre ruedas, capitana —dijo.

El leviatán se fue desvaneciendo en la lejanía por detrás de ellos. Han miró hacia adelante y vio aparecer otra forma más pequeña que casi parecía un beldon vuelto del revés, y un instante después comprendió que estaba contemplando la Ciudad de las Nubes.

La gigantesca estructura flotaba entre las nubes como una copa de exóticos cristales tallados, un objeto exquisitamente hermoso rematado por la corona enjorada de las torres redondeadas, los edificios rematados por cúpulas y las chimeneas de las refinerías que se alzaban sobre ella. Los últimos destellos del crepúsculo hacían que la Ciudad de las Nubes brillara con la potente claridad de una gema corusca.

Han mantuvo la nave dentro del vector de aproximación e inició un vertiginoso vuelo planeado por encima de las cúpulas de aquel paisaje urbano suspendido entre

las nubes. Unos instantes después, el *Chica* llevó a cabo un aterrizaje impecable en el lugar que les habían asignado.

Después de haber recibido su paga y haberse despedido de la capitana Veloz, Han fue en busca de un roboporteador para ir al elegante hotel Yarith Bepin, donde iba a celebrarse el torneo de sabacc.

Unos momentos después el corelliano ya estaba introduciendo su destino en un teclado, lo que hizo que el pequeño vehículo robotizado iniciara una frenética travesía por las calles de la ciudad, subiendo y bajando de un nivel a otro y avanzando a una velocidad que hubiese mareado a la mayoría de humanos..., especialmente cuando el roboporteador «saltaba» por encima de los edificios y estructuras de los niveles inferiores, con lo que Han podía entrever las nubes que los rodeaban y los abismos insondables que se abrían debajo de ellas. Ya casi había anochecido, y la ciudad centelleaba como el joyero abierto de una gran dama.

Unos cinco minutos después el roboporteador ya se estaba deteniendo delante del Yarith Bepin. Han despidió al androide y fue hacia la gigantesca entrada. Ya había estado en hoteles elegantes con anterioridad mientras iba de gira con Xaverri, su amiga la maga, por lo que el opulento interior repleto de caminos deslizantes, aquellas esbeltas cintas metálicas que comunicaban los distintos pisos del inmenso atrio dibujando una especie de telaraña enloquecida, no le impresionó excesivamente. Han vio un letrero en el que se leía «Inscripción para el torneo» en un mínimo de veinte lenguas distintas, y siguió la flecha indicadora hasta llegar al ascensor deslizante que llevaba al nivel central.

En cuanto hubo salido de la plataforma flotante, el corelliano fue con paso rápido y decidido hacia las enormes mesas. El recinto estaba repleto de jugadores de todas las especies, tamaños y formas imaginables. Han se inscribió, entregó su desintegrados (los participantes tenían que entregar todas sus armas), y recibió una placa de identificación y una tarjeta de fondos que iría consumiendo a medida que necesitara fichas para apostar. La primera partida empezaría a mediodía.

Han se disponía a salir de la zona de registro, la tarjeta de fondos a buen recaudo dentro de un bolsillo de su camisa para que estuviese lo más cerca posible de la piel, cuando oyó una voz familiar.

—¡Han! ¡Eh, Han! ¡Estoy aquí!

Han giró sobre sus talones y vio a Lando Calrissian saludándole con la mano desde el otro extremo del nivel central. Devolviéndole el saludo para indicarle que le había oído, Han fue corriendo hasta el camino deslizante y se subió a él de un salto en el mismo instante en que Lando saltaba al camino que llevaba al lado de la enorme sala en el que se encontraba el corelliano.

Cuando se vieron por última vez, el jugador le contó que había decidido probar suerte en el sistema de Oseón. Pero Lando llevaba meses hablando de aquel torneo de

sabacc, por lo que Han ya se esperaba encontrarlo allí.

—¡Eh, Han! —Una gran sonrisa iluminó las oscuras facciones de Lando cuando sus respectivos caminos deslizantes los hubieron acercado lo suficiente—. ¡Cuánto tiempo sin verte, viejo bribón!

Han saltó de su camino al que estaba transportando a Lando. Apenas tuvo tiempo de poner los pies sobre la superficie metálica antes de que Calrissian lo envolviera en un abrazo del que incluso Chewbacca se habría sentido orgulloso.

—¡Me alegro de verte, Lando! —jadeó el corelliano mientras Lando le asestaba una última palmada en la espalda.

Los dos amigos bajaron del camino deslizante para volver a la zona de registro, y una vez allí se quedaron inmóviles durante unos momentos y se dedicaron a contemplarse el uno al otro. Han estudió a su amigo y enseguida se dio cuenta de que Lando tenía un aspecto realmente próspero, por lo que pensó que las mesas de juego de Oseán debían de estar llenas de incautos que sólo pedían ser desplumados. El jugador llevaba un carísimo traje de tela askajiana, la mejor que se podía encontrar en toda la galaxia. Una capa negra y plateada, también nueva y ajustada según los dictados de la última moda, ondulaba detrás de él.

Han sonrió. Cuando se vieron por última vez, el jugador estaba empezando a dejarse bigote. El adorno facial ya había alcanzado la madurez, aunque se hallaba pulcramente recortado. El bigote otorgaba un decidido aire piratesco a las facciones de Lando.

—Veo que has decidido conservar el pelaje labial —observó mientras lo señalaba con un dedo.

Lando se acarició orgullosamente el bigote.

—Todas las mujeres que lo han visto se han quedado enamoradas de él —dijo—. Tendría que habérmelo dejado hace mucho tiempo.

—Bueno, algunas personas necesitan toda la ayuda que puedan conseguir —se burló Han—. Cuando quieras que te dé unas cuantas lecciones sobre cómo tratar a las mujeres no tienes más que decirlo, viejo amigo.

Lando dejó escapar un bufido despectivo.

—Bien, bien... ¿Y dónde está ese androide de ojos rojizos que nunca se separaba de ti? —preguntó Han mientras miraba a su alrededor—. No me digas que has perdido a Vuffi Raa en una partida de sabacc.

Lando meneó la cabeza.

—Es una historia bastante larga, Han. De hecho... Bueno, es tan larga que para poder contarla como se merece necesitaría tener un vaso lleno de algo muy refrescante delante de mí.

—¿Y por qué no te conformas con la versión abreviada? —preguntó Han—. ¿Vas a decirme que tu hombrecillo metálico se hartó de llamarte 'Amo' y decidió que las

cosas le irían mucho mejor si vendía sus capacidades de androide de Clase Dos en otro sitio?

Lando volvió a menear la cabeza y se puso serio de repente.

—No te lo vas a creer, Han, pero Vuffi Raa decidió volver con su gente. Quería crecer, ¿comprendes? Dijo que su destino le llamaba. Han torció el gesto.

—¿Eh? Estamos hablando de un androide, ¿no? ¿Qué quieres decir con eso de que su destino le llamaba?

—Vuffi Raa es... Bien, el caso es que... En realidad Vuffi Raa era una pequeña nave espacial, un., un bebé-nave. Ya sé que parece una locura, pero es la verdad. Vuffi Raa procede de una especie... realmente única. Estoy hablando de naves-androide gigantescas que vagan por el espacio, ¿entiendes? Son formas de vida conscientes no biológicas.

Han miró fijamente a su amigo.

—¿Has estado inhalando ryll, Lando? Oyéndote hablar, cualquiera diría que te has pasado el día entero en el bar.

Lando alzó una mano.

—Es la verdad, Han. Verás, todo empezó con un malvado hechicero llamado Rokur Gepta que resultó ser un croke, y luego aparecieron unos respiradores de vacío y libramos una gran batalla en aquella enorme Cueva Estelar, y...

—¡Tramposo! ¡Estafador! —El grito, proferido por una voz ronca y jadeante, hizo que los dos amigos dieran un salto—. ¡Cogedle! ¡No permitáis que tome parte en el torneo! ¡Se llama Han Solo, juega al sabacc y es un tramposo!

Han se apresuró a volverse para encontrarse con una barabel enfurecida que se estaba lanzando sobre él. La alienígena cojeaba ligeramente a causa de una rodilla que no parecía funcionar como era debido, pero aun así se estaba aproximando a una velocidad muy respetable, con las fauces entreabiertas mostrando sus enormes dientes. Los barabels eran unas gigantescas criaturas reptiloides de color negro, y Han sólo se había encontrado con unos cuantos durante sus viajes. Entre esos escasos representantes de la especie barabel sólo figuraba una hembra..., y esa hembra estaba viniendo hacia él en aquel mismo instante.

Han tragó saliva y su mano descendió en busca de su desintegrados, pero sólo consiguió estrellarse contra su muslo con un chasquido lleno de impotencia. «¡Maldición!» Han empezó a retroceder, alzando las manos delante de él en un gesto que intentaba ser tranquilizador.

—Eh... Vamos, Shallamar, cálmate... —balbuceó.

Lando, siempre rápido de reflejos, se aseguró de que estaba lo suficientemente lejos del vector de aproximación de la barabel antes de entrar en acción.

—¡Seguridad! —gritó—. ¡Necesitamos que venga alguien de seguridad! ¡Que alguien llame a los de seguridad!

La barabel resoplaba y soltaba bufidos de rabia.

—¡Usa alteradores! ¡Hace trampas! ¡Arrestadle!

Han siguió retrocediendo hasta que chocó con una de las mesas de inscripción, y después saltó por encima de ella apoyándose en el tablero con una mano. Los dientes de la barabel destellaron.

—¡Cobarde! ¡Sal de detrás de esa mesa! ¡Arrestadle!

—Intenta tranquilizarte, Shallamar —dijo Han—. Te vencí sin hacer trampas, ¿de acuerdo? Hay que saber perder, y este tipo de rencores no son propios de...

La barabel se lanzó sobre él con un ensordecedor rugido...

... para verse frenada de repente y caer pesadamente al suelo cuando un campo-enredador envolvió sus pies. Shallamar se debatió, golpeando la alfombra con su cola mientras gruñía y mascullaba maldiciones.

Han volvió la cabeza hacia las fuerzas de seguridad del hotel y dejó escapar un prolongado suspiro de alivio.

Diez minutos después, y con la barabel todavía envuelta por el campo de fuerza, Han, Lando y Shallamar estaban en el centro de seguridad y se enfrentaban al jefe de seguridad. Shallamar estaba de muy mal humor, porque el jefe de seguridad acababa de someter a Han a un concienzudo examen de sensores que abarcó desde su cabeza hasta las puntas de los dedos de sus pies, y el corelliano había demostrado no llevar encima absolutamente ninguna clase de artefacto para hacer trampas.

La barabel permaneció incómodamente encogida sobre sí misma, los pies todavía rodeados por el campo-enredador, mientras el jefe de seguridad le advertía de que cualquier otra exhibición de mal genio supondría su expulsión del torneo.

—... y me parece que le debe una disculpa al señor Solo —concluyó el jefe de seguridad.

Shallamar respondió con un gruñido, pero se abstuvo de rugir.

—No volveré a molestarle —dijo después—. Tiene mi palabra de honor.

—Pero... —empezó a decir el jefe de seguridad.

Han se apresuró a agitar una mano.

—No seamos demasiado duros, señor —dijo—. Me conformo con que Shallamar me deje en paz. Ah, y me alegra haber tenido la ocasión de demostrar que soy un jugador honrado.

El jefe de seguridad se encogió de hombros.

—Lo que usted diga, Han Solo. De acuerdo, los dos pueden marcharse. —Miró a Han y Lando—. Dentro de un par de minutos desactivaré el campo enredador y la dejaré en libertad. —Se volvió nuevamente hacia la barabel—. Y usted quedará bajo vigilancia, señora, y le ruego que no lo olvide. Estamos celebrando un torneo, no una batalla campal. ¿Ha quedado claro?



—Ha quedado muy claro —respondió la barabel con su voz ronca y entrecortada.

Han y Lando salieron del despacho. Han no dijo nada, pero conocía demasiado bien a Lando para suponer que el jugador fuera a guardar silencio durante mucho rato. Y, naturalmente, Lando sonrió de oreja a oreja apenas subieron al camino deslizante que llevaba a la cafetería.

—Han, Han... Otro viejo amor, ¿eh? Tenías toda la razón... ¡No cabe duda de que sabes cómo conquistar a las damas, viejo bribón!

Han respondió mostrándole los dientes en un gruñido casi tan temible como el de Shallamar.

—Cierra el pico, Lando. Límitate a..., a cerrar el pico, ¿de acuerdo? Pero a esas alturas Lando ya se estaba riendo con tanto entusiasmo que era totalmente incapaz de hablar.

Los dos amigos necesitaron varias horas para recuperar el tiempo perdido. Han oyó toda la historia de las aventuras que Lando había vivido en el sistema de Oseón. Se enteró de que desde la última vez en que vio a su amigo, Lando había ganado y perdido varias fortunas, la más reciente de las cuales consistía en un cargamento de piedras preciosas.

—Tendrías que haberlas visto, Han —murmuró Lando con el rostro ensombrecida—. Eran magníficas. Había tantas que llenaban la mitad de la bodega de carga del Halcón. ¡Ah, si hubiera conseguido conservarlas en vez de utilizarla mayor parte de ellas para comprar la mitad de esa maldita mina de berubiano...!

Han contempló a su amigo con una mezcla de simpatía y exasperación.

—El mineral resultó estar mezclado con sales, ¿verdad? Al final descubriste que no valía absolutamente nada.

—Justo en el blanco. ¿Cómo lo has sabido?

—Hace tiempo conocí a un tipo que se dedicaba a esa clase de timos, sólo que en su caso usaba asteroides de duraleaciones.

Han se olvidó de mencionar que en una ocasión había perdido una mina de uranio valorada en medio millón de créditos que acababa de ganar en una partida de sabacc. La mina era auténtica, pero los libros de contabilidad habían sido manipulados de tal manera que Han tuvo mucha suerte de poder salir bien librado cuando los accionistas iniciaron sus investigaciones.

Pero todo eso pertenecía al pasado, y Han Solo había decidido abrazarla política de no perder el tiempo llorando las aventuras fracasadas.

—Y hablando del Halcón, ¿dónde lo tienes atracado? —preguntó.

—Oh, no está aquí —respondió Lando—. Lo dejé en un aparcamiento de Nar Shaddaa. Si quieres ganar auténticas fortunas en las mesas de juego, lo primero que debes hacer es engañar a tus oponentes presentándote como un tipo que puede permitirse jugar a lo grande y al que no le importa ganar o perder mucho dinero. Eso

hace que los faroles resulten mucho más efectivos...

—Intentaré no olvidarlo —dijo Han, archivando el consejo en su memoria—. ¿Y cómo llegaste hasta aquí?

—Vine a bordo de uno de esos gigantescos cruceros estelares de lujo, el Reina del Imperio —dijo Lando—. Viajé a lo grande, ¿comprendes? Por no mencionar el hecho de que el casino de esa nave es uno de los más maravillosos que he conocido en toda mi vida, desde luego... La Reina y yo nos hemos entendido a las mil maravillas.

Han se permitió una sonrisa sarcástica.

—Hace unas semanas me tropecé con Azul, y me dijo que estabas viajando a lo grande a bordo de la nueva nave de Drea Renthall. Tengo entendido que la Vigilancia de Renthall es ese navío de línea que consiguió salvar de la batalla de Nar Shaddaa.

Lando carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.

—Drea es una gran dama —dijo después—. Para ser una pirata, es... sorprendentemente refinada.

Han soltó una risita.

—¡Caramba, Lando! ¿Y no es un poquito vieja para ti? ¡Diría que por lo menos tiene cuarenta años! ¿Qué se siente siendo el juguete favorito de una pirata?

Lando se enfureció.

—Yo no era... Y ella no es...

Han se echó a reír.

—Casi es lo bastante grande para ser tu madre, ¿eh?

Los dientes de Lando destellaron por debajo de su bigote.

—Difícilmente. Y he de aclararte una cosa, Han: mi madre no se parece en nada a Drea. Confía en mí, ¿de acuerdo?

—¿Y en ese caso por qué os habéis separado? —quiso saber Han.

—La vida a bordo de una nave pirata resulta muy... interesante —dijo Lando—. Pero también es un poco demasiado movida..., por lo menos para mi gusto.

Han asintió después de haber echado un vistazo al elegante atuendo de su compañero.

—Ya me lo imagino.

Lando se puso serio.

—Pero... Eh, lo importante es que Drea y yo seguimos siendo buenos amigos —añadió—. Estos últimos meses he necesitado... Verás, estaba... —Se encogió de hombros, sintiéndose visiblemente incómodo—. Bien, el caso es que Drea apareció en un momento muy conveniente. Yo estaba... Bueno, me gustó mucho tener un poco de compañía.

Han contempló en silencio a su amigo durante unos instantes antes de volver a hablar.

—¿Estás intentando decirme que echabas de menos a Vuffi Raa? —preguntó por

fin.

—Bueno... ¡Cómo puedes echar de menos a un androide? Pero... /eras, Han, el caso es que Vuffi era un auténtico compañero. Había momentos en los que ni siquiera pensaba en él como una criatura mecánica. Me había acostumbrado a que ese hombrecito de latón emitiera cerca de mí, ¿entiendes? Y por esa razón, cuando la pequeña aspiradora decidió volver con su gente me di cuenta de que..., de que le estaba echando de menos.

Han pensó en lo que supondría perder a Chewie, y tuvo que limitarse a asentir en silencio.

Los dos permanecieron callados durante unos momentos, tomando sorbos de sus copas y disfrutando de la compañía del otro. Han acabó teniendo que reprimir un bostezo, y se levantó:

—He de dormir un rato —dijo—. Mañana va a ser un gran día.

—Te veré en las mesas —dijo Lando, y los dos amigos se separaron.

El sabacc es un juego muy antiguo que se remonta a los primeros días de la Antigua República. De todos los juegos de azar, el sabacc es el más complejo, impredecible y emocionante..., y también el más devastador.

El sabacc se juega con una baraja de setenta y seis fichas-carta. El valor de cada carta puede ser alterado a lo largo de toda la partida por los impulsos electrónicos que transmite el «aleatorizador». En menos de un segundo, la carta que hubiese permitido ganar la partida puede convertirse en una carga inútil.

La baraja está formada por cuatro palos: espadas, báculos, vasijas y monedas. Las canas numeradas van del uno positivo al once positivo, y hay cuatro cartas de «rango»: el Comandante, la Dama, el Señor y el As, cuyos valores numéricos van del doce al quince positivo.

La baraja se completa con dieciséis cartas dotadas de valores faciales, dos de cada tipo, con un surtido general de valores que oscilan entre el cero y los negativos: el Idiota, la Reina del Aire y la Oscuridad, la Resistencia, el Cese, el Equilibrio, la Moderación, el Mal y la Estrella.

Hay dos apuestas distintas. La primera, la apuesta de la mano, va a parar al ganador de cada mano. Para ganar la apuesta, un jugador debe poseer el mayor total de cartas inferior o igual a veintitrés, ya sea positivo o negativo. En caso de un empate, el valor de las cartas positivas vence al valor de las cartas negativas.

La otra apuesta, la apuesta del sabacc, es la apuesta «de la partida», y sólo puede ser ganada de dos maneras: con un sabacc puro —es decir, mediante una serie de cartas que sumen exactamente veintitrés tantos—, o mediante un despliegue del Idiota, consistente en una de las cartas del Idiota, más un dos y un tres —literalmente veintitrés— de cualquier palo.

En el centro de la mesa hay un campo de interferencia. A medida que se van

sucedendo las rondas de faroles y apuestas, los jugadores de sabacc pueden «congelar» el valor de una carta colocándola dentro del campo de interferencia.

El Torneo de Sabacc de la Ciudad de las Nubes había atraído a más de cien jugadores de mundos procedentes de toda la galaxia. Había rodianos, twi'leks, sullustanos, bothanos, devaronianos y humanos, y todas esas especies y muchas más se hallaban presentes en las mesas de juego. El torneo duraría un mínimo de cuatro días de partidas intensivas, y cada día vería eliminar a aproximadamente la mitad de los jugadores. El número de mesas iría disminuyendo poco a poco, hasta que finalmente sólo quedaría una mesa, en la que los mejores de los mejores competirían durante esa última mano.

Las apuestas eran muy altas. Los ganadores tenían una buena probabilidad de levantarse de la mesa con dos o tres veces los diez mil créditos que costaba la tarifa de inscripción..., o incluso con más dinero.

El sabacc no era tradicionalmente un deporte de espectadores de la forma en que sí lo eran la pelota magnética o el polo de gravedad cero, pero dado que la entrada en la sala del torneo sólo estaba permitida a los jugadores, el hotel había dispuesto una gran sala de proyecciones holográficas para quienes quisieran presenciar el desarrollo del torneo. Los acompañantes de los jugadores, los satélites, los jugadores eliminados y el resto de seres inteligentes interesados en el sabacc entraban y salían de la sala para ver qué tal iba el torneo mientras animaban en silencio a su favorito o favorita para que ganara.

La sala también contaba con una lista de clasificación instalada junto a la pantalla holográfica, que servía para identificar a los jugadores y mostrar los progresos de las partidas. Durante el segundo día del torneo, había unos cincuenta jugadores congregados alrededor de diez mesas. La clasificación colocada junto a sus nombres indicaba que Han Solo había logrado superar el primer día del torneo gracias a la suerte y corriendo grandes riesgos. Había perdido la apuesta del sabacc, pero había ganado un número de apuestas de mano lo suficientemente elevado para poder seguir participando en la competición.

Una de las espectadoras de la sala estaba deseando que Han ganara, aunque el corelliano no tenía ni idea de que se encontrara en Beshpin..., y si dependía de Bria Tharen, Han jamás se enteraría de su presencia allí. Sus años de trabajar con la resistencia corelliana habían permitido que Bria se convirtiera en una auténtica experta en los disfraces. En aquel momento su larga melena dorada rojiza se hallaba oculta debajo de una corta peluca negra, y sus ojos verdiazulados estaban cubiertos por un par de biolentillas que los volvían tan oscuros como sus cabellos. El almohadillado meticulosamente insertado en su elegante traje hacía que tuviera un aspecto voluptuoso y musculoso, en vez de esbelto y nervudo. Lo único que Bria no

podía disfrazar era su altura, y por suerte había muchas humanas altas.

Bria estaba inmóvil en el fondo de la sala, manteniendo los ojos clavados en la pantalla holográfica con la esperanza de poder ver otro primer plano de Han. En silencio, la joven se alegró de que Han hubiera podido llegar tan lejos. «Si ganara... —pensó—. Han se merece tener un poco de suerte. Si tuviera montones de créditos, no tendría que volver a arriesgar la vida con el contrabando.»

Durante un momento, la pantalla mostró un plano de la mesa de Han. Bria vio que sus oponentes de aquel día eran una sullustana, un twi'lek, un bothano y dos humanos, un hombre y una mujer. Bastaba con verla para comprender que la mujer procedía de un planeta de gravedad muy elevada, algo que resultaba obvio por los gruesos músculos de su cuello y su cuerpo bajito y robusto.

Bria sabía muy pocas cosas sobre el sabacc, pero conocía muy bien a Han Solo incluso después de haber estado separada de él durante una larga ausencia que ya se remontaba a siete años. Conocía hasta la última línea de su cara, la forma en que sus ojos se llenaban de pequeñas arrugas en los rabillos cuando sonreía, y cómo se entrecerraban cuando estaba enfadado o sentía suspicacia. También conocía los revueltos mechones de su cabellera, que siempre andaba necesitada de un corte de pelo. Todavía era capaz de recordar la forma de sus manos, y los pelitos que cubrían sus dorsos.

Bria conocía tan bien a Han Solo que comprendió que todavía era capaz de adivinar cuándo se estaba tirando un farol..., tal como estaba haciendo en aquel momento.

Con los labios curvados en una sonrisa llena de confianza, Han se inclinó sobre la mesa para empujar otro montón de fichas hacia el centro del tablero. La sullustana titubeó durante unos momentos al ver las dimensiones de su apuesta, pero después acabó alzando la mano para rechazar la posibilidad de aceptarla. Los dos humanos la imitaron, pero el bothano estaba hecho de una pasta más dura. Recibió la apuesta de Han con la suya y luego, ostentadamente, la elevó de una manera tan rápida como aparatosa.

La expresión de Bria no cambió, pero sus manos se tensaron junto a sus costados y se convirtieron en dos puños llenos de tensión. «¿Qué hará Han? ¿Se dará por vencido, o decidirá jugar la mano con la esperanza de que su farol dé resultado?»

El twi'lek empujó otra ficha-carta hasta el interior del campo de interferencia, e igualó la apuesta.

Todos los ojos se volvieron hacia Han.

El corelliano sonrió como si no tuviera absolutamente ningún motivo de preocupación en el mundo. Bria pudo ver moverse sus labios mientras lanzaba algún desafío verbal o alguna clase de comentario burlón, y luego vio cómo Han empujaba hacia adelante otro montón de fichas de crédito..., en una apuesta tan enorme que no

pudo evitar morderse el labio. Si perdía aquella mano, Han se vería expulsado de la mesa. ¡Aquella apuesta era pura y simplemente imposible de cubrir!

Los ojos del bothano fueron de un lado a otro, y por primera vez pareció no saber qué hacer. Finalmente, acabó depositando su mano encima de la mesa. Las colas cefálicas del twi'lek temblaron en un estremecimiento espasmódico de frustración y nervios.

Finalmente, el twi'lek dejó sus fichas encima de la mesa sin apresurarse. La sonrisa de Han se volvió un poquito más ancha, y extendió el brazo para coger otra apuesta de mano. «¡Realmente tenía una mano ganadora, o estaba yo en lo cierto? — se preguntó Bria—. ¡Y si todo era un farol?»

La sullustana, con las gruesas mandíbulas temblando convulsivamente, atendió una mano hacia las fichas-carta de Han, pero el encargado de la partida habló de repente, previniéndola claramente contra semejante acción. De todas maneras, a esas alturas el encargado ya habría decretado un cambio en los valores de las fichas-carta.

Bria dirigió una enfática inclinación de cabeza a la pantalla holográfica. «¡Magnífico! ¡Sigue así, Han! ¡Véncelos! ¡Gana!»

Alguien gruñó junto a ella, y un instante después Bria le oyó hablar en voz baja y gutural.

—¡Que todas las plagas de Barabel maldigan a ese villano llamado Solo! ¡Va a volver a ganar! ¡Tiene que estar haciendo trampas!

Bria miró por el rabillo del ojo y vio a una gigantesca barabel que resultaba evidente se hallaba francamente enfurecida. Las comisuras de sus labios temblaron. «Han tiene una forma tan irritante de tratar a la gente cuando quiere... ¡Qué puede haberle hecho para ponerla tan furiosa?»

Algo se agitó al otro lado de Bria y se volvió para encontrarse con su ayudante, un corelliano llamado Jace Paol, inmóvil junto a ella. Cuando habló, Paol bajó la voz hasta tal extremo que Bria apenas pudo oírle a pesar de que su boca se encontraba a apenas un palmo de su cabeza.

—Los representantes de Alderaan han llegado, comandante —dijo Jace—. En estos momentos se dirigen hacia el lugar de reunión. Bria asintió.

—Iré enseguida, Jace.

Mientras su ayudante salía de la sala, Bria echó un vistazo a su caro cuaderno de datos (una sofisticada falsificación, ya que Bria procuraba confiar lo mínimo posible de sus verdaderos asuntos a cualquier formato legible), dirigió una sonrisa distraída a la barabel y salió de la sala. Ya iba siendo hora de que se ocupara de la misión que la había llevado a la Ciudad de las Nubes.

Cuando se enteró de que la Ciudad de las Nubes iba a acoger el gran torneo de sabacc, Bria comprendió que eso la convertiría en el lugar ideal para celebrar una reunión de alto secreto entre los representantes de varias de las rebeliones. Los

grupos de resistencia se estaban desarrollando incesantemente en muchos mundos imperiales, y era esencial establecer conexiones entre ellos. Pero ese tipo de reuniones debían mantenerse en la clandestinidad, ya que los imperiales tenían espías por todas partes.

Cualquier agente de inteligencia sabía que el sitio donde resultaba más fácil esconderse siempre era aquel en el que hubiese una gran multitud. Y además la Ciudad de las Nubes se encontraba bastante lejos del Núcleo Imperial, por lo que los imperiales no le prestaban demasiada atención. Un gran torneo proporcionaba la tapadera ideal. Con tantas naves llegando y marchándose a cada momento y trayendo consigo tanto alienígenas como humanos, el que unos cuantos humanos, un sullustano y un durosiano se reunieran en una sala de conferencias de un hotel de Ciudad de las Nubes atraería muy poco interés.

Bria no podía admitir ante sí misma que una parte de la razón por la que había elegido la Ciudad de las Nubes durante el torneo era que esperaba tener ocasión de ver a Han Solo. No podía estar segura de que asistiría, naturalmente, pero conociendo a Han y sabiendo que había ocasión de ganar mucho dinero, parecía lógico esperar que —como había ocurrido— hiciera acto de presencia para tratar de aprovechar la ocasión.

Mientras avanzaba por el camino deslizante que llevaba al turbo-ascensor más próximo, Bria imaginó quitarse el disfraz y acudir a la habitación de Han más avanzada la noche. Han todavía guardaría recuerdos muy vívidos de la última vez que la vio, cuando Bria se estaba haciendo pasar por la amante del Moff Sam Shild, pero seguramente la creería cuando le explicara que en realidad había estado espiando para la resistencia corelliana y que no había existido absolutamente nada entre ella y Shild.

Eso quería decir que después de que Bria le hubiera contado la verdad acerca de su último encuentro, los dos hablarían. Quizá beberían un poco de vino. Pasado un rato se cogerían de la mano. Y después...

La agente rebelde cerró los ojos mientras el turboascensor la llevaba rápidamente hacia arriba por entre el esplendor cristalino de tonos apastelados del quincuagésimo nivel del Yarith Bepin. Cuando se lo hubiera explicado todo, Han quizá desearía unirse a la resistencia y ayudar a sus compatriotas corellianos mientras éstos intentaban liberar su planeta de aquel emperador tirano que mantenía atrapados a tantos mundos en una presa asfixiante.

Y quizá... Bria se los imaginó a los dos luchando codo a codo en la superficie o en el espacio, combatiendo valerosamente, cubriéndose la espalda el uno al otro durante las batallas, obteniendo victorias sobre las fuerzas imperiales..., y después abrazándose apasionadamente cuando los combates del día hubieran terminado.

Bria era incapaz de imaginarse nada mejor que eso.

Sintió el inicio de la frenada del turboascensor y suspiró y abrió los ojos. Las



fantasías estaban muy bien, e incluso había ciertos momentos en los que eran lo único que le permitía seguir adelante. Pero Bria no podía permitir que interfiriesen con su misión.

Cuando las puertas del turboascensor se abrieron ante ella, ya estaba preparada. Salió de la cabina moviéndose con paso rápido y decidido, y empezó a avanzar por el suelo alfombrado del pasillo.

Cuando llegó a la sala de reuniones, introdujo su señal codificada en el teclado de la entrada y fue admitida. Lanzó una rápida mirada a Jace, y su asentimiento le confirmó que había inspeccionado la sala en busca de sistemas de vigilancia y que no había encontrado ninguno. Sólo una vez recibida esa confirmación giró Bria sobre sus talones para saludar a los otros miembros de la conferencia.

El primer representante en avanzar hacia ella fue Jennsar So-Rifles, un durosiano de piel azulada con la habitual expresión lúgubre de aquella raza. Bulles había venido solo, al igual que lo había hecho Sian Tevv desde Sullusta. Bria saludó afablemente a los dos alienígenas, agradeciéndoles tanto a ellos como a sus respectivos grupos que les hubieran permitido hacer aquel viaje tan peligroso..., y no cabía duda de que el viaje era realmente peligroso. El mes pasado uno de los líderes rebeldes de alto rango había sido capturado después de salir de Tibrin mientras se dirigía a una de esas conferencias. El ishi-tib se vio obligado a suicidarse para escapar al examen de las sondas cerebrales imperiales.

Alderaan había enviado tres representantes, dos humanos y un caamasi. El miembro más antiguo de la delegación era un humano de mediana edad y abundante melena y barba llamado Heric Dalhney, vice-ministro de seguridad y miembro de confianza del gabinete del virrey Bail Organa. Acompañándole había una joven de largos cabellos de un blanco cristalino que aún no tenía veinte años. Dalhney la presentó como «Invierno» y comentó que, como parte de su «cobertura» durante aquel viaje, se estaban haciendo pasar por padre e hija. En cuanto al miembro no humano de la delegación, era el caamasi. Bria nunca había tenido ninguna clase de contacto con aquella especie, por lo que lo encontró bastante intrigante. Los caamasis se habían convertido en una de las razas más raras de la galaxia.

Caamas había quedado esencialmente destruida después de las Guerras Clónicas gracias a los esfuerzos de Darth Vader, el esbirro del Emperador; pero era un hecho poco conocido que la mayoría de sus habitantes habían logrado huir a Alderaan y vivían allí, básicamente en reclusión.

El caamasi se llamaba Ylenic It'kla, y se presentó diciendo que era uno de los consejeros del virrey de Alderaan. Todavía más alto que Bria, el caamasi llevaba una prenda con faldellín y lucía unas cuantas joyas. De apariencia generalmente humanoide; Ylenic estaba cubierto de pelaje dorado, y su rostro se hallaba marcado

por franjas purpúreas. Sus enormes ojos oscuros irradiaban una callada tristeza que conmovió a Bria, quien sabía cuántos sufrimientos tenía que haber presenciado aquel ser.

Ylenic apenas abrió la boca mientras los delegados intercambiaban saludos, pero algo en él dejó considerablemente impresionada a Bria e hizo que decidiera solicitar sus opiniones en el caso de que Ylenic no las ofreciera por voluntad propia. El caamasi proyectaba una callada aureola de confianza y tranquilo poder que indicaron a la comandante rebelde que se hallaba ante un ser al que había que tomar en consideración.

Después de unos minutos de charla, Bria tomó asiento junto a la larga mesa y dio comienzo formal a la reunión.

—Compañeros de rebelión, os agradezco que arriesguéis vuestras vidas por nuestra causa —dijo, hablando con la suave autoridad de alguien que ya había hecho todo aquello en muchas ocasiones con anterioridad—. Los integrantes del movimiento rebelde corelliano nos estamos poniendo en contacto con otros grupos clandestinos como el nuestro, y apremiamos a todos los grupos rebeldes a que se unan. Sólo un grupo fuerte y dotado de cohesión podrá llegar a albergar alguna esperanza de enfrentarse al Imperio que está estrangulando a nuestros mundos y aniquilando el espíritu de nuestros pueblos.

Después Bria respiró hondo antes de seguir hablando.

—Soy muy consciente de lo impresionante y atrevida que es esta proposición, creedme. Pero los grupos rebeldes sólo podemos albergar alguna esperanza de acabar alzándonos con la victoria si somos capaces de unirnos y llegar a formar una alianza. Mientras sigamos estando fragmentados y continuemos estando limitados a nuestros distintos planetas, estaremos condenados al fracaso.

Hizo una pausa.

—El movimiento corelliano lleva mucho tiempo considerando esta proposición. Somos plenamente conscientes del cambio de naturaleza tan radical que supondría..., así como de lo difícil que resultará llegar a crear esta alianza. Mientras sigamos siendo grupos individuales, el Imperio no podrá acabar con todos nosotros de un solo golpe. Si nos uniéramos, es concebible que pudieran llegar a destruirnos a todos mediante una sola batalla. También sabemos hasta qué punto resulta difícil para especies distintas trabajar en colaboración. Las diferencias en los sistemas éticos y morales, las ideologías y las religiones, por no mencionar las diferencias en equipo y en el diseño del armamento, pueden llegar a presentar numerosos problemas.

Bria se encaró con los espectadores.

—Pero debemos unirnos, amigos míos. Sea como sea, debemos encontrar formas de superar nuestras diferencias. Estoy segura de que podemos conseguirlo..., y ése es el tema principal de esta conferencia.

El representante de Duros extendió la mano y permitió que sus dedos tabalearan sobre la mesa.

—Sus palabras son impresionantes, comandante. En espíritu, estoy totalmente de acuerdo con ellas. Pero ahora debemos enfrentarnos a los hechos. Al pedir a los mundos no humanos que se alíen con ustedes, nos está pidiendo que nos exponamos a un riesgo mucho mayor del que soportamos en la actualidad. Todo el mundo conoce el desdén que el Emperador siente hacia los no humanos. Si una alianza desafiara a las fuerzas de Palpatine, y fuese derrotada, la ira del Emperador se dirigiría principalmente contra los mundos no humanos. Es muy posible que decidiera destruirnos únicamente para dar una lección a los rebeldes humanos.

Bria asintió.

—Tiene mucha razón, Jennsar —dijo, permitiendo que su mirada recorriese la mesa—. ¿Qué piensa usted, ministro Dalhney?

—Alderaan ha apoyado al movimiento rebelde desde el principio —dijo Dalhney—. Hemos proporcionado fondos, servicios de inteligencia y expertos técnicos. Pero toda esta charla sobre batallas supone un auténtico anatema para nosotros. La cultura alderaana se basa en la ausencia de armas y de la violencia. Somos un mundo pacífico, y el camino del guerrero nos resulta particularmente aborrecible. Cuenten con nosotros para que apoyemos sus esfuerzos..., pero me siento totalmente incapaz de imaginarnos uniéndonos a ustedes como combatientes.

Bria contempló a Dalhney con expresión ensombrecida.

—Es muy posible que Alderaan ya no disponga de la opción de rechazar la violencia, ministro —dijo después, y se volvió hacia el pequeño sullustano—. ¿Cuáles son sus pensamientos iniciales sobre el tema, Sian Ten?

—Mi pueblo se encuentra tan aplastado por el talón del Imperio que muy pocos de nosotros disponemos de los recursos necesarios para organizar cualquier clase de rebelión, comandante. —Las mejillas del pequeño alienígena temblaban visiblemente, y sus ojos oscuros y líquidos estaban llenos de pena—. Aunque muchos se quejan en voz baja de los desmanes cometidos por las tropas imperiales, sólo un puñado de los míos se han atrevido a resistirse abiertamente. Nuestras cavernas están dominadas por el temor. La Corporación Soro Suub controla esencialmente mi mundo, y el Imperio es su cliente más importante. ¡Si nos uniéramos a una Alianza Rebelde, eso causaría la guerra civil!

Bria suspiró. ‘Esta conferencia va a ser muy larga’; pensó lúgubrementemente.

—Admito que todos ustedes tienen preocupaciones válidas —dijo después, haciendo un considerable esfuerzo de voluntad para mantener un tono de voz lo más suave y neutral posible—. Pero que nos limitemos a discutir estos temas no les hará ningún daño, y tampoco les obligará a aceptar ninguna clase de compromiso, ¿verdad?

Pasados unos momentos, los delegados de los tres mundos accedieron a conversar. Bria respiró hondo y empezó a hablar...

«No puedo creer que haya conseguido llegar tan lejos —pensó Han con un cansancio infinito mientras se instalaba en uno de los asientos de la única mesa de sabacc que continuaba abierta. Era la noche del cuarto día de torneo, y sólo los finalistas seguían en la sala—. Si mi suerte aguantara un poquito más....»

Se estiró lentamente para aliviar la dolorosa tensión de su espalda, deseando poder dormir veinte horas seguidas mientras lo hacía. Los últimos días habían sido agotadores, y la vida de Han se había reducido a horas y más horas de partidas interminables, con sólo unas cuantas pausas para comer o dormir.

Los otros finalistas también habían ocupado sus sitios alrededor de la mesa. Han iba a enfrentarse a un diminuto chadra-fan, un bothano y una radiaría. No estaba muy seguro de cuál era el sexo del chadra-fan, ya que tanto los varones como las hembras de aquella raza vestían el mismo tipo de túnicas largas y holgadas.

Mientras la mirada de Han se paseaba por los rostros de sus compañeros de mesa, el último jugador, otro humano, se sentó enfrente de él ocupando el último asiento vacío que quedaba. Han dejó escapar un gemido para sus adentros. «Sabía que esto iba a ocurrir. ¿Qué probabilidades tengo contra un profesional como Lando?»

Han era muy consciente del hecho de que probablemente era el único jugador «aficionado» que había en la mesa. Estaba dispuesto a apostar que para los demás, como ocurría en el caso de Lando, las partidas de sabacc eran su medio principal de ganarse la vida.

Durante un momento sintió la tentación de darse por vencido y marcharse. Perder ahora, después de todos aquellos días de partidas...

Lando dirigió una tensa inclinación de cabeza a su amigo. Han se la devolvió.

El encargado de la partida fue hacia la mesa. En la mayoría de partidas de sabacc, el encargado jugaba por créditos, pero en las partidas del torneo se limitaba a repartir las fichas-carta y a supervisar el juego, y tenía estrictamente prohibido tomar parte en la partida.

El encargado era un bith. Las enormes manos de cinco dedos del alienígena poseían tanto un pulgar oponible como un meñique, lo cual le proporcionaba una considerable destreza a la hora de repartir las cartas. Las luces de la monstruosa araña de cristales de la sala de baile arrancaban destellos al voluminoso cráneo calvo del alienígena.

El encargado abrió ostentadamente un paquete nuevo de fichas-carta y las barajó, y después activó varias veces el aleatorizador, demostrando con ello que nadie podría predecir el orden en que serían repartidas las fichas-carta. Después de aquella demostración inicial, el aleatorizador alteraría los valores de las fichas-carta a

intervalos impredecibles.

Han volvió la mirada hacia Lando, y se sintió un poco más animado al ver que su amigo estaba mostrando ciertas señales de tensión. El elegante atuendo de Lando se encontraba un poco arrugado, y había círculos oscuros debajo de sus ojos. En cuanto a sus cabellos, parecían no haber sido peinados en todo el día.

Han sabía que él tampoco tenía muy buen aspecto. Se deslizó cansinamente la mano por la cara, y sólo entonces cayó en la cuenta de que había olvidado afeitarse. El comienzo de la barba crujió bajo las uñas de sus dedos.

Obligándose a mantenerse erguido en su asiento, Han cogió su primera mano de fichas-carta.

Tres horas y media después, el bothano y la rodiana habían sido eliminados. Los dos habían abandonado la mesa sin lanzar ni una sola mirada hacia atrás. El bothano había cometido el terrible error de apostar todas sus fichas-carta en la partida. Cuando Lando ganó aquella mano, el alienígena se marchó sin despedirse. La rodiana había tenido que abandonar la partida, pero por lo menos había jugado con inteligencia. Han supuso que había decidido reducir al máximo sus pérdidas y dejarla mesa mientras aún tenía algunos beneficios acumulados. Las apuestas estaban subiendo vertiginosamente, y la apuesta del sabacc ya casi ascendía a veinte mil créditos.

La suerte de Han había seguido ayudándole. Disponía de las fichas-carta suficientes para cubrir cualquiera de las apuestas que había visto aquella noche Han las sumó mentalmente. Si abandonaba la partida en aquel momento, se iría de Bospin con unos veinte mil créditos, dos mil más o menos. Los ojos se le estaban empezando a nublar, y las fichas-carta resultaban bastante difíciles de contar cuando estaban amontonadas.

El corelliano intentó reflexionar. Veinte mil créditos era un montón de dinero, casi el suficiente para comprar su propia nave. ¿Debía abandonar la partida, o debía seguir en la mesa?

El chadra-fan volvió a subir la apuesta, elevándola cinco mil créditos más. Han la cubrió. Lando le imitó, pero tuvo que consumir casi todas sus fichas-carta para poder hacerlo.

Han examinó su mano. Disponía de la ficha-carta de la Resistencia, que tenía el valor del ocho negativo. «Muy apropiado —pensó—. Esta batalla está empezando a convenirse en un campeonato de resistencia...» También tenía el as de báculos, con un valor de quince positivo, y el seis de vasijas, con un valor de seis positivo.

Trece, ¿eh? Pues entonces necesitaba tomar otra carta y esperar que no recibiera una carta clasificada, la cual le expulsaría de la partida. —Quiero otra carta —dijo.

El encargado del reparto arrojó una sobre la mesa. Han la cogió y, sintiendo una profunda desesperación, vio que era el Fallecimiento, con un valor de trece negativo.

«¡Estupendo! ¡Ahora estoy más lejos que nunca de lo que necesito!»

Y entonces las cartas ondularon y cambiaron delante de sus ojos...

Han había pasado a tener la Reina del Aire y la Oscuridad, con un valor de dos negativo, más el cinco de monedas, el seis de báculos y el Señor de las monedas, con un valor de catorce. El valor total era... veintitrés. Han sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Tenía un sabacc puro!

Con aquellas cartas, podía ganar tanto la apuesta de la mano como la apuesta del sabacc..., y, de hecho, podía ganar el torneo.

Sólo había una mano que pudiera vencerle, y era el despliegue del Idiota.

Han respiró hondo, y después empujó hacia adelante todos sus montones de fichas de crédito salvo uno. Durante un momento pensó en arrojar todas sus cartas al centro del campo de interferencia, pero entonces sus oponentes comprenderían que se estaba tirando un farol. Han las necesitaba para cubrir su apuesta si quería ganar la partida.

«Seguid tal como estáis ahora», les suplicó mentalmente a sus fichas-carta, concentrando toda su fuerza de voluntad en suplicarle al aleatorizador que no cambiara las pautas. Los aleatorizadores no manipulados funcionaban de una manera realmente aleatoria. A veces cambiaban las pautas de las fichas-carta múltiples veces en una partida. En otras ocasiones, sólo las alteraban una o dos veces. Han pensaba que las probabilidades de que sus fichas-carta cambiaran durante los tres minutos siguientes —el promedio de duración de una ronda de apuestas con aquel número de jugadores sentados a la mesa— eran de un cincuenta por ciento.

Han mantuvo el rostro impassible y el cuerpo relajado, para lo cual se vio obligado a hacer un esfuerzo de voluntad tan intenso que casi resultaba doloroso. ¡Tenía que conseguir que pensaran que podía estar tirándose un farol!

Las enormes orejas del diminuto chadra-fan oscilaron rápidamente hacia atrás y hacia adelante ala derecha de Han, y después el alienígena (durante las horas de partida Han había averiguado que era del sexo masculino) dejó escapar un graznido casi inaudible. El alienígena recogió sus fichas-carta con minuciosa tranquilidad y las colocó sobre la mesa, y después se levantó y se fue.

Flan clavó la mirada en sus fichas-carta «No cambiéis... ¡No cambiéis!» El corazón le latía a toda velocidad, y esperaba que Lando no pudiera percibir el repentino martillar de su pulso.

El jugador profesional titubeó durante un segundo interminable, y luego pidió una carta. Un torrente de sangre inundó las orejas de Han cuando, lenta y deliberadamente, Calrissian extendió una mano y colocó una ficha-carta boca abajo dentro del campo de interferencia.

Han se envaró. Había tenido un fugaz atisbo del color primario de la ficha-carta reflejado contra la tenue ionización del campo. Violeta. Si los ojos cansados de Han

no le estaban gastando alguna clase de jugarreta, eso significaba que la ficha-carta era el Idiota, la carta más vital de todas las que formaban el despliegue del Idiota.

Han intentó tragar saliva, pero su boca estaba demasiado seca. «Lando es un experto en esto —pensó—. Podría haber dejado esa carta allí en cualquier momento sabiendo que yo vería su color delator, y que supondría que tiene el Idiota. Pero ¿por qué? ¿Para tenderme una trampa? ¿Para asustarme y conseguir que me dé por vencido? ¿O me estoy imaginando cosas?»

Han volvió a alzar la mirada hacia su oponente. Lando estaba sosteniendo dos cartas en la mano. El jugador profesional sonrió a su amigo y después, introduciendo rápidamente una anotación en una tarjeta de datos, la empujó hacia adelante, dirigiéndola hacia Han junto con las escasas fichas de crédito que le quedaban.

—Mi marcador —dijo, hablando en el tono de voz más suave y dable de que era capaz—. Vale por cualquier nave de mi depósito, y te permite elegir lo que quieras de mis posesiones.

El bith se volvió hacia Han.

—¿Le parece aceptable, Solo?

Han tenía la boca tan seca que no se atrevía a hablar, pero asintió. El bith se volvió hacia Lando.

—Su marcador es bueno.

Lando estaba sosteniendo dos cartas más el Idiota, que se encontraba a salvo dentro del campo de interferencia. Han reprimió el impulso de pasarse la mano por los ojos, y se preguntó si Lando podría ver cómo estaba sudando. «Debes conservar la calma y pensar con racionalidad —se ordenó a sí mismo—. ¿Tiene el despliegue del Idiota... o..., o se está echando un farol?»

Sólo había una forma de averiguarlo.

«Aguanta, aguanta», le ordenó a su mano y después, lenta y muy deliberadamente, empujó hacia adelante su último montón de fichas.

—Veo la apuesta —dijo, y la voz surgió de sus labios bajo la forma de un graznido impregnado de tensión.

Lando le miró fijamente desde el otro extremo de la mesa durante un segundo interminable, y después permitió que sus labios se curvaran en una tenue sonrisa.

—Muy bien —dijo, y estiró la mano para dar la vuelta a la carta depositada dentro del campo de interferencia.

El Idiota alzó la mirada hacia Han.

Lando cogió su próxima ficha-carta con lenta y tranquila deliberación y la dejó junto al Idiota, colocándola vuelta hacia arriba. La carta era el dos de báculos.

Han no podía respirar. «Estoy muerto... Lo he perdido todo...» Lando dio la vuelta a la última de sus cartas.

El siete de vasijas.



Han contempló con incredulidad la mano perdedora, y después alzó lentamente los ojos para mirar a su amigo. Lando sonrió y se encogió de hombros.

—Bien, chico, debo confesar que me has sorprendido —dijo—. Pensé que podría engañarte.

«¡Lando se estaba tirando un farol! —Han sintió que la cabeza le daba vueltas a medida que comprendía lo que había estado ocurriendo—. ¡He ganado! ¡No puedo creerlo, pero he ganado!»

El corelliano depositó sus fichas-carta sobre la mesa con tranquila lentitud.

—Sabacc puro —dijo—. Y la apuesta del sabacc también es mía. El bith asintió.

—El capitán Solo es el ganador de nuestro torneo, damas y caballeros —dijo, hablando por el pequeño amplificador que colgaba de su cuello—. ¡Felicidades, capitán Solo!

Han dirigió una lenta inclinación de cabeza al bith, y después se dio cuenta de que Lando se había inclinado sobre la mesa y de que estaba extendiendo la mano hacia él. El corelliano estiró el brazo y estrechó la mano de su amigo.

—No puedo creerlo —murmuró—. ¡Menuda partida!

—Nunca me había imaginado que fueras tan buen jugador, viejo amigo —dijo Lando con alegre afabilidad.

Han se preguntó cómo podía estar tan tranquilo cuando acababa de sufrir unas pérdidas tan grandes, y luego pensó que el jugador probablemente ya había ganado y perdido varias fortunas con anterioridad.

Han cogió la tarjeta de datos que le había entregado Lando y la examinó.

—Bien, ¿qué nave vas a reclamar? —preguntó Lando—. Tengo un carguero ligero corelliano YT-2400 casi nuevo que sería la nave ideal para ti. Espera a que...

—Quiero el Halcón —se apresuró a decir Han.

Las cejas de Lando se elevaron hacia su frente.

—¿El Halcón Milenario? —exclamó, obviamente afectado—. Oh, no. El Halcón es mi nave personal, Han. Nunca ha formado parte del trato.

—Dijiste que podía elegir cualquier nave que hubiera en tu depósito —le recordó Han sin inmutarse mientras sus ojos se encontraban con los de Lando—. Dijiste que podía elegir cualquiera de las naves de tu propiedad, ¿no? Bien, pues el Halcón se encuentra estacionado en tu depósito y he decidido reclamarlo.

—Pero...

La boca de Lando se tensó de repente, y sus ojos destellaron.

—¿Sí, amigo? —replicó Han, permitiendo que una sombra de dureza se infiltrara en su voz—. ¿Vas a hacer honor a esta tarjeta, o piensas echarte atrás?

Lando asintió con una lenta inclinación de la cabeza.

—Nadie puede decir que no hago honor a mis pagarés. —Hizo una profunda inspiración de aire, y después lo dejó escapar bajo la forma de un siseo lleno de

irritación—. De acuerdo... El Halcón es tuyo.

Han sonrió y luego alzó los brazos hacia el techo y giró sobre sí mismo en una danza improvisada, sintiéndose repentinamente ebrio de pura alegría. “¡Espera a que se lo cuente a Chewie! ¡El Halcón Milenario es mío! ¡Por fin! ¡Vamos a tener nuestra propia nave!”

## Capítulo 2

# Promesas que cumplir

Bria Tharen estaba sola en la sala holográfica desierta, observando a Han Solo mientras éste se regocijaba de su victoria y deseando poder estar allí para abrazarle, besarle y celebrarla junto a él. «¡Esto es maravilloso! —pensó, exultante—. Merecías ganar, Han! ¡Has jugado tus cartas como un auténtico campeón!»

Se preguntó qué le habría entregado el jugador de piel oscura para completar su apuesta. Resultaba obvio que debía de tratarse de algo valioso, porque los dedos de Han sujetaban la tarjeta de datos como si fuese la llave del tesoro más maravilloso de todo el universo.

La noche del cuarto día ya estaba muy avanzada, y las reuniones de la comandante corelliana con el durosiano, el sullustano y los alderaanianos terminarían mañana por la mañana. Habían hecho ciertos progresos hacia algunos acuerdos, y todos ellos habían aprendido muchas cosas sobre la cultura de los demás, pero aún no se había llegado a ninguna decisión. Ninguno de los otros tres grupos rebeldes se había mostrado dispuesto a comprometerse con la alianza rebelde propuesta por Corellia.

Bria suspiró. Había hecho todo lo posible, pero estaba claro que todavía le quedaba mucho camino por delante. Se dijo que no debería culpar a los otros grupos por su cautela, pero no podía evitar hacerlo. La situación actual con el Imperio estaba condenada a empeorar, y los demás estaban ciegos si no eran capaces de verlo.

Un sonido de pasos hizo que Bria girara sobre sus talones para encontrarse con la joven alderaaniana, Invierno, viniendo hacia ella. Invierno, con sus ojos verde pálido y su cabellera de color cristalino, era muy hermosa. Su sencillo traje verde modestamente cortado revelaba una silueta esbelta y digna de una reina. Era alta, aunque no tanto como Bria

La comandante corelliana asintió, y las dos mujeres se dedicaron a contemplar la acción de la sala de baile del torneo durante unos momentos. Han estaba rodeado por los otros jugadores, y se dejaba felicitar por ellos. La comida y las bebidas circulaban de un lado a otro, y los funcionarios del torneo, los comerciantes y el personal del hotel se habían añadido a la multitud. Una atmósfera general de fiesta reinaba en la sala.

—Parece que se están divirtiendo mucho más que nosotros en nuestra reunión —dijo Bria en un tono bastante seco—. Les envidio. No tienen ni un solo motivo de preocupación en el mundo.

—Oh, estoy segura de que también tienen sus preocupaciones —dijo Invierno—. Pero de momento las han dejado a un lado para poder limitarse a existir en el

presente.

Bria asintió.

—Estás hecha una auténtica filósofa, ¿verdad?

La muchacha dejó escapar una breve carcajada agradablemente musical.

—Oh, en Alderaan tenemos una larga tradición de discusiones sobre la filosofía, la ética y la moralidad. En Alderaan hay cafés en los que los ciudadanos se sientan para pasar todo el día discutiendo de filosofía. Es una tradición planetaria.

Bria soltó una risita.

—Los corellianos tienen una considerable reputación de temerarios e impulsivos, y se los considera como un pueblo capaz de hacer muchas cosas pero al que le encanta correr riesgos.

—Nuestros dos mundos quizá se necesitarían mutuamente para equilibrarse —observó Invierno.

Bria le lanzó una mirada pensativa.

—¿Te gustaría ir al bar y tomar una taza de liana de cafeína, Invierno?

—Me encantaría —dijo la muchacha, asintiendo.

Su cabellera cristalina ondulaba sobre sus hombros a cada movimiento que hacía. Bria había oído decir que los adultos de su planeta no se cortaban el cabello, y el de Invierno descendía a lo largo de su espalda igual que un glaciar.

Cuando estuvieron cómodamente sentadas, con tazas del humeante y aromático líquido delante de ellas, Bria presionó discretamente un botón de su brazalete dorado, y dirigió las gemas corusca que lo adornaban hacia la habitación. Después volvió la muñeca hacia arriba sin dejar de estudiar las gemas ni un solo instante. Al ver que no se encendía ninguna luz entre ellas, Bria se relajó. «No hay sistemas de espionaje cerca. No es que esperase encontrarme con ninguno, pero más vale estar segura que tener que lamentarlo después...»

—Háblame de ti, Invierno —dijo Bria—. ¿Cómo te incorporaste a esta misión?

—El virrey ha sido como un padre para mí —dijo la muchacha en voz baja y suave—. Me crió junto a su propia hija, Leia. He sido la eterna compañera de la princesa desde que éramos niñas. —Sus labios se curvaron en una tenue sonrisa, y Bria volvió a sorprenderse ante lo increíblemente madura que era para su edad—. Ha habido ocasiones en las que incluso han llegado a tomarme por la princesa. Pero me alegro de no pertenecer a la realeza. Estar bajo los ojos del gran público en todo momento, como les ocurre al virrey y a Leia, resulta muy duro. Presiones constantes, el eterno acoso de la prensa... Tu vida deja de pertenecerte.

Bria asintió.

—Sospecho que pertenecer a la realeza es todavía peor que ser una estrella del video —dijo, tomando un sorbo de su taza—. Así que Bail Organa te crió y te educó..., y sin embargo ha permitido que formaras parte de esta misión, sabiendo que

podía haber peligro en el caso de que nos descubrieran. —Bria enarcó las cejas—. Eso me sorprende. Pareces un poco demasiado joven para tener que enfrentarte a semejantes riesgos.

Invierno sonrió.

—Tengo un año y unos cuantos meses más que la princesa. Acabo de cumplir diecisiete años, y en Alderaan ésa es la edad de la responsabilidad civil.

—Igual que en Corellia —dijo Bria—. Sigue pareciéndome que eres demasiado joven. A los diecisiete años, yo no tenía mucho sentido común —añadió con una sonrisa llena de melancolía—. Ya hace tanto tiempo de eso... Parece como si hubieran transcurrido un millón de años, en vez de sólo nueve.

—Pues se te tomaría por mayor, aunque no lo aparentas —dijo Invierno—. ¿Veintiséis años y ya eres una comandante? Tienes que haber empezado muy joven —añadió, echando un poco de leche de traladón en su taza de liana de cafeína.

—Lo hice —admitió Bria—. Y si parezco un poco mayor de lo que soy en realidad... Bueno, un año como esclava en Ylesia tiene esos efectos sobre una chica. Esas fábricas de especia te consumen por dentro.

—¿Harás una esclava? —preguntó Invierno, pareciendo bastante sorprendida.

—Sí. Un... Un amigo me rescató de Ylesia. Pero salir físicamente del planeta fue la parte más fácil —confesó Bria—. Mucho después de que mi cuerpo estuviera libre, mi mente y mi espíritu seguían estando esclavizados. Tuve que aprender a liberarme a mí misma, y eso es lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

Invierno asintió, contemplándola con ojos llenos de simpatía. Bria se sintió un poco sorprendida al ver que se estaba abriendo de aquella manera ante la joven, pero la adolescente alderaaniana era una persona con la que resultaba asombrosamente fácil hablar. Era evidente que Invierno no se estaba limitando a mantener una conversación, y que realmente le importaba lo que estaba diciendo Bria. La comandante se permitió un ligero encogimiento de hombros.

—Básicamente, me costó todo aquello que era importante para mí. El amor, la familia..., la seguridad. Pero poder ser yo misma valía la pena, y además me aportó un nuevo propósito en la vida.

—Combatir al Imperio.

Bria asintió.

—Combatir al Imperio que acepta la esclavitud y que estimula su práctica, sí. La esclavitud es la práctica más asquerosa y degradante jamás desarrollada por seres inteligentes supuestamente civilizados.

—He oído hablar de Ylesia —dijo Invierno—. Hace unos años corrieron ciertos rumores bastante desagradables sobre ese mundo, y el virrey ordenó que llevaran a cabo una investigación. Desde aquel entonces, ha mantenido una campaña de información pública para que los alderaanianos lleguen a saber toda la verdad sobre

el lugar..., especialmente sobre las fábricas de especia y los trabajos forzados.

—Eso constituye el peor aspecto —dijo Bria con amargura—. En realidad no te obligan. La gente trabaja hasta morir, y lo hacen voluntariamente. Es horrible. Si dispusiera de los soldados y las armas necesarias, mañana mismo partiría hacia Ylesia con un par de escuadrones y cerraríamos para siempre ese pestilente agujero de explotación.

—Lo cual requeriría muchas tropas.

—Sí, desde luego. Ya disponen de ocho o nueve colonias, y tienen millares de esclavos. —Bria tomó un cauteloso sorbo del líquido caliente—. Bien... ¿Tienes muchas ganas de asistir a la sesión de mañana?

Invierno suspiró.

—La verdad es que no.

—No te culpo —dijo Bria—. Oír cómo nos pasamos el día entero discutiendo si una Alianza Rebelde es el curso de acción adecuado o . no tiene que resultar bastante aburrido. Tendrías que saltarte la sesión de mañana y tratar de divertirte un poco. La Ciudad de las Nubes dispone de viajes organizados para ir a contemplar los rebaños de beldones, y también hay rodeos aéreos en los que los jinetes de los thrantas exhiben sus habilidades. He oído decir que son un espectáculo realmente asombroso.

—He de ir a esa conferencia de mañana —replicó Invierno—. El ministro Dahlney me necesita.

—Por qué? —preguntó Bria, sintiéndose perpleja—. ¿Para que le proporciones apoyo moral?

Invierno sonrió levemente.

—No. Soy su registradora. Me necesita para que le ayude a preparar el informe que entregará al virrey.

—¿Su registradora?

—Sí. Recuerdo todo lo que veo, experimento o escucho —dijo Invierno—. No puedo olvidar, aunque a veces desearía poder hacerlo.

Sus hermosos rasgos se llenaron de tristeza, como si estuviera recordando alguna desagradable escena del pasado.

—De veras? —aria estaba pensando en lo útil que resultaría tener a alguien como Invierno entre su personal. Ella misma había recibido lecciones memorísticas y se había sometido al condicionamiento hipnótico para mejorar su capacidad de retentiva, porque muy poco de cuanto hacía podía ser confiado a los archivos de datos o los documentos escritos—. Tienes razón: eso hace que seas valiosísima.

—La razón por la cual dije que no me apetecía asistir a la reunión de mañana —confesó Invierno, inclinándose hacia adelante sobre la mesa—, no tiene nada que ver con el aburrimiento, comandante. Lo que quería decir es que me resulta muy duro tener que escuchar cómo Heric Dahlney insiste tozudamente en que la ética

alderaaniana es más importante que derrotar al Imperio.

Bria ladeó la cabeza.

—Oh... Vaya, esto sí que es interesante. ¿Qué te hace decir eso?

—Cuando acompañé a Leia y al virrey a Coruscan con ocasión de ciertas funciones diplomáticas... —Invierno se interrumpió, y acabó sonriendo de mala gana—. Bueno, quiero decir que fui al Centro Imperial y... El caso es que vi dos veces al Emperador. En una de esas ocasiones, Palpatine se detuvo y me habló. Apenas fue más que un saludo, pero...

Invierno titubeó y se mordió el labio y, por primera vez, Bria vio desaparecer la fachada de su madurez y pudo contemplar a una niña asustada en aquellos rasgos llenos de juventud.

—Le miré a los ojos, Bria —siguió diciendo Invierno—. Y por mucho que lo intente, no puedo olvidarlos. Palpatine es realmente malvado. Hay algo extrañamente antinatural en él... —Invierno se estremeció a pesar del agradable calor del bar—. Me aterrorizó. Era... malévolo. Es la única palabra que me parece adecuada para describir a Palpatine.

—He oído ciertas historias sobre él, aunque nunca he llegado a conocerle —dijo Bria—. Le he visto desde lejos, pero eso es todo.

—Te aseguro que es mejor que no llegues a conocerle —dijo Invierno—. Esos ojos suyos... Se clavan en ti, y entonces sientes como si fueran a absorber tu espíritu y todo aquello que te convierte en lo que eres.

Bria suspiró.

—Esa es la razón por la que debemos enfrentarnos a él —dijo—. Eso es exactamente lo que quiere, Invierno: quiere absorbernos a todos..., planetas, seres inteligentes..., a todo cuanto existe. Palpatine está decidido a convertirse en el déspota más absoluto de la historia. Tenemos que enfrentarnos a él, porque si no lo hacemos nos aplastará.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Invierno—. Y ésa es la razón por la que voy a volver a Alderaan y le diré al virrey que los alderaanianos debemos armarnos y aprender a luchar.

Bria parpadeó, visiblemente sorprendida.

—¿De veras? Pero el ministro Dahlney no opina lo mismo.

—Lo sé —dijo la joven—, y también sé que el virrey está en contra de la idea de empuñar las armas. Pero lo que te he oído decir durante los últimos días me ha convencido de que si Alderaan no lucha, seremos destruidos. Mientras el Emperador gobierne, nunca podremos llegar a conocer la verdadera paz.

—¿Y crees que Bail Organa te escuchará? —preguntó Bria, sintiendo una nueva chispa de esperanza. «Por lo menos he conseguido llegar a una persona durante estos últimos días..., y eso quiere decir que no he estado perdiendo el tiempo como creía.»

—No lo sé —replicó Invierno—. Quizá lo haga. Es un buen hombre, y respeta a aquellos que saben explicarse con claridad incluso cuando son jóvenes. Cree en resistir al Imperio. Ya ha hecho todo lo necesario para que yo y su hija recibamos adiestramiento especial en las técnicas de recogida de datos de inteligencia. Sabe que dos jovencitas aparentemente inocentes pueden ir a algunos sitios y hacer ciertas cosas que serían totalmente imposibles para unos diplomáticos experimentados.

Bria asintió.

—Sí, ya he tenido ocasión de descubrirlo personalmente —dijo—. Es una de las realidades más lamentables e infortunadas de la vida, Invierno: un rostro hermoso y una sonrisa llena de dulzura pueden proporcionarte un pasaporte de acceso a muchos lugares de la burocracia imperial y el Alto Mando allí donde otros esfuerzos estarían condenados al fracaso.

La atractiva comandante sonrió maliciosamente mientras se servía otra taza de liana de caféina.

—Como sin duda habrás notado, el Imperio es una organización dominada por los varones y por los humanos. Y los varones de la raza humana pueden ser... manipulados... por las mujeres, en ocasiones con excesiva facilidad. Eso no me gusta, y no lo justifica, pero en este caso lo que importa son los resultados. Es algo que he aprendido a lo largo de los años.

—Aunque el virrey Organa no quiera escucharme, estoy segura de que Leia lo hará —dijo Invierno—. Insistió en que nuestro adiestramiento de inteligencia debía incluir lecciones sobre cómo usar las armas de manera efectiva. Las dos hemos aprendido a disparar, y a dar en el blanco contra el que apuntamos. Al principio al virrey no le gustaba demasiado la idea, pero después de pensárselo acabó accediendo, e incluso eligió un maestro de armas para Leia. El virrey es un hombre inteligente, y fue capaz de comprender que podían surgir situaciones en las que necesitaríamos saber cómo defendernos.

—¿Y de qué servirá convencer a la princesa? —quiso saber Bria—. Ya sé que se supone que todo el mundo la quiere, pero sigue siendo una jovencita.

—El virrey está pensando nombrarla representante de Alderaan en el senado imperial el año próximo —dijo Invierno—. No subestimes el poder del propósito o de la influencia de Leia.

—No lo haré —dijo Bria, y le sonrió—. Me alegra mucho que hayamos mantenido esta conversación. Me sentía terriblemente abatida, y me has dado nuevos ánimos. Te estoy muy agradecida.

—Soy yo quien te está agradecida, comandante —dijo Invierno—. Te agradezco que hayas dicho la verdad delante de mí. La resistencia corelliana tiene razón. Nuestra mejor esperanza es una Alianza Rebelde. Espero que algún día sea posible crearla...



Han se encontró al lado de Lando en el momento en que la fiesta posterior al torneo empezaba a perder una parte de su animación inicial, y le señaló la puerta.

—Te invito a una copa.

Lando curvó los labios en una sonrisa llena de melancolía.

—Será mejor que me invites, viejo amigo. Tienes todos mis créditos.

Han también sonrió.

—Ya te he dicho que invitaba yo. Eh... ¿Necesitas un préstamo, Lando? ¿Quieres adquirir un billete de vuelta a Nar Shaddaa en ese carguero que despegará mañana?

Lando tardó unos momentos en responder.

—Sí..., y no. Me gustaría pedirte prestados mil créditos, y siempre devuelvo los favores. Pero he decidido quedarme en Bepin durante cierto tiempo. Algunos de los jugadores que no consiguieron llegar a las finales del torneo tendrán que hacer acto de presencia en los casinos de la Ciudad de las Nubes para tratar de recuperar una parte de lo que han perdido. Eso debería serme de mucha utilidad.

Han asintió y sacó de su cartera mil quinientos créditos, que alargó a Lando.

—Tómame tu tiempo, amigo. No hay ninguna prisa.

Lando obsequió a su amigo con una sonrisa mientras iban hacia el bar.

—Gracias, Han.

—Eh, esa apuesta de sabacc se ha añadido a mis otras ganancias. Digamos que... Bueno, el caso es que puedo permitírmelo. —El corelliano se sentía físicamente muy cansado, pero estaba tan feliz y lleno de euforia que sabía que no podría dormir, o por lo menos todavía no. Tenía que seguir saboreando su victoria y su propiedad del Halcón durante un rato más—. Bueno, mañana volveré por donde he venido —añadió—. No hay razón para que me quede más tiempo por aquí, y Chewie se estará preguntando qué tal me han ido las cosas.

Lando volvió la mirada hacia el otro extremo del bar y enarcó una ceja.

—Oh, estoy viendo por lo menos dos razones para quedarse por aquí.

Han siguió la dirección de la mirada de su amigo, y vio a dos mujeres que estaban abandonando el bar por la salida del vestíbulo. Una era alta, de formas opulentas y corta melena negra, y la otra apenas era una chica, esbelta y de largos cabellos blancos. Han meneó la cabeza.

—Nunca te das por vencido, ¿eh, Lando? La alta tiene el tipo de un luchador de gravedad cero y podría partirte por la mitad con una sola mano, y la otra es una invitación ambulante a visitar una hermosa celda por tratar de corromper a una menor.

Lando se encogió de hombros.

—Bueno, si no pueden ser esas dos, entonces hay montones de damas hermosas en la Ciudad de las Nubes. Y quiero averiguar qué tal andan los negocios por aquí. Creo que este sitio me gusta, Han.

Han dirigió una sonrisa maliciosa a su amigo.

—Como quieras. En cuanto a mí, ardo en deseos de llegar a casa y subir a mi nave para salir a dar una vuelta por el espacio. —Hizo una seña al camarero-robot—. ¿Qué te apetece tomar, amigo mío?

Lando puso los ojos en blanco.

—Un Polanis tinto para mí, y una generosa ración de veneno para ti.

Han se echó a reír.

—Bien... ¿Y adónde irás primero en tu nueva nave? —preguntó Lando.

—Voy a ser fiel a una promesa que le hice a Chewie hace ya cosa de tres años y lo llevaré a ver a su familia en Kashyyyk —replicó Han—. Disponiendo del Halcón, debería poder esquivar a todas esas patrullas imperiales sin ninguna dificultad.

—¿Cuánto tiempo lleva Chewie sin ir a Kashyyyk?

—Casi cincuenta y tres años —dijo Han—. Durante ese tiempo pueden haber ocurrido muchas cosas. Dejé allí a un padre, unos primos y una hermosa wookiee. Ya va siendo hora de que vuelva a casa y se entere de qué tal les han ido las cosas.

—¿Cincuenta años? —Lando meneó la cabeza—. No conozco a ninguna mujer humana que fuera capaz de esperarme durante cincuenta años...

—Lo sé —dijo Han—. Y al parecer, Chewie nunca consiguió entenderse demasiado bien con Mallatobuck. Le advertí que más le vale esperarse encontrarla casada y convenida en una abuela.

Lando asintió, y cuando llegaron las copas alzó la suya en un brindis. Han levantó su vaso de cerveza alderaaniana.

—Por el Halcón —dijo Lando—. Es el montón de chatarra más veloz de toda la galaxia, y ahora tendrás que cuidar de él.

—Por el Halcón —coreó Han—. Mi nave... Que pueda volar deprisa y en libertad, y que consiga dejar atrás a todos los navíos imperiales del universo.

Los dos amigos hicieron entrecuchar solemnemente sus vasos y después bebieron al unísono.

En Nal Hutta hacía un día muy cálido pero, pensándolo bien, prácticamente todos los días de Nal Hutta eran muy cálidos. Nal Hutta era un mundo tórrido, lluvioso, húmedo y contaminado. En huttés, «Nal Hutta» significaba «Joya gloriosa».

Pero había un hutt que estaba demasiado absorto en su unidad holográfica para enterarse del tiempo que hacía. Durga, el nuevo líder del clan Besadii desde la prematura muerte de Aruk, su padre, hacía seis meses, sólo tenía ojos y atención para la imagen holográfica de tamaño natural proyectada en su despacho.

Dos meses después de la muerte de Aruk, Durga había contratado a un equipo de los mejores expertos forenses del Imperio para que acudieran a Nal Hutta y llevaran a cabo una rigurosa autopsia sobre el hinchado cadáver de su padre. Había hecho congelar a Aruk y luego había ordenado que fuera envuelto en un campo de éntasis,

porque Durga estaba convencido de que su padre no había muerto de causas naturales.

Cuando los examinadores llegaron, dedicaron varias semanas a tomar muestras de todas las clases de tejidos que encontraron en el gigantesco cadáver del líder hutt, y después empezaron a someterlos a largas series de pruebas. Sus primeros resultados no habían arrojado ninguna luz sobre las causas de la muerte, pero Durga insistió en que siguieran investigando..., y Durga era quien pagaba, por lo que los especialistas forenses hicieron lo que les ordenaba.

Y en aquel momento Durga estaba contemplando la imagen de Myk Bidlor, el líder del equipo de especialistas forenses, que iba cobrando cohesión ante él. Bidlor era humano, un varón de piel clara, constitución esbelta y cabellos de un rubio casi blanquecino. Llevaba una bata de laboratorio que ocultaba sus ropas arrugadas. Cuando Bidlor vio que la imagen de Durga se formaba ante él, se apresuró a saludar al gran señor hutt con una pequeña reverencia.

—Excelencia... Hemos recibido los resultados de la última serie de pruebas llevadas a cabo sobre las muestras de tejidos que llevamos a Coruscant..., quiero decir al Centro Imperial.

Durga agitó impacientemente una manecita delante de Bidlor y se dirigió a él en básico.

—Llevas mucho retraso. Esperaba tu informe hace dos días. ¿Qué has averiguado?

—Lamento que los resultados de las pruebas hayan sufrido un cierto retraso, excelencia —se disculpó Bidlor—. Pero esta vez, y a diferencia de lo que había ocurrido durante nuestras series de pruebas anteriores, hemos descubierto algo que creo os parecerá muy interesante. De hecho, se trata de algo totalmente inesperado y que carece de precedentes. Tuvimos que ponernos en contacto con especialistas de Wyveral, y en estos momentos están intentando descubrir en qué lugar fue manufacturado. El factor de morbilidad ha resultado muy difícil de comprobar, dado que no disponemos de cantidades puras, pero no nos damos por vencidos, y cuando examinamos los distintos recuentos orgánicos del espécimen...

Durga dejó caer su manecita sobre una mesa cercana, golpeándola con tanta violencia que la tiró al suelo.

—¡Ve al grano de una vez, Bidlor! ¿Mi padre murió de muerte natural o fue asesinado?

El científico respiró hondo antes de hablar.

—No puedo asegurarlo, excelencia. Lo que sí puedo decir es que hemos descubierto una sustancia muy rara concentrada en los tejidos del cerebro del noble Aruk. La sustancia no es natural. Ninguno de los investigadores de mi equipo se había encontrado con ella anteriormente, y todavía estamos llevando a cabo ciertas

pruebas para descubrir sus propiedades.

El rostro de Durga, oscurecido por la marca de nacimiento, se volvió todavía más feo al intensificarse su fruncimiento de ceño. —Lo sabía —dijo.

Myk Bidlor alzó una mano en un gesto de advertencia.

—Noble Durga, por favor... Permitid que terminemos nuestras pruebas y exámenes. Seguiremos con nuestro trabajo, y volveremos para informar tan pronto como tengamos algunas conclusiones definitivas que comunicar.

Durga agitó una mano delante del experto forense, como quitando importancia a sus palabras.

—Muy bien. Asegúrate de informarme inmediatamente en cuanto hayas descubierto a qué tenemos que enfrentarnos.

Bidlor se inclinó ante él.

—Podéis estar seguro de que así lo haré, noble Durga.

El hutt cortó la conexión con una maldición murmurada en voz baja.

Durga no era el único hutt de Nal Hutta que se sentía profundamente desgraciado. Jabba Desilijic Tiure, segundo al mando del poderoso clan Desilijic, estaba tan deprimido como disgustado.

Jabba había pasado toda la mañana con su tía Jiliac, la líder del clan, en un esfuerzo desesperado por concluir el informe final sobre las pérdidas que el intento imperial de destruir Nar Shaddaa y subyugar Nal Hutta había infligido al clan Desilijic. El ataque imperial había fracasado, básicamente debido a que Jabba y Jiliac habían conseguido sobornar al almirante imperial, pero aun así transcurriría mucho tiempo antes de que las actividades comerciales de Nar Shaddaa volvieran a la normalidad.

Nar Shaddaa era una luna de grandes dimensiones que orbitaba Nal Hutta. Nar Shaddaa también era conocida como «la Luna de los Contrabandistas», y esa denominación resultaba muy adecuada, porque la mayoría de sus habitantes vivían allí únicamente debido a que estaban relacionados con el comercio ilegal que pasaba por Nar Shaddaa cada día. Tráfico de especia, de armamento, de tesoros y antigüedades robadas... Nar Shaddaa veía todo eso y muchas cosas más.

—El tráfico ha disminuido en un cuarenta y cuatro por ciento, tía —dijo Jabba mientras sus dedos, comparativamente pequeños y delicados, se deslizaban expertamente sobre el cuaderno de datos—. Cuando ese tres veces maldito Sarn Shild lanzó su ataque perdimos tantas naves, tantos capitanes y tripulaciones... Nuestros compradores de especia se han estado quejando de que ya no podemos suministrarles el producto de la forma en que solíamos hacerlo antes. Incluso Han Solo perdió su nave, y es nuestro mejor piloto.

Jiliac alzó la mirada hacia su sobrino.

—Han Solo ha estado pilotando nuestras naves desde el ataque, sobrino.

—Lo sé, pero la mayoría de nuestras naves son modelos bastante antiguos, tía. Eso quiere decir que no son muy rápidas. Y en nuestro negocio, el tiempo es igual a créditos. —Jabba hizo otro cálculo, y después emitió un sonido lleno de exasperación—. Nuestros beneficios de este año serán los más bajos de la última década, tía.

Jiliac replicó con un tremendo eructo. Jabba alzó la mirada y vio que su tía estaba volviendo a comer, engullendo rápidamente una pasta de alto contenido energético que esparcía sobre las espaldas de sus orugas del pantano antes de introducirlas en su enorme boca. Desde que quedó embarazada el año pasado, Jiliac había estado pasando por uno de los típicos estallidos de crecimiento de los hutts, algo que les ocurría varias veces a la mayoría de hutts adultos durante sus años de madurez.

En el espacio de un año, Jiliac había aumentado sus dimensiones en una tercera parte con respecto a las que tenía antes de su embarazo.

—Será mejor que tengas cuidado —le advirtió Jabba—. El otro día esas orugas te produjeron una indigestión terrible. ¿Lo recuerdas, tía? Jiliac volvió a eructar.

—Tienes razón. No debería comer tantas..., pero el bebé necesita mucho alimento.

Jabba suspiró. El bebé de Jiliac todavía pasaba una gran parte del tiempo dentro de la bolsa de su madre. Los bebés hutts dependían de su madre para toda su nutrición durante el primer año de sus vidas.

—Estamos recibiendo un mensaje de Ephant Mon —dijo Jabba al ver que el indicador de mensajes estaba parpadeando en su unidad de comunicaciones. El joven hutt se apresuró a examinar el comunicado—. Me dice que debería volver a Tattoine. Estoy seguro de que está defendiendo mis intereses lo mejor que puede, pero la dama Valarian está sabiendo aprovechar mi prolongada ausencia para tratar de introducirse en mi territorio.

Jiliac volvió sus bulbosos ojos hacia su sobrino.

—Si tienes que hacerlo, entonces vete. Pero asegúrate de que el viaje dure lo menos posible, sobrino, porque dentro de diez días te necesitaré para que te encargues de supervisar la conferencia con los representantes del clan Desilijic de los Mundos del Núcleo.

—El caso es que creo que te convendría ocuparte personalmente de eso, tía. Has perdido el contacto con esos representantes —observó Jabba.

Jiliac dejó escapar un delicado eructo y luego bostezó.

—Oh, planeo asistir. Pero el bebé es tan exigente, sobrino... Necesitaré que estés allí para que te ocupes de todo cuando yo deba descansar.

Jabba abrió la boca para protestar, pero no llegó a decir ni una palabra. ¿Para qué hubiese servido? Jiliac sencillamente ya no se interesaba por los asuntos del clan de la forma en que lo había hecho antes de la maternidad. Probablemente fuese algo hormonal...

Jabba ya llevaba meses intentando remediar las pérdidas que el kajidic del clan Desilijic había sufrido durante la batalla de Nar Shaddaa. Estaba empezando a hartarse de dejarse el hombro —figuradamente hablando por supuesto, ya que en realidad los hutts no tenían hombros— en la agotadora tarea de dirigir el clan Desilijic.

—Esta nota debería interesarte, tía —dijo Jabba, examinando otro mensaje—. Las reparaciones de tu yate ya están terminadas. El Perla de Dragón vuelve a estar en condiciones de funcionar.

En los viejos tiempos la primera pregunta de Jiliac habría sido ¿Cuánto han costado?», pero su tía no lo preguntó. El dinero había dejado de ser su principal interés en la vida.

El yate de Jiliac había caído en manos de algunos de los defensores de Nar Shaddaa y había sufrido daños considerables en el transcurso de la batalla. Durante largo tiempo Jabba y su tía dieron por completamente perdida a la nave, pero entonces un contrabandista hutt la encontró flotando a la deriva entre los cascos abandonados dispersos en órbita alrededor de la Luna de los Contrabandistas.

Jabba ordenó que el Perla fuese remolcado hasta un muelle espacial y posteriormente gastó una considerable cantidad de dinero en sobornos, pero nunca consiguió descubrir cuál de los contrabandistas había robado el yate y lo había usado durante la batalla.

En los viejos tiempos, reflexionó Jabba con tristeza, las noticias sobre su preciosa nave habrían sido la máxima prioridad para su tía. Pero el Perla de Dragón había sufrido daños porque Jiliac se olvidó de ordenar que la nave fuera puesta a buen recaudo en Nal Hutta antes de la batalla. Jabba había atribuido su olvido a ‘las tensiones de la maternidad’.

Bueno, pues las ‘tensiones de la maternidad’ le habían costado más de cincuenta mil créditos en reparaciones al clan Desilijic, y todo por la única razón de que Jiliac había cometido un descuido imperdonable.

Jabba suspiró y alargó distraídamente la mano hacia una de las orugas del acuario de aperitivos de su tía. Oyó un resoplido seguido por un potente gruñido nasal, y un instante después giró sobre sus talones para ver que los enormes ojos de Jiliac estaban cerrados y su boca permanecía entreabierta mientras roncaba.

Jabba dejó escapar un segundo suspiro, y decidió volver a su trabajo.

Esa misma noche, Durga el Hutt estaba cenando con su primo Zier. Durga nunca había sentido demasiado aprecio por él, y sabía que el otro noble hutt era su gran rival en el liderazgo del clan Besadii, pero toleraba su presencia porque Zier sabía que oponerse a Durga de una forma abierta hubiese constituido una locura. Recordando el consejo de Aruk de “mantener cerca a tus amigos..., y todavía más cerca a tus enemigos”, Durga había convertido informalmente a Zier en su lugarteniente, y le

había confiado ciertos asuntos relacionados con la administración de las vastas empresas que el clan Besadii controlaba en Nal Hutta.

Aun así, Durga limitaba al máximo su grado de libertad, y no confiaba en Zier. Los dos hutts estaban practicando una complicada esgrima verbal mientras cenaban, y cada uno observaba al otro de la forma en que un depredador contempla a su presa.

Durga se estaba llevando un bocado particularmente apetitoso a la boca cuando su mayordomo, un humanoide pálido y servil procedente de Chevin, entró en el comedor.

—Han enviado un mensaje, amo. Dentro de unos minutos recibiréis una transmisión holográfica muy importante procedente de Coruscan. ¿Deseáis que la pasemos aquí?

Durga le lanzó una rápida mirada a Zier.

—No. La recibiré en mi despacho.

Siguió a Osman, el mayordomo cheviniano, con una rápida ondulación hasta que llegó a su despacho. La luz indicadora de la conexión estaba empezando a destellar. «¿Será Myk Bidlor con nuevas noticias sobre la sustancia que han encontrado en los tejidos cerebrales de mi padre?», se preguntó el hutt. Su conversación con el humano le había dejado la clara impresión de que transcurriría algún tiempo, quizá meses, antes de que los forenses completaran su investigación.

Durga hizo salir al humanoide cheviniano de la habitación con un gesto de la mano después de que el mayordomo hubiese vuelto a inclinarse ante él, y activó las cerraduras de seguridad, introdujo el código del campo de frecuencia protegida y luego aceptó la comunicación.

Una humana rubia de tamaño casi natural se materializó delante de él. Durga no estaba muy familiarizado con los patrones de atractivo humanos, pero aun así pudo ver que la mujer era delgada y parecía hallarse en excelentes condiciones físicas.

—Saludos, noble Durga —dijo la humana—. Soy Guri, la secretaria particular del príncipe Xizor. El príncipe desearía hablaros personalmente.

«¡Oh, no!» Si Durga fuese humano, habría empezado a sudar. Pero los huta no sudaban, aunque sus poros secretaban una sustancia aceitosa que mantenía su piel agradablemente húmeda y resbaladiza.

Además Aruk no había traído al mundo a un idiota, por lo que Durga mantuvo cuidadosamente oculta su preocupación. Lo que hizo fue inclinar su cabeza en un movimiento lo más cercano a una reverencia humanoide que podía esperarse de un hutt.

—El príncipe me honra.

La figura de Guri se desplazó hacia un extremo del campo de transmisión desplegado delante de los ojos de Durga, y fue sustituida casi al instante por la alta e imponente silueta de Xizor, el príncipe falleen que se había convenido en líder de un

enorme imperio criminal conocido como el Sol Negro.

El pueblo de Xizor, los falleens, descendían de una especie de reptiles, aunque el aspecto del príncipe no podía ser más humanoide. Su piel tenía un claro matiz verdoso, y sus ojos eran más bien inexpresivos. Su cuerpo era esbelto y musculoso, y aparentaba tener treinta y pocos años (aunque Durga sabía que su edad estaba mucho más cerca de los cien). El cráneo de Xizor se hallaba desnudo salvo por una larga coleta de cabellos negros que le llegaba hasta los hombros. El príncipe llevaba una chaqueta muy cara sobre un traje de una sola pieza que recordaba el típico mono de vuelo de los pilotos espaciales.

Mientras Durga observaba a Xizor, el líder del Sol Negro inclinó la cabeza en un saludo casi imperceptible.

—Saludos, noble Durga. Han transcurrido varios meses desde la última vez en que tuve noticias vuestras, por lo que pensé que debía averiguar si todo os iba bien. ¿Qué tal le van las cosas al clan Besadii después de la prematura y lamentable muerte de vuestro estimado padre?

—Todo va bastante bien, alteza —dijo Durga—. Os aseguro que vuestra ayuda ha sido muy agradecida.

Cuando Durga consiguió asumir el liderazgo del clan Besadii, tuvo que enfrentarse a una oposición tan enconada por parte de otros líderes del clan —principalmente debido a la infortunada marca facial del joven hutt, que las tradiciones de su pueblo consideraban constituía un presagio extremadamente malo—, que se vio obligado a pedir ayuda al príncipe Xizor. Una semana después de su petición, los tres principales oponentes y detractores de Durga habían muerto en accidentes “no relacionados” Después de aquello, la oposición había guardado silencio.

Durga había pagado su ayuda a Xizor, pero la tarifa del príncipe fue tan modesta —y, de hecho, tan inferior a lo que esperaba el joven hutt— que el heredero de Aruk supo que volvería a establecer contacto con el Sol Negro.

—Poder proporcionar la asistencia que necesitabais supuso un auténtico placer para mí, noble Durga— dijo Xizor, separando las manos en un gesto que transmitía sinceridad. Durga no tuvo que hacer ningún esfuerzo para poder creer que el príncipe estaba siendo sincero, ya que el nuevo líder del clan Besadii sabía desde hacía mucho tiempo que el Sol Negro aceptaría encantado cualquier ocasión de poder introducirse en el espacio hutt—. Y debo decir que es mi más humilde deseo que tengamos motivos que nos obliguen a volver a colaborar el uno con el otro.

—Quizá así sea, alteza —dijo Durga—. Pero en estos momentos la dirección de los negocios de mi clan ocupa todas mis horas, y apenas si me queda tiempo para nada que no esté directamente relacionado con Nal Huta.

—Ah, pero seguramente dispondréis de tiempo que dedicar a los intereses ylesianos del clan Besada —dijo Xizor, como si se estuviera limitando a reflexionar



en voz alta—. Una operación tan impresionante y de un nivel de eficiencia tan elevado, y además organizada en un período de tiempo tan comparativamente corto... Es un logro realmente impresionante.

Durga sintió cómo su estómago se contraía alrededor de su cena. «Con que esto es lo que quiere Xizor —pensó—. Ylesia, ¿eh? Quiere una parte de los beneficios ylesianos...»

—Por supuesto, alteza —dijo—. Ylesia es esencial para los negocios del clan Besadii, y me tomo muy en serio mis deberes hacia nuestras actividades ylesianas.

—Eso no me sorprende en lo más mínimo, noble Durga —dijo el príncipe falleen—. Es precisamente lo que esperaba de vos. Vuestro pueblo se parece al mío en la eficiencia con la que dirige sus negocios. En eso, si se me permite ser franco, nos encontramos muy por encima de muchas de las otras especies que se enorgullecen de su capacidad para los negocios..., como los humanos, por ejemplo. Todos sus tratos están teñidos por la emoción, y son incapaces de actuar de una manera racional y analítica.

—Cieno, alteza —dijo Durga—. Tenéis toda la razón.

—Y sin embargo, nuestros dos pueblos otorgan mucha importancia a los vínculos familiares —dijo Xizor después de un momento de silencio.

«En nombre de todos los moradores del espacio, ¿adónde quiere ir a parar?», se preguntó Durga. El noble hutt tenía la sensación de estar dando vueltas en el vacío, y eso resultaba enormemente irritante para él.

—Sí, alteza, eso también es verdad —admitió Durga pasados unos momentos, aseguándose de hablar en un tono de voz lo más neutral posible.

—Mis fuentes me han revelado que tal vez necesitéis cierta ayuda para descubrir la verdad oculta tras la muerte de vuestro padre, noble Durga —dijo Xizor—. Al parecer han salido a la luz ciertas... irregularidades.

«¿Cómo ha podido enterarse tan deprisa de los resultados del informe forense?», se preguntó Durga, y después se administró una silenciosa reprimenda mental. Estaba hablando con el líder del Sol Negro, la mayor organización criminal de toda la galaxia. De hecho, era posible que ni siquiera el emperador Palpatine dispusiese de una red de espionaje más eficiente.

—Mi gente está llevando a cabo ciertas investigaciones, alteza —replicó cautelosamente—. Si necesito ayuda os lo haré saber, pero me complace enormemente que deseéis ayudarme a resolver mis problemas.

Xizor inclinó la cabeza en un movimiento lleno de respeto.

—La familia debe ser honrada y las deudas deben ser pagadas, noble Durga..., y cuando es necesario, la venganza tiene que ser rápida. Estoy seguro de que mis fuentes podrían seros de gran ayuda— añadió, mirándole a los ojos—. Permitidme ser franco, noble Durga. Los intereses que el Sol Negro tiene en el Borde Exterior no

están siendo atendidos con toda la eficiencia debida. Me parece que deberíamos aliarnos con los dueños naturales de esa región del espacio, los hutts. Y me resulta evidente que vos, noble Durga, sois la nueva estrella de Nal Hutta.

Durga no se sintió halagado por las palabras de Xizor, y tampoco las encontró excesivamente tranquilizadoras. El joven hutt no pudo evitar acordarse de una conversación que había mantenido con su padre. El príncipe Xizor se había puesto en contacto con Aruk varias veces durante las dos últimas décadas, y le había hecho ofertas similares al líder del clan Besadii. Aruk sabía que no debía hacer nada que despertase las iras de Xizor, pero tampoco quería convertirse en uno de los lugartenientes del príncipe falleen o, como los llamaba Xizor, en uno de sus «vigos».

—El poder del Sol Negro es altamente seductor, hijo mío —le había dicho Aruk—. Pero ten mucho cuidado con él, pues mientras el príncipe Xizor viva, quien empiece a andar por ese camino jamás podrá abandonarlo. En ciertos aspectos, resultaría más fácil decirle que no al mismísimo Emperador. Dale un kilómetro al Sol Negro y se tomará un parsec. Recuerda esto, Durga.

«No lo he olvidado», pensó Durga, y clavó la mirada en la imagen holográfica.

—Pensaré en vuestras palabras, príncipe Xizor —dijo—. Pero por el momento, las costumbres de los hutts exigen que prosiga mis investigaciones y mi posible venganza enfocándolas como una meta sagrada..., y solitaria.

Xizor volvió a inclinar la cabeza.

—Lo entiendo, noble Durga. Cuando hayáis dispuesto de tiempo para pensar en mi proposición, aguardaré vuestras noticias.

—Gracias, alteza —dijo Durga—. Vuestro interés me honra, y vuestra amistad me complace.

Los labios de Xizor se curvaron por primera vez en una tenue sonrisa, y después extendió la mano y cortó la conexión.

Durga permitió que su cuerpo se encorvara sobre el sofá en cuanto la imagen holográfica del príncipe se hubo desvanecido. Aquella sesión de esgrima con el príncipe falleen le había dejado exhausto, pero aun así se felicitó a sí mismo por haber sabido mantenerse a su altura.

«Ylesia... Quiere participar en el negocio de Ylesia», pensó. Bueno, Xizor podía desearlo con todas sus fuerzas, pero desear no era lo mismo que conseguir, como no tardan en descubrir todos los niños de cualquier especie inteligente.

«Si Xizor supiera que he autorizado la creación de otra colonia en Ylesia, y que he enviado equipos de exploración a Nyrvona para que empiecen a elegirla mejor localización para un nuevo planeta de peregrinos, se habría mostrado el doble de impaciente», pensó. Durga volvió a alegrarse de haber decidido mantener en silencio sus ambiciones sobre la nueva expansión del clan Besadii.

Un instante después tuvo una repentina visión de todo un puñado de Ylesias,

mundos en los que la especia era convertida en beneficio puro por cuadrillas de peregrinos extáticos y felices. "Quizá incluso podría expandir el negocio a los Mundos del Núcleo —pensó—. Palpatine no intentaría detenerme, porque otorga un gran valor a los esclavos que vendo a sus esbirros..»

El joven hutt sonrió y se deslizó de regreso a su cena interrumpida, siendo repentinamente consciente de que había recuperado todo el apetito perdido.

Muy lejos de allí, en el Centro Imperial, el príncipe Xizor dio la espalda a su unidad de comunicaciones.

—Ese hutt no sólo es muy astuto, sino que además también parece ser elocuente —le comentó a Guri, su androide asesina de réplica humana—. Durga está demostrando ser un desafío más grande de lo que me había esperado.

La ARH —que tenía la apariencia de una mujer humana asombrosamente hermosa— respondió con un movimiento casi imperceptible de una mano. El significado —y la amenaza— de su gesto resultaron inconfundibles pese a todo.

—¿Y por qué no eliminarlo, príncipe mío? Sería muy fácil de hacer...

Xizor asintió.

—Ya sé que ni siquiera el grueso pellejo de un hutt supondría un desafío para ti, Guri —dijo—, Pero matar a un oponente potencial nunca resulta tan eficiente y efectivo como convertirlo en un fiel subordinado.

—Todos los informes indican que por el momento el grado de control de su clan y de su kajidic alcanzado por el joven gran señor hutt sigue siendo bastante tenue, príncipe mío —dijo Guri—. ¿No creéis que Jabba podría ser un candidato preferible?

Xizor meneó la cabeza.

—Jabba me ha sido de utilidad en el pasado —dijo—. Hemos intercambiado información, la mayor parte de la cual ya me era conocida, desde luego, y además le he hecho unos cuantos favores. Preferiría que estuviera comprometido conmigo, porque de esa manera podía elegir el momento en el que le obligaría a devolverme dichos favores y entonces se vería obligado a devolvérmelos con un considerable... entusiasmo. Jabba respeta al Sol Negro. También lo teme, aunque jamás lo admitirá.

Guri asintió. Casi todos los habitantes de la galaxia dotados de un mínimo de sentido común —y que sabían algo sobre el Sol Negro, cuya existencia era ignorada por la inmensa mayoría de seres inteligentes— temían al Sol Negro.

—Y además Jabba es demasiado... independiente, y está excesivamente acostumbrado a salirse con la suya —siguió diciendo Xizor con expresión pensativa—. Por otra parte, Durga es igual de inteligente y, a diferencia de Jabba, todavía es lo suficientemente joven para poder ser... moldeado de manera efectiva hasta llegar a convertirlo en lo que deseo hacer de él. Supondría una adición muy valiosa al Sol Negro. Los hutts son implacables y codiciosos, lo cual quiere decir que son los colaboradores ideales.

—Entendido, príncipe mío —replicó Guri sin perder la calma.

Guri nunca perdía la compostura. Después de todo, era una creación artificial, aunque se encontraba muy por encima de los torpes y ruidosos androides en los que pensaba la mayoría de la gente cuando pensaba en los androides, de la misma manera en que el príncipe Xizor se encontraba infinitamente por encima de las criaturas reptantes que eran sus lejanos primos evolutivos.

Xizor fue hacia su sillón amoldable y se dejó caer en él, estirándose casi lánguidamente mientras la estructura se apresuraba a adaptarse a cada uno de sus movimientos. El príncipe deslizó con expresión pensativa un dedo terminado en una afilada uña a lo largo de su mejilla, asegurándose de que la garra apenas rozaba su piel vercosa.

—El Sol Negro necesita introducirse en el espacio de los hutts, y Durga es mi mejor posibilidad de conseguirlo. Además... Bueno, el clan Besadii controla Ylesia y esa operación, aunque pequeña en escala si se la compara con la mayoría de actividades del Sol Negro, ha conseguido impresionarme. El noble Aruk era un viejo hutt terriblemente astuto. Jamás hubiese aceptado trabajar para mí..., pero las cosas tal vez acaben siendo distintas con su hijo.

—¿Cuál es vuestro plan, príncipe mío? —preguntó Guri.

—Permitiré que Durga disponga del tiempo necesario para comprender hasta qué punto necesita al Sol Negro —replicó Xizor—. Quiero que las investigaciones sobre la muerte de Aruk ordenadas por Durga sean sometidas a una estrecha vigilancia, Guri. Quiero que nuestros agentes le lleven una considerable ventaja a Durga en lo referente a enterarse de los descubrimientos del equipo de forenses. Deseo saber cómo murió Aruk antes que nuestro joven hutt.

Guri asintió.

—Como deseáis, príncipe mío.

—Y si los descubrimientos del equipo de forenses de Durga permiten establecer una conexión con el asesino de Aruk, que muy probablemente habrá sido Jiliac o Jabba, entonces quiero que esa conexión sea eliminada de la forma más sutil posible. No quiero que Durga comprenda que está siendo obstaculizado deliberadamente en su búsqueda del asesino de su padre. ¿Ha quedado claro?

—Sí, príncipe mío. Todo se hará como deseáis.

—Excelente. —Xizor parecía complacido—. Dejemos que Durga juegue a los detectives durante unos meses si le apetece..., e incluso podemos permitir que se entretenga en ello durante un año. Que persiga su viscosa cola. La frustración irá aumentando poco a poco, hasta que llegará un momento en el que aceptará encantado la posibilidad de unir su suerte, y un buen porcentaje de las actividades de Ylesia, al destino del Sol Negro.

Han Solo llegó a su minúsculo apartamento de Nar Shaddaa a primera hora de la

mañana para encontrarse con que el abigarrado surtido de habitantes de su morada todavía estaba durmiendo. Pero el sueño no duró demasiado tiempo.

—¡Eh, despertad todos! —aulló el corelliano—. ¡Chewie! ¡Jarik! ¡Despertad de una vez! ¡He ganado! ¡Mirad esto!

Han echó a correr a través del apartamento, gritando y agitando un fajo de certificados de crédito lo suficientemente grueso para asfixiar a un bantha.

Han y Chewie compartían su nada acogedor refugio con su joven amigo Jarik y un viejo androide llamado CéCé que Han le había «ganado» a Mako Spince durante una reciente partida de sabacc. Pero después de llevar un par de meses soportando la compañía de CéCé, Han empezaba a estar seguro de que Mako, quien tenía mucha experiencia en los juegos de cartas, había «preparado» aquella baraja para asegurarse de que perdía.

Como androide doméstico, CéCé había demostrado ser más bien una molestia tartamudeante y temblorosa que una ayuda. Han había acabado tan harto de sus esfuerzos para limpiar el apartamento que en varias ocasiones había pensado seriamente en tirar la antigualla al cubo de la basura más cercano, pero nunca había llegado a hacerlo. Finalmente, un Han muy disgustado ordenó a CéCé que «lo dejara todo tal como estaba».

Jarik «Solo» era un joven de la calle de las profundidades de Nar Shaddaa. Hacía cosa de un año se había presentado a Han como un pariente lejano. Resultaba obvio que sentía un inmenso respeto hacia Han, quien era conocido como uno de los pilotos más prometedores de toda la zona. Jarik era un joven apuesto e impulsivo, y a Han le recordaba un poco a él mismo cuando estaba a punto de cumplir veinte años. Han había hecho investigar las afirmaciones de Jarik, y había acabado sacando a relucir la verdad: Jarik tenía tan poco derecho a utilizar el apellido «Solo» como Chewie. Pero cuando Han por fin estuvo seguro de que no se hallaban unidos por ningún parentesco y de que Jarik mentía, ya se había acostumbrado a la presencia del chico. Esa era la razón por la que le había permitido seguir cerca de ellos e incluso volar con ellos, y Jarik había acabado resultando ser un artillero bastante bueno.

A pesar de los temores del joven, Jarik había demostrado su valor en la batalla de Nar Shaddaa, donde derribo varios cazas TIE y ayudó a Han, Lando y Salla Zend a obtener la victoria final. Como consecuencia de ello, Han nunca le había dicho que conocía la verdad. Jarik necesitaba tener una sensación de identidad incluso si ésta era falsa, y Han estaba dispuesto a permitir que el chico tomara «prestado» su apellido.

Y mientras corría de un lado a otro de su apartamento, Han estaba rebotando en las paredes de pura excitación y veía cómo sus todavía adormilados amigos venían hacia él.

—¡Despertad de una vez! —gritó—. ¡He ganado, chicos! ¡Y le he ganado el Halcón a Lando!

Al oír aquellas noticias tan emocionantes, Chewie soltó un rugido, Jarik prorrumpió en vítores y el pobre CÉCé quedó tan confundido por toda aquella excitación que los sistemas del venerable androide sufrieron un cortocircuito y tuvieron que ser reinicializados. Después de una ronda de felicitaciones y palmadas en la espalda, Han, Chewie y Jarik fueron inmediatamente al depósito de naves espaciales usadas de Lando, con el certificado entregado por su dueño en la mano.

Después de que las formalidades del cambio de propiedad hubieran sido procesadas, Han dio un paso hacia atrás y se dedicó a contemplar el Halcón Milenario.

—Eres mío... —murmuró, y sonrió hasta que le dolió la cara.

La mente del corelliano empezó a llenarse de planes para reparar y poner a punto el Halcón. Había tantas cosas que quería hacer, y estaba tan impaciente por modificarlo para poder convertirlo en la nave de sus sueños... ¡Y gracias al torneo de sabacc, por fin disponía de los créditos necesarios para ello!

Para empezar, tenía intención de conseguir que Shug y Salla le ayudaran a recuperar las planchas de blindaje militar que recubrían los restos del Liquidador, un crucero pesado que había acabado convirtiéndose en una de las bajas de la batalla de Nar Shaddaa. El casco desprovisto de aire seguía flotando a la deriva por entre la chatarra espacial que orbitaba la Luna de los Contrabandistas. Un blindaje de mejor calidad era una de las prioridades más urgentes, desde luego. Han no quería que lo que le había ocurrido al Bija acabara ocurriéndole también al Halcón.

Además, quería conseguir un cañón desintegrador que pudiera descender desde la quilla de la nave. A veces el contrabando podía llegar a volverse francamente arriesgado, y en esas ocasiones era necesario contar con una salida rápida. Cuando eso ocurría, una salida rápida protegida por un poco de fuego de cobertura era todavía mejor.

Sí, y también introduciría todas las mejoras posibles en el hiperimpulsor del Halcón, e instalaría un cañón desintegrador ligero debajo de la proa. ¿Lanzadores de proyectiles de demolición? También, sin duda. Y quizá trasladaría las torretas de los láser cuádruples para que estuvieran la una encima de la otra y en el lado derecho de la nave. ¿Un blindaje más grueso, quizá?

Han siguió inmóvil junto a sus amigos, contemplando su nave mientras soñaba en todo lo que podría hacerle y en lo que podría llegar a hacer con ella. Su mente estaba totalmente absorta en la larga tarea de modificar el YT-1300 hasta convertirlo en la nave perfecta, el vehículo ideal para un contrabandista como Han.

—Compartimientos falsos —murmuró.

—¿Qué? —Jarik se volvió hacia él—. ¿Qué has dicho, Han?

—He dicho que voy a incorporar algunos falsos compartimientos debajo de la cubierta, chico —respondió Han, deslizado un brazo por encima de sus hombros mientras dirigía una sonrisa a Chewbacca—. Y adivina a quién le tocará ayudarme...

Jarik le devolvió la sonrisa.

—¡Estupendo! ¿Cuál será tu primer cargamento?

Han reflexionó durante unos momentos antes de responder. —Nuestro primer destino será Kashyyyk. Me parece que una buena carga de proyectiles explosivos para arcos de energía debería tener muy buena salida allí. ¿Qué opinas, Chewie?

Chewbacca expresó su acuerdo de una manera tan prolongada como ruidosa. Saber que iba a volver a casa hizo que el wookiee se sintiera más emocionado por la perspectiva de viajar a bordo del Halcón de lo que Han le había visto nunca anteriormente.

Dos días después, con los nuevos compartimientos instalados debajo de la cubierta del Halcón repletos de contrabando, Han Solo hizo despegar su nave del granero espacial de Shug Ninx y la dirigió hacia las alturas, disfrutando con la rápida aceleración del Halcón Milenario. Chewie estaba sentado junto a él en el asiento del copiloto, y Jarik les acompañaba en calidad de artillero. Han esperaba no tropezarse con las patrullas imperiales, pero tenía intención de estar preparado para luchar en el caso de que no le quedase más remedio que hacerlo.

Kashyyyk era un «protectorado» imperial (es decir, un mundo esclavo). Los imperiales habían conseguido pacificar a los habitantes, aunque mantenían reducidas al mínimo sus incursiones en las ciudades y hogares de los wookies, y siempre las llevaban a cabo en grupos numerosos y fuertemente armados. Los wookies eran famosos por su temperamento altamente apasionado y su tendencia a actuar de manera impulsiva.

Han consiguió esquivar las patrullas imperiales y mantenerse fuera del radio de detección de cualquier satélite sensor mientras se iba aproximando a la esfera verde de Kashyyyk. El mundo natal de los wookies era principalmente bosque cubierto de monstruosos árboles wroshyr, con cuatro continentes divididos por bandas de océano. Archipiélagos de islas puntuaban los relucientes mares costeros como esmeraldas esparcidas sobre un gigantesco satén azul. Sólo había unas cuantas regiones desérticas, y casi todas ellas se encontraban en el lado de lluvia-sombra de las cordilleras ecuatoriales.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para poder utilizar los sistemas de comunicaciones, Chewbacca estableció una frecuencia codificada y luego se dedicó a hablar por el comunicador en una larga serie de gruñidos, gemidos, resoplidos, ladridos y hrrnnnns que, para los oídos humanos no adiestrados, sonaban exactamente igual a su discurso habitual..., pero que no tenían nada que ver con él.

Han frunció el ceño al darse cuenta de que, aunque muchas de las palabras le

resultaban familiares, básicamente no había entendido absolutamente nada de cuanto decía su amigo. Cuando Chewie dejó de hablar por el comunicador, una voz surgió de él para recitar una serie de lo que resultaba obvio eran instrucciones.

Han, que había estado manteniendo los ojos clavados en los sensores, efectuó una rápida corrección del curso. Una nave imperial acababa de despegar, y estaba dejando atrás la curvatura planetaria.

—Mantén los ojos bien abiertos, Jarik —dijo, activando el intercomunicador de la nave—. No creo que nos hayan detectado, pero será mejor que estemos preparados.

Varios segundos llenos de tensión más tarde, Han dejó escapar un suspiro de alivio cuando los instrumentos indicaron que la nave imperial seguía tranquilamente su camino sin prestarles ninguna atención.

Cuando Han se volvió hacia Chewie, el wookiee recitó una serie de instrucciones y coordenadas que acababa de recibir de su contacto. Han tenía que volar bajo —lo suficiente para rozar las copas de los árboles wroshyr más altos, de hecho—, y también debía estar preparado para introducir cambios de curso en el instante en que Chewbacca se lo dijera.

—De acuerdo, amigo —dijo el corelliano—. Es tu mundo, y tú eres el jefe. Pero... ¿Qué era esa jerga que estabas hablando? ¿Alguna clase de código wookiee, quizá?

Chewbacca soltó una risita, y después explicó a su amigo humano que los imperiales eran tan estúpidos que la mayoría de ellos ni siquiera parecían comprender que no todos los wookies eran iguales. Había varias subespecies wookies y todas ellas estaban emparentadas, pero también eran un tanto distintas entre sí. Han ya sabía que Chewbacca era un rwook, y que lucía el típico pelaje marrón, rojizo y castaño de ese pueblo. También sabía que el lenguaje que había aprendido a entender, pero no a hablar, era llamado shyriiwook, un término cuya traducción más aproximada al básico sería «lengua del pueblo de los árboles».

Chewie pasó a explicarle que el lenguaje que Han acababa de oírle emplear, el xaczik, era una lengua tribal tradicional hablada por los wookies de la isla Wartaki y de ciertas regiones costeras cercanas. Rara vez era oído, ya que el shyriiwook era la lengua común del viaje y el comercio. Por esa razón, cuando los imperiales se adueñaron de Kashyyyk la resistencia wookiee adoptó el xaczik como su lenguaje «de código». Los resistentes lo utilizaban cada vez que tenían que transmitir instrucciones o informaciones que no querían pudieran llegar a ser conocidas por los imperiales.

Han asintió.

—De acuerdo, amigo. Límitate a decirme cómo he de volar y hacia adónde, y yo me encargaré de llevarnos al sitio que nos indiquen tus compañeros de la resistencia.

Volando bajo, pasando a escasos centímetros por encima de las ramas más altas de los árboles wroshyr, y en ocasiones por entre ellas, Han hizo que el Halcón recorriese el curso especificado por Chewie a la velocidad exacta ordenada. El



wookie volvía a hablar con su contacto clandestino aproximadamente cada minuto.

Finalmente, y cuando ya se estaban aproximando al pueblo natal de Chewie, Rwookrrorro, una ciudad de un kilómetro de anchura esparcida sobre las plataformas formadas por las ramas entrecruzadas de los wrosltvrs, el copiloto de Han le hizo describir un peligroso viraje y bajar en picado durante treinta segundos por entre las ramas. Han sintió que el corazón se le subía a la boca cuando el Halcón se precipitó hacia el verdor del bosque igual que el ave de la que había obtenido el nombre, pero las coordenadas de Chewie no contenían absolutamente ningún error.

Aunque mirar por el visor parecía asegurar que iban a verse hechos pedazos, nada tocó la nave. Chewie ladró una orden, y Han reaccionó al instante.

—Toda a babor... ¡Ahora! —gritó.

Hizo que la nave describiese un aullante viraje hacia la izquierda, y un instante después el corelliano vio aparecer ante él lo que en el primer instante tomó por una gigantesca caverna, un agujero negro que esperaba engullirles.

Pero en cuanto estuvo un poco más cerca, Han comprendió que en realidad estaban avanzando hacia una gigantesca rama de wroshyr que se extendía en equilibrio sobre otras ramas igualmente enormes. Ya fuese por accidente o deliberadamente, la rama se había desprendido del tronco y luego había sido ahuecada hasta obtener una «caverna» del tamaño de un pequeño muelle de atraque imperial.

—¿Quieres que baje ahí? —le gritó al wookie—. ¿Y qué pasará si no cabemos?

El seco gruñido de respuesta de Chewie le aseguró que podía estar seguro de que cabrían.

Han activó sus toberas de frenado y las puso al máximo a medida que se aproximaba a la abertura de la «caverna». La atravesaron, y de repente la tenue claridad solar desapareció y el espacio que se atendía ante ellos quedó revelado únicamente por los sensores infrarrojos del Halcón y los haces de los reflectores de descenso.

Han acabó de compensar los restos de su impulso hacia adelante y después posó el Halcón sobre sus soportes de descenso, utilizando los sistemas repulsores.

Unos momentos después de que hubieran descendido, Jarik apareció en la entrada de la cabina de pilotaje. Los cabellos del joven estaban prácticamente erizados de pavor.

—¡Estás todavía más loco de lo que pensaba, Han! ¡Este aterrizaje...!

—Cállate, chico —replicó secamente Han.

Chewie le estaba dirigiendo una insistente serie de aullidos, exigiendo que Han desconectara inmediatamente todos los sistemas energéticos del Halcón salvo las baterías que proporcionaban energía a las esclusas, y quería ser obedecido inmediatamente.

—De acuerdo, de acuerdo —masculló Han, haciendo lo que se le decía—. No te arranques el pelaje, ¿quieres?

Han desconectó rápidamente todos los sistemas de suministro energético con la única excepción de las baterías. El interior de la nave ya sólo estaba iluminado por la tenue claridad teñida de rojo de las luces de emergencia.

—Bien, ¿te importaría explicarme qué está ocurriendo? —gruñó el corelliano—. Vuela en esa dirección, vira justo aquí, aterriza más allá, desconecta la energía... Por suerte soy un tipo pacífico y encantador que aprendió a obedecer órdenes cuando estaba en la Armada. ¿Qué demonios estáis tramando, Chewie?

Chewbacca se apresuró a indicar a los humanos que debían seguirle. El wookiee parecía medio enloquecido de pura excitación, y dejó escapar un rugido de placer e impaciencia apenas pudo respirar el aire de su mundo natal.

En el exterior, algo chocó ruidosamente con el nuevo blindaje del Halcón.

—¡Eh! —gritó Han, levantándose de un salto y apartando a su peludo amigo de un codazo—. ¡Tened mucho cuidado con mi casco!

Han dejó caer la mano sobre el control de apertura de la rampa, bajó corriendo por ella y se quedó inmóvil, paralizado de asombro. Cuando introdujo el Halcón en la «caverna» le había parecido que apenas había espacio disponible, pero estaba empezando a comprender que aquel sitio era tan enorme que incluso tenía ecos.

Un elevador hidráulico zumbaba en la entrada mientras izaba una gigantesca «cortina» de alguna clase de red de camuflaje a través del hueco. Unas cuantas cuadrillas de wookies estaban recubriendo al Halcón con más redes de ocultación.

Chewie apareció detrás de Han y gruñó una suave disculpa por no haber sabido advertir mejor a su amigo acerca de lo que les esperaba.

—Deja que lo adivine —dijo Han mientras contemplaba las redes—. Esas cosas contienen nódulos de interferencia o emiten alguna clase de frecuencia de camuflaje, e impedirán que los imperiales puedan descubrir nuestra presencia aquí.

Chewbacca confirmó las suposiciones de Han. Los wookies de la zona utilizaban aquella pista de descenso para recibir bienes de contrabando, y conocían a la perfección las rutinas de vigilancia.

—Uf —murmuró Jarik. El joven estaba contemplando la ‘caverna’ con la boca abierta de puro asombro mientras las luces se iban encendiendo. El interior de la ‘caverna’ era un auténtico muelle de atraque perfectamente equipado, y también podía ser utilizado para reparar naves—. ¡Caramba!! Este sitio es realmente increíble!

Han seguía sin poder creer que estuvieran dentro de un árbol, y un instante después se dijo que no estaban dentro de un árbol, sino de la rama de un árbol. Si una rama de un wroshyr era tan enorme, la mera idea de cuáles serían las dimensiones de todo el árbol bastaba para darte mareos. Han meneó la cabeza.

—He de admitir que tu pueblo ha sabido organizarse, Chewie.

Después de haber cerrado el Halcón, Han y Jarik siguieron a Chewie hacia la parte delantera de la «caverna». Una vez allí fueron presentados a un grupo de wookies. Han tuvo algunos problemas para seguir la conversación, porque no estaba acostumbrado a oír hablar rápidamente y al mismo tiempo a nada menos que siete wookies. Chewbacca fue abrazado, saludado con aullidos, palmeado, sacudido, palmeado un poco más y, en general, se le acogió con ruidosa alegría.

Cuando Chewie presentó a Han como su «hermano de honor», con el que había contraído una deuda de vida por haberle liberado de la esclavitud, Han corrió un grave peligro de ser abrazado, palmeado y estrujado de manera similar pero, afortunadamente para él, Chewbacca intervino y se encargó de proporcionar una presentación más convencional. No todos los wookies entendían el básico, por lo que fue necesario recurrir a una larga serie de traducciones.

Tres de los wookies a los que conoció Han eran parientes de Chewie y la wookie de los abundantes rizos dorados resultó ser su hermana, Kallabow. Jowdril, una hembra de pelaje castaño un poco más pequeña (¡y Han se sorprendió al darse cuenta de que era capaz de percibir la existencia de un parecido familiar!) era una prima, y Dryanta, un macho de pelaje castaño más oscuro, era otro primo. Los otros cuatro eran miembros del movimiento de resistencia clandestina de los wookies, y habían venido hasta allí especialmente para conocer a Han y negociar la recepción de su cargamento.

Motamba era un wookie bastante mayor, un experto en municiones cuyos ojos azules se iluminaron cuando Han reveló el número de cajas de dardos explosivos que había traído para vender. Katarra era una wookie más joven que Chewbacca y, por lo que pudo entender Han, era la líder de la resistencia clandestina. Los wookies la escuchaban con muchísimo respeto. Katarra consultaba regularmente con su padre, Tarkazza, un corpulento macho que era el primer wookie con pelaje negro que Han había visto jamás. Tarkazza tenía la espalda surcada por una franja de pelos plateados, algo que evidentemente era una característica familiar, dado que Katarra también tenía una, aunque su pelaje era marrón oscuro.

Después de varios minutos de confusión, Chewbacca le rugió una orden a sus amigos. Han entendió la mayor parte de lo que había dicho. Chewie acababa de pedir que «trajeran los quulaars».

Han se preguntó qué serían los quulaars.

No tardó en descubrirlo. Dos largos sacos de tela —¿Serían pelos entretrejidos?— aparecieron ante ellos. Chewbacca se volvió hacia Han y su mano, extendida en un claro gesto de indicación, fue del corelliano al quulaar. Han contempló a su amigo con incredulidad y acabó meneando la cabeza.

—¿Que me meta ahí dentro? ¿Quieres que Jarik y yo nos metamos en esas cosas? ¿Para que podáis subirnos por los árboles, dices? ¡Ni lo sueñes, amigo! Sé trepar tan

bien como tú.

Chewbacca miró a su amigo y meneó la cabeza. Después le agarró del brazo, llevó al corelliano hasta la entrada de la caverna y, levantando la red de camuflaje, le indicó que saliera al borde de la caverna.

Jarik les había seguido al exterior, al igual que habían hecho los otros wookies. El joven estaba muy confuso, ya que no había entendido prácticamente nada de cuanto se acababa de decir.

—¿Qué es lo que quieren, Han?

—Quieren que nos metamos dentro de esos sacos para poder izarnos por los troncos de los árboles hasta que podamos coger el ascensor que lleva a Rwookrrorro. Le he dicho a Chewie que ni lo sueñe, y que soy tan bueno trepando como él.

Jarik fue hasta el borde y se inclinó cautelosamente sobre él para mirar hacia abajo. Después volvió a reunirse con Han y le lanzó una larga mirada silenciosa. Sin decir nada, el joven empezó a introducirse en su quulaar.

Impulsado por la curiosidad, Han también fue hasta el borde para mirar hacia abajo.

Ya lo sabía intelectualmente, por supuesto, pero saberlo con el cerebro era una cosa y saberlo en lo más hondo de las entrañas era otra y muy distinta. El corelliano se encontraba suspendido a kilómetros del suelo. El bosque se extendía por debajo de él, prolongándose de manera aparentemente interminable.

Los troncos de los árboles se extendían hacia abajo, dejando atrás el punto en el que la excelente vista de Han podía distinguir un tronco de otro. A pesar de toda su experiencia como piloto y de su asombroso sentido del equilibrio, el espectáculo hizo que Han sintiera que la cabeza le daba vueltas durante un momento. El corelliano fue hacia Chewbacca, que había decidido ayudarle sosteniendo el quulaar. Cuando Han titubeó, el wookiee flexionó sus poderosas manos e hizo que las garras asomaran de las puntas de sus dedos. Las garras eran muy afiladas y, unidas ala enorme fortaleza de Chewie, le permitirían obtener un profundo asidero en la corteza de un árbol cuando trepara por él.

—Voy a lamentar esto... —murmuró Han, y se metió en el saco.

Chewbacca quería transportar a su amigo, pero sus parientes le convencieron de que, como llevaba mucho tiempo sin efectuar ninguna travesía del bosque, sería preferible que sólo tuviera que preocuparse de sí mismo.

Como consecuencia de ello, Motamba cargó con Jarik y Tarkazza transportó a Han, con los humanos metidos dentro de sus quulaars respectivos. Han quería mirar hacia fuera, pero Tarkazza se mostró muy firme y volvió a meter la cabeza del humano dentro del saco, advirtiéndole de que también debía mantener los brazos dentro y permanecer lo más inmóvil posible, ya que de lo contrario perturbaría el equilibrio del porteador.

Una vez dentro del quulaar, Han sintió cómo la bolsa se balanceaba mientras Tarkazza avanzaba hacia el borde de la plataforma. Después, con un gruñido y un enérgico salto, el wookie se lanzó hacia adelante. ¡Estaban cayendo!

Han a duras penas consiguió reprimir un grito, y oyó cómo Jarik dejaba escapar un breve alarido que no tardó en extinguirse.

Unos segundos después Tarkazza entró en contacto con una superficie dura, se aferró a ella e inició una rápida ascensión. Las hojas se agitaron alrededor del quulaar. Han apenas había empezado a relajarse cuando volvieron a saltar.

Durante los minutos siguientes, Han tuvo que concentrar toda su fuerza de voluntad en tratar de no moverse y en recordar que no debía vomitar. El saco giraba, oscilaba, se bamboleaba y chocaba con los troncos de los árboles a pesar de que Tarkazza hacía todo lo posible para evitarlo.

Balanceo, carrera, ascensión.

Salto, aferrarse, nuevo balanceo.

Aferrarse, un gruñido, balanceo-ascensión...

Han acabó teniendo que cerrar los ojos, aunque tampoco podía ver gran cosa, para tratar de no perder el control de su estómago. El viaje de pesadilla pareció durar horas, pero cuando echó un vistazo a su cronómetro más tarde, Han comprendió que en realidad sólo había durado unos quince minutos.

Finalmente el movimiento se detuvo después de un último balanceo y gruñido de esfuerzo y Han se encontró yaciendo sobre el suelo, todavía dentro de su quulaar. Cuando el mundo dejó de girar a su alrededor (lo cual requirió unos momentos), el corelliano empezó a tratar de salir del saco.

Unos momentos después Han estaba de pie, los brazos lo más extendidos posible para conservar el equilibrio, sobre la enorme plataforma que contenía la gran ciudad de Rwookrrorro, un gigantesco ovoide aplanado con viviendas esparcidas por la periferia y dispersas por encima de toda la plataforma. Las ramas crecían a lo largo de las avenidas y a través del material que formaba las calles, añadiéndole toques de verdor.

El mundo se fue quedando inmóvil alrededor de Han, y el corelliano llevó a cabo una profunda inspiración de aire. La ciudad que se extendía ante él era muy hermosa, y además lo era de una forma que resultaba bastante difícil de describir. No tan apandada como la Ciudad de las Nubes, Rwookrrorro poseía sus mismas cualidades de ventilación y ausencia de límites. ¿Sería quizá porque, al igual que la Ciudad de las Nubes, se encontraba a una gran altura?

Algunos de los edificios tenían varios pisos, pero aun así conseguían armonizarse con las copas de los árboles. El vívido verdor de las ramas más altas de los árboles wroshyr ondulaba bajo la brisa a su alrededor. El cielo que se extendía sobre sus

cabezas era azul, con un matiz casi imperceptible de verde. Grandes masas de nubes tan blancas que parecían relucir desfilaban lentamente por las alturas.

Han oyó un gorgoteo ahogado, volvió la mirada en la dirección del que procedía y vio a Jarik, doblado sobre sí mismo, aferrándose el estómago con las manos y en una situación obviamente apurada. El corelliano fue hacia él y le tocó el hombro.

—¿Te encuentras bien, chico?

Jarik meneó la cabeza, y un instante después pareció lamentar haberlo hecho.

—Enseguida me pondré bien —murmuró—. Sólo estoy intentando no vomitar...

—Hay un truco que quizá te ayude a conseguirlo —dijo Han, hablando medio en broma y medio en serio—. Limítate a no pensar en banquetes de traladón y tubérculos estofados.

Jarik, sintiéndose muy traicionado, le lanzó una rápida mirada y después echó a correr hacia el borde de la plataforma con la mano encima de la boca. El corelliano se encogió de hombros, y luego giró sobre sus talones para encontrarse con Chewie.

—Pobre chico. Eh, Chewie, menuda manera de viajar... Me alegro de que a tu gente se le ocurriera traer esos sacos. ¿Qué transportáis normalmente dentro de ellos? ¿Equipaje, quizá?

El labio de Chewbacca se curvó, y después les obsequió con una breve y sarcástica traducción de la palabra quulaars.

Han se enfureció.

—¿Un quulaar es un saco para bebés? ¿Transportáis a los bebés wookies dentro de esas cosas?

Chewbacca se echó a reír, y la hilaridad del wookie se fue volviendo más aparatosa a medida que aumentaba la furia de su amigo humano. Han fue rescatado por el rugido de un grupo de wookies procedentes de la ciudad que venían hacia ellos. Había por lo menos diez, y eran de todas las edades. Han vio a un wookie no muy alto, bastante encorvado y de pelaje grisáceo, y de repente Chewbacca echó a correr hacia los recién llegados lanzando rugidos de alegría.

Después de haber visto cómo Chewie abrazaba y daba enérgicas palmadas al viejo wookie, Han se volvió hacia Kallabow, que por suerte entendía el básico.

—¿Attichitcuk? —aventuró, pronunciando el nombre del padre de Chewbacca.

La hermana de Chewbacca le confirmó que el recién llegado era su padre, Attichitcuk, quien no había hablado de nada más desde que se enteró de que su hijo acababa de volver a casa.

—Hay alguien más a quien Chewie tiene muchísimas ganas de ver —dijo Han—. ¿Sabes si Mallatobuck todavía vive en Rwookrrorro?

Los formidables dientes de Kallabow quedaron revelados en una enorme sonrisa wookie, y después asintió al estilo humano.

—¿Se ha casado? —preguntó Han, temiendo la respuesta porque tenía una cierta idea de hasta qué punto era importante esa pregunta para su mejor amigo.

La sonrisa de Kallabow se volvió un poco más ancha mientras meneaba la cabeza en una lenta y decidida negativa.

Han le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, claro! ¡Supongo que eso es algo digno de ser celebrado!

Han sintió un roce en el hombro y giró sobre sus talones para encontrarse con Katarra, que estaba acompañada por otro macho wookie. Para gran perplejidad de Han, el enorme wookie abrió la boca y empezó a hablar en un wookie asombrosamente comprensible.

—Saludos, capitán Solo —dijo—. Soy Ralrracheen, pero te ruego que me llames Ralrra. Nos honra muchísimo que hayas venido a Kashyyyk, Han Solo.

Han estaba tan sorprendido que no pudo evitar quedarse boquiabierto. Había necesitado años para aprender la lengua de los wookies, y a pesar de tanto tiempo y de todos esos esfuerzos ni siquiera era capaz de pronunciarla. Y sin embargo aquel wookie hablaba de una forma que Han podía entender con gran facilidad..., y que incluso hubiese sido capaz de reproducir.

—¡Eh! —balbuceó Han—. ¿Cómo te las arreglas para hacer eso? —Sufro un impedimento del habla —respondió el wookie—. Resulta desgraciado para mí cuando estoy hablando con mi gente, pero es muy útil cuando algún humano visita Kashyyyk.

—Desde luego... —murmuró Han, todavía no recuperado de su asombro.

Con la ayuda de Ralrra, Han y Katarra pudieron iniciar las negociaciones sobre el cargamento de dardos explosivos.

—Los necesitamos desesperadamente —dijo Ralrra—. Pero no estamos pidiendo caridad. Disponemos de algo que entregar a cambio de ellos, capitán.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Han

—Armaduras de las tropas de asalto imperiales —replicó Ralrra—. Mi gente empezó a obtenerlas de los soldados a los que ya no les eran de utilidad, primero como trofeos y luego porque descubrimos que eran valiosas. Tenemos muchos cascos y trajes.

Han reflexionó en silencio. Las armaduras de las tropas de asalto estaban hechas de materiales muy valiosos, y podían ser recicladas y convertidas en otras clases de blindajes corporales. También podían ser derretidas mediante procedimientos químicos para darles nuevas formas.

—Me gustaría echarles un vistazo —dijo—, pero quizá podamos hacer negocio. —Se encogió de hombros—. Las armaduras usadas no valen gran cosa, naturalmente...

Lo cual no era cierto, desde luego. Una armadura de las tropas de asalto en buen

estado valía más de dos mil créditos, dependiendo del mercado. «Pero... Eh, a ellos no les sirven de nada y yo he de obtener alguna clase de beneficio de este viaje — pensó Han—. No me dedico a las obras de misericordia, ¿verdad?».

Katarra respondió con un hrrrrnnnn lleno de vehemencia, y luego habló con el intérprete en un shyriiwook tan rápido y fuertemente acentuado que Han apenas si pudo entender una sola palabra de cuanto dijo. ¿Algo sobre un ser humano de cabellos color amanecer, quizá?

Ralrra se volvió nuevamente hacia Han.

—Katarra dice que sabe que las armaduras son valiosas. Lo sabe gracias a la mujer de Corellia, tu mundo, que tiene el cabello del color del sol naciente, y lo sabe porque ella se lo dijo. La atención de Han quedó totalmente concentrada en la líder de la resistencia clandestina.

—¿Una corelliana? —preguntó secamente—. ¿Una corelliana de cabellos rubios?

Ralrra mantuvo una breve conversación con Katarra.

—Si. Vino aquí hará cosa de un año estándar, capitán, lo que quiere decir que vino justo después de nuestro último Día de la Vida, y se reunió con los líderes de la resistencia para aconsejarnos sobre la organización, los códigos, las tácticas y todas esas cosas. Era un miembro del movimiento de resistencia de tu mundo natal.

Han clavó los ojos en el rostro de Katarra.

—Quiero saber su nombre. ¿Cómo se llamaba esa mujer?

Ralrra se volvió rápidamente hacia la líder de la resistencia, habló con ella durante unos momentos y luego se encaró nuevamente con Han.

—Katarra dice que no llegó a conocer su nombre porque ése es el procedimiento estándar por si se produce un interrogatorio. Durante su visita la llamamos «Quarry-tellerra», que significa «guerrera de los cabellos color de sol».

Han respiró hondo.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó—. Quizá conozca a esa corelliana.

Puede que sea... —Titubeó durante unos segundos antes de seguir hablando—. Puede que sea mi..., mi compañera. El Imperio nos separó hace mucho tiempo.

Lo cual era cierto, estrictamente hablando. Bria se había ido cuando Han se estaba preparando para entrar en la Academia Imperial, diciendo que no quería convenirse en un obstáculo para él. Han todavía conservaba la nota que le había escrito. Conservarla era una estupidez y cada vez que se encontraba con ella Han tomaba la decisión de tirarla, pero, sin que supiera muy bien por qué, luego nunca llegaba a hacerlo.

La expresión recelosa de Katarra se suavizó visiblemente al oír aquellas palabras. La wookiee extendió una robusta mano-pata y la puso sobre el brazo de Han, expresando así su simpatía. El Imperio era maléfico, y había separado a tantas



familias...

Ralrra agitó la mano en el aire, describiendo un gesto a la altura de la nariz de Han.

—Así de alta —dijo—. Cabellos largos, del color de la luz del sol... Dorado rojizos, ¿comprendes? Ojos del color de nuestro cielo. No muy grandes. —Sus manos describieron una forma esbelta—. Era la líder del equipo, una persona de rango. Dijo que le habían pedido que viniera a Kashyyyk porque comprendía lo que significa vivir como un esclavo. Nos contó que había sido esclava en el planeta Ylesia, y que daría su vida para liberar Kashyyyk y cualquier otro mundo esclavizado por el Imperio. Hablaba con tanta pasión...

Cuando siguió hablando, la voz de Ralrra cambió ligeramente y adquirió un tono más personal.

—Yo también conocí la esclavitud hasta que mis amigos me liberaron del Imperio. Quarr-tellerra decía la verdad sobre haber sido esclavizada. Me di cuenta de ello apenas la oí hablar. Sabía lo que supone la esclavitud, capitán, y hablamos muchas horas sobre cómo odiábamos al Imperio.

Han tenía la boca seca. Consiguió asentir y responder con un murmullo casi inaudible.

—Gracias por decírmelo...

«Bria —pensó, sintiéndose cada vez más confuso—. ¿Bria, miembro de la rebelión corelliana? ¿Cómo demonios ha podido llegar a ocurrir eso?»

## Capítulo 3

# Mallatobuck

Volver a estar en el mundo natal era realmente maravilloso. Chewbacca fue llevado de un hogar a otro, y su padre exhibió orgullosamente a su hijo, el aventurero, el antiguo esclavo, y a sus amigos humanos. Todos los wookies recibieron con gran entusiasmo a Han y Jarik.

Kashyyyk era un mundo ocupado por las fuerzas imperiales, naturalmente, por lo que debían hacer cuanto estuviera en sus manos para ocultar el verdadero propósito que había llevado a Han hasta allí. Durante su estancia, Han llevó ropas más adecuadas para uno de los mercaderes humanos que vivían en Rwookrrorro. El y Jarik se hicieron pasar por hermanos que habían venido para vender artículos domésticos a los wookies. Esa ficción quedó reforzada por el hecho de que los dos humanos tuvieran los ojos y los cabellos castaños, así como por el que Jarik fuese casi tan alto como Han.

La presencia imperial en Kashyyyk estaba mayormente confinada a los distintos puestos esparcidos por el planeta. Los soldados eran enviados en pelotones, dado que cualquier soldado que actuara en solitario tenía la preocupante tendencia de desaparecer sin dejar el más mínimo rastro.

Han y Jarik se aseguraron de evitar cualquier clase de contacto con los pelotones imperiales que patrullaban ocasionalmente Rwookrrorro. Y, con el Halcón Milenario escondido en el muelle de contrabandistas» especial, donde se hallaba protegido por los sistemas de camuflaje e interferencia, no había nada que pudiera relacionarlos con ninguna clase de actividad ilegal.

Han pasó mucho tiempo en el muelle espacial con los técnicos wookies, jugando con su nuevo bebé. Varios de los wookies eran especialistas muy experimentados y pasaron horas junto al corelliano, comprobando cada sistema y examinando hasta el último componente del equipo. El Halcón distaba mucho de ser una nave nueva pero, bajo los cuidados y atenciones de los técnicos wookies, pronto se encontró en mucho mejor estado que antes.

Chewbacca no se había dado cuenta de hasta qué punto echaba de menos a su hogar y su familia. Volver a verlos a todos hizo que sintiera la tentación de instalarse nuevamente en su casa, pero eso no era posible. Chewie había contraído una deuda de vida, y su lugar estaba junto a Han Solo.

Aun así, disfrutó enormemente de sus días en Kashyyyk. Visitó a todos sus primos, así como a su hermana y su familia. Desde que Chewie estuvo en casa por

última vez, Kallabow se había casado con un macho encantador llamado Mahraccor.

A Chewie le encantaba jugar con su sobrino. El pequeño wookiee era muy listo y divertido, y poseía una alegre curiosidad hacia el universo. El niño dedicaba horas enteras a conseguir que su tío le hablara de sus aventuras en los caminos espaciales.

Además de a la familia, también vio a viejos amigos: Freyrr, su primo segundo y el mejor rastreador de la familia, Kryystak, Shoran... El que Salporin, el mejor amigo wookiee de Chewie, no estuviera allí, era una lástima. Salporin había sido capturado y esclavizado por el Imperio, y no se sabía nada sobre su destino. De hecho, ni siquiera sabían si seguía con vida o había muerto.

Chewbacca lloró a su amigo, y se preguntó si volvería a verle alguna vez.

Pero no dispuso de mucho tiempo para llorar. La vida en Kashyyyk estaba demasiado llena de cosas. Además de todas sus amistades y su familia, también estaba... Mallatobuck.

La wookiee era todavía más hermosa de lo que Chewie recordaba, y su tímida mirada azul resultaba todavía más fascinante. Chewie la vio durante su primera noche en casa, y le complació enterarse de que Mallatobuck había venido hasta allí desde una aldea vecina, donde había estado trabajando como maestra y cuidadora en un Círculo de la Infancia. Malla tenía muchos amigos en Rwookrrorro, y Chewie no tuvo que insistir demasiado para lograr convencerla de que prolongara su visita.

Los dos dedicaron largas horas a pasear por los senderos del bosque, alzando la mirada hacia el cielo nocturno mientras escuchaban los suaves sonidos de los moradores arbóreos. No hablaron demasiado, pero su silencio estaba lleno de cosas que no necesitaban ser dichas en voz alta.

Durante su tercer día en Kashyyyk, Chewbacca decidió que había llegado el momento de ir de caza. Han estaba muy ocupado regateando con Katarra, Kichiir y Motamab para tratar de llegar a un acuerdo sobre el cargamento de dardos explosivos. Su amigo estaría ocupado durante horas. El corelliano había desarrollado un repentino e desusado interés por el movimiento de resistencia durante su estancia en Kashyyyk, algo que Chewie hubiese encontrado sorprendente, y un poco inquietante, en el caso de que lo hubiera notado. Normalmente Han se mostraba casi despectivo hacia todos los seres inteligentes que arriesgaban sus cuellos (o cualquier parte del cuerpo equivalente) por causas que no estuvieran relacionadas con su propio bienestar.

Pero Chewie tenía demasiadas cosas en que pensar para fijarse en la extraña conducta de Han. El joven wookiee se estaba concentrando en la difícil labor de 'conseguir un quillarat. Los quillarats eran unas pequeñas criaturas que sólo medían un metro de altura. También eran unos animales escurridizos y difíciles de localizar, porque el color verde salpicado de manchitas marrones de su piel hacía que se

confundieran con la espesura circundante.

El rasgo más característico del quillarat era el manto de largos espolones con forma de aguja que recubrían la mayor parte de su cuerpo. Capturar y matar a un quillarat suponía un auténtico desafío, porque los animales eran capaces de lanzar sus espolones contra el cazador. Los wookies (y sólo los machos cazaban quillarats) tenían que aproximarse al animal protegiéndose con alguna clase de escudo para interceptar el diluvio de espolones hasta que el quillarat agotaba su suministro de espolones arrojables».

Para complicar todavía más las cosas, la tradición declaraba que el quillarat debía ser cazado con las manos desnudas y matado mediante golpes asestados por la fuerza de un wookie, lo cual excluía los dardos o cualquier otra clase de proyectil.

Chewbacca no le contó a nadie lo que pretendía hacer. Se limitó a esperar hasta bien avanzado el día, cuando la oscuridad ya se estaría intensificando en los niveles inferiores, y después salió de Rwookrrorro e inició su largo descenso.

Ni siquiera los wookies llegaban hasta la superficie de Kashyyyk. Se rumoreaba que allí abajo había criaturas nocturnas que se alimentaban con la sangre y los espíritus de sus víctimas. Se decía que los espíritus de quienes no habían saldado sus deudas se precipitaban a la superficie, y que vagabundeaban por aquellas regiones, donde se mantenían al acecho para capturar y matar a quien fuese lo suficientemente loco para acercarse a ellos.

Kashyyyk contenía siete niveles ecológicos distintos, con las ramas más altas de los árboles formando el séptimo. Normalmente, ni siquiera los wookies más valientes descendían por debajo del cuarto nivel, y ni las leyendas de los wookies se atrevían a especular sobre lo que había más abajo. Chewbacca jamás había conocido a nadie que hubiese puesto los pies sobre la superficie de su mundo. Los niveles inferiores de Kashyyyk eran un misterio..., y muy probablemente seguirían siéndolo.

Para cazar a su quillarat, Chewie tendría que descender por debajo del quinto nivel. Allí la vida era distinta, pues el bosque ya quedaba casi totalmente a oscuras a última hora de la tarde. Los animales de aquel nivel tenían ojos enormes que facilitaban la existencia en unos estratos de luz tan escasa. Había depredadores peligrosos, como los kkekkrgrro, o Moradores de las Sombras, que solían ascender un nivel para cazar, y los katarns. Chewbacca mantuvo los ojos bien abiertos, y avanzó con todos los sentidos en estado de alerta.

Las viejas costumbres fueron volviendo a él mientras recorría los senderos del bosque, viendo chupadores de velos nupciales, falso shyr de grandes hojas y una abundante profusión de lianas kshyy. Allí abajo las cosas no eran realmente verdes, sino extrañamente pálidas y descoloridas. No había luz solar suficiente para permitir el esplendor verde de los niveles superiores.

Chewbacca siguió avanzando por los espaciosos senderos, sintiendo el áspero

roce de la corteza de los wroshyrs debajo de sus pies. Sus ojos se movían constantemente, buscando los rastros dejados por el quillarat. Sus fosas nasales temblaban, filtrando e identificando todos los olores que llevaba más de cincuenta años sin aspirar.

La mirada del wookiee fue atraída por un minúsculo arañazo en la corteza de un wroshyr, y por un pequeño desgarrón en el encaje de la planta de velo nupcial que se alzaba junto a él. La altura era la correcta, desde luego. Sí, aquello era obra de un quillarat, y —Chewie hincó una rodilla en el suelo para examinar el rastro—, no hacía mucho rato de ello.

El animal había estado avanzando por aquella rama secundaria más pequeña. Chewbacca fue cautelosamente por un sendero que apenas tenía dos metros de anchura. Los abismos verdes, marrones y grisáceos del bosque parecían bostezar a cada lado de él.

El wookiee mantuvo todos los sentidos alerta mientras sus ojos iban de un lado a otro, sus fosas nasales continuaban temblando y sus oídos intentaban captar el sonido más imperceptible. Los quillarats desprendían un olor inconfundible y, para un wookiee, altamente atractivo.

Su «escudo», hecho de tiras de corteza atadas sobre un marco de ramitas firmemente entrelazadas, estaba listo para ser usado en su antebrazo izquierdo.

Chewie empezó a avanzar más despacio..., y después se detuvo con todos los músculos en tensión. ¡Allí, entre aquellas hojas!

El quillarat se quedó totalmente inmóvil, percibiendo la proximidad del peligro. Chewie saltó hacia adelante, sosteniendo el escudo ante él.

Y de repente una lluvia de espolones llenó el aire delante de él. La mayoría de proyectiles se incrustaron en el escudo, aunque unos cuantos se hundieron en los hombros y el pecho del wookiee. La mano derecha de Chewbacca se extendió y agarró al quillarat por la cola recubierta de espinas óseas, y el wookiee retorció la mano en un giro peculiar que hizo que los espolones quedaran planos debajo de su carne.

El aterrorizado animal dejó escapar un chillido y empezó a revolverse para morder, pero ya era demasiado tarde. Chewie lo alzó en vilo y lo estrelló contra la corteza que había debajo de sus pies. El quillarat quedó aturdido, y otro rápido impacto puso punto final a su vida.

Sólo entonces dedicó unos momentos Chewbacca a arrancarse los espolones del pecho y los hombros y a esparcir un ungüento sobre las minúsculas pero abrasadoras heridas. Su mano derecha había sufrido otro impacto, que también trató.

Después, metiendo el quillarat en la bolsa que había traído consigo, el wookiee inició su triunfante regreso a Rwookrrorro.

Chewie tardó bastante en encontrar a Mallatobuck. No quería preguntarle a nadie dónde estaba, dado que cualquiera de sus amigos y familiares percibiría el olor del

quillarat que llevaba dentro de la bolsa. Chewie no estaba de humor para consejos o bromas.

Pero finalmente la encontró paseando por un sendero muy poco frecuentado. Dos de las tres diminutas lunas de Kashyyyk ya se habían alzado en el cielo, y la claridad lunar teñía el pelaje de Mallatobuck de un color plateado mientras paseaba, sin que al principio se diera cuenta de que alguien se estaba aproximando a ella.

La joven había estado recogiendo brotes de kolvissh y se había dedicado a entrelazar sus tallos para formar una diadema. Mientras Chewie la observaba, Mallatobuck se puso las delicadas flores en la cabeza y sujetó su frágil belleza blanca detrás de su oreja izquierda.

Chewbacca se detuvo en el centro del camino y permaneció inmóvil, absorto en la hermosura de su amada. Su inmovilidad atrajo la atención de Mallatobuck de una forma en que no lo había hecho su movimiento, y la joven se detuvo, alzó la mirada y le vio.

—Chewbacca —murmuró—. No te había visto...

—Malla —dijo Chewie—. Tengo algo para ti. Es un regalo que espero aceptarás...

Mallatobuck siguió totalmente inmóvil y le observó con ojos desorbitados por la consternación o la esperanza mientras Chewie avanzaba hacia ella con la bolsa en la mano. «Ojala esté sintiendo esperanza —pensó fervorosamente Chewie—. Por mi honor, que sea esperanza y no otra cosa...»

Chewbacca se detuvo ante ella y, con un solo movimiento lleno de fluida agilidad, se arrodilló y sacó al quillarat de la bolsa. Teniendo mucho cuidado con los espolones, colocó en equilibrio al animal sobre sus palmas y lo alzó hacia Mallatobuck. El corazón le latía con tanta violencia como si acabara de trepar hasta allí desde el nivel del suelo. —Mallatobuck...

Chewie intentó seguir hablando, pero la voz le falló. Se sentía paralizado por el miedo, de una forma que nunca había conocido durante la batalla. ¿Y si Mallatobuck le rechazaba? ¿Y si tomaba su propuesta-ofrenda tradicional y la arrojaba hacia el otro extremo del sendero, enviando al quillarat muerto, y a su esperanza de felicidad con él, al abismo de las profundidades?

Malla le contempló en silencio durante un momento interminable.

—Chewbacca... Llevas mucho tiempo alejado de tu pueblo. ¿Recuerdas nuestras costumbres? ¿Sabes qué estás ofreciendo?

Una inmensa oleada de alivio inundó a Chewie, pues Mallatobuck acababa de emplear el tono jovial de una joven wookiee dispuesta a ser cortejada.

—Lo sé —replicó—. Tengo muy buena memoria, Mallatobuck. Durante todos los años que he pasado lejos de aquí, no he olvidado ni un solo instante tu cara, tu fortaleza y tus ojos. Soñaba con el día en que podríamos casarnos. ¿Querrás casarte

conmigo? ¿Querrás aceptarme por esposo?

Malla replicó de la manera tradicional, aceptando el cada vez más rígido quillarat y asestando un gran mordisco a la blanda carne de su estómago.

Una alegría casi inconcebible invadió el corazón de Chewie. «¡Me acepta! ¡Estamos prometidos!» Se levantó y siguió a Malla hasta una pequeña oquedad protegida situada detrás de una pantalla de hojas. Una vez allí se sentaron el uno al lado del otro y compartieron el quillarat, mordisqueando delicadamente sus sabrosas entrañas, saboreando su hígado y alimentándose el uno al otro con los trozos más selectos de aquel manjar, que estaba considerado como la mayor exquisitez imaginable por su pueblo.

—Me habían hecho propuestas, ¿sabes? —dijo Mallatobuck—. La gente me dijo que era una tonta por esperar tanto tiempo. Decían que habías muerto, y que nunca volverías a Kashyyyk. Pero de alguna manera inexplicable yo sabía que..., que no era así. Esperé, y ahora mi alegría llena el mundo.

Chewbacca lamió tiernamente la sangre y los trozos de tejido de su cara, lavándola mientras ella le devolvía el favor. El pelaje de Mallatobuck era como seda sobre su lengua.

—Malla... Supongo que ya sabes que he contraído una deuda de vida con Han Solo, ¿verdad? —preguntó Chewie mientras, saciados, los dos se quedaban inmóviles y se rodeaban con los brazos.

Cuando Mallatobuck habló, Chewie pudo oír un temblor casi imperceptible en la voz de su amada.

—Lo sé. Tu honor me es tan precioso como el mío, mi futuro esposo. Pero casémonos deprisa, para así poder pasar el mayor tiempo posible juntos antes de que tú y el capitán Solo debáis partir.

—Nada me complacería más —dijo Chewie—. ¿Cuánto tardarás en estar preparada? ¿Cuánto tiempo necesitarás para terminar tu velo de novia?

Mallatobuck se rió, y su alegría resonó en la oscuridad del bosque.

—Hace cincuenta años que lo tengo preparado, Chewbacca. Mi velo está listo y esperándote.

El orgullo y el amor llenaron el corazón de Chewbacca. —Entonces mañana nos casaremos, Malla.

—Mañana, Chewbacca...

Teroenza, Gran Sacerdote de Ylesia, permanecía acostado en su hamaca de descanso mientras contemplaba cómo Kibbick, el representante del gran señor hutt en Ylesia, intentaba examinar las cuentas del último mes y trataba de extraer algún sentido de ellas. El gigantesco t'landa Ta de cuatro patas dejó escapar un gemido para sus adentros. Ya hacía tiempo que habían dejado de divertirle los problemas que Kibbick tenía para entender incluso la contabilidad más rudimentaria. Kibbick era un

idiota, y Teroenza tenía que cargar con la infortunada responsabilidad de ayudarle a comprender el funcionamiento de Ylesia.

«Como si Besadii no fuera consciente de que si Kibbick consigue llegar a adquirir las habilidades necesarias para mantener en marcha las factorías de especia, eso supondría dejarme sin trabajo —pensó el Gran Sacerdote con creciente disgusto—. Pero las posibilidades de que tal cosa llegue a ocurrir son increíblemente reducidas...»

Cuando Teroenza, con la ayuda de Jiliac, el líder del clan Desilijic, había organizado el asesinato de Aruk el Hutt, esperaba que el único descendiente del ya anciano noble hutt, Durga, jamás sería declarado jefe del clan. Después de todo, Durga tenía aquella horrenda mancha de nacimiento, y por sí solo eso ya debería bastar para descalificarle en lo referente a cualquier posición de liderazgo.

Pero Durga había demostrado ser más capaz y enérgico de lo que se imaginaba Teroenza. Había conseguido (algunos afirmaban que con la ayuda del Sol Negro) eliminar de una forma sorprendentemente sumaria a sus detractores más encarnizados. Algunos seguían hablando contra él, pero últimamente se trataba más de un murmullo cauteloso que de un auténtico grito de protesta.

Teroenza había puesto sus esperanzas en Zier, esperando que el miembro más antiguo del clan Besadii sería lo suficientemente fuerte y astuto para imponerse a Durga y adueñarse tanto del clan como del kajidic, su brazo criminal, que formaba parte de él.

Pero no fue así. Durga había conseguido alzarse con la victoria (al menos por el momento), y se había apresurado a anunciar que Teroenza debía seguir todas las instrucciones y directivas de Aruk.

Lo cual incluía enseñar a Kibbick, el sobrino idiota de Durga, a dirigir una empresa de altísimo nivel que ganaba muchos créditos.

En Ylesia, los «peregrinos» religiosos eran reclutados por misioneros T'landa Tils durante las ceremonias de exaltación itinerantes. Quien fuese lo suficientemente infortunado para sucumbir a la Exultación adictiva seguiría a los misioneros ylesianos hasta las tórridas junglas del planeta. Una vez allí, los peregrinos mal alimentados y manipulados por el lavado de cerebro y la adicción se convertían en esclavos voluntarios de las factorías de especia ylesianas, donde trabajaban para sus amos ylesianos desde el amanecer hasta la puesta de sol.

Los congéneres de Teroenza eran primos lejanos de los hutts, aunque eran mucho más pequeños y móviles. Con sus enormes cuerpos sostenidos en equilibrio sobre patas tan gruesas como troncos de árbol, los T'landa Tils tenían un rostro muy ancho bastante parecido a las facciones de un hutt, pero con la adición de un largo cuerno situado justo encima de sus fosas nasales. Una larga cola en forma de látigo se enroscaba sobre sus espaldas. Sus brazos y manos eran diminutos y débiles en



comparación con el resto de sus cuerpos.

Pero la característica más interesante de los T'landa Tils no era de naturaleza física. Los machos de la especie poseían la capacidad de proyectar enfáticas emociones de «sentirse bien» hacia la mente de la mayoría de humanos. Esas proyecciones enfáticas, unidas a una vibración relajante producida por los sacos de la garganta de los machos, ejercían los efectos de una potente droga sobre los peregrinos. Éstos se volvían rápidamente adictos a su «dosis» diaria, y creían que los sacerdotes poseían dones divinos.

Pero nada estaba más lejos de la verdad. La capacidad de los T'landa Tils sólo era una adaptación de una exhibición destinada al apareamiento que había sido desarrollada evolutivamente para atraer a las hembras de la especie.

—No consigo entender esto, Teroenza —dijo Kibbick con visible preocupación—. Aquí dice que gastamos millares de créditos en un inhibidor de la fertilidad que es añadido a las raciones de los peregrinos. ¿Por qué no podemos eliminar ese gasto? ¿No podríamos limitarnos a permitir que se reprodujeran? Eso nos ahorraría bastantes créditos, ¿verdad?

Teroenza no pudo evitar poner en blanco sus bulbosos ojos, pero afortunadamente Kibbick no le estaba mirando.

—Si permitimos que los peregrinos se reproduzcan, excelencia —dijo después—, eso reduce las energías de que disponen para trabajar. Su producción disminuye. Eso significaría menos especia procesada y lista para el mercado.

—Tal vez —dijo Kibbick—. Pero estoy seguro de que debe existir alguna forma de evitar que se reproduzcan sin tener que recurrir a drogas tan caras, Teroenza. Quizá podríamos animarles a reproducirse, y luego usar sus larvas y huevos como comida.

—La inmensa mayoría de humanoides no ponen huevos ni producen larvas, excelencia —replicó Teroenza, haciendo un desesperado esfuerzo para no perder la paciencia—. Las hembras dan a luz crías vivas, y además la mera idea de comerse a sus descendientes les parece espantosamente aborrecible.

Era cierto que, de vez en cuando, una pareja de esclavos salía del estupor inducido por la Exultación durante el tiempo suficiente para sentir la atracción mutua inspirada por la lujuria. Era bastante raro, pero en Ylesia habían llegado a nacer algunos niños humanos. Al principio Teroenza había pensado limitarse a matarlos, pero acabó decidiendo que, con un mínimo de cuidados, esos niños podían ser criados para que se convirtieran en guardias y auxiliares administrativos. Así pues, ordenó que los cuidaran en los barracones de los esclavos.

Y, actualmente, las drogas inhibidoras de la fertilidad eran añadidas de manera automática a la comida que se servía a los esclavos. Ya habían transcurrido más de

cinco años desde el último parto accidental.

—Oh —dijo Kibbick—. Dan a luz crías vivas, ¿eh? Comprendo —añadió, volviendo a concentrarse en los libros con una mueca de disgusto.

«Idiota —pensó Teroenza—. Idiota, idiota, idiota... ¿Cuántos años llevas aquí, y por qué nunca te habías tomado la molestia de averiguar los hechos más rudimentarios acerca de los peregrinos?»

—He encontrado otra cosa que no entiendo, Teroenza —acabó diciendo Kibbick.

Teroenza respiró hondo, y después contó hasta veinte. —Sí, excelencia?

—¿Por qué tenemos que gastar créditos extra para instalar armas y escudos en esas naves? Después de todo, sólo transportan esclavos hasta las minas de especia y los palacios del placer después de que los hayamos explotado al máximo. ¿A quién le importa que puedan acabar cayendo en manos de unos incursores?

Kibbick se estaba refiriendo a una incursión producida hacía un mes en la que un grupo de rebeldes humanos cayó sobre un navío esclavista que se estaba preparando para abandonar el sistema ylesiano. No era la primera incursión de aquellas características. Teroenza no sabía quién era el responsable de ellas, pero no podía dejar de pensar que tenía que ser Bria Tharen, esa despreciable traidora y renegada corelliana.

El clan Besadii había ofrecido una generosa recompensa por su cabeza, pero hasta el momento nadie la había reclamado. «Quizá vaya siendo hora de que hable con Durga sobre la conveniencia de aumentar la recompensa ofrecida por Bria Tharen...n, pensó Teroenza».

—Es cierto que los esclavos dejan de importarnos en cuanto se van de aquí, excelencia —dijo en voz alta y hablando con exagerada paciencia—, pero incluso entonces siguen valiendo créditos para nosotros. Y las naves son muy caras. Que las llenen de agujeros las vuelve inservibles..., o, como mínimo, hace que luego resulten muy caras de reparar. —Oh —dijo Kibbick, frunciendo el ceño—. Sí, claro. Supongo que así debe de ser. Muy bien.

«¡Idiota!»

—Lo cual me recuerda algo de lo que quería hablaros, excelencia —dijo Teroenza—. Es algo que espero mencionaréis a vuestro primo. Necesitamos disponer de una mayor protección en Ylesia. El que volvamos a ser atacados sólo es cuestión de tiempo. Esas incursiones espaciales ya son lo suficientemente graves, pero si ese grupo rebelde llegara a atacar una de las colonias, tanto vos como yo podríamos correr un serio peligro.

Kibbick, obviamente alarmado por la sugerencia, estaba mirando fijamente al Gran Sacerdote.

—¿Piensas que se atreverían a hacerlo? —preguntó, con un cierto temblor en la voz.

—Ya lo han hecho anteriormente, excelencia —le recordó Teroenza—. Bria Tharen, esa ex esclava, mandaba la incursión. ¿Lo recordáis?

—Oh, sí, es verdad —dijo Kibbick—. Pero ya hace más de un año de eso, ¿no? Estoy seguro de que a estas alturas ya habrán aprendido la futilidad de atacar este mundo. Perdieron una nave dentro de nuestra atmósfera.

La turbulenta atmósfera de Ylesia era una de las mejores defensas con que contaba el planeta.

—Cieno —admitió Teroenza—. Pero preferiría tomar precauciones a tener que acabar lamentándolo, excelencia.

—Más vale prevenir que lamentar, ¿eh? —murmuró Kibbick, como si Teroenza acabara de decir algo asombrosamente inteligente y original—. Sí, bueno... Quizá tengas razón. Debemos estar lo más protegidos posible. Hoy mismo hablaré con mi primo acerca de ello. Más vale prevenir que lamentar... Sí, desde luego. Necesitamos disfrutar de la máxima seguridad posible...

Kibbick volvió a concentrarse en los libros sin dejar de hablar entre dientes. Teroenza volvió a relajarse sobre su hamaca, y se permitió el raro y reconfortante lujo de alzar por segunda vez sus bulbosos ojos hacia el techo.

## Capítulo 4

# Felicidad doméstica y otras complicaciones

El día de la boda de Chewbacca y Mallatobuck amaneció iluminado por las promesas y la esperanza. Han, que no había sido informado de la inminente ceremonia hasta esa misma mañana, se alegraba de que su amigo fuera feliz, pero se sentía entristecido ante la perspectiva de perderlo. Aun así, lo cierto era que habían pasado un par de años excelentes juntos, y Han pensaba que, después de unos cuantos años de alegría marital, Chewie tal vez estuviera dispuesto a volver con él para hacer algún que otro viaje de contrabando. Ser un marido feliz era una cosa, pero el matrimonio no significaba que estuvieras muerto, ¿verdad?

El y Chewie apenas habían dispuesto de unos momentos para hablar antes de que el ajetreo de los planes de boda obligara a su amigo a ocuparse de otros asuntos. Al parecer los wookies no tenían «padrinos» de la forma en que lo hacían los humanos, pero Chewie, como deferencia hacia Han, pidió al corelliano que estuviera junto a él durante la boda. Han había sonreído.

—De acuerdo. Voy a ser algo así como tu «padrino especial humanos», ¿eh?

Chewbacca dejó escapar un rugido lleno de diversión, y le dijo a Han que el término era tan bueno como cualquier otro.

Mientras estaba sentado en un rincón de la casa de Attichitcuk, allí donde su presencia no estorbada a nadie, Han se dedicó a pensar en la única vez que le había pedido a una mujer que se casara con él. La mujer era Bria y la petición tuvo lugar cuando Han tenía diecinueve años y ella dieciocho, y por aquel entonces el corelliano era un muchacho locamente enamorado, demasiado joven y estúpido para poder darse cuenta de que estaba cometiendo un terrible error. Era una suerte que Bria le hubiese abandonado...

Han abrió el bolsillo interior de su chaqueta y sacó de él una vieja hoja de plastipapel doblada. El corelliano la desplegó y leyó la primera línea.

Queridísimo Han..

No mereces que te ocurra esto, y lo único que puedo decir es que lo siento. Te amo, pero no puedo seguir a tu lado...

La boca de Han se retorció en una mueca llena de tristeza, y después volvió a doblar la hoja de plastipapel y la guardó nuevamente dentro de su bolsillo. Hasta el año anterior, justo antes de la batalla de Nar Shaddaa, Han había pensado que Bria, incapaz de seguir viviendo sin la Exultación, tenía que haber acabado volviendo con los ylesianos.

Y después se la había encontrado, impecablemente vestida y peinada, en el elegante apartamento del Moff Sam Shild en Coruscant. Bria había llamado

«querido» a Shild, y todo indicaba que era la concubina del Moff. Han había hecho cuanto estaba en sus manos para despreciarla desde aquel momento. La idea de que Bria pudiera estar realmente enamorada del Moff jamás le había pasado por la cabeza, porque Han sabía a quién seguía amando. Cuando Bria le vio por primera vez se puso pálida, y la luz del amor había seguido estando presente en sus ojos por mucho que hubiera intentado ocultarla.

El Moff Shild se había suicidado poco después de la batalla de Nar Shaddaa. Los noticiarios holográficos habían hablado de ello durante días. Pero los vídeos de su funeral (y Han se había asegurado de verlos todos) no contenían ni una sola imagen de Bria.

«Y ahora... descubrir que se ha convertido en alguna clase de agente rebelde para Corellia...», se dijo Han. Cuanto más pensaba en ello, más se preguntaba si sería eso lo que Bria había estado haciendo en la casa de Shild. ¿Era ya por aquel entonces una agente operativa de la inteligencia rebelde a la que se había encomendado la misión de espiar al Moff y, a través de él, al Imperio?

Tenía sentido. A Han no le gustaba demasiado, pero había descubierto que podía sentir más respeto hacia Bria si se había estado acostando con el Moff para obtener información en vez de si era meramente lo que había parecido ser, un hermoso juguete demasiado consentido y mimado.

El corelliano se preguntó qué estaría haciendo Bria ahora que Sarn Shild estaba muerto. Visitar planetas y ayudar a sus movimientos rebeldes clandestinos a organizarse, obviamente.

Y además... Hacía cosa de un año Han oyó decir que un grupo de rebeldes humanos había atacado la Colonia Tres de Ylesia y que había rescatado a casi un centenar de esclavos. ¿Podía Bria haber tomado parte en aquella operación?

A juzgar por la forma en que Katarra y otros wookies hablaban de ella, Bria se había convertido en una especie de santa guerrera que arriesgaba su vida para traerles las armas y municiones obtenidas por los rebeldes corellianos. Y Kashyyyk era un mundo esclavo imperial, evidentemente.

Han recordaba lo traicionada que se había sentido Bria cuando comprendió que la religión ylesiana no era más que una serie de mentiras y ceremoniales carentes de sentido. La joven se había enfurecido, y se había dejado llevar por la amargura. No podía soportar la desagradable realidad de que, en cuestión de segundos, hubiese pasado de ser una peregrina a ser una esclava. Durante los años transcurridos desde aquella horripilante revelación, ¿habría convenido quizá aquella furia en una decidida acción contra los traficantes de esclavos imperiales e ylesianos?

El corelliano no había carecido de compañía femenina después de Bria, desde luego. En Nar Shaddaa, Han y Salla Zend llevaban más de dos años siendo pareja.

Salta era una mujer apasionante y fascinadora, tan hábil en la técnica y la mecánica como en las artes del contrabando y el pilotaje. Ella y Han tenían muchas cosas en común —y una de las que más caracterizaban su relación era el que ninguno de los dos estaba interesado en nada que no fuese pasarlo bien—, y eso quería decir que podían seguir juntos durante mucho tiempo.

La relación existente entre él y Salla era algo en lo que Han podía contar sin que llegara a transformarse en una carga. Nunca se habían hecho ninguna clase de promesas, y a los dos les gustaba que las cosas fueran de esa forma.

Han se había preguntado en más de una ocasión si realmente amaba a Salla..., o si ella le amaba a él. Sabía que le importaba lo que pudiera ser de ella y que estaba dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa para ayudarla y protegerla, pero ¿el amor? Han sólo se atrevía a decir que ni Salta ni ninguna otra mujer le habían inspirado los sentimientos que Bria hizo nacer en él.

«Pero entonces yo era muy joven —se recordó así mismo—. No era más que un chico temerario, y el amor cayó sobre mí como una tonelada de neutronio. Ahora soy mucho más listo...»

Mientras estaba reflexionando en su rincón, Kallabow, la hermana de Chewbacca, que había estado repartiendo platos y bandejas para el inminente banquete de bodas, se detuvo de repente junto a él con las manos en las caderas y le miró fijamente. Después soltó una exclamación llena de indignación y empezó a hacerle señas. Han se levantó.

—Pues claro que no me estoy escondiendo —dijo a modo de respuesta—. Sólo intentaba no estorbar. ¿Está todo listo?

Kallabow afirmó enfáticamente que todo estaba preparado, y que Han debía venir inmediatamente.

Han siguió a la hermana de Chewie hasta la claridad del sol y el suave susurro de las copas de los árboles. Jarik surgió de la nada y echó a andar junto a él. El chico se había mantenido lo más cerca posible de Han, dado que no entendía el wookiee y, a menos que Han estuviera junto a él, eso quería decir que sólo podía hablar con Ralrra.

—Así que ha llegado el gran momento, ¿no?

—Parece que sí, chico —dijo Han—. Los momentos de libertad de Chewie están contados.

Kallabow, que le había oído, fulminó a los dos machos humanos con una mirada abrasadora a la que añadió un «¡Huuuummmmmmpfffff!» tan claramente indignado que no necesitaba ninguna traducción. Han soltó una risita.

—Será mejor que tengamos mucho cuidado, chico. Esa dama podría partimos por la mitad a los dos sin necesidad de derramar ni una sola gota de sudor.

La wookiee les guió por una de las ramas-sendero, que era tan ancha como una calle de algunos mundos. No tardaron en alejarse de la ciudad, y se fueron adentrando

por la zona arbórea en la que muchos wookies habían construido viviendas. Han tenía entendido que la casa de Malla era una de las moradas del tipo arbóreo, dado que la futura esposa de Chewie había decidido vivir en un sitio que le permitiera estar cerca de su trabajo.

Unos minutos después entraron en otro sendero, del que no tardaron en salir a su vez para echar a andar por un tercero.

—Me pregunto adónde vamos —dijo Jarik, que parecía sentirse un poco inquieto—. Me he perdido. Si Kallabow nos dejara aquí, no tengo ni idea de cómo me las arreglaría para volver a Rwookrrorro. ¿Crees que sabrías encontrar el camino de vuelta, Han?

Han asintió.

—Recuérdame que te dé unas cuantas lecciones sobre el arte de la navegación, chico —dijo—. Pero si Kallabow nos hace caminar mucho más, estaré demasiado cansado para poder disfrutar de la fiesta.

El pequeño grupo entró en otro sendero todavía más pequeño, y Han y Jarik pudieron ver a un numeroso grupo de wookies reunido delante de ellos. Siguieron andando, y el sendero terminó de repente.

La rama de wroshyr sobre la que se encontraban había sido medio cortada, y se inclinaba hacia abajo hasta quedar apoyada en las ramas inferiores. Con el peso de la enorme rama presionando las copas más cercanas hacia abajo, el efecto general era bastante parecido al de contemplar un gigantesco valle verde y resultaba realmente impresionante. Colinas verdosas de suaves contornos redondeados se elevaban hacia el oeste. Los rayos amarillos del sol caían sobre ellas iluminándolas con la límpida intensidad de un faro, y el aire estaba lleno de pájaros que trazaban un majestuoso sinfín de círculos en las alturas.

—Eh, bonito paisaje— le dijo Han a Kallabow.

Kallabow asintió y le explicó que aquél era un lugar sagrado para los wookies. Allí, con aquel panorama extendiéndose ante ellos, podían apreciar la grandeza de su mundo.

La ceremonia estaba a punto de empezar. No había ningún sacerdote para oficiarla, ya que las parejas de wookies se casaban a sí mismas. Han fue hasta Chewbacca y obsequió a su amigo, que parecía bastante nervioso, con una sonrisa tranquilizadora, y después estiró el brazo para revolverle el pelaje de la cabeza.

—Cálmate, amigo —dijo—. Te llevas a una chica magnífica, muchacho.

Chewie replicó que era muy consciente de ello, ¡y que esperaba ser capaz de acordarse de sus frases!

Mientras permanecían inmóviles al final del sendero, con un numeroso grupo de wookies interponiéndose entre ellos y el camino que llevaba de vuelta a Rwookrrorro,

la multitud se abrió repentinamente por el centro. Mallatobuck empezó a avanzar hacia ellos, andando lentamente por el sendero.

La novia iba cubierta desde la cabeza hasta los pies por un velo de color gris plateado. El velo era tan ligero y traslúcido que casi parecía como si Mallatobuck estuviera envuelta por un resplandeciente campo de energía. Pero cuando se detuvo junto a Chewie, Han enseguida pudo ver que el velo estaba hecho de alguna clase de tela casi completamente transparente. Han podía ver con toda claridad los ojos azules de Malla a través de su velo nupcial.

El corelliano escuchó con gran atención a Chewie y Malla mientras éstos intercambiaban sus juramentos matrimoniales. Sí, se amaban el uno al otro más que a ningún otro ser. Sí, el honor del otro les era tan querido como el suyo propio. Sí, cada uno prometía ser fiel al otro. Sí, la muerte podría separarlos, pero no podría poner fin a su amor.

La fuerza de la vida estaba con ellos, dijeron. La fuerza de la vida daría solidez a su unión, y estarían completos... juntos. La fuerza de la vida estaría con ellos... siempre.

Han se sintió invadido por una oleada de desacostumbrada solemnidad, y durante un momento casi envidió a Chewbacca. Podía ver cómo el brillo del amor iluminaba los ojos de Mallatobuck, y sintió una repentina punzada de dolorosa pena. Nadie le había amado tanto nunca. «Salvo quizá Dewlanna», pensó, acordándose de la viuda wookiee que le había criado.

En cuanto a Bria... Bueno, antes Han solía pensar que le amaba con esa misma intensidad. Pero no cabía duda de que había tenido una forma muy rara de demostrarlo...

Chewie estaba levantando el velo de Malla y la estrechaba contra su pecho. Los dos unieron sus mejillas, restregándose en un movimiento lleno de ternura. Después Chewie alzó en vilo a su esposa con un ensordecedor rugido de triunfo y la hizo girar de un lado a otro, como si Mallatobuck fuera una niña en vez de una wookiee adulta casi tan alta como él.

Los wookies prorrumpieron en un coro de rugidos, vítores y aullidos de apreciación.

—¡Bueno, supongo que éste ha sido el momento culminante! —le dijo Han a Jarik.

Pero la celebración de la boda aún no había terminado. La pareja honrada fue escoltada hasta unas mesas instaladas en las copas de los árboles que crujían bajo el peso de todas las exquisiteces gastronómicas conocidas por los wookies. Han y Jarik se dedicaron a pasear por entre las mesas, y fueron probando cautelosamente los alimentos porque los wookies tendían a servir casi todas las carnes crudas. Algunas estaban asadas o cocidas, pero los humanos tenían que andarse con cautela incluso en



esos casos. A los wookies les encantaban las especias..., y algunos de aquellos platos estaban lo bastante calientes y aderezados con especias para ser capaces de causar serios daños a un gazon humano.

Han examinó las mesas y le fue señalando a Jarik muchas exquisiteces wookies «no peligrosas»: sopa de xachibik, una gruesa tajada de carne, una combinación de hierbas y especias, el «cóctel» vrortik —un plato de varios niveles que combinaban distintas carnes y capas de hojas de wroshyr que llevaban varias semanas macerándose en el potente néctar de grakkyn—, pastel de carnes factryn, gornar helado, anillos de chyntuk, klak frito...

También había ensaladas y hogazas de pan recién horneado, así como pasteles de miel del bosque y toda una serie de surtidos de frutas frescas.

Han advirtió a Jarik de que no debía abusar de los distintos tipos de bebidas que estaban circulando por la celebración. El corelliano sabía por dolorosa experiencia propia hasta qué punto podían llegar a ser potentes los licores de los wookies. Había muchas clases: accaragm, cortyg, garmorl, grakkyn y brandy thikkiano, por nombrar sólo unos cuantos.

—Sigue mi consejo, chico —dijo Han—. Los wookies saben preparar licores capaces de hacer que un humano caiga al suelo en cuestión de minutos. Por mi parte, he decidido limitarme al vino de gorimn y el zumo de Gralynyn.

—Pero los niños beben zumo de Gralynyn —protestó Jarik—. Y ese otro licor...

—El jaar —le interrumpió Han—. Leche de alcoari endulzada y extracto de lianas vínicas. En mi opinión resulta un poco demasiado dulce, pero tal vez te guste.

Jarik estaba lanzando miradas anhelantes a un enorme botellón de brandy thikkiano. Han meneó la cabeza en un gesto de advertencia.

—Ni lo sueñes, chico. Si consigues acabar vomitando igual que un cachorro de mulack envenenado, te advierto que no pienso ocuparme de ti.

El joven torció el gesto, pero luego cogió una copa de vino de gorimn.

—De acuerdo. Supongo que sabes de qué estás hablando, ¿verdad? Han sonrió, y los dos hicieron entrecuchar sus copas.

—Confía en mí, chico,

Unos minutos después, mientras Han estaba sosteniendo un plato lleno de costillas de trakkrrrn y una ensalada sazonada con especias y adornada con semillas de rillrrnnn, un wookie de pelaje marrón oscuro que le pareció vagamente familiar —aunque el corelliano estaba seguro de que nunca lo había visto antes— fue hacia él. El wookie se plantó delante de Han, y después se dedicó a estudiarle en silencio durante unos momentos antes de acabar presentándose.

Han casi dejó caer su plato.

—¿Eres el hijo de Dewlannamapia? —exclamó—. ¡Eh! —Dejando su plato y su copa a toda prisa, envolvió al joven wookie en un apasionado abrazo—. ¡Eh, chico,

me alegro muchísimo de conocerte! ¿Cómo te llamas?

El wookie le devolvió el abrazo a Han, y le dijo que se llamaba Utchakkaloch. Han se dedicó a contemplarle durante unos momentos y descubrió que le escocían los ojos. Chakk (o así había pedido ser llamado) pareció igualmente conmovido mientras le decía a Han que tenía muchas esperanzas de llegar a conocerle, en parte porque esperaba que el humano pudiera contarle cómo había muerto su madre.

Han tragó saliva.

—Tu mamá murió como una auténtica heroína, Chakk —dijo—. Si no hubiera sido por ella, hoy yo no estaría aquí. Fue una wookie muy valiente. Murió como una guerrera, luchando hasta el último momento... Un tipo llamado Garris Alcaudón la mató de un disparo, pero... Bueno, él también está muerto.

Chakk quiso saber si Han había matado a Alcaudón para vengar la muerte de su madre.

—No exactamente —replicó Han—. Alguien acabó con él antes de que yo tuviera ocasión de hacerlo, pero pude hacérselo pasar bastante mal antes de que se fuera de este mundo.

Chakk expresó su aprobación con un gruñido gutural. Después le dijo a Han que se sentía como si Han fuese un hermano adoptado, ya que ambos habían compartido a la misma madre. Todas las comunicaciones con su madre durante los días transcurridos a bordo del Suerte del Comerciante habían estado llenas de anécdotas sobre el pequeño humano que adoraba su pan de wastril, y que ardía en deseos de llegar a convertirse en un piloto.

—Bueno, Chakk —dijo Han—. Dewlanna no vivió para verlo, pero ahora soy piloto. Y el mejor amigo que tengo en todo el universo es un wookiee...

Chakk se echó a reír, y después le contó a Han que él y Chewbacca estaban emparentados a través de un primo segundo que emigró a Rwookrrorro y se casó con la sobrina de la tía abuela de Chewbacca. Han parpadeó.

—Lejano... Ah, sí. Bueno, eso es magnífico. Una gran familia feliz, ¿verdad?

Han llevó a Chakk hasta el novio y le presentó a Chewbacca, explicando la situación. Chewbacca dio la bienvenida al «hermano adoptado» de Han con un ruidoso rugido, y a continuación saludó a Chakk con unas enérgicas palmadas en la espalda.

La celebración prosiguió hasta bien entrada la noche. Los wookies bailaron, cantaron y tocaron instrumentos de madera que habían ido siendo transmitidos dentro de sus familias a lo largo de generaciones. Han y Jarik compartieron las celebraciones con ellos hasta que los humanos quedaron tan agotados, y mareados a causa de la bebida, que acabaron haciéndose un par de ovillos debajo de una de las enormes mesas y se durmieron.

Cuando Han despertó por la mañana, la celebración había terminado y Chewie y

Malla, se le informó, habían ido al bosque para disfrutar de aquellos momentos de intimidad que eran el equivalente wookiee a una luna de miel. Han lo lamentó: dentro de un par de días sus negociaciones con Katarra habrían concluido, el Halcón volvería a ser cargado con sus nuevas mercancías y se marcharía de Kashyyyk. No podría despedirse de Chewie.

Pero no podías esperar que un flamante esposo se acordara de su mejor amigo en la noche de bodas, se dijo Han con una punzada de pena. Además, estaba totalmente decidido a volver a Kashyyyk, por lo que tarde o temprano tendría ocasión de poder despedirse de Chewie...

A salvo en la intimidad de su despacho en Nal Huna, Durga el Hutt se acercó un poco más a la imagen holográfica de Myk Bidlor, que estaba terminando de solidificarse. La nerviosa impaciencia que se había adueñado de él hizo que sus bulbosos ojos de pupila vertical sobresalieran todavía más de las órbitas cuando le dirigió la palabra a la imagen.

—¿Tienes noticias sobre los resultados de la autopsia? ¿Habéis identificado la sustancia?

—La sustancia era tan rara que al principio no pudimos identificarla ni estar totalmente seguros de sus efectos, excelencia. —El especialista forense parecía bastante cansado, igual que si realmente hubiese estado trabajando durante todo el día y la noche tal como afirmaba—.

Pero las pruebas que hemos llevado a cabo sobre ella han acabado proporcionando resultados concluyentes. Sí, la sustancia es un veneno, y hemos remontado su origen al planeta Malkii.

—¡Los envenenadores malkitas! —exclamó Durga—. ¡Por supuesto! Asesinos secretos especializados en venenos exóticos y casi indetectables... ¿Quién si no sería capaz de encontrar una sustancia que resultara fatal para un hutt? Mi especie es muy difícil de envenenar...

—Lo sé, excelencia —replicó Myk Bidlor—. Y esta sustancia, tan rara que no hemos logrado encontrar un nombre para ella, es uno de los máximos logros alcanzados en lo referente a las toxinas. A falta de un nombre mejor, hemos decidido llamarla X-1.

—Y el X-1 no se encuentra de manera natural en ningún lugar de Nal Hutta —dijo Durga, queriendo estar absolutamente seguro—. Eso significa que no puede haberse tratado de un accidente.

—No, excelencia. El X-1 tiene que haber sido administrado de manera deliberada al noble Aruk.

—¿Administrado? ¿Cómo?

—No podemos estar seguros, pero la ingestión parece el método más probable.

—Alguien le administró una dosis fatal de veneno a mi padre— dijo Durga, y una

rabia helada endureció su voz—. Alguien lo pagará..., y lo pagará..., y lo pagará.

—Eh... No exactamente, excelencia. —El especialista se lamió nerviosamente los labios—. El plan no fue de una... naturaleza tan evidente. De hecho todo..., todo se hizo de una manera bastante ingeniosa.

«Si emplearon un nivel de astucia tan elevado, no cabe duda de que tuvo que ser un hutt, pensó Durga mientras fulminaba al científico con la mirada».

—¿Cómo lo hicieron entonces?

—La sustancia es mortífera en grandes cantidades, noble Durga. Pero en pequeñas cantidades no mata. Lo que hace entonces es concentrarse en los tejidos cerebrales, provocando un progresivo deterioro de los procesos mentales de la víctima. Y además la sustancia es altamente adictiva. En cuanto la víctima se ha acostumbrado a ingerir unas dosis lo suficientemente elevadas, la brusca retirada de la sustancia causará los síntomas que me habéis descrito: terribles dolores, convulsiones y muerte. —Respiró hondo—. Y ésa es la razón por la que murió vuestro padre, noble Durga. La muerte no fue causada por las cantidades de X-1 que ya se hallaban presentes en su organismo..., sino por la repentina retirada de la sustancia.

—¿Durante cuánto tiempo tendría que haberle sido administrada esa sustancia a mi padre para que llegara a volverse adicto a ella? —preguntó Durga, teniendo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para articular las palabras.

—Sospecho que a lo largo de un período de algunos meses, noble Durga, pero no puedo asegurarlo. Semanas, como mínimo... Ir incrementando las dosis hasta que la retirada resultara rápidamente fatal exigiría bastante tiempo. —El especialista titubeó antes de seguir hablando—. Noble Durga, nuestras investigaciones también han revelado que el X-1 es muy caro. Se obtiene a partir de los estámenes de un tipo de planta que sólo crece en un mundo de la galaxia..., y la situación de ese mundo es un secreto celosamente guardado y únicamente conocido por los envenenadores malkitas. Eso significa que sólo una persona o personas muy ricas hubiesen podido adquirir una cantidad de X1 lo suficientemente grande para matar a vuestro padre.

—Comprendo —dijo Durga pasados unos momentos—. Continúen con cualquier tipo de prueba que pueda arrojar más luz sobre el asunto, Bidlor, y envíenme todos sus datos. Estoy firmemente decidido a averiguar de dónde salió ese X-1.

Bidlor se apresuró a inclinarse en una nerviosa reverencia.

—Ciertamente, excelencia. Pero... Señor, este tipo de investigaciones resultan bastante caras y...

—¡El precio no es problema! —rugió Durga—. ¡Debo saber la verdad, y pagaré lo que haga falta para sacarla a la luz! ¡Encontrare la fuente del X-1 y averiguaré quién se lo administró a mi padre! ¡Los recursos de Besadii son mis recursos! ¿Lo ha entendido, Bidlor?

El científico volvió a inclinarse ante él, esta vez todavía más aparatosamente que antes.

—Sí, excelencia. Seguiremos investigando.

—Asegúrense de hacerlo.

Durga cortó la conexión y después, hecho una furia, empezó a ondular nerviosamente de un lado a otro de su despacho. ¡Aruk fue asesinado! ¡Siempre lo he sabido! Alguien lo suficientemente rico para comprar X-1... Tiene que haber sido un miembro del clan Desilijic: Jiliar..., o quizá Jabba... ¡Descubriré al responsable, y lo mataré con mis propias manos! ¡Se lo juré a mi padre muerto: me vengaré...!

Durante los diez días siguientes, Durga hizo que todos los sirvientes del palacio fueran sometidos a un interrogatorio implacable, especialmente los cocineros. Aunque varios murieron durante las sesiones de interrogatorio, no se obtuvo ninguna evidencia que indicara que alguno de ellos hubiese estado envenenando las comidas de Aruk.

El joven noble hutt descuidó el resto de sus deberes para asistir personalmente a todas las sesiones de interrogatorio. Zier, su rival, fue a visitarle hacia el final de las sesiones, y llegó en el mismo instante en que los androides se estaban llevando el flácido cadáver de una t'landa Til que había trabajado para el clan Besadii como secretaria administrativa.

El viejo hutt lanzó una mirada desdeñosa al enorme cuerpo de la cuadrúpeda mientras los androides lo sacaban de la habitación.

—Cuántos llevamos con éste? —preguntó, y en su voz había un claro sarcasmo.

Durga miró fijamente a Zier. Le hubiese encantado poder relacionarle con la muerte de Aruk, pero hasta hacía unos meses Zier había estado en Nar Hekka supervisando los intereses del clan, y no había vuelto al hogar hasta después de la muerte de Aruk. Durga hizo que Zier fuese sometido a una concienzuda investigación, pero ésta no reveló ni siquiera el más mínimo rastro de una conexión entre su persona y el asesinato de Aruk.

Para empezar, y pese a los considerables recursos de que disponía, Zier distaba mucho de poseer las enormes sumas de dinero necesarias para adquirir grandes cantidades de X-1. Además, tampoco se habían producido retiradas importantes de sus cuentas.

—Cuatro —dijo secamente el joven hutt—. No poseen nuestra fortaleza, primo. No me extraña que las razas inferiores se inclinen ante nosotros... Son muy inferiores físicamente, así como mentalmente.

Zier suspiró.

—Debo decir que echaré de menos a ese cocinero twi'lek tuyo —dijo—. Sabía preparar los filetes de larvas de mulblatt con salsa de sangre de fregon de una manera realmente soberbia —añadió, y volvió a suspirar.

Las comisuras de la gigantesca boca de Durga se curvaron hacia abajo.

—Los cocineros pueden ser sustituidos —comentó secamente.

—¿Se te ha ocurrido pensar, mi querido primo, que ese especialista forense al que contrataste puede haber llegado a unas conclusiones equivocadas?

—Él y su equipo son los mejores especialistas disponibles —replicó Durga—. Sus referencias son excelentes. Han llevado a cabo investigaciones para los ayudantes militares de máxima categoría del Emperador..., el gobernador Tarkin incluido.

Zier asintió.

—Eso constituye una buena recomendación —admitió—. Por lo que he oído decir, decepcionar al gobernador es la forma más segura de poner fin a tu vida.

—Eso es lo que dicen.

—Aun así, primo... ¿No podría ser que hubieras pedido a ese equipo que encontrarán pruebas de asesinato, y que así lo hayan hecho tanto si realmente se trató de un asesinato como si la muerte fue estrictamente natural?

Durga reflexionó durante unos momentos antes de responder. —No lo creo —dijo por fin—. Las pruebas existen. He visto los informes de laboratorio.

—Los informes de laboratorio pueden ser falsificados, primo. Y además... Bueno, lo cierto es que en tu obsesión has llegado a gastar una gran cantidad de créditos. Esos científicos están obteniendo unos enormes beneficios del clan Besadii. Quizá no quieran poner fin a esa corriente de créditos.

Durga se encaró con su primo.

—Estoy seguro de que el equipo ha informado con la máxima exactitud posible de sus hallazgos. Y en cuanto al coste... Aruk era el líder de todo el clan. ¿No crees que debemos averiguar qué fue lo que ocurrió en realidad? De lo contrario, otros quizá lleguen a pensar que podemos ser asesinados con impunidad.

La puntiaguda lengua de Zier se deslizó sobre la parte inferior de su boca mientras pensaba.

—Quizá tengas razón, primo. Sin embargo... Sugeriría que para que no seas considerado como un derrochador imprudente, quizá deberías empezar a pagar esta investigación con tus fondos personales en vez de con el capital operativo del clan Besadii. Si accedes a ello, entonces no se dirá ni una sola palabra más sobre el asunto. Si no lo haces... Bien, ya sabes que pronto habrá una reunión del clan. Como líder consciente, tendré el deber de hacer ciertos comentarios sobre nuestro informe financiero.

Durga miró fijamente a su primo.

Zier le devolvió la mirada.

—Y otra cosa, primo: si me ocurriera alguna clase de accidente, las consecuencias serían terribles para ti. He guardado copias de mis informes financieros en lugares

que te resultará totalmente imposible descubrir. Esas copias saldrán a la luz en el caso de que muera..., sin importar hasta qué punto pueda parecer que he perecido debido a causas naturales.

El más joven de los dos hutts consiguió resistir el impulso de ordenar a sus guardias que disparasen contra Zier. Los hutts resultaban notoriamente difíciles de matar, y otra muerte podía hacer que todo Besadii se alzara contra él.

Durga hizo una profunda inspiración de aire antes de hablar.

—Quizá tengas razón, primo —dijo por fin—. A partir de hoy, financiaré personalmente la investigación.

—Excelente —dijo Zier—. Y una última cosa, Durga... En ausencia de tu padre, creo que debo permitir que disfrutes del beneficio de mi experiencia.

Si Durga hubiera poseído dientes, éstos habrían rechinado de pura rabia.

—Adelante —dijo.

—El Sol Negro, Durga. Todo el mundo sabe que utilizaste sus recursos para consolidar tu poder. Te aconsejo que no vuelvas a hacerlo. Nadie puede limitarse a emplear al Sol Negro y darle la espalda después. Sus servicios salen muy... caros—.

—Han sido sobradamente compensados por sus servicios —explicó secamente Durga—. No soy tan estúpido como piensas, Zier.

—Magnífico —dijo el otro noble hutt—. Me alegra mucho oírlo. Me tenías francamente preocupado, querido primo. Cualquier hutt capaz de librarse de semejante cocinero por un motivo tan insignificante resulta un tanto sospechoso.

Hirviendo de furia, Durga se alejó ondulando en busca de otro empleado al que interrogar.

Jabba el Hutt y su tía Jiliac estaban descansando en su sala de recepciones ceremoniales del palacio que Jiliac tenía en Nal Hutta, y se entretenían contemplando cómo el bebé de Jiliac se iba deslizado por la habitación. El pequeño hutt ya era lo suficientemente mayor para pasar casi una hora entera fuera de la bolsa de Jiliac. En esa etapa de su vida, la criaturita parecía más una enorme oruga regordeta o una larva de insecto que un hutt. Sus brazos apenas eran unas protuberancias vestigiales, y no se desarrollarían ni adquirirían dedos hasta que el bebé hutt hubiera abandonado definitivamente la bolsa materna. El bebé hutt sólo se parecía a los miembros adultos de su especie en la mirada de pupilas verticales y ojos saltones.

Los bebés hutts nacían con unas funciones cerebrales muy reducidas, y sólo entraban en la edad de la responsabilidad después de haber vivido casi un siglo. Antes de ese momento, eran considerados como criaturas que necesitaban grandes cuidados y una buena alimentación, y muy poca cosa más.

Mientras contemplaba cómo el bebé se deslizaba sobre el reluciente suelo de piedra, Jabba deseó que estuvieran en Nar Shaddaa, donde habría podido hacer muchas más cosas. Supervisar el imperio de las actividades de contrabando del clan

Desilijic desde Nal Hutta resultaba bastante difícil. Jabba había sugerido en más de una ocasión que él y su tía deberían volver a Nar Shaddaa, pero Jiliac se negaba tozudamente a hacerlo, insistiendo en que la atmósfera contaminada de Nar Shaddaa sería altamente perjudicial para el bebé.

Como consecuencia, Jabba pasaba una gran parte de su tiempo yendo y viniendo entre Nal Hutta y Nar Shaddaa. Sus intereses en Tatooine estaban acusando los efectos perjudiciales de sus ausencias.

Ephant Mon, el cheviniano no humanoide, estaba atendiendo los intereses de Jabba, y lo hacía francamente bien, pero eso sencillamente no era lo mismo que estar allí en persona.

Jabba había compartido muchas aventuras en el pasado con Mon, y el feo alienígena de Vinsoth era el único ser del universo en quien confiaba realmente. Por alguna razón inexplicable (y ni siquiera Jabba estaba seguro del porqué), Ephant Mon era completamente leal a Jabba, y siempre lo había sido. Jabba sabía que el cheviniano había rechazado múltiples ofertas para traicionarle a cambio de fabulosos beneficios. Por muy generosa que fuera la oferta, Ephant Mon jamás había traicionado su confianza.

Jabba apreciaba la lealtad de su amigo y la recompensaba manteniendo el mínimo de vigilancia posible sobre las acciones de Ephant Mon. No esperaba que Mon le traicionara, no después de todos aquellos años..., pero siempre era aconsejable estar preparado para todo.

—He leído el último informe enviado por nuestra fuente en el departamento de contabilidad del clan Besadii, tía, y sus beneficios son impresionantes —dijo—. Ni siquiera las disensiones sobre el liderazgo de Durga han conseguido reducirlos. Ylesia sigue produciendo más especia procesada a cada mes que pasa, y nuevos cargamentos de peregrinos llegan casi cada semana. Resulta deprimente.

Jiliac volvió su enorme cabeza para contemplar a su sobrino.

—Durga ha sabido ser mucho más eficiente de lo que jamás me habría imaginado, Jabba. No creía que fuera capaz de conservar el liderazgo. Pensaba que a estas alturas Besadii ya estaría maduro para caer en nuestras manos..., pero aunque hay ciertas murmuraciones y no todo el mundo está satisfecho del liderazgo de Durga, quienes osaron oponerse a él en voz alta han muerto, y no ha aparecido nadie capaz de sustituirlos dentro del clan.

Jabba parpadeó, y una nueva chispa de esperanza se encendió dentro de él mientras escuchaba hablar a su tía. ¡Aquel discurso recordaba considerablemente al viejo Jiliac anterior a la maternidad!

—¿Y sabes por qué han muerto, tía?

—Porque Durga ha sido lo suficientemente estúpido como para recurrir al Sol



Negro —dijo Jiliac—. Las muertes de sus oponentes han

sido tan descaradas que no pueden ser obra de un hutt. Sólo el Sol Negro dispone de tantos recursos. Sólo el príncipe Xizor sería capaz de atreverse a asesinarlos a todos en cuestión de días.

Jabba estaba empezando a sentir una creciente excitación, y se preguntó si su tía estaría saliendo por fin de la neblina mental fruto de la maternidad.

—No cabe duda de que el príncipe Xizor puede llegar a ser un adversario realmente formidable —dijo—. Ésa es la razón por la que le he hecho favores de vez en cuando. Prefiero mantener buenas relaciones con él., por si alguna vez necesito que me devuelva un favor. De hecho, eso fue lo que hizo en Tatooine... Por aquel entonces me ayudó, y no pidió nada a cambio porque yo le había hecho ciertos favores en el pasado.

Jiliac estaba meneando la cabeza en una lenta serie de negativas, una pequeña manía que había adquirido de los humanos.

—Ya sabes lo que pienso sobre este tema, Jabba. Te lo he repetido en muchas ocasiones, ¿no? El príncipe Xizor es muy peligroso. Es mejor mantenerse alejado de él y no tener nada que ver con el Sol Negro. Ábreles la puerta aunque sólo sea una vez, y corres el riesgo de convertirte en su vasallo.

—Te aseguro que he tenido mucha cautela, tía. Nunca se me ocurriría actuar de la manera en que lo ha hecho Durga.

—Excelente. Durga pronto descubrirá que ha abierto una puerta que resulta muy difícil de cerrar. Si cruza ese umbral..., entonces dejará de ser el dueño y señor de sus acciones.

—¿Y piensas que deberíamos albergar la esperanza de que lo haga, tía? Los ojos de Jiliac se entrecerraron ligeramente.

—Nada de eso, sobrino. Xizor no es el tipo de enemigo al que deseo tener que enfrentarme. Resulta obvio que está muy interesado en hacerse con el clan Besadii, pero no me cabe duda de que no vacilaría ni un segundo en asumir el control del clan Desilijic.

Jabba no dijo nada, pero estaba totalmente de acuerdo con Jiliac. Si se le daba la oportunidad de hacerlo, Xizor asumiría el control de todo Nal Hutta.

—Y hablando de Besadii, tía —dijo pasados unos momentos—, ¿qué hay de esos beneficios ylesianos sobre los que te he informado? ¿Qué podemos hacer para detener a Besadii? Ahora ya tienen nueve colonias en Ylesia. Se están preparando para crear otra colonia en Nyrvona, el otro mundo habitable del sistema.

Jiliac reflexionó durante unos segundos antes de hablar.

—Quizá ha llegado el momento de volver a usar a Teroenza—dijo—. Al parecer Durga no sospecha que fue el responsable de la muerte de Aruk. —¿Y cómo

podríamos utilizarle?

—Todavía no lo sé...—dijo Jiliac—. Quizá podríamos animarle a que declarase su independencia de Durga. Si se enfrentaran, los beneficios de Besadii tendrían que caer en picado. Y entonces... Bueno, entonces podríamos recoger los pedazos.

—¡Una gran idea, tía! —exclamó Jabba, sintiéndose cada vez más alegre al ver que su tía parecía estar volviendo a serla vieja y astuta Jiliac de siempre—. Y ahora, si puedo informar sobre todas esas cifras, y contar con tu ayuda en lo referente a reducir nuestros costes de...

—¡Ahhhhhhh!

Jabba se calló a mitad de la frase, interrumpido por el canturreo lleno de afecto de Jiliac, y vio al bebé hutt contoneándose hacia su madre, los diminutos brazos vestigiales levantados y los bulbosos ojos clavados en el rostro de Jiliac. La boca del bebé se abrió, y dejó escapar una especie de trino interrogativo.

—¡Mira, sobrino! —La voz de Jiliac estaba llena de cálida indulgencia—. Mi pequeño ya sabe reconocer a su mamá. ¿Verdad que sí, precioso mío?

Jabba hizo rodar los ojos hasta que éstos estuvieron a punto de saltar de sus órbitas y caer al suelo. «Estás contemplando la muerte de una de las mayores mentes criminales de este siglo», pensó con creciente desesperación.

Después, mientras Jiliac cogía en brazos al bebé hutt y lo guiaba de regreso a su bolsa maternal, se dedicó a observar ala diminuta criatura con una expresión que estaba muy cerca del odio...

Han dedicó los dos días siguientes a hablar con varios miembros de la resistencia wookie para dar los últimos toques a su acuerdo. Por fin llegó el momento en que pudo desbloquear los sistemas de cierre del Halcón y él y Jarik sacaron los dardos explosivos de sus compartimentos secretos. Katarra, Kichiir y Motamba se inclinaron sobre las cajas, y empezaron a intercambiar comentarios llenos de excitación acerca de sus nuevos juguetes.

Mientras tanto, otros wookies del movimiento clandestino fueron entrando en la nave y se dedicaron a llenarla con armaduras de las tropas de asalto. Han pudo meter casi cuarenta trajes completos y diez cascos en el Halcón. Si las armaduras conseguían el precio habitual en el mercado, habría doblado su inversión con aquel viaje. ¡Como negocio, no estaba nada mal!

Cuando todas las armaduras estuvieron guardadas para permitir que la tripulación del Halcón pudiera ir de un lado a otro, ya estaba anocheciendo. Han decidió que quería esperar hasta el amanecer para llevar a cabo la complicada operación de salida de la cueva y el ascenso en línea recta a través de los árboles. El y Jarik se despidieron de sus anfitriones y se estiraron en los asientos de pilotaje para dormir.

Han fue despertado antes del amanecer de la mañana siguiente por un potente — ¡y altamente familiar!— rugido wookie. El corelliano abrió los ojos y se levantó de

un salto, casi chocando con el dormido joven. Después activó la rampa y bajó corriendo por ella.

—¿Chewie?

Han se alegró tanto de ver a la enorme bola de pelos que ni siquiera se quejó cuando el wookie le alzó en vilo para hacerlo girar de un lado a otro y revolverle el pelo hasta dejárselo totalmente erizado. Mientras hacía todo eso, Chewbacca no paraba de proferir un estridente chorro de protestas y quejas. ¿En qué pensaba Han, preparándose para dejarlo abandonado allí? ¿Acaso no tenía ni un gramo de cerebro dentro de la cabeza? ¡Después de todo, qué otra cosa se podía esperar de un humano!

Cuando el wookie le soltó por fin, Han alzó la mirada hacia él, sintiéndose completamente confundido.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso de que te iba a dejar tirado aquí? Vuelvo a Nar Shaddaa, amigo, y en el caso de que se te haya pasado por alto, Chewie, debo decirte que ahora estás casado.

Chewie meneó la cabeza, y empezó a emitir ruidosas protestas y exclamaciones de reproche.

—¿Deuda de vida? ¡Ya sé que has hecho ese juramento, pero seamos un poco realistas! ¡Ahora tienes que estar al lado de tu esposa y vivir en tu planeta! Olvídate de dedicarte a esquivar cruceros imperiales junto a mí.

El wookie acababa de iniciar sus protestas cuando un estrepitoso rugido procedente del exterior hizo que Han se levantara de un salto y se encogiera instintivamente, como disponiéndose a esquivar un golpe. Una enorme manaza peluda le agarró del hombro, y Han fue volteado tan bruscamente como si fuese una hoja marchita. El corelliano alzó la mirada para ver a Mallatobuck elevándose sobre él. La esposa de Chewie estaba hecha una furia, con los dientes al descubierto y los ojos azules convertidos en dos rendijas. Han alzó las dos manos y retrocedió hasta pegarla espalda al peludo pecho de su amigo.

—¡Eh, Malla! Haz el favor de calmarte, ¿quieres?

Mallatobuck volvió a rugir, y después se embarcó en una furiosa reprimenda. ¡Humanos! ¿Cómo podían ignorar hasta tal extremo las costumbres y el honor de los wookies? ¿Cómo se atrevía a sugerir Han que Chewbacca podía dar la espalda a una deuda de vida? ¡No había mayor insulto de que se pudiera hacer objeto a un wookie! ¡Su esposo tenía un gran sentido del honor! ¡Era un guerrero muy valiente y un gran cazador, y cuando daba su palabra siempre se mantenía fiel a ella! ¡Especialmente si se trataba de una deuda de vida!

Enfrentado a la ira de Malla, Han acabó alzando las manos y se encogió de hombros, pero no tuvo ocasión de decir ni una sola palabra. El corelliano acabó alzando la mirada hacia su amigo para dirigirle una mirada implorante. Chewie, compadeciéndose de su compañero de aventuras, decidió intervenir. Se interpuso

entre Malla y Han y habló rápidamente, explicándole a su esposa que Han no había tenido ninguna intención de insultarle u ofenderle. Su comentario había surgido de la ignorancia, no de la malicia.

Malla acabó calmándose un poco, y sus rugidos se convirtieron en gruñidos. Han le pidió disculpas con una tímida sonrisa.

—Eh, Malla, te aseguro que no quería ofenderos. Conozco muy bien a Chewie, y sé que es un tipo maravilloso. Es listo, valiente, encantador y todas esas cosas... Es sólo que no sabía que para un wookiee una deuda de vida se encuentra por encima de todo lo demás. —Han se volvió hacia su amigo—. De acuerdo, chico —añadió—. Vas a venir con nosotros y enseguida estaremos preparados para surcar el espacio, así que despídete de tu esposa.

Chewbacca y Mallatobuck se alejaron juntos mientras Han y Jarik llevaban a cabo las comprobaciones previas al despegue. Unos minutos después, Han oyó el estrépito metálico indicador de que la rampa del Halcón acababa de cerrarse. Unos momentos más tarde, Chewbacca ya se estaba instalando en el asiento del copiloto. Han volvió la cabeza hacia él.

—No te preocupes, amigo. Te juro que volveremos... pronto. He hecho un negocio excelente con Katarra y su movimiento clandestino. Tu gente va a necesitar montones de munición antes de que puedan soñar en tener una esperanza de enfrentarse a los imperiales y liberar vuestro mundo, y yo voy a ayudarles a conseguirlos.

La voz de Jarik surgió del intercomunicador.

—Sí, y obtendrás unos considerables beneficios de ello, por supuesto —dijo el muchacho desde la torreta artillera de estribor. Han se echó a reír.

—¡Si..., por supuesto! ¡Prepárate, Chewie! ¡Allá... vamos!

El Halcón Milenario se fue elevando con gran dignidad sobre sus haces repulsores, y luego avanzó lentamente hasta salir de la «caverna» formada por las ramas de los árboles. Luego, con una brusquedad que hizo que todos acabaran hundidos en sus asientos, Han lanzó la nave hacia arriba, impulsándola a través del túnel de árboles. El Halcón surcó los cielos, que ya empezaban a estar teñidos por los matices rojos y dorados del amanecer. A medida que ascendían, el amanecer pareció esparcirse sobre el mundo en un diluvio de rayos dorados.

«Quarrrr-tellerrra», pensó Han. La guerrera de los cabellos color de sol, la mujer a la que había conocido como Bria... «¿Qué estará haciendo ahora? —se preguntó—. ¿Pensará alguna vez en mí?»

Unos instantes después, Kashyyyk ya sólo era una bola verdosa que se iba empequeñeciendo rápidamente detrás de ellos mientras avanzaban vertiginosamente a través de la negrura tachonada de estrellas...

Boba Fett estaba sentado en un mísero piso alquilado en el mundo de Teth, en el

Borde Exterior, escuchando cómo Bria Tharen se reunía con los líderes rebeldes tethanos. El cazador de recompensas más famoso de toda la galaxia disponía de muchos recursos, incluyendo una red de espionaje que habría sido envidiada por la mayoría de los planetas. Fett aceptaba misiones imperiales de vez en cuando, por lo que solía tener acceso a todos los comunicados y demás informaciones que tanto les habría encantado ver a la mayor parte de comandantes rebeldes.

Aunque Bria Tharen era una oficial rebelde, la recompensa a su nombre no había sido ofrecida por el Imperio. No, se trataba de una recompensa mucho más grande, nada menos que cincuenta mil créditos por una captura viva e intacta, y las desintegraciones no estaban permitidas. Aruk el Hutt, el antiguo líder del clan Besadii, había ofrecido originalmente la recompensa, pero Durga, su heredero, la había mantenido en vigor después de la muerte del anciano, y había prometido una bonificación por la entrega en un plazo máximo de tres meses.

Boba Fett ya llevaba más de un año buscando a Bria Tharen. La mujer no paraba de ser enviada a misiones de «cobertura profunda» que hacían que resultara extremadamente difícil seguirle el rastro. Tharen había cortado todas las relaciones con sus familiares, probablemente para que no corriesen tanto peligro en el caso de que acabara siendo capturada por los imperiales. Cuando estaba en su planeta natal de Corelha, Tharen vivía dentro de una serie de bases rebeldes secretas dotadas de numerosos puestos de guardia y complejos sistemas de seguridad.

Ese elevado nivel de seguridad era perfectamente comprensible, por supuesto: después de todo, los rebeldes vivían bajo el miedo de un ataque a gran escala de las tropas de asalto imperiales. Como consecuencia, mantenían en secreto la situación de sus bases y las trasladaban continuamente de un lado a otro. Un cazador de recompensas —sin que importan lo letal y efectivo que fuese— tenía muy pocas posibilidades de aproximarse lo suficiente para conseguir capturar con vida a su presa.

Si el clan Besadii se hubiera conformado con tener a Bria muerta, Boba Fett estaba casi seguro de que ya hubiese conseguido matarla incluso a pesar de que contaba con la protección de toda una base rebelde. Pero capturarla con vida y sin hacerle daño resultaba mucho más difícil...

Pero hacía tan sólo unos días, y gracias a su red de espionaje, Boba Fett se había enterado de que el movimiento clandestino rebelde estaba a punto de celebrar una reunión en Teth. Corriendo el riesgo calculado de que Bria estaría allí, el cazador de recompensas había ido hasta Teth en el *Esclavo I* hacía dos días. El riesgo había valido la pena, porque su presa había llegado a Teth ayer por la tarde.

Dos días antes, cuando puso los pies en Teth, Boba Fett localizó el actual enclave rebelde, que se encontraba situado debajo del puerto de la ciudad en una serie de subsótanos y antiguas alcantarillas para las tormentas. Boba Fett se había infiltrado en

los aledaños de la base a través de los viejos conductos y pozos de ventilación, y había conseguido acercarse lo suficiente para localizar el almacén de material de los porteros. Una vez allí, había instalado minúsculos sensores auditivos en varios robots limpiadores del suelo que podían desplazarse libremente de una habitación a otra, absorbiendo cualquier cosa que sus minúsculos sistemas detectores identificaran como «suciedad».

Boba Fett había estado examinando las grabaciones desde ese momento, y aquel día sus preparativos por fin habían dado fruto. Bria Tharen estaba celebrando una reunión con dos rebeldes tethanos de alto nivel. El diminuto limpiador de suelos, siguiendo sus instrucciones programadas, se había apresurado a quitarse de en medio cuando entraron en la habitación, y en aquellos instantes se encontraba discretamente inmóvil en un rincón.

Boba Fett no podía estar más en contra del concepto de las distintas rebeliones. El cazador de recompensas consideraba que la idea de rebelarse contra cualquier gobierno establecido era pura y simplemente criminal. El Imperio mantenía el orden, y Boba Fett valoraba el orden. La resistencia tethana no era ninguna excepción, porque en realidad se reducía a una pandilla de idealistas equivocados que sólo trataban de crear la anarquía.

El desdén hizo que los ojos de Boba Fett se entrecerraran dentro de los confines de su casco mientras escuchaba. Los líderes tethanos eran la comandante Winfred Dagore y su ayudante personal, el teniente Palob Godalhi. En aquellos momentos la Tharen estaba discutiendo con ellos sobre la necesidad de que los distintos grupos de resistencia se unieran en una Alianza Rebelde. Había indicaciones, les dijo, de que la idea de una Alianza estaba empezando a obtener apoyo en lugares muy importantes.

Una prestigiosa senadora imperial, Mon Mothma de Chandrila, se había reunido recientemente en secreto con los superiores de Bria Tharen en el movimiento rebelde corelliano, y había hablado con ellos. La senadora había admitido que, después de las masacres llevadas a cabo por el Imperio en planetas como Ghorman, Devarón y Rampa 1 y 2, resultaba evidente que el Emperador o estaba loco o era un ser totalmente maléfico, y que debía ser derribado por todos aquellos seres inteligentes que aún fueran capaces de seguir los dictados de su conciencia.

Bria Tharen estaba hablando con un sorprendente apasionamiento, y su límpida voz temblaba ligeramente bajo el influjo de la emoción controlada. Resultaba obvio que estaba realmente entregada a su causa.

Cuando hubo terminado de hablar, Winfred Dagore carraspeó.

—Simpatizamos con nuestros hermanos y hermanas de Corellia, Alderaan y los otros mundos, comandante Tharen —dijo, la voz enronquecida por la edad y la tensión—. Pero aquí en el Borde Exterior nos encontramos tan lejos de los Mundos del Núcleo que no podríamos serles de mucha ayuda incluso suponiendo que nos

aliáramos con sus grupos. Aquí hacemos las cosas a nuestra manera, y el Emperador nos presta muy poca atención. Atacamos algunos envíos imperiales y nos oponemos al Imperio de muchas maneras..., pero valoramos nuestra independencia. No hay muchas probabilidades de que nos unamos a un grupo más grande.

—Esa política aislacionista constituye una invitación a una masacre imperial, comandante Dagore —dijo Tharen, empleando un tono mucho más lúgubre que antes—. Y eso ocurrirá, recuerde lo que le digo... Tarde o temprano, las fuerzas de Palpatine acabarán volviendo su atención hacia sus grupos.

—Quizá..., o quizá no. Aun así, dudo que podamos hacer mucho más de lo que ya estamos haciendo actualmente, comandante Tharen.

Boba Fett oyó el crujir de una silla y un roce de tela, indicadores de que alguien se estaba moviendo. Después Tharen volvió a hablar.

—Ustedes disponen de naves, comandante Dagore. También disponen de tropas y de armas. Son uno de los mundos más cercanos al Sector Corporativo, aunque somos conscientes de que la distancia continúa siendo bastante grande. Pero aun así, podrían sernos de mucha ayuda. Podrían ayudarnos a comprar armas en el Sector Corporativo y a canalizarlas hasta aquí para que fueran enviadas a otros grupos clandestinos. No piensen que el mero hecho de su lejanía hace que no necesitemos su ayuda.

—Las armas cuestan créditos, comandante Tharen —dijo el teniente Godalhi—. ¿De dónde saldrán esos créditos?

—Bueno, les agradeceríamos enormemente que ustedes los tethanos consiguieran reunir unos cuantos millones para ayudarnos —dijo secamente Bria, y una risita llena de tristeza resonó por la habitación—. Pero estamos trabajando en ello. Financiar el movimiento de resistencia resulta muy difícil, pero el número de ciudadanos que están siendo oprimidos es lo suficientemente grande como para que nos estén entregando ciertas cantidades de dinero incluso si no poseen la capacidad o el valor necesarios para unirse a un grupo rebelde. Algunos de los nobles hutts también han creído conveniente contribuir..., clandestinamente, por supuesto.

«Interesante», pensó Fett. Pero eso era una auténtica novedad para él aunque, ahora que pensaba en ello, los hutts eran famosos por ponerse de parte de ambos bandos, aparte del suyo, en cualquier clase de conflicto. Si podían esperar que eso produjera un incremento en créditos o poder, normalmente los hutts siempre se hallaban presentes en el centro del escenario.

—No estamos muy lejos del espacio hutt —dijo Dagore, adoptando un tono de voz repentinamente pensativo—. Quizá podríamos establecer contactos con otros nobles hutts..., para averiguar si estarían dispuestos a ayudar.

—¿Ayudar? —Una sombra de hilaridad hizo vibrar la voz de Bria Tharen—. ¿Los hutts? Quizá contribuyan, y algunos lo han hecho, pero puedo asegurarles que lo hacen por sus propias razones, y esas razones no tienen nada que ver con nuestros

objetivos. Los hutts son astutos y traicioneros por naturaleza..., aunque eso no evita que a veces nuestros objetivos y los suyos coincidan. Sólo entonces se desprenden de sus créditos. En la mitad de las ocasiones ni siquiera podemos llegar a imaginarnos qué beneficio pueden estar obteniendo como resultado de su «donación».

—Y probablemente sea mejor que no lo sepa —intervino el teniente Godalhi—. Aun así, comandante Tharen, el que incrementemos nuestro compromiso en estos momentos tal vez pueda serles de utilidad. Nuestro nuevo Moff imperial se muestra mucho menos... vigilante que Sam Shild. Últimamente hemos podido actuar con mucha más libertad de lo que nos resultaba posible bajo el gobierno de Shild.

—Eso es otro asunto a tomar en consideración —dijo Bria Tharen—. Hemos estado estudiando a este nuevo Moff. La mayoría de los nuevos procedimientos de gobierno que ha puesto en vigor en el Borde Exterior son tan asombrosamente estúpidos y faltos de eficiencia que estamos empezando a preguntarnos si Yref Orgege no tendrá algo de sangre gamorreana en las venas.

Una carcajada general resonó por toda la habitación.

Bria siguió hablando.

—Orgege es tan arrogante como estúpido —dijo—. Insiste en que no cometerá el error de Shild, y afirma que va a mantener un control tan estricto como personal sobre su fuerza militar. Esa política ha reducido tremendamente los niveles de la amenaza imperial en el Borde Exterior, porque ahora los comandantes imperiales tienen que consultar incluso el asunto más insignificante con Orgege. Su nuevo Moff está consiguiendo dejarlos reducidos a la parálisis, comandante Dagore.

—Somos conscientes de ello, comandante —admitió Dagore—. ¿Qué quiere que hagamos al respecto?

—Quiero que incrementen sus incursiones contra los navíos de suministro imperiales y los almacenes de municiones del Borde Exterior, comandante. Necesitamos esas armas. Y para cuando los comandantes imperiales puedan ponerse en contacto con Orgege y éste pueda dar sus órdenes, usted y los suyos ya habrán desaparecido hace mucho rato.

Dagore reflexionó durante unos momentos.

—Creo que podemos prometerle esa parte, comandante Tharen. En cuanto a lo demás... Bien, tendremos que pensar en ello.

—Hable con su gente hoy mismo —dijo Bria—. Mañana me iré. Boba Fett aguzó el oído, apremiándola en silencio a revelar sus planes. Pero no hubo más sonidos que los crujidos de sillas cuando los rebeldes se levantaron y salieron de la habitación.

Fett siguió manteniendo bajo vigilancia todos los espaciopuertos cercanos, pero al día siguiente no consiguió hallar ni rastro de Bria Tharen. Alguien tenía que haberla introducido a bordo de una nave rebelde utilizando métodos clandestinos.

El cazador de recompensas quedó ligeramente decepcionado por aquel fracaso,



pero la característica más importante de cualquier cazador —y Boba Fett vivía para la caza— era la paciencia. Decidió encontrar alguna forma de informar a los imperiales sobre la traición de Mon Mothma, y los planes de los rebeldes, sin que ello le obligara a revelarles la identidad de su informante. Muchos oficiales imperiales ni siquiera se molestaban en ocultar el desprecio que les inspiraban los cazadores de recompensas, a los que se referían como ‘escoria...’, o cosas todavía peores’. Fett deseó poder disponer de una información más específica que ofrecer. ¡Si por lo menos los rebeldes hubieran llegado a revelar los planes de alguna clase de operación!

Mientras tanto, aún conseguiría sacar un cierto provecho de su viaje a Teth. Boba Fett se había puesto en contacto con el Gremio y había encontrado una presa inscrita en sus libros, un hombre de negocios tan rico como amante de la soledad que poseía una residencia ‘de alta seguridad’ excelentemente vigilada en las montañas de Teth.

La residencia era «de alta seguridad» en lo que concernía a los cazadores de recompensas ordinarios, pero Boba Fett constituía una clase por su cuenta. Las actividades del hombre de negocios habían sido tan previsibles que trazar el plan resultó risiblemente sencillo. La presa era una criatura de hábitos. Boba Fett ni siquiera tendría que enfrentarse a sus guardaespaldas, dado que las estipulaciones de la recompensa permitían el uso de la desintegración. Lo único que había que hacer era matar a la presa.

Boba Fett ya había conseguido encontrar un excelente punto de observación en lo alto de un árbol laakwal que le permitiría erigir una protección temporal, acabar con su presa y desaparecer a continuación antes de que los guardaespaldas o las fuerzas de seguridad pudieran llegar a localizar su situación. Sólo necesitaría un disparo...

## Capítulo 5

### “De un lado de esta galaxia al otro”

Durante los cinco meses siguientes, Han Solo y su copiloto wookiee consiguieron llegar a la cima de la jerarquía del contrabando. De forma francamente milagrosa, Han logró conservar una parte del dinero que habían ganado durante el tiempo suficiente para pagar la mayor parte de las modificaciones que siempre había soñado con introducir en el Halcón.

Shug Ninx, su jefe de técnicos y mecánico de naves estelares medio alienígena, le permitió guardar el Halcón en su Granero Espacial. El Granero Espacial de Shug casi había llegado a ser una leyenda en la sección corelliana de Nar Shaddaa. Dentro de su cavernoso interior, los comerciantes, piratas y contrabandistas trabajaban en sus naves, modificándolas incesantemente en una obsesiva decisión de obtener de ellas hasta la última brizna de velocidad y potencia de fuego que fueran capaces de generar sus sistemas. Después de todo, cuanto más deprisa pudiera entregar un cargamento la nave de un contrabandista, más deprisa podría volver a despegar transportando otro cargamento. En la vida de un contrabandista, el tiempo equivalía a créditos.

Han, Jarik y Chewbacca llevaron a cabo la mayor parte del trabajo personalmente, con alguna ayuda ocasional de Salla, quien también era una técnico muy experto, y de Shug, el genio y experto indiscutible.

En cuanto el corelliano hubo conseguido que el blindaje de la nave quedara tal como quería ;ningún disparo imperial guiado por la buena suerte iba a acabar con el Halcón de la forma en que había sido destruida la nave anterior de Han, el Bria!—, empezó a trabajar en los motores y el armamento. Añadió un cañón láser ligero debajo de la proa, y después desplazó las baterías láser cuádruples para que el Halcón pudiera contar con torretas dorsales y ventrales tanto arriba como abajo. A continuación, Han y Salla instalaron dos tubos lanzadores de cohetes de demolición entre las mandíbulas delanteras.

Y mientras instalaban nuevo armamento y mejores blindajes, Han, Shug y Chewie siguieron trabajando en los motores y demás sistemas del Halcón. El Halcón ya contaba con un hiperimpulsor de categoría militar. Han y Shug mejoraron tanto los motores sublumínicos como el hiperimpulsor hasta volverlos todavía más potentes, y eso permitió que el Halcón siguiera mejorando sus tiempos en los viajes de contrabando de Han.

También instalaron nuevos sensores y sistemas generadores de interferencias. Pero los resultados de la primera prueba del nuevo sistema de interferencias no fueron nada prometedores. Cuando Han lo activó, la oleada de energía generada fue tan potente que afectó incluso a las comunicaciones internas de la nave, interfiriendo

las señales que la cabina enviaba a los sistemas del Halcón. El incidente tuvo lugar en el peor momento posible, porque se produjo justo cuando el Halcón se estaba introduciendo en el pozo gravitatorio de un planeta para tratar de quitarse de encima a una fragata imperial. Mientras su nave descendía a toda velocidad, rozando los estratos superiores de la atmósfera en un picado totalmente incontrolable, Han y Chewbacca clavaron la mirada en sus instrumentos con los ojos llenos de consternación. Lo único que les salvó de acabar siendo incinerados por la atmósfera del planeta fue el hecho de que el sistema generador de interferencias era tan potente que se consumió a sí mismo.

Por fin llegó un día en el que Han pudo contemplar el Halcón con franca satisfacción y deslizar un brazo sobre los hombros de Shug Ninx.

—Eres el mecánico más genial de todo el universo, viejo amigo —dijo—. Creo que en toda la galaxia no hay nadie que tenga mejor mano para los hiperimpulsores. Mi pequeña ronronea igual que una gatita togoriana, y su promedio de velocidad ha aumentado en otro dos por ciento.

El mecánico dirigió una sonrisa a su amigo, pero meneó la cabeza.

—Gracias, Han, pero no puedo reclamar ese título. He oído decir que en el Sector Corporativo hay un tipo llamado «Doc» que es capaz de conseguir que un hiperimpulsor cante ópera con una mano atada detrás de la espalda. Si quieres que el Halcón vaya todavía más deprisa, tendrás que ir en su busca.

Han le escuchó con una cierta sorpresa, pero archivó la información dentro de su mente en el apartado de ‘potencialmente útil’. Siempre había deseado conocer el Sector Corporativo, y por fin tenía una razón para ir allí.

—Gracias, Shug —dijo—. Si alguna vez voy por ahí, tendré que pensar en ponerme en contacto con ese mecánico.

—Por lo que he oído contar sobre Doc, nadie se pone en contacto con él. Doc se pondrá en contacto contigo..., eso suponiendo que decida que es una buena idea hacerlo. Pídele información sobre él a Arly Bron. Ha pasado bastante tiempo en el Sector Corporativo, y tal vez sepa cómo puedes localizar a Doc.

—Gracias por la ayuda —dijo Han.

Conocía a Arly Bron, igual que le conocían la mayoría de los contrabandistas que frecuentaban el sector corelliano de Nar Shaddaa. Bron era un contrabandista robusto y ya bastante mayor de lengua muy afilada y expresión afable. Le encantaba burlarse de los idiotas, pero era lo suficientemente rápido a la hora de desenfundar para seguir entre los vivos, lo cual decía mucho en favor de su rapidez y puntería. Bron pilotaba un viejo carguero bastante maltrecho llamado Doble Eco.

Disponer del veloz y (relativamente) fiable Halcón Milenario hizo que Han pudiera enfrentarse a las misiones más complicadas. Seguía trabajando

principalmente para Jabba, quien básicamente se había hecho cargo de la dirección del clan Desilijic, pero también aceptaba trabajos para otros patronos. El corelliano y su copiloto wookiee casi se convirtieron en una leyenda en Nar Shaddaa a medida que iban rompiendo récords de velocidad en el trayecto de Kessel y trazaban círculos alrededor de los patrulleros imperiales.

Han nunca había sido más feliz. Tenía una nave muy rápida, amigos en las personas de Chewie, Jarik y Lando, una deliciosa y atractiva amiga en Salla, y créditos en el bolsillo. El dinero siempre se le acababa escurriendo de entre los dedos por mucho que intentara conservarlo, desde luego, pero eso no preocupaba excesivamente a Han. Después de todo, ¿qué había de malo en que le gustara vivir a lo grande, jugar y disfrutar de las cosas caras? ¡Siempre podía ganar más dinero!

Pero aunque la vida personal de Han iba espléndidamente, el horizonte estaba empezando a llenarse de oscuros nubarrones. El Emperador seguía reforzando su implacable presa, y últimamente su poder se estaba extendiendo incluso al Borde Exterior. Hubo una masacre en Mantooine, en el sector de Atrivis, y los rebeldes que habían conseguido capturar una base imperial fueron aniquilados prácticamente hasta el último defensor.

También hubo otras masacres dirigidas a servir de lección a los mundos imperiales interiores. Los contrabandistas de armamento habían tenido que volverse cada vez más veloces y cautelosos para poder entregar sus cargamentos. Cuando Han había empezado a hacerla travesía de Kessel, captar una sola nave imperial en los sensores era algo francamente inusual..., pero de repente lo inusual era no detectar ninguna. Para poder mantener en funcionamiento sus ejércitos y flotas, Palpatine exigía unos tributos tan elevados que hacían que los ciudadanos del Imperio gimieran bajo la aplastante carga financiera. El ciudadano corriente del Imperio empezaba a tener que hacer grandes esfuerzos meramente para poder poner un poco de comida decente encima de la mesa.

(Han y sus amigos no pagaban impuestos, naturalmente. Ningún recaudador de impuestos hacía acto de presencia en la Luna de los Contrabandistas, ya que el obtener impuestos de la abigarrada colección de habitantes de Nar Shaddaa era una tarea tan terriblemente difícil que la luna era sencillamente “pasada por alto” cada vez que llegaba el momento de exigir el pago de los impuestos.)

En el pasado, Han había prestado muy poca atención a los noticiarios que hablaban de los enfrentamientos producidos entre los imperiales y los grupos clandestinos rebeldes. Pero de repente el saber que Bria quizá estuviera involucrada en esas acciones hizo que el corelliano se encontrara escuchando los programas holográficos con toda su atención. Palpatine tiene que estar loco —se sorprendió pensando en más de una ocasión—. Esas tácticas tuyas están pidiendo una rebelión a gran escala... Matanzas, asesinatos, ciudadanos sacados por la fuerza de sus hogares

en plena noche que nunca vuelven a ser vistos... Si le haces la vida imposible a la gente durante el tiempo suficiente, estás pidiendo una revuelta.

La oposición dentro del Senado Imperial también estaba creciendo por momentos. Mon Mothma, una de las senadoras más prominentes, se había visto obligada a huir hacía no mucho tiempo después de que el Emperador ordenase su arresto acusada de traición. Mon Mothma era una miembro muy prestigiosa del Senado y el atrevimiento de Palpatine provocó varias manifestaciones en Chandrilla, su planeta natal..., manifestaciones que dieron como resultado otra matanza implacable de ciudadanos imperiales.

Los ataques contra la libertad personal y el bienestar financiero iniciados por el Emperador también tuvieron otro efecto, que Han encontró particularmente inquietante. Un número cada vez mayor de personas repentinamente pisoteadas y hundidas en la pobreza estaba abandonando sus antiguas existencias y ponía rumbo hacia Ylesia para convertirse en peregrinos..., o, como sabía muy bien Han, en esclavos.

Muchos de los nuevos peregrinos procedían de Sullusta, Bothuwui y Corellia, mundos que habían sufrido recientemente represalias como castigo a los disturbios civiles y las manifestaciones contra los nuevos impuestos. Un día Han volvió a casa después de haber entregado un cargamento de contrabando para descubrir que, por primera vez, los t'landa Tils habían celebrado una reunión religiosa en Nar Shaddaa. Como resultado, cieno número de corellianos del sector corelliano de Nar Shadda había hecho el equipaje y estaba esperando el momento de subir a una nave que partiría, entre otros lugares, hacia Ylesia.

Cuando se enteró de eso, Han cogió una cápsula para ir al punto de desembarco y fue corriendo hacia la hilera de corellianos de aspecto exhausto y ojos apáticos que estaban esperando para subir al transporte.

—¿Qué creéis estar haciendo? —gritó—. ¡Ylesia es una trampa! ¿Es que no habéis oído las historias que cuentan sobre ese sitio? ¡Os engañan para que vayáis allí, y luego os convierten en esclavos! ¡Acabaréis muriendo en la minas de Kessel! ¡No vayáis!

Una anciana le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—Cállate, jovencito —dijo después—. Vamos a un sitio mejor. Los sacerdotes ylesianos han prometido que cuidarán de nosotros, y que tendremos una vida mejor..., una vida bendita. Estoy harta de morir de hambre en este sitio. El maldito Imperio está haciendo que resulte demasiado difícil ganarse la vida deshonestamente.

Los demás murmuraron imprecaciones similares dirigidas contra él mientras Han recorría la cola e intentaba convencer a los candidatos a peregrinos de que le hicieran caso. Han acabó quedándose inmóvil, queriendo aullar de pura rabia igual que un wooltie. Chewie, por su parte, llegó a dejar escapar un alarido de frustración.

—Dejando aparte el ajustar mi desintegrados en la potencia aturdidora y disparar contra todos ellos, no hay forma de detenerlos —observó amargamente el corelliano.

—Hrrrrrrnnnnnn —asintió Chewie, visiblemente entristecido.

En un último y desesperado esfuerzo, Han intentó hablar con algunos de los más jóvenes, e incluso llegó al extremo de ofrecerle trabajo a un par de ellos. Ninguno quiso escucharle y Han, harto y asqueado, acabó dándose por vencido. Aquello ya le había ocurrido en una ocasión anteriormente, en Aefao, un mundo remoto situado en el extremo opuesto de la galaxia con relación a Nar Shaddaa. Los ylesianos acababan de organizar uno de sus actos, y Han había intentado advertir a aquellos que se dirigían hacia las naves, pero enseguida descubrió que no podía competir con los recuerdos de la Exultación que desorbitaban los ojos de los candidatos a peregrinos. Sólo unos pocos de los pequeños humanoides aefanos de piel anaranjada le escucharon, y más de un centenar acabaron subiendo a la nave de los misioneros ylesianos.

Han contempló cómo la hilera de corellianos iba avanzando lentamente hacia el transpone que la aguardaba y terminó meneando la cabeza.

—Algunas personas son demasiado imbéciles para seguir con vida, Chewie —dijo.

O están demasiado desesperadas para vivir, replicó el wookiee.

—Sí, quizá... Bien, esto ha vuelto a recordarme que exponer tu cuello es una buena forma de conseguir que te acaben cortando la cabeza —dijo Han con expresión de disgusto mientras daba la espalda a los corellianos condenados y empezaba a alejarse—. La próxima vez que se me ocurra volver a hacerlo, amigo, quiero que me administres una de esas cariñosas palmadas de wookiee tuyas y que lo hagas con la fuerza suficiente para dejarme sentado en el suelo. Cualquiera pensaría que después de todos estos años ya habría aprendido la lección...

Chewie le prometió que así lo haría, y los dos compañeros se alejaron.

A pesar del hecho de que sus manecitas estaban enormemente ocupadas dirigiendo el clan Besadii, Durga el Hutt se negaba a renunciar a su búsqueda del asesino de su padre. Seis miembros del personal de la casa habían muerto bajo los efectos de los rigurosísimos interrogatorios, pero a pesar de ello seguía sin haber absolutamente ninguna indicación de que alguno de ellos hubiese estado involucrado en el asesinato.

Si el personal doméstico era inocente, ¿cómo había sido envenenado Aruk? Durga mantuvo otra conversación con Myk Bidlo, quien esta vez le confirmó que se habían encontrado restos de X-1 en el sistema digestivo de Aruk. Su progenitor había ingerido la sustancia letal.

Durga cortó la comunicación y partió para una prolongada ondulación, decidido a vagar por los pasillos de su palacio mientras pensaba. Su expresión era tan sombría e

impresionante que su personal —ya altamente nervioso, lo cual era muy comprensible— huyó ante su aproximación tan deprisa como si Durga fuese un espíritu maléfico surgido de la Oscuridad Exterior.

El joven noble del clan Besadii se dedicó a repasar mentalmente los tres últimos meses de la vida de su padre, y fue examinando cada momento de cada día. Todo lo que Aruk había comido procedía de sus propias cocinas, donde había sido preparado por los cocineros..., incluidos los fallecidos. (Durga hizo una anotación mental para acordarse de que debía contratar dos nuevos cocineros...)

Durga había hecho examinar toda la cocina y las habitaciones de los sirvientes en busca de algún rastro de X-1. Nada. El único sitio en el que se habían encontrado vestigios de la sustancia fue el suelo del despacho de Aruk, no lejos del punto en el que aparcaba habitualmente su trineo repulsor, y además las cantidades detectadas habían sido casi imperceptibles.

Durga frunció el ceño, retorciendo sus rasgos manchados por la marca de nacimiento hasta convertirlos en una especie de máscara demoníaca. Algo estaba asestando agudos pinchazos a su cerebro. ¿Un recuerdo? ¡Sí, eso era! Pinchazos..., convulsiones..., retorcimientos...

«¡Retorciéndose..., retorciéndose! ¡Las ranas de los árboles nala!»

Y de repente el recuerdo estaba allí, nítido y preciso: Aruk, eructando mientras alargaba la mano hacia otra rana viva. Hasta aquel momento Durga jamás había llegado a tomar en consideración la posibilidad de que el veneno pudiera haber sido administrado mediante un ser vivo. Después de todo, parecía lógico pensar que la criatura moriría a causa del veneno mucho antes de que pudiera ser ingerida.

Pero ¿y si las ranas de los árboles nala eran inmunes a los efectos del X-1? ¿Y si sus tejidos se habían ido llenando de las crecientes cantidades de X-1 sin que éstas llegaran a afectarlas?

Aruk adoraba sus ranas de los árboles nala. Las comía cada día, y en ocasiones llegaba a comerse hasta una docena al día.

—¡Osman! —aulló Durga—. ¡Tráeme el sensor! ¡Llévalo directamente al despacho de Aruk!

El cheviniano apareció ante él durante unos segundos, aceptó la orden con una rápida inclinación de cabeza y desapareció al instante. Los sonidos de sus pies lanzados a la carrera se desvanecieron en la lejanía Durga empezó a ondular hacia el refugio particular de su padre, deslizándose sobre el suelo todo lo deprisa que era capaz.

Cuando llegó allí, sólo le llevaba unos segundos de ventaja al jadeante sirviente, quien ya estaba trayendo el aparato detector. Durga se lo quitó de las manos y después entró corriendo en el despacho. «¿Dónde está?», pensó, mirando desesperadamente a su alrededor.

«¡Sí, allí!», comprendió un instante después, y fue hacia el rincón. Ocupando aquella esquina de la habitación, y totalmente olvidado, se alzaba el antiguo acuario de aperitivos de Aruk. Su padre lo usaba para conservar viva la comida fresca, ¡y durante los últimos meses de su vida esos manjares especiales habían consistido básicamente en ranas de los árboles nata!

Durga introdujo la punta localizadora del sensor en el acuario de aperitivos y activó el instrumento. Unos instantes después ya tenía su respuesta. ¡Los depósitos minerales de las láminas de cristalita del globo contenían considerables cantidades de X-1!

El joven hutt dejó escapar un aullido de rabia que hizo temblar todo el mobiliario y después, perdiendo el control de sí mismo, destrozó el acuario de aperitivos con un devastador golpe de su cola mientras lanzaba su masa contra los muebles, aplastando y destruyendo cuanto se hallaba en su camino. Finalmente, jadeando y con la voz enronquecida, Durga se quedó inmóvil entre las ruinas del despacho de Durga.

«Teroenza... Teroenza envió las ranas.»

El primer impulso de Durga fue ir a Ylesia y aplastar personalmente al t'landa Til hasta dejarlo reducido a una masa de pulpa ensangrentada pero, pasados unos instantes de reflexión, comprendió que ensuciarse las manos y la cola con una criatura tan inferior sólo serviría para rebajar su dignidad. Además, no podía limitarse a eliminar al Gran Sacerdote. El líder del clan Besadii era incómodamente consciente de que si ponía fin a la existencia de Teroenza, los t'landa Tils de Ylesia muy bien podían negarse a continuar desempeñando su mascarada como sacerdotes en la Exultación. Teroenza era muy apreciado por aquellos que obedecían sus órdenes, y también era un excelente administrador que había proporcionado unos beneficios cada vez mayores a Besadii a través de las factorías de especia.

«Antes de poder actuar contra él necesitaré disponer de un sustituto bien adiestrado que pueda sustituirlo», pensó Durga.

Y además tampoco podía pasar por alto el hecho de que las evidencias contra el Gran Sacerdote eran puramente circunstanciales.

Durga había sometido a una estrecha vigilancia los gastos de Teroenza, y ninguna gran cantidad de créditos había salido de sus cuentas. El t'landa Til no podía haber comprado el veneno a menos que lo hiciese de una forma altamente clandestina..., y no disponía de las sumas de dinero necesarias para adquirir grandes cantidades de X-1.

«A menos que haya vendido su maldita colección de objetos de arte...», pensó Durga, pero sabía que eso no había ocurrido. También había mantenido una estrecha vigilancia sobre todos los listados de los cargamentos que entraban y salían de Ylesia y, de hecho, durante los últimos nueve meses Teroenza había estado incrementando



su colección.

El joven líder del clan Besadii decidió empezar a adiestrar a un nuevo t'landa Til aquella misma semana. Seguiría con sus investigaciones y cuando el nuevo Gran Sacerdote estuviera preparado, contrataría a un cazador de recompensas para que le trajese el cuerno de Teroenza. Durga ya podía imaginarse el cuerno, colocado en la pared de su despacho junto al retrato holográfico de Aruk.

Y Teroenza quizá no fuese el único que merecía morir en Ylesia. Alguien había tenido que capturar las ranas de los árboles nala, introducirlas en los recipientes de transporte y cargarlos en naves. Durga decidió investigar la situación desde todos los ángulos posibles antes de ofrecer su recompensa.

El verdadero asesino era el individuo que había adquirido el X-1 y organizado toda la operación. Jiliac era su principal sospechoso. La hutt disponía de los créditos necesarios, y también contaba con la motivación.

Durga ya había empezado a buscar las conexiones entre Jiliac y los envenenadores malkitas. A partir de aquel momento, también buscaría posibles conexiones entre la líder del clan Desilijic y Teroenza.

Seguramente encontraría algo, alguna clase de registro. Listados de cargamentos, depósitos de créditos, retiradas, anotaciones de compras... En algún lugar tenía que haber una evidencia que relacionase a Teroenza y Jiliac con la muerte de Aruk, y Durga daría con aquellas pruebas.

Sabía que la investigación exigiría tanto tiempo como créditos y que, por desgracia, esos créditos tendrían que salir de entre los de su propiedad personal. Durga no se atrevía a poner en peligro su precaria posición como líder del clan Besadii gastando inmensas cantidades del dinero del kajidic en lo que sin lugar a dudas sería considerado como una mera venganza personal.

Zier y sus otros detractores ya le estaban observando atentamente, listos para caer sobre él ante cualquier gasto no justificado.

No, Durga tendría que correr con ese gasto..., y el hacerlo supondría una dura prueba para sus recursos personales.

Durga pensó durante unos momentos en el Sol Negro. Una palabra al príncipe Xizor, y podría disponer de todos los impresionantes recursos del Sol Negro. Pero eso supondría abrir la puerta a la toma de control del clan Besadii —y, posiblemente, de todo Nal Hutta— por el Sol Negro.

Durga meneó la cabeza. No podía correr ese riesgo. No quería acabar convertido en uno de los vasallos de Xizor. Era un hutt libre e independiente, y ningún príncipe falleen iba a estar en situación de darle órdenes. Durga salió del despacho medio destrozado de Aruk y fue al suyo, sabiendo que tenía por delante una larga sesión de trabajo con su cuaderno de datos. No podía permitir que sus responsabilidades para con Besadii quedaran pospuestas, por lo que la mayor parte de su investigación

tendría que llevarse a cabo durante la noche, mientras la inmensa mayoría de los hutts estaban durmiendo.

Durga extendió la mano con expresión sombría hacia su cuaderno de datos y empezó a teclear una solicitud de información.

Estaba seguro de que por fin había descubierto la identidad de los asesinos de su padre. Conocía el cómo y el porqué. Ya sólo le faltaba obtener la prueba que le permitiría encararse con Jiliac y exigir satisfacción personal por una deuda de sangre.

Los diminutos dedos de Durga empezaron a deslizarse vertiginosamente por encima de su cuaderno de datos, y la punta verdosa de su lengua asomó por una comisura de sus labios mientras se concentraba...

Teroenza avanzó lentamente por el pasillo que llevaba al Centro Administrativo ylesiano para reunirse con Kibbick. El ‘gran señor hutt’ había solicitado su presencia hacía casi veinte minutos, pero Teroenza estaba muy ocupado por aquel entonces. En los viejos tiempos jamás se habría atrevido a hacer esperar a un hutt tan importante, pero las cosas —de manera lenta pero inexorable— estaban cambiando en Ylesia.

Él, Teroenza, estaba asumiendo el control de todo. En cuanto a Kibbick, sencillamente era demasiado estúpido para darse cuenta de ello.

A cada día que pasaba Teroenza estaba haciendo nuevos planes, atrayéndose a los guardias adicionales autorizados por Durga y fortificando el planeta. En vez de limitarse a contratar guardias gamorreanos, fuertes pero todavía más idiotas que Kibbick —¡lo cual ya era decir mucho!—, Teroenza estaba eligiendo cuidadosamente a mercenarios endurecidos en el combate. Salían más caros, pero compensarían sobradamente ese gasto en una batalla,

Y Teroenza sabía que iba a haber una batalla. Llegaría el día en que tendría que declarar abiertamente su ruptura con Nal Hutta. El clan Besadii jamás se quedaría cruzado de brazos ante semejante declaración de independencia, pero Teroenza planeaba estar preparado. ¡¡Dirigiría a sus tropas en la batalla, y la victoria sería suya!

El Gran Sacerdote ya estaba haciendo los arreglos necesarios para traer a las compañeras de los sacerdotes t'landa Tils a Ylesia. Tilenna, su compañera, sería una de las primeras en llegar. Kibbick era tan imbécil que probablemente ni siquiera se enteraría de su presencia hasta que hubiera transcurrido cierto tiempo. Las diferencias entre el macho y la hembra de la especie saltaban a la vista para los t'landa Tils, pero a los ojos de la inmensa mayoría de razas inteligentes, y salvo por el cuerno de los machos, los dos sexos resultaban virtualmente idénticos.

Teroenza también planeaba incrementar las defensas incluso si para conseguirlo tenía que llegar a vender una parte de su colección. Se había informado sobre lo que costaba un turboláser de plataforma terrestre y quedó horrorizado, pero quizá Jiliac le ayudaría a reunir los créditos que necesitaba. Después de todo, Teroenza era el único que podía implicarla en el asesinato de Aruk y, a la vista de eso, parecía lógico

suponer que la líder hutt querría que Teroenza le estuviese lo más agradecido posible.

Cuando Teroenza llegó a la sala de audiencias de Kibbick, titubeó durante unos instantes delante de la entrada, haciendo un esfuerzo consciente para adoptar un aire lo más servil posible. No quería que Kibbick se percatara de su desprecio..., o por lo menos todavía no.

Pero muy pronto...

«Ya falta poco —pensó Teroenza, consolándose a sí mismo—. Interpreta tu papel. Escucha sus balbuceos, di que sí a todo y síguele la corriente. Pronto dejarás de tener que hacerlo. Unos cuantos meses más y esta tontería habrá terminado para siempre...»

Una de las primeras cosas que hizo Han Solo después de haber conseguido el Halcón Milenario fue desafiar a su amiga Salla Zend a echar una carrera. Con el Bria, que era bastante más pequeño y mucho menos fiable, nunca habría tenido la más mínima esperanza de derrotar a la veloz Viajera del Borde de Salla, pero ahora...

Cada vez que el azar hacía que los dos tuvieran que entregar un cargamento en la zona de Kessel, Han y Salla se dedicaban a echar carreras por esa peligrosa región del espacio. Solían llevar especia y otros artículos de contrabando al sistema de Stenness, y la ruta de Kessel era el camino más rápido para llegar hasta allá.

La victoria tan pronto sonreía a Han como a Salla, porque las dos naves estaban casi igualadas. A ninguno de los dos contrabandistas le gustaba perder, y sus competiciones amistosas se fueron volviendo cada vez más encarnizadas. Empezaron a correr riesgos cada vez más peligrosos, especialmente Salla. Era una gran piloto y volaba en solitario, y se enorgullecía de su capacidad para exprimir hasta el último átomo de propulsión a los motores de su nave.

Una mañana Han y Salla salieron del apartamento de ella, se dieron un beso de despedida y prometieron volver a reunirse en Kamsul, uno de los siete mundos habitados del sistema de Stenness. Han miró a Salla y le sonrió.

—Quien pierda la carrera paga la cena, ¿de acuerdo?

Salla le devolvió la sonrisa.

—Voy a pedir el plato más caro que haya en la carta para darte una buena lección, Han.

Han se rió y la saludó con la mano, y después se separaron para ir a sus respectivas naves.

El trayecto hasta Kessel transcurrió sin incidentes dignos de mención. Han consiguió sacarle casi quince minutos de ventaja a Salla, pero uno de los androides de carga asignados a su nave empezó a tener problemas de funcionamiento, y eso hizo que el proceso de carga durase más de lo previsto. La Viajera del Borde descendió como una exhalación sobre la pista cuando Han todavía estaba cargando sus bodegas, y el corelliano a duras penas si consiguió despegar cinco minutos antes que ella.

Estaba volando con Chewie como copiloto y llevaba a Jarik en la torreta anillos

superior. Durante los últimos tiempos las patrullas imperiales se estaban mostrando cada vez más activas en la región de Kessel.

Han activó su intercomunicador un instante después de que entraran en el Pasillo.

—Mantén los ojos bien abiertos, chico —le dijo a Jarik—. No quiero que ninguna patrulla imperial nos pille por sorpresa.

—Muy bien, Han. Sigue vigilando esos sensores reforzados tuyos y yo los haré pedazos antes de que sepan qué les ha caído encima.

El primer obstáculo con el que tuvieron que enfrentarse en cuanto salieron de Kessel fue el de las Fauces, una traicionera región del espacio de forma más o menos esférica que contenía agujeros negros, unas cuantas estrellas de neutrones y varias estrellas dispersas de la secuencia principal. Vistas desde lejos, las Fauces creaban una masa redondeada de luminosidad muy parecida a una nebulosa en el cielo nocturno de Kessel. Pero a medida que una nave se aproximaba a ellas, la forma esférica se iba volviendo cada vez más clara. Las Fauces brillaban con la luz de los soles que contenían, y las franjas de gases ionizados y las estelas de polvo serpenteaban a través de ellas creando bandas de color. Los discos de acumulación de los agujeros negros parecían devolverle la mirada a Han desde las profundidades de las Fauces.

Los discos de acumulación semejaban blancos ojos acechantes suspendidos sobre las regiones más oscuras de las Fauces. Dependiendo del ángulo relativo con el Halcón, aquellos ojos quedaban rasgados, se entrecerraban o se abrían de par en par. En el centro de cada "ojo" había el aguijonazo de una «pupila» negra que indicaba la situación de cada uno de los agujeros negros que estaban absorbiendo las franjas de sustancia estelar.

«Casi parece la jungla en una noche ylesiana —pensó Han—. Noches negras repletas de ojos de depredadores que te observan....»

Recorrer el perímetro de las Fauces a velocidades sublumínicas normales era bastante arriesgado, y avanzar a toda potencia suponía buscar la catástrofe. Han echó una rápida mirada a sus sensores, y vio que Salla estaba cada vez más cerca de ellos. El corelliano incrementó la velocidad, exprimiendo sus propulsores hasta que se encontró yendo más deprisa de lo que había ido jamás en una travesía de aquella zona.

—Ahora ya no nos alcanzará —le dijo a Chewie—. Voy a mantener esta delantera hasta que hayamos llegado al Pozo, y entonces ya le llevaremos la ventaja suficiente para poder saltar al hiperespacio por lo menos veinte minutos antes que ella.

«El Pozo» era un peligroso campo de asteroides rodeado por los tenues gases rarificados del brazo de una nebulosa cercana. Juntos, las Fauces y el Pozo hacían que la travesía de Kessel fuera la ruta llena de peligros que era. Apenas oyó la fanfarronada de Han, Chewie dejó escapar un gemido lleno de infelicidad e hizo una

sugerencia.

—¿Qué quieres decir con eso de que debería permitir que Salla nos ganara? —preguntó Han con indignación mientras sus dedos enguantados revoloteaban sobre los controles en el mismo instante en que dejaban atrás el primer grupo de agujeros negros. Los gases y el polvo de las estrellas más cercanas estaban siendo atraídos hacia los discos de acumulación bajo la forma de largos surcos de colores rosados y blanquiazulados—. ¿Te has vuelto loco? ¡No pienso pagar la cena! ¡Voy a ganarme un bistec de nerf acompañado por una guarnición de cola de ladnek hervida, y me lo voy a ganar limpiamente!

Chewie dirigió una nerviosa mirada al indicador de velocidad del Halcón e hizo otra sugerencia.

—¿Me estás diciendo que si reduzco la velocidad vas a invitarnos a cenar? —Han lanzó una mirada llena de incredulidad a su copiloto—. Eh, amigo, me parece que el matrimonio te debe de estar ablandando...

Puedo hacer esto con los ojos cerrados, y el Halcón también. ¡Vamos a ganar esta carrera!

Apenas había acabado de hablar cuando sus instrumentos registraron una extraña firma sensora procedente de la nave de Salta, que seguía acelerando temerariamente. Han, los ojos desorbitados, se inclinó sobre su tablero.

—Oh, no... —murmuró—. ¿Estás loca, Salla? ¡No lo hagas!

Unos momentos después la esbelta silueta en forma de mynock de la nave de Salla se alargó de repente y abandonó el espacio real. Chewie aulló.

—¡Salla! —gritó Han, aun sabiendo que el hacerlo no serviría de nada—. ¡Condenada loca! ¡Tratar de dar un microsalto estando tan cerca de las Fauces es la forma más segura de tener problemas!

Chewie empezó a removearse nerviosamente mientras Han incrementaba todavía más la velocidad y echaba un vistazo a sus sensores para tratar de localizar a la Viajera del Borde.

—¿Dónde se ha metido? ¡Maldita chiflada! ¿Dónde diablos se ha metido esa mujer?

Transcurrieron diez minutos, y luego quince, mientras el Halcón seguía avanzando a toda velocidad sin apartarse del perímetro de las Fauces. Han llegó a pensar en tratar de dar un microsalto, pero no tenía forma alguna de descubrir qué curso había seguido Salla. Lo único de lo que podía estar seguro era de que nunca trataría de saltar directamente de un extremo de las Fauces al otro. Si lo hubiese hecho, los profundos pozos gravitatorios de los agujeros negros y las estrellas de neutrones no habrían tardado en sacarla del hiperespacio..., y probablemente la habrían arrastrado hacia el horizonte eventual de un agujero negro, llevándola al

punto más allá del cual no era posible regresar.

No, Salta tenía que haber saltado a lo largo del perímetro, quizá tratando de conseguir un vector directo hacia el Pozo.

Chewie gimoteó y señaló los sensores con un dedo peludo.

—!Es ella! —exclamó Han, estudiando las lecturas de la Viajera del Borde.

Enseguida vio que la nave de Salla seguía moviéndose, pero no se dirigía hacia el Pozo. Salla estaba...

—Oh, no... —susurró Han, sintiéndose invadido por una oleada de horror—. Algo tiene que haber ido mal, Chewie. No está yendo en la dirección correcta... —Volvió a inspeccionar sus instrumentos—. ¡Ha salido del hiperespacio dentro del campo magnético de esa estrella de neutrones que está justo delante de ella!

La *Viajera de! Borde* continuaba moviéndose, pero ya no seguía una trayectoria recta, sino que había iniciado una órbita elevada y se encontraba a menos de mil kilómetros de una estrella de neutrones. Los sensores de Han le mostraron chorros de plasma mortífero surgiendo de ambos lados del disco de acumulación aplanado que indicaba la situación de la estrella.

—El pozo gravitatorio o el campo magnético tienen que haber afectado al ordenador de navegación de la *Viajera de! Borde*, y ha salido del microsalto en el sitio equivocado —jadeó Han, sintiendo como si su pecho estuviera siendo aplastado por una gigantesca mano invisible—. Oh, Chewie... Vamos a perderla...

Dentro de unos minutos la *Viajera de! Borde* llegaría al apastrón, el punto más elevado y lento de su órbita alrededor de la estrella agonizante. Luego, pocos minutos después, la órbita de la Viajera del Borde volvería a llevarla hacia el mismo punto y la obligaría a atravesar la periferia del chorro de plasma. Los mortíferos niveles de radiación que había en esa zona freirían a Salla en cuestión de segundos.

Cien recuerdos de Salla desfilaron a toda velocidad por la mente de Han en el espacio de tiempo que su corazón necesitó para latir dos veces. Salla, sonriéndole por la mañana. Salla, llevando un vestido magnífico y disponiéndose a pasar una noche en los casinos con él. Salla, el rostro lleno de grasa, reparando un hiperimpulsor con tanta facilidad como la mayoría de personas prepararían el desayuno..., con la única peculiaridad de que Salla jamás había aprendido a cocinar.

—Debemos tratar de salvarla, Chewie —murmuró con voz enronquecida.

Chewbacca le contempló en silencio durante unos momentos, y después señaló los sensores con un dedo peludo y dejó escapar un gruñido.

—Ya lo sé, ya lo sé. Salla se encuentra espantosamente cerca de ese chorro de plasma —dijo Han—. Y si nos acercamos, correremos el riesgo de que nuestra nave acabe siguiendo el destino de la suya. Pero aun así... Tenemos que intentarlo, Chewie.

La determinación entrecerró los ojos azules del wookiee, y un instante después

Chewie expresó su acuerdo con un potente rugido. Salla era una amiga, y eso quería decir que no podían abandonarla.

Han abrió una frecuencia en el comunicador del Halcón al mismo tiempo que empezaba a ordenar frenéticamente a su ordenador de navegación que llevara a cabo ciertos cálculos.

—¿Salla? ¿Salla? Aquí Han. ¿Estás ahí, cariño? Vamos a intentar llegar hasta ti..., pero tendrás que hacer todo lo que te diga. ¿Salla? ¡Adelante, Salla! Cambio.

Han hizo dos intentos más mientras el ordenador de navegación empezaba a escupir posibles vectores de aproximación. El corelliano ya sabía que los campos magnéticos, gases ionizados y estelas de plasma interferirían las comunicaciones, pero aun así albergaba la esperanza de que los potentes sensores y transmisores del Halcón serían capaces de abrirse paso a través de las interferencias.

—Dile a Jarik que se ponga un traje de vacío y que esté preparado junto a la compuerta con la agarradera magnética y el torno, Chewie. Voy a pedirle a Salla que se eyecte de la Viajera del Borde, y después igualaremos su trayectoria y la recogeremos.

Chewie le lanzó una mirada llena de escepticismo.

—¡No me mires así! —replicó secamente Han—. ¡Ya sé que no va a resultar nada fácil! He conseguido que el ordenador de navegación empiece a trabajar en un vector de aproximación que nos mantendrá fuera del campo magnético del surtidor. ¡No te quedes ahí explicándome todas las cosas que pueden salir mal, y muévete de una vez!

Chewie se apresuró a salir de la cabina.

Han volvió a probar suerte con la unidad de comunicación. —Salla... Salla, aquí el Halcón. Adelante, Salla.

Se preguntó si la brusca vuelta al espacio real de Salla habría hecho que saliera despedida contra los controles. Salla podía estar derrumbada encima de ellos, inconsciente... o muerta.

—Eh, niña, contesta de una vez. Adelante, Salla...

Han siguió hablando por el comunicador mientras aceleraba hacia las coordenadas del apastrón. El campo magnético de la estrella de

neutrones era tan poderoso que debía de haber cortocircuitado todos los sistemas activos de la nave de Salta en cuanto ésta emergió del hiperespacio. Eso incluiría casi con toda certeza el único módulo salvavidas de la Viajera del Borde, ya que normalmente ese sistema era mantenido «en activación» a fin de que estuviera listo para la eyección de emergencia inmediata.

Salla seguía moviéndose, avanzando a la misma velocidad que cuando saltó al hiperespacio, pero con la diferencia de que ya no podía frenar o alterar su dirección. Lo más importante de todo era que la Viajera del Borde ya no disponía de la potencia

necesaria para escapar del pozo gravitatorio. Salla iría siendo atraída cada vez más y más cerca de él en una órbita crecientemente cerrada hasta que su nave se encontrara con el borde del disco de acumulación, y entonces... ¡Bum!

Pero cuando eso ocurriera, Salla ya llevaría cinco minutos muerta porque su nave habría atravesado aquel chorro de partículas de plasma.

«No si puedo evitarlo», pensó Han con creciente desesperación. —¿Salla? ¿Salla? ¿Puedes oírme? ¡Contesta, Salla!

Y finalmente escuchó un chisporroteo de estática seguido por una réplica casi inaudible.

—Han... Los motores no funcionan... Me he quedado sin energía... Las baterías están a punto de dejar de funcionar... No puedo... Estoy acabada, cariño... No te acerques...

Han dejó escapar un ruidoso juramento.

—¡No! —chilló por el comunicados—. ¡Escúchame y haz exactamente lo que te diga, Salla! ¡Tu nave está perdida, desde luego, pero tú no! Vas a tener que abandonarla Viajera del Borde, y sólo dispones de unos cuantos minutos para hacerlo. ¿Tenías activado tu módulo salvavidas cuando sufriste el primer impacto?

—Afirmativo, Han... El módulo está inutilizado... No hay forma de iniciar la eyección...

Eso era justo lo que había pensado Han. El módulo salvavidas no podía ser utilizado, y los sistemas electrónicos de la nave de Salla habían quedado totalmente destruidos.

El corelliano se humedeció los labios.

—¡Puedes eyectarte, Salla! ¡Vamos a ir a recogerte! ¡Ve corriendo a tu compuerta posterior y ponte un traje de vacío! Coge las dos mochilas propulsoras del traje, ¿me has oído? Cuando se te acabe la primera, activa la segunda. ¡Ponla a máxima potencia! ¡Voy a tratar de igualar tu trayectoria, pero quiero que te alejes todo lo posible de tu nave y de ese chorro de plasma!

—No dará resultado... ¿Saltar?

—¡Sí, maldita sea! ¡Tienes que saltar al espacio! —Han efectuó un ajuste en el curso—. Puedo estar allí en cuestión de ocho minutos. Quiero que te alejes de la Viajera del Borde lo más deprisa posible siguiendo estas coordenadas... —Echó un vistazo a su ordenador de navegación y recitó una serie de números—. ¿Los has recibido?

—Pero mi nave... —fue la débil réplica de Salla.

—¡Al diablo con tu nave! —gritó Han—. ¡La Viajera del Borde sólo es una nave, y siempre puedes conseguir otra! ¡Hazlo de una vez, Salla! ¡Esto ya va a resultar bastante difícil para que encima tenga que discutir contigo! ¡Dispones de tres minutos para meterte dentro de ese traje, así que empieza a moverte!



Han sintonizó su comunicador con la frecuencia del traje espacial de Jarik.

—Estás preparado con esa agarradera magnética y ese cabestrante, ¿chico?

—Afirmativo, Han —dijo Jarik—. Pero tendrás que advertirme de en qué momento puedo establecer contacto visual. Este casco apenas me deja ver.

—Te avisaré, chico —replicó Han con voz tensa—. Éstas son tus coordenadas para la agarradera —añadió, y las repitió—. El tiempo va a ser un factor de importancia decisiva, así que no pierdas ni un segundo. La más mínima deriva hará que rochemos la periferia del campo magnético, y si eso ocurre nos encontraremos metidos en el mismo lío que la nave de Salla. Básicamente, sólo tenemos una posibilidad de llegar allí y ponerla a salvo. ¿Me has entendido?

—Te he entendido, Han —confirmó Jarik, empleando el mismo tono lleno de tensión.

Mientras pilotaba el Halcón hacia las coordenadas de rescate, Han empezó a preocuparse y a temer que las mochilas de propulsión de Salla no dispusieran de la potencia necesaria para alejarla lo suficiente de su nave condenada a la destrucción. El corelliano no quería correr el riesgo de chocar con la Viajera del Borde. El Halcón era un carguero, y no había sido diseñado para aquella clase de maniobras complejas de alta precisión. Han era prácticamente capaz de conseguir que su nave hiciera el pino, cierto, pero recoger a un diminuto humano metido en un traje espacial al mismo tiempo que intentaba permanecer fuera del campo magnético generado por el chorro de partículas ya iba a resultar lo suficientemente arriesgado por sí solo para que complican todavía más la situación añadiéndole la posibilidad de que la nave de Salla chocara con ellos.

Han comprobó meticulosamente su curso, revisándolo una y otra vez. Tenía que conseguirlo al primer intento, y con la máxima precisión posible. Tenía que llegar hasta Salla antes de que entrase en la zona de influencia de aquel plasma mortífero. Han tuvo una breve y horrible visión de lo que supondría subir a bordo un cadáver calcinado por las radiaciones, y se obligó a concentrarse en el pilotaje. Aquella maniobra probablemente fuese la más complicada que había intentado jamás en toda su existencia de piloto.

Unos minutos después Han, sudando a chorros, empezó a introducir las correcciones de curso que los llevarían al punto de intersección. Redujo la velocidad de su nave..., y luego volvió a reducirla..., y después la redujo una vez más. No se atrevía a quedarse totalmente inmóvil, porque temía que eso acabara arrastrándolo hacia el campo magnético.

Han mantuvo los ojos clavados en los sensores. La Viajera del Borde ya estaba a sólo cincuenta kilómetros de distancia, e iba creciendo rápidamente en sus pantallas.

—Tengo contacto visual con la Viajera del Borde, Jarik. Mantente a la escucha.

—Te recibo, Han. Me mantendré a la escucha.

¿Habría conseguido Salla eyectarse a tiempo? Han intentó establecer comunicación con ella. No consiguió obtener respuesta, pero había bastantes probabilidades de que el comunicador de su traje no tuviera la potencia suficiente para captar su transmisión a través de todas aquellas interferencias.

El carguero condenado fue creciendo en sus pantallas y en su visor. Han redujo un poco más la velocidad, apenas atreviéndose a parpadear. «¿Dónde está Salla? ¿Habría tenido el valor de saltar?»

Han sabía que Salla no andaba escasa de coraje. Pero tener que saltar al espacio, con nada entre ti y un vacío altamente mortífero, era una proposición capaz de asustar a cualquiera. Han se mordió el labio, imaginándose a Salla alejándose de la compuerta de la Viajera del Borde con un empujón y activando el primer disparo de impulsión de su mochila propulsora. El corelliano ya había pasado bastantes horas metido dentro de un traje espacial, pero aun así estar suspendido en el vacío con nada entre su persona y la infinidad que se extendía en todas direcciones seguía sin gustarle nada..., y además nunca había tenido que tratar de atravesar kilómetros de espacio disponiendo de un traje espacial como única protección. Han no estaba muy seguro de si tenía el valor suficiente para llegar a hacer lo que le había pedido que hiciera a Salla.

Antes de convertirse en una contrabandista, Salla había pasado mucho tiempo trabajando como técnico a bordo de un transporte corporativo. Han esperaba que no hubiera perdido sus habilidades con el traje espacial.

Examinó el diagrama que mostraban sus tableros de navegación. Allí estaba la estrella de neutrones, con la órbita de descenso proyectada de la nave de Salla claramente indicada. El punto que indicaba la posición del Halcón se estaba aproximando rápidamente. Treinta kilómetros...

Y allí, indicado por un virulento estallido de verde, estaba el chorro mortífero del plasma, rodeado por el halo violeta del campo magnético.

Han tragó saliva. «Tan cerca.»

Ya sólo faltaban unos veinte kilómetros. Alzó la mirada, y pudo distinguir la esbelta silueta en forma de mynock de la Viajera del Borde a través del visor.

«¿Dónde está Salla? —se preguntó mientras volvía a echar un vistazo a los diagramas—. ¿Dónde demonios se ha metido...?»

—¡La tengo! —gritó de repente—. ¡Veo su contacto en la pantalla, Jarik! ¡Todavía no dispongo de una lectura visual, pero estate preparado!

Han introdujo unas cuantas pequeñas correcciones en el curso para igualarla trayectoria de Salla con la mayor exactitud posible. Salla estaba avanzando hacia él a una velocidad bastante elevada, moviéndose lo suficientemente deprisa para mantenerse en línea recta pero no lo bastante para correr el riesgo de perder el control y empezar a describir una loca serie de giros. Han tuvo que admirar su sorprendente

habilidad en el manejo del traje.

—Estoy listo, Han —dijo el joven, y después masculló algo ininteligible.

Han se preguntó si habría sido una plegaria, pero estaba demasiado ocupado para averiguarlo y se conformó con activar el intercomunicador de su nave.

—¿Estás preparado con ese equipo médico, Chewie? —  
¡Hrnnnnnnnnngggggghhhhhh!

Han alternó vigilar el contacto con las miradas hacia el visor, y de repente...

—¡La tengo! ¡Contacto visual! Dispara la agarradera magnética en cuanto te lo ordene, Jarik.

Han fue contando los segundos dentro de su cabeza. “Tres... Dos... Uno...aa”

—¡Activación!

Un segundo lleno de tensión...

—¡La tengo! ¡Voy a activar el cabrestante!

—¿Puedes oírla, Chewie?

Chewbacca respondió con un rugido. No, no podía oírla, pero informaría a Han en el momento en que pudiera hacerlo.

—Jarik! ¿Cómo está Salla? ¿Se encuentra bien, Jarik?

—¡Está moviendo la mano, Han! ¡Bueno, Han, ya está dentro! —añadió un momento después—. ¡Voy a cerrar la compuerta!

El rugido de Chewbacca surgió del intercomunicador pasados unos instantes.

—¡De acuerdo! —exclamó Han—. ¡Vamos a salir de aquí!

Alteró el curso e incrementó la velocidad, emergiendo rápidamente del pozo gravitatorio de la estrella de neutrones. Después echó un vistazo al diagrama y vio que la Viajera del Borde estaba atravesando el chorro de plasma y empezaba a acelerar en su órbita. «¡Por los pelos...!», pensó.

—¿Qué tal se encuentra Salla? —preguntó por el intercomunicador—. ¡Habladme, chicos!

Un instante después oyó la voz de Salla, enronquecida pero reconocible.

—Estoy bien, Han. Sólo tengo un corte en la cabeza. Chewie me lo está curando.

—Sube aquí y toma los controles, Jarik —ordenó Han—. Quiero ver a Salla. No te olvides de comprobar su exposición a las radiaciones, Chewie...

—¡Arrrrnnnnnnnnngggggghhhhhh! —respondió Chewie con un rugido lleno de exasperación.

—¡Estupendo!

—Salta va a subir, Han —dijo Jarik—. No te muevas de donde estás.

Un minuto después, los tres se reunieron con Han en la cabina. El corelliano se levantó del asiento de pilotaje, y Chewie y Jarik ocuparon los sillones del piloto y el copiloto. Salla, el ceño fruncido, tomó asiento en el sillón de pasaje. Había una venda

en su frente, medio cubierta por su abundante melena de cabellos negros. Han se inclinó solícitamente sobre ella

—Eh... Cariño...

Salla se echó hacia atrás para apartarse de él, y durante un segundo Han pensó que iba a golpearle. Los ojos de Salta ardieron con un destello de ira dirigido contra el universo en general. Han, captando la indirecta, se apresuró a dar un paso hacia atrás.

—Han... Ese contacto... —dijo Salta, señalando con un dedo—. ¿Es mi nave?

Han se volvió y contempló primero el diagrama y luego el visor. La Viajera del Borde seguía dentro del chorro de plasma, visible únicamente bajo la forma de un resplandor anaranjado.

—Sí —dijo por fin—. Está adquiriendo muchísima velocidad...

El silencio reinó en la cabina mientras los cuatro contemplaban cómo el puntito que era el orgullo y la alegría de Salta atravesaba las últimas corrientes de plasma, acelerando cada vez más y dirigiéndose hacia el disco de acumulación mientras la gravedad de la estrella de neutrones iba atrayendo al carguero hacia una órbita todavía más cerrada y cercana.

Unos minutos después, una diminuta flor de luz se expandió durante un segundo sobre el borde del disco de acumulación. Salla se puso en pie.

—Bueno, se acabó —dijo secamente—. Si tienen la bondad de excusarme, caballeros, necesito utilizar el cubículo sanitario.

Han se hizo a un lado mientras Salla iba hacia el interior del Halcón. Pensó en cómo se sentiría él si fuera su nave la que acababa de quedar destruida, y pudo entender sin ninguna dificultad la terrible intensidad de la ira que Salla a duras penas conseguía mantener bajo control.

Unos minutos después oyó golpes y gritos ahogados procedentes de la pequeña sala de la nave. Han lanzó una rápida mirada a sus amigos.

—Voy a ver qué ocurre.

Cuando entró en la sala, encontró a Salla de pie y con la espalda pegada al tablero de juegos holográficos golpeando ferozmente los mamparos del Halcón con los puños mientras profería un incesante torrente de maldiciones y juramentos.

—Salla... —dijo Han.

Salla giró sobre sus talones para encararse con él y le contempló. Sus ojos ambarinos echaban chispas.

—Por qué no me dejaste morir, Han?

Durante un segundo el corelliano pensó que le iba a dar un puñetazo, y se preparó para esquivarlo. Pero Salla consiguió controlarse, aunque al precio de un visible esfuerzo de voluntad.

—¿Por qué, Han?

—Ya sabes que no podía hacer eso, Salla —dijo Han, alzando las manos ante él en un gesto tranquilizador.

Salla empezó a ir y venir por la sala del Halcón, obviamente a punto de estallar.

—¡No puedo creer que fuera capaz de tratar de dar ese microsalto! ¡No puedo creer que mi nave haya desaparecido! ¿Cómo he podido llegar a ser tan estúpida?

—Ya hemos hecho carreras antes, Salla —dijo Han—. Esta vez tuviste... mala suerte.

Salla estrelló un puño contra un mamparo, volvió a maldecir y después se quedó inmóvil, acariciándose la mano maltratada.

—¡Esa nave era mi vida! —exclamó de repente—. ¡La Viajera del Borde era mi única forma de ganarme la vida! ¡Y ahora... ha desaparecido! —añadió, haciendo chasquear los dedos intactos.

—Lo sé dijo Han—. Lo sé.

—¿Qué voy a hacer ahora? No puedo ganarme la vida. ¡Tuve que hacer tantos esfuerzos para conseguir esa nave!

—Puedes viajar conmigo y con Chewie —dijo Han—. Siempre hay sitio para un par de manos extra. Eres un piloto magnífico, Salla. Encontrarás trabajo. Los buenos pilotos siempre están muy solicitados.

—¿Viajar contigo? —replicó Salla, frunciendo el ceño—. No necesito caridad ni de ti ni de nadie, Han.

—¡Eh! —exclamó Han, visiblemente ofendido—. No me dedico a hacer caridad, Salla. Ya me conoces, ¿verdad? Es sólo que... Bueno, yo... Eh, necesito la ayuda.

Salla le observó en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—¿Me...? ¿Me necesitas?

Han se encogió de hombros.

—Pues... Pues claro que sí. No podía salir adelante sin ti, cariño. No soy el tipo de persona que arriesga su vida, o su nave, por cualquiera. Ya lo sabes, ¿no?

—Es cierto —murmuró Salla, mirándole fijamente.

Han se preguntó qué estaría pasando por su mente, pero decidió que no era el momento más adecuado para preguntárselo. Fue cautelosamente hacia ella, preguntándose si Salla volvería a apartarle de un empujón, pero esta vez no lo hizo.

Han la rodeó con los brazos, atrayendo su esbelto cuerpo hacia él, y le besó la mejilla.

—Sé cómo te debes de estar sintiendo, Salla. Supongo que no habrás olvidado que yo también perdí una nave hace poco tiempo, ¿eh?

—Lo recuerdo —murmuró Salla—. Eh, Han... No me he acordado de darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida. ¿Por qué iba a ser si no?

Han soltó una risita.

—Tú también me has salvado el pellejo un par de veces cuando me había metido en situaciones apuradas, Salla. Te acuerdas de cuando los nessies intentaron gastarnos una jugarreta? Si no te hubieras dado cuenta de que esas tarjetas de datos eran falsas, habría perdido un montón de dinero.

Salla empezó a estremecerse violentamente, temblando de manera tan incontrolable que le castañetearon los dientes.

—No in-intentes ser b-bueno conmigo, H-Han —logró decir—. ¿Qué es-está ocurriendo?

Han le acarició los cabellos.

—Son los efectos secundarios de un exceso de adrenalina, Salla. Es algo que ocurre continuamente después de las batallas. Te entran los temblores y te sientes como un idiota, porque cuando te empieza a ocurrir eso ya no estás corriendo ningún peligro.

Salla consiguió asentir.

—Soy t-tan idiota...

—Pero eres una idiota viva —le recordó Han—. Ésa es la mejor variedad de idiota existente.

Salla replicó con una carcajada temblorosa.

## Capítulo 6

# Adiós a Nar Shaddaa

Durante la semana siguiente, Salla Zend estuvo muy tranquila y callada..., tanto que Flan empezó a preocuparse. Nunca la había visto de aquella manera. Salla incluso rechazó ofertas para acompañar a Han y Chewbacca en un par de travesías, a pesar de que Han no estaba bromeando cuando le dijo que necesitaba su ayuda. Jarik había encontrado recientemente una novia en la sección corelliana de Nar Shaddaa, y estaba pasando todo su tiempo disponible junto a ella. El chico también había empezado a trabajar con Shug, porque el maestro de la mecánica estaba mejorando los hiperimpulsores de muchas de las naves que el clan Desilijic empleaba para el contrabando. Era un gran trabajo, y Shug necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

Salla empezó a ir al granero espacial de Shug cada día, y también se puso a trabajar en los hiperimpulsores. Pero cuando Han volvía a casa después de haber entregado un cargamento, Salla estaba allí para darle la bienvenida, sonriendo, con un beso lleno de afecto. Su conducta hacia él había cambiado de alguna manera indefinible. Solía mirar a Han como si le estuviera evaluando, y eso hacía que el corelliano se sintiera bastante nervioso.

Lo más inquietante de todo era que Salla le había pedido que le enseñara a cocinar. Haber sido criado por Dewlanna había convertido a Han en un buen cocinero, aunque nunca se molestaba en preparar comidas únicamente para él. Pero, dado que Salta y él salían juntos casi cada noche, Han acabó adquiriendo la costumbre de preparar alguna clase de cena para los dos.

Y de repente Salta dijo que quería que le diera clases de cocina. Han no hubiese podido explicar por qué, pero empezó a tener un mal presentimiento al respecto. No hubiese podido decir qué le preocupaba —después de todo, querer aprender a cocinar no tenía nada de raro—, pero le preocupaba y mucho.

Han empezó con cosas sencillas —desayunos, estofados, sopas—, y después pasó a menús como bistecs de traladón con guarnición de tubérculos, raíces de imush trinchadas y salteadas con salsa caliente, y galletas wookie caramelizadas con miel de los bosques.

Salla prestaba una gran atención a las explicaciones de Han, y se enfrentó a los misterios de la cocina con toda la seriedad que en una ocasión había dedicado a desmontar y reconstruir una matriz motivadora que no funcionaba correctamente. De hecho, se estaba tomando las lecciones tan en serio que Han empezó a sentirse cada

vez más preocupado.

El corelliano llegó a pensar en encararse con ella y preguntarle qué estaba ocurriendo, pero no quería someterla a un interrogatorio. Salla acababa de perder su nave, y Han se dijo que eso era razón más que suficiente para que hubiera un cierto grado de excentricidad en su comportamiento.

Una noche en que Salla le había servido la primera cena totalmente preparada por ella, Han acabó de engullir los últimos bocados de cola de ladnek ligeramente quemada y de soufflé de raíces de los pantanos un tanto gomoso, y después le sonrió.

—Todo estaba buenísimo, Salla. ¡A este paso, pronto serás un auténtico genio de la cocina!

—¿De veras? —preguntó Salla, que parecía muy complacida. —Desde luego —mintió Han, aunque la verdad era que a Salla todavía le quedaba muchísimo camino por recorrer.

—Han... Hay algo que quiero decirte hace tiempo —murmuró Salla—. Es algo realmente importante.

—«Oh, oh... Allá vamos», pensó Han, sintiéndose invadido por un repentino temor.

—De qué se trata? —preguntó.

—Bueno, he estado haciendo algunos planes. No saldrá tan caro como pensaba en un principio, especialmente por lo referente a la sala de banquetes, y además tengo unos cuantos ahorros. Con lo que todavía te queda de lo que ganaste en esa gran partida de sabacc podremos pagarlo sin problemas. He hablado con un suministrador, y...

—De qué estás hablando, Salla? —la interrumpió Han, sintiéndose completamente confuso.

—De nuestra boda —dijo Salla—. He estado pensando en ello, en cómo dices que me necesitas..., y la verdad es que tienes razón, Han. Nos necesitamos el uno al otro. Ya va siendo hora de que demos el paso decisivo y tengamos una auténtica vida juntos. Como Roa y Lwyll... ¿Te acuerdas de lo maravillosa que fue su boda? Podemos tener algo igual de maravilloso. Creo que nos lo debemos, y todos nuestros amigos podrán venir.

Han la miró fijamente, sintiéndose demasiado aturdido para poder hablar. Su primer impulso fue preguntarle a gritos si se había vuelto loca, pero logró contenerse y contar hasta diez. Salla quizá necesitaba atención médica, ya que había sufrido un serio golpe en la cabeza. Han, cada vez más preocupado, acabó logrando hablar.

—Eh... Salla, creo que eso no figura en mis planes por el momento. Salla soltó una risita.

—Sabía que dirías eso, Han. ¡Ah, los hombres! Nunca quieren admitir qué es lo que sienten, ¿verdad? ¿No te acuerdas de que me dijiste que envidiabas a Roa y a



Chewie porque ellos tenían una verdadera familia?

Han se acordaba de haber dicho algo por el estilo, pero desde luego no había tenido intención de que sus palabras fuesen interpretadas de aquella forma. Meneó la cabeza.

—Salla, cariño, me parece que sería mejor que habláramos de esto. Supongo que no le habrás hablado a nadie de ello, ¿verdad? ¿O has llegado a hacer alguna clase de planes concretos?

—Bueno... Sólo he hablado de ello con algunas personas —dijo Salla—. Shug, Mako, Lando y Jarik, para ser exactos... Ah, y también he reservado la sala de banquetes.

«¡Mako!», gimió Han para sus adentros. Su viejo amigo de los tiempos de la Academia se lo pasaría en grande haciendo correr la noticia por toda Nar Shaddaa. «¿Por qué no me has advertido, Jarik?», se preguntó, y un instante después cayó en la cuenta de que el chico estaba tan loco por aquella monada a la que había estado viendo que probablemente ni siquiera se enteró de lo que le dijo Salla.

—Esto no es nada propio de ti, Salla —dijo por fin—. Nunca nos hemos hecho promesas, y nunca hemos llegado a establecer ninguna clase de compromiso. Quiero decir que algún día quizá... Pero...

Salla estaba volviendo a sonreírle con aquella sonrisa que hacía que Han se sintiera como un traladón de camino al matadero, una extraña sonrisa de sabelotodo que decía que en realidad no le estaba escuchando. Ardiendo en deseos de comunicarse sin llegar a hacerle daño con la verdad, Han se inclinó sobre la mesa y tomó la mano de Salla entre las suyas.

—Salla, cariño... Ni siquiera hemos llegado a pronunciar la palabra «amor». ¿Me estás diciendo que me amas lo suficiente para pasar el resto de tu vida junto a mí?

Los ojos color ámbar de Salla sufrieron un cambio de expresión casi imperceptible, y después asintió.

—Sé lo que quiero, Han. Quiero que tú y yo estemos juntos, y que dejemos de arriesgar nuestras vidas con el contrabando de especia.. Seremos como Roa y Lwyll, y nos iremos muy lejos de aquí para crear una nueva vida, una vida honrada. Puede que algún día tengamos niños...

—Pero ¿me amas? —preguntó Han, sosteniéndole la mirada.

—Claro —dijo Salla—. Por supuesto que sí, Han. Ya lo sabes.

«No, me parece que no lo sé», pensó Han, un tanto cínicamente. El leve cambio de expresión de los ojos de Salla no se le había pasado por alto. Sabía que Salla le apreciaba muchísimo y que le importaba lo que pudiera ser de él, y que incluso sentía pasión hacia él. Pero ¿amor?

—Y de todas maneras debes entender que es la decisión correcta, Han. Vamos a

ser realmente felices, y ésta será la mejor boda que haya habido jamás. Después celebraremos una gran fiesta.

A Han tampoco se le pasó por alto el hecho de que Salta no le había preguntado si la amaba. «No quiere conocerla respuesta a esa pregunta», comprendió.

Durante un momento estuvo a punto de decirle «No te quiero, Salla, y no quiero casarme contigo», pero por alguna razón inexplicable no consiguió llegar a pronunciar esas palabras. No quería romper con Salla, y decirle eso sería una forma inevitable de hacerlo.

Han, sin abrir la boca, decidió hablar del asunto con Chewie, y tal vez también con Lando, dado que Salla parecía decidida a guardar silencio al respecto. Uno de los dos quizá tuviera algunas ideas sobre cómo decirle «no» en lo referente al matrimonio sin que eso significara perderla.

Han no quería perder a Salla, pero tampoco estaba muy seguro de querer casarse..., y especialmente en aquellos momentos, cuando por fin había conseguido llegar a la cima de la jerarquía de los contrabandistas y disponía del Halcón. Tenía sitios a los que ir, negocios que hacer, cargamentos que transportar y montones de diversión de los que disfrutar., y el matrimonio echaría a perder toda esa diversión. En lo que concernía al corelliano, el casarse equivalía a una condena a trabajos forzados en un campamento imperial. De hecho, descubrir que acababa de ser sentenciado a las minas de especia de Kesel le habría parecido prácticamente igual de horrible que la perspectiva del matrimonio.

Al día siguiente Han acorraló a Chewie en su apartamento, y mientras Cécé rodaba de un lado a otro, recogiendo cosas y volviendo a dejarlas exactamente en el mismo sitio del que las había cogido, le contó toda la historia. Su amigo gruñó y gimió, y acabó meneando la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso de que la forma en que está actuando Salla te recuerda a Wynni? —preguntó Han—. Wynni es incapaz de mantener apartadas sus patas de ti, e intenta seducirte cada vez que nos tropezamos con ella. Salla no hace nada de eso. Ella sólo quiere casarse.

Chewbacca explicó y extendió su declaración anterior. Salla le recordaba a Wynni porque no estaba preguntando si Han quería vivir con ella, y se limitaba a dar por sentado que así era y, como consecuencia, hacía lo que ella quería. El matrimonio, observó el wookie, tenía que ser una relación en la que ambas partes se encontraran en un pie de igualdad. A veces una parte podía acceder a los deseos de la otra, pero nadie debía limitarse a dar por sentado que sabía qué era lo mejor para las dos y empezar a tomar decisiones en nombre de la pareja.

El entrecejo de Han se llenó de arrugas.

—Sí, comprendo lo que quieres decir —murmuró—. Salla no me lo está

pidiendo, y se limita a dar por sentado que nos vamos a casar. —Meneó la cabeza, sintiéndose lleno de pena—. Ahora está recorriendo las tiendas en busca de un vestido. Dice que quiere una boda tradicional corelliana porque yo soy corelliano, y eso significa que necesita un vestido verde.

Chewie meneó la cabeza y se embarcó en un largo discurso sobre las hembras de cualquier especie que consideraban a los machos como premios que conquistar. Advirtió a Han de que su hermana, Kallabow, había llegado a una decisión bastante similar cuando se propuso casarse con Mahraccor. Aun así, siguió explicándole a Han, Kallabow había sabido obrar de una manera bastante más inteligente que Sana. Su hermana se limitó a darle a Mahraccor muchas oportunidades para que comprendiera que estaba enamorado de ella, hasta que un día eso fue exactamente lo que le ocurrió a Mahraccor. Chewie añadió que los dos eran muy felices.

—Bueno, amigo, pues eso no va a ocurrirme a mí —dijo Han en un tono más bien cáustico—. ¿Sabes una cosa, Chewie? Estoy empezando a enfurecerme. A Salla no le importa en lo más mínimo lo que yo quiera y, de hecho, ni siquiera desea saber qué es lo que quiero exactamente. Ésa no es forma de conseguir que alguien se enamore de ti y quiera casarse contigo.

Chewie se mostró estrepitosamente de acuerdo con su amigo.

La noche siguiente, Han habló con Lando en un bar lleno de humo de uno de los grandes casinos de Nar Shaddaa. El jugador meneó la cabeza en cuanto Han sacó relucir el tema.

—Han, Han... Salla se lo ha tomado terriblemente en serio, ¿comprendes? Cuando me habló de ello, lo primero que hice fue echarme a reír —¡porque te conozco, amigo!—, y Salla estuvo a punto de atizarme un puñetazo.

—Ya sé que se lo ha tomado muy en serio —replicó Han con abatimiento—. Maldita sea, Lando, lo que pasa es que no quiero casarme con ella... ¡De hecho, no quiero casarme con nadie! ¡Quizá nunca quiera casarme! Me encanta la vida de soltero y me encanta poder hacer lo que quiero, cuando quiero y con quien quiero.

—Cálmate, amigo —le advirtió Lando.

Han se dio cuenta de que había subido el tono de voz hasta tal punto que otros clientes del bar le estaban mirando fijamente, y se apresuró a engullir un sorbo de su cerveza alderaaniana.

—Bien, ¿y has intentado explicarle cuáles son tus sentimientos? —preguntó Lando

—Sí. Un par de veces, de hecho..., y no consigo que me haga caso. «Esto no es una buena idea, Salla —le digo—, y además necesito un poco de tiempo para pensar en ello». Incluso he llegado a decirle que el matrimonio no es algo que me interese en estos momentos, pero no ha servido absolutamente de nada.

—¿Y qué dice ella cuando tú dices eso?

—Oh, no le da importancia. Se limita a soltarme cosas del estilo de «No te preocupes, Han. Eso les ocurre a todos los hombres. Ponerse nervioso antes de la boda es perfectamente normal».

Undo dejó escapar un suspiro tan prolongado que su bigote se estremeció.

—Mal asunto, amigo —dijo después—. Se diría que Salla está totalmente decidida a casarse contigo porque considera que ésa es la mejor manera de poner un poco de orden en su vida. Perdió su nave, pero ahora va a conseguir un esposo.

—Quiere que deje el contrabando y que me vaya de Nar Shaddaa. Dice que podemos ser como Roa y Lwyll, y que podríamos empezar una nueva vida y dedicarnos a hacer alguna otra cosa. Se acabó el contrabando, ¿entiendes?

Lando se estremeció.

—¿Un trabajo honrado? ¡Eso es horrible!

El jugador estaba bromeando, pero sólo en parte.

Han vació su jarra de cerveza y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué voy a hacer, Lando? No pienso casarme con ella, eso está muy claro. Pero tampoco soy capaz de decírselo de una forma lo suficientemente convincente para que haga que me escuche.

Lando frunció el ceño.

—Sí, parece bastante complicado. Aunque tengo la impresión, y lo digo por la forma en que está actuando Salla, de que sólo está pidiendo que alguien le proporcione una vida más tranquila. Aun así, Han...

Bien, el problema está en que no puedes esperar. Salla me dijo que ha decidido fijar la boda para la próxima semana.

Han se irguió de golpe.

—La semana próxima? Oh, no... ¡Eso es imposible, Lando! Lando asintió.

—Tienes que decírselo, Han.

—¡Pero es que no querrá escucharme!

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

Una nueva determinación endureció los rasgos de Han.

—Puedo irme, eso es lo que puedo hacer. Ya hace tiempo que tengo intención de pasar una temporada en el Sector Corporativo. Quiero localizar a un técnico en naves espaciales llamado Doc, y me parece que es el momento más adecuado para hacer ese viaje.

—El Sector Corporativo queda muy lejos.

—Sí. Y Salla no tiene una nave, lo cual significa que no podrá seguirme. Si me limito a irme, además, eso le transmitirá el mensaje de una forma mucho más clara que cualquier cosa que pueda decirle. Y pienso irme ahora mismo, Lando: mañana, de hecho...

—¿Tan pronto? —preguntó Lando, visiblemente sorprendido—. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—¿Y por qué voy a seguir retrasándolo? —replicó Han—. Mañana por la mañana iré a ver a Jabba y le diré que estaré fuera durante algún tiempo, y que no sé cuándo volveré. Además... Bueno, Salla me importa —añadió con un suspiro—. No quiero que gaste sus créditos en una boda que nunca va a tener lugar. Cuanto más pronto me vaya, más dinero se ahorrará.

—Se lo va a tomar francamente mal —dijo Lando.

—Lo sé —dijo Han, asintiendo lúgubrementemente—. Y me gustaría que las cosas no tuvieran que ser de esa manera. Salla debería haber sentido un poco más de respeto hacia mí y no haber sido tan tozuda. Si hubiese alguna otra forma de salir de este lío la utilizaría, pero no se me ocurre nada. Haga lo que haga o diga lo que diga, Salla acabará pasándolo bastante mal.

—Podrías darte por vencido y casarte con ella —dijo Lando, enarcando una ceja en un movimiento lleno de diversión.

Han meneó la cabeza.

—Antes preferiría darle un beso de tornillo a Jabba, Lando.

Lando sufrió tal ataque de risa que estuvo a punto de caerse del taburete.

—No estoy dispuesto a perder mi libertad —dijo Han, poniéndose muy serio—. Salla acabará superándolo. Sí, se enfadará. Sí, probablemente nunca volverá a dirigirme la palabra. Lo siento mucho, pero no lo lamento lo suficiente para quedarme aquí. Antes preferiría dar un microsalto a través de las Fauces.

Lando se encogió de hombros y le ofreció la mano.

—Voy a echarte de menos, amigo.

—Ven conmigo —sugirió Han, estrechándole la mano—. A Chewie y a mí no nos iría nada mal tener un poco de ayuda extra.

—¿Qué me dices de Jarik?

Han agitó la mano en el aire.

—Estoy casi seguro de que el chico no vendrá. Shug le está pagando más de lo que puedo permitirme pagarle, y además está tan loco por esa chica a la que acaba de conocer que apenas puede pensar con claridad. Nunca aceptaría hacer un viaje tan largo.

—Cierto —dijo Lando—. El primer amor. Encantador, ¿verdad? Han puso los ojos en blanco, y los dos amigos se echaron a reír.

—Bien... ¿Vas a venir? —insistió Han.

—No —dijo Lando—. He de dedicar unas cuantas horas al depósito de naves espaciales. Desde que Roa se fue he tenido a un montón de encargados distintos, y además no quedé nada satisfecho del último.

—Magnífico. —Han meneó la cabeza—. Bien, Lando, te echaré de menos...

Mantén los ojos bien abiertos, amigo.

—Lo mismo digo, Han.

Han pasó una última noche con Salla, pero ella se encontraba tan absorta en sus planes que ni siquiera se dio cuenta de lo sombríamente silencioso que estaba Han.

Antes de que volvieran a casa, Han la miró a los ojos.

—Ojala me hubieras pedido mi opinión antes de planificar todo esto, Salla —dijo—. No soy la clase de hombre que se casa.

Salla se rió.

—Todos los hombres piensan eso, Han..., hasta que se casan. ¿Te acuerdas de Roa? Siempre estaba diciendo que jamás se casaría y luego se casó, y no habías visto a nadie más feliz que él. Los hombres sencillamente son así.

—Este hombre no —dijo Han, pero Salla se limitó a reírse.

A la mañana siguiente Han fue a su apartamento e hizo que CÉCé recogiera su ropa (lo que no exigió mucho tiempo, ya que Han nunca había tenido muchas prendas) y las metiera en una vieja mochila. Después él y Chewie fueron a la pista de descenso del Halcón Milenario, que se encontraba en lo alto de uno de los edificios más elevados de Nar Shaddaa.

Jarik fue a despedirlos. Han no le había dicho a nadie que se iba salvo a Lando y al joven. Jarik le ofreció la mano, y Han se la estrechó.

—¡Acabo de darme cuenta de que me encantaría ir con vosotros! —dijo de repente el joven—. ¡Vuelve convertido en un hombre rico, Han! Cuida de él, Chewie, ¿de acuerdo?

Han deslizó un brazo sobre los hombros de Jarik y le sacudió afablemente. Chewie le revolvió los cabellos con una enérgica potencia wookiee que hizo chillar al muchacho.

—Cuídate, Jarik —dijo Han—. No permitas que CÉCé te haga la vida imposible. Y... sigue mi consejo, chico. Diviértete, pero acuérdate de una cosa: ¡si yo soy demasiado joven para casarme, no cabe duda de que tú eres espantosamente demasiado joven para hacerlo!

Jarik se echó a reír.

—No lo olvidaré, Han.

—Hasta pronto, chico. Y procura disfrutar de la vida, ¿de acuerdo?

Unos minutos después, con Nar Shaddaa detrás de ellos, Han activó su comunicador para enviar un mensaje holográfico. Introdujo rápidamente el nombre y los códigos de Salla, y luego dio instrucciones a la Central de Mensajes de que mantuviera «retenido» el mensaje durante dos horas. Cuando hubiera transcurrido ese tiempo, ya estaría lo suficientemente lejos.

En cuanto el sistema de mensajes indicó que estaba listo para iniciar la grabación,

Han se aclaró la garganta antes de empezar a hablar.

—Hola, Salla —dijo después—. Siento mucho que las cosas hayan tenido que ser de esta manera, pero cuando recibas este mensaje Chewie y yo ya nos habremos ido. Intenté hablar contigo, pero no querías escucharme. Han titubeó durante unos momentos, y después respiró hondo antes de seguir hablando.

—Eres una mujer maravillosa, Salla, pero no estoy preparado para casarme... con nadie. Intenta no tomártelo de una manera demasiado personal, ¿de acuerdo? Creo que necesitamos dejar de vernos durante algún tiempo. Algún día volveré y... Trata de no enfurecerte demasiado, Salla. Estoy haciendo lo que debo hacer. Cuídate mucho, y despídete de Shug y de Mako en mi nombre.

Chewbacca estaba soltando insistentes gruñidos.

—Oh, y Chewie también quiere despedirse —añadió Han—. Espero que todo te vaya lo mejor posible, Salla. Sé feliz.

Extendió la mano, pulsó el botón de transmisión y luego se hundió en su asiento.

—¡Uf! Esto ha sido peor que una docena de travesías de Kessel, amigo.

Chewbacca admitió que aquel tipo de cosas nunca resultaban demasiado fáciles.

Han asintió.

—Tienes toda la razón, amigo. Y hablando de matrimonios, creo que tú y Mallatobuck os merecéis disfrutar de una pequeña segunda luna de miel antes de que pongamos rumbo hacia el Sector Corporativo. Así pues, ya puedes empezar a trazar el curso hacia Kashyyyk.

Chewbacca miró a Han y sus ojos azules se iluminaron. Han le sonrió.

—Además, he conseguido echar mano a otro cargamento de esos dardos explosivos que tanto le gustaron a Katarra. He pensado que unas cuantas cajas de brandy thikkiiiano podrían proporcionarnos una buena suma de dinero en el Sector Corporativo. ¿Qué te parece mi idea de hacer una pequeña escala en Kashyyyk antes de dirigimos hacia el Sector Corporativo?

Chewbacca expresó su aprobación a la sugerencia de Han con un rugido tan potente que al corelliano le zumbaron los oídos.

Unos minutos después, el Halcón ya sólo era una estela rectangular que surcaba el hiperespacio en el primer tramo de su largo viaje.

# Capítulo 7

## Justicia Hutt y retribución rebelde

—A este ritmo, tía —dijo Jabba, con los ojos clavados en la pantalla de su cuaderno de datos—, Desilijic quebrará dentro de cuarenta y cuatro años.

Jabba y Jiliac se encontraban en el despacho de Jiliac, en su palacio de la isla de Nal Hutta. La líder del clan Desilijic estaba agitando tiras de reluciente seda askajiana delante de ella para que atrajeran la atención de su bebé y le sirvieran de meta. El bebé hutt no podía coger las tiras, naturalmente: todavía no tenía brazos, aunque sus protuberancias vestigiales se habían alargado un poco durante los tres últimos meses. Además, el pequeño ya era capaz de pasar dos o tres horas seguidas fuera de la bolsa de su madre..., para considerable irritación de Jabba. Los únicos momentos en los que podía disfrutar de toda la atención de Jiliac eran aquellos en los que su bebé estaba durmiendo dentro de su bolsa.

Las palabras de Jabba hicieron que la líder del clan dejara de jugar con su bebé para lanzar una mirada levemente sorprendida a su sobrino.

—¿De veras? —preguntó Jiliac, y su enorme frente se llenó de arrugas—. ¿Tan pronto? Jamás lo hubiese creído posible. Aun así... Estás hablando de cuarenta y cuatro años, Jabba, y supongo que deberíamos ser capaces de invertir esa tendencia antes de que transcurra mucho tiempo. ¿Qué informes estás examinando?

—Todos, tía. He dedicado una gran parte de la semana pasada a elaborar un retrato financiero completo de la situación del clan. ¿Adónde están yendo a parar los créditos entonces?

—Entre otras cosas, tengo aquí las facturas del granero espacial de Shug Ninx —dijo Jabba, pulsando una tecla del cuaderno de datos y haciendo aparecer el documento en la pantalla—. Modificar y mejorar todos los motores sublumínicos y los hiperimpulsores de nuestras naves nos ha costado cincuenta y cinco mil créditos.

—Esa cantidad parece un poco excesiva —dijo Jiliac—. ¿Era realmente necesario introducir esas mejoras en todas nuestras naves?

Jabba dejó escapar un suspiro tan ruidoso y tan lleno de exasperación que un pequeño diluvio de gotitas de saliva verdosa se esparció sobre el suelo delante de él.

—Shug Ninx es una rareza entre los ciudadanos de Nar Shaddaa, tía. El precio es perfectamente razonable. Y quizá no hayas olvidado que durante los últimos seis meses hemos perdido tres naves de contrabando por culpa de las patrullas imperiales, y otra por culpa de unos incursos particulares. Los motores sublumínicos de nuestras naves eran muy antiguos y poco eficientes, y como consecuencia no podían eludir a las naves del servicio de tarifas imperiales o a los piratas. ¡Y además sus hiperimpulsores eran tan lentos que estábamos recibiendo quejas de los clientes



porque sus entregas sufrían un retraso cada vez mayor! Eso quiere decir que sí, las modificaciones y mejoras eran totalmente necesarias para evitar perder más naves.

—Oh, sí, ahora me acuerdo —dijo Jiliac, en un tono más bien vago—. Bueno, sobrino, si es necesario entonces es necesario. Confío en tu capacidad de juicio.

«Mi capacidad de juicio me está diciendo que debería estar dirigiendo las cosas tanto de nombre como de hecho», pensó Jabba con creciente irritación.

—Por lo menos el trabajo se ha hecho —dijo en voz alta—. Con un poco de suerte, ahora nuestras naves podrán transportar más especia más deprisa, y así podremos empezar a recuperar una parte de nuestras inversiones. Si al menos Besadii mantuviera su palabra en lo concerniente a los nuevos precios para la especie procesada que acaban de anunciar... Éste es su tercer incremento en tres meses.

Jiliac empezó a reír, produciendo un sonido extrañamente retumbante que llenó de ecos el enorme despacho casi vacío. (Desde que tuvo a su bebé, la líder del clan Desilijic había despedido a muchos de sus antiguos sicofantes y aduladores por miedo a que uno de ellos intentara secuestrar al bebé y pedir un rescate a cambio de su devolución. Su opulenta sala del trono ya sólo contenía a sus esbirros de mayor confianza, con lo que la situación había cambiado enormemente desde los tiempos en que Jiliac era un hutt sin hijos. (Jabba, naturalmente, seguía fiel a sus gustos anteriores y continuaba rodeándose de vociferantes multitudes, música y bailarinas en sus palacios de Nal Hutta y Tatooine.)

Jiliac por fin dejó de reír.

—¡Por supuesto que Besadii no hará honor a su palabra, sobrino! —exclamó después—. Últimamente su estrategia ha consistido en reducir la cantidad de especia disponible en el mercado negro para así hacer subir los precios. Pura y simple economía aplicada, ¿verdad? Y además, también resulta altamente efectiva...

—Lo sé —admitió Jabba de mala gana—. Pero no pueden hacer lo que les dé la gana, tía. Si aumentan mucho más los precios, estarán compitiendo con el mercado de especia imperial..., y eso podría atraer sobre ellos la siempre peligrosa atención del Emperador.

Por decreto imperial, toda la especia —y particularmente la valiosísima variedad conocida con el nombre de brillestim— pertenecía al Imperio. Pero los precios de la especia vendida a través de los canales imperiales legales eran tan escandalosamente elevados que sólo los fabulosamente ricos podían permitirse adquirirla. Eso permitía la existencia de los contrabandistas y de sus operaciones particulares en Kessel y los otros mundos productores de especia.

—No nos quedaba más remedio que modernizar nuestras naves, tía —añadió Jabba—. Nuestros mercados ya nos amenazaban con iniciar tratos directos con el clan Besadii.

—Besadii no dispone de una flota de navíos de contrabando que pueda

compararse con la nuestra —observó Jiliac, y tenía razón.

—Por el momento no —dijo Jabba—. Pero mis fuentes indican que Durga ya ha comprado unas cuantas naves, y que está intentando adquirir otras. Ha anunciado su intención de crear una flota muy superior a la nuestra, y creo que tiene intención de hacerse con el control de todo el comercio de la especia. No podemos permitirlo, tía.

—Estoy de acuerdo contigo, sobrino —dijo Jiliac, agitando una cinta de seda de color aguamarina—. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Creo que debemos redoblar nuestros esfuerzos para conseguir más pilotos que transporten nuestra especia, tía —dijo Jabba—. Tiene que haber otros pilotos tan buenos como Solo que anden buscando un trabajo bien pagado.

—¿Han Solo se ha ido? —preguntó Jiliac, acariciando distraídamente la cabeza de su bebé.

Jabba puso en blanco sus bulbosos ojos, extendió la mano hacia un cuenco para coger una cría de anguila carnoviana e introdujo la convulsa criatura en su boca. El pequeño hutt volvió la cabeza hacia él y empezó a babear hilillos de una viscosa saliva verde amarronada. Jabba se apresuró a desviar la mirada y tragó ruidosamente.

—Han Solo ya lleva varios meses sin trabajar para nosotros, tía. Al parecer se ha ido al Sector Corporativo. Su pérdida está siendo agudamente percibida —explicó, señalando su cuaderno de datos con una mano—. Solo era el mejor. De hecho, incluso yo le echo de menos.

Jiliac se volvió hacia su sobrino y le observó con visible sorpresa.

—Estás hablando de un humano, Jabba..., y además de un macho de la especie. ¿Acaso han cambiado tus gustos? Creía que sentías cierta inclinación hacia esas bailarinas escasamente vestidas que tanto parecen gustarte. Me resulta difícil imaginarme a Solo ataviado con un atuendo de bailarina y haciendo piruetas delante de tu trono en compañía de ese espantoso y gigantesco wookiee peludo.

La imagen hizo que Jabba soltase una risotada.

—¡Oh, tía! No, el aprecio que siento hacia Solo proviene única y exclusivamente del hecho de que nos ayuda a ganar mucho dinero. Solo nunca permitiría que abordaran su nave y que le confiscaran el cargamento y la nave bajo una acusación de dedicarse al contrabando.

Para tratarse de un humano, no cabe duda de que Solo es muy inteligente y de que está lleno de recursos.

—El Imperio está haciendo sentir su presencia de una forma cada vez más clara en el Borde —dijo Jiliac—. Esa masacre en aquel mundo habitado por humanoides...

—Mantooine, en el sector de Atrivis —dijo Jabba—. Posteriormente ha habido otra, tía. Hace dos semanas los ciudadanos de Tyshapahl organizaron una manifestación pacífica contra la política impositiva del Imperio, y el Moff del sector

envió naves de la guarnición imperial más cercana. Las naves imperiales se colocaron encima de la multitud, flotando sobre sus haces repulsores mientras su comandante exigía a los manifestantes que se dispersaran. Cuando no lo hicieron, ordenó a sus naves que activaran sus motores. La mayor parte de la multitud quedó incinerada al instante.

Jiliac meneó su enorme cabeza.

—Creo que a las fuerzas de Palpatine no les iría nada mal recibir unas cuantas lecciones de sutileza de nuestra raza, sobrino. ¡Qué espantoso desperdicio de recursos! Haber caído sobre los manifestantes para llevarlos a todos a las naves y venderlos como esclavos hubiera sido infinitamente preferible. De esa forma, el Imperio hubiese podido librarse de los disidentes y haber obtenido un beneficio al mismo tiempo.

—Palpatine debería hacerte acudir al Centro Imperial para que le aconsejaras, tía —dijo Jabba.

Estaba hablando medio en broma, pero un instante después no pudo evitar pensar que conseguiría sacar mucho más provecho de su tiempo si no tuviera que perder tantas horas al día ocupándose de Jiliac. El pequeño hutt se retorció delante de él, y Jabba le fulminó con la mirada. La diminuta criatura sin cerebro se convulsionó delante de él y después respondió con un gorgoteo, un eructo y un escupitajo.

«¡Repugnante!», pensó Jabba, apresurándose a retroceder para alejarse todo lo posible del hediondo charco de líquido que se iba extendiendo ante él.

Jiliac hizo acudir a un androide de limpieza y le secó la boca al pequeño.

—Ni te atrevas a sugerirlo, Jabba— dijo después, empleando un tono levemente horrorizado—. Ya sabes cómo trata Palpatine a los no humanos, ¿verdad? ¡Su aversión hacia los no humanos es tan intensa que ni siquiera es capaz de reconocer a los hutts como una especie superior!

—Cierto —dijo Jabba—. Una clara muestra de ceguera por su parte, ¿no? Pero es el que manda, y no debemos olvidar esa desagradable realidad. Hasta el momento hemos podido comprar la protección necesaria para estar a salvo de una excesiva atención por parte del Imperio. Nos sale bastante cara, pero vale la pena.

—Tienes razón —dijo Jiliac—. La única razón por la que Palpatine no emprendió ninguna clase de acción contra nosotros después de la batalla de Nar Shaddaa fue que el Consejo votó doblar voluntariamente la cantidad de impuestos que pagamos al Imperio. Nal Hutta posee cincuenta veces las riquezas de la mayoría de planetas, y nuestra riqueza nos permite adquirir una cierta cantidad de protección. Por no mencionar los sobornos que pagamos al nuevo Moff, y a algunos de los senadores y oficiales de alto rango imperiales...

El androide de limpieza había terminado su trabajo y el suelo volvía a relucir. Los hutts mantenían escrupulosamente limpios sus suelos y, en el caso de que no tuvieran

alfombras, también se aseguraban de que estuvieran impecablemente pulimentados y lustrados. Eso hacía que resultara mucho más fácil deslizarse sobre ellos.

—Dicen que Mon Mothma, la senadora renegada, ha conseguido convencer a tres grandes grupos del movimiento de resistencia de que deben aliarse y que esos grupos han firmado un documento al que han puesto como nombre el Tratado Corelliano —dijo Jabba—. Es posible que se esté preparando una rebelión a gran escala. Y una cosa más, tía... —Jabba agitó su cuaderno de datos—. En una guerra, siempre hay alguna forma de obtener beneficios. Quizá podríamos recuperarnos de nuestras pérdidas.

—Esos rebeldes no tienen ni una sola posibilidad contra el poderío del Imperio —replicó burlonamente Jiliac—. Unirnos a su bando sería una estupidez por nuestra parte.

—No estaba sugiriendo que hagamos eso, tía —se apresuró a decir Jabba, escandalizado por la sugerencia—. Pero hay momentos en los que se pueden obtener grandes beneficios de ayudar a un bando contra otro. No estoy hablando de ninguna clase de alianza permanente, por supuesto.

—Creo que es mejor que nos mantengamos totalmente fuera de la política galáctica, Jabba, y no olvides mis palabras.

Jiliac había cogido en brazos a su bebé y lo estaba haciendo saltar cariñosamente ante ella. «Es una buena forma de conseguir que vuelva a vomitar», pensó cínicamente Jabba.

Y, naturalmente, eso fue justo lo que hizo el pequeño. Por fortuna, el androide de limpieza aún no se había ido.

—Tía... —dijo Jabba en un tono de voz más bien titubeante—. Dado que los tiempos se están volviendo tan... complicados, quizá deberías empezar a pensar en enviar al bebé a la sala de cuidados comunal cada día. Eso haría que te resultara más fácil concentrarte en nuestros negocios. El niño ya es perfectamente capaz de pasar largos períodos de tiempo fuera de tu bolsa, y además en la sala de cuidados disponen de madres sustitutas que pueden cobijarlo dentro de su bolsa.

Jiliac se irguió ante él, agitando la cola de un lado a otro y con el rostro lleno de escandalizada indignación.

—¡Sobrino! ¡Me sorprende enormemente que seas capaz de llegar a sugerirme que haga semejante cosa! Dentro de un año tal vez tome en consideración esa posibilidad, pero ahora mi pequeño me necesita continuamente.

—Sólo era una sugerencia —dijo Jabba, empleando el tono más conciliatorio de que era capaz—. Si queremos que las finanzas del clan vuelvan a los niveles anteriores a la altamente destructiva incursión que el Moff Shild lanzó contra Nar Shaddaa, entonces deberemos invertir una cantidad de esfuerzo y tiempo mucho mayor que la actual. Últimamente estoy trabajando un montón de horas al día.

—¡Jo, Jo! —retumbó Jiliac—. Y ayer mismo dedicaste la mitad de la tarde a contemplar cómo esa nueva esclava correteaba por toda tu sala del trono mientras tu nueva banda de gimoteadores rítmicos tocaba para ti.

—¿Cómo has....? —empezó a decir Jabba, sintiéndose muy ofendido, pero enseguida se sumió en el silencio.

¿Y qué más daba que hubiera dedicado unas cuantas horas a pasarlo bien? Se había levantado al amanecer para trabajar sobre los archivos financieros del clan con los androides-secretarios y los escribanos, y había estado clasificándolos y poniéndolos en orden para así poder preparar un informe completo sobre las implicaciones de los nuevos aumentos de precios decretados por el clan Besadii.

—Tengo mis pequeñas habilidades secretas, sobrino —dijo Jiliac—. Pero no te reprocho que dediques una parte de tu tiempo al ocio, por supuesto. El hutt que dedica todas sus horas al trabajo acaba volviéndose insoportable, ¿verdad? Pero, a su vez, espero que respetes mi necesidad de estar con mi bebé.

—Sí, tía. La respeto, de veras... —dijo Jabba, hirviendo de furia para sus adentros, y enseguida se apresuró a cambiar de tema—. Creo que el clan Besadii debería pagar de alguna manera esos incrementos en los costes de su especia. Quizá podamos predisponer a los otros clanes en su contra.

—¿Con vistas a qué propósito?

—Posiblemente una declaración de censura oficial y una multa. He oído suficientes quejas y protestas por parte de los otros clanes como para sugerir que ese incremento de los precios les está perjudicando casi tanto como a nosotros. Me parece que valdría la pena intentarlo, ¿no? Tía, ¿podrías solicitar que el Gran Consejo hutt convocan una reunión de los líderes de los kajidics?

Jiliac asintió, en un evidente deseo de mostrarse tan conciliadora como su sobrino.

—Muy bien, Jabba. Pediré que esa reunión sea convocada antes de finales de semana.

Jiliac hizo honor a su palabra, y tres días después Jabba, junto con los guardaespaldas personales del clan Desilijic, entró con una veloz ondulación en la gigantesca cámara del Gran Consejo hutt. Todos los representantes o líderes de los sindicatos del crimen hutt —o kajidics, como eran llamados—, tuvieron que pasar por múltiples sistemas de vigilancia y seguridad para que se les permitiera entrar, y sus guardaespaldas fueron sometidos al mismo y concienzudo examen. Nada que pudiera ser considerado como un arma podía entrar en la sala. Los hutts eran unos seres muy desconfiados.

Jabba ocupó su puesto en la zona asignada a los miembros del clan Desilijic, y advirtió a los otros representantes de que debían permitir que él se encargara de hablar en nombre del clan. Como primer lugarteniente de Jiliac tenía ese derecho, y

todos se apresuraron a acceder. Jabba vio que incluso Zorba, su padre, había enviado un representante. Jabba y Zorba no se hallaban en muy buenas relaciones, pero aun así resultaba reconfortante saber que Desilijic estaba bien representado, y que todas las familias del clan se habían tomado muy en serio la convocatoria.

Cuando los representantes de todos los kajidics estuvieron presentes, el secretario ejecutivo del Gran Consejo, un nominado reciente llamado Grejic, tomó la palabra para iniciar la reunión.

—Camaradas en el poder, congéneres en el beneficio: os he convocado aquí hoy para discutir ciertas preocupaciones suscitadas por el clan Desilijic. Pido a Jabba, representante de Desilijic, que hable.

Jabba reptó hacia adelante hasta colocarse enfrente del estrado de Grejic y alzó los brazos para pedir silencio. Cuando los otros hutts siguieron hablando en susurros, Jabba alzó la cola y la dejó caer sobre el suelo de piedra con un estrépito ensordecedor.

El silencio se adueñó de la sala.

—Congéneres míos, comparezco ante vosotros para exponer ciertas alegaciones muy serias sobre una conducta reprobable por parte del kajidic de Besada. Durante el último año, sus acciones se han ido volviendo cada vez más reprobables. Todo empezó con la batalla de Nar Shaddaa. Todos nosotros sufrimos debido a ese ataque..., excepto Besadii. Perdimos naves, pilotos, cargamentos, parte del escudo de la luna..., ¡por no mencionar la cantidad de operaciones comerciales que perdimos también! Y después estuvo el desenlace de esa batalla. La pérdida de una parte del escudo de Nar Shaddaa causó la destrucción de varios bloques de edificios, que fueron aplastados por los restos caídos del espacio. Los trabajos de limpieza y reconstrucción aún están en curso. ¿Y quién ha tenido que correr con los gastos? Cada clan perdió propiedades y créditos..., excepto Besadii. ¡Y sólo ellos, que no sufrieron ninguna pérdida a pesar de que eran los que estaban en mejores condiciones para permitírselas, no han pagado ni un crédito! Todos hemos sufrido y experimentado pérdidas..., ¡excepto Besadii!

Los otros hutts aprovecharon la pausa de Jabba para intercambiar una rápida serie de murmullos. Jabba volvió la mirada hacia la sección reservada al clan Besadii, y vio que Durga no se había dignado hacer acto de presencia. En vez de acudir personalmente, había enviado a Zier y a varios miembros de rango secundario del kajidic para que actuaran como representantes suyos.

—¿Y qué hizo Besadii mientras Nal Hutta era amenazado? ¡Vendieron esclavos al mismo imperio que estaba atacando su mundo natal! Todos los clanes cooperaron para pagar los créditos del exorbitante soborno entregado al almirante Greelanx..., el cual acabó siendo lo único que salvó nuestro mundo de un embargo devastador. Todos los clanes, naturalmente... ¡excepto Besadii!

Los otros hutts murmuraron un suave coro de afirmaciones. Jabba se sentía orgulloso de los resultados que estaba obteniendo con su discurso. Le parecía que estaba alcanzando una auténtica elocuencia y se dijo que ni siquiera Jiliac, a pesar de su gran fama como oradora, hubiese podido hacerlo mejor. De hecho, Jabba se alegraba de que Jiliac hubiese estado demasiado ocupada con su bebé para poder asistir a la reunión. Su tía no se hallaba tan versada en todo aquello como él, y últimamente las cosas no la afectaban de la forma en que solían hacerlo antes de que se convirtiera en madre.

—¿Y qué ha hecho Besadii durante los meses transcurridos desde esa batalla, congéneres míos? ¿Nos ha ayudado en la labor de reconstrucción? ¿Se ha ofrecido a recompensar a los otros clanes por su parte del soborno? ¿Ha enviado aunque sólo fuese una cuadrilla de esclavos para ayudar en la reconstrucción? —Jabba permitió que su voz se elevara hasta rozar el grito—. ¡No! Lo que han hecho, congéneres míos, es subir el precio de su especia hasta un punto que pone en peligro los beneficios de todos los kajidics..., y en el peor momento posible! Algunos quizá digan que esto es mera sabiduría comercial, mero anhelo de obtener beneficios..., pero yo digo que no. ¡Besadii está intentando hacerse con el control total! ¡Quieren expulsarnos a todos del negocio! ¡Besadii desea que en todo Nal Hutta no exista más clan... que el clan Besadii!

La voz de Jabba había ido subiendo de tono hasta convenirse en un trueno ensordecedor. Queriendo dar más énfasis a sus palabras, golpeó violentamente el suelo con la cola y los ecos resonaron por todo el cavernoso espacio de la cámara.

—¡Exijo que Besadii sea censurado! Exijo que el Gran Consejo celebre una votación para censurarles ahora mismo y que decrete una multa, para que su importe sea distribuido entre aquellos a los que han perjudicado injustamente. ¡Exijo esto en nombre de todos los hutts, estén donde estén!

Un auténtico pandemonio se adueñó de la sala. Las colas golpearon los suelos, y las voces se elevaron en estallidos de indignación. Algunos hutts se volvieron hacia el contingente del clan Besadii, dirigiéndole amenazadoras ondulaciones de la cola mientras le gritaban insultos y maldiciones.

Zier miró desesperadamente a su alrededor, y no vio ni rastro de buena disposición hacia él en toda la sala. Alzó los brazos y la voz, gritando a su vez, pero su voz fue ahogada por la furia combinada de los otros hutts.

Finalmente el furor empezó a disiparse. Grejic pidió silencio con unos cuantos golpes de su cola, y acabó obteniéndolo pasado un rato.

—Por costumbre Zier, como miembro de máximo rango del clan Besadii, tiene derecho a responder a su acusador. ¿Qué tienes que decir a todo esto, Zier?

Zier carraspeó para aclararse su enorme garganta y tragó saliva.

—¿Cómo podéis condenar a Besadii, congéneres míos? ¡Obtener beneficios es algo que debe ser elogiado, no denigrado! Jabba y Jiliac fueron quienes más pérdidas sufrieron en el ataque contra Nar Shaddaa, y ahora están intentando convenceros de que os pongáis de su parte contra Besadii. ¡La verdad es que Besadii no hizo nada reprochable! No hicimos nada que...

¡No hicisteis nada, desde luego! —gritó el líder del kajidic de Trinivii, interrumpiéndole—. Desilijic ofreció la estrategia que nos salvó. ¡Besadii se limitó a acumular beneficios a nuestras expensas!

Zier meneó la cabeza.

—Lo que hicimos fue...

—¡Somos hutts! —gritó otro líder—. ¡Explotar a otras especies es un motivo de orgullo para nosotros! ¡Nos enorgullecemos de obtener beneficios! Pero no pretendemos destruir a nuestros congéneres! Competir, sí... ¡Destruir, no!

Hubo un nuevo estallido de caos. Una cacofonía de golpes de cola, gritos, maldiciones, alaridos y diatribas llenas de furia hizo vibrar el aire.

Grejic tuvo que emplear su cola muchas veces para restaurar el orden.

—Creo que ha llegado el momento de celebrar una votación —anunció—. Que todos los representantes de los kajidics que estén a favor o en contra de censurar oficialmente al clan Besadii y de multarlo voten la moción ahora mismo con un sí o con un no.

El líder de cada kajidic presionó con un pulgar el tabulador de votos que había junto a él.

Unos momentos después, Grejic alzó una mano.

—El recuento de votos ha finalizado —dijo—. El resultado es cuarenta y siete contra uno a favor de la censura para Besadii.

Hubo un estallido de vítores.

—Zier de Bes...

—¡Un momento! —intervino una voz. Jabba la reconoció, y se volvió para ver cómo Jiliac atravesaba la sala en una rápida ondulación—. ¡Esperad! ¡No he votado!

—Jabba ha votado por vuestro kajidic, dama Jiliac. ¿A qué viene esta interrupción? ¿Deseáis que repitamos la votación?

Grejic había hablado en un tono lleno de respeto, pero no podía ocultarla impaciencia con que deseaba seguir ocupándose de los asuntos pendientes.

—¿Repetir la votación? —Jabba volvió la cabeza hacia su tía, y sus miradas se encontraron. Pasados unos momentos, Jiliac acabó meneando la cabeza—. Mi sobrino es mi representante aceptado, noble Grejic. Os ruego que tengáis la bondad de proseguir.

Jabba dejó escapar en una lenta exhalación el aliento que había estado conteniendo. Durante un momento había temido que Jiliac fuera a cuestionar su



decisión y su autoridad delante de todo el mundo. Muchos hutts le estaban lanzando miradas llenas de curiosidad, y sus expresiones dejaban muy claro que se preguntaban por qué había votado Jabba si Jiliac no estaba dispuesta a apoyar su postura sin ninguna clase de reservas.

Jiliac siguió avanzando hasta detenerse junto a su sobrino, pero Jabba se encontró deseando que se hubiera mantenido alejada de él.

Que su buen juicio fuese cuestionado delante de su propia gente resultaba altamente embarazoso, y no pudo evitar volver a pensar en lo que supondría poder dirigir el clan por sí solo, sin interferencias..., y, especialmente, sin interferencias estúpidas y tan poco meditadas.

—Zier de Besadii —dijo Grejic, continuando a partir del punto en el que se había interrumpido—, es voluntad de este Consejo que seas excusado de nuestras filas hasta que tu clan haya pagado un millón de créditos en concepto de daños y perjuicios, que serán divididos de manera igual entre los otros kajidics. Me permito sugeriros que en el futuro hagáis todo lo posible para no tratar a vuestra gente como tenéis todo el derecho a tratar a otras especies..., y que no nos consideréis meros incautos a los que explotar.

El secretario ejecutivo hizo una seña a los guardias y su oficial, que estaban de pie en la entrada.

—Jefe de los guardias, escolte a la delegación del clan Besadii mientras abandona esta sala.

Mientras Zier y los otros representantes del clan Besadii empezaban a ondular hacia la entrada, Jabba vio que todos estaban tratando de aparentar desprecio y confianza en sí mismos y que estaban fracasando lamentablemente en dicho empeño. El suave murmullo de los otros hutts se fue intensificando hasta convertirse en un tumulto de carcajadas, gritos enronquecidos e insultos, burlas y amenazas.

Jabba sonrió para sus adentros. «Una tarde francamente productiva —pensó con satisfacción—. Sí, creo que puedo darme por satisfecho».

Bria Tharen avanzó con paso rápido y decidido por el pasillo de la nave que mandaba, el crucero ligero Retribución. Iba a pasar revista a sus tropas antes de la incursión contra el navío esclavista Grillete del

Helot que habían planeado llevar a cabo. Bria se sentía excitada y llena de impaciencia, pero sus rasgos permanecían impasibles y sus ojos azul verdosos estaban tan fríos como las profundidades de un glaciar.

Repasó mentalmente su plan de batalla, analizándolo en busca de puntos débiles y asegurándose de que había cubierto todas las contingencias posibles mediante una opción de reserva. La operación estaba tan bien calculada que lo lógico era esperar que todo transcurriese sin contratiempos, pero después de todo el Grillete del Helot

era una corbeta corelliana poderosamente armada, lo cual la convertía en una nave formidable por derecho propio.

El *Retribución* era casi tan grande como su enemigo, por lo que deberían estar relativamente igualados. El navío de Bria era una corbeta de la clase *Merodeador* de los Sistemas Republicanos Sienar, esbelto y elegantemente diseñado y capaz de combatir tanto en el espacio como dentro de una atmósfera. Los *Merodeadores* figuraban entre las naves más comunes de las flotas del Sector Corporativo, y la resistencia corelliana había comprado aquel *Merodeador* de segunda mano a la Autoridad, y lo había confiado a Bria para que lo convirtiese en su navío insignia.

La comandante corelliana disponía de un operativo en la estación espacial que orbitaba Ylesia. El operativo había informado a Bria de que los sacerdotes ylesianos planeaban enviar a casi doscientos esclavos malnutridos y adictos a la Exultación a las minas de Kessel.

Durante un momento Bria deseó poder ceder a sus deseos y acompañar a su gente en la primera oleada de abordaje. Las tropas que se hallaban a bordo de aquellas tres lanzaderas verían la máxima cantidad de combate, y también serían las que pudieran matar más enemigos..., y Bria tenía una cuenta pendiente con aquel navío esclavista en particular. Casi diez años antes, el *Grillete del Helote* había estado a punto de capturar a Bria, Han y sus dos amigos togorianos, *Muuurgh* y *Mrrov*, cuando los cuatro estaban huyendo de Ylesia.

Bria suspiró, pero sabía que durante la primera oleada su lugar estaba a bordo de su nave, coordinando el ataque e identificando las bolsas de resistencia más encarnizada para así poder distribuir mejor a sus tropas con vistas a la segunda oleada.

Aquella era la quinta misión que el *Retribución* llevaba a cabo para la resistencia corelliana, y Bria se alegraba de volver a la acción. Durante sus ocho años con el movimiento clandestino corelliano, había hecho todo aquello que se le asignaba, y lo había hecho bien. Pero los proyectos de espionaje clandestino le resultaban odiosos..., y el trabajo de ‘enlace’ tampoco le había gustado demasiado. Bria se alegraba de poder dejar atrás todo aquello y volver a la verdadera lucha.

Era *Mon Mothma* quien había hecho posible que Bria volviese a la auténtica acción. La senadora imperial renegada poseía tanto la influencia como la elocuencia necesarias para convencer a los distintos grupos del movimiento de resistencia de la necesidad de establecer una *Alianza Rebelde*. En esos aspectos la senadora era más eficaz de lo que jamás lo había sido Bria, y dedicaba todo su tiempo a viajar de un mundo a otro para reunirse con los líderes de los movimientos clandestinos. Hacía tan sólo un mes, Bria y el resto de la resistencia corelliana habían celebrado la firma del *Tratado Corelliano*.

Públicamente, el mérito de la consecución del *Tratado* había sido atribuido a *Mon*

Mothma, y no cabía duda de que había ayudado a que llegara a existir. Pero Bria había oído rumores de que el senador Garm Bel Iblis de Corellia había sido uno de los principales arquitectos del Tratado. Además de Corellia, los otros signatarios del Tratado eran Alderaan y Chandrila, el planeta natal de Mon Mothma.

Viajando de un sistema a otro y de un mundo a otro, Mon Mothma estableció contacto con los distintos grupos del movimiento de resistencia allí donde ya existían y creó nuevos grupos allí donde no había ninguno. La fama de la antigua senadora fue tanto una ayuda como un obstáculo: por una parte le proporcionaba acceso a nobles importantes y líderes de la industria, pero por otra parte, y especialmente al principio, algunos grupos habían expresado el temor de que Mon Mothma pudiera ser una emisaria imperial enviada por Palpatine para comprobar su lealtad.

La senadora renegada se había enfrentado en muchas ocasiones a la muerte, haciendo frente a amenazas procedentes tanto de tropas imperiales como de líderes de la resistencia que sospechaban de ella. Bria había conocido a Mon Mothma y había hablado con ella poco después de que la senadora hubiese tenido que huir de la acusación de traición presentada por Palpatine. Había quedado impresionada —casi conmovida— por su tranquila dignidad, su firme decisión y su inteligencia.

Bria había pasado por uno de los momentos culminantes de su vida cuando Mon Mothma le estrechó la mano y le dijo que ella, Bria Tharen, había sido una de las personas que habían jugado un papel decisivo a la hora de convencer a Bail Organa de que debía cambiar sus creencias sobre el pacifismo de Alderaan. El virrey se había comprometido firmemente con la idea de una revolución armada contra el Imperio. Pero se estaba enfrentando a una considerable resistencia por parte de su gobierno y, hasta el momento, los esfuerzos dirigidos a armarse llevados a cabo por Alderaan eran pequeños y extremadamente clandestinos.

El Tratado Corelliano inauguró formalmente la existencia de la Alianza Rebelde que Bria y los otros corellianos habían estado tratando de crear. Los distintos grupos rebeldes conservarían una gran parte de su autonomía pero, por lo menos en teoría, el mando estratégico de la Alianza había pasado a manos de Mon Mothma. Hasta el momento, la nueva Alianza Rebelde no había sido puesta a prueba en la batalla. Bria albergaba la esperanza de que eso no tardaría en cambiar.

Bria dobló una esquina en el pasillo del Retribución y se encontró con su oficial médico. Dayno Hix se encargaría de atender a los esclavos en cuanto éstos hubieran sido rescatados. Hix era un hombre bajito y barbudo dotado de los ojos azules más luminosos que Bria hubiera visto jamás, y poseía una tímida sonrisa que la mayoría de la gente encontraba totalmente irresistible. Hix había estudiado en una de las mejores universidades de Alderaan, donde cursó medicina y psicología y acabó especializándose en el tratamiento de las adicciones. Desde que se unió a la resistencia corelliana hacía seis meses, había aplicado sus formidables capacidades al

problema de los peregrinos ylesianos.

Bria estaba convencida de que había muchos idealistas frustrados que encontrar entre las filas malnutridas y agotadas por el pesado trabajo de los peregrinos ylesianos. Desde su primera incursión en Ylesia, hacía ya casi dos años, dieciséis de los esclavos que rescató se habían convenido en combatientes u operativos de primera categoría de la resistencia corelliana. Otros diez habían recibido medallas por su valor... de manera póstuma.

Bria había tratado de hacer entender a sus superiores de Corellia que Ylesia, con sus millares de esclavos, era una mina de oro potencial de reclutas rebeldes..., siempre que consiguieran encontrar una forma de vencer los efectos adictivos de la Exultación. Ella misma había conseguido vencer a la Exultación y convertirse en una valiosa adición a la resistencia corelliana, evidentemente, pero había necesitado casi tres años de esfuerzos incesantes para poder curarse a sí misma. Bria lo había probado absolutamente todo, desde la meditación hasta las drogas, y sólo consiguió encontrar la fortaleza que necesitaba cuando decidió dedicar su vida a la erradicación de la esclavitud y del Imperio que la consentía y fomentaba.

Pero no disponían de tres años que dedicar a la curación de los peregrinos. Tenían que encontrar una cura que diera resultado en semanas o meses, en vez de en años.

Y ahí era donde entraba Daino Hyx. Hyx creía que analizar concienzudamente los efectos físicos, mentales y emocionales de la Exultación (incluso había llegado a viajar hasta Nal Hutta para poder estudiar a unos cuantos machos de la especie t'landa Til y averiguar cómo producían el efecto) le permitiría encontrar una cura. La cura de Hyx dependía de una mezcla de tratamientos emocionales, mentales y físicos, que abarcaban desde las drogas antiadicción hasta la terapia interactiva y de grupo.

Hoy, si todo iba bien, Hyx tendría ocasión de empezar a poner a prueba su nuevo tratamiento.

El oficial médico alzó la mirada hacia Bria.

—¿Nerviosa, comandante?

Bria sonrió.

—Se me nota?

—No. Estoy seguro de que la mayoría de personas no notarían absolutamente nada, pero digamos que yo soy un caso especial. Tuve ocasión de llegar a conocerla bastante bien cuando empezamos a trabajar en la nueva terapia. Y recuerde que mi trabajo consiste precisamente en evaluar los estados mentales y emocionales de los humanoides...

—Cieno —admitió Bria—. Sí, la verdad es que estoy un poco nerviosa. Esto es distinto a capturar una patrullera del servicio de aduanas o atacar alguna solitaria avanzadilla imperial. Esta vez vamos a enfrentarnos a las personas que eran mis propietarias tanto en cuerpo como en espíritu. Siempre he temido que el verme

expuesta nuevamente a la adicción de los peregrinos provocaría un resurgimiento de mi antigua adicción.

Hyx asintió.

—Esta incursión es algo más que un mero objetivo militar para usted, ya que tiene en juego una cuestión emocional particular. Resulta perfectamente comprensible que sienta una cierta ansiedad.

Bria le lanzó una rápida mirada.

—Eso no me impedirá hacer mi trabajo, Hyx.

—Lo sé —dijo el oficial médico—. He oído decir que el Escuadrón de la Mano Roja es muy eficiente. A juzgar por lo que he observado de su gente, la seguirían hasta un agujero negro y saldrían por el otro lado.

Bria dejó escapar una suave carcajada.

—No estoy tan segura de ello. Si estuviera lo suficientemente loca para acercarme a un agujero negro, confío en que ellos serían lo suficientemente cuerdos para quedarse en su sitio. Pero sé que mis tropas me seguirían al interior del mismísimo Palacio Imperial de Palpatine.

—No durarían mucho tiempo —observó secamente Hyx. Bria sonrió, pero el calor de la sonrisa no se extendió a sus ojos. —Pero al menos tendríamos ocasión de divertirnos durante un

rato. Daría mi vida por poder tratar de acabar con Palpatine. —¿Cuánto falta para el lanzamiento de la primera oleada? Bria echó un vistazo al diminuto cronoanillo que llevaba.

—Estamos esperando la señal de mi operativo en la estación espacial, y luego llegaremos a la posición fijada mediante un microsalto. El nos dirá en qué momento despega la nave de la estación espacial ylesiana. Queremos caer sobre los traficantes de esclavos antes de que puedan abandonar el sistema.

—Sí, es lo más lógico.

Bria giró hacia la derecha y entró en el turboascensor.

—Voy a echar el último vistazo a los soldados que irán en las lanzaderas de abordaje. ¿Quiere acompañarme?

—Desde luego.

El ascensor los llevó al hangar de lanzaderas. Cuando salieron de la cabina, se encontraron con que la zona de lanzamiento era un frenesí controlado de dotaciones que llevaban a cabo inspecciones de último minuto de las naves, el equipo y el armamento. Nada más ver a Bria, uno de los soldados se llevó dos dedos a la boca y dejó escapar un penetrante silbido.

—¡La comandante está en la cubierta!

Bria fue hacia Jace Paol, su lugarteniente, que estaba supervisando los últimos preparativos para la batalla.

—Reúna a las tropas, por favor.

Una rápida orden después, los pelotones de abordaje ya estaban compareciendo ante ella. Habría un pelotón por lanzadera, con aproximadamente diez soldados por cada uno. El ataque empezaría con dos oleadas de tres lanzaderas cada una, la primera y la segunda. La primera oleada sería la responsable de abordar el navío enemigo y neutralizar la resistencia de los traficantes de esclavos. La segunda oleada reforzaría a la primera, y colaboraría en la limpieza final.

Bria fue avanzando lentamente a lo largo de las hileras de soldados, inspeccionándolos y comprobando sus uniformes, armas y expresiones. En un momento dado se detuvo delante de un joven soldado cuyos ojos relucían con algo más que el brillo de la impaciencia por entrar en acción. Bria estudió sus mejillas ruborizadas y su nariz enrojecida, y acabó frunciendo el ceño.

—Cabo Burrid...

El cabo se puso firmes.

—¡Sí, comandante!

Bria estiró la mano, le rozó la mejilla y después le tocó la frente. —Olvídelo, Burrid. Tiene por lo menos un grado de fiebre. Sk'kot Burrid se apresuró a saludar.

—Con todo el respeto, comandante, debo decirle que me encuentro perfectamente.

—Oh, claro —dijo Bria—. Y yo soy la concubina wookie de Palpatine. ¿Hyx?

El oficial médico sacó un sensor de uno de los compartimientos de su cinturón y lo aplicó al rostro del joven.

—Dos grados de fiebre, comandante. El recuento de células blancas indica una infección, posiblemente contagiosa.

—Preséntese al androide médico, cabo —ordenó Bria.

El joven, visiblemente abatido, abrió la boca para protestar, pero enseguida se lo pensó mejor y obedeció. Sin decir palabra, su sustituto de las reservas avanzó para ocupar el lugar que acababa de dejar vacío en la fila.

Cuando Bria hubo terminado su inspección, se detuvo y se dirigió a sus soldados.

—Muy bien, chicos: estamos esperando la señal para efectuar nuestro microsalto. Los alas-Y irán primero y llevarán a cabo sus pasadas para derribar los escudos del enemigo. Después os tocará a vosotros. Entraréis por sus compuertas, allí donde las tengan, y os abriréis paso luchando. Donde no haya compuertas, nos encargaremos de fabricarlas. Equipos de especialistas en ingeniería acompañarán a las dos lanzaderas de abordaje, y esos grupos se encargarán de perforar el casco justo delante de las secciones de ingeniería.

Bria hizo una pausa antes de seguir hablando.

—Recordad que os encontraréis con esclavos confusos y asustados que además probablemente estarán empezando a sufrir el síndrome de retirada de la Exultación. Puede que intenten atacaros. No corráis riesgos innecesarios, pero haced todos los esfuerzos razonables para tratar de no causarles daños excesivamente serios. Utilizad haces aturdidores contra ellos, ¿entendido?

Hubo un murmullo de asentimiento general.

—¿Alguna pregunta?

No las había. Los soldados ya habían sido informados por sus líderes de escuadra y pelotón, y todos habían pasado por varias sesiones de entrenamiento y maniobra.

Bria les dirigió una inclinación de cabeza.

—Ésta es la operación más ambiciosa jamás emprendida por Mano Roja, chicos. Si lo hacemos bien, podéis apostar a que no tardaremos en volver a entrar en acción. Así pues, creo que deberíamos tratar de impresionar al Mando del Sector... ¿No os parece?

El asentimiento fue unánime.

Bria acababa de volverse hacia sus líderes de pelotón para hablar con ellos cuando su comunicador emitió un zumbido. Bria lo activó.

—¿Sí?

—Acabamos de recibir la señal, comandante. El navío de los esclavistas ha despegado del muelle de la estación espacial ylesiana.

Bria asintió, y después se volvió hacia el líder del primer pelotón.

—Suban a su lanzadera, primera oleada. Segunda oleada, estén preparados.

La cubierta reverberó con los ecos de pies lanzados a la carrera cuando treinta soldados se apresuraron a entrar en sus respectivas lanzaderas.

Bria sintonizó su frecuencia personal.

—Atención, Furia Escarlata, aquí Líder de la Mano Roja.

—Adelante, Mano Roja.

—Preparen sus naves para efectuar el microsalto dentro de tres minutos. El Retribución estará justo detrás de ustedes.

—Recibido, Líder de la Mano Roja. Vamos a prepararnos para el microsalto.

Bria y Daino Hyx se apresuraron a salir del hangar de las lanzaderas de combate para coger el turboascensor y, una vez salieron de él, fueron corriendo por el pasillo hasta que llegaron al puente. El capitán de la nave alzó la mirada hacia ellos cuando entraron. Bria se dejó caer en un asiento situado detrás del esquema táctico. Aquella posición también le permitía ver lo que mostraban las pantallas visoras.

—Saltaremos diez segundos después de que lo haya hecho el último ala-Y, capitán Bjalín —dijo.

—Sí, comandante —replicó Bjalín.

Tedris Bjalín era un joven muy alto cuya frente estaba empezando a quedar cada vez más revelada por el rápido retroceso del nacimiento de los cabellos a pesar de su juventud. Acababa de unirse a la resistencia corelliana después de que toda su familia hubiera sido asesinada durante la masacre imperial de Tyshapahl. Antes de que eso ocurriera, Bjalín era teniente imperial. Su adiestramiento imperial le había sido muy útil, ya que le había proporcionado un ascenso en las fuerzas rebeldes. Era un oficial muy eficiente y un hombre decente, y le había confesado a Bria que ya estaba pensando en desertar de la Armada Imperial cuando su familia había sido asesinada. Eso había sido la gota de agua que hizo rebosar el vaso.

Bria observó con tensa atención cómo iban transcurriendo los segundos hasta que, de dos en dos, los seis alas-Y saltaron al hiperespacio. Un instante después las líneas estelares se extendieron ante ellos cuando el Retribución saltó también.

Apenas volvieron a entrar en el espacio real, el Retribución abrió sus hangares de lanzaderas y la primera oleada de lanzaderas de abordaje salió de ellos. Las lanzaderas avanzaron hacia el navío esclavista a media velocidad siguiendo a los alas-Y, que se estaban moviendo a la máxima velocidad posible.

Bria contempló con satisfacción cómo el primer par de alas-Y se lanzaba sobre la corbeta corelliana y disparaba un par de salvas de dos torpedos protónicos, dirigiéndolas contra la parte central de la estructura. Su objetivo no era abrir un agujero en el casco de la corbeta, sino destruir los escudos sin causar daños excesivamente serios en ella. Bria tenía intención de hacerse con la nave intacta y volver con ella para que se añadiera a la flota rebelde. Una de las lanzaderas de la segunda oleada transportaría a un equipo seleccionado formado por técnicos en ordenadores, ingenieros, un piloto y equipos de control de daños y reparaciones.

A Bria no le habría importado sorprender al navío esclavista desprevenido, pero no contaba con tener tanta suerte y no le sorprendió descubrir que la corbeta estaba viajando con los escudos levantados. La gran nave abrió fuego en cuanto los alas-Y se lanzaron sobre ella, pero los ágiles aparatos atacantes esquivaron sus andanadas sin ninguna dificultad. El Retribución se aseguró de mantenerse fuera del radio de acción de sus baterías.

Los cuatro torpedos protónicos lanzados por los alas-Y quedaron envueltos en un destello blanco azulado al chocar con los escudos y se esparcieron sobre el casco del navío esclavista sin atravesar las defensas. El primer par de alas-Y invirtió el curso y se apresuró a lanzarse nuevamente hacia el objetivo para entrar en acción en el caso de que su ayuda volviese a ser necesaria.

La corbeta corelliana empezó a alejarse a gran velocidad, y esta vez uno de sus disparos consiguió rozar a un ala-Y. El impacto no fue excesivamente serio, pero bastó para dejar fuera de combate al caza.



Bria había calculado que harían falta cuatro torpedos protónicos para disipar los escudos del enemigo. El segundo par de alas-Y avanzó a toda velocidad, y el primer caza lanzó su salva.

Esta vez el destello blanco azulado se fue extendiendo y después, de manera tan repentina como inesperada, hubo un impacto visible en el flanco del navío esclavista. Una franja negra apareció sobre el blindaje.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Bria, y activó su unidad comunicadora para hablar con el líder de su equipo de alas-Y—. ¡Buen trabajo, Furia Escarlata! ¡Los escudos han caído! ¡Ahora vamos a usar vuestros cañones iónicos para darles el golpe de gracia! ¡Advertid a vuestras naves de que deben iniciar la acción evasiva! ¡No queremos que haya más impactos!

—Recibido, Líder de la Mano Roja. Centraremos nuestras miras en los conjuntos sensores y la aleta solar. Vamos a iniciar las pasadas de ataque.

Las parejas de alas-Y iniciaron su ataque, disparando sus torretas de cañones Tónicos contra los objetivos preasignados. Las andanadas de los cañones jónicos habían sido concebidas no para dañar el casco de la nave enemiga, sino para eliminar toda la actividad eléctrica a bordo de ella..., incluyendo, por supuesto, la de los motores, los ordenadores de puntería y los sistemas del puente. Todos los sistemas eléctricos tendrían que ser reinicializados antes de que el navío esclavista pudiera volver a hallarse en condiciones operativas.

La corbeta corelliana lanzó una andanada detrás de otra, pero los alas-Y eran demasiado veloces y ágiles para que el armamento de la gran nave pudiera establecer unas lecturas de seguimiento y puntería realmente efectivas.

Pocos minutos después, el Grillete del Helot flotaba a la deriva en el espacio con todos sus sistemas eléctricos fuera de combate. Bria echó un vistazo a su cronómetro en el mismo instante en que la primera oleada de lanzaderas de abordaje iniciaba su avance. «Perfecto... Justo en el momento previsto.» Una lanzadera se posó sobre la compuerta delantera, la que el navío esclavista usaba para introducir a sus cargamentos de esclavos en las bodegas. Las otras dos lanzaderas se adhirieron al casco a ambos lados de la corbeta y empezaron a abrirse paso a través de él.

Bria aguzó el oído para no perderse ni un solo detalle de los informes que estaban empezando a enviar sus líderes de ataque.

—Líder de la Mano Roja, aquí Grupo Uno informando desde la compuerta de carga de la bodega delantera de la Cubierta 4. Hemos logrado entrar, pero nos estamos encontrando con una fuerte resistencia. La tripulación estaba sacando a los esclavos cuando nos abrimos paso, pero todavía quedan unos cuantos aquí dentro. Los peregrinos

han buscado refugio detrás de los contenedores de carga, al igual que hemos

hecho nosotros. El tiroteo es bastante encarnizado. Vamos a obligarles a retroceder para poder llegar al conducto de acceso del turboláser.

—Líder de la Mano Roja, aquí Grupo Dos informando. Nos hemos abierto paso a través del casco por delante de los motores en la Cubierta 4 y hemos instalado una compuerta portátil. Mis tropas están empezando a avanzar...

—Líder de la Mano Roja, el blindaje de esta sección de estribor del casco nos está creando algunos problemas.. Sigán a la escucha... —Y, un minuto después—: ¡Líder de la Mano Roja, hemos conseguido abrirnos paso!

Bria siguió observando el avance de sus tropas a través de la nave, intentando decidir cuál sería el momento más adecuado para enviar a la segunda oleada. Los dos grupos que habían logrado abrirse paso hacia el interior de la nave se estaban encontrando con una resistencia mínima, pero el grupo delantero —que había entrado por la compuerta— estaba teniendo que enfrentarse a una enérgica oposición por parte de los traficantes de esclavos mientras luchaba por llegar hasta los turboascensores. El que los esclavistas estuvieran dispuestos a luchar hasta el último hombre resultaba perfectamente comprensible, desde luego. La reputación del Escuadrón de la Mano Roja estaba empezando a difundirse, y la tripulación del navío esclavista sin duda ya había reconocido el símbolo de una mano que goteaba sangre pintado en las proas de las naves de sus atacantes.

Bria se levantó de su asiento y se volvió hacia el capitán de su nave.

—Tedris, queda al mando del escuadrón hasta que yo haya vuelto de la operación de la segunda oleada. Esté preparado para enviar grupos de apoyo en el caso de que establezca contacto con usted, pero sólo en esa eventualidad. ¿Qué están haciendo los alas-Y? ¿Sabe si ya han ocupado sus posiciones de patrullaje?

—Sí, comandante. Si alguien decide unirse a la fiesta, dispondremos de un mínimo de quince minutos para prepararnos. Eso sólo es una precaución por si los traficantes de esclavos consiguen enviar una solicitud de ayuda antes de que podamos interferir sus transmisiones, naturalmente.

—Buen trabajo, capitán—.

Bjalín asintió, pero no la saludó. La disciplina en las fuerzas rebeldes era mucho más informal que en la Armada Imperial, y Bria había necesitado dos semanas para conseguir que Bjalín se librara de la costumbre de saludar marcialmente en cuanto alguien decía «¡Señor!» junto a él.

—Buena suerte, comandante —dijo Bjalín.

—Gracias. Quizá la necesite. Mi gente ha conseguido expulsarlos de ese compartimento delantero, pero han dispuesto de montones de tiempo para establecer unas defensas sólidas. Apuesto a que se han atrincherado en el puente y en los corredores de acceso, y a que están trabajando en los sistemas electrónicos. Me

parece que tendré que ser un poquito... creativa.

Bjalin sonrió.

—Eso es algo que siempre se le ha dado muy bien, comandante.

Diez minutos después, la lanzadera de abordaje de Bria se había posado sobre la compuerta portátil y sus reservas estaban avanzando por el pasillo de la Cubierta 3 detrás de ella, con los rifles desintegradores preparados para hacer fuego.

Bajo la fantasmagórica y tenue iluminación proporcionada por las luces del sistema de emergencia, el navío esclavista paralizado parecía hallarse desierto. Bria, sin embargo, sabía que eso sólo era una ilusión. Podía oír los débiles gemidos de algunos de los esclavos, que probablemente habían sido llevados hasta la bodega de seguridad de la Cubierta 4 y encerrados en ella. La comandante esperaba que ninguno de los traficantes hubiese tenido la brillante idea de empujar a los esclavos hacia el fuego desintegrador de los rebeldes en un intento de retrasar el avance de los invasores mientras intentaban huir. Eso ya había ocurrido en una ocasión, y Bria todavía tenía pesadillas al respecto: los rostros pálidos y llenos de perplejidad de los esclavos desarmados, las reverberaciones de los haces desintegradores, los alaridos, las siluetas que se derrumbaban, el insoportable hedor de la carne quemada...

Bria hizo avanzar a sus tropas, dirigiéndolas hacia la cabina de mando de la proa de la nave. Ese recinto se encontraba directamente debajo del puente, y era la clave de su plan.

Activó su comunicador.

—¿Qué tal van las cosas, equipo especial?

—Los daños sufridos por el casco parecen ser mínimos, comandante. Nuestros alas-Y han demostrado tener muy buena puntería. Tenemos gente trabajando en las reparaciones en estos momentos.

—¿Qué me dice de los sistemas eléctricos y los ordenadores?

—Eso va a resultar más complicado. No podremos poner en marcha los sistemas hasta que ustedes hayan capturado el puente, ya que no queremos proporcionarles ningún control sobre la nave a los traficantes.

—Probablemente ya estarán intentando volver a poner en marcha los sistemas por su cuenta ahí arriba. ¿Pueden impedirselo?

—Creo que sí, comandante.

—Excelente. Entonces concéntrense en los sistemas y en los motores. Esperen mi señal para iniciar el proceso de reinicialización.

—Entendido, comandante.

Bria y sus tropas sólo se encontraron con una bolsa de resistencia en su avance hacia el objetivo. Unos diez traficantes y un infortunado esclavo al que habían armado y reclutado a la fuerza se habían apostado detrás de una barricada erigida a

toda prisa en el centro de un pasillo.

Bria indicó a sus tropas que retrocedieran unos metros y después se dirigió a ellas en un susurro.

—Muy bien, chicos: vamos a iniciar un despliegue de fuego de cobertura mientras Larens... —dirigió una inclinación de cabeza a un soldado bajito, delgado y muy ágil—, se arrastra por debajo de nuestros haces de energía hasta que se encuentre lo suficientemente cerca para lanzar una granada aturdidora justo en el centro de ese nido de alimañas. ¿Entendido?

—Entendido, comandante—.

Larens se pegó al suelo, preparado para empezar a reptar hacia adelante con la granada aturdidora firmemente sujeta entre los dientes. —Cuando llegue a tres, entonces... Uno... Dos... ¡Tres!

Bria y los otros rebeldes abrieron fuego sobre la barricada, asegurándose de dirigir sus disparos lo suficientemente hacia arriba para no calcinar el trasero de Larens, que se estaba alejando rápidamente de ellos.

Los haces desintegradores aullaron en el reducido espacio del pasillo. Bria tuvo un fugaz atisbo de un brazo adornado por una daga tatuada, afinó la puntería y vio cómo el brazo (y el esclavo al que pertenecía, presumiblemente) desaparecía detrás de la barricada. Se acordó de la primera vez que había disparado un desintegrador, y su mente fue invadida por un fugaz y vívido recuerdo de Han que se apresuró a expulsar de ella. No había tiempo para los recuerdos, y tenía que concentrar toda su atención en la misión.

Unos segundos después se oyó una potente explosión, y el fuego de réplica desapareció de repente. Bria agitó la mano para indicar a sus hombres que ya podían seguirla.

—¡Acordaos de que el peregrino llevará una túnica marrón!

Echó a correr hacia la barricada, y vio al nido de esclavistas yaciendo esparcido por el suelo. Tres ya habían muerto, uno de ellos debido a que la onda expansiva le había arrancado un brazo. El peregrino estaba aturdido, y se removía.

Bria se detuvo, bajó la mirada hacia la carnicería que yacía delante de sus pies y se sintió invadida por una terrible oleada de odio. Seis esclavistas seguían con vida..., y el dedo de Bria tembló sobre el gatillo del rifle desintegrador que empuñaba.

—¿Quiere que organice un destacamento de vigilancia, comandante? —preguntó Larens, lanzándole una mirada interrogativa.

Larens llevaba poco tiempo en el Escuadrón de la Mano Roja, y varios de los veteranos le dirigieron miradas llenas de impaciencia.

—Esos tipos son escoria, Larens —dijo Bria—. Nos limitaremos a asegurarnos de que no puedan representar ningún peligro en el futuro. Mecht, quiero que usted y

Seaan se encarguen de todo cuando hayan terminado aquí. Lleven a ese peregrino a una habitación para que cuando despierte no pueda crearnos problemas.

Mecht asintió. Era un hombre de mediana edad que había pasado personalmente por la experiencia de la esclavitud, aunque había sido un esclavo imperial, y no un cautivo ylesiano.

—Todo se hará lo más deprisa posible, comandante.

Larens abrió la boca para decir algo, pero enseguida cambió de parecer. Bria hizo avanzar a sus tropas con un gesto de la mano, y reanudaron la marcha.

Cinco minutos después, el destacamento ya estaba en los aposentos del capitán del navío esclavista. Bria intentó impedir que sus ojos se posaran en algunos de los ‘juguetes’ que el capitán tenía esparcidos por allí, con la evidente intención de usarlos para extraer un rato de diversión de algunos de sus esclavos. Fue hasta el centro del camarote y señaló el techo.

—El puente está aquí arriba, chicos —dijo, volviendo la mirada hacia uno de los líderes de sus tropas—. Grupo Uno, quiero un ataque de diversión a lo largo de los pasillos que llevan hasta el puente por la Cubierta 2.

El jefe del destacamento asintió.

—Estén preparados para actuar cuando yo dé la señal —dijo Bria.

—Muy bien, comandante —dijo el oficial y se apresuró a irse, con sus tropas detrás.

Bria se volvió hacia el resto de sus hombres.

—Los Grupos Cuatro y Cinco atacarán el puente conmigo.

Dos de los nuevos reclutas intercambiaron una rápida mirada, obviamente perplejos. ¿Cómo iban a atacar el puente desde allí? —¿Dónde está Joaa'n? —preguntó Bria.

Una mujer muy robusta cuyos rasgos casi quedaban escondidos por el casco dio un par de pasos hacia ella.

—Estoy aquí, comandante.

Bria señaló el techo.

—Quiero que uses tu bolsa de trucos de demolición para que podamos llegar ahí arriba, Joaa'n —dijo.

—De acuerdo, comandante.

La mujer se subió a un escritorio que alguien había dejado junto a una pared y empezó a utilizar su soplete láser. Los nuevos reclutas, que por fin habían entendido lo que planeaba hacer su comandante, intercambiaron codazos y risitas.

Tres minutos después, la experta en demoliciones bajó la mirada hacia Bria y levantó un pulgar.

—He colocado una carga de demolición que nos abrirá un hermoso agujero circular a través de la cubierta, comandante.

Bria sonrió.

—Perfecto —dijo, y empezó a hablar por su comunicador—. Grupo Dos, inicien su ataque contra el puente.

Los rebeldes enseguida oyeron un nuevo estallido de disparos de desintegrador.

—Renna, tú tienes un buen brazo —dijo Bria, dirigiendo una inclinación de cabeza a otra mujer robusta y de aspecto musculoso—. Quiero que te ocupes de las granadas aturdidoras. En cuanto sea posible hacerlo sin correr peligro, deberás lanzarlas hacia arriba a través del agujero para dejar sin sentido a la mayoría de esas alimañas. —Volvió la mirada hacia el resto de sus tropas—. Empezaremos a subir en cuanto Renna haya lanzado esas granadas por el agujero y todas hayan estallado. Recordad que lo que hay ahí arriba es el puente, así que tened mucho cuidado con hacia adonde disparáis. Si causamos demasiados daños, después el equipo especial no nos dirigirá la palabra durante un mes. ¿Lo habéis entendido?

Su observación arrancó unas cuantas risitas a sus tropas.

—Bien, todo preparado —dijo Joaa'n—. Retroceded un poco y tapaos los ojos, amigos. Treinta segundos.

Las tropas de Bria se apresuraron a retirarse hacia el perímetro del compartimiento. Un par de soldados se pusieron los anteojos protectores, y los demás se limitaron a volver la mirada en otra dirección. Bria, Joaa'an y Renna buscaron refugio detrás de un grueso biombo ornamental.

Unos momentos después se oyó una especie de siseo seguido por un tenue estallido. Algo pesado cayó sobre el escritorio, rebotó en él y acabó chocando con la cubierta. El hedor del humo invadió las fosas nasales de Bria.

—Buen trabajo —dijo, dirigiendo una inclinación de cabeza a Joaa'an.

La especialista en demoliciones y Renna ya estaban en movimiento y se dirigían hacia el escritorio. Renna arrojó tres granadas aturdidoras a través del agujero, lanzándolas en tres direcciones distintas. Los estridentes silbidos seguidos por potentes explosiones de las granadas y los gritos resultantes indicaron a la comandante que estaban haciendo su trabajo.

Renna se lanzó hacia arriba con la ayuda de un empujón de Joaa'an y luego desapareció. Unos segundos después oyeron su desintegrador.

Bria corrió hacia el escritorio y fue la siguiente en pasar por el agujero, lo que consiguió gracias a que alguien la agarró por el trasero y le administró un nada digno, aunque sí muy eficiente, empujón.

La dotación del puente estaba esparcida por la cubierta. La mayoría de técnicos y tripulantes habían perdido el conocimiento, pero unos cuantos traficantes de esclavos intentaban huir por la puerta. Bria dirigió el cañón de su arma hacia un gigantesco rodiano y descargó un haz de energía justo entre los hombros del alienígena de piel verdosa. Otro traficante de esclavos, un bothano, giró sobre sus talones para disparar

contra ella, y su desintegrador empezó a emitir el tenue tartamudeo indicador de que la carga casi se hallaba agotada. Bria se apresuró a agacharse, rodó sobre sí misma, se incorporó con la pistola desintegradora en la mano y le disparó en plena cara. La alimaña se encontraba delante de su ordenador de navegación, y Bria no quería correr el riesgo que hubiera supuesto eliminarla mediante el haz de energía mucho más poderoso de su rifle desintegrador.

Unos instantes después todo había terminado. El silencio descendió sobre el puente, roto únicamente por los gemidos de los heridos. Bria llevó a cabo un rápido examen de la situación, y descubrió que seis de sus hombres estaban heridos y que uno de ellos tal vez no sobreviviría. Bria asignó rápidamente un equipo especial al herido para que lo llevara lo más deprisa posible al Retribución a fin de que fuese sometido a tratamiento médico.

Unos minutos después el equipo de especialistas informó que estaban listos para iniciar el proceso de puesta en marcha de los sistemas. Bria, llena de tensión, oyó un estridente gemido electrónico y después vio cómo la iluminación normal sustituía a las luces de emergencia del puente. Las pantallas tácticas se encendieron, y el ordenador de navegación emitió un suave ronroneo.

Bria dejó que sus tropas se ocuparan de las alimañas y fue hacia el turboascensor.

—¿Estás ahí, Hyx? —preguntó después de haber activado su comunicador.

—Estoy a bordo del Retribución, comandante —le informó el oficial médico—. Los heridos ya han sido transportados hasta aquí, y todo va bastante bien con la excepción de Caronil..., que murió hace unos minutos. Lo siento. El androide médico y yo hicimos cuanto pudimos, pero...

Bria tragó saliva.

—Ya sé que hicisteis todo lo posible. ¿Te siguen necesitando ahí, Hyx?

—No, en realidad no. Los androides médicos ya han conseguido controlar la situación, así que voy a subir a la lanzadera para ir al navío esclavista.

—Me alegro, porque pronto voy a necesitarte. Ven directamente a la bodega de seguridad. Es donde están encerrados los esclavos, y te recibiré allí.

Bria bajó dos cubiertas en el turboascensor y después echó a andar hacia la popa. Ya casi había llegado al acceso cerrado cuando un ruido de pies a su espalda hizo que se volviera en redondo con la pistola desintegradora en la mano. Detrás de ella, blandiendo un desintegrador, había una traficante de esclavos que había conseguido evitar ser capturada.

Los ojos de la mujer relucían, sus pupilas estaban dilatadas y su cabellera se había convenido en un halo grasiento que le enmarcaba la cara.

—¡No te muevas o disparo! —gritó, empuñando el desintegrador con dos manos temblorosas. Bria se quedó inmóvil. «¿Tiembla de miedo? Quizá..., pero hay algo más aparte de eso.»

—¡Tira el arma! —aulló la mujer—. ¡Tírala ahora mismo o te mato!

—No creo que vayas a matarme —dijo Bria sin inmutarse, permitiendo que su desintegrador colgara de su mano con el cañón dirigido hacia la cubierta—. Si estoy muerta, no podrás utilizarme como rehén.

La mujer frunció el ceño, haciendo un obvio esfuerzo para tratar de entender las palabras de su cautiva. Finalmente, acabó decidiendo ignorarlas.

—¡Quiero una lanzadera! —gritó—. ¡Una lanzadera, y unos cuantos esclavos para llevármelos conmigo! ¡Podéis quedaros con todo lo demás! ¡Sólo quiero la parte que me corresponde, nada más!

—Ni lo sueñes —dijo Bria, con una sombra de acero oculta debajo de la tranquilidad de su tono—. No soy una traficante de esclavos. He venido aquí a liberar a esas personas.

Sus palabras parecieron dejar totalmente perpleja a la mujer. —¿No quieres venderlas? —preguntó escépticamente, contemplando a Bria con la cabeza inclinada hacia un lado.

—No —dijo Bria—. He venido aquí a liberarlas.

—¿Liberadas? —La traficante parecía tener tantas dificultades para entender a Bria como si estuviera hablándole en huttés—. Algunas de ellas valen un par de miles de créditos cada una.

—Me da igual —replicó Bria.

La frente de la traficante de esclavos se llenó de arrugas.

—¿Por qué no te interesa el dinero que puedas obtener de ellas? —Porque la esclavitud es una práctica repugnante —dijo Bria—. Me estás haciendo perder el tiempo, alimaña. Mátame o déjame marchar..., pero no sacarás nada de mí.

La mujer, obviamente sorprendida por la respuesta de la comandante, dedicó algunos momentos a reflexionar sobre sus palabras. Bria ya se había dado cuenta de que la traficante de esclavos se hallaba bajo la influencia de algún poderoso estimulante, probablemente el carsunum. Todo su cuerpo temblaba incesantemente, y el cañón de la pistola prácticamente vibraba en el aire. Los ojos de Bria se entrecerraron mientras observaba cómo el cañón oscilaba, oscilaba... y acababa descendiendo unos milímetros mientras la traficante drogada intentaba entender a una criatura capaz de despreciar tan radicalmente los beneficios personales.

La mano de Bria se movió con una velocidad cegadora para alzar su arma, al mismo tiempo que saltaba hacia un lado. La traficante disparó, pero estaba temblando tan violentamente que el haz de energía ni siquiera chamuscó a Bria. El haz de la comandante rebelde dio en el blanco, justo debajo del pecho de la traficante. La mujer se derrumbó con un grito ahogado y un gorgoteo.

Bria fue hacia ella, apartó el desintegrador del brazo extendido y los flácidos dedos mediante una violenta patada y bajó la mirada hacia la traficante. Un agujero



ennegrecido ocupaba casi todo su abdomen. La mujer alzó los ojos hacia ella, jadeando entrecortadamente.

Bria alzó su pistola desintegradora y dirigió el cañón hacia la frente de la traficante.

—¿Quieres que lo haga?

La mujer meneó la cabeza y después trató de hablar.

—N-No... —Dejó escapar un jadeo agónico—. Quiero... vivir... Bria se encogió de hombros.

—Por mí perfecto. Me parece que quizá te queden unos cinco minutos de vida.

Con la pistola todavía en la mano, Bria pasó por encima de la traficante y siguió avanzando hacia la bodega.

Tuvo que usar la pistola desintegradora contra la cerradura. Oyó gritos de pánico en el interior, y unos instantes después la puerta giró sobre sus bisagras.

La pestilencia invadió las fosas nasales de la corelliana apenas cruzó el umbral. La mezcla de efluvios humanos y alienígenas fue a su encuentro, esparciéndose a su alrededor en una vaharada tan espesa que casi resultaba visible.

Bria contempló a la multitud de peregrinos gimientes y quejumbrosos que estaban retrocediendo ante ella, intentando alejarse al mismo tiempo que extendían sus manos, tan delgadas que parecían garras, y le dirigían gritos suplicantes.

—¡Trae a un sacerdote! ¡Necesitamos a los sacerdotes! ¡Llévanos a casa!

La comandante sintió una terrible oleada de náuseas, y necesitó unos momentos para reprimirlas. «Ése podría haber sido mi destino... Ahora ya casi hace diez años, pero así es como habría acabado..., sino hubiese sido por Han...»

Oyó un paso detrás de ella y giró sobre sus talones, la pistola preparada para hacer fuego, para relajarse cuando reconoció a Daino Hyx. El oficial médico la miró fijamente y enarcó una ceja.

—¡Esta un poco nerviosa, comandante?

Bria le pidió disculpas con una sonrisa.

—Quizá un poquito.

¿Y su nerviosismo tiene algo que ver con esa muerta que hay en el pasillo?

—No, en realidad no. —Bria enfundó su arma y, sintiendo una punzada de disgusto, se dio cuenta de que ahora era ella la que estaba temblando—. Está más relacionado con ellos —añadió, señalando a los infortunados peregrinos con una inclinación de la cabeza—. Son todos suyos, Hyx. Me parece que va a tener montones de trabajo.

Hyx asintió y empezó a estudiar a los peregrinos con el bondadoso distanciamiento de un hombre que había decidido dedicar su vida a las artes curativas.

—Cuánto tardaremos en estar listos para acudir a la cita con el transporte?

Bria echó un vistazo a su cronómetro.

—Había calculado un plazo de treinta y cinco minutos para hacernos con el control de esta nave y volver a dejarla en condiciones de operar. Ya han transcurrido treinta y nueve minutos. Espero oír...

Su comunicador emitió una señal, y Bria sonrió y respondió a ella.

—Aquí Líder de la Mano Roja.

—Aquí Jace Paol, comandante. Tenemos el control de la nave, y el equipo de especialistas informa que ya podemos volver a desplazarnos por el hiperespacio. ¿Procedemos a avanzar hacia nuestras coordenadas de cita?

—Recibido, Jace. Informaré al Retribución. Dile al teniente Hethar que puede seguir con el plan establecido. El Entrega nos está esperando para acoger a esos peregrinos.

—Entendido, comandante.

Bria alteró la frecuencia de su comunicador.

—Capitán Bjalin, la nave de los traficantes es nuestra junto con su cargamento. Prepárese para la cita con el *Retribución* en las coordenadas asignadas.

—Entendido, Líder de la Mano Roja. Nos reuniremos con ustedes allí. Y... ¿Comandante?

—¿Sí, Tedris?

—La felicito por una operación excelentemente ejecutada. —Gracias, Tedris.

Un mes después Bria Tharen, en una de sus raras visitas a Corellia para hablar con su superior, entró con paso decidido en su despacho.

Pianat Torbul, un hombre de cabellos oscuros y ojos penetrantes, alzó la mirada hacia ella.

—Bienvenida a casa —dijo—. Llega con un poco de retraso. La esperaba hace dos días.

—Lo siento, señor —dijo Bria—. En el último momento recibí una llamada del *Orgullo del Borde* pidiéndome que les echara una mano con un par de navíos de vigilancia imperiales. El *Retribución* sufrió un impacto que causó serios daños en los motores sublumínicos, y tuvimos que dedicar un día entero a hacer reparaciones.

—Lo sé —dijo Torbul, y le sonrió con su sonrisa rápida e irresistible de costumbre—. Recibí el informe del *Orgullo*. No hace falta que se ponga tan a la defensiva, Tharen.

Bria le devolvió la sonrisa y después, en respuesta al gesto de Torbul, se dejó caer cansadamente sobre un sillón.

—¿Y también ha recibido mi informe, señor?

—Sí —dijo Torbul—. Al parecer su amigo Hyx está comunicando grandes progresos en la labor de convertir a esos peregrinos que rescataron del navío de los

esclavistas en ciudadanos normales. Felicidades, Tharen. Su fe en él y en su nuevo tratamiento parece estar siendo recompensada.

Bria asintió, y sus ojos se iluminaron.

—Poder devolver sus vidas a esas personas significa mucho para mí —dijo después—. Sus familias se alegrarán tanto de verlas... Podrán llevar una existencia digna y cómoda...

—A menos que elijan unirse a nosotros, por supuesto —dijo Torbul—. Y al parecer algunos de ellos ya están hablando de hacer precisamente eso en cuanto hayan recuperado la salud, cosa que quizá tarde un par de meses en ocurrir. Supongo que la desnutrición juega un papel muy importante en el lavado de cerebro al que son sometidos en Ylesia.

Bria asintió.

—Recuerdo que las encías enseguida me empezaron a sangrar, y que al final me sangraban casi continuamente. Necesité dos meses de una alimentación decente para superar los efectos perjudiciales.

Torbul volvió a bajar la mirada hacia su cuaderno de datos.

—El navío de los traficantes ya casi está en condiciones de combatir. Puede sernos de mucha utilidad, Tharen, y le agradezco que nos lo haya proporcionado. A la vista de eso... ¿Quiere aceptar el honor de rebautizarlo?

Bria reflexionó en silencio durante unos momentos.

—Llámenlo *Emancipador* —dijo después.

—Un nombre magnífico —dijo Torbul—. A partir de ahora se llamará Emancipador.

Torbul desactivó su cuaderno de datos, apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—Bria... —dijo—. Ahora que ya nos hemos quitado de encima los asuntos oficiales, he de decirle que estoy preocupado por algunos aspectos de su historial.

La sorpresa desorbitó los ojos de Bria.

—Pero señor...

—No me malinterprete, Tharen. Es una buena combatiente y una líder muy capaz, y eso es algo que nadie puede negar. Pero fíjese en el nombre que le dieron esos traficantes de esclavos y que su escuadrón ha adoptado tan alegremente. La Mano Roja.. Todo un símbolo de que no habrá cuartel, ¿verdad? Eche un vistazo a este informe sobre la toma del navío de los traficantes. No hubo prisioneros..., ni uno solo, para ser exactos.

Bria se envaró.

—Eran traficantes de esclavos, señor. Ya saben lo que opina el mundo civilizado de ellos. Ofrecieron una encarnizada resistencia, y ni uno solo trató de rendirse. Lucharon hasta el último hombre.

—Comprendo... —dijo Torbul.

Los dos intercambiaron una larga mirada, y el oficial superior fue el primero en volver la cabeza. Después hubo un silencio tan incómodo como cargado de tensión que se prolongó hasta que Torbul carraspeó para aclararse la garganta.

—Las cosas se están complicando bastante en el Borde Exterior —anunció—. Los grupos rebeldes de esa zona andan realmente muy escasos de personal. Me gustaría que la Mano Roja pasara una temporada en el Borde Exterior para proporcionarles un poco de ayuda.

—Bien, señor —dijo Bria—. Señor...

—,Sí?

—Creo que quizá haya encontrado una forma de conseguir más reclutas.

—¿De qué se trata?

—Bueno, hasta ahora nuestro máximo porcentaje de éxitos a la hora de curar de la adicción a los peregrinos ylesianos había sido del cincuenta por ciento. Lo recuerda, ¿verdad?

Torbul asintió.

—Pero ahora, con las nuevas técnicas que Daino está utilizando para ayudar a los peregrinos que llevamos a la Base Grenna, cree que su índice de éxitos estará por encima del noventa por ciento.

—Eso es una gran noticia. Pero ¿qué tiene que ver con el conseguir más reclutas?

Bria se inclinó hacia adelante, y sus ojos verdeazulados se clavaron en las oscuras pupilas de Torbul.

—Hay más de ocho mil peregrinos en Ylesia, señor...

Torbul se recostó en su asiento.

—¿Qué está sugiriendo, Tharen?

—Proporcionéme un poco de ayuda —un viejo transporte de tropas, un par de cruceros más, algunos contingentes extra de soldados—, y podré tomar ese planeta. Puedo acabar de una vez para siempre con la operación ylesiana. Tomaremos todas las colonias y liberaremos a todos los esclavos que hay en Ylesia. Si los porcentajes que hemos visto hasta ahora pueden considerarse como una indicación de la tendencia global, centenares de ellos acabarán uniéndose a nosotros.

—Está hablando de un «si» muy grande —dijo Torbul.

—Lo sé, señor, pero creo que debemos correr ese riesgo.

—No disponemos de esas tropas que me pide. ¡Ni siquiera toda la resistencia corelliana bastaría para conquistar un planeta entero, Tharen!

—Cada día estamos recibiendo nuevos reclutas de Alderaan —observó Bria, y tenía toda la razón—. Y en Ylesia hay tantos peregrinos bothanos y sullustanos que esos mundos quizá nos enviarían tropas y algunas naves. Creo que vale la pena que les preguntemos si estarían dispuestos a hacerlo. ¿Y qué hay de Chandrila? Forman

parte de la nueva Alianza Rebelde..., ¡y han jurado ayudarnos!

—Reclutas... Es un incentivo, ciertamente.

Bria asintió con enérgico vigor.

—Podría dar resultado, señor. Podemos liberar a esos esclavos. Y ya que estamos en ello, también podríamos llevarnos la especia para venderla en el mercado abierto. Siempre andamos escasos de créditos, ¿no? ¡Piense en cuántos turboláser o torpedos protónicos podría proporcionarnos semejante cantidad de especia! Y cuando hubiéramos vaciado los almacenes y factorías, podríamos bombardearlas. Ylesia y su repugnante comercio se convertirían en algo perteneciente al pasado.

Bria era consciente de que había perdido la compostura, pero su creciente apasionamiento hacía que le diese igual. Le temblaban las manos, y se agarró al borde del escritorio de Torbul para que éste no pudiese percibir aquel temblor delator.

—No creo que la Alianza Rebelde considere que vender drogas para financiar la Rebelión sea muy buena idea —dijo Torbul.

—Entonces, señor, y con todo el respeto debido... ¡No les diga de dónde ha sacado los créditos! —La sonrisa de Bria contenía una considerable fracción de salvajismo—. Usted sabe tan bien como yo que nunca se les ocurrirá inspeccionar la boca de un traladón regalado. Aceptarán los créditos y los utilizarán. Necesitamos armas, suministros médicos, uniformes, municiones... ¡De hecho, andamos escasos de todo!

—Cierto —dijo Torbul—. Librar una guerra de resistencia cuesta mucho dinero.

—Piénselo, señor —le apremió Bria—. Sé que la Mano Roja podría hacerlo. Y si Ylesia no existiera para absorber a una parte de la mejor población de Corellia, dispondríamos de más reclutas. Piense en quién está yendo a Ylesia actualmente: jóvenes insatisfechos con sus vidas e incapaces de pagar esos impuestos horriblemente elevados que quieren algo más, una existencia mejor... Son justamente la clase de personas que necesitamos.

—Cierto —repitió Torbul—. Pero ¿qué me dice de la atmósfera ylesiana? La incursión contra la Colonia Tres que usted dirigió liberó a cien esclavos hace dos años y medio..., pero perdimos una nave en esa maldita atmósfera. La traicionera atmósfera de Ylesia constituye una de sus mejores defensas.

El recuerdo de la angustia de aquellos momentos hizo que los rasgos de Bria se retorcieran en una mueca de desesperación.

—Les advertí, pero... Esa ráfaga de viento arrastró a la nave y...

—Usted no tuvo la culpa de lo ocurrido, Tharen, pero tenemos que pensar en ese aspecto del problema. Puede estar segura de que el Alto Mando lo mencionará.

Bria asintió.

—Estoy trabajando en ello, señor. Tiene que haber una forma de resolver el problema que supone esa atmósfera. Mejores pilotos, para empezar. Nuestra gente

tiene mucho entusiasmo, señor, pero... Bueno, tenemos que admitir que la mayoría de ellos no han podido acumular demasiada experiencia. Nuestros programas de adiestramiento deberían ser mejorados y...

—Estoy de acuerdo en ello. Estamos buscando formas de perfeccionar nuestras simulaciones y de ampliar la experiencia de los candidatos antes de que empecemos a utilizar sus servicios.

Bria se levantó y se inclinó sobre el escritorio.

—Me conformo con que me prometa que pensará en ello, señor. Sé que puedo hacerlo, e incluso tengo algunas ideas sobre cómo financiar la incursión. Por lo menos piense en ello, ¿de acuerdo?

Torbul la contempló en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Muy bien, Tharen. Le prometo que pensaré en ello.

—Gracias, señor.

## **Primer interludio: El Sector Corporativo**

*Vestido únicamente con los pantalones y descalzo, Han Solo salió del dormitorio del diminuto apartamento de Jessa. Su pequeño piso se encontraba en la base técnica ilegal de Doc, su padre, un lugar que era tan utilitario como poco acogedor, pero los aposentos de Doc y de Jessa estaban sorprendentemente bien amueblados y resultaban muy cómodos.*

*Han bostezó y se rascó la cabeza, despeinándose los cabellos todavía más de lo que ya lo estaban, y después se dejó caer sobre el elegante sofá y activó la gran unidad de vídeo con un gesto de la mano.*

*Las noticias oficiales de la Autoridad del Sector Corporativo aparecieron en la pantalla, y Han empezó a contemplarlas con una sonrisa llena de cinismo en los labios. La Autoridad estaba empeorando a cada día que pasaba. A ese ritmo, no iba a necesitar mucho tiempo para llegar a ser tan represiva como el Imperio...*

*Por lo menos la nave de Han nunca había estado en mejor forma. Antes de su*

captura y traslado a la prisión del Confín de las Estrellas, Doc había mejorado su hiperimpulsor hasta conseguir que pudiera superar la velocidad de la luz en cero coma cinco puntos. «Ahora tendría que ser capaz de dejar atrás a cualquier nave que los imperiales o la Autoridad puedan lanzar sobre mí..», pensó Han.

Luego, para inducir a Han a ir en busca de su padre y rescatarlo de la prisión, Jessa había instalado un conjunto de sensores y antenas totalmente nuevo en la nave para sustituir a los que habían sufrido daños durante el combate con un navío ligero de la Autoridad.

Posteriormente, y después del rescate de Doc, la agradecida Jessa había terminado recientemente las reparaciones de la nave de Han, instalando un sistema de guía totalmente nuevo y reparando todos los daños sufridos por el casco de la YT-1300. Han incluso había llegado a pensar en administrarle una capa de pintura a la nave para que pareciese totalmente nueva, pero acabó rechazando la idea después de pensárselo un poco. La apariencia entre envejecida y maltrecha de su nave era uno de los recursos más eficaces a la hora de pillar desprevenidos a los oponentes.

Nadie esperaba que un viejo carguero poseyera un hiperimpulsor de nivel militar que había sido remodelado y adaptado por el mejor técnico de toda la galaxia, un sofisticado equipo de sensores, una capacidad interferidora asombrosamente elevada y todo el resto de mejoras con las que Han había ido obsequiando al gran amor de su vida.

Jessa aún estaba durmiendo en la otra habitación. Han se inclinó hacia atrás, apoyó los pies en la mesa y empezó a pensar en Jessa. No cabía duda de que era lo mejor que le había ocurrido hasta el momento en el Sector Corporativo. Los dos lo habían pasado maravillosamente juntos...

El día anterior habían ido a uno de los casinos más elegantes de un sector cercano en el Halcón después de haberse puesto sus mejores atuendos para disfrutar de una velada de juego y apuestas. Jessa se había peinado los rizos rubios en un estilo tan nuevo como atrevido, los había adornado con aparatosas franjas rojas y había comprado un osado traje rojo que se pegaba a su cuerpo en los lugares más efectivos. Han se había sentido muy orgulloso de que la vieran con ella, y le había asegurado que era la mujer más hermosa del casino.

Los informes del Sector Corporativo desaparecieron de la pantalla para ser sustituidos por un breve noticiario del Imperio. Las fuerzas de Palpatine habían aplastado otro levantamiento en otro mundo. Han no pudo evitar torcer el gesto. «La vieja historia de siempre...» Se encontró pensando en Salla, y se preguntó si todavía estaría enfadada o si ya habría conseguido que se le pasara el enfado. Han sospechaba que no. Era una suerte que Salla no estuviera allí para verle con Jessa, ya que Salla siempre había sido del tipo celoso. Salla era una mujer profundamente apasionada, pero Jessa también lo era. Han agradeció al destino que hubiera tan

pocas probabilidades de que Salla y Jessa llegaran a conocerse.

Pensar en Salla le llevó a preguntarse qué tal les estarían yendo las cosas a Lando, Jarik, Shuk y Mako. Han incluso llegó a pensar en Jabba con algo que se aproximaba al afecto nostálgico. Estaba seguro de que el líder hutt estaría teniendo considerables dificultades para sustituirle. Si alguna vez decidía volver al espacio imperial, Han sospechaba que Jabba le daría la bienvenida con los brazos abiertos..., por muy repugnante que fuese esa idea.

Han vio otro breve resumen de noticias del Imperio. Al parecer, el Imperio acababa de declarar que las fuerzas rebeldes del Borde Exterior habían sido totalmente aplastadas. ¡Oh!, claro —pensó Han—. Por supuesto. Eso debe de significar que ya han conseguido convenirse en una molesta espina hundida en el costado del Imperio....

Se preguntó si Bria estaría teniendo algo que ver con el continuo acoso al que estaban siendo sometidas aquellas fuerzas imperiales..., ¿o habría decidido volver a dedicarse al espionaje?

Han suspiró, y se dio cuenta de que en realidad echaba de menos Nar Shaddaa. El Sector Corporativo era un sitio muy divertido que ofrecía montones de aventuras y beneficios de los que disfrutar, pero no era el hogar.

Se preguntó si no haría bien siguiendo el curso de acción más prudente y volviendo al espacio imperial. Seguramente ya iba siendo hora de cambiar de ambientes y buscar un poco de acción (traducción: beneficios) en el Sector Corporativo. Había prometido a Jessa que la ayudaría a ella y a su padre en su campaña contra la Autoridad, cierto. Pero eso podía llegar a ser bastante arriesgado, y después de todo no había contraído ninguna clase de deuda con Jessa. Había rescatado a su padre, ¿no? Y acaso no había expuesto su precioso pellejo a un considerable riesgo mientras lo hacía? Un diminuto estrato de honradez perdido en las profundidades de su mente le recordó que había emprendido aquella misión de rescate básicamente por Chewie, porque Han no era el topo de hombre capaz de permitir que su amigo languidciera en una prisión de la Autoridad.

Y sin embargo... Bueno, de momento la vida estaba resultando muy agradable por allí, aunque Han sabía que eso no podía durar. En aquel mismo instante, todo iba sobre ruedas con Jessa. Lo estaban pasando estupendamente. Han se dijo que quizá retrasaría su marcha otro mes..., o dos..., o tres...

—¿Han? —murmuró una voz somnolienta desde el dormitorio.

—Estoy aquí, cariño. Estaba viendo las noticias —dijo Han.

Apagó la unidad de vídeo y fue a la minúscula cocina Prepararía una taza caliente de ese té estimulante importado al que tanto se había aficionado Jessa, y se la llevaría al dormitorio...



# Capítulo 8

## La reina del imperio

Boba Fett estaba en la cola que aguardaba el momento de subir al crucero de lujo Reina del Imperio, el cual se disponía a emprender viaje hacia Velga Prima y los puntos intermedios. El crucero era la nave hermana del Estrella del Imperio de las Líneas Navieras Haj, y era tan espacioso y opulento como su gemelo.

Boba Fett iba a subir al crucero desde una plataforma de atraque espacial orbital, pero había casi mil seres inteligentes esperando subir a bordo, por lo que cada hilera estaba formada por varios centenares de criaturas. El cazador de recompensas echó un vistazo a los lentos progresos de su cola, y se dijo que transcurriría un mínimo de diez minutos antes de que pudiera transportar su pesado maletín de viaje hasta su camarote.

La cola avanzó unos cuantos pasos, y el cazador de recompensas empujó su pesado maletín con el pie mientras avanzaba con ella. Durante un momento Boba Fett se permitió imaginar lo que ocurriría en el caso de que apareciese repentinamente bajo su verdadera personalidad, como Boba Fett con su armadura mandaloriana, en vez de disfrazado de anómida tal como se encontraba en aquellos momentos.

Boba Fett había descubierto que de vez en cuando tenía que asumir otra apariencia. Los anómidas eran el disfraz ideal, dado que su atuendo callejero ordinario ocultaba prácticamente la totalidad de su cuerpo. Los anómidas eran unos esbeltos humanoides originarios del sistema Yablari, y su indumentaria típica consistía en unas enormes túnicas que los cubrían desde la cabeza encapuchada hasta las puntas de sus pies de seis dedos. También llevaban guantes y máscaras vocalizadoras, por lo que apenas había un centímetro de su translúcida piel blanquecina visible. Los anómidas tenían cabellos grisáceos, orejas en forma de hoja y grandes ojos de un azul plateado.

Boba Fett llevaba una máscara cefálica debajo de su máscara vocalizadora, naturalmente, pero se trataba de una máscara de excelente calidad que había sido moldeada a mano para que encajara con sus facciones de tal manera que se adaptase de una forma lo más natural posible a su cara. La máscara también incluía unos «ojos» de color azul plateado especialmente diseñados para permitirle ver casi tan bien como con sus propios ojos.

Aun así, Boba Fett se sentía un tanto desnudo sin su armadura y sus sentidos ampliados. La armadura del cazador de recompensas le permitía disponer de una amplia gama de modalidades visuales, captaciones auditivas intensificadas y una amplia serie de datos sensoriales accesibles a través de los indicadores instalados dentro de su casco. Al hallarse reducido a la túnica anómida, la capa provista de

capuchón, la máscara y los guantes, Boba Fett se sentía ligero y vulnerable..., excesivamente vulnerable.

Pero el disfraz era necesario. Si Boba Fett hubiese intentado adquirir un pasaje a bordo del Reina bajo su verdadera identidad, habría provocado un pánico generalizado. Todos los pasajeros y una gran parte de la tripulación habrían estado convencidos de que eran la presa perseguida por el cazador de recompensas.

Fett ya había descubierto hacía mucho tiempo que todos los ciudadanos cargaban con una conciencia altamente culpable. Prácticamente todos los seres inteligentes de la galaxia habían hecho algo en un momento u otro de su pasado que podían traer a la memoria e imaginar constituía una excelente razón para que alguien hubiera decidido ofrecer una recompensa por sus cabezas. El ser que en tiempos lejanos había sido el protector Jaster Mereel, y que se había convertido en Boba Fett, el cazador de recompensas más famoso y temido de toda la galaxia, llevaba años observando las reacciones de los ciudadanos que le rodeaban mientras cazaba presas de una clase u otra.

Boba Fett había visto cambiar el rostro de una joven madre que llevaba en brazos a su hijo en cuanto le vio, y también había visto cómo sujetaba a su pequeño sobre su pecho como si él, Boba Fett, fuese a arrancarle el niño de los brazos para llevárselos a los dos por la fuerza. En varias ocasiones los ciudadanos se habían dejado dominar por el pánico cuando Boba Fett se acercó a ellos, arrojándose al suelo mientras balbuceaban sus (básicamente imaginarias) transgresiones fatales y suplicaban clemencia..., para luego volver a incorporarse con una mezcla de alivio e incipiente indignación en cuanto comprendieron que no eran el objetivo de Fett, y que se habían humillado mientras revelaban sus secretos sin que hubiera absolutamente ninguna razón para ello.

La cola volvió a avanzar. Boba Fett inspeccionó automáticamente las multitudes que lo rodeaban, pero en realidad no esperaba ver a su presa. Bria Tharen había subido al Reina durante su parada anterior, en Corellia. Era altamente improbable que fuera a salir de la nave durante su corta parada en Gyndine.

El cazador de recompensas no había tenido ocasión de aprovechar su posibilidad de localizar a la Tharen cuando ésta subió al Reina porque su presa había estado usando un nombre falso y había cruzado la compuerta casi en el último momento antes de que la nave despegara. Las Líneas Navieras Haj, aunque exteriormente leales al Imperio, hacían favores a la Alianza Rebelde cuando ello les convenía, y la aparición en el último minuto de la Tharen indudablemente era el resultado de alguna manipulación de los hilos oficiales.

Además, la actual identidad falsa de Bria Tharen no era una de las que había usado antes. Esta vez la comandante rebelde viajaba como «Bria Lavval», una aspirante a estrella y cantante de cabaret que iba a actuar en el Castillo del Azar, uno

de los casinos más grandes y lujosos de Nar Shaddaa.

Boba Fett tenía acceso a muchas fuentes de datos esparcidas por muchos lugares de la galaxia. Dado que de vez en cuando perseguía a presas en nombre del Imperio, disponía de acceso a algunas de las bases de datos del nivel medio del sistema de seguridad imperial. También tenía acceso a muchos servicios de noticias, y a las bases de datos del Gremio.

Fett había ordenado a sus sistemas de búsqueda que activaran ciertos perfiles físicos y nombres «de prioridad». Cuando «Bria Lavval» apareció una mañana en sus resúmenes de las bases de datos como una pasajera que viajaba a bordo del Reina en el momento en que el crucero de lujo había partido de Corellia, un rápido examen de la identificación y de la descripción física de la mujer indicó a Fett que había más de un setenta por ciento de probabilidades de que se tratara de Bria Tharen, comandante de la resistencia corelliana.

Pero sólo una inspección visual aseguraría a Fett que «Lavval» era la mujer que andaba buscando, y ésa era la razón por la que en aquellos momentos estaba formando parte de la cola que esperaba subir a bordo del gigantesco crucero de lujo.

El Reina medía dos kilómetros de longitud y estaba equipado para transportar a cinco mil pasajeros. Contenía prácticamente todas las comodidades y diversiones que pudiera desear cualquier ser inteligente, desde piscinas y centros de salud, casinos y áreas de patinaje anti-gravitatorio hasta salas de ejercicio, pasando por un sinnúmero de tiendas y comercios elegantísimos en los que un pasajero opulento podía llegar a gastarse una cantidad ciertamente enorme de créditos.

Fett volvió a avanzar un par de pasos, empujando su maletín por delante de él. Su equipaje contenía, en compartimientos camuflados, su armadura mandaloriana y varias armas meticulosamente seleccionadas. Los lados del maletín estaban reforzados con durinio, una aleación capaz de resistir el sondeo de cualquier clase de sensor. La capa exterior del maletín, además, contenía sistemas de proyección micro-miniaturizados que generarían falsas lecturas sobre el contenido para engañar a cualquier aparato de detección.

Fett llegó por fin al inicio de la cola y se preparó para mostrar su identificación, su billete y sus certificados de crédito. El oficial de la nave que comprobó su reserva se ofreció a llamar a un androide-porteador, pero Fett rechazó cortésmente su ofrecimiento, su áspera voz reverberando a través de la máscara vocalizadora.

Los anómidas no conversaban entre ellos utilizando el lenguaje oral, sino que empleaban una forma muy compleja y hermosa del lenguaje de signos. Tenían fama de ser unos seres muy sociables, y Boba Fett esperaba que no hubiese ningún verdadero anómida a bordo. En caso de que los hubiera, tendría que fingirse enfermo y permanecer en su camarote, ya que no conocía el lenguaje de signos de los anómidas.

Pero ninguno de los individuos que figuraban en la lista de pasaje había dado Yablari como su mundo de origen.

Cuando llegó a la seguridad de su camarote, Fett guardó su maletín, asegurándose antes de hacerlo de que activaba sus sistemas de protección antirrobo. Cualquier aspirante a ladrón lo suficientemente infortunado para tratar de sacar el maletín del camarote de Fett, o para intentar abrirlo, perdería unos cuantos dedos..., y eso como mínimo.

El itinerario previsto del Reina le obligaría a hacer escalas en un cierto número de puertos. Su ruta los llevaría a través de algunas de las áreas más peligrosas del espacio imperial, incluyendo una parada dentro del espacio hutt en Nar Hekka. Nar Hekka difícilmente podía considerarse como uno de los jardines de la galaxia, pero aun así se encontraba infinitamente por encima de Nal Hutta o Nar Shaddaa. Fett sospechaba que Bria Tharen había elegido aquella nave porque era una de las más grandes y, debido a ello, probablemente también una de las más seguras. Últimamente había habido mucha actividad pirata.

Durante los tres días siguientes, Boba Fett se dedicó a recorrer la nave bajo la protección de su disfraz de anómida y manteniéndose alejado del resto del pasaje. Logró establecer una identificación visual de Bria Tharen durante el primer día, y la siguió para averiguar dónde se encontraba su camarote. Descubrió que la Tharen disponía de una suite, y que la compartía con tres hombres. Dos de ellos eran bastante mayores, y Fett enseguida supuso que también serían oficiales de la resistencia corelliana. El tercer hombre tendría unos treinta y tantos años y, a juzgar por su porte y su manera de moverse, era un veterano endurecido por los combates que estaba cumpliendo las funciones de agente de seguridad y guardaespaldas de los oficiales corellianos.

Al igual que Bria Tharen, los dos oficiales y el guardaespaldas llevaban ropas civiles. La Tharen rara vez estaba sola fuera de su camarote. Solía hallarse rodeada de admiradores, aunque Fett ya se había dado cuenta de que nunca se llevaba a ninguno de ellos a su camarote, ya que se limitaba a sonreír y flirtear sin demasiado entusiasmo. Jugaba al sabacc, asegurándose de que no ganaba ni perdía grandes cantidades, y visitaba las tiendas, pero nunca compraba nada realmente significativo.

Fett la mantuvo bajo observación, y empezó a trazar cuidadosamente sus planes.

A Lando Cairissian le encantaba viajar en los grandes cruceros de lujo, y desde que perdió el Halcón en aquella partida con Han Solo había estado dedicando una parte bastante considerable de su tiempo a hacerlo. Han y Vuffi Raa por fin habían conseguido enseñarle lo suficiente para que fuese un buen piloto y hubiera podido usar cualquiera de las naves de su depósito de naves espaciales, pero Lando no estaba interesado en ninguna de ellas. El jugador estaba esperando a que apareciese la nave ideal.

Su nave ideal sería más lujosa que el altamente utilitario Halcón, pero al mismo tiempo sería igual de veloz y capaz de autodefenderse. Lando mantenía los ojos bien abiertos para detectar la presencia de cualquier yate que pudiera conseguir a buen precio, pero hasta el momento no había localizado ninguna ganga.

Y, además, las naves particulares no tenían casinos. A Lando le gustaban mucho los casinos. Durante el último año había pasado bastante tiempo dentro de ellos en un intento de recuperar sus recursos líquidos. El torneo de sabacc le había dejado prácticamente sin un solo crédito, pero desde entonces Lando había conseguido convertir los mil quinientos créditos prestados por Han en muchos millares. Lando había podido devolverle a Han el dinero que «tomó prestado» varios meses antes de que su amigo pusiera rumbo hacia el Sector Corporativo.

El Reina del Imperio y su nave hermana, el Estrella del Imperio, eran dos de los medios de transporte favoritos de Lando a la hora de desplazarse por la galaxia. No eran tan rápidas como algunas de las naves más modernas, pero no cabía duda de que las Líneas Navieras Haj sabían cómo construir un crucero de lujo. Y el Reina y el Estrella eran realmente grandes, lo cual suponía una considerable ventaja a la vista de toda la actividad pirata que estaba teniendo lugar últimamente.

Esta vez Lando había elegido el Reina para su viaje de regreso a casa. Desde Nar Hekka podría subir a una lanzadera sistémica para volver a Nar Shaddaa. Aquella noche en particular, Lando llevaba su atuendo más nuevo y elegante: camisa roja adornada con bordados y ceñidos pantalones negros, y una capa corta de colores rojo y negro que colgaba de sus hombros con una caída irreprochablemente airosa. Su oscura cabellera y su bigote estaban impecablemente peinados y recortados gracias a una visita a la barbería de la nave llevada a cabo aquel mismo día. Sus botas de cuero negro relucían con el suave resplandor de la auténtica piel de serpiente de Numatra. Calrissian tenía un aspecto magnífico, y no le pasaban desapercibidas las miradas de admiración que le lanzaban algunas de las mujeres presentes en el club.

Lando estaba sentado en el club nocturno más elegante del Reina, el Salón de los Vientos Estelares, después de una sesión altamente exitosa en las mesas de sabacc. Su bolsa de créditos estaba cuidadosamente guardada en un compartimiento secreto cercano a su piel, y se había vuelto satisfactoriamente pesada. Durante aquel viaje Lando ya había conseguido ganar aproximadamente cuatro veces lo que le había costado su caro billete, lo cual constituía un margen de beneficios realmente excelente.

Mientras jugaba ¡una actividad muy seria!— Lando optaba por volverse abstemio, y rara vez probaba las bebidas alcohólicas. Pero en aquel momento se estaba relajando, por lo que se permitía tomar sorbos de una Flor Nocturna Tarkeniana mientras iba masticando un puñado de jer-wevilios espolvoreados con sal. La orquesta del Salón de los Vientos Estelares era francamente buena y estaba

ofreciendo selecciones de viejos éxitos alternados con los temas de jazz más modernos, y una gran parte de la clientela estaba bailando. Lando se dedicó a contemplar a las damas carentes de escolta, y se preguntó si se sentía lo suficientemente interesado por alguna de ellas para llegar a pedirle un baile.

Sus ojos no paraban de volver una y otra vez a una mujer que estaba sentada a una mesa no con un escolta del sexo masculino, sino con dos. Tan humana como impresionante, la mujer lucía una larga melena rojiza recogida con peinetas de zafiro enjorjado y poseía un rostro y una figura fascinantes. Lando no consiguió decidir si mantenía algún tipo de relación romántica con cualquiera de sus escoltas. Estaba sentada muy cerca de ellos y sonreía y se inclinaba hacia adelante para escuchar mientras primero uno, y luego el otro, le hablaban al oído. Pero cuanto más la observaba, más se iba convenciendo Lando de que ninguno de los hombres estaba disfrutando de una «cita» con ella. En las sonrisas de la mujer había más camaradería que romanticismo. Tampoco había ninguna sugestión de intimidad perdurable en los breves contactos de los hombros de sus acompañantes cuando rozaban los suyos.

Lando se terminó su copa, y ya casi estaba listo para levantarse y preguntar a la hermosa desconocida si le gustaría bailar cuando el excelente grupo-orquesta de rughjas, Umjing Baab y su Trío Rítmico, dio por terminada la selección que había estado interpretando. El grupo sólo estaba formado por tres músicos, pero como cada rughja poseía miembros flexibles y tocaba un mínimo de diez instrumentos, sonaban como una auténtica orquesta. De hecho, cuando mirabas a Umjing Baab y sus dos acompañantes resultaba difícil discernir nada que no fuesen miembros terminados en todo un surtido de instrumentos, aunque de vez en cuando uno de los múltiples ojos del intérprete se hacía visible a través del amasijo.

El grupo era muy versátil y tocaba absolutamente de todo, desde los ritmos sincopados hasta las selecciones de jazz modernas. El jugador aplaudió cortésmente mientras los músicos terminaban una versión lenta de 'Amores y lunas', y luego se recostó en su asiento mientras el líder, Umjing Baab, dejaba su trompeta kloo en el suelo, se quitaba de encima el nalargón e iba con un ágil serpenteo hacia el sistema de megafonía. La voz del rughja tenía un cierto timbre metálico, lo cual resultaba muy comprensible teniendo en cuenta que era generada de manera artificial. Los rughjas eran una especie cuya comunicación natural no resultaba audible para los humanoides. Umjing Baab «habló», con la luz del foco reflejándose en la reluciente piel malva de sus miembros superiores.

—Buenas noches, damas y caballeros. Esta noche tenemos con nosotros a una invitada cuya presencia nos honra, una auténtica celebridad a la que espero podremos

convencer para que nos favorezca con una canción. ¡Únanse a mí para dar la bienvenida a la dama Bria Lavval!

Lando volvió a aplaudir educadamente, pero sus aplausos no tardaron en volverse genuinos cuando comprendió que el líder del grupo se estaba refiriendo a su atractiva desconocida. Sonriendo y ruborizándose, la mujer se medio levantó de su asiento para responder con una reverencia, pero después, apremiada por los aplausos, se recogió las faldas de su largo traje-vaina azul eléctrico (un color que resaltaba la luminosidad de sus cabellos) y subió los peldaños del estrado de los músicos.

Tras haber hablado con Umjing Baab durante unos momentos, Bria Lavval fue hacia el micrófono y empezó a seguir el ritmo de la percusión con una puntera adornada por joyas, y después la orquesta atacó una versión suavemente melódica de «Sueños perdidos», uno de los grandes éxitos del año pasado.

Bria Lanal empezó a cantar. Lando había oído a un montón de cantantes en sus tiempos, y Lavval distaba mucho de ser la mejor. Su control de la respiración era un tanto irregular, y eso la obligaba a acortar algunas de las notas más agudas. Pero su voz era potente y hermosa, y los tonos de contralto resultaban agradablemente apasionados. Teniendo en cuenta su figura, su rostro y su sonrisa, Lando estaba dispuesto a perdonarle su carencia de técnica profesional. Unos momentos después de haber empezado su canción, Bria Lavval ya tenía a todos los humanoides de sexo masculino del club pendientes de ella.

Cantó con gran apasionamiento sobre el amor perdido, la tierna tristeza, los vagos recuerdos que se iban desvaneciendo con el paso del tiempo...

Lando estaba totalmente cautivado. Cuando la actuación llegó a su fin, aplaudió tan entusiásticamente como el resto de la audiencia. Sonriendo y ruborizándose de una manera encantadora, Bria Lavval se dejó escoltar de vuelta a su mesa por Umjing Baab, quien se inclinó ante ella en una gran genuflexión y luego fue a reunirse con los otros dos rughjas que formaban su grupo.

Mientras el Trío Rítmico atacaba una nueva melodía, Lando se levantó sin vacilar y fue hacia la cantante, consiguiendo adelantarse por una fracción de segundo a un opulento banquero alderaaniano al que había aliviado de una gran parte de su exceso de créditos a primera hora de esa misma noche.

Lando llegó a la mesa de la dama Lavval, se inclinó ante ella y la obsequió con la sonrisa más deslumbrante y encantadora de su amplio repertorio.

—¿Puedo...? —preguntó, ofreciéndole su brazo.

Lavval titubeó durante un segundo interminable, y después lanzó una rápida mirada a cada uno de los hombres sentados junto a ella y se encogió de hombros en un movimiento casi imperceptible.

—Gracias —dijo, y se levantó. Lando la escoltó hasta la pista de baile. Lavval miró a su alrededor y frunció levemente el ceño en aparente consternación—. Oh,

cielos. Me temo que no sé bailar esta pieza...

Lando se sintió bastante sorprendido. El margengai llevaba un mínimo de cinco años siendo enormemente popular.

—Es muy fácil —dijo, poniendo la mano sobre el hombro de Lavval y entrelazando los dedos de la otra con los suyos—. Le enseñaré cómo se hace.

Lavval se saltó varios pasos y dejó caer el tacón de su zapatilla adornada con joyas sobre los dedos del pie de Lando en un momento dado, pero pasados un par de minutos, y gracias a las experimentadas instrucciones de Lando, empezó a desenvolverse bastante mejor. Poseía un excelente sentido del ritmo, y sus reflejos también eran magníficos. Lando se dio cuenta de que en cuanto hubo logrado memorizar la compleja pauta de los pasos, su pareja de baile empezó a pasarlo realmente bien. Bria Lavval era casi tan alta como él, y mientras giraban por la pista empezaron a recibir las miradas llenas de admiración de los espectadores que aún no se había levantado de sus asientos.

—Bueno, veo que ya le has pillado el truco —dijo Lando—. No cabe duda de que has nacido para bailar.

—Llevo años sin hacerlo —confesó ella con la voz un poco entrecortada mientras la música cambiaba para volverse todavía más rápida Lando la hizo girar en un vertiginoso paso triple de boxnov. Lavval estaba un poco oxidada, pero resultaba obvio que ya tenía cierta experiencia con aquel tipo de baile bastante más antiguo.

—Eres realmente maravillosa —le aseguró Lando—. Encontrar una pareja como tú acaba de convertirme en el hombre más afortunado que hay en toda esta nave.

Lana!, las mejillas ruborizadas por el ejercicio y los elogios, le obsequió con una resplandeciente sonrisa.

—Adulador.

Lando fingió sentirse muy ofendido.

—¿Quién, yo? He hecho voto de decir la verdad, dama Bria... Bria.. Qué nombre tan bonito, por cierto. Eres corelliana, ¿verdad?

—Sí —dijo Lavval, envarándose ligeramente entre sus brazos y con un súbito brillo de cautela recelosa en los ojos—. ¿Por qué?

—Oh, por nada. Es sólo que estaba pensando que he oído ese nombre anteriormente. ¿Es muy común en tu mundo natal?

—No —dijo ella—. Mi padre se lo inventó a partir de las dos primeras sílabas de los nombres de mi abuela, Brusela e Iafagena. No quería obligarme a cargar con ninguno de ellos, pero al mismo tiempo quería honrarlos de alguna manera.

—Muy astuto por su parte —dijo Lando—. Resulta evidente que era un hombre de gran diplomacia y tacto.

Lavval dejó escapar una risita, pero había una suave nota de tristeza oculta debajo de su alegría.



—Sí, ése es mi padre —admitió—. Me sorprende oírte decir que has conocido a otra Bria, Lando. Siempre he creído que yo era la única.

—Y probablemente lo eres —dijo Lando—. La otra Bria que he conocido era una nave. Mi amigo Han decidió llamar Bria ala Sorosuub que le alquilé hace mucho tiempo.

Lavval dio un pequeño traspiés, pero se recuperó rápidamente. —¿Han? —exclamó—. Hace unos años conocí a un corelliano llamado Han. ¿Tu amigo es corelliano?

Lando asintió y la hizo girar en un rápido semicírculo.

—Han Solo y yo somos amigos desde hace muchísimo tiempo —dijo en cuanto volvió a tenerla entre sus brazos—. ¡No me digas que le conoces!

Lavval dejó escapar una suave risita.

—Pues le conozco. Tiene que ser el mismo tipo, desde luego. Cabellos castaños, ojos marrones con una sombra de verde, un poquito más alto que tú..., y tiene una encantadora sonrisa torcida.

—¡Caramba! —exclamó Lando, enarcando una ceja—. Veo que le conoces realmente bien, ¿eh? Ese chico se mueve mucho, ¿verdad?

El rostro de Lavval enrojeció levemente bajo su mirada maliciosa, y desvió la mirada y se apresuró a concentrarse en los intrincados pasos de baile durante unos momentos. Cuando volvió a alzar la mirada hacia él, Lando vio que sus ojos estaban iluminados por un sarcástico brillo de diversión.

—Sólo es parte de mi pasado, igual que un montón de otros hombres —dijo—. También tiene que haber unos cuantos esqueletos guardados en tu bodega de carga, ¿no?

Lando, comprendiendo que había abordado un asunto delicado, se alegró de aquella ocasión de cambiar de tema.

—Puedes apostar a que sí —dijo.

Siguieron bailando durante un rato, y Lando descubrió que disfrutaba enormemente de la compañía de la cantante. Volvió la cabeza hacia su mesa, y vio que los acompañantes de su pareja ya se habían ido del club nocturno.

—¿Quiénes eran esos tipos que estaban sentados a tu mesa? Lavval se encogió de hombros.

—Relaciones de negocios —dijo—. Feldron es mi agente, y Renkov se encarga de todo lo relacionado con mis actuaciones.

—Comprendo —dijo Lando, secretamente deleitado. Resultaba obvio que Lavval hablaba en serio cuando daba a entender que ninguno de aquellos hombres despenaba la más mínima clase de interés romántico en ella—. Bien... ¿Quieres tomar una copa, quizá? Estaba pensando en algún sitio que fuera un poquito más... privado.

Lavval le lanzó una mirada penetrantemente evaluadora, y después asintió y dio

un paso hacia atrás, saliendo de entre sus brazos.

—De acuerdo. Sí, creo que me gustaría... Así podríamos hablar de nuestros... conocidos mutuos.

Lando extendió el brazo hacia su mano, la tomó y se la llevó a los labios.

—Será un auténtico placer hablar contigo de nuestros conocidos mutuos —dijo.

—¿Mi camarote, el número 112, dentro de... digamos unos treinta minutos? —propuso Lavval.

—Treinta minutos —dijo Lando—. Contaré hasta el último de ellos.

Lavval le dirigió una sonrisa que contenía tanto diversión como verdadero placer, y después giró sobre sus talones y dejó a Lando en el borde de la pista de baile. Lando la vio alejarse, y descubrió que el hacerlo era una ocupación muy agradable. Lavval llegó a la entrada del club nocturno, pasó junto a un anómida que estaba apoyado en el quicio, observando a las parejas que bailaban y oyendo la música, y luego desapareció.

Lando sonrió. «Bien, y ahora he de encontrar la mejor botella de vino que se pueda comprar a bordo de esta nave, y unas cuantas flores —pensó, y echó a andar hacia el bar con largas y enérgicas zancadas—. Veintinueve minutos y contando...»

Mientras avanzaba con paso rápido y decidido por el pasillo que llevaba a su camarote, Bria se dijo que debía calmarse. ¡Pero se sentía muy excitada, porque acababa de comprender que por fin iba a tener noticias de Han! Estaba claro que Lando Calrissian era algo más que un conocido suyo. Bria tenía tantas ganas de llegar a su camarote que recorrió los últimos metros que la separaban de la puerta del 112 casi corriendo. «Por fin! Alguien que le conoce bien, que puede decirme qué tal le van las cosas, qué ha estado haciendo..., ¡y dónde se encuentra!»

En el mismo instante en que llegaba a la puerta de su camarote, se le ocurrió pensar que Han quizá estaba en Nar Shaddaa, su destino final. Bria se preguntó si realmente era posible que le bastara con esperar cuarenta y ocho horas para llegar a verle. La idea le pareció increíblemente emocionante, y al mismo tiempo volvió todavía más intenso suya considerable nerviosismo. ¿Qué sentiría al volver a estar cerca de Han después de más de nueve años?

Mientras abría la puerta de su camarote, Bria descubrió que le temblaban las manos. Estaba tan absorta en los recuerdos de Han que no tuvo la más mínima advertencia previa de lo que iba a ocurrir. En un momento dado la puerta se estaba abriendo ante ella, y al siguiente un potente empujón hizo que su cuerpo cruzara el umbral y entrara en la sala de estar de la suite con tal violencia que ni siquiera dispuso del aliento necesario para gritar.

Sus zapatillas de tacón alto resbalaron sobre el reluciente suelo y Bria se tambaleó, tropezó e intentó recuperar el equilibrio. Acababa de iniciar la caída cuando sintió el pinchazo de algo afilado que se clavaba en su espalda.

Sólo tuvo un instante para comprender que le habían disparado alguna clase de droga para dejarla sin conocimiento. Mientras caía, logró volverse ligeramente con sus últimas reservas de energía y vio a un anómida totalmente desconocido inmóvil en el umbral detrás de ella. Bria consiguió emitir un débil grito de advertencia dirigido a sus amigos antes de que todo empezara a desvanecerse a su alrededor...

A desvanecerse...

Y a volverse de color negro...

Boba Fett contempló cómo la Tharen caía al suelo y se quedaba inmóvil. Cerró rápidamente la puerta que daba al pasillo que se extendía detrás de él y dio un paso hacia adelante..., en el mismo instante en que los hombres con los que había estado viajando Tharen salían del dormitorio de la derecha.

Boba Fett extendió el brazo, flexionó la mano y un dardo mortífero (a diferencia del soporífico que había derribado a la mujer) salió disparado hacia el más veterano de los dos oficiales de la resistencia y se incrustó en su garganta. El hombre sólo tuvo tiempo para emitir un jadeo ahogado, y después murió antes de que su cuerpo cayera al suelo.

El otro hombre no titubeó, sino que se lanzó sobre su atacante. Boba Fett apartó a un lado la capa anómida y permaneció inmóvil mientras el hombre le atacaba, la boca contorsionada en un grito silencioso.

El líder rebelde tal vez fuera un buen oficial a la hora de planear la estrategia y los ataques, pero no era ningún experto en el combate sin armas. Boba Fett detuvo su golpe con un antebrazo, y después respondió a él con un golpe tan duro como letal que aplastó la laringe del corelliano.

Fett contempló con gélida impasibilidad la muerte del oficial rebelde. Su agonía no duró más de un minuto.

Boba Fett se inclinó sobre el muerto, planeando arrastrar su cuerpo y el de su compañero hasta el rincón de la habitación y arrojar después algunas sábanas sobre ellos, más para disimular el hedor de los esfínteres súbitamente aflojados a causa de la muerte que por cualquier sentido de obligación concerniente al decoro.

La máscara que llevaba limitaba la visión periférica de Boba Fett. Sin su casco mandaloriano provisto de sensores especiales, el cazador de recompensas sólo dispuso de un instante de advertencia previa antes de que el peligro cayera sobre él. Boba Fett logró esquivar el ataque en el mismo segundo en que el guardaespaldas rebelde se lanzaba sobre él, moviéndose en silencio y con una experta agilidad de la que habían carecido los dos oficiales de mayor edad.

El cazador de recompensas giró sobre sí mismo para alejarse del joven, y mientras lo hacía se quitó de un manotazo la pesada capa anómida y la lanzó contra el rostro del guardaespaldas. Su oponente se la sacó de encima con un movimiento tan rápido como fluido y reanudó el ataque. Tendría treinta y pocos años e iba descalzo,

con el pecho desnudo y vestido únicamente con unos pantalones cortos. Resultaba obvio que había estado durmiendo en la otra habitación cuando los dos oficiales iniciaron su infortunado ataque.

Boba Fett comprendió al instante que se estaba enfrentando a un soldado habituado a combatir y que había sido adiestrado para utilizar sus manos y sus pies como armas..., y que también había sido adiestrado en el uso de la hoja vibratoria que empuñaba en una mano. Boba Fett sonrió levemente detrás de sus dos máscaras, sintiéndose complacido al verse desafiado y, además, por alguien que estaba claro sabía lo que se hacía. Disponía de otro dardo letal que hubiera podido usar, pero decidió no hacerlo. Un poco de ejercicio no le iría nada mal. Muy pocos enemigos merecían su tiempo, y ya habían transcurrido muchos meses desde la última ocasión en que pudo tomar parte en un combate desarmado.

El guardaespaldas ya venía hacia él en un ágil paso de danza, el cuerpo perfectamente equilibrado, los ojos dirigidos hacia adelante y la hoja vibratoria preparada para asestar una cuchillada dirigida contra las entrañas. Boba Fett le dejó acercarse y luego esquivó el ataque en el último segundo posible, estirándose en un arco como un bailarín de gravedad cero para acabar girando en redondo y salir de la trayectoria de la acometida. Su mano se extendió velozmente mientras se movía, y asestó un potente golpe detrás de la oreja derecha del soldado.

Pero el soldado consiguió esquivar el ataque en el último instante, y el golpe concebido para dejarle sin conocimiento sólo logró aturdirle. El soldado se tambaleó, meneó la cabeza y volvió a avanzar en busca de más golpes.

Para Boba Fett fue un placer complacerle. Los dos adversarios se desplazaron el uno alrededor del otro en una horrible parodia de la forma en que Lando Calrissian y Bria Tharen habían estado bailando en la pista del Salón de los Vientos Estelares hacía tan sólo unos minutos.

El guardia volvió a atacar y Boba Fett volvió a esperar, y después esquivó nuevamente el movimiento en el último segundo en que era posible hacerlo. Otro golpe hizo que el corelliano emitiera un jadeo después de que el empuje de Fett chocara con la parte de atrás de su rodilla. La pierna del guardia se dobló y, por primera vez, Fett vio miedo en sus ojos. El guardia acababa de comprender que se estaba enfrentando a un enemigo inmensamente superior a él, pero aun así logró superar su dolor y su debilidad y se dispuso a lanzar un nuevo ataque. «Un hombre que conoce su deber y no lo rehúye —pensó Boba Fett—. Admirable. La recompensa por su coraje será una muerte rápida y lo menos dolorosa posible...»

Boba Fett pasó al ataque por primera vez. Su pie salió disparado hacia adelante en un golpe impecablemente preciso, y chocó con la muñeca del hombre en un impacto espantosamente potente. La hoja vibratoria salió volando por los aires. Fett se preparó para acabar con su adversario. Lanzó un segundo golpe por detrás de la otra rodilla, y

el hombre empezó a doblarse sobre sí mismo después de que sus piernas demostraran ser incapaces de seguir sosteniéndole. Pero eso carecía de importancia. Fett ya había rodeado su cuello con una presa tan rígida e implacable como el duracero: un veloz tirón hacia un lado y el guardaespaldas se aflojó entre sus brazos, muerto.

Boba Fett arrastró el cuerpo del hombre hasta el rincón y lo dejó allí, y después repitió la operación con los otros. Luego extendió las sábanas de una de las camas encima de los cadáveres. Mientras estaba terminando esa tarea, vio que la Tharen había empezado a removerse.

Cuando recobró el conocimiento, Bria descubrió que estaba atada de una manera tan eficiente que después de un instante ni siquiera se molestó en seguir debatiéndose. Se encontraba sola en la sala, sentada encima de la gruesa alfombra y con la espalda apoyada en uno de los sillones. Le costaba pensar con claridad y tenía una sed terrible, pero por lo demás no había sufrido ningún daño.

Salvo por el miedo, naturalmente... Bria ya se había encontrado en situaciones apuradas anteriormente, durante las batallas, pero nunca había sido capturada de aquella forma. Estar sentada en la soledad de la habitación y preguntarse quién le había hecho aquello, y por qué, hizo que se sintiera invadida por la impotencia más terrible del mundo.

Tenía que haber sido aquel anómida, pero Bria nunca había tenido ninguna clase de contacto con esos alienígenas anteriormente, y no podía imaginarse por qué alguno de ellos podía desear hacerle daño. El anómida quizá fuese un cazador de recompensas. Ésa era la única explicación que parecía tener algún sentido...

Bria se humedeció los labios, respiró hondo y se preparó para lanzar un grito que sería oído incluso al otro lado de la puerta cerrada de un camarote. Fue entonces cuando se fijó en dos cosas: los cuerpos de sus compañeros, tapados por sábanas y eficientemente amontonados allí donde no podrían ser vistos por quien se encontrara en la puerta..., y la esponja de sonidos. El pequeño artefacto había sido colocado en el suelo cerca de ella, y el parpadeo de la luz indicaba que estaba activado. La esponja de sonidos ahogaría de manera altamente efectiva cualquier grito que pudiese llegar a surgir de su garganta. Bria cerró la boca y los ojos y apoyó la cabeza en el sillón. «Estupendo... Sea quien sea ese anómida, no cabe duda de que ha pensado en todo.»

¿Quién podía ser? Resultaba obvio que el alienígena se había deshecho de Darnov, Feltran e incluso Treeskaa (y Bria conocía su reputación en el combate sin armas) en cuestión de minutos. Podía ver el cronómetro mural, y enseguida comprendió que sólo había estado inconsciente durante unos diez minutos.

Mientras estaba sentada en el suelo e intentaba pensar en algo que pudiera hacer, el anómida abrió la puerta del camarote y entró, trayendo consigo un maletín enorme y de aspecto muy pesado que dejó sobre el suelo con un golpe sordo. Al ver que Bria estaba despierta, fue al cubículo sanitario y no tardó en volver con un vaso de agua.

Después se arrodilló junto a ella y redujo levemente el nivel de absorción de los sistemas de la esponja de sonidos para que Bria pudiera oír su voz.

—Esa droga narcótica da muchísima sed —dijo—. Este vaso sólo contiene agua. No tengo ninguna intención de hacerte daño. La recompensa que ofrecen por ti específica que debes ser entregada ilesa.

Le alargó el vaso de agua y Bria se inclinó hacia él, y después titubeó. No se atrevía a beberla. ¿Y si se encontraba ante un cazador de recompensas del Imperio o un agente imperial? ¿Y si el agua contenía alguna clase de droga de la verdad? Su sed se había convertido en un infierno devastador que le abrasaba la boca y la garganta, pero Bria meneó la cabeza.

—Gracias de todas formas —logró decir—. No tengo sed.

—Por supuesto que tienes sed —dijo el anómida—. Tus ridículos secretos de la resistencia no me importan en lo más mínimo. —Apartó su máscara vocalizadora a un lado y tomó un largo sorbo del vaso—. El agua es totalmente inofensiva —dijo, volviendo a ofrecérsela.

Bria le contempló en silencio durante unos momentos, parpadeando lentamente hasta que su sed acabó venciendo. Bebió abundantemente mientras el anómida la ayudaba a hacerlo. Después vio cómo volvía a ponerse la máscara vocalizadora, y apoyó la espalda en el sillón antes de hablar.

—No eres un anómida —dijo—. Esos seres no pueden hablar sin sus máscaras vocalizadoras. Resulta obvio que eres un cazador de recompensas disfrazado. ¿Quién eres?

Los luminosos ojos azul plateados del anómida se clavaron en el rostro de Bria.

—Muy observadora, Bria Tharen. Tu reacción me complace. La histeria es tan molesta como inútil. En cuanto a mi identidad... Bien, quizá me conozcas por el nombre que he adoptado. Estás hablando con Boba Fett.

«¿Boba Fett?» Bria, los ojos desorbitados, dejó caer todo su peso sobre el sillón mientras intentaba no dejarse dominar por el miedo que la mera mención casual de aquel nombre había bastado para hacer surgir dentro de ella. Un instante después, Bria se encontró rezando a los dioses de su infancia por primera vez en años.

Pasados unos momentos se humedeció los labios.

—Boba Fett... —consiguió decir—. Conozco ese nombre. Nunca hubiese imaginado que se molestara en perseguir presas imperiales. La recompensa que los imperiales han ofrecido por mi cabeza no justifica que pierdas el tiempo conmigo.

El cazador de recompensas asintió.

—Cierto. Pero la recompensa ofrecida por el clan Besadii asciende a cien veces esa suma.

—Teroenza... —murmuró Bria—. Tiene que haber sido él. Por lo que había oído

decir la recompensa era de cincuenta mil créditos, no de cien mil.

—El clan Besadii dobló la recompensa después de que capturases la nave de esos traficantes de esclavos.

Bria intentó sonreír.

—Ser tan popular resulta muy agradable —logró murmurar Bria—. El Grillete del Helot se dedicaba al tráfico de esclavos. Tenía que detenerlos, y no lo lamento.

—Excelente —dijo Boba Fett—. Eso debería hacer que nuestra corta relación resultara lo más agradable posible. ¿Quieres un poco más de agua?

Bria asintió, y Boba Fett le trajo otro vaso. Esta vez Bria bebió de él sin necesidad de que se lo pidiera. Bria estaba intentando recordarla parte de su adiestramiento concerniente a qué debía hacer si era capturada. No iba de uniforme, por lo que no disponía de ninguna canción de cuna con la que poner fin a su sufrimiento. Además, se encontraba muy lejos de Nal Hutta o de Ylesia..., y podían ocurrir muchas cosas entre aquel lugar y esos mundos. Bria decidió no apresurarse y conseguir que Fett siguiera hablando, siempre que pudiera hacerlo. Todas sus instrucciones decían que la cautividad se volvía más fácil de soportar si tus captores empezaban a considerarte como una persona de carne y hueso, y que eso servía para aumentar las probabilidades de que acabaran cometiendo alguna clase de descuido.

Bria también era consciente de que las probabilidades de que Boba Fett cometiese un error eran increíblemente reducidas. Aun así, por el momento no tenía otra cosa que hacer, ¿verdad?

Intentó no volver la mirada hacia los cuerpos cubiertos por sábanas que yacían en el rincón.

—Sabes una cosa? —murmuró después—. He oído hablar mucho de ti. Eso ha hecho que me pregunte si todo lo que dicen acerca de Boba Fett es verdad.

—¿Y qué cosas dicen sobre mí?

—Que tienes tu propio código moral. Eres el mejor cazador que existe, pero no eres ningún matón. No obtienes ningún placer de infligir dolor.

—Cierto —dijo Boba Fett—. Poseo un gran sentido de la moral.

—¿Qué opinas del Imperio? —preguntó Bria mientras Boba Fett empezaba a examinar el contenido del pesado maletín que había introducido en la habitación, lo que le permitió tener un fugaz atisbo de su famoso casco.

—Creo que el Imperio, aunque moralmente corrompido en algunos aspectos, es el gobierno legal y legítimo. Obedezco sus leyes.

—¿Moralmente corrupto? —preguntó Bria, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿En qué sentido?

—En varios.

—Dime uno.

Boba Fett la miró fijamente y Bria se preguntó si iba a ordenarle que se callara,

pero el cazador de recompensas respondió pasados unos momentos.

—La esclavitud, por ejemplo. Es una institución moralmente corrupta que degrada a todas las partes implicadas.

—¿De veras? —exclamó Bria—. Entonces tenemos algo en común. A mí tampoco me gusta demasiado la esclavitud.

—Lo sé.

—Fui esclava durante algún tiempo —dijo Bria—. Y fue horrible...

—Lo sé.

—Me parece que sabes muchas cosas sobre mí.

—Sí.

Bria volvió a humedecerse los labios.

—Y sabes que Teroenza y quienquiera que esté dirigiendo el clan Besadii actualmente planean matarme de alguna forma tan prolongada como horrible, ¿verdad?

—Sí. Lo cual es infortunado para ti, y muy lucrativo para mí. Bria asintió y le lanzó una mirada suplicante.

—Dado que sabes tantas cosas sobre mí, sabes que tengo un padre, no?

—Sí.

—Entonces quizá... Ya sé que esto parecerá un poco inusual, pero dadas las circunstancias... Bueno, quizá no te importaría...

Bria se calló, haciendo un esfuerzo desesperado para recuperar el control de sí misma. Por fin empezaba a comprender que estaba acabada, y que no iba a poder salir de aquel lío.

—¿Qué?

Bria respiró hondo antes de hablar.

—Hace años que no veo a mi padre. Siempre estuvimos muy cerca el uno del otro. Mi madre y mi hermano no valen gran cosa, pero mi padre... —Bria se encogió de hombros—. Supongo que ya me entiendes, ¿no? Cuando empecé a colaborar con el movimiento de resistencia, sabía que volver a verle habría sido demasiado peligroso para ambos. Pero he encontrado formas de informarle de que estoy viva sin que eso le pusiera en peligro. Un par de veces al año, mi padre recibe un mensaje a través de unos canales muy complicados. No son mensajes muy largos, desde luego. Cosas del tipo de «Bria está bien», básicamente...

—Sigue.

La voz del cazador de recompensas estaba totalmente vacía de cualquier clase de expresión.

—Bien, el caso es que... No quiero que mi padre espere un nuevo mensaje mío durante meses y meses y nunca llegue a recibirlo. ¿Podrías... informarle de que he muerto? Mi padre significa mucho para mí. Es un buen hombre, un hombre decente...



Paga sus impuestos imperiales, es un ciudadano honorable y todo eso. Así pues... Si te diera su nombre y su dirección, ¿podrías enviarle un mensaje? «Bria ha muerto», ¿entiendes? Bastaría con eso.

Para gran sorpresa de Bria, Boba Fett asintió.

—Así lo haré. ¿Qué...?

El cazador de recompensas se interrumpió cuando sonó la campanilla de la puerta. Bria se incorporó bruscamente, y Boba Fett se puso en pie con un movimiento tan veloz y fluido como el de un animal que acechara a su presa.

La campanilla volvió a sonar.

—¿Bria? —le oyó decir Bria desde fuera del camarote a una voz medio ahogada por la esponja de sonidos—. ¡Eh, Bria! ¡Soy yo, Lando! —Calrissian... —murmuró Boba Fett.

El cazador de recompensas puso al máximo la esponja de sonidos con un veloz movimiento de la mano. Después fue hasta la puerta, tecleó la orden de apertura y se escondió detrás de ella

—¡Lando, no! —gritó Bria—. ¡Vete!

La esponja de sonidos absorbió su voz. En vez de llenar el camarote, su grito se volvió tan inaudible como un murmullo.

Con sus flores y su botella de vino en una mano, Lando se apresuró a cruzar el umbral de la suite de Bria Lavval.

—Siento llegar con unos minutos de retraso —estaba diciendo—. La florista ya había cerrado, y tuve que...

Lando se interrumpió, paralizado por la confusión y abriendo mucho los ojos al ver a Bria, sentada en el suelo junto al sillón con los brazos atados a la espalda, y el montículo cubierto de sábanas en un rincón del cuarto. Después empezó a retroceder lentamente, comprendiendo que acababa de cometer un terrible error.

La puerta se cerró detrás del jugador.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Lando, sólo para oír cómo su voz sonaba extrañamente débil y ahogada.

Al percatarse de la dirección de la mirada de Bria, el jugador giró sobre sus talones y se encontró con el anómida, que le estaba mirando fijamente.

—Me alegro de volver a verte, Calrissian —dijo el anómida—. Por suerte para ti, nunca mezclo los negocios con el placer.

—¿Qué...? —empezó a decir Lando, y un instante después vio el enorme maletín abierto en el suelo. Sus oscuros ojos se desorbitaron—. Fett... —murmuró.

—Sí —dijo el cazador de recompensas—. Será mejor que ésa sea la última palabra que oiga salir de tus labios, Calrissian. No estoy aquí por ti. Cooperas y tal vez te deje vivir. Quizá puedas serme de utilidad.

Lando ya había comprendido que discutir no serviría de nada, y soltó dócilmente

el vino y las flores. Unos momentos después se encontró sentado a unos metros de Bria, tan eficientemente atado como ella y con la espalda apoyada en un sofá.

Boba Fett clavó la mirada en Bria.

—Cuando atraquemos en la plataforma de Nar Hekka mañana, tú y yo saldremos del Reina andando el uno al lado del otro. Yo estaré armado, pero mi armamento no podrá ser detectado por ninguna inspección visual o examen de seguridad. Tú permanecerás cerca de mí y a mi derecha en todo momento, y guardarás silencio. ¿Lo has entendido?

Bria asintió.

—Sí. Pero ¿qué pasa con Lando?

La nota de miedo que había en su voz hizo que el jugador le lanzara una mirada llena de agradecimiento.

—La vida de Calrissian depende de ti, Bria Tharen. Si me das tu palabra de que no alertarás a nadie, lo dejaré aquí, atado y amordazado pero vivo.

Bria enarcó las cejas.

—¿Y estás dispuesto a confiar en mi palabra?

—¿Por qué no? —replicó Boba Fett, empleando un tono levemente burlón—. Valoras las vidas de los inocentes más que la tuya. Conozco muy bien a la gente como tú. Pero sólo para asegurarme... Bien, planeo conectar un detonador de control remoto al cuerpo de Calrissian antes de que nos vayamos. Si nos encontramos con alguna clase de problemas, los androides de limpieza tendrán que arrancar sus restos de las paredes.

Lando tuvo que hacer un considerable esfuerzo para poder tragar saliva.

Bria miró al jugador y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. —Tienes razón acerca de mí, Fett —dijo después—. Te doy mi palabra de que no te crearé dificultades.

—Excelente —respondió Boba Fett—. En el momento en que...

El cazador de recompensas se interrumpió cuando una alarma empezó a aullar repentinamente a través del Reina del Imperio con un volumen capaz de romper los tímpanos. Lando se irguió de golpe, abriendo mucho los ojos. ¿Qué demonios...?»

Quince segundos después toda la nave saltó. No había otra palabra con que describir lo ocurrido, porque el gigantesco navío osciló como una boya sacudida por un mar tormentoso. El estómago de Lando amenazó con rebelarse, y el jugador cayó sobre un costado. Volvió la mirada hacia Bria, que había conseguido permanecer sentada en el suelo, y vio que estaba boqueando violentamente mientras hacía desesperados esfuerzos para no vomitar.

—¿Qué está pasando? —logró jadear por fin.

Lando, recordando la orden de permanecer en silencio impartida por Boba Fett, intentó volver a quedar sentado en el suelo.

—Hemos salido del hiperespacio —dijo Fett—. Los sistemas de seguridad deben de haberse encontrado con una sombra gravitatoria y han reaccionado automáticamente.

Lando aplaudió en silencio al cazador de recompensas por su sagacidad y agudeza mentales mientras conseguía rodar sobre sí mismo y erguirse. Tener las manos atadas a la espalda hizo que la maniobra le resultara considerablemente difícil.

—¿Qué ha podido causar eso? —preguntó Bria—. ¿Algún problema con los motores?

—Es posible, pero es más probable que se trate de un ataque —dijo Fett—. Un crucero interdicator imperial puede sacar a una nave del hiperespacio.

—Pero ¿qué razón pueden tener los imperiales para atacar a un crucero de lujo? —preguntó Bria.

Lando se había estado haciendo esa misma pregunta, y no se le había ocurrido ninguna respuesta a ella. Bria frunció el ceño mientras se concentraba en las violentas vibraciones que estaba sufriendo la nave.

—Tienes razón en lo del ataque —dijo por fin—. Estamos envueltos en un rayo tractor.

El cazador de recompensas cogió su maletín y lo dejó detrás del biombo ornamental que adornaba una pared de la suite de lujo. Unos instantes después, Lando pudo oír el tenue susurro de una túnica siendo quitada a toda prisa.

El jugador consiguió atraer la mirada de Bria.

—Confía en mí —murmuró, moviendo los labios de manera casi inaudible—. Si se nos presenta alguna ocasión de actuar, sigue mis indicaciones.

Tuvo que repetirlo varias veces hasta que Bria inclinó la cabeza en señal de comprensión y le dirigió una temblorosa sonrisa.

Unos minutos después el cazador de recompensas salió de detrás del biombo, nuevamente envuelto por su armadura mandaloriana. Empuñaba su rifle desintegrados, que era su única arma visible, pero Lando sabía por experiencia que el cazador de recompensas era un arsenal ambulante de armamento camuflado. Boba Fett fue hacia Bria y le desató los tobillos, y luego hizo lo mismo con Lando.

—Venid conmigo —dijo—. Y... Recuerda una cosa, Calrissian: puedo prescindir de ti. Dama Tharen... Si intentas algo, sea lo que sea, Calrissian morirá. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo Bria.

Lando asintió, y después logró ponerse en pie sin ayuda a pesar de que seguía teniendo los brazos atados. Boba Fett, en una parodia de caballerosidad, ayudó a Bria a levantarse. Bria se tambaleó sobre sus zapatillas de tacón alto, flexionando los pies y torciendo el gesto al sentir los pinchazos de dolor resultantes.

Boba Fett cogió la esponja de sonidos, la desactivó y se la guardó en un bolsillo

de sus pantalones. La desconexión del artefacto permitió que Lando pudiera oír los sonidos de disparos, gritos y pies que corrían. Un sistema de megafonía empezó a funcionar de repente.

—Rogamos a todos los pasajeros que conserven la calma y permanezcan en sus camarotes. Hay una alerta de intrusos, pero su tripulación está haciendo todo lo posible para restaurar el orden. Les iremos informando a medida que haya novedades en la situación. Rogamos a todos los pasajeros que conserven la calma...

«Oh, claro —pensó Lando—. Van a restaurar el orden, ¿verdad? Seguro que sí...» El jugador lanzó una rápida mirada a Bria, y la joven se la devolvió y se encogió levemente de hombros.

Llegaron a la puerta, y Fett le hizo una seña a Lando.

—Ábrela.

El caos se había adueñado del corredor. Tuvieron que esperar en el umbral hasta que una aullante multitud de pasajeros, la mayoría de ellos con camiones y albornoces como único atuendo, pasaron corriendo ante ellos. Fett echó un vistazo a un pequeño artefacto que sostenía en la palma de la mano.

—Hacia la derecha —ordenó.

Lando y Bria obedecieron. El jugador descubrió que le resultaba sorprendentemente difícil caminar con los brazos atados a la espalda. Aquella postura afectaba a su sentido del equilibrio.

Tuvieron que buscar refugio varias veces en alguna entrada para dejar pasar a nuevas hordas aullantes de pasajeros. Los sonidos de disparos se fueron volviendo más intensos y cercanos a medida que se iban aproximando a la cubierta de lanzaderas,

Dejaron atrás los camarotes del pasaje y utilizaron una serie de caminos deslizantes indicados por Fett. A juzgar por los sonidos, la mayor parte de los combates estaban teniendo lugar en los alrededores de las áreas de ataque. El estrépito de la batalla se fue volviendo más ruidoso y más próximo. Cuando llegaron al pasillo que llevaba a la cubierta de lanzaderas, vieron que estaba lleno de cuerpos esparcidos por el suelo y que la mayoría de ellos vestían uniformes que los identificaban como tripulantes del crucero. Algunos cuerpos pertenecían al pasaje, pero ninguno llevaba uniforme imperial. Bria miró a Lando mientras avanzaban tambaleándose por el pasillo. El jugador se sorprendió ante la compostura de que daba muestra ante semejante carnicería, sabiendo como sabía que la visión de un cadáver bastaba para hacer vomitar a la inmensa mayoría de ciudadanos.

Lando forzó la vista en un intento de detectar la presencia de los atacantes, pero hasta el momento no se habían encontrado con ninguno. Se lamió los labios secos, siendo consciente de que, incluso con los brazos atados, tenía que tratar de hacer algo antes de que los tres subieran a una lanzadera. Dentro de una lanzadera no tendrían

ninguna posibilidad. Lanzó una rápida mirada de soslayo a su compañera de cautividad, intentando evaluar su capacidad de prestarle ayuda si intentaba algo.

Durante un momento se le ocurrió preguntarse por qué aquella hermosa joven — ya que Bria no podía tener mucho más de veinticinco años— estaba siendo perseguida nada menos que por Boba Fett. Bria debía de ser algo más de lo que aparentaba a primera vista, y hasta el momento sus observaciones de ella apoyaban esa teoría. Enfrentados al cazador de recompensas más temido de toda la galaxia, la inmensa mayoría de ciudadanos habrían quedado reducidos a temblorosos montones de protoplasma. Pero estaba claro que Bria no era ninguna ciudadana corriente...

Doblaron una esquina que llevaba a la cubierta de lanzaderas, pero sólo consiguieron tropezarse con una partida de abordaje. Lando se quedó totalmente inmóvil, Bria junto a él, al enfrentarse con doce o trece personajes de aspecto altamente amenazador vestidos con un surtido asombrosamente amplio de prendas de colorido tan abigarrado y chillón que ofendió gravemente el sentido de la moda del jugador. Los recién llegados también iban adornados por un gran número de joyas de pésimo gusto.

—¡Piratas! —susurró Bria.

Y de repente todas las piezas del rompecabezas encajaron en su lugar y Lando comprendió con toda exactitud qué le había ocurrido al Reina. Ya había visto aquel truco con anterioridad. Aquellos piratas habían sacado al Reina del hiperespacio remolcando un asteroide de considerables dimensiones en el análogo del espacio real de sus coordenadas hiperespaciales. La «sombra» gravitatoria del pozo de gravedad del asteroide había hecho que los sistemas de seguridad del hiperimpulsor entraran en acción, desconectando la propulsión y devolviendo bruscamente el Reina al espacio real. El plan era tan astuto como audaz..., y llevarlo a la práctica requería disponer de naves muy grandes y de un líder muy valiente. Por primera vez, Lando empezó a sentir un poco de esperanza. «Tiene que ser ella. Nadie más se atrevería a atacar un crucero de lujo tan enorme...»

—¡Atrás! —gritó Boba Fett, y sus cautivos invirtieron obedientemente el curso.

Lando y Bria intentaron correr, pero si a Lando le había parecido que caminar con los brazos atados resultaba difícil, nunca so había imaginado que el correr iba a ser muchísimo peor. Cada momento de la tambaleante carrera le hizo imaginar que se caía, y que a continuación Boba Fett castigaba sumariamente su torpeza ejecutándole de un disparo.

Los dos cautivos consiguieron avanzar con un torpe trote, y Boba Fett siguió apremiándoles a ir más deprisa. Pero un instante después Lando percibió un destello de color cuando se estaban aproximando a otra curva del pasillo. ¡Más piratas!

—¡Alto! —ladró secamente Boba Fett, y su voz sonó doblemente áspera debido a los amplificadores mecánicos.

El cazador de recompensas empujó rápidamente a Bria hacia el hueco de una puerta, y después tiró de Lando hasta colocarlo delante de él a modo de escudo humano.

—No te muevas, Calrissian —siseó Fett, y se irguió detrás de él hasta quedar plenamente visible.

El ruido de pies lanzados a la carrera se fue aproximando y un instante después, más o menos al mismo tiempo, los dos grupos de piratas convergieron sobre ellos desde lados opuestos del pasillo. Boba Fett, que había estado comprobando su armamento, se tensó, preparado para entablar batalla. ¿Contra cuántos piratas? «¿Veinticinco? ¿Treinta? Puede que más...», supuso Lando.

Los dos grupos se aproximaron un poco más y después se detuvieron, como si no supieran qué hacer. Lando no les culpó por ello. No hubiese querido ser la primera persona en abrir fuego contra Boba Fett, ni siquiera con aquel elevado nivel de probabilidades en su favor. El cazador de recompensas encontraría alguna forma de llevarse a un considerable número de atacantes con él.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —gritó una familiar voz de soprano desde las últimas filas de uno de los grupos de piratas. Lando dejó escapar un jadeo de alivio—. ¡Boba Fett! En nombre de todos los infiernos de Barba, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a ganarme una recompensa —replicó Boba Fett—. No tengo nada contra ti, capitana Renthall. Me llevaré mi presa y una lanzadera, y me iré.

Lando se llenó los pulmones de aire y empezó a gritar.

—¡Drea! ¡Soy yo..., Lando! Eh, me alegro de verte...

El aliento de Lando fue bruscamente expulsado de su cuerpo cuando el cazador de recompensas dio un rápido paso hacia atrás y la culata de su rifle desintegrador entró en contacto con el plexo solar del jugador. Lando se dobló sobre sí mismo, tosiendo y jadeando.

Las filas de piratas se fueron separando lentamente y Drea Renthall, capitana pirata y antigua novia de Lando, se abrió paso entre ellas. Renthall era una mujer alta y robusta de unos cuarenta y cinco años, impresionante cabellera color oro y plata, tez muy blanca y los ojos grises más gélidos que Lando había visto en toda su vida. Llevaba su típica confusión de prendas: medias rojas adornadas con franjas, una falda de color púrpura bastante subida por un lado, una camisa de seda rosa y un chaquetón blindado. Su corta y erizada cabellera quedaba medio escondida por una aparatosa boina provista de una larga pluma anaranjada.

Lando intentó erguirse. Hubiese querido saludar a la capitana pirata con la mano pero, naturalmente, tenía los brazos atados y además Boba Fett probablemente hubiese castigado esa temeridad con un haz desintegrador.

Renthall los examinó en silencio durante unos momentos antes de hablar.

—Nunca me dijiste que había una recompensa por tu cabeza, Lando —dijo

después.

De hecho, Lando sabía que había varias recompensas por su cabeza en la Centralidad, pero se encontraban en el espacio imperial.

—Nada de eso, Drea —dijo en un tono de voz áspero y entrecortado—. Sencillamente cometí el error de estar... en el lugar equivocado... en el momento equivocado.

Renthal volvió la cabeza hacia el cazador de recompensas.

—¿Es verdad eso, Fett? ¿No hay ofrecida ninguna recompensa por Calrissian?

El cazador de recompensas titubeó durante unos momentos antes de responder.

—Es verdad. Tengo una vieja cuenta pendiente con Calrissian, pero... se trata de algo personal.

Drea Renthal reflexionó durante unos segundos que se hicieron interminables.

—En ese caso, Fett, deberías estar dispuesto a permitir que se marchara. Lando es... Bueno, digamos que es alguien bastante especial para mí. Si dejara que te lo llevaras, luego quizá me costaría dormir por las noches. Te diré lo que vamos a hacer: deja que se vaya, y yo dejaré que te lleves la lanzadera sin cobrarte ni un solo crédito a cambio.

Boba Fett asintió.

—Muy bien —dijo—. Vete, Calrissian —añadió sin volverla cabeza hacia él—. Volveremos a encontrarnos... algún día.

Lando sintió cómo Bria se apartaba de él, proporcionándole espacio para que pasase junto a ella y se fuera. Lo que más deseaba el jugador en aquellos momentos era poner rumbo hacia la seguridad —lo que significaba ir hacia Drea y su pandilla de degolladores—, pero en vez de hacer eso, oyó hablar a su propia voz como si surgiera de otra garganta.

—No. No puedo irme sin la dama Lavval, Drea. No puedes permitir que Fett se la lleve.

Boba Fett no solía sentirse perplejo, pero oyó las palabras de Lando Calrissian con una sorpresa tan grande que casi rozaba el asombro. Siempre había estado convencido de que Calrissian no era más que un cobarde al que le gustaba hacerse el hombre elegante. El cazador de recompensas miró al jugador y se preguntó si Calrissian se habría limitado a emitir un chorro de gas tibanna, haciendo una declaración hueca y carente de todo auténtico significado, pero su expresión enseguida le indicó que hablaba en serio y que el jugador no se iría de allí sin Bria.

La mirada de Fett volvió a posarse en Drea Renthal. ¿Hasta qué punto le importaba lo que pudiera ser de Calrissian? Resultaba obvio que el jugador y ella habían sido amantes en el pasado. Pero Renthal era una mujer práctica. Nadie podía llegar a convenirse en líder de una de las flotas de piratas y mercenarios más grandes

de la galaxia sin ser a la vez pragmático e implacable, Renthall quizá se limitaría a permitir que Calrissian pagara el precio de su estúpida actitud..., ¡que, además, había sido asumida por el bien de otra mujer!

Renthall buscó la mirada de Calrissian y suspiró.

—Eres muy guapo y bailas muy bien, Lando, pero me parece que estás exigiendo demasiado —dijo—. ¿Por qué va a importarme un pelo de regnuff lo que le pueda ocurrir a esta muñequita? ¿Es tu última novia, quizá?

—No —dijo Calrissian—. No hay nada entre nosotros, Drea. Pero Bria es la chica de Han Solo. Han arriesgó su vida para salvar tus alas-Y y el Puño de Renthall, e impidió que el Guardián de la Paz los hiciera pedazos durante la batalla de Nar Shaddaa. Me parece que estás en deuda con él.

Fett volvió a sentirse muy sorprendido. ¿Bria Tharen y Han Solo? Resultaba obvio que esa relación pertenecía a un pasado bastante lejano, dado que Fett había estado vigilando las acciones de Bria durante más de un año y su presa no había establecido ninguna clase de contacto con Solo en ese período de tiempo.

Renthall parpadeó.

—¿Bria? ¿Se llama Bria? ¿Como la nave de Solo? ¿Estamos hablando de esa Bria?

Calrissian asintió.

—Sí. Es esa Bria.

Drea Renthall torció el gesto y masculló una maldición.

—Oh, Lando... Te encanta complicarme la vida, ¿verdad? ¿Tendré que cobrarme esto de tu pellejo, pequeño? De acuerdo, de acuerdo. Tienes razón: una deuda es una deuda. —Metió la mano debajo de su chaquetón blindado y volvió a sacarla con una pesada bolsa—. Joyas y certificados de crédito, Fett —dijo después—. Aquí dentro debería haber un total de algo más de cincuenta mil créditos. Deja que se vayan los dos, y puedes llevarte tu lanzadera. No quiero tener que pelear..., pero no voy a permitir que te vayas con ellos.

Boba Fett recorrió con la mirada las filas de piratas reunidos ante él, evaluando sus posibilidades de salir de allí combatiendo. Había treinta y dos piratas, lo cual complicaba considerablemente las cosas. Su armadura le protegería, y posiblemente incluso lo suficiente como para permitirle escapar, pero Bria Tharen llevaba un traje de noche que le dejaba los hombros al descubierto. Cualquier tiroteo supondría heridas para ella, y quizá su muerte, y las especificaciones de la recompensa dejaban muy claro que Bria debía ser entregada viva y sin que hubiera sufrido ningún daño.

Boba Fett siguió examinando a los piratas fuertemente armados y después volvió la mirada hacia Bria Tharen, y entonces experimentó un diminuto destello de algo que reconoció, con creciente consternación, como alivio. Bria Tharen no moriría aquel día, ni mañana, en una terrible agonía mientras el depravado Gran Sacerdote de



Ylesia se frotaba sus minúsculas manos y dejaba escapar suaves trinos de pura alegría.

Fett respiró hondo.

—La recompensa que ofrecen por ella es de cien mil créditos —dijo.

—¡Vaya! —Renthal volvió la mirada hacia Bria—. ¡Por todos los demonios nocturnos de Kashyyyk, cariño! ¿Qué has estado haciendo? Muy bien, Feto condenado chupasangres... —Se volvió hacia sus hombres, abrió la bolsa y la sostuvo delante de ellos—. Vamos, caballeros. Voy a cobrar el cincuenta por ciento de mi porción del Reina, y voy a hacerlo ahora mismo. Metedla aquí dentro.

El que apenas hubiera protestas dejó bien claro hasta dónde llegaba la reputación de Renthal. Los piratas hurgaron en sus bolsillos y sus faltriqueras, y la bolsa de Renthal no tardó en volverse considerablemente abultada.

Renthal giró sobre sus talones y se la arrojó al cazador de recompensas. Fett la pilló al vuelo, la sopesó y después se rindió a lo inevitable. No cabía duda de que Renthal acababa de ofrecer un magnífico rescate por Bria Tharen.

El cazador de recompensas dirigió una inclinación de cabeza a Lando.

—En algún otro momento, Calrissian.

El jugador le enseñó los dientes en una enorme sonrisa. —Será un placer.

Después Boba Fett se volvió hacia Bria.

—Hasta luego, mi señora.

Bria se levantó, y el cazador de recompensas no tuvo más remedio que admirar su compostura.

—Espero que no —dijo Bria—. A partir de ahora mantendré los ojos bien abiertos.

Boba Fett se volvió hacia Renthal.

—La cubierta de lanzaderas está por ahí— dijo.

—Cierto —dijo la capitana pirata—. Vamos a permitir que el señor Fett pueda llegar hasta esa cubierta de lanzaderas lo más deprisa y cómodamente posible, caballeros. No queremos tener problemas de ninguna clase con él, ¿verdad?

Todos se apartaron respetuosamente, abriendo un amplio pasillo para el cazador de recompensas.

Boba Fett pasó por entre las hileras de piratas con solemne dignidad. Los piratas de la cubierta de lanzaderas también se apresuraron a dejarle pasar. Boba Fett seleccionó una nave, subió a ella, inspeccionó los controles, introdujo la orden de partida y contempló cómo la entrada de las instalaciones de ataque del navío quedaba vacía. Unos momentos después, el cazador de recompensas se alejaba a través de la negrura del espacio.

Solo...

La situación había cambiado de una forma tan inesperada y repentina que Bria

sintió que le daba vueltas la cabeza. En un momento dado se consideraba muerta, y al siguiente estaba a salvo a bordo del navío insignia de los piratas, el *Vigilancia de Renthall*. El *Vigilancia* era realmente enorme, y tenía dos veces las dimensiones de la corbeta de Bria. Drea Renthall había reparado el crucero ligero imperial después de la batalla de Nar Shaddaa. Con su corbeta corelliana, el *Puño de Renthall* y sus escuadrones de alas-Y, la flota de la capitana pirata era verdaderamente impresionante.

—En cuanto supe que estábamos siendo abordados por piratas, comprendí que tenía que ser cosa de la banda de Drea —le dijo Lando mientras varios piratas los llevaban al navío insignia en tanto que Renthall terminaba sus operaciones de abordaje en el Reina—. La he visto usar ese mismo truco de la sombra gravitatoria de un asteroide antes. Sólo Drea dispone de una potencia de fuego lo suficientemente grande para enfrentarse a una presa de las dimensiones del Reina.

Bria miró al jugador.

—Te estoy muy agradecida, Lando... Corriste un grave peligro por mí, y no tenías ninguna necesidad de hacerlo. Eso exigió auténtico valor.

Lando la obsequió con una sonrisa encantadora.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Eres demasiado hermosa para permitir que Boba Fett se quede contigo.

Bria se rió.

—En realidad no era Boba Fett quien me preocupaba, sino las... , las personas que andaban detrás de mí. Son gente bastante desagradable. Comparado con ellos, Boba Fett es un caballero y un estudioso.

Se puso seria y después alzó la mano para señalar la situación aproximada del Reina del Imperio con un pulgar.

—¿Qué les ocurrirá a los pasajeros? —preguntó—. ¿Renthall...?—Tuvo que hacer un esfuerzo para completar la pregunta—. ¿Renthall se dedica al tráfico de esclavos?

Lando meneó la cabeza.

—¿Drea? No. Sólo quiere ganar dinero lo más deprisa posible, y la esclavitud la obligaría a trabajar demasiado. Se llevará todos los objetos valiosos, saqueará la nave y quizá se lleve a unos cuantos prisioneros para pedir rescate. En cuanto hayan pagado el rescate, los devolverá sin haberles hecho ningún daño. Drea es una mujer de negocios, ¿comprendes? Puede llegar a ser implacable cuando la situación así lo exige, no me malinterpretes, pero no es una traficante de esclavos.

Bria le miró fijamente, y Lando extendió el brazo y le cogió la mano.

—Confía en mí —dijo—. Nunca te mentaría.

Bria asintió, y luego se relajó visiblemente.

—Confío en ti, Lando —dijo—. ¿Cómo no iba a confiar en ti después de que te hayas enfrentado a Boba Fett para salvarme? Todavía me cuesta creer que hayas sido

capaz de hacer algo semejante.

Lando meneó la cabeza y sonrió burlescamente.

—A veces me sorprende incluso a mí mismo.

—¿Y Drea Renthal nos llevará a Nar Shaddaa?

—Oh, sí —dijo Lando—. Tienes que actuar en el Castillo del Azar, ¿verdad?

Bria le lanzó una mirada de soslayo y titubeó durante unos momentos antes de responder.

—Bueno... En realidad no es eso lo que me preocupa. Voy a tomar una lanzadera para ir de Nar Shaddaa a Nal Hutta. He de asistir a una cita muy importante.

Lando enarcó las cejas.

—¿Qué motivo puede tener una dama tan hermosa como tú para ir a visitar a un montón de gánsters malolientes como los hutts? Bria sonrió sarcásticamente.

—Bueno...

Lando aguardó en silencio durante unos momentos, y luego volvió a hablar al ver que Bria no decía nada más.

—Tú confías en mí, Bria —dijo—. Quiero ser tu amigo.

Bria respiró hondo.

—Tengo una cita para hablar con Jiliac. Tardé algún tiempo en conseguir que accediera a recibirme, pero por fin lo hizo. Tengo una..., una proposición comercial que hacerle.

Lando frunció el ceño.

—Pues entonces tendrás que coger una lanzadera para ir a Nal Hutta. Jiliac se convirtió en una feliz mamá hutt el año pasado, y me parece que no ha vuelto a poner los pies en Nar Shaddaa desde entonces.

Bria asintió.

—Iré a donde haga falta y hablaré con quien sea preciso hablar. —Alzó la mirada hacia Lando—. Tengo entendido que Han vive en Nar Shaddaa, ¿no? —preguntó, y no pudo ocultar la nota de esperanza que había en su voz.

Lando meneó la cabeza y le lanzó una mirada llena de simpatía.

—Me temo que llegas demasiado tarde. Han se fue al Sector Corporativo hace casi un año, y no se le ha vuelto a ver desde entonces. No sé si habrá vuelto o no.

Bria se mordió el labio.

—Oh. —Pasados unos segundos volvió a alzar la mirada y asintió—.

Bueno, así están las cosas... Y de todas maneras, no estoy muy segura de que Han quiera volver a verme.

Lando volvió a sonreír.

—El hombre que no quiera volver a verte todavía no ha nacido, Bria. Y si quieres saber mi opinión, Han cometió una estupidez dejándote marchar.

Bria dejó escapar una risita sarcástica.

—Me parece que Han no estaría de acuerdo contigo.

Su lanzadera se posó en el muelle de atraque del Vigilancia. Bria se recogió las faldas y se levantó de su asiento. Lando le ofreció solemnemente su brazo para escoltarla durante el descenso por la pasarela.

—Por cierto, Bria... ¿Cómo conseguiste que alguien llegara a ofrecer semejante recompensa por tu hermosa cabeza?

Bria meneó la cabeza.

—Es una historia muy, muy larga, Lando.

El jugador asintió.

—Indudablemente... Pero dado que Drea tardará un par de horas en dejar marchar al Reina, lo único de que disponemos en estos momentos es tiempo.

—Bien, pero hay muchas cosas que no estoy en libertad de contarte... —murmuró Bria.

Lando sonrió.

—Me pregunto por qué no me sorprende oírte decir eso... Te diré lo que vamos a hacer, Bija: encontraré una botella en algún sitio, y luego podrás contarme las partes que no hayan sido declaradas secreto oficial. ¿Trato hecho?

Bria se rió.

—Trato hecho.

## **Segundo interludio: En algún lugar entre el Sector Corporativo y la Hegemonía de Tion**

*Han Solo despertó poco a poco e intentó abrir sus ojos legañosos para que se enfrentaran a la dolorosa acometida de la claridad diurna. La cabeza le vibraba con tanta violencia como una tobera obstruida, y su boca sabía a alimento para banthas. Han dejó escapar un gemido, se dio la vuelta hasta quedar acostado sobre el estómago y se protegió los ojos del horrendo resplandor solar.*

*Unos minutos después consiguió erguirse, se llevó las manos a la cabeza y se preguntó qué demonios le había inducido a dar aquella fiesta la noche anterior.*

*Había sido una más en una larga serie de fiestas...*

*Guardaba un vago recuerdo de que había resultado muy, muy divertida. Buscó a tientas su mochila, encontró un remedio para el dolor de cabeza y se lo tragó sin agua. Después volvió a recostarse en la cama y se mantuvo inmóvil durante varios minutos con los ojos cerrados hasta que el remedio empezó a surtir efecto y el dolor de cabeza se fue disipando poco a poco.*

*Han abrió los ojos y su mirada recorrió la habitación sumida en la penumbra, encontrando obvias evidencias en los restos de comida, botellas esparcidas y demás desorden de que la fiesta había sido realmente muy salvaje y animada. ¿Y cómo demonios se llamaba aquella chica? No conseguía recordarlo.*

*Pero estaba claro que lo habían pasado maravillosamente bien.*

*Han ya llevaba varias semanas viviendo a lo grande gracias a los créditos que había obtenido del tesorero de naves de la Autoridad. Un instante después cayó en la cuenta de que su fajo de créditos era considerablemente más delgado de lo que había sido varias semanas antes, cuando aún no se había despedido de Fiolla.*

*Empezó a pensar en ella y deseó que todavía estuviera a su lado. Pero cuando inició los preparativos para abandonar el espacio del Sector Corporativo, Fiolla compró un billete para casa diciendo que tenía que volver a trabajar y, entre otras cosas, a recibir ese ascenso que estaba segura se merecía por haber seguido el rastro de aquel grupo de traficantes de esclavos.*

*Desde entonces, Han y Chewie habían estado en un mínimo de cinco mundos distintos. Han contempló con los ojos entrecerrados la luz solar que relucía por debajo de la cortina de la habitación de hotel. La claridad brillaba con un tenue color anaranjado, que se volvía un poco más intenso gradas al contraste con el blanco de la tela. ¿Y en qué condenado planeta estoy?.*

*Han no hubiese podido recordar el nombre de aquel mundo ni aunque su vida dependiera de ello.*

*Se levantó y fue al cubículo sanitario. Su dolor de cabeza ya estaba controlado, y empezaba a sentirse con hambre. Han se metió en la ducha, dejó que el agua caliente golpeará su cuerpo y se apoyó en la pared embaldosada. «Ahhhhhh...»*

*Durante un momento se encontró pensando en el hogar y se preguntó qué tal estaría yendo todo. Quizá ya iba siendo hora de que volviera a Nar Shaddaa, especialmente mientras todavía le quedaban unos cuantos créditos.*

*Un sinfín de pensamientos sobre sus amigos invadió su mente. Jarik, Maleo..., y Lando, por supuesto. ¿Qué tal le estarían yendo las cosas a Lando últimamente? ¿Habría conseguido encontrar una nave para sustituir al Halcón?*

*Y Bria?*

*Han suspiró. Cuando volviera al espacio imperial quizá intentaría encontrar a*

*Bria «Oh, claro —pensó—. Eso debería resultar realmente fácil, ¿no? Bastará con que averigües la localización del cuartel general secreto de la resistencia corelliana, entres en él y pidas ver a tu antigua novia... Probablemente acabarías recibiendo un haz desintegrador justo entre los ojos, Solo.»*

*Sintiéndose ligeramente mejor, Han desconectó los surtidores del agua y fue a vestirse. Decidió comer algo, y se dijo que luego iría en busca de Chewie y de su nave. Ya iba siendo hora de marcharse de aquel maldito planeta..., fuera el que fuese.*

## Capítulo 9

# Ofertas y rechazos

Jabba estaba cómodamente reclinado junto a su tía en su cámara de audiencias privadas de Nal Hutta, observando y escuchando a Bria Tharen mientras ésta presentaba su petición al clan Desilijic. Jabba tenía que admitir que la mujer hablaba bien..., para ser humana.

—Poderosa Jiliac —dijo Bria, extendiendo las manos ante ella—, pensad en qué gran oportunidad es ésta para vuestro clan. Si Desilijic financia a nuestro grupo en términos de munición y combustible, la resistencia corelliana se asegurará de que Ylesia deje de ser una espina clavada en vuestro costado. ¿Acaso no valdría la pena gastar unos cuantos créditos para ver humillado al clan Besadii? ¡Y en realidad el gasto sería tan modesto! Nosotros proporcionamos las tropas, el armamento, las naves...!

—Pero se llevarán toda la especia que contienen los almacenes —dijo Jiliac en hurtes. KSLR, el androide de protocolo de Jabba y Jiliac, se apresuró a traducir las palabras de la líder hutt. El trineo repulsor de Jiliac osciló ligeramente en el aire cuando su ocupante desplazó su peso hacia adelante para poder clavar los ojos en la comandante rebelde—. Lo que ganaríamos sólo podría medirse en términos negativos. Para que obtuviéramos un beneficio de ello...

Bria meneó la cabeza.

—Si nosotros corremos con los riesgos, excelencia, entonces nosotros nos quedamos con la especia. Un movimiento de resistencia tiene montones de gastos. No podemos eliminar a vuestros enemigos ahorrándoos ese trabajo y no obtener nada para nosotros mismos.

En su fuero interno Jabba estaba totalmente de acuerdo con ella, y se preguntó a qué venía tanta tozudez por parte de Jiliac.

Jabba habló por primera vez y lo hizo en básico, que era capaz de hablar pero que utilizaba muy raramente.

—Permítame asegurarme de que entiendo qué es lo que está ofreciendo y lo que desea de nosotros, comandante.

Bria se volvió hacia él.

—Ciertamente, excelencia —dijo con una ligera reverencia.

—Uno —dijo Jabba, empezando a enumerar puntos con sus dedos—. Desilijic les proporcionará los fondos necesarios para adquirir municiones y combustible con vistas a un ataque contra Ylesia. Dos, Desilijic se encargará de eliminar a los sacerdotes t'landa Tils antes del ataque... ¿Correcto?

—Sí, excelencia —dijo Bria.

—¿Y por qué nos necesitan para eso? —preguntó Jiliac en un tono bastante altivo—. Si su grupo es una fuerza militar tan eficiente, entonces deberían ser capaces de ocuparse de un insignificante grupito de t'landa Tils.

—Les necesitamos porque si los sacerdotes ya están muertos, entonces nos resultará mucho más fácil poder controlar a los peregrinos —replicó Bria Tharen—. A un kajidic dotado de los recursos de que dispone el clan Desilijic no debería resultarle demasiado difícil acabar con ellos. Después de todo, no hay más de treinta sacerdotes en la totalidad del planeta, o eso indican nuestros servicios de inteligencia. En la mayoría de casos, sólo hay tres por colonia. Ah, y otra cosa... No queremos que nuestras tropas tengan que enfrentarse a las vibraciones empáticas de los [t'landa Tils, porque deseamos que puedan concentrarse por completo en la lucha.

—Comprendo —dijo Jabba—. Tres... A cambio de que les proporcionemos esos fondos y de nuestra promesa de eliminar a los sacerdotes, sus grupos destruirán la empresa del clan Besadii. Volarán las factorías, y se asegurarán de que no queda absolutamente nada que pueda ser utilizado por el clan Besadii en unas hipotéticas labores de reconstrucción.

—Exacto, excelencia —dijo la comandante rebelde—. El riesgo es nuestro. Naturalmente, también nos llevaremos a los peregrinos y la especia guardada en los almacenes.

—Comprendo —dijo Jabba—. Su oferta es digna de ser tomada en consideración, comandante. Lo que haremos será...

—¡No! —exclamó Jiliac en un tono lleno de disgusto mientras agitaba una mano en un gesto de rechazo—. Ya hemos oído suficiente, muchacha. Gracias, pero...

—¡Tía! —dijo Jabba en voz muy alta, y luego bajó la voz cuando Jiliac se interrumpió y se volvió hacia él para lanzarle una mirada de sorpresa—. ¿Puedo hablar contigo en privado? —siguió diciendo en huttés.

Jiliac dejó escapar un suave resoplido y acabó asintiendo.

—Muy bien, sobrino.

Cuando la Tharen hubo sido escoltada hasta el exterior de la cámara por K8LR y se le pidió que esperara para conocer su decisión, Jabba empezó a hablar.

—Tía, se trata de una oferta tan buena que no podemos rechazarla. Si tuviéramos que contratar fuerzas mercenarias para eliminar la empresa ylesiana, la operación nos costaría muchas veces lo que tendremos que pagar para proporcionarlos fondos necesarios a esos rebeldes. Nos costaría... —Jabba llevó a cabo un rápido cálculo mental—. Sí, nos costaría un mínimo de cinco veces más. Deberíamos aceptar su oferta.

Jiliac lanzó una mirada despectiva a su sobrino.

—Creía que te había enseñado a pensar con claridad, Jabba —dijo—. Ya te he dicho que el clan Desilijic no debe apoyar a ninguna facción en una guerra. ¿Quieres



que nos unamos a la resistencia? ¡Esa política sólo puede acabar llevando al desastre!

Jabba tuvo que hacer una profunda inspiración de aire y recitar en silencio todo el alfabeto huttés antes de poder responder.

—No estoy sugiriendo que debamos aliarnos con esos rebeldes, tía. ¡Pero podríamos y deberíamos utilizarlos para alcanzar nuestros propios objetivos! Esa hembra humana y su rebelión son un auténtico regalo del destino. Bria Tharen es la líder perfecta para esa incursión.

—¿Por qué? —preguntó Jiliac, parpadeando rápidamente mientras contemplaba a su sobrino.

Jabba dejó escapar el aliento que había estado conteniendo en un rápido resoplido de exasperación.

—¡Piensa, tía! ¿Quiénes eran los dos humanos que escaparon de Ylesia después de matar a Zavval hace ya tantos años? ¿Recuerdas que investigué el asunto después de que Han Solo empezara a trabajar para nosotros?

Jiliac frunció el ceño.

—No...

—Bueno, pues lo hice. Han Solo escapó de Ylesia a bordo de una nave robada, con una gran parte del tesoro de Teroenza dentro de su bodega de carga, y con la esclava favorita del Gran Sacerdote. Y esa esclava se llamaba Bria Tharen, tía. ¡Estamos hablando de la misma mujer! ¡Bria Tharen tiene una cuenta pendiente de naturaleza personal con Ylesia! No se detendrá ante nada con tal de poner fin al tráfico de esclavos del mundo de los Besadii.

Jiliac todavía tenía el ceño fruncido.

—¿Y qué más da que Bria Tharen tenga una cuenta personal pendiente que saldar? ¿De qué manera puede beneficiarnos eso, sobrino?

—¡Nada puede ser más conveniente a las necesidades del clan Desilijic que la destrucción de esas malditas factorías de especia! ¡Piensa en ello, tía! ¡Besadii humillado y empobrecido! ¡Es una ocasión que no debemos dejar escapar!

Jiliac empezó a mecerse hacia atrás y hacia adelante sobre su enorme vientre, los ojos desorbitados clavados en el vacío como si estuviera intentando imaginarse el curso que seguirían los acontecimientos.

—No —dijo por fin—. Es un mal plan.

—Es un buen plan, tía —insistió Jabba—, y bastaría con introducir unas cuantas mejoras en él para conseguir que diese resultado. Con el respeto debido, Jiliac —añadió después de una breve pausa—, no creo que hayas analizado el asunto desde todos los puntos de vista a tomar en consideración.

—Oh, ¿no? —Jiliac se irguió hasta alzarse sobre su pariente—. Tu capacidad de juicio deja mucho que desear, sobrino. A lo largo de los años siempre he evitado compararte con tu temerario e imprudente

padre, que casi consiguió arruinar al clan Desilijic con sus grandiosos planes y que luego fue lo suficientemente estúpido para acabar en Kip, esa bola de barro utilizada como planeta-prisión. Sin embargo...

A Jabba no le gustaba nada que le hablaran de Zorba y de su desordenada conducta habitual.

—¡Tía, no me parezco en nada a mi padre y tú lo sabes! Me limito a exponer muy respetuosamente mi convicción de que te has ablandado y de que tu análisis no es correcto. Debemos hacer algo respecto a Besadii pronto, o acabaremos arruinados. ¿Cuáles son tus objeciones específicas?

Jiliac emitió un gorgoteo, y una bolita de flema verdosa apareció en una de las comisuras de su flácida boca.

—Es demasiado arriesgado, y hay demasiadas incertidumbres. Los humanos no son lo suficientemente inteligentes para que se pueda predecir su comportamiento con precisión. Podrían aceptar nuestros créditos y luego traicionarnos poniéndose de acuerdo con el clan Besadii.

—Esos rebeldes están demasiado comprometidos con su causa —dijo Jabba—. Tienes razón en una cosa, tía: no entiendes a los humanos. El grupo de la comandante Tharen es lo suficientemente valeroso y estúpido para arriesgar su vida por esos infortunados e insignificantes esclavos. Los humanos sencillamente son así..., y especialmente esta humana.

—Y supongo que tú sí que les entiendes, ¿verdad? —Jiliac soltó un resoplido—. ¿De dónde obtienes esa asombrosa capacidad de comprensión tuya, sobrino? ¿De ver hacer piruetas a tus hembras medio desnudas, quizá?

Jabba estaba empezando a sentirse realmente furioso.

—¡Les entiendo! ¡Y entiendo que esta oferta es digna de ser tomada en consideración!

—Y como consecuencia, quieres que nos ocupemos de matar a unos treinta t'landa Tils para hacerle un favor a la resistencia corelliana —dijo Jiliac—. ¿Qué ocurriría si eso llegara a descubrirse en Nal Hutta? ¿Los t'landa Tils organizarían un auténtico escándalo! Estamos hablando de nuestros primos, sobrino. ¡Los humanos no son nada!

Jabba no había pensado en eso, y guardó silencio durante unos momentos mientras daba vueltas a la objeción de su tía.

—Sigo pensando que podría hacerse —dijo por fin—. Después de todo, no sería la primera vez que cometemos un asesinato múltiple y logramos salir bien librados.

—Pero es que tampoco quiero que la empresa ylesiana sea destruida —dijo Jiliac con voz malhumorada—. Quiero asumir su control. ¿De qué nos servirá imponernos al clan Besadii si las factorías de especia son destruidas?

—Podríamos construir otras factorías —dijo Jabba—. ¡Cualquier cosa sería

preferible a ver cómo Besadii almacena toda esa especia y va haciendo subir los precios incesantemente!

Jiliac meneó la cabeza.

—Soy la líder del clan, y mi decisión es no. No hace falta que sigamos hablando del asunto, sobrino.

Jabba siguió tratando de convencerla, pero Jiliac le redujo al silencio con un gesto de sus manecitas y después llamó a K8LR y ala comandante rebelde con un grito ensordecedor. El androide se apresuró a introducir a la joven en la cámara de audiencias, haciendo solícitos comentarios sobre su bravura mientras caminaba junto a ella.

Jiliac lanzó una mirada llena de exasperación a Jabba y dejó escapar un ruidoso resoplido.

—Muchacha, tal como estaba diciendo antes, cuando fui interrumpida... —y dirigió una mirada muy significativa a Jabba—, apreciamos tu oferta, pero la respuesta es no. El clan Desilijic no puede correr el riesgo de aliarse con la resistencia en este asunto.

Jabba enseguida notó cómo los rasgos de Bria Tharen revelaban su desilusión. La comandante rebelde suspiró y luego irguió los hombros.

—Muy bien, excelencia. —Metió la mano en el bolsillo de los pantalones de su uniforme y sacó algo de él—. Si cambiáis de parecer, podéis establecer contacto conmigo en...

Jiliac rechazó la tarjeta de datos que le ofrecía con un vaivén de la mano, y después fulminó con la mirada a su sobrino cuando éste extendió el brazo hacia ella. Jabba miró a Bria, que seguía sosteniendo la tarjeta de datos entre los dedos.

—Yo la guardaré —dijo—. Adiós, comandante.

—Gracias por la audiencia, excelencias —dijo Bria, y se despidió con una gran reverencia.

Jabba la siguió con la mirada mientras se alejaba y se sorprendió pensando que estaría realmente magnífica con un atuendo de danzarina. Todo aquel cabello rojizo esparciéndose sobre sus hombros desnudos, que además tenían una musculatura realmente soberbia... Aquella humana poseía una constitución ideal, y además su altura era impresionante. ¡Oh, no cabía duda de que sería una danzarina realmente soberbia!

Jabba suspiró.

—No me ha gustado nada la forma en que has parecido oponerte muy poco respetuosamente a mi decisión hace unos momentos, Jabba —dijo su tía—. No olvides nunca que el clan Desilijic debe presentar un frente unido cuando está negociando con una especie inferior.

Jabba no confiaba en su dominio de sí mismo lo suficiente para atreverse a hablar.

La negativa de su tía a apreciar la gran oportunidad que les había ofrecido Bria Tharen le había llenado de una terrible furia que tardaría mucho tiempo en disiparse.

«Si yo fuera el líder del clan —pensó—, no tendría que inclinarme ante su paranoia conservadora. A veces tienes que correr ciertos riesgos para obtener beneficios realmente grandes. La maternidad la ha vuelto estúpida y débil...»

Fue sólo entonces cuando Jabba comprendió, por primera vez, que si Jiliac desapareciese del universo, él, Jabba Desilijic Tiure, sería el próximo líder del clan Desilijic. Entonces no tendría que responder ante nadie.

Jabba siguió cómodamente recostado mientras su cola ondulaba pensativamente de un lado a otro, y luego lanzó una mirada de soslayo a su tía. El estómago de Jiliac fue recorrido por una repentina ondulación, y su bebé salió de la bolsa.

—¡La preciosidad de mamá! —exclamó Jiliac—. ¡Mira, Jabba! ¡Cada día que pasa está un poco más grande!

Después empezó a dirigir ronroneos llenos de cariño a su bebé. Jabba torció el gesto, eructó y se apresuró a salir de la cámara de audiencias, incapaz de soportar durante un solo segundo más la visión de la madre o de su hijo.

Bria Tharen cogió su copa de vino, tomó un lento sorbo de ella para apreciar lo mejor posible su sabor y luego sonrió a su acompañante.

—Es maravilloso —dijo después—. Muchísimas gracias, Lando. No tienes ni idea del tiempo que llevaba sin poder disfrutar de una velada en la que me fuera posible relajarme y no pensar en nada.

Lando Calrissian asintió. Bria había vuelto a Nar Shaddaa a bordo de la lanzadera llegada de Nal Hutta aquel mismo día, después de lo que dijo había sido una entrevista «muy decepcionante» con la líder del clan Desilijic. Para animarla, el jugador había prometido llevarla a disfrutar de un bistec de nerf en el Castillo del Azar, el mejor hotel-casino de la Luna de los Contrabandistas. Bria llevaba un traje de un delicado color turquesa que hacía juego con sus ojos y Lando se había puesto su atuendo negro y escarlata, «en recuerdo de los viejos tiempos».

—¿Y cuánto hace que no disfrutabas de una velada semejante? —preguntó, haciendo girar lentamente su copa de vino entre dos dedos—. Bueno... Supongo que ser una líder de los comandos rebeldes ocupa muchas horas, ¿no? Casi tantas como ser la amante de un Moff de Sector...

Los ojos de Bria se desorbitaron durante unos segundos, y luego se entrecerraron.

—Cómo te has enterado de eso? Yo nunca te dije...

—Nar Shaddaa es el centro de todas las redes criminales de la galaxia —dijo Lando—. Un traficante de información me debía un favor, y decidí cobrarlo. Estoy hablando con la comandante Bria Tharen, ¿verdad?

Los labios de Bria se curvaron en una tenue sonrisa.

—Seas quien seas, Lando, no eres un cobarde. Nadie que haya sido capaz de enfrentarse a Boba Fett de la manera en que tú lo hiciste puede ser llamado cobarde. Deberías pensar en unirme a la resistencia. Eres un buen piloto, sabes pensar deprisa y eres inteligente. Antes de que te dieras cuenta habrías llegado a oficial. Y... —Titubeó, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más serio—. Bueno, en lo que respecta al Moff Sam Shild, lo único que puedo decir es que las apariencias pueden ser engañosas. Llevé a cabo una misión para la resistencia, pero para él no era nada más que una anfitriona social y una especie de secretaria personal, aunque quería que todo el mundo pensase que era mucho más que eso.

—Pero también le espías.

—Digamos que hacía acopio de información. Me parece que es una forma más delicada de expresarlo, ¿no?

Lando soltó una risita.

—¿Y adónde irás mañana después de que te hayas ido de Nar Shaddaa?

—Volveré a ponerme al frente de mi escuadrón, y me enfrentaré a mi próxima misión... cualquiera que sea ésta. He perdido a dos de mis oficiales más veteranos, así como a un excelente soldado. —Su expresión se ensombreció—. Fett los mató sin pensárselo dos veces, de la misma forma en que tú o yo no nos lo pensaríamos dos veces antes de pisar a un insecto.

—Por eso es el cazador de recompensas más temido de toda la galaxia —observó Lando.

—Sí... —Bria tomó otro sorbo de vino—. Es como un ejército de un solo hombre, ¿verdad? Es una lástima que sea leal al Imperio. ¡Me resultaría muy útil en los combates!

Lando la miró fijamente.

—Significa todo para ti, ¿eh? Me refiero a derrotar al Imperio... Bria asintió.

—Es mi vida —se limitó a decir—. Daría todo lo que tengo o lo que soy para que ese sueño se convirtiera en realidad.

Lando cogió un trozo de torta espolvoreado con miel de los bosques de Kashyyyk y le dio un mordisco.

—Pero ya has dedicado años a esa meta —dijo después—. ¿Cuándo tendrá ocasión Bria Tharen de disfrutar de una vida propia? ¿Cuándo dirás «basta»? ¿No quieres ver llegar el día en que puedas tener un hogar, una familia?

Bria sonrió melancólicamente.

—La última persona que me hizo esa pregunta fue Han. —¿De veras? ¿Cuando estabais en Ylesia, quizá? Ya hace mucho tiempo de eso, ¿no?

—Sí —dijo Bria—. Poder hablar contigo y enterarme de lo que ha estado haciendo Han ha sido realmente maravilloso. ¿Sabes una cosa, Lando? Dentro de unos meses habrán transcurrido diez años desde el día en que nos vimos por primera

vez. Apenas si puedo creerlo... ¿Adónde se va el tiempo?

—Al mismo sitio al que se ha ido siempre —dijo Lando—. En el centro de la galaxia hay un gigantesco agujero negro, y lo va absorbiendo.

Bria se encogió de hombros y sonrió.

—Esa explicación me parece muy convincente. Tendré que recordarla.

Lando volvió a llenarle la copa.

—Pero de todas maneras no has respondido a mi pregunta. ¿Cuándo vas a disponer de una vida para Bria?

Una repentina seriedad invadió los ojos verdiazulados de Bria cuando se encontraron con los de Lando por encima de la mesa.

—Cuando el Imperio haya sido derrotado y Palpatine esté muerto, entonces empezaré a pensar en echar raíces. Me encantaría tener un niño... algún día. —Sonrió—. Creo que todavía me acuerdo de los secretos del cocinar y de cómo se hacen las tareas domésticas. Mi madre dedicó un montón de tiempo a tratar de convertirme en un buen «material de esposa», y eso incluyó muchas horas de instrucción sobre las obligaciones y los deberes femeninos.

Lando sonrió.

—Supongo que tu imagen de rebelde actual no le gustaría demasiado. Vestida con un uniforme de combate, armada hasta los dientes...

Bria dejó escapar una carcajada llena de sarcasmo y puso los ojos en blanco.

—¡Pobre mamá! ¡Es una suerte que no pueda verme, porque si me viera se desmayaría de puro horror!

El camarero les trajo sus bistecs, y los dos se concentraron en ellos con expresiones de satisfacción.

—Esto es tan maravilloso, Lando... —dijo Bria unos instantes después—. Ningún rancho militar puede compararse con este tipo de cocina. Lando sonrió.

—Otra razón más por la que no puedo unirme a la rebelión —dijo—. Tengo una cierta inclinación a la buena cocina, ¿sabes? Creo que no podría soportar una alimentación a base de raciones.

Bria asintió.

—Pero te sorprendería la clase de cosas a las que puedes llegar a acostumbrarte..., con un poco de práctica.

—No quiero llegar a averiguarlo —replicó jovialmente Lando—. ¿Cómo iba a poder renunciar a todo esto? —añadió, señalando el elegante restaurante y, más allá de él, el luminoso clamor de las mesas de juego.

Bria volvió a asentir.

—He de admitir que me cuesta mucho imaginarte vestido con un uniforme rebelde.

—Por lo menos no sin un gran número de modificaciones previas del uniforme

llevadas a cabo por un buen sastre —dijo Lando, y los dos se echaron a reír.

—¿Has combatido alguna vez? —preguntó Bria, adoptando un tono bastante más serio.

—Oh, claro —dijo Lando—. Soy un buen artillero, y últimamente también he conseguido llegar a ser un piloto bastante decente. He tenido ocasión de ver de cerca la acción aquí y allá. Y no olvidemos la batalla de Nar Shaddaa, naturalmente... Han, Salla y yo tomamos parte en ella.

—Háblame de esa batalla —dijo Bria—. Me asombra que unos contrabandistas puedan llegar a unirse de esa manera para derrotar a la flota imperial, quizá porque la inmensa mayoría de los que he conocido son terriblemente independientes y tozudos.

Lando, al que siempre le encantaba poder hablar de sí mismo y de sus arriesgadas aventuras delante de una audiencia llena de admiración, se embarcó en un relato altamente detallado de cómo los contrabandistas habían unido sus fuerzas con la flota pirata de Drea Renthall para destruir a muchos cazas y varios navíos de primera línea imperiales. Bria le escuchó con la solemne atención de una experta en el tema, y fue haciendo preguntas estratégicas o tácticas de vez en cuando para animar al jugador a que prosiguiera con su historia.

Finalmente, cuando Lando hubo acabado de hablar y hubieron pedido el postre, Bria se recostó en su asiento mientras el camarero se llevaba sus platos.

—¡Menuda historia! —exclamó—. El valor y la habilidad de los contrabandistas me han dejado realmente impresionada. Todos son unos pilotos magníficos, ¿verdad?

—Si no eres un buen piloto, nunca conseguirás escapar de los navíos del servicio de aduanas imperial —replicó Lando—. Los contrabandistas son capaces de hacer prácticamente cualquier cosa: atraviesan campos de asteroides, juegan al escondite con las nebulosas y las tormentas espaciales, y pueden aterrizar donde sea. Nada asusta a un buen contrabandista, Bria. Les he visto posar sus naves en asteroides que apenas eran más grandes que las naves mientras luchaban con campos gravitatorios llenos de irregularidades. Variaciones gravitatorias, turbulencias atmosféricas, tormentas de arena, ventiscas, tifones... Los contrabandistas saben cómo salir bien librados de cualquier problema que se te pueda ocurrir.

Bria le estaba observando con gran atención.

—Por supuesto —dijo—. Los contrabandistas tienen que ser los pilotos más experimentados de toda la galaxia..., pero también son buenos combatientes...

Lando agitó una mano.

—Oh, también tienen que serlo. ¡No olvides que los imperiales pueden surgir de la nada en cualquier momento para tratar de hacerlos pedazos! Durante la batalla de Nar Shaddaa luchaban para proteger sus hogares y sus propiedades, naturalmente, ya que de otra manera la mayoría de ellos habrían exigido un pago a cambio de sus servicios.

Bria parpadeó, como si una idea repentina acabara de pasarle por la cabeza.

—¿Quieres decir que...? Bueno, ¿piensas que los contrabandistas estarían dispuestos a llevar a cabo acciones militares a cambio de dinero? Lando se encogió de hombros.

—¿Por qué no? La inmensa mayoría de los contrabandistas son como los corsarios. Si hay un beneficio decente a ganar, la mayoría de ellos son capaces de enfrentarse a cualquier clase de riesgo.

Bria se golpeó suavemente el labio inferior con una uña impecablemente manicurada mientras pensaba, y de repente Lando clavó los ojos en su mano.

—Eh... —dijo, inclinándose hacia adelante para tomar la mano de Bria entre las suyas y examinarla delicadamente—. ¿Qué sucedió, Bria?

Bria hizo una profunda inspiración de aire antes de hablar.

—¿Te refieres a esas viejas cicatrices? Son un recuerdo de mis tiempos de trabajadora en las factorías de especia de Ylesia. Normalmente las cubro con cosméticos cuando he de hacer un poco de vida social, pero perdí todo mi equipaje a bordo del Reina.

—Drea me prometió que te devolvería tus cosas —dijo Lando—. Le dije cuál era el número de tu camarote —añadió, pareciendo sentirse un poco avergonzado—. No tendría que haberlas mencionado. Es sólo que... Bueno, te aprecio y me importas mucho. Me duele verlas y saber hasta qué punto llegaron a hacerte daño en ese mundo,

Bria le dio unas palmaditas en la mano.

—Lo sé. Eres muy amable al preocuparte por mí, Lando, pero no deberías preocuparte por tu compañera de mesa. La gente muere cada día en Ylesia, y estoy hablando de buena gente, de gente que se merece algo mejor que una vida de desnutrición, trabajo incesante y crueles engaños...

Lando asintió.

—Han me habló de ello en una ocasión. Él piensa lo mismo que tú..., pero no podemos hacer gran cosa al respecto, ¿verdad?

Bria le lanzó una mirada repentinamente llena de feroz apasionamiento.

—Sí que podemos hacer algo al respecto, Lando. Y mientras me quede un hálito de aliento en el cuerpo, seguiré tratando de ayudar a esas personas. Algún día conseguiré poner fin para siempre a las repugnantes actividades de ese mundo infernal. —Y de repente sonrió con impulsiva temeridad, y en ese momento a Lando le recordó muchísimo a su amigo ausente—. Como diría Han, «confía en mí».

Lando soltó una risita.

—Estaba pensando que a veces me recuerdas a Han.

—Han fue un modelo muy importante para mí —dijo Bria—. Me enseñó muchísimas cosas, Lando. Cómo ser fuerte, valiente e independiente, por ejemplo...



No puedes imaginarte lo cobarde e infantil que era antes de conocerle.

Lando meneó la caben.

—No puedo creerlo.

Bria había bajado la mirada hacia sus cicatrices. Las delgadas líneas blancas formaban una tenue red sobre sus manos y sus antebrazos, brillando sobre la piel bronceada como una telaraña urdida por arañas fluorescentes.

—A Han también le ponía triste mirarlas... —murmuró.

Lando la contempló en silencio durante un momento interminable.

—Es el único, ¿verdad? —preguntó por fin—. Todavía le amas. Bria respiró hondo y después alzó los ojos hacia él. Su expresión se había vuelto repentinamente muy seria.

—Es el único —dijo con tranquila firmeza.

Lando abrió un poco más los ojos.

—¿Quieres decir... el único de verdad? ¿El único que existirá jamás? Bria asintió.

—Oh, digamos que he tenido un par de relaciones. Pero mi vida es la Resistencia. Y... —se encogió de hombros—, francamente, después de Han... los otros hombres me parecen... extrañamente insípidos.

Lando dejó escapar una risita llena de melancolía y comprendió que, a pesar de sus más enérgicos esfuerzos y sus más queridos deseos, el corazón de Bria seguía perteneciendo a Han..., y que probablemente seguiría perteneciéndole para siempre.

—Bueno, por lo menos así cuando Han vuelva del Sector Corporativo no me habré ganado un puñetazo en la nariz por robarle a su chica —dijo—. Supongo que tendré que tratar de ver el lado bueno de las cosas, ¿no?

Bria le miró, sonrió y alzó su copa de vino.

—Propongo un brindis —dijo—. Por Han Solo, el hombre que amo. Lando alzó su copa y la hizo entrecuchar con la suya.

—Por Han —dijo, asintiendo—. El tipo más afortunado de toda la galaxia...

## **Tercer interludio: Kashyyyk, en el trayecto de vuelta del Sector Corporativo...**

*Han Solo estaba inmóvil en el centro de la sala de estar de Mallatobuck, en su casa de Kashyyyk, y contemplaba cómo su mejor amigo acunaba con inmensa ternura a su bebé.*

*Habían llegado al mundo natal de Chewie hacía tan sólo una hora, decididos a hacer una escala en su trayecto de vuelta del Sector Corporativa Su nave estaba a salvo en la cubierta de ataque secreta de la rama de wroshyr. Esta vez, y en beneficio de Han, los wookies proporcionaron al corelliano una serie de escalerillas hechas con lianas para llevar a cabo la ascensión a través de los árboles wroshyr. El corelliano ya sabía lo que era un quulaar, y se había negado categóricamente a hacer la ascensión dentro de uno.*

*Han se dio cuenta de que ocurría algo raro nada más llegar. Todos los wookies con los que se encontraban le lanzaban maliciosas miradas de soslayo a Chewie e intercambiaban codazos. Pero Chewbacca tenía tantas ganas de ver a su bella esposa que había parecido no enterarse de ello. Después de todo, el wookie llevaba casi un año sin ver a Malla...*

*Y cuando entraron en la casa de Malla, se la encontraron de pie en la sala sosteniendo un bultito envuelto en una manta. Chewbacca se había quedado paralizado en el umbral, con una expresión de incrédula alegría iluminando su peludo rostro.*

*Han asestó una palmada casi digna de un wookie sobre la espalda de su amigo.*

*—¡Eh, Chewie, felicidades! ¡Eres padre!*

*Después de dedicar unos cuantos minutos a admirar al bebé (que incluso Han tuvo que admitir era increíblemente gracioso), el corelliano no fue a la cocina de Malla para permitir que Chewie pudiera disfrutar de un rato a solas con su familia. Echó un vistazo al contenido de la unidad refrigeradora y encontró unas cuantas cosas que masticar, alegrándose de que Malla le hubiera dicho que se comportara como si estuviese en su casa.*

*Mientras permanecía sentado en la cocina escuchando cómo Chewie y Malla discutían nombres para su hijo en la habitación contigua, los pensamientos de Han volvieron al Sector Corporativo y la Hegemonía de Tion, y a todas las aventuras que había vivido allí. No volvía a casa convertido en un hombre rico, desde luego..., pero acabó llegando a la conclusión de que tampoco le habían ido tan mal las cosas.*

*Y no cabía duda de que había conocido a un gran número de individuos memorables, algunos encantadores y La mayoría no tanto. También estaban las hermosas damas, por supuesto: Fessa, Fiolla, Hasti...*

*Los recuerdos le hicieron sonreír.*

*Y tampoco había que olvidar a los malos, los que habían intentado vaciarle los bolsillos o, peor aún, los que intentaron borrarle del mapa. Su número era realmente considerable: Ploovo Dos-Por-Uno, Hirken, Zlarb, Magg, Chorro... y Gallandro, por*

supuesto. Gallandro era un tipo realmente duro. Verle enfrentarse a Boba Fett en un combate librado con el mismo armamento resultaría realmente divertido. Gallandro probablemente sería capaz de desenfundar más deprisa que el cazador de recompensas..., pero la armadura de Fett le proporcionaría cierta protección.

Han no tenía muy claro cuál de los dos ganaría. Especular era perder el tiempo, después de todo, ya que Gallandro había quedado reducido a un montón de carne y huesos calcinados en Dellast, en las bóvedas del «tesoro» de Xim.

Encontrarse con Roa y Badure había resultado muy divertido. Tendría que acordarse de decirle a Mako que Badure le enviaba sus saludos.

Han se sorprendió al darse cuenta de que realmente echaba de menos a Bollux y Max el Azul. Nunca había imaginado que los androides pudieran llegar a tener tanta personalidad. Esperaba que Skynx los estuviera tratando bien...

El corelliano acarició la recién curada cicatriz de cuchillo de su mentón. No había tenido tiempo de buscar las atenciones médicas necesarias, y la herida le había dejado una cicatriz claramente visible. Han se preguntó si debería hacer que se la quitaran.

¿No era Lando quien siempre estaba insistiendo en que las mujeres eran incapaces de resistirse a un hombre que tuviera cierto aspecto de bribón? Ésa era la razón por la que el jugador se había dejado crecer el bigote, afirmando que le daba un aire de pirata. Han decidió conservar la cicatriz, al menos por el momento. Después de todo, era un tema de conversación... o lo sería. Se imaginó a sí mismo en algunos de sus locales nocturnos favoritos de Nar Shaddaa, contándole la historia a alguna hermosa dama de expresión totalmente fascinada...

«Próxima parada, Nar Shaddaa —pensó Han—. Me pregunto si Jabba me habrá echado de menos...»

# Capítulo 10

## Viejas cuentas pendientes

—!Largo de aquí! —Durga Besadii Tai hizo girar sus bulbosos ojos dentro de las órbitas e indicó al diminuto cimbalerero ubes que abandonara su sala del trono—. ¡Ya está bien!

Las notas estridentes y caóticas resultaban agradables, pero no le estaban ayudando a alcanzar el estado de tranquilidad anímica necesario para lo que debía hacer.

Mes tras mes de frustración, hora de fracaso tras hora... Nada de cuanto hizo había servido para acercarle un poco más a una respuesta concluyente sobre quién había organizado el asesinato de su amado padre. Durga se había encontrado con un muro tan impenetrable como los mamparos metálicos que activó para que descendieran del techo y protegieran la sala de intrusos potenciales. El joven hutt extendió la mano hacia su unidad de comunicaciones y, torciendo el gesto, decidió activar su campo de intimidad. No quería que nadie se enterara de lo que se disponía a hacer. Zier, Osman, su mayordomo... Nadie debía llegar a saberlo.

Después de todos sus esfuerzos y todas sus investigaciones, Durga aún no había logrado establecer ni siquiera una tenue conexión entre la muerte de Aruk y Teroenza o el clan Desilijic, y tampoco había encontrado ninguna evidencia que permitiera establecer una colaboración entre ambos.

No podía seguir perdiendo el tiempo. Las oleadas de acidez que le revolvían las entrañas se volvieron más intensas, y Durga se removi6 en un intento de aliviar su presión. Su cola tembló y osciló en el equivalente hutt a pasearse nerviosamente de un lado a otro. «Si sé actuar de una manera lo suficientemente cuidadosa, todavía podré salir bien librado de ésta —se dijo a sí mismo—. Aun así, el precio a pagar será muy, muy elevado. Pero no puedo seguir soportando la incertidumbre por más tiempo...»

El campo de intimidad quedó establecido, y las paredes que le rodeaban eran perfectamente seguras. Durga llevó a cabo un último examen de seguridad y no descubrió la más mínima posibilidad de que hubiera una filtración o alguna clase de vigilancia. El noble hutt activó el sistema de comunicaciones y envió la señal por el canal mejor protegido. «Puede que Xizor no esté ahí...», pensó casi con esperanza.

Pero no iba a ser tan sencillo. El hutt fue pasando de un subordinado a otro, cada uno de ellos más obsequioso que el anterior. Justo cuando Durga ya estaba empezando a sospechar que se le estaba obligando a perder el tiempo de manera deliberada, la neblina de la transmisión se convirtió en la figura translúcida del príncipe falleen. El verde oscuro que teñía la complexión de Xizor se aclaró

ligeramente cuando reconoció a su comunicante, y sus labios sonrieron afablemente. ¿Había una sombra de maliciosa satisfacción en su sonrisa? Durga se dijo que no debía caer en la paranoia.

Después de haber decidido dar aquel gran paso, el líder hutt quería terminar lo antes posible.

—Saludos, príncipe Xizor —dijo, dirigiendo una inclinación de cabeza al líder del Sol Negro.

Xizor sonrió, y sus ojos, que parecían todavía más oscuramente amenazadores que de costumbre debido a los rayos de luz que ondulaban a través de la imagen, se clavaron en el hutt

—Ah, noble Durga, mi querido amigo... Han transcurrido tantos meses, ¿verdad? Más de un año estándar, de hecho... ¿Os encontráis bien? Estaba empezando a sentirme un poco preocupado. ¿A qué debo el honor de vuestra comunicación?

Durga hizo acopio de valor y empezó a hablar.

—Me encuentro perfectamente, alteza. Pero sigo sin contar con una prueba definitiva en lo referente a la identidad del asesino de mi padre. He estado pensando en vuestra oferta de ayudarme a descubrir al asesino de mi padre, y me gustaría aceptarla. Deseo que utilicéis vuestras redes de inteligencia y vuestros agentes operativos para confirmar o desmentir mis sospechas.

—Comprendo... —dijo Xizor—. Esto es altamente inesperado, noble Durga. Creía que os hallabais bajo una obligación familiar que os imponía el deber de descubrir la identidad del asesino mediante vuestros propios medios.

—Y lo he intentado —admitió Durga envaradamente, odiando la hábil esgrima verbal que Xizor estaba librando con él—. Me habíais ofrecido la ayuda del Sol Negro, alteza. Bien, pues ahora me gustaría aceptar vuestra oferta..., en el caso de que el precio me parezca justo —añadió.

Xizor asintió y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No temáis, noble Durga: estoy a vuestro servicio.

—Debo saber quién mató a Aruk. Pagaré vuestro precio..., dentro de ciertos límites.

La sonrisa de Xizor se desvaneció, y el líder del Sol Negro se irguió repentinamente ante Durga.

—Me estáis ofendiendo y además me juzgáis de una manera muy equivocada, noble Durga. A cambio no quiero créditos, sino únicamente vuestra amistad.

El hutt contempló la imagen holográfica, intentando descifrar la naturaleza del verdadero mensaje que se ocultaba debajo de los trucos de prestidigitación verbal del príncipe.

—Perdonadme, alteza, pero sospecho que queréis algo más que eso —dijo después.

Xizor suspiró.

—Ah, amigo mío, nada es nunca tan simple como nos gustaría que fuese, ¿verdad? Sí, hay algo que deseo pedirlos. Un simple acto de amistad... Como líder del clan Besadii, estáis al corriente de la situación, de las defensas planetarias de Nal Hutta. Deseo un informe completo sobre la situación del armamento y de los escudos, acompañado por una información lo más amplia y exacta posible sobre sus índices de potencia y sus emplazamientos.

El príncipe falleen sonrió, y esta vez había algo más que una mera sugerencia de burla despectiva en su sonrisa.

Durga se encogió sobre sí mismo, y luego se obligó a reprimir la repentina punzada de miedo y consternación que acababa de sentir. «¡Las defensas de Nal Hutta! ¿Para qué puede querer ese tipo de información? El Sol Negro no puede estar planeando un ataque..., ¿o sí puede?»

Quizá sólo se trataba de una prueba. Parecía improbable que Xizor estuviera planeando algo..., pero no había ninguna forma de estar totalmente seguro. Durga se imaginó la gran llanura atravesada por ríos que se extendía alrededor de su palacio, con la masa plateada de Nar Shaddaa suspendida en el lejano horizonte como una astilla permanente. El peor escenario imaginable sería aquel en el que Nal Hutta ya no fuese necesaria para Besadii, porque su clan por fin estaría en condiciones de prescindir de la gloriosa joya conquistada hacía tanto tiempo. Después de todo, no había que olvidar que disponían del sistema de Ylesia...

Y en cuanto al resto del clan, los ciudadanos de Nal Hutta que no pertenecían al linaje de Besadii... Bueno, de todas maneras se estaban convirtiendo rápidamente en sus enemigos. No había que olvidar ese pequeño asunto de la censura oficial y aquella multa de un millón de créditos.

Durga lanzó una rápida mirada al nicho de su estrado que contenía el retrato del majestuoso Aruk y luego volvió nuevamente los ojos hacia la imagen holográfica.

—La información es vuestra —dijo—, pero debo llegar a saber la verdad.

Xizor inclinó la cabeza.

—Haremos cuanto esté en nuestras manos para seros de utilidad tan pronto como sea recibida, noble Durga. Adiós...

Durga volvió a inclinar la cabeza de la manera más cordial de que fue capaz y luego cortó la conexión. Su estómago se había convertido en una masa de dolorosos nudos de tensión. Aquello estaba empezando a olerle decididamente mal...

Xizor dio la espalda a su consola de comunicaciones para volverse hacia Guri, con una auténtica sonrisa curvando las comisuras de su hermosa boca.

—Ha resultado mucho más fácil de lo que me había imaginado —dijo—. La cuña ha sido introducida a gran profundidad, y Durga y Besadii no tardarán en separarse de los otros hutts. Me pregunto qué puede haber dentro del viscoso corazón de Durga

para que esté dispuesto a traicionar a toda su especie a cambio de poder disfrutar del sabor de la venganza...

Guri le miró, serena como siempre.

—Príncipe mío, la paciencia de que habéis dado muestra con esos hutts por fin está empezando a dar resultados. ¿Es realmente fortuito que el clan Besadii esté siendo censurado tan violentamente por los otros kajidics?

—Sí —replicó el falseen, formando un puente con las manos y haciendo entrechocar suavemente sus largas uñas—. Suponiendo que haya existido un tiempo en el que Durga sentía un poco de amor hacia sus congéneres, ese día ya pertenece al pasado. Su pena y su inestabilidad emocional nos proporcionarán la llave del espacio hutt. Eso, y la inclinación a buscar soluciones sencillas para problemas complejos que parece caracterizar al clan Desilijic, por supuesto... Dispones de la prueba que Durga necesita, ¿verdad, Guri?

La expresión de la androide-réplica humana no se alteró.

—Por supuesto, príncipe mío. El ciudadano Green supo adquirirla, y también consiguió burlar la vigilancia de los patólogos del Instituto Forense. Green es un humano muy competente.

Xizor asintió, y se apartó la cola de caballo del hombro sobre el que reposaba.

—Espera doscientas horas estándar, ya que así parecerá que hemos dispuesto del tiempo suficiente para llevar a cabo una investigación, y luego entrega personalmente el material a Durga —dijo—. Cuando Durga lo vea, deseará actuar inmediatamente contra el clan Desilijic. Ve con él, Guri. Ayúdale, en caso de que sea necesario, para que pueda vengarse de Jiliac. Pero Jabba no debe sufrir ningún daño. Jabba me ha resultado útil en el pasado, y espero que vuelva a serme útil en el futuro. Teroenza también tiene un papel que interpretar en nuestros planes, y no debería sufrir ninguna clase de daño. ¿Ha quedado entendido?

—Sí —dijo Guri—. Todo se hará como deseáis, príncipe mío —añadió, y salió de la habitación andando con paso ágil y decidido.

Xizor la siguió con los ojos, admirándola. Guri le había costado nueve millones de créditos, y valía hasta el último decicrédito de esa cantidad. Con Guri a su lado, Xizor estaba preparado para desafiar a los hutts...

Y algún día quizá incluso llegaría a desafiar al mismísimo Palpatine...

Cuando Han Solo volvió a casa después de su estancia en el Sector Corporativo, fue recibido con los brazos abiertos por todo el mundo..., salvo por Lando y Salla Zend. Han descubrió que Lando había decidido disfrutar de una pequeña escapada romántica con Drea Renthall, y todavía tardaría varios días en regresar.

En cuanto a Salla, también había ciertos problemas que resolver. Han no esperaba que su relación se reanudara exactamente en el punto en el que la habían dejado, pero tampoco había esperado que Salla se negara a tener cualquier clase de contacto con

él. La vio un par de veces, a bastante distancia, en el granero espacial de Shug, pero Salla giró sobre sus talones y se fue a toda prisa apenas le vio a él o a Chewie.

Cuando preguntó por Salla, todos sus amigos le aseguraron que había soportado admirablemente bien su ausencia y que incluso había estado saliendo con varios tipos, aunque ninguna de las relaciones fue calificada de «seria». Al parecer había trabajado para Lando durante una temporada, aunque no había ninguna evidencia de que Lando y Salla hubieran llegado a ser algo más que socios comerciales.

Jarik había roto con su novia, volvía a ser el de siempre y se mostró encantado de que sus amigos estuvieran nuevamente junto a él. Incluso CÉCÉ parecía complacido de que los legítimos propietarios del apartamento hubieran regresado.

Cuando Han se enteró de que Lando había vuelto, fue inmediatamente al piso de su amigo a verle. Intercambiaron apretones de mano, palmadas en la espalda y un breve abrazo, y luego Lando dio un par de pasos hacia atrás para contemplar a su amigo.

—Tienes buen aspecto —dijo—. Necesitas un corte de pelo.

—Siempre necesito un corte de pelo —replicó secamente Han—. Es uno de los pequeños inconvenientes de pasar mucho tiempo con los wookies. Para ellos, “despeinado es un auténtico cumplido.”

Lando se echó a reír.

—Sigues siendo el mismo Han de siempre, ¿eh? Vayamos al Orbe de Oro. ¡Yo invito!

Unos minutos después ya estaban sentados en un reservado con un par de jarras de cerveza delante de ellos.

—Bien, y ahora cuenta —dijo Lando—. ¿Dónde has estado, amigo, y cómo te hicieron esa cicatriz?

Han le obsequio con una descripción abreviada de sus aventuras en el Sector Corporativo. Aun así, cuando terminó ya iban por la tercera ronda de jarras.

Lando meneó la cabeza.

—Uf, me recuerda a algunas de las cosas que me ocurrieron en la Centralidad. Un mal bicho detrás de otro, ¿no? Ganar una fortuna, perder una fortuna... ¿Qué tal está mi nave?

Han tomó un sorbo de cerveza alderaaniana y se limpió la boca con la manga antes de responder.

—¿Tu nave? —Se rió, disfrutando de las viejas pullas—. El Halcón nunca ha estado mejor, amigo mío. Ahora puede superar la velocidad de la luz en cero coma cinco puntos.

Los oscuros ojos de Lando se desorbitaron.

—¡Bromeas!

—No —dijo Han—. En el Sector Corporativo hay un abuelo que es capaz de



conseguir que un hiperimpulsor gire sobre su eje, y que además puede devolverte dos decicréditos de cambio en cuanto ha acabado su trabajo. Puedo asegurarte que Doc es un auténtico maestro de la mecánica.

—Tendrás que llevarme a dar una vuelta en el Halcón —dijo Lando, visiblemente impresionado.

—Bueno, cuéntame que ha sido de tu vida durante los últimos tiempos —dijo Flan.

Lando hizo acopio de fuerzas con un largo trago antes de empezar a hablar.

—Hay algo que debo decirte, Han —murmuró después—. Hace un par de semanas me tropecé con Bria.

Han se irguió de golpe.

—¿Bria? ¿Bria Tharen? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Me temo que es una historia muy larga —dijo Lando, y sonrió maliciosamente.

—Pues entonces deja de perder el tiempo y empieza a contármela —ordenó secamente Han mientras la expresión de su rostro se ensombrecía.

—Tu Bria es una mujer realmente impresionante, amigo mío— dijo Lando, y suspiró.

Con un vertiginoso y fluido movimiento, Han se inclinó hacia adelante y cerró los dedos de su mano sobre el cuello de la camisa bordada del jugador.

—¡Eh, eh! —jadeó Lando—, ¡No ocurrió nada! ¡Sólo bailamos!

—¿Bailasteis? —Han le soltó y se echó hacia atrás, pareciendo sentirse un poco avergonzado de su reacción—. Oh...

—Venga, Han, intenta tomártelo con calma... —dijo Lando—. ¿Cuántos años hace que no ves a esa mujer?

—Lo siento, amigo. Me parece que he sido demasiado impulsivo —murmuró Han—. Antes hubo un tiempo en el que Bria me importaba muchísimo, y...

Lando volvió a sonreír, esta vez un tanto cautelosamente.

—Bueno, pues el caso es que tú sigues importándole. Mucho, en realidad.

—Lando..., la historia —dijo Han—. Habla de una vez.

—De acuerdo —dijo Lando, y se embarcó en una descripción de sus últimas aventuras a bordo del Reina del Imperio.

Cuando llegó al enfrentamiento que había tenido lugar delante de la cubierta de lanzaderas, Han ya estaba tensamente inclinado hacia adelante y no se perdía ni una sola de sus palabras.

Cuando el jugador hubo acabado de hablar, Han se recostó en su asiento, meneó lentamente la cabeza y tomó un sorbo de su jarra de cerveza.

—Menuda historia —dijo—. Con ésta ya es la segunda vez que te enfrentas a Fett, Lando. Eso requiere tener muchísimas agallas, amigo.

Lando se encogió de hombros, y por una vez su expresión era absolutamente

seria.

—Odio a los cazadores de recompensas —dijo—. Nunca me han gustado, ¿sabes? No sería capaz de entregar ni a mí peor enemigo a uno de ellos. Para mí se encuentran al mismo nivel que los traficantes de esclavos.

Han asintió y luego sonrió.

—Me alegro de que Drea sienta debilidad por ti, amigo.

—Lo que hizo cambiar el curso de la marea fue el que le recordé que todavía está en deuda contigo— observó Lando.

—Bueno, pues ahora tendré que informarla de que le debo un favor —dijo Han—. Espero que se lo hicieras pasar lo mejor posible durante ese viajecito que emprendisteis juntos.

—Por supuesto que sí —dijo Lando—. Es una de las cosas que siempre he sabido hacer: cuando me lo propongo, puedo conseguir que una dama se lo pase realmente en grande.

—Bien, bien... ¿Y cuándo te dijo Bria que seguía pensando en mí? Creo recordar que mientras estuviste con Fett te hallabas bajo la orden de guardar silencio, ¿no? —dijo Han, volviendo a pensar en la historia de Lando.

—Oh, he vuelto a verla en Nar Shaddaa —dijo Lando.

Han le fulminó con la mirada.

—Ah, ¿sí?

—Sí, la he visto —replicó Lando—. ¿Quieres calmarte de una maldita vez, viejo amigo? Fuimos a cenar, nada más. Jiliac y Jabba no quisieron financiar una especie de incursión de comandos contra Ylesia que Bria estaba planeando, y necesitaba que alguien la animara un poco. —Lando suspiro—. Se pasó toda la cena hablando de ti. Fue realmente deprimente, chico.

Han sintió que sus labios se iban curvando poco a poco hasta formar una gran sonrisa.

—¿De veras? —preguntó, intentando emplear un tono lo más normal y relajado posible—. ¿Habló de mí?

Lando le lanzó una mirada sarcástica

—Sí, habló de ti. Sólo Xendor sabe por qué, pero lo hizo.

—He estado pensando en tratar de establecer contacto con ella —dijo Han—. Pero después de haberla visto aquella vez en el apartamento de lujo de Sam Shild... Bueno, ahora sé que estaba llevando a cabo una misión para el movimiento de resistencia. Supongo que una buena agente hace lo que sea para conseguir información...

—Le hice algunas preguntas al respecto —dijo Lando—. Me contó que aunque Shild quería que todo el mundo pensara que era su amante, en realidad nunca llegó a serlo. Y a juzgar por lo que he oído decir de ese tipo, no cabe duda de que Shild tenía

ciertos gustos muy extraños en lo referente a..., a las compañías.

—Eh... —murmuró Han mientras le daba vueltas a lo que acababa de oír—. Has dicho que Bria estuvo hablando de mí, ¿verdad? ¿Todavía le importo?

—Desde luego —dijo Lando—. Si hubieras sido un myrmin posado en la pared, tu cabeza habría acabado todavía más hinchada de lo que lo está en estos momentos. —Lando dejó escapar una breve carcajada y se acabó su jarra de cerveza—. Ya te he dicho que fue realmente deprimente, amigo.

Han sonrió.

—Bueno..., gracias por haberla salvado. Estoy en deuda contigo, Lando.

—Si eres capaz de encontrar una forma de localizarla, quizá deberías hacerlo —dijo Lando.

—Puede que lo haga —murmuró Han, y se puso serio—. Me temo que anoche me dieron una mala noticia, Lando.

—¿De qué se trata?

—Es algo relacionado con Mako Spince. Parece ser que tuvo alguna clase de enfrentamiento con unos bandidos de NaQoit en el sistema de Ottega. Lo encontraron medio muerto y lo trajeron aquí, y ahora se encuentra ingresado en el complejo de rehabilitación de la sección corelliana. Shug me dijo que ha quedado paralizado. Nunca volverá a caminar.

Lando meneó la cabeza, el rostro repentinamente ensombrecido. —Oh... ¡Eh, eso es terrible! Creo que preferiría morir a tener que vivir lisiado.

Han asintió.

—Yo también. Estaba pensando que... Bueno, ¿quieres ir a verle mañana? Me parece que debería ir a verle. Mako y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero... Preferiría no ir solo, ¿sabes? Entre los dos quizá podríamos animarle un poco.

Lando se encogió de hombros.

—Parece una empresa bastante imposible, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo—. Pero... Sí, claro. Te acompañaré. Es lo menos que podemos hacer, ¿verdad? Mako es uno de nosotros.

—Gracias.

Al día siguiente los dos amigos fueron al centro de rehabilitación. Han rara vez había estado en uno, y enseguida descubrió que la experiencia le resultaba singularmente inquietante. Después de haber hablado con el androide del mostrador de información, fueron a la habitación indicada. Lando y Han se detuvieron delante de la entrada.

—No estoy muy seguro de poder hacerlo, Lando —confesó Han en un susurro—. Creo que preferiría tener que hacer una entrega con varias naves imperiales pegadas a mi cola...

—Yo siento lo mismo —admitió Lando—. Pero me parece que si volviera a casa

sin haberle visto, me sentiría todavía peor.

Han asintió.

—Yo también —dijo, y entró en la habitación después de haber hecho una profunda inspiración de aire.—

Mako Spince yacía en una cama de tratamiento especial. El aire olía a esencias de tanque bacta, y las cicatrices de su curtido rostro ya estaban casi totalmente curadas, aunque aun así Han pudo ver que su viejo amigo tenía que haberlo pasado realmente muy mal. Los bandidos de NaQoit no se distinguían precisamente por la bondad de sus corazones.

Los cabellos de Spince, tan largos que le llegaban hasta los hombros, se hallaban esparcidos sobre la blancura de la almohada. Cuando Han le había visto por última vez, los cabellos eran negros y sólo había un poco de gris mezclado a la negrura. Ahora eran del color del hierro, y tenían un aspecto lacio y falto de brillo. Los ojos de Mako, tan claros y pálidos como el hielo, estaban cerrados, pero algo le dijo a Han que se encontraba despierto.

El corelliano sufrió un instante de titubeo, pero enseguida empezó a hablar.

—¡Eh, Mako! —exclamó, casi sin aliento—. ¡Soy yo, Han! He vuelto del Sector Corporativo. Lando también ha venido a verte.

Los gélidos e impasibles ojos de Mako se abrieron, y contempló a sus amigos con una mirada totalmente inexpresiva. No dijo nada, aunque Han sabía que podía hablar. El brazo derecho de Mako había sufrido graves lesiones y había perdido el uso de sus piernas, pero ni a su mente ni a su voz les ocurría nada.

—Hola, Mako —dijo Lando—. Me alegro de verte con vida. Siento que las cosas se pusieran tan feas en el sistema de Ottega, y... Bueno, yo...

Han decidió intervenir en cuanto Lando se quedó sin palabras, sabiendo que cualquier cosa sería preferible a aquel terrible silencio lleno de ecos.

—Sí, esos bandidos de NaQoit son una auténtica escoria. Eh... Bueno, ya sé que lo estás pasando mal, desde luego, pero... No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Yo y los demás hemos hecho una pequeña colecta, ¿sabes? Hemos conseguido reunir el dinero suficiente para comprarte una silla repulsora. Esos trastos son realmente increíbles... Me han dicho que antes de que te des cuenta ya podrás salir de esa cama, y...

Han también se acabó quedando sin palabras y se volvió hacia Lando, interrogándole con la mirada. Mako todavía no se había movido ni hablado.

—Oh, sí —dijo Lando, haciendo un valeroso intento de cumplir con su parte del trato—. Oye, Mako, ¿necesitas alguna cosa? En ese caso basta con que nos lo digas y te la conseguiremos, sea lo que sea. ¿Verdad, Han?

—Claro —dijo Ha Intentó encontrar algo más que decir, pero las palabras se negaron a acudir a su mente—. Eh... ¿Mako? —murmuró por fin—. Eh, amigo...

El rostro de Mako siguió tan inexpresivo como antes. Pero después, y con una inmensa lentitud, fue volviendo la cara hasta apartarla de sus amigos, y el mensaje silencioso quedó perfectamente claro. «Idos...»

Han suspiró, se encogió de hombros y luego miró a Lando.

Los dos salieron de la habitación sin hacer ningún ruido, dejando a Mako Spince a solas con su silencio.

Flan recibió una bienvenida mucho más entusiástica de Jabba el Hutt. Fue a ver al segundo líder del clan Desilijic en los cuarteles generales de Nar Shaddaa del kajidic. El mayordomo de Jiliac, una humana llamada Dielo, alzó la mirada hacia él cuando Han entró en la antesala y le sonrió afablemente.

—¡Capitán Solo! ¡Bienvenido! Jabba me ha dado instrucciones de llevarle inmediatamente ante su presencia.

Han estaba acostumbrado a tener que esperar cuando visitaba a Jabba, por lo que no cabía duda de que aquello era una buena noticia.

Cuando Han entró en la gigantesca cámara de audiencias, enseguida vio que Jabba estaba solo. El noble hutt onduló rápidamente hacia él con los rechonchos brazos extendidos.

—¡Han, muchacho! ¡Qué maravilla volver a verte! ¡Has estado demasiado tiempo fuera!

Durante un segundo de horror, Han pensó que Jabba tenía intención de llegar a abrazarle. El corelliano se apresuró a dar un paso hacia atrás mientras intentaba no arrugar la nariz. Tendría que volver a acostumbrarse al olor de los hutts.

—Eh, excelencia —dijo—. Me alegra saber que se me ha echado de menos, Jabba.

—¡Olvídate del tratamiento, Han! —retumbó Jabba, hablando, como de costumbre, en huttés, que sabía que el corelliano entendía sin dificultad—. ¡Somos viejos amigos, y podemos prescindir de las formalidades!

El líder del clan Desilijic prácticamente rezumaba camaradería. Han reprimió una sonrisa. «Los negocios deben de ir bastante mal —pensó—. No hay nada como ser necesario, supongo...»

—Claro, Jabba —dijo—. Bueno, ¿y qué tal van los negocios?

—Los negocios... Los negocios no han ido demasiado bien últimamente —dijo Jabba—. Besadii, maldito sea, está creando su propia flota para desafiar las actividades del clan Desilijic. Y los imperiales han estado demasiado activos, por desgracia. Entre los navíos del servicio de aduanas imperial y los piratas, el negocio de la especia se está encontrando con excesivos obstáculos.

—Besadii, como de costumbre, se está convirtiendo en un auténtico grano en el trasero, ¿eh?

Jabba recibió el sarcasmo de Han con una estrepitosa carcajada, pero la risotada

sonó un poco a hueca incluso para los oídos del corelliano.

—Hay que hacer algo al respecto, Han. No estoy seguro de qué, pero habrá que hacer algo...

Han alzó los ojos hacia el noble hutt.

—He oído decir que la resistencia corelliana quería que el clan Desilijic le echara una mano para llevar a cabo una incursión contra Ylesia.

A Jabba no pareció sorprenderle demasiado que Han dispusiera de sus propias fuentes de información. La gigantesca cabeza del hutt se inclinó en un rápido asentimiento.

—Una conocida tuya llamada Bria Tharen se puso en contacto con nosotros.

—Hace diez años que no la veo —dijo Han—. Tengo entendido que ahora es una líder rebelde.

—Lo es —afirmó Jabba—. Y su proposición me pareció muy interesante. Pero como mi tía se negó a apoyar a la resistencia corelliana, ahora estoy buscando alguna alternativa para acabar con Besadii. Debemos hacer algo, Han. Están acumulando la mejor especia, y la mantienen fuera del mercado para hacer subir los precios. Nuestras fuentes indican que sus almacenes están llenos, y que están construyendo almacenes nuevos para dar cabida a los excedentes.

Han meneó la cabeza.

—Eso puede crearnos serios problemas. ¿Y Jiliac? ¿Qué tal le van las cosas? ¿Y el bebé?

Jabba torció el gesto.

—Mi tía se encuentra bien. Su bebé goza de buena salud.

—¿A qué viene esa mala cara, entonces? —preguntó Han

—Supongo que la atención que mi tía dedica a la maternidad es realmente admirable, Han —dijo Jabba—, pero ha supuesto un gran incremento de la cantidad de trabajo con la que debo cargar. Estoy descuidando mis intereses en Tatooine, y me resulta difícil atender a todas las preocupaciones del clan Desilijic. —El noble hutt dejó escapar un suspiro—. Cada vez me resulta más difícil encontrar el tiempo necesario para ocuparme de todo, Han.

—Sí, Jabba, ya sé lo que ocurre en esa clase de situaciones —dijo Han, desplazando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Al hutt, que se hallaba de un humor desusadamente perceptivo, no le pasó por alto el nerviosismo del corelliano.

—¿Qué ocurre, Han?

Han se encogió de hombros.

—Oh, nada —dijo después—. Pero a veces me gustaría que tuvieras un asiento del estilo humano en tu cámara de audiencias. Mantener una conversación estando de pie durante todo el rato resulta bastante duro para mis pies. ¿Te importaría que

aparcara mi trasero en el suelo mientras hablamos? —se atrevió a preguntar finalmente.

¡Jo, jo! —se rió Jabba—. He pensado en más de una ocasión que tener que depender de los pies debe de resultar bastante molesto, mi querido Han. Pero puedo proporcionarte algo mucho mejor que el suelo. —Volviéndose con una flexibilidad de la que el corelliano jamás le hubiese creído capaz, Jabba enroscó su cola y le dio unas cuantas palmaditas de invitación—. Toma. Siéntate, muchacho.

Han, comprendiendo que Jabba le estaba haciendo objeto de un gran honor, le dijo en silencio a su nariz que dejara de protestar. Después fue hacia el hutt y se sentó sobre su cola, de la misma manera en que se habría sentado encima del tronco de un árbol, y sonrió, aunque a tan escasa distancia el hedor resultaba realmente terrible.

—Mis pies te lo agradecen, Jabba— dijo.

Oída tan de cerca, la risa del hutt era lo suficientemente potente para hacer vibrar los tímpanos de Han.

—¡JO, jo, jo! Me diviertes casi tanto como una de mis bailarinas, Han.

—Gracias —logró decir Han, preguntándose cuánto tardaría en poder levantarse y salir de allí sin ofender a su anfitrión, que se había hecho un ovillo para poder hablar con él prácticamente cara a cara—. Bien, ¿y qué opinas de la comandante Tharen? —preguntó.

—Para ser una humana, parece altamente inteligente y competente —dijo Jabba—. Jiliac rechazó su proposición, pero yo la encontré muy interesante.

—Como ya te he explicado, hace años que no la veo —dijo Han—. ¿Qué aspecto tenía?

Jabba dejó escapar una suave risita y se lamió los labios.

—La contrataría para que bailara para mí en cualquier momento, muchacho.

Han torció el gesto, pero se aseguró de que Jabba no pudiera ver su mueca.

—Eh... Ya, ya. Bien, en ese caso quizá ella tuviese algo que decir al respecto. Ninguna mujer consigue llegar a convertirse en toda una comandante meramente por ser guapa.

Jabba se puso serio.

—Me dejó muy impresionado, y creo que su proposición podría ser factible.

—¿Qué os propuso exactamente? —preguntó Han.

Jabba le expuso las líneas básicas del plan del movimiento de resistencia corelliano. Han se encogió de hombros.

—Necesitarían unos cuantos pilotos bastante buenos para poder atravesar esa atmósfera —dijo—. Me pregunto cómo planea resolver ese problema.

—No lo sé —dijo Jabba—. ¿Qué número aproximado de guardias había en cada colonia ylesiana cuando estuvisteis allí, Han?

—Oh, el número iba de cien a un par de centenares por colonia, dependiendo de

cuántos esclavos tuvieran trabajando en las factorías —respondió Han—. Disponían de montones de gamorreanos, Jabba. Ya sé que a los hutts os gustan porque son fuertes y aceptan las órdenes sin rechistar, pero... Bueno, como moderna fuerza combatiente no cabe duda de que son bastante patéticos. La mayoría de los machos están demasiado obsesionados con usar esas antiguallas que les sirven de armamento encima de las cabezas de los demás. Sus batallas de clan acaban invadiendo sus trabajos. Las cerdas son más inteligentes y soben pensar con un poco más de claridad, pero no ofrecen sus servicios como mercenarias.

—Entonces crees que una fuerza moderna de rebeldes no tendría ninguna dificultad para tomar esas colonias.

Han meneó la cabeza.

—Sería facilísimo, Jabba.

El noble hutt abrió y cerró sus bulbosos ojos.

—Hmmmmm. Como de costumbre me has sido de gran valor, muchacho. Tengo un cargamento de especia listo para ser enviado. ¿Estáis tú y tu nave listos para volver al trabajo?

Han, reconociendo la despedida implícita, se apresuró a levantarse. Podía sentir el residuo aceitoso de la piel de Jabba en el fondillo de sus pantalones. «Estupendo. Bien, supongo que tendré que tirar estos pantalones al cubo de la basura —se dijo—. Nunca conseguiré que dejen de apestar...»

—Desde luego —dijo—. Chewie y yo estamos preparados, y el Halcón es más rápido que nunca—.

—Excelente, muchacho, excelente —retumbó Jabba—. Haré que alguien se ponga en contacto contigo para la recogida de esta noche. Y una cosa más, Han... Me alegro muchísimo de volver a tenerte con nosotros.

Han sonrió.

—Y yo me alegro de estar de vuelta, Jabba...

Kibbick estaba contemplando la imagen holográfica de su primo con los ojos llenos de consternación.

—¿Qué quieres decir con eso de que los t'landa Tils han traído a sus compañeras? —preguntó—. Nadie me dijo nada sobre ello.

Durga, líder del clan Besadii, fulminó a Kibbick con la mirada.

—¡Kibbick, si tuvieras a una t'landa Til sentada encima de tu cola ni siquiera te enterarías de que estaba ahí! Supieron ocultar muy bien sus movimientos, y transcurrió casi una semana antes de que descubriese que habían desaparecido. ¿Comprendes lo que significa eso?

Kibbick llevó a cabo un considerable esfuerzo mental antes de contestar.

—Significa que los sacerdotes se sentirán más contentos y satisfechos? —se atrevió a sugerir por fin.



Durga agitó sus bracitos con violenta frustración y dejó escapar un ruidoso gemido.

—¡Por supuesto que se sentirán más felices! —gritó después—. Pero ¿qué significa esto para nosotros y para Besadii? ¡Piensa aunque sólo sea por una vez en tu vida, Kibbick!

Kibbick siguió reflexionando.

—¿Significa que tendremos que traer más comida para ellos? —acabó preguntando.

—¡No! Oh, Kibbick, condenado idiota... —Durga estaba tan furioso que pequeñas partículas de babas verdosas se esparcieron sobre la imagen holográfica, haciendo aparecer «agujeros» en su silueta tridimensional—. ¡Significa que hemos perdido nuestro principal medio de control sobre los t'landa Tils, mi retrasado primo! Ahora que ya no tenemos a sus compañeras en Nal Hurta, Teroenza y sus sacerdotes podrían cortar todos sus vínculos con Besadii y Nal Hurta. ¡Eso es lo que significa!

Kibbick se irguió ante la imagen holográfica.

—El tío Aruk jamás me habló de esa manera —dijo, sintiéndose terriblemente ofendido—. Siempre fue muy cortés conmigo. El tío Aruk era mucho mejor líder de lo que tú nunca llegarás a serlo, primo.

Durga logró contenerse al precio de un considerable ejercicio de voluntad.

—Disculpa mi brusquedad, primo —dijo, con un palpable esfuerzo—. Últimamente estoy un poco..., un poco sobrecargado de trabajo. Estoy esperando recibir noticias muy importantes concernientes a la muerte de mi progenitor.

—Oh. —Kibbick pensó en seguir protestando, pero acabó decidiendo que en realidad se conformaba con que Durga hubiera dejado de chillarle—. Bien, primo, ya me imagino que eso debe de suponer una gran tensión para ti. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendrás que llevar a todas las t'landa Tils a la Colonia Uno y luego deberás enviarlas de regreso a Nal Hutta —dijo Durga—. Ocupate personalmente de ello, Kibbick. Quiero que puedas informarme de que las viste subir a la nave y partir. Quiero que utilices a tu mejor piloto de máxima confianza para la tarea. Ah, y envía un contingente de guardias para que las hembras no puedan crear ninguna clase de problemas durante el viaje.

Kibbick pensó durante unos momentos antes de volver a hablar. —Pero... Pero a Teroenza no le gustará nada eso —dijo por fin—. Y a los demás tampoco les gustará.

—Ya lo sé —dijo Durga—. Pero los t'landa Tils trabajan para nosotros, Kibbick. Somos sus dueños y señores.

—Cierto —admitió Kibbick.

Desde que Kibbick alcanzó la edad de la razón hutt; se le había repetido una y otra vez que los hutts eran la especie superior de la galaxia. Pero imaginarse dando órdenes a Teroenza no resultaba una proposición muy atractiva. Teroenza era astuto,

y podía llegar a crearle muchos problemas. Era el que siempre daba sus órdenes a los guardias. Cuando Kibbick quería que algo se hiciera bien, bastaba con que se lo dijera a Teroenza, y a continuación el Gran Sacerdote siempre se aseguraba de que todo se hiciera deprisa y eficientemente.

Pero ¿y si esta vez le desobedecía? Kibbick podía imaginárselo negándose a enviar a su compañera de vuelta a Nal Hutta. ¿Y qué haría él entonces?

—Pero... ¿Y si se niega, primo? —preguntó quejumbrosamente.

—Entonces tendrás que llamar a los guardias, y ordenarles que se lo lleven y que lo mantengan encerrado hasta que yo pueda ocuparme de él —dijo Durga—. Los guardias te obedecerán, Kibbick... ¿Verdad?

—Por supuesto que sí —replicó Kibbick con indignación, aunque en su fuero interno se preguntó si todos lo harían.

—Excelente. Eso ya me gusta más —dijo Durga—. Y recuerda que eres un hutt. Eso significa que eres un señor natural del universo. ¿Correcto, Kibbick?

—Por supuesto —dijo Kibbick, y esta vez consiguió que su voz sonara un poco más convincente—. Soy tan hutt como tú —añadió, volviendo a erguirse.

Durga torció el gesto.

—Magnífico —dijo, intentando animar a su primo—. Ha llegado el momento de asumir el control, Kibbick. Si pierdes el tiempo, lo único que conseguirás con ello es que la situación empeore todavía más.

Puede que Teroenza esté planeando una revuelta contra Besadii. ¿Se te ha ocurrido pensar en esa posibilidad?

No se le había ocurrido, desde luego. Kibbick parpadeó.

—¿Una revuelta? ¿Quieres decir... una auténtica revuelta? ¿Con tropas y disparos?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —replicó Durga—. ¿Y quién es el primero al que quitan de en medio cuando se produce una revuelta?

—Al líder —dijo Kibbick, con la mente funcionando a toda velocidad.

—Exacto. Buena respuesta, Kibbick. ¿Comprendes ahora por qué debes asumir el control de la situación antes de que Teroenza pueda hacer sus planes y mientras todavía estás en condiciones de imponerle tu voluntad?

Kibbick estaba empezando a sentirse amenazado, y eso no le gustaba nada. Unos instantes después comprendió que seguir los consejos de Durga y recuperar el control que se había dejado arrebatar por el Gran Sacerdote era el mejor curso de acción de que disponía.

—Lo haré —dijo con firmeza—. Le diré a Teroenza lo que ha de hacer, y me aseguraré de que me obedece. Si se niega a obedecerme, haré que los guardias se ocupen de él.

—¡Ése es el auténtico espíritu hutt! —exclamó Durga con aprobación—. ¡Magnífico! ¡Ahora sí que estás hablando como un verdadero líder del clan Besadii! ¡Lláname e infórmame en cuanto las hembras de los t'landa Tils estén de camino!

—¡Lo haré, primo! —dijo Kibbick, y cortó la transmisión.

Kibbick se prometió a sí mismo que se ocuparía de aquel asunto de inmediato, antes de que pudiera perder su agradable sensación de superioridad hutt tan recientemente estimulada. El noble hutt ni siquiera se tomó la molestia de subir a su trineo repulso; sino que empezó a ondular a través del Edificio Administrativo de la Colonia Uno para ir al despacho de Teroenza. Tampoco se molestó en activar la señal de la puerta, y se limitó a entrar.

Teroenza estaba instalado en su hamaca de trabajo y manejaba su cuaderno de datos. El Gran Sacerdote alzó los ojos hacia la puerta, muy sorprendido, cuando el hutt entró ondulando en su despacho.

—¡Kibbick! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—¡Noble Kibbick para ti, Gran Sacerdote! —dijo Kibbick—. ¡Tenemos que hablar! ¡Acabo de conversar con mi primo Durga, y me ha dicho que has traído aquí a las hembras de vuestra especie en secreto! ¡Durga está muy furioso!

—¿Las hembras de nuestra especie? —Teroenza parpadeó, como si no tuviera la más mínima idea acerca de qué le estaba hablando Kibbick—. ¿De dónde ha sacado Durga esa idea, excelencia?

—¡No intentes utilizar ese truco conmigo! —dijo Kibbick—. Las hembras están aquí, y Durga lo sabe. Me ha ordenado que te diga que deben volver a Nal Hurta a bordo de la próxima nave. Llama a los guardias y haz que las compañeras sean traídas a la Colonia Uno para que partan de Ylesia, y hado inmediatamente.

Teroenza se recostó en su hamaca y adoptó una expresión pensativa. Aparte de eso, el Gran Sacerdote no se movió.

—¿Me has oído, sacerdote? —Kibbick se sentía casi embriagado por una incontenible oleada de ira justiciera, y se irguió ante Teroenza—. ¡Obedece o llamaré a los guardias!

El Gran Sacerdote bajó lentamente de su hamaca de trabajo, y Kibbick dejó escapar un suspiro de alivio para sus adentros. Pero después Teroenza permaneció inmóvil y no fue hacia el intercomunicador.

—¡Date prisa! —balbuceó Kibbick—. O llamaré a los guardias para que se te lleven, y luego me ocuparé personalmente de todas las hembras...

—No —dijo Teroenza, empleando un tono sorprendentemente seco e impasible.

—¿No... qué?

Kibbick apenas podía dar crédito a sus oídos. Que él supiera, nadie había rechazado jamás una orden directa de un noble hutt.

—No. No lo haré —dijo Teroenza—. Estoy harto de recibir órdenes de un idiota.

Adiós, Kibbick.

—¿Cómo te atreves? ¡Haré que te ejecuten! ¿Adiós? —Kibbick se sentía cada vez más perplejo—. ¿Me estás diciendo que renuncias a tu puesto? ¿Te vas?

—No, no me voy —dijo Teroenza, empleando el mismo tono tranquilo y firme de antes—. Eres tú quien se va a ir.

Sus potentes cuartos traseros se retorcieron, su delgada cola parecida a un látigo hendió el aire..., y de repente el Gran Sacerdote bajó la cabeza y se lanzó sobre Kibbick al mismo tiempo que emitía un ensordecedor aullido de rabia.

El noble hutt fue pillado tan por sorpresa que ni siquiera dispuso de tiempo para esquivar la acometida. El cuerno de Teroenza chocó con su pecho. El cuerno no era terriblemente afilado, pero la potencia de la carga del Gran Sacerdote fue tan enorme que el cuerno penetró el pecho de Kibbick casi en la totalidad de su metro de longitud.

¡Y el dolor resultó terrible! Kibbick dejó escapar un rugido en el que se mezclaban el terror y el dolor, y golpeó al t'landa Til con sus diminutos brazos. Después intentó volver la cola para asestar un golpe devastador, pero la habitación era demasiado pequeña.

Kibbick sintió cómo las manos del t'landa Til ejercían presión sobre el sólido muro de carne que era su pecho, y un instante después el cuerno de Teroenza, cubierto de sangre e icores hutts, quedó en libertad.

Teroenza empezó a retroceder con amenazadora decisión.

Kibbick, jadeando y tosiendo, también trató de retroceder, pero su extremo posterior chocó con la pared. Kibbick intentó girar para escapar.

Teroenza volvió a lanzarse sobre su pecho.

Y luego repitió el ataque...

Y volvió a repetirlo...

Kibbick ya estaba chorreando sangre por sus múltiples heridas. Por sí sola, ninguna de ellas suponía un auténtico peligro para la vida. Los órganos vitales de un hutt estaban enterrados a una profundidad excesiva dentro de sus cuerpos para que pudieran ser atravesados con facilidad, lo cual formaba parte de la razón oculta tras la vieja leyenda que afirmaba que los huta eran inmunes a los haces desintegradores. En realidad no lo eran..., pero un haz desintegrador que hubiese bastado para freír instantáneamente a la inmensa mayoría de criaturas en muchas ocasiones no acertaba ninguna parte vital del organismo hutt, lo cual les permitía aplastar a su atacante antes de que éste tuviera tiempo de efectuar un segundo disparo.

Kibbick intentó gritar pidiendo ayuda, pero lo único que emergió fue un gorgoteo ahogado. Uno de los golpes había perforado un saco respiratorio. Kibbick intentó ondular hacia el intercomunicador para solicitar auxilio.

Teroenza volvió a embestirle. Esta vez la potencia de la cornada del t'landa Til,

unida a la creciente debilidad de Kibbick, hizo que el noble hutt se desplomara sobre un costado y quedara totalmente indefenso.

La visión de Kibbick se estaba nublando, pero aún podía ver con la claridad suficiente para reconocer lo que Tereonza estaba sacando de un cajón del escritorio. El Gran Sacerdote acababa de coger un desintegrador.

El noble hutt hizo un nuevo intento de levantarse para pedir ayuda o rechazar los repetidos ataques, pero ya está excesivamente débil, y además el dolor se había vuelto demasiado grande. La oscuridad se encontraba muy cerca, y empezaba a descender sobre su campo visual. Kibbick hizo un nuevo y desesperado esfuerzo, pero la negrura se cerró sobre él tan rápidamente como un mar de aguas oscuras durante la medianoche...

Tereonza apuntó el desintegrador con impasible precisión y lo utilizó para agrandar y disfrazar las heridas de Kibbick, que ya estaba agonizando. El t'landa Til disparó una y otra vez, y después siguió usando el arma hasta que el enorme cuerpo del hutt quedó convertido en un horror calcinado y los últimos temblores y convulsiones se hubieron disipado.

Finalmente se detuvo, respirando con rápidos jadeos entrecortados.

—Idiota... —murmuró en su lengua, y después fue a lavarse el cuerno.

Mientras se estaba limpiando, Teroenza tomó una decisión sobre cuál sería el mejor curso de acción a seguir. Un ataque terrorista, por supuesto. Diría que había sido cosa de la Tharen y sus tropas, y nadie osaría dudar de su palabra. Luego haría ejecutar a los guardias de servicio, afirmando que habían sido comprados y que tomaron parte en el asesinato.

El día anterior había cerrado el trato para comprar un cañón turboláser, y utilizaría la muerte de Kibbick como excusa para instalarlo en el patio.

El Gran Sacerdote también sabía que iba a necesitar disponer de más guardias y más armamento, y pensó que quizá debería ponerse en contacto con Jiliac.

¡No! Teroenza meneó su enorme cabeza, y un pequeño diluvio de gotas de agua salió despedido de su cuerno. Ya estaba más que harto de los hutts, y no quería volver a tener nada que ver con ellos. ¡Él, Teroenza, se había convertido en el dueño y señor exclusivo de Ylesia! Y pronto todo el mundo lo sabría. Ya sólo necesitaba unas cuantas semanas más para consolidar su poder. Dejaría de pagar a Besadii, y utilizaría los créditos para comprar armas.

Sintiéndose muy satisfecho de su plan, Teroenza, Gran Sacerdote de Ylesia, dio la espalda al enorme montículo del hutt muerto, salió de su despacho y fue en busca de unos cuantos guardias a los que ejecutar...

# Capítulo 11

## Desafío a muerte

Durga clavó la mirada en la pantalla de su cuaderno de datos y se sintió invadido por una gran alegría. ¡Al fin! El Sol Negro, en la persona de Guri, la ayudante personal de Xizor, acababa de proporcionarle pruebas concluyentes de que Jiliac, muy probablemente ayudada por su sobrino Jabba, había planeado el asesinato de Aruk..., y de que Teroenza lo había llevado a cabo.

Las evidencias del Sol Negro habían llegado básicamente bajo la forma de registros de adquisiciones y pagos que demostraban la conexión de Jiliac con los envenenadores malkitas. La líder del clan Desilijic les había comprado una cantidad de X-1 lo suficientemente grande para causar la bancarrota de una colonia de tamaño mediano, y ese X-1 había sido enviado directamente a Teroenza. También había registros de artículos que Jiliac había comprado y enviado al Gran Sacerdote, objetos valiosos que habían pasado a formar parte de la colección del t'landa Til.

«Para que yo no pudiera saber que Teroenza estaba siendo sobornado —pensó Durga—. Teroenza creía que podría "esconder" su paga recibiendo objetos de arte para su colección...» El líder hutt vio que la mayoría de objetos eran no sólo valiosos, sino también altamente buscados. En el caso de que Teroenza deseara venderlos, podría cambiarlos sin ninguna dificultad por grandes sumas de dinero en el mercado negro de antigüedades.

Durga observó con interés que Teroenza había hecho precisamente eso no hacía mucho tiempo, y que había adquirido un cañón turboláser de segunda mano con los ingresos procedentes de varias de esas ventas. «Resulta evidente que se está preparando para defender Ylesia —pensó—. No tardará en declarar su independencia...»

El primer impulso de Durga fue ordenar que trajeran a Teroenza a Nal Hutta cargado de cadenas, pero después, y mediante un considerable esfuerzo de voluntad, se obligó a pensar en todas las ramificaciones que tendría semejante acción. Los sacerdotes, o sub-sacerdotes, se enfurecerían al ver tratado a su líder de tal manera, y dirigirían su furia contra Besada..., especialmente después de que Teroenza hubiera conseguido traer a sus compañeras a Ylesia.

Si Durga daba esa orden, los sacerdotes podían negarse a llevar a cabo la Exultación para los peregrinos. Y sin los sacerdotes para que les proporcionaran su dosis diaria de euforia, los peregrinos podían negarse a trabajar., le incluso podían iniciar una revuelta! En cualquiera de los dos casos, perder a los sacerdotes ylesianos resultaría desastroso para la producción en las factorías de especia.

Durga, aunque de mala gana, acabó decidiendo que debería llevar a cabo ciertos

preparativos antes de poder vengarse de Teroenza. Tendría que encontrar un nuevo supervisor hutt para Ylesia, y un t'landa Til lo suficientemente popular y carismático para que pudiera actuar como Gran Sacerdote. El nuevo Gran Sacerdote anunciaría recompensas y bonificaciones para todos los t'landa Tils leales. Y, pensándolo bien, quizá sería preferible dejar a las compañeras de los t'landa Tils en Ylesia..., al menos de momento.

Todo eso probablemente exigiría una semana de incesante actividad. Y hasta que la nave de la flota del clan Besada que traería al nuevo Gran Sacerdote hubiese llegado a Ylesia, Durga no podía permitir que Teroenza supiera que iba a ser sustituido. Besada no podía correr el riesgo de precipitar una revuelta hasta que hubieran traído a las trepas necesarias para aplastarla.

Durga decidió actuar con gran cautela y mantener a Teroenza en la ignorancia hasta el último momento. O, si Kibbick se había visto obligado a ordenar el arresto del Gran Sacerdote, entonces tendrían que ocultar la ausencia de Teroenza. Quizá una repentina «enfermedad» del Gran Sacerdote bastaría para ello.

Durga se preguntó si sería posible obligar a Tilenna, la compañera de Teroenza, a que actuara como portavoz de Besadii en sustitución de su esposo. ¿A cambio de su propia vida y de una generosa compensación económica, quizá?

Durga siguió reflexionando y acabó decidiendo que quizá fuera posible conseguirlo. Después de todo, los t'landa Tils eran un pueblo muy práctico...

También cabía la posibilidad de que Teroenza aún pudiera ser controlado, pero resultaba difícil imaginarse a Kibbick poseyendo los recursos necesarios para ello. Durga probablemente tendría que ocuparse de todo personalmente, aunque también podía enviar a Zier para que se encargara de ello.

Durga se preguntó qué tal le habrían ido las cosas a Kibbick durante su conversación con Teroenza el día anterior. Su primo no había vuelto a llamarle, tal como prometió hacerlo, pero eso no significaba nada. Kibbick era incapaz de mantener la atención concentrada en algo durante mucho tiempo, y solía olvidarse de sus promesas.

El parpadeo de una luz atrajo la atención de Durga, y vio que su sistema de comunicaciones le estaba indicando la llegada de un mensaje. El líder hutt aceptó la llamada y vio cómo la imagen de Teroenza cobraba forma ante él, casi como si el que Durga pensara en el t'landa Til la hubiese conjurado a partir del aire.

El Gran Sacerdote se inclinó ante su superior hutt, pero a Durga no le pasó desapercibido el destello de alguna emoción indefinible —pero bastante cercana a la satisfacción— que iluminó sus protuberantes ojos.

—Excelencia... —canturreó el Gran Sacerdote—. Tengo noticias terribles para vos, noble Durga. Debéis ser fuerte, mi señor.

Durga clavó los ojos en la imagen.

—¿Sí? —murmuró.

—Esta mañana hemos sido víctimas de un ataque terrorista poco después del amanecer —dijo Teroenza, retorciéndose sus manecitas en visible agitación—. Fue Bria Tharen y su banda de luchadores de la resistencia corelliana. El Escuadrón de la Mano Roja, como se hacen llamar... Atacaron el Edificio Administrativo, disparando contra todo lo que se movía. Lamento decir que vuestro primo, el noble Kibbick, se encontraba allí y que murió.

—Kibbick ha muerto?

Durga estaba perplejo. En realidad no esperaba que su primo fuera capaz de arrebatarle el control de Ylesia a Teroenza, pero nunca había esperado que muriese.

O, para ser más exactos, que fuera asesinado.

Durga sabía que la historia sobre Bria Tharen que acababa de contarle Teroenza era una mentira. Sus fuentes de información le habían asegurado que el Escuadrón de la Mano Roja se encontraba en el otro extremo del Borde Exterior, y que ayer mismo había atacado un puesto de avanzada imperial. Ninguna nave del universo podía haber llegado a Ylesia al amanecer.

Lo cual significaba que Teroenza estaba mintiendo..., pero el Gran Sacerdote no tenía forma de saber que Durga sabía que estaba mintiendo. Durga intentó decidir cuál sería la mejor forma de utilizar aquella información en beneficio propio. Mientras lo hacía, se llevó una mano a los ojos e inclinó la cabeza, fingiendo una pena que no sentía. Kibbick había sido un idiota, y el universo estaba mucho mejor sin él.

Pero Teroenza acaba de firmar su propia sentencia de muerte —pensó Durga—. Apenas yo embarque para Ylesia con su sucesor, será un t'landa Til muerto..

Después, hablando en voz baja y suave, le dio instrucciones acerca de cómo quería que el cadáver fuera enviado a casa.

—Está claro que debemos conseguir mejores guardias para Ylesia —añadió luego—. No podemos permitir que esos rebeldes sigan llevando a cabo sus incursiones con tal impunidad.

Teroenza volvió a inclinarse ante él.

—Estoy totalmente de acuerdo, excelencia. Gracias por decir que nos enviaréis ayuda.

—Es lo mínimo que puedo hacer, dadas las circunstancias —dijo Durga, obligándose a evitar que el sarcasmo impregnara su voz—. ¿Podrás arreglártelas durante unos días sin disponer de un supervisor hutt?

—Podré hacerlo —dijo Teroenza—. Haré todo lo posible para asegurarme de que todo vaya tan bien como de costumbre.

—Gracias, Teroenza —dijo Durga, y cortó la transmisión.

Después dedicó varios minutos a dar instrucciones a Zier sobre cómo encontrar



un sustituto para Teroenza. Afortunadamente, Zier era un administrador bastante capaz y sabía obedecer las órdenes.

A continuación, y sólo entonces, se volvió hacia la figura que había estado inmóvil en un rincón de su despacho, esperando pacientemente mientras Durga atendía los asuntos más urgentes.

—Disculpadme, dama Guri —dijo Durga, dirigiendo una inclinación de cabeza a la hermosa joven humana—. Casi he olvidado que estabais aquí. La mayoría de humanos son incapaces de aguardar tan pacientemente, y enseguida se ponen nerviosos y empiezan a removerse.

Guri se inclinó ante él.

—He recibido un adiestramiento especial, excelencia. Al príncipe Xizor no le gusta que sus subordinados sean incapaces de mantener la calma.

—Por supuesto —dijo Durga—. Como podéis ver, he examinado la información que me trajisteis, y lo cierto es que confirma mis sospechas. Además, y como también habéis visto, mi venganza sobre Teroenza deberá esperar un momento más..., más conveniente. Pero tengo intención de hablar inmediatamente con Jiliac y desafiarla a combate bajo las estipulaciones de la Antigua Ley.

—¿La Antigua Ley?

—Actualmente rara vez se la invoca, pero es una vieja costumbre hutt que, en el caso de que haya existido una provocación lo suficientemente grave, un líder de clan hutt puede desafiar a otro a un combate singular sin que se produzcan repercusiones legales. Se presume que quien venza tenía la justicia de su parte.

—Comprendo, excelencia. El príncipe Xizor ya me informó de que ésta sería probablemente vuestra reacción, como era de esperar en un hutt dotado de sentido del honor. Me ordenó que os acompañara y que hiciese todo cuanto estuviera en mis manos para facilitar vuestra búsqueda de la justicia.

Durga la miró fijamente y se preguntó qué podía esperar lograr una hembra humana de constitución tan esbelta y frágil contra los hutts o las hordas de los guardias del clan Desilijic.

—¿Me acompañaréis en calidad de guardaespaldas personal? Pero...— Los labios de Guri se curvaron en una tenue sonrisa.

—Soy la primera guardaespaldas del príncipe Xizor, excelencia. Os aseguro que puedo protegeros de los guardias de Jiliac.

Durga sintió la tentación de añadir unas cuantas palabras más, pero algo en la expresión de Guri le detuvo. Sabía que era la ayudante primaria de Xizor, y por lo tanto el que además fuese una excelente asesina también parecía tener mucho sentido. Guri debía de poseer capacidades que no eran perceptibles a primera vista. De una cosa no cabía duda, y era que toda ella irradiaba confianza.

—Muy bien —dijo Durga—. Entonces ya podemos irnos.

Subieron a la lanzadera de Durga, y el viaje hasta el enclave del clan Desilijic se llevó a cabo en menos de una hora mediante un vuelo suborbital.

Descendieron en la isla que contenía el Palacio de Invierno de Jiliac y que era la residencia actual del clan Desilijic. Durga, con Guri junto a él transportando una caja de gran tamaño, reptó hacia la entrada.

—Durga Besadii Tai desea ver a Jiliac Desilijic Tiron —dijo—. Traigo un regalo, y solicito una audiencia privada.

Los guardias sometieron a ambos visitantes aun rápido examen de seguridad y verificaron que iban desarmados. Después de una rápida llamada, se les indicó que podían entrar en el palacio. El mayordomo, un rodiano llamado Dorzo, los acompañó hasta la enorme y casi vacía cámara de audiencias, y después entró en ella.

—El noble Durga del clan Besadii —anunció con una gran reverencia.

Desde la entrada, Durga pedo ver a Jiliac haciendo alguna clase de trabajo con un cuaderno de datos. La visión de su enemiga hizo que una oleada de rabia recorriera el cuerpo del joven hutt, y todo él tembló bajo los efectos de la sed de sangre.

Jiliac les hizo esperar deliberadamente durante casi diez minutos. Durga intentó imitar la inmovilidad de Guri, y acabó decidiendo que la enviada de Xizor realmente era una humana muy poco usual.

Finalmente Jiliac dirigió una inclinación de cabeza a Dorzo, y después el rodiano se inclinó ante los visitantes y empezó a hablar.

—Su excelencia suprema Jiliac, líder del clan Desilijic y protectora de los justos, os verá ahora —proclamó.

Durga se puso en movimiento, con Guri caminando solemnemente junto a él. Cuando llegaron al sitio en el que les esperaba Jiliac, la enorme matrona hutt no abrió la boca. Dado que, por costumbre y por ser el visitante, Durga no podía hablar hasta que se le hubiese dirigido 6 palabra, tuvieron que volver a esperar.

Finalmente la enorme masa de Jiliac se agitó.

—Saludos al clan Besadii —dijo—. Me has traído un regalo, como es justo y conveniente. Puedes mostrármelo.

Durga dirigió una inclinación de cabeza a Guri, y la humana avanzó hacia la líder del clan Desilijic y dejó la caja junto al trineo repulsor sobre el que estaba recostada.

El joven hutt señaló la caja con una mano.

—Un regalo para vuestra dignísima majestuosidad. Es una muestra de la estima de Besadii y de nuestras esperanzas para vuestro futuro, oh Jiliac.

—Vamos a verlo... —murmuró Jiliac.

Arrancó las envolturas y después sacó de entre ellas un gran objeto de arte enormemente valioso. El regalo consistía en una máscara mortuoria de las islas del remoto mundo de Langoona. Los nativos de Langoona tallaban aquellas máscaras mortuorias y las adornaban con gemas semipreciosas e incrustaciones de plata, oro,

platino y conchas iridiscentes procedentes de sus cálidos mares.

Jiliac hizo girarla máscara entre sus manecitas, y al principio Durga creyó que no reconocía su significado. La líder del clan Besadii lanzó una rápida mirada a Guri y, tal como habían acordado, la hembra humana giró sobre sus talones y echó a andar hacia la salida. Guri le esperaría allí, y se aseguraría de que no hubiera ninguna clase de intromisiones. Durga dirigió nuevamente su atención hacia Jiliac, preparado para informarla sobre qué significaba exactamente su regalo, y entonces vio cómo todo su enorme cuerpo empezaba a temblar.

Jiliac clavó los ojos en Durga.

—¡Una máscara mortuoria de Langoona! —aulló—. ¿Y a esto lo llamas un regalo adecuado?

Jiliac lanzó la obra de arte al aire con un potente giro de su bracito, y después usó su cola para enviarla al otro extremo de la cámara de audiencias. La máscara mortuoria chocó con la pared y quedó hecha añicos que cayeron al suelo.

—Considero que es perfectamente adecuado, Jiliac —dijo Durga, decidido a seguir adelante con su plan original—. Hoy yo, Durga Besadii Tai —siguió diciendo, recitando las palabras formales—, he descubierto que mataste a Aruk, mi progenitor. Te desafío bajo la Antigua Ley. Prepárate a morir.

Jiliac lanzó un alarido de rabia y bajó de su trineo repulsor. —¡Eres tú quien va a morir, insignificante advenedizo! —gruñó, e hizo que su flexible cola describiera un gran arco.

Durga se apresuró a esquivarla, pero no fue lo suficientemente rápido. La cola chocó con su espalda, dejándole casi sin aliento. A continuación Durga se lanzó sobre Jiliac, impulsándose hacia adelante con todas sus fuerzas y golpeándola lo más salvajemente posible en el pecho.

Jiliac tenía casi dos veces el tamaño de Durga. Era una hutt de mediana edad que estaba llegando a su fase corpulenta. Durga disponía de cierta ventaja, ya que su juventud le proporcionaba velocidad. Pero si Jiliac conseguía descargar todo su peso sobre él aunque sólo fuese una vez, la batalla terminaría al instante..., y Durga lo sabía

Gritando como dos leviatanes prehistóricos, los dos hutts se lanzaron el uno contra el otro, a veces dando en el blanco y, más frecuentemente, fallando el objetivo. Cada uno trató de embestir el pecho del otro empujando y agitando sus diminutos brazos, ya que sus colas estaban demasiado ocupadas golpeando todo lo que se hallaba lo suficientemente cerca de ellas para poder ser alcanzado.

Dorzo ya había huido hacía rato y se encontraba a salvo. «Matar... Matar... ¡MATAAMATARMATAR!», aullaba la mente de Durga. Se sentía devorado por la rabia. Jiliac le golpeó con su cola, estando a punto de hacerle caer al suelo, y después se lanzó sobre él con un rugido. Durga a duras penas si consiguió apartarse de la

feroz embestida antes de que Jiliac pudiera aplastarle bajo la enorme parte central de su corpachón.

El joven hutt usó su cola para golpear salvajemente la sien de Jiliac, atacando a su enemiga con una violencia que la hizo tambalearse. Jiliac, a su vez, replicó al ataque con un golpe de la cola que falló el objetivo e hizo vibrar toda la sala.

Al principio Jiliac había estado aullando maldiciones y amenazas, pero pasados unos minutos empezó a jadear demasiado ruidosamente y reservó el aliento para la batalla. La forma de vida sedentaria de la líder del clan Desilijic ya iba haciendo notar sus efectos.

«Si consigo aguantar un poco más que ella...», pensó Durga, y enseguida comprendió que se trataba de un «si» muy grande.

Han Solo estaba repasando los listados de cargamentos destinados a las minas de Kessel con Jabba cuando él, Chewie, y Jabba oyeron un potente golpe sordo seguido por un alarido y, posteriormente, otra serie de golpes y ruidos ahogados. Humano, wookie y hutt se miraron, muy sobresaltados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Han.

—Mi tía debe de estar padeciendo uno de sus ataques de mal genio —dijo Jabba.

Casi una década antes Han había presenciado una de las famosas rabetas de Jiliac, por lo que no tuvo ninguna dificultad para creer la afirmación de Jabba. Se disponía a volver al trabajo cuando dos alaridos llegaron a sus oídos justo uno detrás del otro..., y cada alarido había sido producido por una voz distinta.

Jabba se incorporó, visiblemente alarmado.

—¡Vamos!

Han y Chewie echaron a correr detrás de Jabba mientras éste les guiaba hacia los sonidos. El corelliano nunca dejaba de asombrarse ante la rapidez con que eran capaces de moverse los hutts cuando disponían de una motivación lo suficientemente grande.

Llegaron a la cámara de audiencias de Jiliac y vieron a una hermosa joven rubia inmóvil delante de la entrada. Han miró por encima del hombro de la desconocida y vio que Jiliac estaba enzarzada en un combate mortal con un hutt mucho más pequeño. El recién llegado tenía una marca de nacimiento que le desfiguraba la cara y se extendía por encima de un ojo. Las dos criaturas aullaban y resoplaban mientras hacían entrechocar sus enormes pechos.

Cuando Han, Chewie y Jabba fueron hacia la mujer, ésta meneó la cabeza y alzó una mano para detener su avance.

—No —dijo—. No interfiráis. Durga ha desafiado a Jiliac bajo la Antigua Ley, y ahora un líder de clan está luchando con otro líder de clan.

Para gran sorpresa de Han, Jabba no apartó a la mujer de su camino para ir en ayuda de su tía. Lo que hizo fue inclinar la cabeza en el equivalente hutt de una

reverencia.

—Tú debes de ser Guri —dijo.

—Sí, excelencia —replicó ella.

En ese mismo instante un grupo de guardias llegó a la carrera por el pasillo con las lanzas de energía listas para ser usadas. Jabba se volvió hacia ellos para impedirles el paso, y los gamorreanos le contemplaron con miradas parpadeantes llenas de aturdida sorpresa.

—Mi tía está teniendo uno de sus ataques de mal genio —dijo—. Vuestra presencia no es necesaria.

El líder de los guardias no pareció quedar muy convencido por sus palabras, pero Jabba no se movió, y la masa de su enorme cuerpo de hutt le impedía ver con sus propios ojos qué era lo que estaba ocurriendo. El gamorreano titubeó, su hocico porcino temblando a causa del anhelo casi incontenible de luchar.

—¡He dicho que podéis iros! —gritó Jabba, agitando sus brazos delante de los guardias.

Los gamorreanos giraron sobre sus talones, gruñendo y resoplando, y se fueron al trote por donde habían venido.

Han volvió la cabeza hacia la cámara de audiencias y vio cómo Jiliac dejaba caer su cola con una fuerza impresionante. El otro hutt apenas consiguió apartarse de la trayectoria a tiempo de esquivar el tremendo golpe. El corelliano miró a Jabba.

—¿No quieres detener la pelea?

Chewbacca repitió la pregunta de Han.

Jabba les miró fijamente, abriendo y cerrando sus bulbosos ojos llenos de astucia.

—Durga es el líder del clan Besadii —dijo finalmente—. Sea cual sea el ganador, yo habré ganado.

—Pero... —balbuceó Han—. Yo... Bueno, yo creía que querías mucho a tu tía.

Jabba le miró como si estuviera contemplando a un niño gamorreano aquejado de retraso mental.

—Y la quiero, Han —dijo con dulzura—. Pero ahora estamos hablando de negocios.

Han asintió y miró a Chewie. El wookiee se encogió de hombros.

—Claro. Negocios, ¿eh?

—Y una cosa más, Han...

—¿Sí, Jabba?

El líder hutt le hizo una seña con la mano, pidiéndole que se acercara un poco más.

—Este no es sitio para un humano, muchacho. Espérame en mi palacio. Me reuniré contigo más tarde.

«Si éste no es sitio para un humano, ¿qué pasa con ella?», quiso preguntar Han.

Volvió la cabeza hacia la hermosa joven rubia, y sus ojos se encontraron con los de ella. Han la contempló en silencio durante un segundo interminable, y comprendió que había algo indefiniblemente erróneo en aquella mujer a la que Jabba llamaba Guri. La joven rubia era perfecta, pero después de haberla mirado a los ojos Han se dio cuenta de que todos sus instintos le estaban gritando que se mantuviera lo más alejado posible de ella. Rodearla con sus brazos le habría resultado tan imposible como estrechar contra su pecho una mortífera serpiente venenosa.

—Eh... Sí, claro —dijo—. Ya nos veremos luego, Jabba. Vamos, Chewie.

Han y el wookiee se dieron la vuelta y se apresuraron a alejarse sin mirar hacia atrás.

Durga estaba empezando a sentirse invadido por la desesperación. Pese a todos sus enérgicos esfuerzos para agotar a Jiliac, la hutt seguía luchando con sombría decisión. Jiliac era mucho más fuerte y pesaba mucho más que él, y si tan sólo uno de sus golpes caía de lleno sobre el objetivo, Durga sabía que quedaría convertido en una manchita de grasa esparcida sobre el suelo.

Se embistieron por enésima vez, y sus pechos chocaron con tal violencia que Durga aulló. Hasta el último centímetro de su cuerpo estaba cubierto de morados, y se sentía como si fuera un trozo de masa concienzudamente golpeado y extendido con vistas a ser introducido en el horno de cocción.

El largo combate les había obligado a recorrer toda la enorme cámara, como testimoniaban los restos aplastados del mobiliario y los agujeros abiertos en las paredes. De repente Durga se dio cuenta de que se estaban aproximando al trineo de Jiliac. Jiliac también debió de percibirlo, porque de repente se apartó de su oponente y, girando sobre sí misma, empezó a avanzar hacia el trineo repulsor con la ondulación más veloz de que era capaz, tosiendo y jadeando en un desesperado intento de recuperar el aliento.

Durga ya estaba detrás de ella, y no tardó en alcanzarla. Resultaba obvio que Jiliac pretendía subirse al trineo para usarlo a continuación como un ariete contra él. ¡Si conseguía subirse al trineo, Durga estaría perdido!

Logró acabar de alcanzar a Jiliac y extendió las manos hacia los controles, pero enseguida tuvo que apresurarse a echarse a un lado cuando la líder del clan Desilijic desplazó su cola en un potente arco por debajo de la plataforma, dirigiendo la punta hacia la cara de Durga.

Durga reaccionó de manera totalmente automática rodando hacia adelante sobre su pecho mientras se apoyaba con las manos, alzó la cola por encima de su cabeza. Dirigiéndola cuidadosamente, impulsó la punta de su cola hacia abajo y consiguió dejarla caer sobre el botón activador de los sistemas de energía del trineo repulsor, hundiéndolo en el tablero de control.

El trineo repulsor cayó como una piedra justo sobre la cola de Jiliac, dejándola

firmeramente atrapada.

Jiliac dejó escapar un chillido de dolor e intentó liberar su cola. Mientras rodaba sobre sí mismo para volver a erguirse, Durga comprendió que Jiliac no iba a conseguir liberarse. Inclinandose hacia atrás con un brusco retorcimiento, se colocó en la posición adecuada y dejó caer su cola sobre la cabeza de Jiliac, golpeándola con todas sus fuerzas.

La líder del clan Desilijic aulló.

Durga volvió a lanzarse contra su cabeza, y luego se apresuró a repetir el terrible ataque.

Necesitó cinco espantosos golpes para que Jiliac se hundiera en la inconsciencia. «¡Muere!, pensó mientras pisoteaba su carne empapada».

—¡Muere! —gritó—. ¡MUERE!

Nunca supo con seguridad en qué momento murió Jiliac. De repente Durga se dio cuenta de que estaba golpeando ciegamente a una criatura que había quedado reducida a una masa ensangrentada y medio aplastada de carne y materia cerebral. Los ojos de Jiliac se habían convenido en un par de agujeros, y la lengua húmeda y viscosa asomaba de su boca entreabierta.

Durga se obligó a detenerse y miró a su alrededor. Guri permanecía inmóvil junto a Jabba en la entrada de la gran sala. De alguna manera tan inexplicable como incomprensible, la asesina de Xizor había impedido que los guardias —y Jabba— entraran en la cámara de audiencias. Durga, la mente embotada por el agotamiento, acabó llegando a la conclusión de que fuera lo que fuese aquella joven, era mucho más de lo que aparentaba a primera vista.

Moviéndose como si tuviera novecientos años, Durga consiguió subir al trineo de Jiliac y activarlo. Estaba demasiado cansado para arrastrarse a través de la sala, y de hecho apenas disponía de los recursos mentales y físicos necesarios para dirigir la plataforma repulsora.

Durga atravesó la cámara de audiencias en una lenta trayectoria ondulante, dejando tras de sí el cadáver de Jiliac.

Cuando llegó a la entrada, se detuvo para encararse con Jabba. El líder del clan Besadii creía que, en las mejores circunstancias imaginables, podía estar a la altura de Jabba. Pero en aquel momento, Jabba apenas tendría que esforzarse para vencerle.

Guri dio un paso hacia adelante y se inclinó respetuosamente ante él. —Os felicito por el exitoso final de vuestro desafío, excelencia. Durga volvió la cabeza hacia la mujer.

—Guri... Eres la asesina del príncipe Xizor, ¿verdad?

—Sirvo al príncipe en todo aquello que se encuentra a mi alcance —dijo Guri sin perder la compostura.

—¿Podrías matar a un hutt? —preguntó Durga.

—Desde luego que sí —replicó Guri.

—Pues entonces... mata a Jabba —dijo Durga.

Guri meneó la cabeza en una negativa casi imperceptible.

—No, excelencia. Mis órdenes eran ayudaros a que pudierais vengaros de Jiliac. Ese objetivo ya ha sido alcanzado, y ahora nos iremos.

Durga inició un movimiento hacia Jabba, pero la ayudante de Xizor se interpuso entre ellos y el mudo mensaje de sus ojos quedó muy claro apenas éstos se posaron en Durga.

—Ahora nos iremos —repitió.

Jabba se hizo a un lado para dejarles pasar después de que Guri subiera de un ágil salto a la plataforma repulsora de Jiliac. Durga oyó mudo de pies lanzados a la carrera y vio guardias que corrían hacia ellos, pero Jabba los detuvo alzando una mano.

—¡Hace un rato os despedí! —dijo—. ¡Idos de una vez!

Los guardias se apresuraron a obedecer.

Jabba miró a Guri.

—No quería perderlos —dijo—. Constituyen una defensa muy efectiva contra la mayoría de invasores.

Guri asintió, y después puso en marcha el trineo. Durga lanzó una mirada tenebrosa a Jabba, pero sus últimas reservas de fortaleza acababan de desvanecerse. Demasiado exhausto para saborear su victoria, descubrió que lo único que podía hacer era permanecer inmóvil sobre la plataforma repulsora...

Jabba fue lentamente hacia el enorme cadáver de su tía. Apenas podía creer que estuviera muerta, y sabía que la echaría de menos. Pero, como le había dicho a Han Solo, se trataba de negocios. Por el bien del clan Desilijic, así como por el suyo propio...

La visión de la cabeza destrozada e informe de Jiliac demostró tener el poder de revolverle el estómago. Jabba sabía que tardaría bastante tiempo en volver a tener hambre.

Dedicó unos momentos a reflexionar y se preguntó cuáles debían ser sus primeras acciones después de haberse convertido en líder indiscutido del clan. Muy probablemente tendría que comparecer ante el Gran Consejo de los hutts, pero en cuanto les hubiera explicado que se había tratado de un desafío entre líderes de clan bajo la Antigua Ley, habría muy poco que pudieran decir.

Y, en el caso de que se lo preguntaran, Jabba les diría que Jiliac había sido la causante de que Aruk fuese envenenado...

Entonces, sin que hubiera ninguna advertencia previa, Jiliac se movió.

Jabba, sobresaltado y lleno de incredulidad, se apresuró a erguirse. «Está volviendo a la vida, y se pondrá hecha una furia! ¡No!» Sus corazones empezaron a



latir con creciente violencia. ¿Qué podía estar ocurriendo? No cabía duda de que su tía estaba muerta, ni la más mínima...

El gigantesco cuerpo volvió a moverse, y un instante después el bebé de Jiliac salió de su bolsa abdominal. Jabba se relajó. «Tendría que haberlo comprendido», pensó, sintiéndose avergonzado de su momentáneo temor supersticioso.

La diminuta criatura con forma de oruga siguió deslizándose hacia adelante, agitando sus pequeños miembros vestigiales mientras dejaba escapar gemidos y gorgoteos irracionales.

Jabba le lanzó una mirada llena de malevolencia. Sabía que sería confirmado líder del clan Desilijic ocurriera lo que ocurriese, pero ¿por qué dejar aunque sólo fuera un insignificante cabo suelto?

Con una lenta ondulación llena de decisión, Jabba empezó a avanzar hacia la indefensa prole de su tía...

Al día siguiente de su victoria sobre Jiliac, el líder del clan Besadii se hallaba tan rígido y dolorido que apenas si podía moverse. Aun así, cuando Teroenza le llamó para decirle que el cuerpo de Kibbick ya había sido enviado a casa, siguiendo sus órdenes, Durga consiguió ocultar los dolores que padecía.

—Necesito más guardias, excelencia —dijo el Gran Sacerdote—, y por consiguiente me he tomado la libertad de contratar a algunos, a mis propias expensas. Espero que el clan Besadii me reembolsará los gastos, pero necesito contar con protección adicional. Esas incursiones rebeldes son inadmisibles.

—Lo entiendo —dijo Durga—. Intentaré conseguir más guardias. —Gracias, excelencia.

Después de cortar la conexión Durga se volvió hacia Guri, que había estado esperando para despedirse de él

—Teroenza se está preparando para empezar a actuar —dijo—. Ya casi está listo para romper con el clan Besadii.

Guri asintió.

—Creo que estáis en lo cierto, noble Durga.

—Las tropas ylesianas quizá decidan mostrarse leales a Teroenza, por lo que necesito alguna forma de mantener bajo control al Gran Sacerdote hasta que pueda sustituirlo —dijo Durga—. Así pues, tengo una solicitud para tu amo, el príncipe Xizor.

—¿Sí, noble Durga?

—Te pido que le transmitas mi petición de que me conceda una cierta ayuda militar. Si estuviera dispuesto a enviar tropas a Ylesia, eso facilitaría la transición y me permitiría librarme de Teroenza sin necesidad de poner furiosos a los sacerdotes y los peregrinos. Sé que el príncipe dispone de amplios recursos y que tiene a sus órdenes varias unidades de mercenarios. Con una fuerza combatiente moderna y

efectiva en el planeta, los guardias de Teroenza nunca podrán organizar un desafío armado. —Durga se había vuelto hacia Guri a pesar de los dolores de su cuerpo lleno de morados, y la estaba mirando fijamente—. ¿Se lo pedirás en mi nombre, Guri? ¿Le explicarás cuál es la situación?

—Lo haré —dijo Guri—. Pero su alteza rara vez envía tropas salvo para proteger sus propios intereses.

—Ya lo sé —dijo Durga con abatimiento. Lo que iba a decir a continuación no le gustaba demasiado, pero hablar siempre sería preferible a perderlo todo—. A cambio de su apoyo, dile a tu príncipe que le ofrezco un porcentaje de los beneficios ylesianos de este año.

Guri asintió.

—Transmitiré vuestra proposición, noble Durga. Ya tendréis noticias de su alteza —añadió con una ligera reverencia—. Y ahora... Con vuestro permiso me despido, excelencia.

Durga asintió, inclinando la cabeza todo lo que le permitía hacerlo su cuello rígido y dolorido.

—Adiós, Guri.

—Adiós, noble Durga.

Búa Tharen estaba trabajando en su despacho de la Retribución, su corbeta de la clase Merodeador, cuando Jace Paol apareció en la unidad de holocomunicaciones.

—Acabamos de recibir un mensaje para usted, comandante —dijo la imagen de Paol—. Viene por un canal altamente protegido, y está en su código privado.

—¿El cuartel general? —preguntó Bria.

—No, comandante. Se trata de una transmisión civil.

Bria enarcó las cejas, sintiéndose bastante sorprendida.

—¿De veras? —Muy pocas personas disponían de su código privado fuera de los niveles internos. Algunos de los operativos del servicio de inteligencia, como Barid Mesoriaam y otros agentes de su círculo, lo conocían, pero difícilmente decidirían ponerse en contacto con ella de una manera tan directa—. Bien... Pásamelo, por favor.

Momentos después, una pequeña imagen holográfica cobró forma encima de la unidad de comunicaciones del despacho.

Búa la contempló en silencio, sintiéndose cada vez más sorprendida. ¿Un hutt? El único hutt que disponía de su código privado era Jabba y eso quería decir que aquel hutt debía de ser Jabba, aunque todos los hutts le parecían iguales, especialmente vistos en un mensaje holográfico más bien borroso.

—¿Jabba? —le preguntó a la imagen—. ¿Sois vos, excelencia? —Sí, comandante Tharen —replicó el hutt.

—Ah... Bien, en ese caso... ¿A qué debo el placer de esta llamada, excelencia?

El líder hutt inclinó ligeramente la cabeza.

—Le pido que venga inmediatamente a Nal Hutta, comandante Tharen. El infortunado fallecimiento de mi tía me ha convertido en líder del clan Desilijic, y debemos hablar.

Bria contuvo el aliento. Sólo había transcurrido un mes desde su entrevista con la dirección del clan Desilijic..., ¿y Jiliac había muerto?

Decidió que no quería saber qué había ocurrido exactamente.

—Vendré inmediatamente, excelencia —dijo, inclinando respetuosamente la cabeza—. Supongo que queréis reabrir nuestras negociaciones concernientes a la empresa ylesiana, ¿verdad?

—Así es —dijo Jabba—. He empezado a enviar operativos a Ylesia para que se ocupen de los t'landa Tils, y estoy preparado para llevar a cabo la incursión ylesiana. Ya va siendo hora de que pongamos fin a la tiranía económica del clan Besadii.

—Estaré allí dentro de dos días —prometió Bria.

# Capítulo 12

## Hielo

Cinco días después de la muerte de Jiliac, Han Solo y Chewbacca visitaron la taberna favorita de Han en la sección corelliana de Nar Shaddaa. La Luz Azul no servía comida, únicamente licores, y en realidad no era más que una especie de agujero abierto en un muro, pero a Han le gustaba el local. En la pared había carteles holográficos de lugares famosos de Corellia, y la lista de bebidas incluía su marca favorita de cerveza alderaaniana.

Mich Flenn, el camarero que atendía la barra, era un corelliano ya bastante mayor que había sido contrabandista hasta que consiguió reunir los créditos suficientes para comprar el bar. A Han le encantaba oír sus historias de los viejos tiempos, aunque siempre había que aplicar una considerable dosis de cautela a cuanto dijera el vejstorio. Después de todo, ¿quién había oído hablar jamás de seres inteligentes dotados de extraños poderes que podían saltar diez metros por los aires y ejecutar sorprendentes acrobacias por encima del suelo, o hacer surgir relámpagos azulados de las puntas de sus dedos?

Han y Chewie iban allí casi todas las noches. Aquella velada en particular, estaban tomando sorbos de sus bebidas en la barra mientras escuchaban otra de las historias increíbles de Mich. El corelliano fue vagamente consciente de que alguien había entrado en el bar y se había colocado junto a él durante los momentos más apasionantes del relato, pero no se volvió para averiguar la identidad de su nueva compañía.

La historia de Mich era muy larga y todavía más enloquecida que de costumbre, ya que estaba protagonizada por un árbol inteligente que en tiempos lejanos había sido un poderoso hechicero y por una raza de criaturas que transferían su esencia a androides de combate para convenirse en la fuerza guerrera perfecta.

Mich llegó al final de su historia y Han meneó la cabeza.

—Eso ha sido realmente increíble, Mich. Deberías escribir todas tus historias y vendérselas a los productores de trivisión. Siempre están buscando ese tipo de locuras para sus series.

Chewie expresó su acuerdo con un enfático rugido.

Mich miró a Han, le sonrió y después empezó a sacarle brillo a un vaso y se volvió hacia el extremo de la barra.

—¿Qué va a tomar, hermosa dama?

Han, en un acto reflejo, volvió la cabeza hacia la derecha para ver con quién estaba hablando Mich..., y se quedó paralizado por el estupor.

‘¡Bria!’

Al principio Han se dijo que estaba viendo visiones, que era sólo un parecido casual, pero luego la oyó hablar con esa voz ligeramente grave que tan bien recordaba.

—Sólo un poco de agua de Vishay, Mich.

“Es ella... Bria... Es realmente ella..”

La recién llegada volvió lentamente la cabeza, y su mirada se encontró con la de Han. El corazón del corelliano había empezado a latir a toda velocidad, aunque estaba casi seguro de que todavía conservaba el control de su rostro. Todas aquellas partidas de sabacc le habían enseñado unas cuantas cosas.

Bria titubeó durante unos momentos antes de hablar, pero acabó abriendo la boca.

—Hola, Han —dijo por fin.

Han se humedeció los labios.

—Hola, Bria. —La contempló en silencio, y después un movimiento repentino por parte de Chewie hizo que se acordara de la presencia de su compañero—. Y éste es Chewbacca, mi amigo y socio.

—Saludos, Chewbacca —dijo Bria, articulando las palabras con mucho cuidado y hablando en un wookie casi pasable que dejaba muy claro que había recibido clases de Ralrracheen—. Es un honor conocerte.

El wookie, que resultaba obvio se estaba preguntando qué ocurría allí, respondió con un saludo algo titubeante.

—Eh... Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad? —dijo Han.

Bria acogió aquella forma ridículamente diplomática de expresar lo sucedido entre ellos con una solemne inclinación de cabeza.

—He venido a verte —dijo—. ¿Podríamos sentarnos y hablar unos minutos?

Han no tenía muy claro cómo debía reaccionar. Una parte de su ser quería tomar a Bria entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento, en tanto que otra quería sacudirla violentamente mientras le gritaba maldiciones y acusaciones. Otra parte, a su vez, sólo quería girar sobre sus talones y alejarse para demostrarle que ya no significaba absolutamente nada para él.

Pero se encontró asintiendo.

—Claro —dijo y, cuando fue a coger su jarra, Chewie le puso la mano sobre el brazo y le dirigió un suave gruñido.

Han alzó la mirada hacia su compañero, agradeciendo la sensibilidad de Chewbacca. De hecho, prefería hablar con Bria a solas. —De acuerdo, amigo. Te veré en casa más tarde.

Chewie se despidió de Bria con una inclinación de cabeza y luego salió del Luz Azul. Han cogió su jarra de cerveza y precedió a Bria hacia un reservado de la parte trasera del tenuemente iluminado y casi vacío local.

Cuando vio aproximarse a Bria y sentarse enfrente de él, Han tuvo su primera ocasión de examinarla. Bria llevaba unos pantalones y una especie de mono marrón de estilo militar, aunque en las prendas no había ninguna insignia o indicación de rango. Su cabellera estaba recogida y estirada hacia atrás en un estilo bastante severo. Han no consiguió decidir si la llevaba muy corta, o si se había limitado a ceñírsela en un apretado moño.

No llevaba joyas. Un DesTec DL-18 (Han, por su parte, prefería el modelo DL-44, de mayor calibre) que tenía un aspecto bastante usado ocupaba una funda pistolera situada encima de su muslo derecho y ceñida bastante abajo, de la misma forma en que a Han le gustaba llevar la suya. El cinturón de Bria estaba lleno de pilas de energía extra, y también contenía una hoja vibratoria envainada. A juzgar por la ligera protuberancia que hinchaba la parte superior de su bota, también escondía un arma auxiliar allí.

Mientras Bria permanecía inmóvil delante de él, contemplándole sin abrir la boca, Han intentó encontrar palabras, pero enseguida descubrió que lo único que podía hacer era devolverle la mirada, sintiéndose incapaz de creer que Bria realmente estuviera allí, que aquello no fuese un sueño..., o una pesadilla.

Bria también le miraba fijamente, y sus ojos recorrían los rasgos de Han. Unos instantes después empezó a hablar, tartamudeó e hizo una profunda inspiración de aire.

—Lo siento —murmuró por fin—. Siento haberte sobresaltado, quiero decir... Hubiese tenido que decir algo, pero se me quedó la mente en blanco. No parecía haber nada que pudiese decir.

—¿Has venido aquí en mi busca? —preguntó Han.

—Sí. Cuando vi a tu amigo el mes pasado, dijo que éste era uno de tus bares favoritos. Decidí... Decidí correr el riesgo de que estuvieras aquí esta noche.

—¿Has venido a Nar Shaddaa por negocios?

—Sí. Me alojo en esas habitaciones que hay encima del Nido de los Contrabandistas. —Bria sonrió sarcásticamente—. Es un sitio todavía más miserable que aquel en el que estuvimos esa noche en Coruscant.

El aturdido cerebro de Han estaba volviendo a empezar a funcionar, y la ira le fue invadiendo poco a poco. Se acordaba de aquel miserable hotelito de Coruscant. Ésa fue la última noche que pasaron juntos. Se acordaba de haberse quedado dormido..., y de haber despertado solo y abandonado.

De repente su mano salió disparada hacia adelante y sus dedos se curvaron alrededor de la muñeca de Bria, y la sensación asombrosamente intensa del contacto con su carne se extendió por todo su cuerpo. Los esbeltos huesos de Bria parecían tan delicados bajo su mano...

Era como si bastara con ejercer un poco de presión para partirlos, y Han casi se sentía lo bastante furioso para intentarlo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué, Bria? ¿Piensas que puedes volver a entrar en mi vida como si tal cosa una década después de haber salido de ella? ¿Quién demonios te has creído que eres?

Bria le miró fijamente y entrecerró los ojos.

—Suéltame, Han.

—No —rechinó el corelliano—. ¡Esta vez no voy a permitir que salgas corriendo y vuelvas a dejarme sin respuestas!

Han no estuvo muy seguro de qué hizo exactamente Bria. Quizá empleó algún truco de combate sin armas, pero de repente hubo un brusco giro y una dolorosa punzada en un nervio, y la mano de Bria quedó libre y la suya empezó a palpar. Han bajó la mirada hacia ella, sintiendo cómo sus ojos se desorbitaban, y luego volvió a alzar la vista hacia Bria.

—Has cambiado —dijo—. Oh, sí, realmente has cambiado mucho... Han no estaba muy seguro de si se trataba de un cumplido o de una acusación.

—Tuve que cambiar... o morir —dijo Bria secamente—. Y no te preocupes. No me voy a levantar de un salto para echar a correr. Necesito hablar contigo, y eso es precisamente lo que voy a hacer. Si quieres escucharme, por supuesto...

Han asintió de mala gana.

—De acuerdo. Te escucho.

—En primer lugar, permíteme decirte que siento haberte dejado de esa manera. Lamento muchas de las cosas que he hecho en mi vida, pero ésta es la que más lamento —dijo Bria—. Pero tenía que hacerlo, Han, porque de lo contrario jamás hubieras conseguido ingresar en la Academia.

—Para lo que me sirvió... —dijo Han con amargura—. Me expulsaron menos de un año después de que hubiera conseguido mi primer nombramiento, y además me incluyeron en la lista negra.

—Por rescatar a un esclavo wookie —dijo Bria, y le sonrió con una sonrisa que hizo que Han sintiera cómo el corazón le daba un vuelco—. Me sentí tan orgullosa cuando lo supe, Han...

Han quiso devolverle la sonrisa, pero la ira seguía teniendo el control

—No quiero que te sientas orgullosa de mí —se encontró diciendo—. No te debo nada, hermana. Lo hice todo yo solo.

Enseguida pudo verlo mucho que le dolían aquellas palabras. Una nube rojiza se extendió por las mejillas de Bria y sus ojos destellaron y después, durante un momento, casi pareció como si estuviera intentando contener el llanto. Luego su rostro volvió a quedar bajo el control habitual, gélido y tan inmóvil como una escultura.

—Ya lo sé —murmuró—. Pero aun así me sentí orgullosa.

—Pues he oído decir que tú también has tenido bastante contacto con los wookies —dijo Han, y su tono era lo bastante cortante y afilado para hacer sangre—. O eso me dijeron Katarra y Ralera.

—¿Estuviste en Kashyyyk? —Bria sonrió—. Ayudé a organizar el grupo de la resistencia allí.

—Sí, he oído decir que eres oficial de la resistencia corelliana. —Soy comandante —confirmó Bria en voz baja y suave.

Han le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—Bueno, eso sí que es realmente impresionante, ¿verdad? Para ser una chica asustada que jamás había disparado un desintegrador, no cabe duda de que has recorrido un largo camino.

—Hice lo que tenía que hacer en cada momento —replicó Bria—, Cuando estás en la resistencia asciendes muy deprisa. Deberías pensar en unirme al movimiento, Han.

Bria acababa de emplear un tono un tanto burlón, pero había algo en él que le indicó a Han que no estaba bromeando.

—No, hermana. Muchas gracias, pero no —dijo—. He tenido ocasión de ver a las fuerzas imperiales muy de cerca, y tu rebelión no tiene ni una sola posibilidad contra ellas.

Bria se encogió de hombros.

—Tenemos que intentarlo, porque si no lo hacemos Palpatine nos engullirá vivos a todos. El Emperador es realmente maléfico, Han. Creo que organizó todo ese asunto con la batalla de Nar Shaddaa sólo para librarse de Sam Shild.

—Oh, claro —dijo Han—. Nuestro viejo y querido Sara Shild... «Querido» Shild, ¿verdad? Hacíais una pareja tan bonita... Bria torció el gesto ante su sarcasmo.

—Como ya le expliqué a Lando, no era exactamente lo que parecía.

—Y lo que parecía era algo bastante repugnante, Bria —dijo Han—. No fue uno de mis mejores días, ¿sabes? Verte allí, sonriéndole y lanzándole miradas de ternura...

Los labios de Bria se tensaron de repente.

—Estaba llevando a cabo una misión. Ya sé lo que parecía, pero Shild no sentía ese tipo de interés por mí. Tuve suerte, desde luego. Pero he hecho algunas cosas para la resistencia que no me gustan demasiado..., y volvería a hacerlas si fuese necesario. Estoy dispuesta a hacer absolutamente todo lo que sea necesario hacer.

Han estaba reflexionando sobre lo que le había dicho Bria.

—¿Realmente piensas que la invasión del espacio hutt fue algo urdido por el Emperador? ¡Pero si fue Shild quien la organizó y la ordenó! ¿Cómo es posible?

—Yo estaba con él, Han, y créeme cuando te aseguro que ocurrió algo realmente muy extraño —dijo Bria—, Shild cambió. Fue aterrador, de veras... En cosa de un



mes escaso, Shild se convirtió en un hombre totalmente distinto. De repente empezó a hacer planes para adueñarse del espacio hutt; y además empezó a hablar de derrocar al Emperador.

Han meneó la cabeza.

—Eso es una locura.

—Lo sé. No puedo explicarlo, salvo diciendo que... —Titubeó—. Si te lo cuento, pensarás que me he vuelto loca.

—¿Qué es lo que quieres contarme? Habla de una vez.

Bria respiró hondo antes de empezar a hablar.

—Dicen que Palpatine tiene ciertas... capacidades. Dicen que puede influenciar a la gente para que haga cosas. Se trata de alguna clase de influencia mental, ¿entiendes?

—¿Como leer los pensamientos?

—No lo sé —dijo Bria—. Quizá. Ya sé que suena imposible, pero es la única explicación que tiene cierto sentido. Shild era popular, ambicioso y corrupto, y suponía una amenaza para la consolidación del poder. Por eso Palpatine se limitó a..., a estimular las ambiciones de Shild hasta que acabó destruyéndose a sí mismo con ese ataque contra Nal Hutta.

Han frunció el ceño.

—¿Y qué me dices de Greelanx? ¿Cómo encajaba en el plan? ¿Y quién le mató? Al principio esperaba que me acusaran, pero se limitaron a guardar silencio al respecto. Nunca oí nada sobre ello en las noticias.

Han reprimió un estremecimiento ante el recuerdo de lo que sintió cuando estaba en aquella habitación cerrada contigua al despacho de Greelanx y oyó aquella respiración tan inexplicablemente ruidosa, y aquellos pasos ominosos y pesados...

Bria se inclinó hacia adelante y, de manera inconsciente, Han la imitó.

—Dijeron que fue... Vader —murmuró Bria, bajando la voz hasta dejarla convertida en una hebra de sonido casi inaudible.

—¿Vader? —dijo Han, hablando también en un susurro—. ¿Te refieres a Darth Vader?

Bria asintió.

—Sí, Han. Darth Vader es algo así como... —Titubeó, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Bueno, digamos que es algo así como el brazo derecho del Emperador y que se ocupa de todos los asuntos realmente desagradables.

Han se recostó en su asiento. Había oído hablar de Vader, pero nunca había llegado a encontrarse con él.

—Ya —dijo—. Bueno, pues me alegro de que no trataran de hacerme cargar con el muerto.

Bria asintió.

—Posteriormente los servicios de inteligencia de los rebeldes descubrieron que el almirante Greelanx había recibido órdenes imperiales de hacer fracasar el ataque. El soborno hutt fue un mero añadido casual. Creo que todo estuvo cuidadosamente organizado desde el principio, y que formaba parte de un plan imperial para desacreditar y eliminar a Shild..., y para causar los mayores daños posibles al clan Desilijic y a los contrabandistas. Supongo que ya te diste cuenta de que el clan Besadii, que suministra esclavos al Imperio, no se vio afectado.

Han reflexionó durante unos momentos antes de hablar.

—Sigue pareciéndome una locura, pero lo cierto es que de vez en cuando oyes algunas cosas sobre Palpatine y que se trata de cosas bastante aterradoras. Siempre las había atribuido a mero histerismo por parte de la gente. —Dejó escapar una seca carcajada y tomó un sorbo de su cerveza—. Pero si son ciertas..., entonces se trata de cosas realmente aterradoras.

Bria se encogió de hombros.

—Probablemente ninguno de nosotros llegará a saberlo jamás. Pero ahora eso ya es historia antigua. No he venido aquí para hablar de estos temas. Han, yo...

La conversación en voz baja de Bria se interrumpió de repente cuando un par de contrabandistas se instalaron en el reservado que había enfrente del suyo. Han miró a su alrededor.

—Este sitio se está llenando —dijo—. ¿Quieres que nos vayamos?

Bria asintió. Han la siguió hasta la calle y echaron a andar rápidamente, sin hablar, hasta que llegaron a un callejón lateral más tranquilo. El camino deslizante estaba averiado, y había muy poca gente. Han volvió la cabeza hacia Bria.

—Bien, ¿qué estabas diciendo?

Bria le miró.

—Necesito tu ayuda, Han.

Han se acordó de lo que le había dicho Jabba.

—¿Te refieres al ataque contra Ylesia?

Bria asintió y sonrió.

—Tan agudo como siempre, ¿eh? Sí, Han. Jabba nos proporcionará los fondos necesarios. Vamos a conquistar todo el planeta, Han. Esta vez le tocó el turno a Han de encogerse de hombros.

—Eso no es mi problema, hermana. Yo también he cambiado. No me dedico a las obras de beneficencia, ¿entiendes? Ahora sólo muevo un dedo cuando puedo sacar algo de ello, y no arriesgo mi cuello por nadie.

Bria asintió.

—Ya lo he oído comentar. No te estoy pidiendo que me ayudes a cambio de nada, Han: estoy hablando de posibles beneficios y, en concreto, de más créditos de los que podrías llegar a ganar entregando cien cargamentos de contrabando.

—¿Qué es lo que quieres de mí, entonces?

Han se dio cuenta de que la ira que sentía hacia Bria continuaba aumentando a cada momento que pasaba, aunque no estaba muy seguro del porqué. Casi parecía como si se hubiera sentido más feliz en el caso de que Bria le hubiese pedido que le ayudara en recuerdo de los viejos tiempos, o algo por el estilo, pero eso no tenía ningún sentido.

—La Alianza Rebelde todavía es muy nueva, Han —dijo Bria—, Nuestra gente tiene agallas y lealtad, pero la mayoría no son combatientes experimentados. Mi Escuadrón de la Mano Roja tiene experiencia, pero no podemos encargarnos de este trabajo nosotros solos.

Han lanzó una mirada llena de sorpresa en la que también había un poco de inquietud.

—¿El Escuadrón de la Mano Roja? ¿Estás al mando del Escuadrón de la Mano Roja?

Bria asintió.

—Es un buen grupo, y ya hemos acumulado cierta experiencia de combate.

—He oído hablar de él —dijo Han—. También he oído decir que sois implacables con los traficantes de esclavos.

Bria se encogió de hombros y no se lo confirmó.

—Bueno, como te estaba diciendo, el caso es que el movimiento de la resistencia necesita ayuda para poder atravesar la atmósfera ylesiana. Necesitamos pilotos experimentados para que guíen nuestras naves durante el descenso. Quizá también necesitemos un poco de ayuda en lo referente a las operaciones de combate, pero... Bueno, ya has visto las defensas ylesianas, y sabes que básicamente consisten en una pandilla de gamorreanos y unos cuantos perdedores más capaces de quedarse dormidos mientras están haciendo guardia. Lo que me preocupa no es asalta a la superficie, sino su condenada atmósfera. La resistencia colleriana ya ha perdido una nave allí.

Han asintió. Todo aquello seguía pareciéndole una locura, pero consiguió que no se le notara. Quería enterarse de todo antes de explicarle a Bria qué pensaba de aquello.

—La atmósfera es bastante peligrosa, desde luego. Pero cualquier piloto que se dedique al contrabando ha tenido que vérselas con cosas mucho peores. Bien... Así que necesitas pilotos para que guíen vuestras naves durante el descenso, y puede que para que os proporcionen un poco de apoyo armado. ¿A cambio de qué?

—Especia, Han. Ya sabes que el clan Besadii ha estado acumulando grandes reservas. Estoy hablando de andris, ryll, carsunum y, naturalmente, brillestim de primera calidad. Han estado intentando hacer subir los precios, y tienen almacenes enteros llenos de especia. Vamos a repartir todas esas reservas a partes iguales con los

contrabandistas.

Han asintió.

—Sigue...

Bria le miró,

—Y para ti y para mí..., estará la sala de los tesoros de Teroenza. Imagínate lo que el Gran Sacerdote ha llegado a acumular a lo largo de diez años, Han: centenares de millares de créditos en antigüedades, ¿comprendes? Teroenza tiene que poseer obras de arte por valor de un millón de créditos..., quizá dos, incluso. Piensa en ello.

—¿De cuántas tropas disponéis?

—Todavía no estoy segura. He de ponerme en contacto con nuestra nave de mando del sector. Hemos pedido ayuda a cualquier grupo de la resistencia que quiera echarnos una mano, particularmente los bothanos y los sullustanos porque en Ylesia hay un montón de bothanos y sullustanos. Hemos pensado que quizá quieran tomar parte en el rescate.

—Y vais a liberar a los esclavos.

—Nos los llevaremos junto con nuestra parte de la especia. Y antes de irnos, dejaremos convertidas en ruinas esas factorías, junto con todo lo demás. Vamos a acabar para siempre con las actividades de ese planeta infernal.

Han reflexionó durante unos momentos antes de hablar.

—¿Y qué pasa con los sacerdotes? La Exultación podría llegar a ser un arma muy poderosa. He visto cómo tiraba de espaldas a personas que no estaban esperando sentir sus efectos.

Bria asintió.

—Jabba se ocupará de ellos. Los sacerdotes serán asesinados antes de que descendamos.

Han la miró y se sintió invadido por una oleada de rabia helada. “¿Cómo puede atreverse a volver y pedirme que tome parte en su pequeño plan de venganza?”, pensó.

—En ese caso será mejor que lo cronometréis todo con mucho cuidado.

—Sí —admitió Bria—. Va a ser la mayor operación militar jamás intentada por la Alianza. Esperamos obtener reclutas de ella, así como la especia. Financiar una revolución sale muy caro.

—Y además es una proposición altamente ambiciosa —dijo secamente Han—. Si queréis suicidaros, ¿por qué no os limitáis a atacar Coruscant?

—Es factible —insistió Bria—. Ylesia no está tan bien protegida. Tú estuviste allí, Han. ¿Recuerdas cuál era la situación? Oh, estoy segura de que nos encontraremos con alguna resistencia, pero mi gente puede acabar con ella. Tus amigos podrán mantenerse alejados de los combates hasta que hayamos asumido el control del planeta, y la experiencia de combate resultará muy beneficiosa para

nuestras tropas. Si conseguimos salir con bien de esto, será un ejemplo que inspirará a otros planetas y los impulsará a unirse a la Alianza. La unidad es nuestra única esperanza de poder derrotar al Imperio.

Han la miró fijamente.

—Y ésa es la razón por la que has venido a verme —dijo después—. Quieres que me encargue de establecer contacto con los contrabandistas por ti, y que los anime a unirse a la resistencia para esta pequeña misión.

—Lando me dijo que ni y Mako Spince sois dos personas a las que escucharán y harán caso. Te conocía, Han. No conozco a Spince.

Han por fin permitió que su máscara de impasibilidad se disolviera y clavó los ojos en el rostro de Bria.

—Y lo que estás diciendo es que hace diez años me dejaste tirado, que me has ignorado durante todo este tiempo y que de repente has decidido volver pensando que te ayudaría a poner en peligro las vidas de mis amigos. No confío en ti, Bria. He oído hablar del Escuadrón de la Mano Roja, desde luego, pero... No eres la mujer que conocí, y eso es todo lo que tengo que decirte.

—He cambiado —dijo Bria, sosteniéndole la mirada—. Lo admito, pero tú también has cambiado.

—Lando me dijo que yo todavía te importaba un poco —replicó Han con voz gélida—. Bien, pues me parece que le mentiste, y que cuando hablabas con él ya estabas planeando utilizarme... No te importo en lo más mínimo, de la misma manera en que tampoco te importa nada de cuanto llegamos a tener en el pasado. Lo único que te importa es tu revolución, y te da absolutamente igual a quien tengas que pisotear para alcanzar tu meta. —Soltó un resoplido—. Y todas esas estupideces sobre Sarn Shild... Oh, claro. Desde luego. Esperas que crea que un hombre semejante permitió que estuvieras junto a él sino eras..., si no eras...

Han concluyó la frase utilizando un término con el que los rodianos designaban a la clase más vil de mujer de la calle.

Bria se quedó boquiabierta, y su mano encontró la culata de su desintegrador. Han se tensó, preparándose para empuñar su arma, pero de repente los ojos de Bria se llenaron de lágrimas..., y Han comprendió que era incapaz de desenfundar el desintegrados.

—¿Cómo osas...?

—Últimamente me he vuelto muy osado, hermana —dijo Han—. Y además digo lo que pienso. Me atrevo a pensar que sólo una mujer sin escrúpulos puede ser capaz de volver a entrar en mi vida de esta manera, y además debo decirte que ya puedes ir olvidando tus planes de engañarme con tu cara bonita. He cambiado, cierto. Por fin he aprendido a pensar..., y ahora soy lo suficientemente listo para ver cómo eres en realidad.

—Perfecto —dijo Bria, parpadeando a toda prisa para no sucumbir al llanto—. Acabas de darme la espalda y, de paso, se la has dado también a una fortuna. No creo que eso sea un acto muy inteligente, Han, y de hecho considero que es una auténtica estupidez. Y la idea de que un traficante de drogas se esté dando semejantes aires de grandeza moral es realmente risible.

—¡Soy un contrabandista! —gritó Han—. ¡Tenemos nuestro propio código!

—¡Oh, sí, y os dedicáis a transportar drogas para los hutts! —Bria también estaba gritando—. ¡Tú y Jabba sois tal para cual!

La idea de que Bria podía incluirle en la misma categoría que a los hutts fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso. Han giró sobre sus talones y empezó a alejarse.

—¡Estupendo! —gritó Bria—. Iré a ver a Mako Spince, eso es lo que haré... ¡Spince no puede ser tan estúpido como tú!

Bria no tenía ni idea de lo que le había ocurrido a Mako, y su ignorancia hizo que Han dejara escapar una carcajada llena de malicioso sarcasmo.

—Espero que te diviertas mucho intentando conseguir que te dirija la palabra. Adiós, Bria.

Han se fue, manteniendo la cabeza alta mientras los tacones de sus botas golpeaban el permacreto con una rápida serie de chasquidos casi metálicos. Poder dejar a Bria inmóvil detrás de él, siguiéndole con la mirada, le resultó sorprendentemente agradable.

Y Han descubrió que irse le hacía sentirse maravillosamente bien...

Durga estaba contemplando la imagen del príncipe Xizor que acababa de aparecer en su unidad de comunicaciones.

—Guri me ha explicado vuestra dificultad —dijo el príncipe—. Enviaré a Ylesia dos compañías de mercenarios bajo las capaces órdenes de Willum Kamaran. La Fuerza Nova del comandante Kamaran os ayudará a mantener controlado a Teroenza hasta que podáis resolver definitivamente el problema que supone para vos. Cosa que debería hacerse lo más deprisa posible, amigo mío...

—Gracias, alteza —dijo Durga—. Como quizá os haya comunicado Guri, este año compartiré los beneficios de Ylesia con vos para recompensaros por vuestra ayuda. El quince por ciento de los beneficios os serán entregados en cuanto...

Las comisuras de los labios del príncipe falleron se inclinaron hacia abajo, y su cabeza describió un lento vaivén lleno de tristeza.

—Durga, Durga... Pensaba que sentíais cierto respeto hacia mí. El treinta por ciento durante los próximos dos años.

Los bulbosos ojos de Durga se abrieron y cerraron en un veloz parpadeo lleno de incredulidad. «¡Esto es mucho peor de lo que jamás me había llegado a imaginar!», pensó mientras se erguía ante la imagen.

—Alteza, si os concediera lo que me pedís significaría el que se me depusiera como líder del clan Besadii.

—Pero si no disponéis de mis tropas, y pronto, perderéis la totalidad de Ylesia —observó el príncipe, lo cual era totalmente cierto.

—El veinte por ciento y un año —replicó Durga, sintiendo un auténtico dolor mientras pronunciaba las palabras—. Recordad que las tropas no tendrán que permanecer allí durante mucho tiempo.

—El treinta por ciento y dos años —dijo el líder del Sol Negro—. Nunca negocio.

Durga respiró hondo, y al hacerlo sintió despertar todos los fantasmas de los morados y lesiones que había sufrido durante su batalla con Jiliac.

—Muy bien —dijo de mala gana.

Xizor sonrió afablemente.

—Perfecto. Los mercenarios embarcarán con rumbo a Ylesia lo más pronto posible. Es un placer hacer negocios con vos, amigo mío.

Durga necesitó recurrir a todas sus reservas de fuerza de voluntad para poder responder sin perder la calma.

—Muy bien, alteza. Gracias.

Cortó la conexión y se encorvó sobre sí mismo, sintiéndose cada vez más desesperado e imaginándose lo que hubiese dicho Aruk de todo aquello. «Estoy atrapado —pensó—. Oh, sí, estoy atrapado... Lo único que puedo hacer es tratar de sacar el máximo provecho posible de las circunstancias.»

Aquella noche Han no durmió nada bien. Los pensamientos centrados en Bria y en su proposición desfilaban vertiginosamente por su mente como asteroides lanzados en un curso de colisión. «No puedo confiar en ella..., ¿o sí? No quiero volver a verla... ¿O sí quiero volver a verla?»

Acabó adormilándose y soñó con montones de brillestim que de repente se convertían en pequeñas montañas de créditos. Han saltó sobre ellas y rodó de un lado a otro entre los créditos mientras lanzaba gritos de alegría, y súbitamente Bria estaba allí con él y Han la abrazaba y rodaba de un lado a otro con ella, besándola entre los montones y montones y montones de créditos..., más riqueza de la que había imaginado jamás...

Despertó con un repentino sobresalto y se quedó inmóvil, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y los ojos clavados en la oscuridad.

«Quizá debería hacerlo —pensó—. Ésta podría ser mi gran ocasión de ganar una fortuna. Podría ir allí..., hacerme con un montón de créditos y retirarme de una vez. Quizá podría encontrar un sitio agradable en el Sector Corporativo y dejar que el Imperio se haga pedazos a sí mismo...»

Siguió acostado en la cama, removiéndose, dando vueltas de un lado a otro y

atizándole puñetazos de pura frustración a la almohada, hasta que no pudo seguir aguantándolo ni un instante más. Se levantó de un salto, fue al cubículo sanitario y después cogió ropa limpia. También se peinó, lamentando que el corte de pelo hubiera abandonado el reino del «algo que deberías hacer» para entrar en el de «¿quieres que te tomen por el primo de Chewie?»

Luego, con las botas en 6 mano, atravesó el oscuro y silencioso apartamento andando de puntillas, no queriendo despertar a Chewie o a Jarik, que estaba durmiendo en el sofá. Han ya casi había llegado a la puerta cuando el dedo gordo de su pie chocó con algo muy duro y oyó un quejumbroso balido electrónico.

«¡CéCé!» Han dejó caer las botas, masculló una maldición y después fulminó con la mirada al anticuado androide, que estaba balbuceando disculpas con su temblorosa voz habitual.

—¡Cállate! —gruñó Han, y salió dando un portazo.

Un segundo después volvió para recoger sus botas, y desapareció nuevamente.

El Descanso de los Contrabandistas se encontraba en el límite de la sección corelliana. Han llegó allí antes de que hubieran abierto, y tuvo que usar el timbre para llamar al encargado nocturno. De repente cayó en la cuenta de que no sabía bajo qué nombre se había registrado Bria, pero apenas había empezado a describirla cuando el encargado, que le había estado escuchando con cara de aburrimiento, abrió mucho los ojos.

—Oh, ella —dijo, lamiéndose los labios— ¿Le está esperando, amigo?

—Digamos que se alegrará de verme —dijo Han, deslizado una moneda de un crédito sobre el mostrador.

—Ah, claro. Habitación 7A.

Han usó el viejo turboascensor, y luego avanzó por el oscuro y ruidoso pasillo y llamó a la puerta. Unos instantes después oyó la voz de Bria, que parecía estar totalmente despierta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Bria. Han —replicó el corelliano.

Hubo una larga pausa y después los cerrojos emitieron un chasquido y la puerta giró sobre sus goznes, abriéndose hacia la oscuridad. —Entra con las manos en alto —dijo Bria.

Han obedeció, y las luces sólo se encendieron cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda. Han giró sobre sus talones para encontrarse a Bria llevando un camisón que resultaba un poco demasiado corto para ella, su desintegrador en la mano.

—¿Qué quieres? —preguntó en un tono que no tenía nada de afable. Han descubrió que le resultaba bastante difícil no bajar los ojos hacia sus largas y hermosas piernas.

—Eh... Sólo quería hablar contigo. He estado... Estoy... Bueno, digamos que



estoy reconsiderando tu proposición.

—Ah, ¿sí? Bria seguía sin parecer demasiado contenta de verle, pero por lo menos bajó el arma—. De acuerdo. Dame un minuto.

Cogió sus ropas, desapareció en el interior del cubículo sanitario y emergió de él un minuto después, vestida y calzada con sus botas.

Han dirigió una inclinación de cabeza hacia la pierna derecha de Bria.

—¿Qué hay en esa bota?

—Una mini pistola desintegradora— dijo Bria con una sonrisa de fiera—. Es un precioso modelo de bolsillo especialmente diseñado para las damas.

—Comprendo —dijo Han. Se sentó en el borde de la cama, sintiendo el calor del cuerpo de Bria que aún impregnaba las sábanas. Bria se instaló en el único sillón que había en el cuarto—. ¿Fuiste a ver a Mako después de que... nos despidiéramos?

—Hice algunas averiguaciones —dijo Bria, y torció el gesto—. Descubrí por qué te estabas riendo cuando te fuiste.

—Claro —dijo Han—. Mako ha tenido muy mala suerte, y no sé qué hará ahora. —Carraspeó—. Bien, no he venido aquí para hablar de Mako... He estado pensando en tu oferta, y me parece que quizá actué con excesivo apresuramiento. Seamos francos, Bria: todavía estaba enfadado contigo por la forma en que me dejaste, y quizá necesitaba desahogarme un poco.

Han se calló, y Bria le miró fijamente. Los mechones de sus cabellos flotaban alrededor de su cara, y Han se alegró de ver que no se los había cortado tanto como temía. Antes debía de llevarlos recogidos en un moño.

—Sigue —dijo Bria, haciéndole una seña con la mano.

—Así que... Eh... Sí. Antes dije ciertas cosas que quizá no hubiese tenido que decir —admitió Han—. Tampoco sería la primera vez, ¿verdad?

Bria abrió mucho los ojos.

—¡No! ¡No puedes estar hablando en serio!

Han ignoró decididamente el sarcasmo.

—Bien, de todas maneras no volverá a ocurrir— dijo—. Quiero tomar parte en la operación. Comunicaré tu proposición a mis amigos, y ayudaré a entrenar a tus pilotos para que aprendan a enfrentarse a la atmósfera ylesiana. Apuesto a que algunos de los contrabandistas también querrán tomar parte en el asunto. Hablaré con ellos a cambio de lo que me prometiste antes: el cincuenta por ciento de la sala de los tesoros de Teroenza o setenta y cinco mil créditos en especie, lo que suponga más dinero de las dos cosas.

Bria reflexionó durante unos momentos.

—¿Y te comportarás como una persona educada?

—Claro —dijo Han—. Siempre soy muy educado con mis socios comerciales. Y en el fondo todo se reduce a eso..., a un negocio. Bria asintió.

—Trato hecho. —Se inclinó hacia adelante y le ofreció la mano—. Sólo son negocios.

Han aceptó la mano, y se dijo que Bria tenía un apretón que muchos hombres hubieran envidiado.

—De acuerdo.

# Capítulo 13

## ... Y fuego

Durga activó su sistema de comunicaciones e introdujo los códigos que su padre le había proporcionado hacía años. Se preguntó si aún serían los correctos. Aquella llamada era muy importante...

La conexión tardó varios minutos en establecerse, y además resultó no ser demasiado buena. Su grupo debía de estar a considerable distancia del Borde Exterior.

La imagen acabó adquiriendo cohesión. La efigie holográfica del cazador de recompensas más famoso de la galaxia apareció ante Durga, temblando y con los bordes francamente borrosos. Pero Durga podía oír con toda claridad los tonos mecánicamente filtrados de Fett.

—Soy Durga, líder del clan Besadii —dijo el hutt—. Saludos, Boba Fett.

—Noble Durga... —La voz, gélidamente seca y desprovista de inflexiones, no contenía la más leve sombra de interés, sorpresa o ansiedad. De hecho, estaba totalmente desprovista de emociones—. Me encuentro muy lejos del Borde Exterior. ¿Qué sucede?

—Deseo que aceptes una recompensa de Prioridad —dijo Durga—.

La situación es muy delicada, y se ha vuelto potencialmente volátil. Por eso te necesito. Sé que eres capaz de hacer exactamente todo lo que dices. Se trata de un caso en el que no puede haber errores, y eso quiere decir que necesito al mejor.

Boba Fett inclinó la cabeza.

—Está dispuesto a pagarla tarifa extra de una recompensa de Prioridad? Debo ser adecuadamente compensado por desviar mi atención de otros encargos y concentrarme únicamente en el suyo.

—Sí, estoy dispuesto a pagarla —dijo Durga—. El objetivo de la recompensa es Teroenza, el Gran Sacerdote de Ylesia. Estoy dispuesto a pagar la suma de doscientos mil créditos.

—No es suficiente. Trescientos mil —dijo Boba Fett—. Y luego volveré inmediatamente al Borde Exterior.

Durga titubeó durante unos momentos, y acabó asintiendo.

—Muy bien, El tiempo es crucial. Deseo que me traigas el cuerno de Teroenza como prueba de su muerte. Pero deberás esperar hasta que yo haya salido de Nal Hutta y me falten cinco horas para llegar a Ylesia, y además deberás matar a Teroenza de tal forma que ningún e-/anda Til se entere de su muerte hasta que hayan transcurrido unas cuantas horas. De lo contrario, si los otros sacerdotes descubren que su líder ha sido asesinado podrían tratar de organizar una revuelta. ¿Ha quedado

entendido?

—Afirmativo. Estableceré contacto y confirmaré el momento antes de eliminar al objetivo. Me aseguraré de que los otros t'landa Tils no se enteren de que Teroenza ha muerto.

—Correcto.

Después Durga recitó los códigos de identificación de su nave, y Fett le aseguró que los había recibido.

—Me gustaría recordarle los términos concernientes a una recompensa de Prioridad —dijo Fett—. Me concentraré en acceder al objetivo que ha especificado, y no aceptaré ninguna otra misión hasta haberle entregado el cuerno del Gran Sacerdote. Además, la recompensa de Prioridad por Teroenza es de trescientos mil créditos.

—Correcto —confirmó Durga.

—Aquí Fett, cortando la conexión.

La temblorosa imagen holográfica del cazador de recompensas en vuelto en su armadura se desvaneció después de haber sufrido una última ondulación.

A continuación Durga activó su comunicador en la gama de las frecuencias locales para poder hablar con Zier. Su lugarteniente hutt le había asegurado que su búsqueda del sucesor de Teroenza ya se hallaba reducida a tres t'landa Tils. Durga los entrevistaría personalmente, y seleccionaría al nuevo Gran Sacerdote de Ylesia.

Durga pensó en lo agradable que sería poder sostener el cuerno ensangrentado del Gran Sacerdote en sus delicadas manecitas. Quizá lo haría incrustar en una placa que luego colgaría de su pared...

Durante los dos días siguientes, Bria Tharen y Han Solo recorrieron Nar Shaddaa juntos, reclutando contrabandistas y corsarios para que sirvieran como guías a los pilotos y —en el caso de los corsarios— como apoyo potencial para la operación ylesiana. Los dos pusieron el máximo énfasis posible en las ganancias fáciles a obtener en Ylesia, y en las grandes cantidades de especia acumuladas por el clan Besadii.

Tanto Bria como Han se aseguraron de mantenerse fieles a su acuerdo de «sólo es un negocio», pero Bria empezó a percibir una creciente tensión en Han, y enseguida supo que reflejaba los sentimientos que también estaba experimentando ella.

Han le contó lo que había estado haciendo durante los últimos diez años, y a su vez Bria le contó ciertas partes de su vida en el movimiento de resistencia. Le explicó que después de haberle dejado en Coruscant había vagado de un mundo a otro, librando un incesante combate contra su anhelo de la Exultación.

—En dos ocasiones llegué a comprar un billete y me puse en una cola para subir a una nave que iba a Ylesia —dijo—. Las dos veces fui sencillamente incapaz de seguir adelante cuando llegó el momento decisivo: me salí de la cola, me fui y me derrumbé.

Finalmente, en Corellia encontró un grupo que la había ayudado a superar su adicción, ayudándola a comprender por qué se sentía tan vacía y obsesionada.

—Necesité meses de investigarme a mí misma para poder entender por qué quería hacerme daño de esa manera tan terrible— dijo—. Acabé logrando autoconvencerme de que el mero hecho de que mi madre me odiara y me despreciara por no ser aquello que ella quería que fuese, no significaba que yo también tuviera que odiarme a mí misma. No tenía que destruirme a mí misma en una especie de perverso intento de complacerla.

Han, acordándose de la madre de Bria, le lanzó una mirada llena de simpatía.

—Pues yo tenía la sensación de que el que nunca pudiera llegar a conocer a mis padres era algo así como una injusticia o una estafa personal. Eso es lo que sentía.. hasta que conocí a tu madre, Bria —dijo—. Hay cosas peores que ser huérfano.

Bria dejó escapar una temblorosa carcajada.

—Tienes razón, Han.

Muchos contrabandistas y corsarios se sintieron francamente interesados por la proposición de Bria, y decidieron unirse a la operación. El que Jabba estuviera apoyándola y tratara de convencer a quienes pilotaban naves para él de que tomaran parte en el ataque también estaba siendo de gran ayuda. Muchos de los pilotos que desempeñaban alguna clase de trabajo para él ya habían accedido a actuar como guías durante el descenso.

Y mientras tanto, la Alianza Rebelde estaba reuniendo naves en el espacio para que los capitanes y comandantes de superficie pudieran ir siendo adiestrados en el plan de batalla. Después de que Bria y Han hubieran reclutado a un número de capitanes contrabandistas lo suficientemente elevado para que pudiese haber por lo menos un contrabandista en cada grupo de navíos de asalto rebeldes, fueron en el Halcón hasta la base rebelde del espacio profundo, situada en unas coordenadas que se encontraban bastante lejos de las rutas comerciales habituales pero que quedaban lo suficientemente cerca de Ylesia para que se pudiera llegar al objetivo mediante un solo salto hiperespacial.

Bria quedó fascinada por el Halcón, y se mostró adecuadamente impresionada por su velocidad y su armamento. Han lo pasó en grande enseñándole su nave y todas sus modificaciones especiales. Como preparación para el ataque de superficie, por fin había conseguido que Shug y Chewie le ayudaran a instalar el cañón ventral con el que llevaba tanto tiempo queriendo contar. Dado que iba a tratarse de un ataque de superficie, había muchas probabilidades de que resultara útil.

Bria sonrió a Han mientras el Halcón seguía un vector de aproximación para su cita con el Retribución.

—Me has enseñado tu nave, así que ahora vas a dejar que yo te enseñe la mía— dijo.

Han se echó a reír, y los dos disfrutaron del momento más relajado y agradable que habían tenido desde su encuentro.

—Hermosa nave —dijo, admirando la esbelta y elegante silueta de la corbeta suspendida sobre el campo estelar.

Al desembarcar fueron recibidos por Tedris Bjalín, el capitán del *Retribución*. Han puso cara de asombro.

—¡Tedris! —exclamó, contemplando al hombre alto y ya un poco calvo vestido con el uniforme rebelde—. ¿Cómo demonios has acabado aquí?

Los ojos de Bria fueron del uno al otro.

—¿Os conocéis?

—Desde luego —dijo Han, estrechándole la mano a Tedris mientras intercambiaban palmadas en la espalda—. Tedris y yo nos graduamos en la misma clase en la Academia.

—Es una historia muy larga —dijo Bjalín—. Después de lo que me dijiste aquella vez a bordo del *Destino*, no pude evitar empezar a pensar en que el servicio se estaba volviendo tan corrupto como el Imperio. Y entonces... —Una mueca retorció sus huesudas facciones—. ¿Recuerdas que nací en Tyshapahl, Han?

Han lo había olvidado. Miró fijamente a su viejo amigo, y la comprensión fue abriéndose paso gradualmente por su cerebro.

—Oh... Tedris... Lo siento. ¿Tu familia?

El corelliano había conocido a la familia de Tedris durante la graduación.

—Los mataron durante la masacre —confirmó Tedris—. Después de eso decidí que no podía seguir aguantándolo. Tenía que enfrentarme a ellos de cualquier manera que estuviese a mi alcance.

Han asintió.

Bria le enseñó su nave. Han estaba viendo otra faceta más de ella y, al ser un ex militar, quedó impresionado por la disciplina y entusiasmo de las tropas de Bria. Resultaba obvio que los integrantes del Escuadrón de la Mano Roja reverenciaban a su comandante. Han descubrió que muchos de ellos eran ex esclavos, personas dispuestas a dedicar sus vidas a la misión de liberar a quienes seguían viviendo en el cautiverio.

Bria llevó a Han a reuniones con otros comandantes rebeldes, y asistieron a varias sesiones de planificación para la incursión. Los bothanos se encargaban de proporcionar los servicios de seguridad, y los sullustanos habían enviado diez naves y casi doscientos soldados. En los años transcurridos desde que Han y Bria se fueron de Ylesia, los sullustanos habían perdido a muchos ciudadanos que habían ido a Ylesia para convertirse en peregrinos.

Además de muchas naves de la resistencia corelliana, había tropas de Alderaan (aunque una gran parte del apoyo alderaaniano había asumido la forma de personal

médico, pilotos de transpone y otros no combatientes) y de Chandrila.

—Convencer a la Alianza de que esta operación era factible ha resultado bastante difícil —le confesó Bria a Han—. Pero ha acabado volviéndose brutalmente obvio que nuestras tropas necesitan adquirir experiencia de combate. Finalmente conseguí convencer al cuartel general de que esta incursión ayudaría a las tropas a adquirir la confianza necesaria para que puedan empezar a enfrentarse con los imperiales.

Todas las naves rebeldes del Borde Exterior habían sido asignadas a la incursión. Han contempló la flota que se estaba reuniendo ante él, y al final admitió que tal vez tuvieran una posibilidad. A continuación acabó dando unas cuantas clases prácticas a los pilotos rebeldes que dirigirían las lanzaderas de asalto durante su descenso a través de la atmósfera ylesiana.

Durante la primera de esas clases, Han se tropezó con otro viejo amigo.

—¡Jalus! —exclamó cuando el diminuto sullustano de flácidas mejillas entró en el área de adiestramiento del Retribución—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Jalus Nebl señaló su uniforme rebelde.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —graznó con su chillona voz—. El *Sueño Ylesiano* se ha convertido en el *Sueño de Libertad*, y ya lleva varios años prestando excelentes servicios a la Rebelión.

Han le presentó a Bria al sullustano, y Bria se alegró de poder conocer por fin al valiente piloto que los había salvado del navío de los esclavistas. Los tres dedicaron un rato a recordar el pasado, y su osada huida de Ylesia. Tanto Jalus Nebl como Han se sintieron muy impresionados al enterarse de que el grupo de Bria había capturado la nave de los traficantes de esclavos, que había pasado a llamarse Retribución.

El Retribución, ya reacondicionado, sería utilizado por el movimiento de resistencia en aquel ataque para transportar lanzaderas de asalto y tropas de apoyo bajo el mando de otro comandante rebelde.

Ver cómo Han se iba relacionando con los comandantes rebeldes y demás personal de la misión hizo que Bria se diese cuenta de que nunca había sido más feliz. Han parecía estar disfrutando enormemente aquella ocasión de volver al viejo estilo de vida militar, comer el rancho en la cantina, bromear y hablar con los soldados a las órdenes de Bria. Todos mostraron un gran respeto ante sus conocimientos y su antiguo historial militar como oficial imperial, especialmente después de que Tedris Bjalín les contara algunas de las aventuras más osadas protagonizadas por «Astuto» Han durante sus días de la Academia.

Bria se sorprendió albergando la esperanza de que Han acabaría comprendiendo que el movimiento de resistencia era el sitio en el que debía estar, y que acabaría decidiendo estar con el movimiento y con ella. Se dijo que cada momento que pasaban juntos era como volver al hogar, aunque se aseguró de seguir manteniendo la distancia implícita en su acuerdo de que aquello «sólo era un negocio».

Y mientras lo hacía, no dejaba de preguntarse qué estaría pensando Han de ella.

Hacia el final de su segundo día con la flota rebelde que se estaba congregando en el punto de cita del espacio profundo, Bria recibió un mensaje informándola de que debía reunirse con ciertos aliados potenciales de la Resistencia en Ord Mantell. Han se ofreció a llevarla hasta allí en el Halcón, sintiéndose muy orgulloso de aquella ocasión de poder exhibir la rapidez de su nave..., aunque cuando hizo su primer intento de saltar al hiperespacio, el siempre caprichoso Halcón se negó a cooperar. Después de que dos codazos no lograran dar resultado, Han tuvo que pasar varios minutos sudorosos y un tanto embarazosos manejando una llave hidráulica para conseguir que su nave acabara cooperando.

Cuando por fin estuvieron en el hiperespacio, Bria se dedicó a contemplar a Han desde el sillón del copiloto, admirando la eficiente seguridad con que pilotaba.

—Es una nave maravillosa, Han-dijo—. Vi cómo la ganabas, ¿sabes? Han se volvió hacia ella, muy sorprendido.

—¿Qué? ¿Estabas allí?

Bria le explicó que había ido a Bepin durante el gran torneo de sabacc.

—Te estaba animando en silencio —murmuró—. Cuando ganaste, quise... —se interrumpió, se puso roja y no dijo nada más.

—¿Qué era lo que querías hacer? —preguntó Han con los ojos clavados en su rostro.

—Oh... Me hubiese gustado poder prescindir del secreto para felicitarte —dijo Bria—. Por cierto, ¿qué le hiciste a esa barabel para que se enfadara de aquella manera?

Han la miró, y después sus labios temblaron y se echó a reír. —¿Conociste a Shallamar?

—No de manera formal —dijo Bria en un tono bastante seco—, pero acabé pasando un rato junto a ella después de que la hubieran eliminado del torneo. Esa reptiloide estaba un poco loca, créeme...

Han soltó una risita, y después le explicó que él y Shallamar habían tenido un pequeño encuentro en Devarón hacía cinco años.

—Me aseguró que me iba a arrancarla cabeza de un mordisco —dijo Han—. X lo hubiera hecho, de no haber sido por Chewie.

—¿Devarón? Oh, sí, ya me acuerdo... —dijo Bria, y después volvió a callarse al ver la forma en que la estaba mirando Han y acabó mordiéndose el labio bajo la intensidad de su mirada.

—Así que estabas en ese acto religioso ylesiano —dijo Han—. Creí que estaba teniendo visiones, ¿sabes? Después de ese día pasé meses enteros sin beber ni una copa.

Bria asintió.



—Sí, Han estaba allí... Pero no podía permitir que echaras a perder mi tapadera, ¿comprendes? Me encontraba entre esa multitud porque tenía una misión.

—¿Y en qué consistía esa misión?

Bria alzó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—En asesinar a un t'landa Til llamado Veratil. Pero tú lo echaste todo a perder. Por lo que sé, Veratil todavía vive..., aunque probablemente no seguirá viviendo durante mucho tiempo.

Han la contempló en silencio durante un segundo interminable antes de hablar.

—Realmente has hecho casi cualquier cosa por la Resistencia, ¿verdad?

Su forma de mirarla puso un tanto nerviosa a Bria.

—¡No me mires así, Han! —exclamó—. ¡Son unos seres malvados! ¡Merecen morir!

Han asintió lentamente.

—Sí, supongo que sí —dijo—. Pero... Resulta un tanto inquietante, ¿sabes?

—A veces consigo darme miedo a mí misma —replicó Bria con una sonrisa temblorosa.

Cuando llegaron a Ord Mantell, Bria se reunió con los líderes de la Resistencia de la zona para explicarles la misión y su importancia. Después de su reunión, se sintió llena de júbilo cuando la Resistencia prometió enviar inmediatamente tres naves y cien soldados, más el personal médico y de apoyo adecuado.

Mientras Han y Bria se preparaban para subir al Halcón e iniciar el viaje de regreso al punto de cita rebelde en el espacio profundo, uno de los suboficiales fue hacia Bria con una hoja de plastipapel en la mano. Bria la leyó rápidamente, y luego alzó los ojos hacia Han y le sonrió.

—El cuartel general acaba de recibir un mensaje de Togoria —dijo—. Un pequeño contingente de togorianos se ha ofrecido voluntario para tomar parte en la operación. Quieren que los recojamos durante el trayecto de vuelta.

Han le devolvió la sonrisa.

—¿Muuurgh y Mrrov? —supuso.

—El mensaje no lo dice, pero podríamos apostar a que forman parte del grupo —replicó Bria—. ¿No te lo parece?

—Claro —dijo Han, evitando mirarla a los ojos—. Togoria es un mundo muy hermoso. No me importaría volver a verlo.

Bria también desvió la mirada. Ella y Han se habían sentido realmente cerca el uno del otro por primera vez en una playa togoriana. Togoria era un mundo precioso, y estaba lleno de recuerdos para ambos.

Durante el viaje no hablaron mucho. Bria descubrió que se había puesto lo suficientemente nerviosa para que su estómago se transformara en un nudo de

tensión, y se preguntó cómo se sentiría Han.

Han posó el Halcón sobre la pista de descenso que se extendía junto a Caross, la ciudad de mayor tamaño de Togoria. Después de haber terminado sus comprobaciones finales y haber puesto al día su bitácora de vuelo, él y Bria fueron hacia la rampa de descenso. Un grupo de togorianos ya estaba avanzando hacia la pista, y Han creyó reconocer a un enorme macho de pelaje negro que tenía el pecho y los bigotes blancos. Junto a él había una hembra de pelaje blanco y anaranjado y silueta menos corpulenta.

Bria sonrió con repentina excitación.

—¡Muuurgh y Mrrov!

Los humanos bajaron corriendo por la rampa y llegaron al suelo justo a tiempo para ser abrazados tan violentamente que sus pies dejaron de estar en contacto con la superficie de Togoria.

—¡Muuurgh! —gritó Han, sintiéndose tan alegre de ver a su viejo amigo que acabó golpeando el pecho del enorme felinoide con los puños mientras sus pies colgaban en el aire—. ¿Qué tal estás, compañero?

—Han... —Muuurgh casi había enmudecido de pura emoción. Los togorianos eran unas criaturas muy emocionales, especialmente los machos—. Han Solo... Muuurgh es muy feliz de ver a Han Solo de nuevo. ¡Demasiado tiempo había pasado sin verle!

«Me parece que ha vuelto a descuidar sus prácticas de básico», pensó Han con diversión. El básico de Muuurgh siempre había sido un tanto espasmódico, pero después de todo aquel tiempo incluso parecía haber empeorado un poco.

—¡Eh, Muuurgh! MMrrov! —exclamó—. ¡Me alegro mucho de volver a veros!

Después de que hubieran terminado con los saludos, Mrrov le explicó que había un contingente de togorianos que habían tenido ciertos problemas con Ylesia a lo largo de los años y que querían formar parte del ataque.

—Seis de los nuestros fueron esclavizados o estuvieron a punto de serlo allí, Han —dijo Mrrov—. Queremos tomar parte en esta operación para asegurar que ningún otro togoriano volverá a ser atrapado por ese horrible lugar.

Han asintió.

—Bueno, pues podemos empezar cuando queráis —dijo.

Muuurgh meneó la cabeza.

—No podrá ser hasta mañana, Han. Un liphon de grandes dimensiones atacó al mosgoth de Sarrah en pleno vuelo, y la montura tiene un ala rota. Sarrah ha pedido prestado un mosgoth y nos ha enviado un mensaje diciendo que estará aquí mañana. Esta noche Han y Bria son nuestros invitados de honor, ¿eh?

Han miró a Bria y se encogió de hombros.

—Eh... Claro —dijo.

—Estupendo... —murmuró Bria, evitando mirarle a los ojos.

Han y Bria dedicaron la tarde a recuperar diez años de historia perdida con sus amigos. Muuurgh y Mrrov parecían una pareja muy feliz aunque, fieles a las antiguas tradiciones togorianas, sólo pasaban un mes juntos al año. Tenían dos cachorros, ambos hembras, y Han y Bria los conocieron. Uno de ellos todavía era muy pequeño, y resultaba extraordinariamente encantador y gracioso. Bria y Han pasaron un par de horas jugando con ellos en los hermosos jardines.

Esa noche los humanos fueron obsequiados con los mejores alimentos y bebidas togorianos. Varios narradores togorianos les deleitaron con historias de las arriesgadas escapatorias que ellos mismos habían vivido hacía diez años, cuando huyeron de Ylesia. Han apenas se reconoció a sí mismo: resultaba obvio que los relatos habían sido «embellecidos» a lo largo de los años, hasta el extremo de que lo habían convertido en una figura tan heroica que resultaba casi risible.

Han se aseguró de que no abusaba del potente licor togoriano, y se dio cuenta de que Bria sólo bebía agua.

—No puedo beber —dijo ella cuando Han le preguntó al respecto—. Temo que pueda llegar a gustarme demasiado. He de tener mucho cuidado, ¿sabes? Cuando has sido adicta a una cosa, puedes volver a ser adicta a otras cosas.

Han encontró admirable su fuerza de voluntad, y así se lo dijo.

Después de que las celebraciones hubieran terminado, Muuurgh y Mrrov llevaron a sus invitados al más lujoso de sus apartamentos para huéspedes, les desearon que pasaran una buena noche y se fueron.

Han y Bria se quedaron inmóviles en extremos opuestos de la sala de estar y se contemplaron el uno al otro en silencio durante un momento que se fue prolongando de manera muy incómoda. Han acabó volviendo la mirada hacia la puerta que llevaba al único dormitorio existente.

—Eh... Me parece que Muuurgh y Mrrov siguen creyendo que somos una pareja —dijo por fin.

—Supongo que sí —murmuró Bria, incapaz de sostenerle la mirada.

—Bueno, pues entonces me imagino que me ha tocado el catre —dijo Han.

—Eh, soy un soldado —protestó Bria—. Ya he dormido en muchas trincheras sin tener ni una manta para taparme. No es necesario que me trates igual que a una dama, Han. —Sonrió y sacó un decicredito de su bolsillo—. Te diré lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo? Echaremos a suertes a quién le toca la cama.

Han le dirigió su sonrisa más encantadora.

—De acuerdo, pequeña. Por mí estupendo.

Bria le miró, y sus ojos se encontraron con los de Han.

—Oh, cielos —murmuró, y su voz sonó tan débil como si acabara de correr cuatro o cinco kilómetros.

Han también estaba teniendo ciertas dificultades con el aliento.

—¿«Oh cielos» qué? —preguntó, dando un paso hacia ella. Bria intentó sonreír.

—La galaxia se ha convertido en un sitio muy peligroso para las hembras de todas las especies humanoides —dijo—. Por fin has descubierto lo que eres capaz de hacer con esa sonrisa torcida tuya, ¿verdad?

De hecho, Han tenía cierta idea de los efectos que podía llegar a producir su sonrisa..., y también la tenían unas cuantas mujeres cuyos nombres hubiese podido recitar. Dio dos pasos más hacia Bria y soltó una risita de auténtica diversión.

—Eh... Bueno, pues sí —dijo—. A veces es más eficiente que mi des integrador.

Bria estaba tan tensa que Han se preguntó si iba a salir huyendo, pero permaneció inmóvil mientras daba otro paso hacia ella. Han bajó la mirada y vio que le temblaba la mano.

—¿No vas a lanzar esa moneda? —preguntó en voz baja y suave. Bria asintió e hizo una profunda inspiración de aire, y los temblores de su mano se volvieron un poco menos pronunciados.

—Claro. Pide lo que quieras.

—¿Estás segura de que no es una moneda trucada? —preguntó Han, dando otro paso hacia ella.

—¡Eh! —protestó Bria—. ¡Es un decicrédito auténtico!

Bria le mostró el disco con fingida indignación, y lo hizo girar para demostrarle que se trataba de una moneda de curso legal. El reverso estaba estampado con el símbolo del Imperio, y el anverso contenía la cabeza del Emperador.

Han dio otro paso. Ya estaba tan cerca de Bria que hubiese podido extender el brazo y tocarle el hombro.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces... escojo cara —dijo.

Bria tragó saliva y lanzó la moneda al aire, pero no consiguió pillarla al vuelo porque le volvía a temblar la mano. Han, sin embargo, no falló. Atrapó la moneda y la sostuvo sin mirarla.

—Cara, compartimos la cama... —susurró—. Cruz..., compartimos el suelo.

—Pero... acordamos que... —Bria estaba balbuceando, y todo su cuerpo había empezado a temblar—. Dijimos que sólo eran... negocios.

Han arrojó la moneda por encima de su hombro y rodeó a Bria con los brazos. Después la besó con toda la pasión acumulada de los últimos días..., y de todos aquellos años perdidos. Besó su boca, su frente, su cabello, sus orejas..., y luego volvió a su boca. Finalmente, cuando alzó la cabeza, volvió a hablar con un hilo de voz.

—Pues yo digo que al cuerno con los negocios, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —murmuró Bria y después le tocó el turno a ella de besarlo y así lo hizo, rodeándole el cuello con los brazos y estrechándolo tan apasionadamente

como lo había hecho él.

Detrás de ellos, completamente olvidado, el decicrédito caído sobre las esteras de gruesas fibras entretejidas que cubrían el suelo brillaba tenuemente en la penumbra.

A la mañana siguiente Han despertó con una sonrisa en los labios. Se levantó y salió al pequeño balcón desde el que se podía contemplar el hermoso jardín togoriano. Respiró hondo, oyó el suave trino de los diminutos lagartos voladores y se acordó de cómo uno se había posado en el dedo de Bria hacía tantos años, aquella primera vez en la playa.

Han deseó que tuvieran tiempo para poder volver a esa playa.

«Eh —pensó—, cuando este asunto de Ylesia haya terminado, dispondremos de todo el tiempo del mundo..., y de todos los créditos que podamos desear. Volveremos aquí. Después quizá vayamos al Sector Corporativo para hacer algunos negocios. Con el Halcón podemos ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa...»

Se preguntó si Bria llegaría a dejar la Resistencia por él. Después de lo que habían compartido la noche anterior, le parecía imposible que no fuera a hacerlo. Habían nacido el uno para el otro, y se sentían tan bien estando juntos que a partir de aquel momento ya no podrían volver a vivir separados.

Han oyó un paso detrás de él, pero no se volvió y siguió contemplando el jardín, inhalando los exóticos aromas de las flores de los árboles togorianos. Un par de brazos se deslizó alrededor de su cintura, y Han sintió el roce de los cabellos de Bria en su espalda mientras se apoyaba en él.

—Eh... —murmuró Bria—. Buenos días.

—No cabe duda de que son buenos —respondió Han en voz baja y suave—. Los mejores en mucho tiempo... Para ser exactos, me parece que en diez años.

—¿Te dije anoche que te amo? —murmuró Bria, besándole la nuca—. Necesitas un corte de pelo.

—Necesito varios cortes de pelo —replicó Han—. Pero si quieres, puedes repetirlo.

—Te amo...

—Suena muy bien —dijo Han—. Pero me parece que necesitas un poco más de práctica. Vuelve a intentarlo.

Bria se rió.

—Estás empezando a creerte un poco demasiado irresistible, Han.

Han soltó una risita y giró sobre sus talones para abrazarla.

—¿Sabes una cosa, Bria? Cuando vayamos hacia las coordenadas de cita, el Halcón estará tan lleno de enormes togorianos que quizá tengas que sentarte en mi regazo.

—No me importaría tener que hacerlo —dijo Bria.

Sarah resultó ser extremadamente bajo para lo habitual entre los togorianos, ya

que sólo medía dos metros de altura. Pero se hallaba en una excelente forma física, y sus músculos se deslizaban bajo su lustroso pelaje negro como cables aceitados.

Durante el trayecto de vuelta a la cita en el espacio profundo, Han hizo una parada en Nar Shaddaa para recoger a Jarik y Chewbacca. El corelliano se había estado preguntando qué tal se llevarían Chewie y Muuurgh. Cuando se encargó de presentarlos, Han pudo disfrutar del nada usual espectáculo de ver cómo Chewie tenía que alzar la mirada hacia otra criatura. Muuurgh contempló al wookiee en silencio durante unos momentos antes de hablar.

—Saludo al amigo de Han Solo —dijo después—. Me ha dicho que eres su hermano en el pelaje.

Chewie dejó escapar un suave rugido, y Han se encargó de traducirlo.

—Chewbacca devuelve sus saludos a Muuurgh —dijo—. Se siente muy honrado de poder conocer al cazador Muuurgh, un hermano en el pelaje del pasado.

Las dos enormes criaturas se contemplaron solemnemente la una a la otra, y después ambas se volvieron hacia Han. El corelliano alzó los ojos hacia ellas, y enseguida pudo ver que se habían caído bien.

—Tenéis mucho en común, chicos —dijo.

Desde luego, dijo Chewie. Tenían a Han.

—Cualquier amigo de Han Solo es un amigo de Muuurgh —anunció el togoriano.

Han oyó zumbar la señal de la puerta de su apartamento, y la abrió para encontrarse a Lando al otro lado del umbral. Por una vez el jugador no iba vestido a la última moda, sino con una sencilla especie de uniforme militar, y calzaba gruesas botas. Lando iba armado con una pistola y un rifle desintegradores.

—¡Eh! —exclamó Han—. ¿Qué ocurre? ¿Vas a alguna guerra?

—Acabo de enterarme del pequeño viaje que estáis planeando hacer a Ylesia —dijo Lando—. Quiero tomar parte. ¿Puedo acompañaros a bordo del Halcón?

Han, muy sorprendido, miró a su amigo.

—Esto no es tu clase de diversión, muchacho —dijo—. No esperamos que esos guardias gamorreanos de Ylesia ofrezcan una gran resistencia, pero habrá algunos tiroteos.

Lando asintió.

—Tengo buena puntería —dijo—. Ya casi he ahorrado los créditos suficientes para comprar una nave nueva, Han. Le he echado el ojo a un yatecito que es una auténtica belleza, y creo que una parte de esa especie que hay en los almacenes bien se merece que mi precioso pellejo sufra algunos riesgos. Diez mil créditos más, y esa preciosidad será mía...

Han se encogió de hombros.

—Por mí encantado —dijo—. Puedes unirme a la fiesta, chico. El viaje de vuelta a las coordenadas de cita rebeldes estuvo muy concurrido, pero fue

misericordiosamente corto.

La flota rebelde ya estaba casi totalmente reunida, junto con la mayoría de los navíos de los contrabandistas. Bria y los otros comandantes rebeldes celebraron las últimas reuniones de información para que todos los contrabandistas y grupos de asalto rebeldes conocieran con exactitud el papel que interpretarían en el ataque. Cada grupo de lanzaderas de asalto rebeldes contaba con un mínimo de tres o cuatro naves de contrabandistas para que las guiaran en el descenso a través de la atmósfera. Ya había nueve colonias en Ylesia y por esa razón había nueve fuerzas de ataque, cada una de ellas mandada por un comandante rebelde del nivel de Bria.

Bria había elegido la Colonia Uno, que constituía el objetivo más difícil. Tenía los almacenes más grandes, el mayor número de peregrinos y las mejores defensas. Pero Bria estaba segura de que el Escuadrón de la Mano Roja sería capaz de conquistarla.

Especialmente con Han volando junto a ella. A esas alturas Han ya se había familiarizado con Jace Paol, Daino Hyx y sus otros oficiales, y se preguntó si alguno de ellos se había dado cuenta de que él y su comandante se habían convertido en una pareja.

Los asesinatos empezarán a tener lugar en Ylesia en cualquier momento, y el ataque principal había sido fijado para la mañana del día siguiente (hora estándar de nave, que no tenía nada que ver con el día o la noche de Ylesia), el momento en que los peregrinos estarían anhelando desesperadamente la Exultación y habría más probabilidades de que aceptaran órdenes de cualquiera que se la prometiese.

Mientras Han y Bria estaban cenando aquella noche en la cantina del Retribución, la atención de Han fue atraída de repente hacia la unidad de observación exterior que mostraba las masas de naves que se estaban congregando. Una silueta familiar que había conocido desde la infancia estaba entrando en el campo visual de los monitores.

Han dejó de masticar, tragó a toda prisa y señaló con un dedo.

—!Bria! ¡De dónde habéis sacado ese viejo transporte de la clase Liberador?

Bria le miró y sonrió.

—Te resulta un poco familiar, ¿verdad?

Han asintió.

—Juraría que es la Suerte del Comerciante, la nave a bordo de la que crecí!

Bria asintió.

—Y lo es. Te lo estaba reservando como una última sorpresa. La resistencia corelliana la compró hace un par de años a precio de chatarra, y la hemos convertido en un transporte de tropas. Ahora es el Liberador.

Han había oído decir que la vieja nave fue abandonada después de la muerte de Garris Alcaudón. Clavó los ojos en ella, y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Le alegraba saber que el Liberador disfrutaba de una nueva vida.

—Vais a usarla para llevar a los peregrinos a un lugar seguro, ¿verdad?

—A muchos de ellos —le confirmó Bria—. Tu antiguo hogar los llevará a una nueva existencia, Han.

Han asintió y acabó de comer, sin que sus ojos se apartaran prácticamente en ningún momento de la enorme y vieja nave. Los recuerdos invadieron su mente, la mayoría de ellos referentes a Dewlanna.

El Halcón sólo disponía de unos cuantos catres y literas, por lo que Han decidió pasar la noche en el camarote de Bria. Los dos se rodearon con los brazos, agudamente conscientes de que mañana iban a tomar parte en una batalla.

Y en las batallas... la gente moría.

—Después de mañana siempre estaremos juntos —le susurró Han entre la oscuridad—. Prométemelo, Bria.

—Te lo prometo —dijo ella.

Han suspiró y se relajó.

—Estupendo —dijo—. Y... Y una cosa más, Bria.

—¿Sí?

—Ten mucho cuidado mañana, cariño.

Un instante después el sonido de su voz le indicó que Bria estaba sonriendo.

—Lo haré. Y tú también, ¿de acuerdo?

—Claro.

Unas horas después, el suave tintineo del intercomunicador de su camarote sacó a Bria de un inquieto sopor. Recobró el conocimiento al instante y, poniéndose un albornoz, fue al despacho contiguo. El oficial de comunicaciones de guardia le explicó que tenía un mensaje.

—Envíemelo aquí —dijo Bria, apartándose los cabellos de la cara.

Unos momentos después Bria estaba viendo a su oficial superior, Pianat Torbul.

—¿Señor? —preguntó, irguiéndose ante él.

—Sólo quería desearle suerte mañana, Bria —dijo Torbul—. Y también quería decirle que... —se interrumpió, pareciendo titubear. —¿Sí? ¿Qué quería decirme? —le animó Bria.

—No puedo ser excesivamente claro, pero nuestros informes de inteligencia afirman que el Imperio está preparando algo realmente muy grande. Al parecer se trata de algo que podría aplastar a toda la Alianza Rebelde en sólo uno o dos enfrentamientos.

Bria le miró fijamente, no dando crédito a sus oídos.

—Alguna clase de flota secreta? —preguntó.

—No puedo decírselo —le recordó Torbul—, pero es algo más grande que eso.

Bria se sentía incapaz de imaginarse de qué estaba hablando, pero ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado al sistema del «necesito saberlo».

—De acuerdo. ¿Y qué tiene que ver todo eso con la incursión de mañana?



—Enfrentarnos a esto requerirá todo aquello de que disponemos, todos los recursos que podemos reunir y hasta el último crédito del que podemos echar mano —dijo Torbul—. Antes su misión ya era importante..., pero ahora ha pasado a ser vital. Llévase todo lo que pueda, Bria. Armamento, especia... Todo.

—Ése es mi objetivo, señor —dijo Bria, sintiendo que su corazón empezaba a latir más deprisa.

—Ya lo sé. Es sólo que... Bueno, pensé que debía saberlo. Vamos a enviar varios equipos de inteligencia a Ralltiir para tratar de averiguar algo más sobre el asunto. Necesitarán disponer de créditos para los sobornos, el equipo de vigilancia... Ya conoce esa clase de situaciones, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Bria—. No le fallaré, señor.

—Sé que no lo hará —dijo Torbul—. Quizá no hubiese debido ponerme en contacto con usted... Ya estaba soportando una presión lo suficientemente elevada, ¿verdad? Pero pensé que debía saberlo.

—Le agradezco que me lo haya dicho, señor. Muchas gracias.

Torbul se despidió con un rápido saludo y cortó la conexión. Bria siguió sentada en su despacho, y se preguntó si debía volver a la cama o limitarse a empezar el día un poco más pronto de lo habitual.

Unos instantes después oyó la voz de Han, un poco enronquecida por el sueño, hablándole desde la otra habitación.

—¿Va todo bien?

—Todo va estupendamente, Han —replicó—. Enseguida vuelvo.

Se levantó y empezó a pasear lentamente por el despacho mientras se acordaba de lo que Han le había dicho hacía unas horas. Estarían juntos..., siempre. «Sí —pensó—. Estaremos juntos. Nos cubriremos la espalda el uno al otro, y lucharemos juntos y venceremos al Imperio. Y si debemos sacrificar algunas cosas para alcanzar esa meta..., entonces las sacrificaremos».

Sabía que Han entendería lo del tesoro y los créditos. Han fingía ser todo un mercenario, pero Bria sabía que en lo más profundo de su corazón no lo era.

Con la mente nuevamente en paz y la decisión reforzada, Bria volvió a la cama.

Crepúsculo en la Colonia Cinco ylesiana. Los rayos rojizos del sol poniente, que se abrían paso a través de cien brechas en las masas de nubes, quedaban proyectados a lo largo del cielo como lanzas de suaves colores rosados. Los peregrinos vestidos con túnicas congregados en la playa junto a las agitadas aguas del mar de la Esperanza proyectaban largas sombras sobre la arena.

Pohtarza, primer sacerdot de la colonia, alzó su fea cabeza de t'—landa Til y recorrió a la multitud con la mirada, meciendo lentamente el cuerno hacia atrás y hacia adelante mientras lo hacía. Sus bulbosos ojos relucían como dos esferas de sangre que intentaran salir disparadas de su carne grisácea y arrugada. Pasados unos

momentos, Pohtarza alzó sus diminutos brazos y la ceremonia empezó.

—El Uno es Todo —canturreó en el lenguaje pesadamente nasal de los t'landa Tils. Quinientas voces repitieron la frase.

«El Uno es Todo...»

En ese mismo instante, la Colonia Cuatro acababa de dejar atrás la medianoche al otro lado del planeta. Oscuras nubes se deslizaban por el cielo nocturno carente de luna, extinguiendo la luz de las estrellas y haciendo que la noche se volviera todavía más negra. Un suave crujido quitinoso se agitó sobre la pared de los aposentos de los sacerdotes, y las pequeñas alimañanas ylesianas se apresuraron a dispersarse frenéticamente en todas direcciones.

Noy Waglla, pequeña y de aspecto un tanto insectil, ascendió por la lisa superficie de permacreto y, deteniéndose apenas unos momentos para abrir un agujero en la rejilla con los dientes, entró por la ventana. Después se detuvo, agazapada sobre el alféizar.

Debajo de ella podía oír los suaves ruidos de los sacerdotes que había venido a matar, y que estaban durmiendo entre la oscuridad. Jabba pagaría muy bien por aquello, lo suficiente para que algún día Noy quizá pudiera volver con su propia especie. Las enormes criaturas suspendidas en sus arneses de sueño llenaban la pequeña sala, e impregnaban el aire con olores almizclados. La hyallp trepó por la áspera textura del arnés más próximo y se detuvo debajo de la enorme cabeza. El t'landa Til se removió ligeramente y Noy retrocedió, alarmada, pero los ronquidos del sacerdote se reanudaron pasados unos momentos. Noy se acercó un poco más.

«Esto va a resultar muy fácil...» Noy tomó el recipiente sujeto a su espalda con sus formidables mandíbulas y extrajo el tapón con sus palpos. Jabba había probado la sustancia personalmente. Una gota del veneno llamado srejptan colocada sobre el labio inferior del sacerdot mataría incluso al f landa Til más enorme en cuestión de segundos, silenciosamente y sin provocar ninguna convulsión. Retrayendo varias de sus patas, Noy empezó a subir hacia la boca del sacerdote.

—El Todo es Uno —canturreó Pohtarza. «El Todo es Uno...»

Aiaks Fwa, asesino y cazador de recompensas wífido, aguardaba en el pasillo que llevaba a los baños de barro subterráneos de la Colonia Siete. Las últimas semanas habían sido bastante tediosas, ya que le habían obligado a vivir como un peregrino, intentando mezclarse con los demás y con el ambiente general cuando todos sus instintos le pedían a gritos que acabara de una vez con aquello, eliminara a los repugnantes mufridas y escapara. Pero el Hinchado había especificado que aquella noche era el momento adecuado, y Fwa quería cobrar todos sus honorarios.

Un sonido de voces de t'landa Tils ascendía hasta sus oídos desde la penumbra que se extendía debajo de él, y un instante después Fwa oyó su característico caminar lento y pesado. El asesino inspeccionó los dos pequeños desintegradores que había

logrado introducir clandestinamente en el recinto. Los indicadores mostraban carga máxima, por supuesto.

Se envaró, y pensó que los créditos a los que estaba a punto de tener derecho no eran tanto la recompensa legítima por una cacería, sino una especie de regalo. Los sistemas de seguridad de la Colonia Siete eran increíblemente poco eficientes.

Fwa ya podía ver las siluetas que se iban acercando, y se escondió en un hueco de la pared llena de desigualdades. Tal como había esperado eran sus objetivos, los tres sacredots. También podía olerlos, y sus sensibles fosas nasales reconocieron el hedor de los machos.

Se estaban aproximando, y se encontraban cada vez más y más cerca...

Fwa surgió de su escondite con un salto y un feroz rugido, los desintegradores levantados. «¡Apunta a sus ojos!», pensó, y disparó su primera salva.

—Al servir al Todo, cada uno conoce la Exultación... «... cada uno conoce la Exultación.»

Tuga SalPivo, vagabundo espacial corelliano no demasiado afortunado, se detuvo durante un instante en el inicio de la jungla ylesiana y miró hacia atrás. La Colonia Ocho era un manchón grisáceo bajo la primera claridad del día. Todavía faltaba una hora para la salida del sol. SalPivo sonrió y se limpió el sudor de la cara con un rápido vaivén de la mano, y luego percibió una vaharada del olor avinagrado del residuo de los polvos vomme que había quedado adherido a sus dedos. Ardía en deseos de ver la explosión.

Todo estaba terriblemente silencioso. Incluso los roces y crujidos de la jungla ylesiana habían desaparecido. No soplaban ni la más leve ráfaga de viento.

SalPivo se obligó a no parpadear mientras esperaba. Cuando la cegadora llama anaranjada brotó de los dormitorios de los t'landa Tils, el sonido tardó unos momentos en llegar hasta él, y SalPivo pensó que la llamarada no parecía real.

Y entonces el estampido se deslizó sobre él con una repentina violencia que estuvo a punto de derribarle, y fue seguido por los gritos y gemidos de los moradores restantes. «Un trabajo bien hecho —se dijo SalPivo, riendo para sus adentros—. Estaré de vuelta en Poytta antes de que hayan apagado el incendio...»

—Nos sacrificamos para obtener el Todo. Servimos al Uno... ... servirnos al Uno.»

El rodiano llamado Sniquux olisqueó el aire con expresión pensativa, y su hocico acuático tembló suavemente. Los rayos de sol de mediados de la tarde caían sobre el gran patio, y los granos de polvo parecían flotar en la atmósfera recalentada. Moviéndose con infinita cautela, Sniquux extendió la última hebra de monofilamento a través de la abertura del pasaje que llevaba al recinto de la factoría. La Colonia Nueve todavía no estaba terminada, pero los edificios principales y los dormitorios no tardarían en poder iniciar sus actividades. Había casi trescientos peregrinos en la

zona, la mayoría de ellos empleados en las labores de construcción. Sniquux había llegado con el último contingente, y su experiencia como artesano del permacreto había resultado muy útil.

«¡Aquí vienen!» El rodiano se apartó del cable invisible, se inclinó para pasar por debajo de él y lo dejó atrás, asegurándose de no acercarse a la sustancia letal. Una vez en el pasillo, fue rápidamente hasta el balcón del primer nivel, desde el que se dominaba el patio. Los seis t'landa Tils, tres machos y tres hembras, ya estaban volviendo de su paseo de después de la siesta, y avanzaban lentamente hacia el comedor y su cena. Un pelotón de guardias gamorreanos se desplegó a su alrededor, con sus cabezas en forma de hacha reluciendo bajo los rayos del sol. Sniquux sacó el mando a distancia del proyector sónico de su pequeña faltriquera, sostuvo el aparato entre sus dedos y percibió la lisa suavidad de sus contornos.

«Ni siquiera he de acercarme a ellos —pensó con gran satisfacción—. Me encanta esta misión... No he de arriesgar mi delicado cuellecito.» Un temblor expectante hizo vibrar sus orejas mientras colocaba el dial en la posición de máxima potencia y presionaba el activador.

Un gimoteo espantosamente estridente surgió de repente del otro extremo del patio, llenándolo de sonidos tan agudos que Sniquux no pudo reprimir un estremecimiento. Era una vieja grabación del chota salvaje, el principal depredador al cual habían tenido que enfrentarse los dando. Tils en Varl, su largamente perdido mundo natal.

Los t'landa Tils se quedaron inmóviles durante unos segundos, y sus protuberantes ojos se volvieron en todas direcciones mientras intentaban localizar la fuente de los alaridos. Tarrz, el líder del grupo de sacredots, se irguió sobre sus patas traseras y giró de un lado a otro mientras llamaba a los demás, pero no sirvió de nada. Las enormes criaturas se dispersaron en una frenética estampida, pisoteando a los guardias gamorreanos mientras corrían hacia las aberturas del muro del patio que Sniquux había llenado con sus trampas. Finalmente incluso Tarrz sucumbió al pánico y echó a correr hacia la salida más cercana.

El rodiano, que disfrutaba enormemente con el derramamiento de sangre, chasqueó sus labios prensiles mientras veía cómo los sacredots quedaban hechos pedazos y el monofilamento hendía sus cuerpos, abriéndose paso a través de ellos más limpiamente que cualquier hoja. Tarrz logró atravesar la mitad de la abertura antes de que la parte superior de su torso quedara arrancada, revelando el marrón oscuro del interior, el amontonamiento de los órganos internos y los chorros de sangre que empezaron a brotar de su cuerpo cuando Tarrz cayó para completar la disección. En cuestión de segundos todos estaban muertos, con enormes charcos de sangre color rojo vino extendiéndose lentamente alrededor de los cadáveres descuartizados, y sólo unos cuantos gamorreanos aturdidos y perplejos quedaban con

vida para tratar de entender qué había ocurrido.

«Puede que esto me proporcione un ascenso —se dijo Sniquux—. Me parece que le he caído bastante bien a Jabba, y ahora lo único que he de hacer es seguir siéndole útil...»

—¡Preparaos para recibir la bendición de la Exultación!

Pohtarza dio un paso hacia adelante y percibió cómo los sacerdotes le imitaban a ambos lados. Los peregrinos se pusieron en movimiento, empujándose y cayendo los unos sobre los otros mientras dejaban escapar suaves gemidos de nerviosa expectación. Pohtarza empezó a hinchar la bolsa de su cuello y recorrió los rostros impacientes con la mirada, y entonces algo atrajo su atención. Había un peregrino humanoide que avanzaba hacia ellos. Eso no tenía nada de inusual, pero en vez de la gorra de un peregrino lo que había encima de su cabeza era un capuchón de tela oscura.

Pohtarza lo contempló con fascinación. El capuchón estaba vacío. La criatura ya se encontraba muy cerca, de eso estaba totalmente seguro. De repente el capuchón cayó hacia atrás y el ser sin cabeza extrajo un arma de entre los pliegues de su túnica. Un terror innombrable se adueñó del t'landa Til, obligándole a retroceder unos cuantos pasos y haciendo que tropezara con uno de sus hermanos. La túnica cayó al suelo, y el sacerdot se encontró contemplando el cañón de un desintegrador que parecía flotar en el aire. Sus pensamientos se volvieron extrañamente confusos y faltos de forma, pero aun así una idea emergió de entre ellos con cristalina claridad, «Oh. Un aar'aa. No es más que un aar'aa...»

Y un instante después un diluvio de resplandor cayó del cielo...

En la Colonia Uno, la más antigua y espaciosa de las instalaciones ylesianas, sólo unos momentos después el mediodía ya estaba muy cerca. Teroenza se hallaba sentado en el pequeño estanque de barro caliente y pegajoso como un balladón embarrancado, los ojos cerrados y el cuerpo prácticamente inmóvil. Los acontecimientos producidos durante el último día eran increíblemente ominosos.

Durga, maldito fuese, se había decidido a actuar. Teroenza abrió los ojos y contempló el deprimente espectáculo que se extendía ante él: más allá de Veratil, Tilenna y los otros t'landa Tils que estaban disfrutando del fango, las esbeltas naves de la Fuerza Nova habían invadido la pista de descenso, y los pequeños grupos de soldados fuertemente armados y vestidos con los uniformes de la unidad de mercenarios estaban por todas partes.

¿Cómo podía haber llegado a enterarse Durga de lo que planeaba? El joven hutt quizá fuera más listo de lo que se imaginaba Teroenza. Tras haber estado pensando en ello durante unos momentos, Teroenza acabó decidiendo que matar a Kibbick de una forma tan descarada probablemente había sido una mala idea después de todo.

Pero lo peor de todo era que Teroenza seguía sin estar seguro de cuánto sabía

exactamente Durga. Las tropas de la Fuerza Nova quizá fueran la respuesta de Durga a las peticiones de reforzar las defensas ylesianas que le había presentado el Gran Sacerdote. Durga quizá no sospechaba que había habido juego sucio por parte de Tercena en la muerte de Kibbick.

Esa idea le gustaba bastante. De ser así, el t'landa Til sólo tendría que aguardar y aferrarse a la esperanza de que aquella situación fuese temporal y de que, pasado un tiempo, el clan Besadii acabaría hartándose de tener que pagar a la Fuerza Nova para que permaneciese allí. «Esperar... Puedo esperar un poco más. En cualquier caso, es lo único que puedo hacer...»

El comandante de la Fuerza Nova, un humano robusto y achaparrado llamado Willum Kamaran que procedía de un mundo de elevada gravedad, estaba avanzando hacia el inicio de los barrizales, caminando con gran cautela porque no quería ensuciarse sus relucientes botas negras. Kamaran acabó dirigiendo una mirada llena de disgusto a Teroenza e indicó al t'landa Til que fuera a reunirse con él. El Gran Sacerdote decidió que por lo menos fingiría cooperar hasta que hubiera averiguado algo más sobre la auténtica naturaleza de la situación. Poniéndose en pie, Teroenza empezó a avanzar hacia el hombre.

Y entonces una oleada de energía hizo hervir el barro delante de él, cubriéndole con un pequeño diluvio de partículas eyectadas. El Gran Sacerdote se detuvo, sintiéndose muy confuso. «¿Qué...?»

Teroenza se volvió para ver salir corriendo de la jungla a tres criaturas vestidas con uniformes de camuflaje que empuñaban rifles desintegradores de cuyos cañones surgían haces destructores. Los gamorreanos que los habían estado vigilando ya estaban muertos.

Ptchoo. Ptchoo. Ptchoo.

El sonido de los haces desintegradores estaba por todas partes. Teroenza intentó echar a correr y trató de cambiar de dirección, pero resbaló en el barro y cayó de rodillas.

«¿Es un ataque lanzado por la Fuerza Nova? ¿Les habrá ordenado Durga que nos ejecuten ahora mismo?», pensó Teroenza, al borde de sucumbir a la histeria. Vio que Kamaran también había empezado a disparar, pero no estaba abriendo fuego sobre él sino contra los intrusos. Otros soldados de la Fuerza Nova acababan de aparecer detrás de él, y también estaban disparando. «¡Por Var! Están intentando protegernos...»

No había refugio posible. Teroenza estaba paralizado por el pánico. Pudo ver que Veratil yacía inmóvil sobre el barro, con un agujero humeante allí donde antes había un ojo. Tilenna se había internado en el barrizal, pero no conseguía llegar a sumergirse del todo y estaba manoteando frenéticamente en un estado de completo terror. De repente Teroenza comprendió que sólo era cuestión de tiempo. Haciendo

una profunda inspiración de aire para calmar la erupción de miedo que estaba teniendo lugar dentro de su corazón, se dejó caer sobre el barro y se quedó totalmente inmóvil, fingiéndose muerto.

El violento tiroteo cesó de repente, y Teroenza abrió los ojos. ¡Había dado resultado! Los intrusos yacían en el suelo, muertos. El Gran Sacerdote se atrevió a incorporarse para examinar la escena.

¡Tilenna!

Estaba medio cubierta de barro y agua, y tenía la cabeza sumergida. «No puede respirar...» Antes de llegar al cuerpo, Teroenza ya era consciente de la terrible verdad. Sostuvo la enorme cabeza lo mejor que podía hacerlo con sus débiles brazos e intentó encontrar una chispa de vida en su compañera, pero Tilenna había muerto.

Kamaran había recibido un impacto en el brazo, y su uniforme marrón estaba cubierto de manchas oscuras. Y allí estaba Ganar Tos, el mayordomo de Teroenza, abriéndose paso por entre los grupos de soldados, deteniéndose durante unos momentos en el inicio del barrizal para seguir avanzando después.

—Teroenza, mi señor... —exclamó, y su vieja y débil voz de humano apenas llegaba a ser un graznido—. Es terrible. ¡Hay asesinos por todo el planeta, y están matando a nuestros sacerdotes! Hemos recibido informes de las Colonias Dos, Tres, Cinco y Nueve. Las comunicaciones exteriores se han interrumpido. ¡Oh, mi señor! El noble Veratil... ¡y Tilenna! ¿Qué podemos hacer, mi señor? —Ganar Tos se retorció las manos, visiblemente afectado—. Esto es el fin, mi señor. No podrá haber más Exultaciones. ¿Qué vamos a hacer?

Teroenza dejó escapar un potente resoplido y trató de pensar. ¿Sería obra de Durga? No, era imposible: las empresas del clan Besadii dependían de los t'landa Tils. ¿Quién podía ser el responsable de todo aquello? ¿Y qué debía hacer ahora?

# Capítulo 14

## La batalla por Ylesia

Jalus Nebl entró en la atmósfera ylesiana muy cautelosamente, con los ojos bien abiertos para localizar las posibles células tormentosas y manteniéndose en contacto continuo con las lanzaderas de asalto rebeldes que le estaban siguiendo. Nebl pilotaba una de las naves de guía, y era muy consciente de sus responsabilidades.

—Tenga mucho cuidado, Lanzadera Tres —dijo por su unidad comunicadora, hablando en su básico quejumbroso y agudo—. Se está desviando demasiado hacia babor. La célula tormentosa 311 avanza en su dirección. La ionización de esas tempestades de relámpagos interferirá el funcionamiento de su instrumental. Incrementen la velocidad y mantengan el rumbo correcto.

—Aquí Lanzadera Tres: recibido, Sueño de Libertad.

Ya habían empezado a atravesar las gruesas capas de nubes, y el Sueño estaba siendo abofeteado por los vendavales. La oscuridad los rodeaba por todas partes. Avanzaban hacia el sol, pero tendrían que descender antes de haber llegado a la zona de luz diurna.

El sullustano echó un vistazo a sus instrumentos.

—Concéntrese en mantenerla formación —ordenó—. Que todas las naves mantengan la formación.

Durante un momento vio las luces de vuelo de su acompañante de estribor, y después las nubes volvieron a ocultarlas. Estaban siendo golpeados por potentes ráfagas de viento, y las nubes eran tan gruesas que Nebl ni siquiera se molestó en echar una mirada a su pantalla visora. Tendría que volar fiándose de los instrumentos. La lluvia, el granizo y las tormentas eléctricas se agitaban en los alrededores, iluminando las nubes de color tinta con destellos actínicos. Nebl fue siguiendo el progreso de su formación a través de sus sensores tácticos.

Llevaba diez años sin volar por la atmósfera de Ylesia, pero le sorprendía la rapidez con que todo estaba volviendo a su memoria. Nebl tenía que dirigir a la mitad de las naves rebeldes asignadas a la Colonia Uno durante su descenso, y Han Solo se encargaba de guiar a la otra mitad desde el Halcón Milenario. Ayer Han había acompañado a su amigo sullustano durante un breve recorrido de su nave, y los dos pilotos se dedicaron a recordar los viejos tiempos mientras Nebl disfrutaba viendo cómo Han exhibía su orgullo y su alegría.

Nebl detectó la proximidad de otra célula tormentosa, indicó su situación a la formación y luego hizo que su nave iniciara un rápido descenso al mismo tiempo que comprobaba automáticamente su vector de bajada. Su punto de descenso asignado se encontraba justo en el centro del recinto de la Colonia Uno. Nebl transportaba un



pelotón de soldados al que se le había asignado la misión de tomar la factoría de andris.

Mientras pilotaba su nave, Nebl podía oír hablar a la comandante de asalto, que estaba informando sobre el avance de la flota desde el transpone Liberador. Las fuerzas rebeldes habían tomado la estación espacial ylesiana y se habían encontrado con una resistencia más enérgica de lo esperado, pero ya estaban informando de que se habían hecho con el control de todas las instalaciones.

Nebl siguió guiando a su formación en el descenso. Estaba siguiendo las trayectorias de las células tormentosas para que los pilotos menos experimentados no tuvieran necesidad de hacerlo. De esa manera, y por lo menos en teoría, si seguían la trayectoria de Nebl podrían concentrarse en los cursos en vez de tener que prestar demasiada atención a los problemas de navegación.

Ya casi se encontraban por debajo de la capa de nubes más gruesa. La Colonia Uno seguía sumida en la oscuridad, aunque el amanecer llegaría en cosa de una hora. Nebl se dio cuenta de que la lanzadera situada más a la derecha se estaba quedando atrás, y se apresuró a establecer contacto con ella.

—Lanzadera de Asalto Seis, se está quedando rezagada. ¿Qué ocurre?

—Tenemos problemas con un estabilizador. —La voz del joven piloto estaba llena de tensión—. Le he dicho a mi copiloto que intente resolver las dificultades.

—Formación, reduzca la velocidad —ordenó Nebl—. No queremos perder a la Lanzadera Seis.

Las naves redujeron obedientemente la velocidad. La próxima voz que Nebl oyó surgir del comunicador fue la de Han Solo.

—¿Qué pasa, Nebl? Estás empezando a ir más despacio. El sullustano le explicó el problema.

—Bueno, pues no quiero atravesarla atmósfera por delante de ti, así que yo también iré más despacio —dijo Han.

El Halcón y sus naves empezaron a reducir la velocidad y se fueron quedando atrás, dejando a Nebl, tal como habían planeado originalmente, todavía en la delantera.

Los dos grupos seguían manteniendo una formación bastante buena cuando dejaron atrás la capa de nubes y vieron las luces nocturnas de la Colonia Uno. Nebl iba en primer lugar y había recolocado a la Lanzadera Seis para dejarla junto a él, lo cual le permitiría ayudar al piloto rebelde durante el descenso. Sus otros navíos estaban volando a medio cuerpo de nave por detrás del Sueño y de la Lanzadera Seis, y continuaban dirigiéndose hacia las coordenadas de descenso asignadas.

Nebl apenas dispuso de una advertencia previa. En un momento dado estaba avanzando hacia sus coordenadas de descenso y todo iba estupendamente, y al

siguiente sus sensores ya habían empezado a emitir una estridente alarma. Jalus Nebl miró hacia abajo y vio que acababa de ser localizado..., ¡por un turboláser de gran calibre!

«¿Qué está ocurriendo? —pensó—. ¿Dónde...?»

La explosión fue tan gigantesca y destructiva que el pobre Nebl nunca dispuso del tiempo necesario para comprender que le habían dado.

Han Solo contempló con horror cómo el Sueño de Libertad y la Lanzadera de Asalto Seis eran sencillamente aniquilados por dos andanadas de un turboláser de gran calibre instalado en el suelo. El turboláser volvió a abrir fuego, y dos lanzaderas más llevaron a cabo frenéticas maniobras evasivas que las condujeron justo hacia la trayectoria de una traicionera tijera de vientos. Las cortas y gruesas alas de las naves cedieron bajo el impacto y las dos lanzaderas, envueltas en llamas, se precipitaron hacia la jungla. Bolas de fuego pintaron la oscuridad con hebras carmesíes, indicando los lugares en los que habían caído las lanzaderas.

Han quedó paralizado por el estupor durante una fracción de segundo. ¡Un turboláser! ¿De dónde ha salido?. Después comprobó su posición, y la de las naves que habían estado volando en formación con él, e inició su propia acción evasiva al mismo tiempo que activaba su comunicador y empezaba a gritar.

—¡Formaciones Una y Dos, alterad el curso! ¡Bria, ordena a tus naves que pongan rumbo hacia los puntos de descenso alternativos! ¡Ahí abajo tienen un turboláser de gran calibre! ¡Nebl ha quedado volatilizado!

Sin esperar una respuesta, Han inclinó el Halcón hasta dejarlo de lado y cambió su vector de aproximación..., en el instante preciso. Una oleada de letal energía vercosa avanzó velozmente hacia su nave y se deslizó por debajo de ella, pasando a muy poca distancia de la quilla. Han vio encenderse una luz de advertencia del sistema de control de daños en su tablero, y comprendió que el disparo acababa de inutilizar los controles de extensión y retracción de su nuevo desintegrador retratable. La andanada también había conseguido freír los sensores de seguimiento del terreno. Han masculló una maldición en el mismo instante en que Chewie aullaba. Un instante después el corelliano oyó los gritos de Jarik, que se encontraba en la torreta artillera ventral y debía de haber disfrutado de una espectacular —y aterradora— visión del disparo.

“¡Eso ha pasado demasiado cerca para mi gusto!”

Han se apresuró a alejarse, acelerando para salir del radio de alcance del turboláser. El resto de naves estaban intactas, por suerte.

Los puntos de descenso alternativos se encontraban en la playa, a más de dos kilómetros del centro de la Colonia Uno. Han inició la trayectoria de descenso y posó el Halcón sobre la dura capa de arena, no muy lejos de los rompientes. Después permaneció inmóvil en su sillón de pilotaje durante un segundo, respirando con

jadeos entrecortados y dejándose envolver por la oscuridad ylesiana. Mantuvo sus luces encendidas, para que ninguno de los otros pilotos pudiera tener la tentación de bajar justo encima de él.

Las dunas se extendían a su derecha y, más allá de ellas, estaban los barrizales y la Colonia Uno. A su izquierda estaba el Zoma Gawonga, que, en huttés, significaba «Océano Occidental». La playa se extendía por detrás y por delante de él, y otras naves ya se estaban posando en ella.

Dejando que Chewie terminara sus comprobaciones posteriores al descenso, Han conectó su unidad de comunicaciones.

—Lanzadera Uno, aquí el Halcón. Bria, aquí Han. Adelante, Lanzadera Uno.

Oyó un chisporroteo de estática seguido por la voz de Bria. Han dejó escapar un suspiro de alivio. Hacía un rato había perdido la pista de la formación durante unos momentos y aunque creía que la Lanzadera Uno seguía intacta, no había estado totalmente seguro de ello hasta ese instante.

—Te recibo, Han. La Lanzadera Uno está descendiendo en el punto alternativo. Voy a desplegar mis tropas para el ataque de superficie, y avanzaremos por encima de las dunas. Mi pelotón se dirigirá hacia el recinto a través de la jungla.

—Iré contigo —dijo Han—. No se te ocurra ir sin mí.

—Recibido, Halcón. —aria titubeó durante unos momentos antes de seguir hablando—. Debemos tomar el Edificio Administrativo, Han. ¿Puedes ocuparte de enviar al pelotón togoriano?

Han sabía que Bria estaba pensando en la Sala de los Tesoros. El plan siempre había sido que Muuurgh, quien conocía el recinto y la jungla, dirigiese a su grupo de togorianos y lo llevara hasta allí. Pero ahora tendrían que ir mucho más lejos...

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

Han volvió a la sala, donde los togorianos se estaban quitando el equipo mientras inspeccionaban las cargas de energía de su armamento e intercambiaban comentarios sobre las incomodidades del trayecto. Todos querían saber a qué habían venido tantas acrobacias capaces de revolverles el estómago, Han dedicó un minuto a explicárselo, y luego pasó a decirles a Muuurgh, Mrrov, Sarrah y los otros togorianos que habían descendido mucho más lejos de su objetivo de lo previsto.

—Esto va a ser más duro de lo que habíamos planeado originalmente —siguió diciendo—. Vais a tener que hacer un trayecto de unos dos kilómetros a través de la jungla.

Muurgh se incorporó, moviéndose con cautela para que su cabeza no chocara con ninguno de los objetos que reducían considerablemente el espacio libre en la sala de reuniones del Halcón.

—No te preocupes, Han —dijo—. Muuurgh guiará la marcha a través de la jungla hasta el Edificio Administrativo. Muuurgh ha cazado por toda la Colonia Uno, y

Muuurgh recuerda bien el terreno.

Han cogió sus gafas infrarrojas, su casco lumínico y sus armas, y después él y Chewbacca siguieron al grupo de togorianos rampa abajo. Han contempló cómo sus relucientes imágenes amarillas iban avanzando hacia la playa. Después se quitó la gafas, y quedó instantáneamente envuelto por la oscuridad más absoluta imaginable. Los togorianos se habían desvanecido en la negrura circundante, desapareciendo igual que sombras. El corelliano aspiró una larga bocanada del aire de las últimas horas de la noche, y el olor del océano ylesiano trajo consigo un torrente de recuerdos.

—Mantén los ojos bien abiertos, Chewie —dijo—. Este mundo puede ser un auténtico infierno. Es una suerte que no llueva, aunque sólo sea por una vez... —Rozó sus gafas con la punta de un dedo—. ¿Necesitas un par, amigo?

Chewie meneó la cabeza, y a continuación afirmó que la visión nocturna de los wookies era muy superior a la de los humanos. Podía ver estupendamente, y no necesitaba gafas.

Cuando Han giró sobre sus talones para empezar a subir por la rampa, Lando y Jarik bajaron corriendo por ella. Como Han, iban armados con rifles desintegradores de gran calibre y llevaban cascos provistos de gafas infrarrojas. Los tres se quedaron inmóviles al final de la rampa, viendo cómo los soldados rebeldes se iban organizando después de salir de las lanzaderas. La mayoría de los vehículos de transporte ya habían descendido.

—Bueno, chicos... ¿Adónde os creéis que vais? —preguntó Han.

—Vamos a ir en busca de un poco de acción —dijo Jarik—. ¡No pienso perderme esto!

El joven aferró su rifle desintegrados mientras daba saltitos sobre las puntas de los pies, evidentemente excitado ante aquella oportunidad de tomar parte en su primer ataque de superficie.

Han siempre había pensado que permitiría que Jarik se quedara en la nave, porque de esa forma todo el mundo correría menos riesgos.

—Eh, espera un momento —dijo—. Los togorianos van a ir a tomar el Edificio Administrativo, y yo y Chewie vamos a ir con Bria. Si vosotros queréis ir en busca de un poco de acción, ¿quién se va a encargar de proteger el Halcón?

—Ciérralo y activa los sistemas de seguridad —dijo Jarik—. Nadie va a entrar en tu nave a menos que tú se lo permitas, Han.

Lando señaló la playa. Las últimas naves de los rebeldes y los contrabandistas estaban descendiendo hacia sus puntos de bajada.

—Estoy seguro de que Bria enviará un grupo de guardia para que vigile a las naves, ¿no?

Han le lanzó una mirada asesina al jugador. De repente Lando comprendió que

estaba siendo un poquito estúpido, y se apresuró a callarse.

Los contrabandistas ya estaban saliendo de sus naves, y resultaba evidente que varios de los capitanes no se sentían nada contentos. Han se preparó para lo peor cuando Kaj Nedmak y Arly Bron fueron hacia él con el rostro ensombrecido, acompañados por varios contrabandistas y corsarios más a los que no conocía.

—¿Qué demonios crees estar haciendo, Solo? ¿Cómo se te ha ocurrido llevarnos directamente hacia un turboláser? —preguntó Bron—. ¡He estado a punto de perder los motores!

Han se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de pedir disculpas.

—¡Eh, no ha sido culpa mía! ¡No lo sabía! ¡Yo también he estado a punto de acabar frito!

Bria apareció en ese instante, acompañada por Jace Paol, su lugarteniente.

—No ha sido culpa de Han —le dijo al irritado grupo de contrabandistas y corsarios—. Pero voy a decirles unas cuantas cosas a los bothanos. Se suponía que debían haber llevado a cabo todas las operaciones de reconocimiento necesarias para esta misión. A menos que acabaran de instalar ese turboláser, a esas alturas ya tendrían que haber descubierto su existencia.

Los capitanes respondieron con un nuevo coro de gruñidos. Bria alzó la mano para pedir silencio.

—No os preocupéis. Todos obtendréis lo que se os había prometido —dijo, con la voz y los ojos llenos de dureza y autoridad—. Ahora quedaos en la playa hasta que hayamos acabado de tomar el recinto. Si no... Bueno, quien tenga ganas de luchar puede venir con nosotros.

La mayoría de los capitanes menearon la cabeza y se fueron, pero un par decidieron ir con los rebeldes..., probablemente para asegurarse de que tenían ocasión de seleccionar la especia de mejor calidad guardada en los almacenes. Han miró a Bria.

—Chewie y yo iremos contigo —dijo.

Jace Paol decidió intervenir.

—Solicito permiso para dejar fuera de combate a ese turboláser, comandante. Dentro de un rato vamos a necesitar más lanzaderas en el suelo, y no podremos disponer de ellas mientras ese cañón esté haciendo pedazos naves en el cielo.

Bria asintió.

—Permiso concedido, teniente. Llévase a un equipo de demolición con usted. Deje fuera de combate a ese láser, y si no puede asegurarse de que luego nos sea posible llevárnoslo para utilizarlo... destrúyalo.

—De acuerdo, comandante.

—Soy Jarik Solo, y me gustaría ir —dijo Jarik, yendo hacia Paol—. Ese láser ha estado a punto de chamuscarme el trasero. Me gustaría tomar parte en ese pequeño

ajuste de cuentas.

Paol dirigió una inclinación de cabeza al joven.

—Será un placer tenerte con nosotros.

Han consiguió atraer la mirada de Lando y señaló a Jarik con la cabeza. Lando suspiró, y después dio un paso hacia adelante.

—También puede contar conmigo, teniente. Me llamo Lando Calrissian.

—Lo mismo digo, Calrissian.

Han se despidió de sus amigos agitando la mano mientras empezaban a bajar hacia la playa con el escuadrón de Paol. Después contempló cómo Bria daba las últimas órdenes a las tropas que se quedarían atrás para servir de retaguardia a las naves estacionadas en la playa.

Luego él y Chewie echaron a andar playa arriba con Bria y sus soldados. El comunicador de Bria emitió un suave trino musical, y Bria subió el volumen para poder oír las emisiones. Han escuchó la voz de Blevon, el comandante de asalto, que estaba hablando desde el Liberador.

—Arco Iris Uno a todos los puestos: tenemos múltiples informes de fuerte resistencia. Manténganse lo más alertas posible.

Bria lanzó una rápida mirada a Han, y después bajó los ojos hacia su cronómetro.

—Todas las fuerzas han aterrizado. Nos estamos retrasando.

Después redujo el volumen del comunicador hasta que el canal quedó convertido en un lejano murmullo de comandantes que iban recitando sus informes, y echó a correr. Han y los soldados echaron a correr detrás de ella.

Acostumbrarse a las gafas infrarrojas requería cierto tiempo. Han estuvo a punto de tropezar con una ondulación de la playa, y después se enredó con un matorral espinoso de hierba de las arenas y consiguió acabar lleno de arañazos. Chewie tuvo la amabilidad de levantarlo en vilo, liberándole de la trampa vegetal. Han, con la piel ardiéndole, advirtió a los que venían detrás de él.

«Llevaba demasiado tiempo sin hacer esto», pensó mientras trepaba por la duna siguiendo a Bria con el pesado rifle A280 firmemente sujeto entre sus dedos. La arena se desplazaba y caía a su alrededor, y el suelo era muy traicionero. La última vez que había hecho algo semejante no figuraba entre los recuerdos más agradables guardados en su memoria.

Bria fue la primera en llegar a la cima. Se pegó al suelo, y agitó la mano para indicar a sus seguidores que tuvieran mucho cuidado. Han no estaba esperando ningún fuego enemigo —después de todo, ni siquiera podían ver el recinto—, pero ser cauteloso siempre era aconsejable durante una batalla. Se dejó caer al suelo y avanzó en un lento retorcimiento hasta quedar junto a Bria, con Chewie siguiéndole. Chorros de arena se introdujeron por el cuello de su camisa, llenándolo de picores. Pero Han no podía desperdiciar ni un segundo en rascarse.

Juntos, Han, el wookiee y Bria recorrieron el último medio metro y asomaron las cabezas por encima del final de la duna...

... y estuvieron a punto de conseguir que se las volaran. Un diluvio de haces desintegradores de repetición cayó sobre ellos, convirtiendo parte de la arena en cristal al instante y rociándolos con una erupción de diminutas partículas calientes cuyo impacto ardía como el de una picadura de insecto.

Chewie aulló mientras él, Han y Bria se arrojaban al suelo, buscando refugio, hasta que el fuego cesó. La comandante rebelde tomó una lectura sensora y miró a Han, su rostro convertido en un manchón amarillo con labios blancos recortado sobre los distintos tonos verdosos de los infrarrojos. El corelliano pudo ver cómo fruncía el ceño debajo de la máscara que formaban las gafas.

—Estoy detectando un mínimo de veinte firmas de energía ahí fuera, Han, y todas nos están esperando. Sean quienes sean esos tipos, no son un grupo de gamorreanos.

Han la miró fijamente.

—Y a todo eso hay que añadirle el turboláser...

—Sí, claro. —Bria pulsó el botón de transmisiones de su comunicador—. Arco Iris Uno, aquí Rojo Uno. Recibimos descargas de turbo-láser cuando bajábamos y alteramos el curso para dirigirnos hacia nuestro punto de descenso alternativo. Estamos en el suelo, con bajas moderadas. Hemos perdido cuatro naves: tres lanzaderas, y un amigo. —Han sabía que «amigo» era el término de código acordado para referirse a la nave de un contrabandista o un corsario—. Nos estamos encontrando con una resistencia muy intensa, pero proseguimos con el ataque.

La voz del comandante de asalto surgió del comunicador.

—Arco Iris Uno recibiendo, Rojo Uno. ¿Necesitáis a Blanco Uno? Blevon les estaba preguntando si Bria necesitaba reservas del Liberador.

Bria pulsó la tecla de transmisión de su comunicador.

—Negativo, Arco Iris Uno. Las reservas no podrán aterrizar mientras ese turboláser siga disparando. Estamos trabajando en ello. Aquí Rojo Uno, cambio y corto.

—Arco Iris Uno, entendido y a la escucha —dijo Blevon acusando recibo del mensaje, y después guardó silencio.

Bria cambió de frecuencias para sintonizar su canal intergrupos. —Jaca, aquí Bria. ¿Ya has echado una mirada por encima de esas dunas?

—Sí, ya lo he hecho —dijo Paol con voz sombría—. ¿Quiénes son esos tipos?

—No lo sé —dijo Bria—, pero es evidente que son profesionales. Tendrás que describir un círculo a través de la jungla y bajar a las llanuras de barro por el norte. Yo atravesaré la jungla y llegaré por el sur, y así los atraparemos en un fuego cruzado.

—Entendido —dijo Paol—. Es justo lo que esperaba de ti, que me obligaras a arrastrarme por el barro...

Bria dejó escapar una seca carcajada y copó la conexión.

El equipo de Han y Bria necesitó casi diez minutos para avanzar lo suficiente por la playa hasta poder estar seguro de que contaba con la protección de la jungla. Subieron y bajaron por las dunas, y luego entraron en la jungla. Han fue siguiendo a Chewie mientras avanzaban a través de la vegetación medio podrida. El hedor hizo que arrugara la nariz, y Chewie dejó escapar un gemido de protesta. Los wookies tenían un sentido del olfato mucho más agudo que los humanos. Sudando y resbalando a causa del barro que se deslizaba bajo las suelas de sus botas, Han deseó haber elegido un calzado que tuviera un poco más de poder de tracción.

Finalmente, llegaron al inicio de la zona despejada. Los sensores de Bria confirmaron que sus objetivos se encontraban justo delante de ellos. Se agazaparon en la jungla, y el comunicador de Bria dejó escapar un suave trino. Bria subió el volumen.

—... recibiendo múltiples informes de fuerte resistencia. Verde Uno confirma la captura de algunos profesionales de una unidad de mercenarios que se hace llamar Fuerza Nova. Aquí Arco Iris Uno, cambio y corto.

—¿Fuerza Nova? ¿Mercenarios? —Han miró a Bria—. ¡Oh, estupendo! ¿Cómo han llegado aquí?

Bria se encogió de hombros.

Han frunció el ceño.

—¡Y pensar que les dije a los contrabandistas que esto iba a ser coser y cantar!

Han escuchó con el cuerpo tenso cómo Bria hablaba con Jace Paol. Todo estaba preparado.

El corazón del corelliano estaba latiendo a toda velocidad. Tragó saliva, y sintió un sabor metálico en la garganta.

—¿Estás listo, amigo? —le susurró a Chewie, que estaba comprobando el nivel de carga de su arco de energía.

—¡Hrrrrrrnnnnn!

Han comprobó el nivel de carga de su rifle desintegrador, a pesar de que sabía que el arma estaba al máximo.

Finalmente Bria asintió y todos emergieron de la jungla para empezar a arrastrarse por encima de la capa recortada de vegetación, con las manos y las rodillas hundiéndose en la blanda tierra. Había llovido hacía poco, naturalmente, ya que estaban en Ylesia. Los dedos de Han encontraron la dureza del permacreto. Debía de ser una pista de descenso o un camino construido recientemente, ya que hacía diez años no estaba allí.

Bria contó diez segundos con Paol, y luego...

—¡Fuego!

Han se irguió sobre las rodillas, examinó el panorama con sus gafas y vio una



borrosa silueta terminada en un casco que no le resultaba familiar, con el resplandor amarillo indicando calor corporal. Disparó.

Los últimos momentos de la noche desaparecieron bajo un estallido de fuego desintegrador, gritos ahogados y alaridos de batalla. Han y Chewbacca empezaron a avanzar con las tropas de Bria. La soldado que había estado corriendo a la izquierda de Han cayó de repente. Han volvió la cabeza hacia ella, vio un agujero negro allí donde había estado su cara y percibió el hedor de la carne chamuscada, y siguió adelante.

Unos momentos después, mientras el fuego enemigo empezaba a tartamudear y acababa disipándose, Bria ordenó el alto el fuego. Han y Chewie se aproximaron, viendo los cuerpos esparcidos ante ellos. Bria empujó uno con la punta de su bota mientras Jace Paol, tan recubierto de fango como un t'landa Til después de revolcarse en los barrizales, iba hacia ella.

—Fijaos en ese emblema de la manga —dijo Bria—. Una estrella en explosión... Y echad un vistazo a su armadura y su equipo. No cabe duda de que eran profesionales. —Fue contando cuerpos—. Veinte. Probablemente hay más manejando el turboláser.

Ella y Han volvieron la cabeza hacia el otro lado del recinto. El cielo todavía estaba ennegrecido por la oscuridad que precedía al alba, pero aun así pudieron distinguir la torre encima de la que estaba instalado el turboláser.

—Me alegro de que no puedan inclinar ese trasto lo suficiente para acertarle a blancos en la superficie —dijo Han—, ya que de lo contrario ahora estaríamos fritos.

Jarik y Lando se reunieron con ellos, y los cuatro amigos se hicieron a un lado para no estorbar mientras Bria ordenaba a unos cuantos miembros de uno de sus pelotones que ayudaran a los heridos a volver a las naves, y que recogieran las armas de la Fuerza Nova.

—Recordad que nos lo vamos a llevar todo, chicos —dijo—. Si puede volver a ser utilizado, recogedlo.

Todos asintieron.

Han miró a Lando y Jarik, ambos recubiertos de barro seco, y meneó la cabeza.

—Si Drea Renthal pudiera verte ahora, Lando...

Chewie se echó a reír.

—Cállate, Han. Y tú también, Chewbacca —dijo el jugador mientras empezaba a asestar palmadas a sus ropas llenas de suciedad. Por suerte para él, había decidido prepararse para el trabajo de aquella noche prescindiendo de sus prendas más elegantes—. No quiero oír ni una sola palabra más. No había estado tan sucio desde... Bueno, es una historia muy larga.

Han soltó una risita y miró a Jarik.

—Hola, chico... ¿Qué tal lo has hecho?

—Creo que bastante bien, Han —dijo Jarik, asintiendo—. Como mínimo les he dado a un par.

Han le dio una palmada en el hombro.

—Estupendo. Todavía conseguiremos convertirte en un auténtico guerrero.

Los dientes de Jarik iluminaron su rostro ennegrecido por el barro con un destello de blancura.

En cuanto el personal médico se hubo llevado a los heridos, Bria activó su comunicador y ordenó a las tropas que habían permanecido a la espera que avanzaran lo más deprisa posible.

—¡Vamos a tomar ese recinto! ¡Avanzad en pelotones y grupos de asalto, y que los equipos de demolición estén preparados!

Después subió el volumen del comunicador, y un instante después pudieron oír claramente la voz que surgió de él.

—Arco Iris Uno, aquí Verde Dos. Estoy asumiendo el mando en esta zona. Verde Uno ha caído.

—Arco Iris Uno recibiendo, Verde Dos. ¿Cuál es vuestra situación?

—Ya casi hemos acabado. Estamos terminando las últimas labores de limpieza, y esperamos tener el objetivo bajo control dentro de cinco minutos.

Bria torció el gesto.

—Estamos empezando a retrasarnos —murmuró, y pulsó otra tecla del comunicador—. Arco Iris Uno, aquí Rojo Uno. La resistencia en la línea del frente ha sido eliminada. Vamos a traer refuerzos, y nos disponemos a avanzar hacia el recinto.

—¿Qué pasa con ese turboláser, Rojo Uno?

—Arco Iris Uno, tengo a dos pelotones preparándose para ocuparse de él. Aquí Rojo Uno, cambio.

—Arco Iris Uno..., cambio y corto.

Han y Chewie siguieron con la mirada al grupo de Paol mientras éste empezaba a avanzar a través de la jungla para caer sobre la dotación del turboláser desde el este. Un instante después se encontraron muy ocupados avanzando hacia el recinto con las tropas de Bria. Se encontraron con alguna resistencia dispersa por parte de los guardias ylesianos que, en su mayor parte, fue aplastada fácilmente..., tal como habían esperado que ocurriría. La noche había perdido su silencio anterior incluso cuando las armas no hablaban. Había gemidos y súplicas de los heridos, voces que gritaban pidiendo ayuda y todo un surtido de palabras aulladas en lenguas alienígenas.

Mientras avanzaban, los grupos de ataque de Bria iban informando.

—Grupo Tres informando, Líder de la Mano Roja. Factoría de andris tomada. Los equipos de demolición se están preparando para entrar en acción.

—Pelotón Seis informando, Líder de la Mano Roja. Hemos tomado el Centro de

Bienvenida, y hemos avisado al equipo de demolición de que ya puede venir.

—Aquí Pelotón Siete, Líder de la Mano Roja. Estamos entrando en el dormitorio. Está vigilado por los mercenarios..., pero sólo hay seis. No esperamos tener ningún problema...

—Pelotón Dos informando, Líder de la Mano Roja. Nos estamos colocando en posición para acabar con ese turboláser. El ataque empezará dentro de... cinco minutos.

Han y Chewie se mantuvieron lo más cerca posible de Bria, ya que cada uno de los tres les cubría las espaldas a los otros dos. Los haces desintegradores creaban ecos que resonaban por todo el recinto y que se mezclaban con los gritos, los gemidos surgidos de gargantas alienígenas y los gruñidos y chillidos gamorreanos.

Han pensó que probablemente habría un pelotón de mercenarios, lo cual significaba un total de entre treinta y cuarenta enemigos como máximo. Los soldados de la Fuerza Nova eran auténticos profesionales. Los mercenarios luchaban valientemente y con gran eficiencia hasta que resultaba evidente que la derrota era inevitable, y entonces se rendían. Estaban luchando por créditos, no por una causa, y la idea de sobrevivir para luchar otro día tenía mucho sentido.

En un momento dado una peregrina enloquecida armada con una pistola desintegradora que habría cogido de algún sitio surgió de entre las sombras y casi consiguió darle a Bria. Han derribó a la bothana de un certero disparo, matándola: no había dispuesto de mucho tiempo, y no pudo perder los segundos necesarios para un disparo meramente incapacitados Bria bajó la mirada hacia la peregrina para contemplarla con horror, y durante un momento Han creyó ver lágrimas en sus ojos.

—Era lo único que podía hacer, cariño —le dijo.

—Lo sé —murmuró Bria, intentando sonreírle—. Pero que te ataquen cuando estás tratando de ayudarles resulta bastante difícil de soportar.

Han intentó consolarla dándole unas palmaditas en el hombro. Bria cogió su comunicador en respuesta al trino de llamada del Mando de Asalto, y un instante después oyeron la identificación:

—Aquí Arco Iris Uno...

Un minuto entero transcurrió con terrible lentitud. Bria indicó a sus tropas que se desplegaran detrás de ella, y entonces el canal de comunicaciones volvió a hablar.

—Arco Iris Uno, aquí Azul Uno —dijo una voz exteriormente tranquila que contenía una corriente oculta de tensión casi imperceptible—. ¡Necesito un poco de ayuda!

—Informe sobre su situación, Azul Uno —replicó la voz de Blevon sin inmutarse.

—Hemos sufrido un treinta por ciento de bajas, y nos mantienen inmovilizados con desintegradores de repetición. Hay por lo menos dos de ellos, y uno está en el

almacén y el otro en el dormitorio. Necesito a Blanco Uno.

—Azul Uno, aquí Blanco Uno. Puedo enviarte dos pelotones en tres minutos. ¿Dónde quieres que los deje?

—¿Por qué no tomas el almacén? Deja a un pelotón en el norte, exactamente en el lado sur de la Colina Tres-Uno. Deposita al otro en la jungla hacia el este, y atácalos desde el flanco. Yo tomaré el dormitorio.

—Me parece una buena idea, Azul Uno. Aquí Blanco Uno, cambio y corto.

—Aquí Azul Uno, cambio y corto.

Bria volvió la cabeza hacia el turboláser. Los primeros destellos del amanecer estaban empezando a iluminar el cielo.

—Jace debería iniciar el avance en cualquier momento...

Como si sus palabras hubieran sido una señal, los alrededores del turboláser se convinieron en un estallido de haces desintegradores, gritos, alaridos y los sonidos de por lo menos dos granadas siendo lanzadas. Una serie de explosiones hizo vibrar el aire.

Bria dejó transcurrir unos cuantos segundos llenos de tensión antes de activar su comunicador.

—¡Grupo Dos, informen! ¿Habéis logrado pasar? ¿Cuál es la situación del objetivo?

No hubo contestación. Han y Chewie intercambiaron una mirada cargada de preocupación mientras buscaban refugio detrás de la factoría de brillestim. Uno de los hombres de Bria fue corriendo hacia ellos desde la parte trasera del edificio.

—Todo en orden, comandante. He pedido un equipo de demolición.

Bria asintió.

—Buen trabajo, Sk'kot. Grupo Dos, aquí Líder de la Mano Roja. Informen, por favor. ¿Qué está ocurriendo?

Hubo silencio durante diez interminables latidos del corazón, y después oyeron el repentino chasquido del canal.

—Líder de la Mano Roja, aquí Grupo Dos. —Era la voz de Jace Paol. Los soldados inmóviles alrededor de Han y Chewie sonrieron y dejaron escapar un suave coro de vítores—. El objetivo ha sido tomado, pero hemos sufrido unas cuantas bajas. Enviad a los médicos.

Bria se apresuró a solicitar ayuda para el Grupo Dos, y luego llamó a la lanzadera de los médicos para informarles de que ya podían poner rumbo hacia el recinto sin correr peligro.

—¿Qué tal le va al Grupo Ocho, togorianos? —preguntó después. La voz que surgió del comunicador hablaba el básico con bastante acento, pero podía ser entendida sin dificultad.

—Aquí Mrrov. El edificio ya casi está tomado, Bria, pero vamos a tener que

registrar la jungla en busca de francotiradores. Algunos de los guardias consiguieron huir. Hay algunas naves en las pistas de descenso: la mayoría son lanzaderas pequeñas, pero hay una bastante grande. Las mantenemos bajo vigilancia. Es posible que algunos de los guardias intenten escapar.

Bria volvió a hablar por el comunicador.

—Excelente, Mrrov. Apuesto a que esos gamorreanos os duraron muy poco.

Mrrov respondió con una risa-gruñido lleno de diversión.

Bria cambió los canales con el tiempo justo de oír una nueva comunicación.

—Rojo Uno, aquí Arco Iris Uno. Informe sobre su situación.

Bria acababa de abrir la boca para replicar cuando un estallido de fuego desintegrador dirigido contra ellos surgió del centro del recinto. Bria, Han, Chewie y los otros miembros del grupo se apresuraron a pegarse a la pared. Han escupió el barro que se le había metido en la boca, y deseó poder lavársela con un poco del agua de la cantimplora que colgaba de su cadera. Pero no se atrevía a correr el riesgo de moverse.

—¡Cubridme! —gritó Bria por encima de su hombro, y después empezó a avanzar lentamente.

Han y Chewie ya estaban detrás de ella. Los haces desintegradores empezaron a deslizarse por encima de sus cabezas.

Bria se volvió, miró hacia atrás y vio a Han.

—¡Quédate donde estabas! —siseó—. ¡Puedo resolver este problema yo sola!

—Ya sé que puedes hacerlo —replicó Han—. ¡Sólo quiero ver cómo lo haces!

Por primera vez desde que la conocía, Han la oyó maldecir. Bria alzó su rifle desintegrado, apuntó cuidadosamente y luego, cuando el objetivo apareció detrás de un vehículo, disparó una rápida salva de haces.

El centinela cayó al suelo y se quedó inmóvil.

—¡Buen tiro! —dijo Han, y aplaudió.

Los dos volvieron corriendo al refugio que habían buscado sus tropas. Bria localizó el comunicador que había dejado caer al suelo y lo recogió.

—Rojo Uno, aquí Arco Iris Uno. Informad sobre vuestra situación. La voz de Blevon seguía sonando firme y tranquila.

Bria también estaba tranquila, pero se hallaba un poco cansada. —Aquí Rojo Uno. El turboláser ha quedado fuera de combate, y hemos tomado la mayoría de las factorías. En estos momentos estamos atacando el almacén y el dormitorio. Todo debería haber acabado en unos diez minutos.

—Entendido, Rojo Uno. ¿Necesitaréis a Blanco Uno?

—No lo creo, Arco Iris Uno. Los estamos venciendo.

—Arco Iris Uno recibiendo.

Todos esperaron, aguzando el oído en un tenso silencio. Y de repente...

—Arco Iris Uno, aquí Oro Uno. El objetivo ha sido tomado.

—Aquí Arco Iris Uno: entendido.

Un minuto después llegó otro mensaje.

—Arco Iris Uno, aquí Naranja Uno. El objetivo acaba de ser tomado.

—Aquí Arco Iris Uno: entendido.

El resto de comandantes fueron informando uno a uno, salvo desde la Colonia Tres. A esas alturas, Bria ya había establecido contacto con toda su gente.

—Arco Iris Uno, aquí Rojo Uno —dijo—. El objetivo de esta zona se encuentra bajo control.

—Entendido, Arco Iris Uno.

—Todavía no sabemos nada de la Colonia Tres —dijo Bria con voz llena de preocupación—. Son los que necesitan más apoyo. Espero que todo esté yendo bien...

Como en respuesta a su preocupación, otra voz surgió del comunicados.

—Arco Iris Uno, aquí Blanco Uno informando desde la Colonia Tres. El objetivo ha sido tomado.

—Recibido, Blanco Uno —dijo Blevon—. ¿Dónde está Azul Uno?

—Ha muerto —replicó la nueva voz.

Bria alzó la mirada.

—Bien, se acabó. Ylesia es totalmente nuestra, caballeros, salvo por las últimas operaciones de limpieza. Vamos a llamar a esas naves.

Han se volvió hacia Chewbacca y llamó al wookiee con un gesto de la mano.

—Necesito que hagas algo ahora mismo, Chewie —dijo.

—¿Arhhhhnnn?

—Hemos tomado esta zona, pero tengo la impresión de que a Muuurgh y Mrrov no les vendría nada mal disponer de un poco de ayuda en el Edificio Administrativo..., que es donde se encuentra la Sala de los Tesoros. Quiero que te asegures de que han tomado el edificio, y que les eches una mano si ves que lo necesitan. Tu visión nocturna es casi tan buena como la de un togoriano, y si están persiguiendo a algunos de esos guardias a través de la jungla, podrías serles de gran ayuda..., y lo sabes.

—¡Hrrrrrhhhhhh!

Chewbacca, como de costumbre, reaccionaba con bastante irritación ante todo lo que pudiera obligarle a separarse de su socio.

—¡Oh, vamos! —exclamó Han—. ¡Me preocupa que alguno de esos guardias pueda entrar en la sala y empezar a robar la colección de obras de arte de Teroenza! Esas joyas son nuestras, ¿recuerdas?

Chewie gruñó, pero su resistencia se estaba debilitando.

—Escúchame bien, bola de pelos, porque no tengo tiempo para discutir —dijo secamente Han—. Confío en Muuurgh y Mrrov, pero no conozco a esos otros

togorianos y lo único que haría falta es un guardia un poco más listo que consiguiera entrar en la sala. Así pues, ayuda a Muuurgh y Mrrov a tomar el objetivo, asegúrate de que la Sala de los Tesoros sigue cerrada y vuelve inmediatamente. No deberías necesitar más de media hora. Te acuerdas de dónde quedaba la Sala de los Tesoros en ese plano que te dibujé?

—Hrrrrrrnnnnnnnn...

—Estupendo. Y ahora, mueve tu peludo trasero.

Chewbacca no había quedado del todo convencido, pero se fue sin más protestas.

Las naves ya estaban cayendo del cielo teñido de rosa como una lluvia metálica, y se iban posando en el centro del recinto

Han estaba tomando un sorbo de agua de su cantimplora cuando una silueta corrió hacia él. Han se subió los anteojos, intentó ver con más claridad bajo la tenue luz que precedía al amanecer y comprendió que era Lando. Han supo que algo iba mal incluso antes de ver la cara del jugador, y echó a correr hacia su amigo.

—Han... Es Jarik. Le han dado... No sobrevivirá, y te está llamando.

—¡Maldición!

Los dos echaron a correr.

Lando llevó a Han hasta el centro de ayuda de emergencia que habían instalado los médicos y señaló una camilla. Han fue hasta ella, bajó la mirada y reconoció la revuelta cabellera de Jarik..., y eso fue prácticamente todo cuanto pudo identificar. El rostro del joven había quedado convertido en un horror quemado y enrojecido. Al principio Han pensó que ya había muerto, pero un instante después vio que Jarik todavía respiraba. El corelliano alzó la cabeza para dirigir una mirada llena de esperanza al miembro del personal médico más cercano. La médico, una alderaaniana, meneó la cabeza con expresión ensombrecida y murmuró un «Lo siento» casi inaudible.

—Eh, Jarik... ¿Puedes oírme? —Han tomó la sucia mano del joven entre sus dedos y la apretó con firmeza—. Chico... Soy yo, Han...

A Jarik apenas le quedaban párpados, y Han sabía que debía de estar ciego. Pero su cabeza se volvió ligeramente hacia el corelliano, y sus labios se movieron.

—Han...

—No intentes hablar. Te pondrás bien, ¿sabes? Te meterán dentro de un tanque bacta, y antes de que puedas darte cuenta ya estarás persiguiendo chicas y liquidando imperiales.

Hubo una hebra casi imperceptible de aire exhalado, y Han la reconoció como el fantasma de una risa.

—Mentiroso... Han... He de... decirte una... cosa...

Han tragó saliva.

—¿Sí? Te escucho...

—Mi nombre... No es... No me llamo Solo. Te mentí.

Han carraspeó.

—Sí, chico, ya lo sé. No importa. Tienes derecho a usar ese apellido. En lo que a mí concierne, te lo ganaste hace mucho tiempo. —¿Lo... sabías?

—Claro. Lo he sabido desde el principio, Jarik.

Los flácidos dedos se tensaron durante una fracción de segundo, y luego aflojaron su presa. Han se inclinó sobre el chico, le buscó el pulso y después le soltó la mano y se incorporó. Le escocían los ojos, y necesitó unos segundos para recuperar el control de sí mismo. La médico pasó junto a él, y Han la agarró de la manga.

—Ha muerto. ¿Dónde está su identificación?

La médico le entregó un miniordenador. Han lo cogió y luego tecleó «Jarik Solo» debajo del campo «nombre del fallecido».

La médico pidió ayuda, y dos androides de carga avanzaron lentamente hacia ella. Han contempló cómo envolvían eficientemente al joven muerto en la sábana y luego lo llevaban hacia la hilera de cadáveres ordenadamente extendida encima del suelo.

Antes de que pudiera girar sobre sus talones, ya estaban trayendo otra camilla con una rebelde herida.

—Agua... —graznó la mujer, y Han cogió su cantimplora.

—Te pondrás bien —le dijo mientras la ayudaba a beber—. No te preocupes.

La mujer bebió ávidamente.

—Gracias... —murmuró, y volvió a derrumbarse sobre la camilla.

—Oh, de nada —dijo Han—. ¿Cómo te llamas?

—Lyndelah Jenwald... —dijo la mujer, y torció el gesto—. El brazo... Me duele...

—Enseguida te atenderemos —le prometió Han, y fue en busca de un médico.

En cuanto se hubo asegurado de que Jenwald estaba recibiendo la atención que necesitaba, Han salió del centro de ayuda médica y se reunió con Lando, quien le lanzó una mirada llena de tristeza.

—Lo siento, Han. Intenté cuidar de él, pero lanzaron una granada y tuve que arrojarme al suelo, y antes de que pudiera darme cuenta...

El jugador se interrumpió y meneó la cabeza.

Han asintió.

—Ya sé cómo son estas cosas. No había nada que pudieras hacer, Lando. No te tortures. —Han respiró hondo—. Era un buen chico. —Sí, y...

Lando se calló cuando los dos humanos oyeron un rugido familiar. Han se despidió de Lando con un apresurado vaivén de la mano y se alejó corriendo del centro de ayuda médica para reunirse con Chewbacca.

El wookiee, viendo que Han estaba ileso, le agarró por el hombro y le revolvió los cabellos en el típico saludo de su raza. Han respiró hondo antes de hablar.

—Chewie, amigo... Tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? —dijo—. Jarik ha muerto.



El wookie le contempló en silencio durante unos momentos, y después echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un ensordecedor rugido en el que la rabia se mezclaba con la pena. Han, aunque en silencio, se unió al dolor de su amigo.

Chewbacca tiró de Han y empezó a agitar las manos mientras emitía enfáticos gruñidos.

—¿Mrrov? —preguntó Han—. ¿La han herido? ¿Se recuperará? Chewie no estaba seguro, pero así lo creía.

—He de encontrar a Muuurgh —dijo Han—. Te diré lo que vamos a hacer, Chewie: ve al Halcón, y llévalo hasta esa pista que hay al lado del Edificio Administrativo. Entonces estaremos listos para iniciar la operación de carga.

Chewie asintió y se alejó a largas zancadas. En cuestión de momentos su alta silueta se perdió de vista entre las tropas que trataban de avanzar y que esquivaban el fuego enemigo deslizándose por entre las lanzaderas estacionadas y los cargueros.

Han intentó localizar a Lando, pero su amigo había desaparecido. Volvió al centro de ayuda médica y preguntó dónde estaban atendiendo a los togorianos. El médico al que interrogó no lo sabía. Han tuvo que hacer tres intentos para averiguarlo.

Finalmente, le enviaron a otro puesto de ayuda auxiliar en el que estaban tratando a la mayoría de los no-humanoides. Han vio una enorme silueta negra de Muuurgh agazapada sobre un catre, y fue corriendo hacia ella.

—¡Eh, Muuurgh!

El togoriano se volvió al oír la voz de Han, y después se levantó de un salto y abrazó al corelliano.

—Muuurgh se alegra de ver a Han Solo. Ahora se nos están llevando, y Muuurgh no deseaba irse sin poder dar la despedida.

Han bajó la mirada hacia Mrrov. Un vendaje cubría la mitad de su cabeza.

—¿Qué ocurrió?

—Muuurgh y Mrrov estaban de guardia en la pista de descenso, y tres gamorreanos nos atacaron. Mrrov sufrió dos heridas de una lanza de energía antes de que Muuurgh le abriese la garganta a su atacante.

—Oh, amigo... Lo siento muchísimo —dijo Han—. Se pondrá bien, ¿verdad?

—Ha perdido el ojo —dijo Muuurgh—. Y el médico dice que tal vez tengan que amputarle la mano. No lo sabe, pero Mrrov vivirá. Y se enorgullecerá de saber que los esclavos son libres y que los sacerdotes han muerto.

Han asintió, y no se le ocurrió nada más que decir. Unos enfermeros fueron hacia ellos con una camilla antigravitatoria y colocaron a la togoriana herida encima de ella. Han acompañó a Muuurgh hasta la lanzadera médica, vio cómo Mrrov era introducida en el compartimiento de pasaje y después se despidió de Muuurgh con un último y silencioso abrazo.

Después de haber visto despegar a la lanzadera, Han volvió al gran almacén de

especia, pensando que sería allí donde encontraría a Bria. Vio pasar a Jace Paol, y le preguntó al teniente dónde estaba Bria. Pad señaló el dormitorio de los peregrinos con un pulgar. Han echó a correr en esa dirección, y luego se detuvo a medio camino entre el almacén y el dormitorio.

Un contingente de tropas rebeldes estaba sacando a los peregrinos del dormitorio, y resultaba evidente que los esclavos asustados y perplejos se hallaban al borde del pánico. Bria se plantó delante de ellos con un micrófono en la mano.

—¡Escuchadme! —les dijo—. ¡Todos los sacerdotes han muerto! ¡Ahora sois libres, y hemos venido a ayudaros!

—¡Ellos han matado a los sacerdotes! —gritó un anciano, y empezó a sollozar.

Un coro de gemidos y quejidos hizo vibrar el aire.

—¡Entrad en esas lanzaderas, deprisa! —dijo Bria—. Disponemos de médicos y de medicinas que os ayudarán a sentiros mejor. ¡Podemos curaros!

La agitación de la multitud se estaba volviendo cada vez más violenta. «Unos momentos más y vamos a tener un auténtico motín pensó Han con inquietud. Resultaba obvio que Bria no estaba consiguiendo hacerse escuchar».

—¡Queremos la Exultación! —gritó un peregrino, y un instante después todos estaban cantando y alzando los puños hacia el cielo—. ¡Queremos la Exultación!

Bria señaló las lanzaderas.

—¡Subid a las lanzaderas! ¡Os ayudaremos!

—¡Queremos la Exultación!

La multitud empezó a avanzar y Bria, poniendo cara de disgusto, hizo una señal a sus tropas. Los soldados abrieron fuego con sus armas ajustadas en el nivel de aturdimiento, y los peregrinos empezaron a desplomarse.

El cuerpo de Han, que había recibido unas cuantas descargas aturdidoras a lo largo de su vida, vibró en un estremecimiento de simpatía dirigida hacia los peregrinos, y se sintió un poco perplejo ante la implacabilidad de Bria, que se había limitado a ordenar a sus tropas que dispararan contra los esclavos.

Pero acabó decidiendo que comentarlo no serviría de gran cosa. Mientras permanecía paralizado por la vacilación, viendo cómo los androides de carga empezaban a introducir flácidos cuerpos de peregrinos en las lanzaderas, Bria giró sobre sus talones y le vio.

Han la saludó con la mano, y Bria corrió hacia él. Han la estrechó entre sus brazos, dominado por el inmenso alivio de ver que los dos habían conseguido sobrevivir.

—¿Y Jarik? —preguntó Bria.

Han meneó la cabeza.

—No —dijo—. No lo conseguí.

—Oh, Han... ¡Lo siento tanto!

Han la rodeó con los brazos, la besó y sintió cómo Bria le devolvía el beso. Los dos permanecieron inmóviles, estrechamente abrazados en el centro del caos.

Bria acabó apartándose de él.

—Debemos ir hacia el Edificio Administrativo —dijo—. Tenemos que entrar en la Sala de los Tesoros.

Han asintió.

—Chewie ya habrá llevado el Halcón allí y lo tendrá preparado para cargar las bodegas —dijo, mirando a su alrededor. El sol ya había empezado a subir por el cielo, y la escena que se extendía ante él era un caos organizado con tropas rebeldes por todas partes. Bria le tiró del brazo, pero Han no se movió—. ¿Dónde está Lando? —preguntó—. Hace unos minutos estaba aquí... ¿Ha ido a recoger su parte de la especia?

—¡Vamos! —le apremió Bria.

Han volvió la mirada hacia el almacén, pensando que Lando probablemente estaría allí, esperando para recibir su parte. Le vio y dio un paso hacia el almacén, pero Bria tiró ferozmente de él.

—¡No! ¡Vamos, Han! ¡Tenemos que irnos!

Han entrecerró los ojos.

—Aquí está pasando algo muy raro —dijo.

Podía ver a Lando, y a Kaj Nedmar, Arly Bron y cinco o seis capitanes contrabandistas inmóviles junto a la puerta abierta del almacén. Ninguno de ellos hacía nada, y se limitaban a permanecer inmóviles. Han miró a Lando y Lando le devolvió la mirada, pero el jugador no se movió.

—¡Vamos, Han!

Han echó a andar hacia el almacén, pero un instante después la sorpresa y la consternación lo dejaron paralizado. Por fin podía ver lo que había junto a la puerta, cubriendo a los contrabandistas: era un desintegrador pesado de repetición instalado sobre su trípode, con un soldado rebelde inmóvil detrás de él. Apostados a intervalos, había tres guardias rebeldes más..., todos apuntando a los contrabandistas con sus armas.

—¿Qué infiernos está pasando aquí? —preguntó, volviéndose para encararse con Bria—. ¿Qué estás haciendo?

Bria se mordió el labio.

—Esperaba que no lo descubrirías —dijo—. Habría resultado mucho más fácil, Han. Anoche recibí mis órdenes. Se está preparando algo realmente serio, y necesitamos hasta el último crédito que podamos reunir. Todo el mundo tendrá que hacer ciertos sacrificios. Los capitanes contrabandistas van a ser retenidos como rehenes durante algún tiempo. Sus tripulaciones podrán llevarse la especia no procesada..., pero nosotros tenemos que llevarnos toda la materia de primera calidad.

La necesitamos, Han. Lo siento, pero no tengo elección.

Han se quedó boquiabierto, y lanzó una rápida mirada por encima del hombro para ver que los otros contrabandistas le estaban mirando fijamente. «¡Oh, maldición! —pensó—. ¡Creen que he estado metido en esto desde el principio!».

¿Qué podía hacer? ¿Renunciar a su parte de la Sala de los Tesoros, para demostrar que estaba de parte de los contrabandistas? Si sus posiciones se invirtieran, Han sabía que la mayoría de ellos no levantarían ni un dedo para ayudarle. Y además... Bueno, después de todo apenas si los conocía.

Salvo a Lando, naturalmente...

Han meneó la cabeza y miró a Bria.

—¿Por qué no me contaste lo que habías planeado hacer, cariño?

—Porque nunca lo habrías aceptado —dijo Bria.

—Pero Lando es mi amigo. —Han se encogió de hombros—. Los demás... Bueno, apenas si los conozco, pero Lando...

—Oh, vamos —dijo Bria—. Tu parte de la Sala de los Tesoros es tuya para que hagas lo que te plazca con ella. Si te sientes mal, dale su parte a Lando luego.

Han reflexionó durante unos momentos, y luego acabó suspirando. «Te compensaré de alguna manera, Lando», se dijo. El corelliano se permitió un encogimiento de hombros mental mientras se alejaba con Bria, dejando a los contrabandistas a su espalda. «Esto no me gusta nada... Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?».

Han pensó que era una suerte que Chewie no estuviera allí. El wookiee tenía una conciencia excesivamente activa...

Cuando Han y Bria llegaron al Edificio Administrativo, encontraron a Chewie esperándoles y al Halcón posado sobre la pista. Chewie quiso saber dónde estaba Lando, y Han titubeó antes de responder.

—Va a volver con Arly —dijo pasados unos segundos. Afortunadamente, Chewie estaba demasiado ocupado con la Sala de los Tesoros para percibir la visible incomodidad de Han.

Han había cogido un pequeño detonador térmico del arsenal rebelde, y unos instantes bastaron para volar la puerta.

Entró en la sala, y lo que vio le dejó paralizado de estupor. La mayoría de los estantes ya se hallaban vacíos.

—¿Qué demonios...?

—¡Teroenza debía de estar preparándose para huir! —exclamó Bria, señalando con un dedo—. ¡Mira, Han! ¡Los tesoros ya están embalados y esperándonos!

La gran puerta de carga trasera de la Sala de los Tesoros estaba entornada, como si una parte del tesoro ya hubiera sido cargada..., pero Han no vio una nave ahí fuera. Pensó que Teroenza habría llamado a una nave, pero que había sido presa de los

asesinos durante las matanzas del día anterior.

—¡De acuerdo! —gritó, e hizo girar a Bria en un improvisado paso de baile—. ¡Gracias, Teroenza!

Le dio un corto pero apasionado beso, y después se volvió hacia las cajas llenas de botín.

—Bien, vamos a necesitar una plataforma elevadora —dijo—. Hay una a bordo del Halcón. Chewie, tendrás que...

—No te muevas, Solo —dijo una voz surgida del pasado.

Han se quedó totalmente inmóvil mientras Teroenza surgía de su escondite detrás de la fuente de jade blanco. El Gran Sacerdote empuñaba un rifle desintegrador, y sus ojos ardían con un brillo salvaje que indicó a Han que esta vez las palabras no le iban a servir de nada.

—Manos arriba —ordenó el sacerdote.

Han, Chewie y Bria levantaron las manos. Han miró a los demás, pensando a toda velocidad en un frenético intento de encontrar una forma de salir de aquel lío. Pero Teroenza los tenía cubiertos.

—Voy a disfrutar con esto, Bria Tharen y Han Solo —dijo Teroenza—. He llamado a un piloto, y vendrá a recogerme desde la Colonia Cuatro. Por fin me veré libre de este mundo infernal..., y tendré mi tesoro. Echaré de menos a mi compañera, pero en conjunto no habré salido tan mal librado. Quizá Desilijic pueda utilizar mis servicios...

—Eh, Jabba es amigo mío —dijo Han—. Si me matas, se lo tomará bastante mal. Teroenza dejó escapar una risita jadeante.

—Los hutts no tienen amigos —dijo—. Adiós, Solo.

Dirigiendo el desintegrador hacia Han, el dedito gordezuelo de Teroenza empezó a curvarse sobre el gatillo.

Han cerró los ojos. Oyó el quejumbroso gemido del desintegrados...

... y no sintió nada, ni dolor ni una oleada de calor abrasador.

Después de un momento interminable, Han oyó cómo un cuerpo caía al suelo con un potente golpe sordo.

«¡Le ha pegado un tiro a Bria en vez de a mí!», pensó, y abrió los ojos.

Pero el cuerpo caído en el suelo era el de Teroenza. Había un enorme agujero allí donde había estado el bulboso ojo izquierdo del sacerdote.

Han lo contempló con incredulidad, preguntándose si se había vuelto loco y se estaría imaginando todo aquello. «¿Qué está pasando?»

Bria dejó escapar un jadeo ahogado junto a él.

Han vio cómo Boba Fett surgía de un rincón de la sala sumido en la penumbra, el rifle desintegrador sostenido en los brazos.

«¡Oh, estupendo! —pensó—. ¡Ahora Fett nos matará a todos!»

El cazador de recompensas los mantuvo a todos cubiertos con su arma mientras avanzaba hacia el enorme cuerpo de Teroenza, y luego hincó una rodilla en el suelo. Manteniéndolos cubiertos con el rifle desintegrador sostenido por una sola mano, Fett empezó a usar una hoja vibratoria con la otra. El pequeño instrumento zumbó, abriéndose paso con gran facilidad a través de la carne y el hueso mientras Fett cortaba cuidadosamente el cuerno de Teroenza.

Han estaba tan perplejo que la cabeza le daba vueltas.

Y finalmente el cazador de recompensas volvió a levantarse, y después empezó a retroceder lentamente con el horrible trofeo sujeto debajo de un brazo.

Han no pudo contenerse.

—¿Te vas? —balbuceó.

¿Había una tenue sombra de diversión en la voz mecánica de Boba Fett? Han no consiguió decidir si realmente existía o sólo eran imaginaciones suyas.

—Exacto —dijo el cazador de recompensas—. El sacerdote es una recompensa de prioridad. No he venido hasta aquí por vosotros.

Y después de haber llegado a la abertura de la pared, Boba Fett retrocedió a través de ella y se desvaneció tan súbitamente como había aparecido.

Han se quedó boquiabierto y se sintió casi mareado de puro alivio.

—¡Bria! —chilló, y volvió a abrazada.

Los tres empezaron a gritar, y luego lo estuvieron celebrando durante un momento interminable en la Sala de los Tesoros desierta.

Han fue al Halcón para coger la plataforma repulsora. Cuando volvió, dedicaron varios minutos a organizar las cajas para que la operación de carga resultara lo más eficiente posible.

De repente una lanzadera de asalto rebelde se posó sobre el permacreto junto al Halcón. Han, muy sorprendido, se volvió hacia la nave para ver cómo Jace Paol y un pelotón de rebeldes desembarcaban de ella.

—Bria... —dijo—. Eh, ¿qué está ocurriendo? Este es nuestro tesoro. Vamos a llevárnoslo, y nos vamos a ir en el Halcón..., ¿verdad? Juntos..., ¿verdad?

Han la miró fijamente y Bria le devolvió la mirada, se mordió el labio y no respondió. Han sintió cómo un gélido nudo de tensión se iba extendiendo por su estómago.

—Bria., Cariño... Me lo prometiste, ¿recuerdas? Estaríamos juntos, ¿no? Siempre... —Tragó saliva—. Bria.,.

Chewie dejó escapar un rugido lleno de rabia y frustración, y de repente el desintegrador estaba en la mano de Bria, apuntándolos. —Tenemos que hablar, Han —murmuró Bria.

# Capítulo 15

## La última travesía de Kessel

Han, sin entender nada, clavó los ojos en el desintegrador que empuñaba Bria.

—¿Qué estás haciendo, cariño?

—Lo necesito todo, Han —dijo Bria—. No para mí, sino para la Resistencia...

Después hizo una seña a los rebeldes y éstos avanzaron, cogieron la plataforma elevadora de repulsión de Han y empezaron a amontonar cajas encima de ella.

Han contemplo con incredulidad cómo el primer cargamento de tesoros salía por la puerta.

—No puedes hacer esto, Bria —dijo con voz enronquecida—. Esto no puede estar ocurriendo. Sólo... Sólo estás intentando tomarme el pelo, ¿verdad?

—Lo siento, Han —dijo Bria—. He de llevármelo todo. Necesito todo lo que mis equipos puedan recuperar de este condenado planeta: toda la especia procesada, todas las armas, todos los tesoros... Ya sé que no es justo, pero he de hacerlo.

—¿Y los otros comandantes rebeldes también han hecho esto, Bria?— preguntó Han.

—No que yo sepa —replicó ella—. Pero fui yo quien recibió la comunicación anoche, Han. Los de inteligencia han descubierto que el Imperio ha puesto en marcha un proyecto muy importante..., y hablo de algo realmente grande. Es tan grande que el destino de mundos enteros podría depender de él. Tenemos que averiguar qué es lo que están tramando, y eso exigirá montones de créditos. Para sobornos, vigilancia, tropas... Espero que lo que hemos conseguido en Ylesia sea suficiente.

Han se humedeció los labios.

—Creía que me amabas. Dijiste que me amabas...

Otro cargamento salió por la puerta. Han lo siguió con la mirada, sintiendo deseos de echarse a gemir. Chewie lo hizo.

Bria suspiró y meneó la cabeza.

—Sí, te amo —murmuró—. Quiero que siempre estemos juntos. Ven conmigo, Han... Ahora ya no puedes regresar a Nar Shaddaa. Ven conmigo y lucharemos contra el Imperio juntos. Tú, yo y Chewie... Formaremos un gran equipo. Todos tenemos que hacer sacrificios, y nosotros haremos el nuestro renunciando al tesoro. No pensarás que me voy a quedar ni una sola pieza de la colección de Teroenza para mí, ¿verdad?

Han meneó la cabeza, y cuando volvió a hablar su voz estaba llena de amargura.

—No, Bria, no pienso eso. No lo he pensado ni por un momento.

—Tragó aire con un jadeo entrecortado—. Bria... Yo te amaba. Una mueca de angustia convulsionó el rostro de Bria cuando le oyó utilizar el pretérito verbal.

—¡Han, te amo! ¡De veras! Pero no puedo permitir que lo que siento por ti ponga en peligro la supervivencia de la Alianza Rebelde. ¡Esta incursión era una prueba, y la hemos superado! ¡Ahora los otros grupos del movimiento de resistencia comprenderán que somos capaces de conseguir lo que nos proponemos! Hemos tomado un planeta entero, Han... ¡Sé que esta incursión va a formar parte de la historia rebelde!

—Oh, sí: será recordada como la incursión en la que Bria Tharen traicionó a muchas personas que confiaban en ella, incluyendo al tipo que afirmaba amar.

Las lágrimas inundaron los ojos de Bria y empezaron a deslizarse por su rostro. Los soldados se estaban disponiendo a sacar otra carga de tesoros por la puerta, y Bria se apartó un par de pasos para no estorbarles.

—Han... Por favor, por favor... Ven conmigo. Eres un líder nato. No tienes por qué vivir como un criminal. ¡En la Alianza Rebelde podrías ser un oficial, y nos pagan! No mucho, pero sí un poco, lo suficiente para poder vivir... ¡Por favor, Han!

Han la miró sin decir nada. El llanto de Bria se había vuelto tan desesperado que Jace Paol fue hacia ella y le quitó el desintegrador de la mano.

—Vamos a sacar las últimas cajas, comandante.

Bria asintió y después trató de recuperar el control de sí misma, y se limpió los ojos con la manga.

—Por favor, Han... Puedo entender que ahora estés demasiado furioso. Sólo te pido que..., que me envíes un mensaje. Jabba sabe cómo ponerse en contacto conmigo. Por favor, Han...

—Te enviaré un mensaje —dijo Han—. ¿Te acuerdas de todo lo que te dije aquella noche en el Luz Azul? Bien, pues todo era verdad, y fui un idiota por confiar en ti. —Metió la mano en un bolsillo interior y sacó de él una pequeña bolsa que contenía una hojita de plastipapel—. Supongo que la reconoces, ¿verdad?

Bria la miró, dio un paso hacia él y luego retrocedió, el rostro muy pálido.

—Sí...

—Bueno, pues soy tan estúpido que la he llevado conmigo de un lado a otro durante todos estos años —casi rugió Han—. Pero a partir de hoy las mujeres ya no podrán engañarme, hermana. Ninguna mujer volverá a conseguir que crea en ella..., nunca.

Han fue rompiendo la hojita en trocitos minúsculos con deliberada lentitud, y después permitió que se deslizaran por entre sus dedos y se esparcieran sobre el suelo.

—Será mejor que subas a tu nave y salgas de aquí mientras todavía puedes hacerlo, Bria. Si vuelvo a verte alguna vez, dispararé sin avisar.

Bria le contempló en silencio, paralizada por el horror y la perplejidad, hasta que Jace Paol la cogió del brazo.



—Ya hemos terminado la operación de carga, comandante.

—Comprendo —dijo Bria con un tembloroso hilo de voz—. Han... Lo siento. Siempre te querré. Siempre... Nunca ha habido nadie más que tú, y nunca habrá nadie más. Lo siento...

Paol le rodeó los hombros con el brazo y después volvió la cabeza hacia Han.

—Te he dejado una caja y tu elevador, Solo. Te aconsejo que no pierdas el tiempo aquí. Las cargas estallarán dentro de treinta minutos.

Después Paol retrocedió lentamente hacia la puerta, manteniendo su desintegrador apuntado hacia Han y Chewie. Los rebeldes agrupados junto a la lanzadera también mantuvieron cubiertos al corelliano y al wookiee.

Han siguió inmóvil y en silencio mientras la lanzadera rebelde despegaba.

Cuando se hubo ido, hizo una larga y profunda inspiración de aire y sintió una punzada de dolor. La repitió, y volvió a sentir la misma punzada. Los ojos le ardían, pero se mordió el labio hasta que el dolor le permitió recuperar el control de sí mismo.

—Sabías que éste ha sido un gran día, Chewie?

Chewie emitió un gruñido lleno de simpatía y de pena.

—Bien, tenemos que movernos —dijo Han—. Te diré lo que vamos a hacer: date un paseo por el recinto sin perder de vista el cronómetro, chico. Puede que se les hayan caído algunos recipientes de brillestim o algo por el estilo... Yo echaré un vistazo a los aposentos de Teroenza, Creo que tenía algunos objetos de valor guardados ahí dentro. Vuelve a reunirme conmigo aquí dentro de diecisiete minutos, amigo.

—¡Hrrrrnnnnngggggghhhhhh!

El wookiee se fue a la carrera.

Han examinó la sala del tesoro y los aposentos de Teroenza, encontrando unas cuantas cosas de valor y a un sollozante Ganar Tos. Han contempló al anciano humanoide con impasible frialdad.

—Considérate afortunado por no haber llegado a casarte con ella —dijo—. Y ahora sal de aquí, Tos. Este edificio va a estallar dentro de quince minutos.

El viejo zisiano salió por la puerta como un insecto asustado, Han dejó escapar un resoplido de disgusto y saqueó los aposentos.

Cuando llevó un saco lleno de pequeñas obras de arte al Halcón, Han miró a su alrededor en busca de Chewie. «Date prisa, bola de pelos», pensó.

Entró en la nave para conectar los sistemas de energía, y un instante después oyó el rugido de Chewie. El wookiee le estaba pidiendo que saliera de la nave para que viese lo que había encontrado.

El corazón de Han empezó a latir más deprisa. «Una caja de recipientes de brillestim!», pensó.

Salió corriendo de la nave..., para detenerse en seco, frenado por la confusión. Chewbacca le estaba esperando con un grupo de niños de ojos enormes, cuerpos flacos, mejillas hundidas y rostros llenos de miedo. El wookie llevaba en brazos al más pequeño de los mocosos. Los otros ocho parecían tener entre cuatro y doce años.

Han clavó los ojos en ellos.

—¿Qué es esto? ¿De dónde demonios han salido?

Chewbacca le explicó que había estado registrando los edificios desiertos cuando de repente oyó sollozos procedentes de un sótano situado detrás de los dormitorios. Al parecer aquellos niños eran hijos de algunos de los peregrinos, y después de la incursión habían sido olvidados por sus progenitores adictos a la Exultación.

Todos los niños eran humanos, y Han supuso que debían de ser corellianos.

—¡Chewie! —casi gimió—. ¡Se suponía que tenías que encontrar algo valioso!

Chewbacca, muy indignado, observó que los niños eran valiosos. —Sólo si los vendemos como esclavos —gruñó Han.

El labio superior del wookie se tensó, y su boca dejó escapar un salvaje gruñido.

Han alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo... ¡Sólo estaba bromeando! ¡Ya sabes que nunca me dedicaré al tráfico de esclavos! Pero ¿qué vamos a hacer con ellos?

Chewbacca observó que dado que los edificios iban a estallar en menos de cinco minutos, aquél no era un buen momento para discutir acerca del mejor curso de acción.

Han frunció el ceño.

—De acuerdo, chicos. Subid a bordo. Venga, venga... Supongo que ya encontraré algunas raciones de emergencia tiradas por ahí.

Dos minutos después el Halcón despegó, y Han trazó un círculo alrededor de la colonia. Los edificios fueron estallando debajo de él, conviniéndose en gigantescas flores de fuego. En cuanto hubieran transcurrido unas cuantas horas sólo quedarían restos ennegrecidos que serían reconquistados por la jungla.

Durga, líder del clan Besadii, contempló con incredulidad el lado nocturno de Ylesia por el visor de su yate. Los infiernos, claramente visibles desde el espacio, estaban floreciendo por doquier. Los lugares donde se habían alzado las colonias quedaban marcados por inmensos incendios forestales que estaban siendo alimentados por los omnipresentes vientos.

Durga sabía que había supervivientes: los soldados de la Fuerza Nova que se habían rendido, el viejo Ganar Tos... Se habían puesto en contacto con el yate de Durga mediante unas cuantas unidades comunicadoras portátiles que habían conseguido salvar. En cuanto el yate hutt entró en órbita, las transmisiones en las que pedían a gritos ser rescatados llegaron hasta él. Pero las factorías y los almacenes... Lo único que quedaba de ellos era un montón de escombros envueltos en llamas.

“Han desaparecido.... Durga no podía creerlo. De un día para otro, en cuestión de horas...”

Todo había desaparecido.

Durga hizo una profunda inspiración de aire y pensó en la llamada del príncipe Xizor que había recibido hacía tan sólo unos minutos. La llamada había sido agradable y tranquilizadora, y le había recordado que seguía debiéndole créditos al Sol Negro, pero que después de aquel desastre, Xizor estaba más que dispuesto a llegar a algún tipo de acuerdo en lo referente al pago. El líder del Sol Negro había dado a entender que le encantaría ayudar a Besadii a reconstruir sus empresas ylesianas.

«No —pensó burga—. Otra vez no...»

Para empezar, los rebeldes se habían llevado a millares de peregrinos, y los servicios de inteligencia de Xizor indicaban que parecían haber encontrado una «cura» para la adicción causada por la Exultación. Con un número tan grande de peregrinos contando la verdad sobre Ylesia, resultaría muy difícil obtener nuevos reclutas.

Y el Gran Sacerdote t'landa Til reclutado por Zier había echado una horrorizada mirada al planeta, y después se había negado categóricamente a tener nada que ver con el plan.

«No —pensó Durga—. La próxima vez probaré alguna otra cosa...»

Y habría una próxima vez, naturalmente. Durga encontraría otra forma de conseguir que el clan Besadii llegara a ser más rico que nunca. Y si tenía que servir al príncipe Xizor para ello... Bueno, en ese caso conseguiría llegar a la cima de la jerarquía de poderes del Sol Negro.

Su objetivo inmediato era convertirse en un vigo. Y después de eso... Después quizá desafiaría al mismísimo Xizor, o incluso al Emperador. Durga sabía que era muy astuto, y se creía tan capaz de gobernar el espacio imperial como cualquier otro.

Bajó la mirada hacia su único recuerdo de aquel día desastroso, un largo cuerno manchado de sangre. «Por lo menos Aruk ha sido vengado —se dijo—. Espero que descanse en paz...»

El noble hutt activó su intercomunicador, y su piloto respondió al instante.

—Prepárese para recoger a esas tropas mercenarias —ordenó Durga—, y fije un curso para Nal Hutta. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Llévenos a casa.

—Sí, excelencia —respondió el piloto.

Durga se puso cómodo y suspiró. Después cogió el cuerno de Teroenza, lo acarició pensativamente y empezó a hacer planes para el futuro.

Cuando emergieron del hiperespacio seis horas después, Han Solo y Chewbacca todavía estaban discutiendo qué debían hacer con los huérfanos corellianos. La

discusión fue interrumpida por los repentinos zumbidos con que su sistema de comunicaciones les indicó que tenían un mensaje. Chewie insistía en que debían llevar a los niños de vuelta a Corellia, para que pudieran ser atendidos por sus familias.

Han protestaba, quejándose del desperdicio de combustible y tiempo que eso supondría.

—Dejémoslos en el espaciopuerto de cualquier mundo civilizado y alguien se ocupará de ellos —argumentó.

Chewbacca comentó que, en su calidad de padre, pensaba que lo único que podían hacer era llevar a los niños de vuelta a Corellia.

Han fulminó al wookiee con la mirada mientras activaba el comunicados para recibir el mensaje. La imagen de Jabba se materializó encima del panel de control.

—¡Han, muchacho!

—Hola, Jabba —dijo Han—. ¿Qué ocurre?

Jabba frunció levemente el ceño ante el escaso entusiasmo del saludo del corelliano, pero el gran señor hutt enseguida olvidó su reacción de disgusto inicial.

—¡Te felicito, Han! ¡La incursión ha sido todo un éxito! ¡Estoy muy complacido!

—Estupendo —dijo Han sombríamente—. ¿Y por eso has hecho una llamada interestelar?

—Oh... No, Han. —Jabba soltó una risita—. Tengo un cargamento de especia que quiero recojas de Moruth Doole en Kessel. Tráemelo inmediatamente a Tatooine, ¿entendido? Todo está arreglado, y la especia ya ha sido pagada.

—De acuerdo, Jabba —dijo Han—. ¿Mis condiciones habituales? —Ciertamente, ciertamente —retumbó Jabba—. Y quizá una suculenta bonificación para recompensar la rapidez en la entrega.

—Voy hacia allá, Jabba.

—Perfecto, Han. —Jabba observó al corelliano con expresión pensativa—. Y una cosa más, Han... Descansa un poco en cuanto hayas acabado. Si no te importa que te lo diga, se te ve un poquito tenso y agotado.

—Muy bien, Jabba —dijo Han—. Lo haré. —Después cortó la conexión y frunció el ceño—. Maravilloso... —murmuró—. Un montón de niños que no paran de llorar y quejarse, y he de llevarlos conmigo en un viaje de contrabando. Quizá debería empezar a pensar en abandonar esta profesión, Chewie.

El único comentario de Chewbacca fue que si iban a ir a Kessel, tendrían que encontrar un poco de leche de traladón y pan para hacer bocadillos.

Han dejó escapar un estridente gemido.

Doce horas después, con el cargamento de especia a buen recaudo en los compartimientos para contrabando disimulados debajo de la cubierta, Han despegó de Kessel. Dejando que Chewie se encargara de repartir comida entre los niños, Han

puso rumbo hacia las Fauces y comprobó el curso. Una luz empezó a parpadear de repente en su tablero de control, ¡y Han se dio cuenta de que un navío del servicio de aduanas imperial estaba a punto de caer sobre ellos!

—¡Chewie! ¡Sube aquí inmediatamente! —gritó, y empezó a acelerar.

Unos momentos después, el wookiee ya estaba en la cabina.

—¡Acuesta a esos condenados niños en las literas y luego vuelve aquí! —gritó Han—. ¡Tenemos imperiales pegados a la cola, y me parece que este viaje va a ser un poco movido!

—¡Hrrrrnnnnn!

Han siguió acelerando, haciendo que el Halcón fuera todavía más deprisa que el día en que había echado aquella carrera con Salla. Mientras Chewie se instalaba en el asiento del copiloto, Han oyó un graznido ahogado detrás de él y volvió la cabeza para encontrarse con un niño de ojos desorbitados que estaba contemplando las Fauces.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó secamente Han.

«¡Maravilloso! —pensó—. Un mocoso en mi cabina de pilotaje, ¿eh? ¡Justo lo que necesito!»

—Estoy mirando —respondió el niño.

—¿Y no tienes miedo? —gruñó Han mientras inclinaba el Halcón para esquivar un chorro de gases ionizados que acababa de brotar de uno de los cúmulos de agujeros negros.

La nave imperial disparó, pero el haz de energía falló su objetivo por una considerable distancia.

«¡Estupendo! ¡Y además ahora tengo que esquivar disparos con todos estos niños a bordo!»

—¡No, señor! —canturreó el niño—. ¡Esto es magnífico! ¿Puede ir un poco más deprisa?

—Me alegro de que te guste —masculló Han—. Y te aseguro que voy a intentarlo, chico...

Han aumentó todavía más el nivel de propulsión, y pasó junto al primero de los cúmulos de agujeros negros. La enorme velocidad adquirida hacía que todo se volviera borroso, con el resultado de que casi parecía como si estuvieran desplazándose por el hiperespacio. Han nunca había ido tan deprisa en el Halcón.

—¡Whoooooo! —gritó mientras conseguían escapar por muy poco de la atracción del pozo gravitatorio de un agujero negro.

—¡Whoooooo! —coreó el niño detrás de él.

Han empezó a reír como un loco mientras seguían avanzando vertiginosamente por el espacio.

—Eso te ha gustado, ¿eh, chico? ¡Mira cómo dejo atrás a esas babosas imperiales!

—¡Adelante! —chilló el niño—. ¡Vaya más rápido, capitán Solo!

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó Han mientras emergían de la última curva alrededor de los terribles pozos gravitatorios de las Fauces, pasando tan cerca de ellos que los motores de la nave emitieron un gemido de protesta.

—Me llamo Kryss P'teska, señor.

—Y te gusta ir deprisa, ¿eh?

—¡Sí!

—Muy bien...

Han siguió serpenteando a través del Pozo, yendo a toda velocidad y esquivando a duras penas los asteroides que surcaban el espacio. Se dio cuenta de que estaba consiguiendo acumular un poco de ventaja sobre los imperiales. El navío del servicio de aduanas ya apenas si era visible.

«Si lograrse sacarles un poco más de delantera...»

El sudor se fue acumulando sobre la frente de Han y se deslizó a lo largo de ella para acabar metiéndosele en los ojos, pero no redujo la velocidad. El navío imperial ya había quedado muy atrás. Han siguió esquivando asteroides, y se dio cuenta de que se estaba aproximando al final del Pozo.

—Perfecto —gruño—. Ahora lo único que he de hacer es salir de aquí, y luego efectuar el salto a la velocidad lumínica...

Y de repente Chewie empezó a gimotear y a señalar frenéticamente el tablero. Han echó un vistazo a sus instrumentos y dejó escapar un largo gemido.

—¡Oh, maldición! ¡Hay tres navíos imperiales en el perímetro del Pozo! ¿Qué pueden estar haciendo ahí salvo esperarnos? ¡Y además uno de ellos es enorme!

La mente de Han empezó a funcionar a toda velocidad.

—No vamos a poder dejarlos atrás, Chewie —dijo pasados unos momentos—. Y además nos superan en potencia de fuego, evidentemente... Pero hemos conseguido despistar al tipo que iba pegado a nuestra cola, al menos de momento. Creo que si conseguimos internarnos lo suficiente, deberíamos poder lanzar el cargamento justo dentro del Pozo de la forma en que lo hiciste aquella vez con el coronel Quirt durante ese otro viaje. Después de que hayan registrado el Halcón cuanto quieran, volveremos y recuperaremos el cargamento. ¿Qué me dices?

Chewie se mostró totalmente de acuerdo con él.

—Bien, pues entonces toma los controles. Tendremos que hacerlo realmente deprisa —dijo Han—. Aquí tienes las coordenadas.

—¡Hrrrrnnnnnnhhhhh!

Dejando que el wookiee pusiera rumbo hacia las coordenadas que había seleccionado, Han fue corriendo al pasillo de los compartimientos secretos, con Kryss pisándole los talones.

—Echadme una mano, chicos —dijo mientras empezaba a sacar rollos de

alambre. Varios niños se congregaron delante de él, mirándole fijamente—. ¿Cómo os llamáis? —preguntó Han.

—Cathea, señor —dijo una niña de unos doce o trece años que llevaba los cabellos recogidos en una larga trenza—. Le ayudaré.

—Yo me llamo Tym —dijo un niño.

—Y yo me llamo Aeron —dijo un niño de cabellos oscuros—. ¡Le ayudaré!

—Estupendo —gruñó Han mientras empezaba a levantar las planchas de la cubierta—. Ayudadme a llevar estos barriles a la compuerta de estribor, y luego los ataremos con el cable para juntarlos.

En cosa de dos minutos la especia estuvo lista para ser lanzada al espacio. Han echó a los chicos de la compuerta y luego la cerró delante de sus narices. Ignoró los procedimientos de despresurización habituales y, utilizando el sistema de anulación manual, obligó a las puertas exteriores a abrirse..., con lo que los barriles de especia salieron despedidos al vacío.

—¡Ya están lanzados, Chewie! —gritó—. ¡Archiva esas coordenadas!

Con un poco de suene, Han debería ser capaz de seguir el curso de la especia y volver a dar con ella después de unas cuantas operaciones de búsqueda por la zona. Los barriles estaban hechos de una aleación que aparecería claramente en sus sensores si se aproximaba lo suficiente a ellos.

Era todo lo que podía hacer, dadas las circunstancias.

Han volvió corriendo a la cabina y siguió la trayectoria prevista a toda velocidad, ya que así saldría del Pozo aproximadamente en el sitio donde le estaban esperando. Apenas acababa de emerger del Pozo cuando los navíos del servicio de aduanas imperial empezaron a aproximarse a su popa. Han miró a Chewie.

—Nos ha ido realmente justo, ¿eh?

La luz indicadora de la unidad de comunicaciones empezó a parpadear, y Han la activó.

—Nave no identificada, prepárese para ser abordada —dijo una voz bastante furiosa, en el mismo instante en que Han sentía cómo el Halcón quedaba envuelto por un rayo tractor—. Aquí el crucero ligero imperial Tasador. No ofrezca resistencia y no sufrirá ningún daño.

Han siguió inmóvil en su asiento, con los niños agrupados a su alrededor en la cabina, contemplando cómo el Halcón iba siendo arrastrado hacia la gran nave imperial.

—Dejad que yo me encargue de hablar, chicos —dijo.

Unos momentos después de que la maniobra de ataque hubiera terminado, los imperiales ya estaban en la escotilla del Halcón y exigían que se les dejara entrar. Han suspiró y luego se levantó para franquearles el acceso, y una estela de niños se apresuró a desplegarse detrás de él.

El capitán imperial en persona formaba parte del grupo de abordaje fuertemente armado.

—Soy el capitán Tybert Capucot —dijo el hombre calvo de expresión entre irritable y desconfiada, contemplando a Han como si el corelliano le pareciese un espectáculo particularmente desagradable—. Capitán Solo, se sospecha que está intentando sacar especia de contrabando de Kessel. Estoy autorizado a registrar su nave.

Han señaló el interior con un gesto de la mano.

—Registren todo lo que quieran —dijo—. No tengo nada que ocultar.

Capucot soltó un bufido y consiguió contemplar a Han desde el nacimiento del puente de su nariz..., a pesar de que el oficial imperial era varios centímetros más bajo que el corelliano.

El capitán hizo que un equipo de registro entrara en la nave.

—Inspeccionad hasta el último milímetro —ordenó—. Quiero esa especia.

Han se encogió de hombros y se hizo a un lado.

Los imperiales buscaron..., buscaron..., y luego buscaron un poco más. Han y Chewie torcieron el gesto cuando oyeron ruido de cosas que estaban siendo tiradas al suelo en la sala y el compartimiento de carga posterior.

—¡Eh! —protestó Han—. ¡Sólo soy un comerciante honrado! ¡Soy un ciudadano imperial, y no pueden tratar mi nave de esta manera!

—Un comerciante honrado, ¿verdad? —se burló Capucot—. Y si no estaba transportando especia, ¿qué estaba haciendo entonces? Han pensó a toda velocidad.

—Estaba... Eh... Bueno, estaba llevando a esos chicos de vuelta a Corellia —dijo—. Verá, hubo una gran operación de rescate en un mundo de esclavos, y yo... Eh... Bien, digamos que se olvidaron de esos chicos, así que me los traje conmigo.

El capitán le miró fijamente.

—Corellia queda por ahí —dijo con voz gélida, señalando hacia popa.

Han se encogió de hombros.

—Tuve que hacer una parada para comprar un poco de comida. ¿No fue así, chicos?

—¡Sí! —susurró el pequeño Tym—. ¡Teníamos hambre! ¡El capitán Solo nos salvó!

—El capitán Solo arriesgó su vida por nosotros —dijo Cathea, haciendo girar su larga trenza entre los dedos—. Es un héroe.

—Sí, él nos salvó —dijo Aeron—. Íbamos a volar por los aires.

El pequeño Kryss fue hacia Han, le cogió la mano y después alzó la mirada hacia el capitán imperial.

—El capitán Solo es el mejor piloto de toda la galaxia. Si quisiera podría dejar atrás a todos estos asquea..



Han consiguió poner la mano sobre la boca del niño justo a tiempo.

—Ja, ja —se rió, al mismo tiempo que intentaba sonreír—. Ah, los críos... Dicen cosas realmente increíbles, ¿verdad? ¿Tiene usted familia, capitán?

Capucot no parecía nada divertido.

Y finalmente el equipo de registro volvió, pareciendo muy poco complacido.

—No hemos encontrado nada, señor. Hemos llevado a cabo una inspección muy concienzuda, capitán.

El rostro de Tybert Capucot enrojció. El capitán permaneció inmóvil durante unos momentos, haciendo un visible esfuerzo para recuperar el habla, y acabó permitiendo que su mirada se encontrase con la de Han.

—Nuestro valiente héroe el capitán Solo afirma que estaba llevando estos niños a Corellia —dijo después—. Un acto tan noble bien se merece contar con una escolta imperial. Fije su curso hacia Corellia, capitán, y nosotros le escoltaremos hasta allí.

Han abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla.

—Claro —dijo, consiguiendo asentir al precio de un considerable esfuerzo de voluntad—. Vayamos allá.

Han necesitó casi un día entero para llegar a su mundo natal, y pasó todo ese tiempo maldiciendo en silencio ante aquel retraso en la recogida de su especia. Sabía que si le ocurría algo al cargamento, Jabba se mostraría implacable. Los negocios eran los negocios, y los hutts no conocían el significado de la palabra «compasión».

Cuando llegó a Corellia, Han se encontró con que los imperiales ya habían anunciado su aproximación, por lo que había toda una embajada de los medios de comunicación esperándoles. Han y Chewie fueron felicitados y acogidos como héroes, y únicamente el hecho de que Han ya hubiera sido condecorado con la tira de sangre corelliana impidió que el agradecido gobierno de su mundo natal le concediera el derecho a usarla.

Han sólo pensaba en volver al Pozo y recuperar el cargamento de especia que había lanzado al espacio. Finalmente pudo despedirse de los niños —después de haberse visto obligado a admitir que en realidad eran bastante buenos chicos— y pudo despegar como un ciudadano libre.

El corelliano volvió al Pozo lo más deprisa posible, y puso rumbo hacia las coordenadas en las que había lanzado el cargamento de brillestim por refinar. Después dedicó las cuatro horas siguientes a recorrer el perímetro exterior del campo de asteroides, poniéndose un poco más frenético a cada minuto que pasaba.

—¡Tiene que estar aquí! —exclamó, volviéndose hacia Chewie. Pero no estaba.

Han siguió buscando la especia durante dos horas, utilizando las unidades sensoras auxiliares de la sala para aumentar el radio de captación de las instaladas en la cabina. De repente fue interrumpido por un rugido de Chewbacca, que le estaba llamando desde la cabina.

—¡Ya voy! —chilló, y echó a correr.

Chewie señaló los sensores, en los que se veían dos contactos que estaban convergiendo rápidamente hacia ellos. Han comprobó las identificaciones de las naves y luego masculló un juramento lleno de amargura mientras se golpeaba violentamente la frente con la palma de la mano.

—¡Estupendo! ¡Más imperiales! ¡Es justo lo que necesito! ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas?

Se dejó caer en el asiento de pilotaje e invirtió el curso para volver al Pozo. Chewbacca emitió un gruñido interrogativo, queriendo saber por qué echaban a correr cuando no llevaban ni un gramo de especia a bordo.

—¿Es que no lo entiendes? —replicó Han mientras incrementaba la velocidad hasta que los asteroides empezaron a desfilar junto a ellos como manchas borrosas—. ¡Deben de haber encontrado la especia que lanzamos al espacio, y saben qué era lo que estábamos buscando! Y además ya sabes que Capucot no nos creyó... ¡El condenado capitán tiene que estar detrás de todo esto! ¡Esas malditas babosas nos arrestarán por sospecha de contrabando y confiscarán el Halcón! ¡Nunca conseguiremos recuperarlo! —Han ejecutó un brusco viraje para esquivar un asteroide de las dimensiones de un destructor imperial—. Y además... —añadió—. Bueno, no quiero que vuelvan a romper más cosas mientras inspeccionan la nave. Recuerda que acabábamos de limpiar todos los estropicios que hicieron Capucot y sus chicos.

Juntos, Han y Chewie hicieron que el Halcón surcara el Pozo a toda velocidad con rumbo hacia las Fauces. Sus perseguidores eran dos naves del servicio de tarifas imperial, y les siguieron con temeraria decisión.

Las manos de Han revoloteaban sobre los controles como las de un hombre poseído mientras el Halcón oscilaba y se desviaba de un lado a otro para abrirse paso a través del traicionero campo de asteroides. Chewie estaba soltando aullidos de terror ante los terribles riesgos que corría su socio.

—¡Cállate de una vez, cara peluda! —gritó Han—. ¡Tengo que concentrarme!

Los aullidos de Chewie se fueron debilitando hasta convenirse en gemidos. Los nuevos sonidos posiblemente eran plegarias, pero Han estaba demasiado ocupado para prestarles atención.

Se estaban aproximando al final del Pozo, e iban en línea recta hacia las Fauces.

—Voy a tener que arrancar el blindaje ventral del Halcón a base de aceleraciones, Chewie, y aferrarme a 6 esperanza de que esos imperiales no quieran acercarse a los agujeros negros —dijo Han—. ¡Esas babosas del demonio no piensan darse por vencidas!

Chewbacca dejó escapar un gruñido de pura desesperación.

—¡No puedo hacer otra cosa, socio! ¡No voy a permitir que se queden con el

Halcón!

Las dos naves imperiales se mantenían tan cerca del navío contrabandista como si estuvieran unidas a él por rayos de tracción. Han y Chewie se inclinaron frenéticamente sobre el tablero de control del Halcón, ajustando su curso, velocidad, dirección, niveles de escudos...

Han, totalmente desesperado, hizo que el Halcón se acercara a los grupos de agujeros negros mucho más de lo que nunca se permitiría intentarlo cualquier persona cuerda. Sólo la considerable velocidad de la nave podía salvarlos.

El Halcón Milenario pasó tan cerca de los agujeros negros de las Fauces que sólo su terrible rapidez impidió que fuese capturado y atraído hacia su interior. Los ojos vigilantes de los discos de acumulación parecían agrandarse y empequeñecerse mientras el Halcón se desplazaba vertiginosamente alrededor de los traicioneros pozos de gravedad. Las naves imperiales siguieron persiguiéndoles a la máxima velocidad que podían alcanzar.

Han ejecutó un viraje imposible seguido por un par de enloquecidas alteraciones del rumbo mientras el Halcón se dirigía hacia los confines de las Fauces. Estudiando sus instrumentos, Han vio que una de las naves imperiales, la más pequeña de las dos, no había conseguido duplicar su maniobra. La nave había desaparecido en el abrazo del disco de acumulación del agujero negro, esfumándose dentro de él con un diminuto e innoble destello.

—Sí! —exclamó salvajemente—. ¡No vais a cogermes! ¡Ni hoy ni nunca!

La nave imperial superviviente se estaba quedando cada vez más atrás, y el Halcón ya casi había salido de las Fauces.

—¡Sí, Chewie! ¡Lo hemos conseguido!

—¡Arrrrrrhhhhhhnnnnn!

Han hizo que el Halcón pasara a toda velocidad junto a Kessel, y un instante después se vieron libres de la amenaza de los pozos gravitatorios. Han se apresuró a inclinarse sobre el ordenador de navegación.

—¡El curso ya está introducido! —gritó a continuación—. ¡Adelante, Chewie!

Unos momentos después ya estaban a salvo en el hiperespacio. El corelliano se hundió en su asiento.

—Realmente han estado a punto de cogernos —murmuró con voz enronquecida.

Chewie se mostró de acuerdo.

Mientras se iba relajando lentamente en su asiento, Han se dio cuenta de algo.

—Eh, Chewie... ¡Mira! —Señaló los instrumentos—. ¡Hemos establecido una nueva marca!

Chewie comentó amargamente que su nueva marca de velocidad había sido obtenida a expensas de sus nervios. Han entrecerró los Ojos.

—Eh, esto es muy raro —murmuro—. Aquí dice que hemos acertado la distancia

que recorrimos, no sólo el tiempo... ¡Esto marca menos de doce parsecs!

Chewie dejó escapar un gruñido lleno de escepticismo y golpeó el indicador de la distancia con sus peludos nudillos mientras comentaba que la enloquecida forma de pilotar de Han debía de haber causado un cortocircuito en los sistemas del indicador.

Han protestó, pero cuando Chewbacca, cada vez más furioso, respondió con un feroz gruñido, decidió darse por vencido.

—De acuerdo, de acuerdo. Estoy demasiado cansado para discutir —dijo, levantando las manos.

«Pero he hecho el recorrido en menos de doce parsecs...», pensó tozudamente.

Aun así, en aquel momento tenía problemas más acuciantes que la velocidad o las marcas de distancia en los que pensar. ¿Qué demonios le iba a decir a Jabba?

## Capítulo 16

### Toprawa... y Mos Eisley

Han contempló la imagen holográfica curtida y llena de cicatrices de Bidlo Kwerve, el mayordomo corelliano de Jabba el Hutt. Detrás de Kwerve podía ver los muros color arena del palacio del desierto que el gran señor hutt tenía en Tatooine.

—Eh, Kwerve —dijo Han—. Déjame hablar con el jefe, por favor.

El feo matón corelliano tenía los cabellos de un negro azabache surcados por una franja cegadoramente blanca, y unos luminosos ojos verdes. Los labios de Kwerve se curvaron en una sonrisita muy poco agradable.

—Vaya, pero si es Han Solo —dijo—. Jabba te ha estado llamando. ¿Dónde te habías metido, Solo?

—Aquí y allá —dijo secamente Han, a quien no le gustaba que jugaran con él—. Tuve unos pequeños problemas con los imperiales.

—Bueno, pues sí que lo siento —dijo Kwerve—. Vamos a ver si puedo conseguir que Jabba hable contigo, ¿eh? La última vez que le vi, estaba bastante furioso porque llevas mucho retraso con ese cargamento. Jabba tiene algunos planes para esa especia.

Han clavó los ojos en el comunicador.

—Ponme en contacto con él y métete las bromas donde te quepan, Kwerve.

—Oh, oh... ¿Quién ha dicho que estuviese bromeando, Solo?

El rostro lleno de cicatrices del mayordomo corelliano fue engullido por un repentino estallido de estática, y durante un momento Han creyó que había cortado la transmisión. Ya había extendido el brazo para desactivar su unidad de comunicaciones cuando la estática desapareció, súbitamente sustituida por la enorme imagen holográfica de Jabba.

—Jabba! —balbuceó Han con una mezcla de alivio y preocupación—. Eh, oye... Tengo un pequeño problema.

Jabba no parecía estar de muy buen humor. Estaba fumando una sustancia marrón que hervía dentro de la combinación de pipa de agua y acuario de aperitivos que había heredado de Jiliac después de su muerte, y sus enormes pupilas estaban dilatadas a causa de la droga.

«Maravilloso —pensó Han—. ¿Por qué demonios se me ha ocurrido llamar justo después de que acabara de tomarse una dosis de especia?»

—Eh... Hola, Jabba —dijo—. Soy yo, Han.

Jabba parpadeó varias veces, y por fin acabó consiguiendo centrar la mirada.

—¡Han! —retumbó el líder del clan Desilijic—. ¿Dónde has estado? ¡Te esperaba la semana pasada!

—Bueno, Jabba, precisamente llamo para hablar de ello —dijo Han—. Escucha, no ha sido culpa mía, pero...

Jabba, que parecía estar medio adormilado, volvió a parpadear.

—Han, mi querido muchacho... ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está mi cargamento de brillestim?

El corelliano tragó saliva

—Ah, sí, ese cargamento... Verás, Jabba.. ¡Casi parecía como si me hubieran tendido una trampa! Los imperiales me estaban esperando y...

—¿Los funcionarios de aduanas tienen mi especia? —rugió Jabba, elevando la voz de una manera tan tremenda y repentina que Han no pudo evitar encogerse sobre sí mismo—. ¿Cómo has podido permitirlo, Solo?

—¡No! ¡No, no, Jabba! —exclamó Han—. ¡No consiguieron llevársela! ¡Te aseguro que no tienen absolutamente nada contra ti, nada! Pero... Para impedir que los tipos del servicio de aduanas se hicieran con ella, tuve que tirarla al espacio. Marqué su situación, pero tardaron lo suyo en dejarme marchar. Y cuando volví a por ella... Había desaparecido, Jabba.

—Mi especia ha desaparecido —murmuró Jabba en un tono de voz ominosamente bajo, los ojos entrecerrados clavados en Han.

—Eh... Pues sí. Pero no debes preocuparte, Jabba. Te prometo que encontraré alguna forma de compensarte. Yo y Chewie te pagaremos el valor perdido, no te preocupes... Ya sabes que somos unos magníficos contrabandistas, ¿no? Y además te aseguro que tengo el presentimiento de que todo fue una trampa, Jabba... Aparte de tú y de Moruth Doole, ¿cuántas personas sabían que iba a ir por esa ruta?

Jabba ignoró la pregunta de Han. Sus bulbosos ojos se abrieron y cerraron rápidamente mientras daba varias caladas al aspirador de su pipa. Después extendió un brazo, cogió un convulsero del interior de un globo lleno de líquido y se metió la temblorosa criatura en la boca.

—Han... Han, muchacho... Ya sabes que te quiero igual que a un hijo— dijo luego, hablando muy despacio y en un tono muy solemne—. Pero los negocios son los negocios, y has infringido mi regla principal. No puedo permitirme hacer excepciones meramente por el hecho de que me caigas bien. Ese cargamento me costó doce mil cuatrocientos créditos. Entrégame la especia o los créditos en un plazo máximo de diez días, o enfréntate a las consecuencias,

Han se humedeció los labios.

—Diez días... Pero Jabba...

La conexión fue cortada de repente. Han se hundió en su sillón de pilotaje, sintiéndose lleno de desesperación. «¿Qué voy a hacer?»

Seis días más tarde, después de haber intentado reunir los créditos recurriendo a uno de los tipos que le debían dinero, Han volvió a Nar Shaddaa. No le gustaba nada

hacerlo, pero tendría que pedir prestados los créditos a sus amistades.

No tardó en descubrir que alguien involucrado en aquel viaje de pesadilla —algún oficial o soldado imperial— había hablado de lo que ocurrió. Sus compañeros de profesión le contemplaban con una mezcla de respeto temeroso y preocupación.

El respeto temeroso surgía de que hubiera conseguido establecer una nueva marca para la ruta de Kessel, y la preocupación de que la noticia ya se había esparcido por todas partes y todos sabían que Jabba estaba muy, muy disgustado con quien hasta entonces había sido su piloto favorito.

Han fue de un lado a otro, y consiguió reunir un par de miles de créditos en concepto de devolución de antiguos favores. Pero la noticia de lo que le había ocurrido a algunos de los capitanes en Ylesia también había circulado con gran rapidez, y varias personas se limitaron a mirar hacia otro lado en cuanto vieron venir a Han.

El corelliano acabó decidiendo ir a ver a Lando. No quería hacerlo, pero se le habían agotado las opciones.

Llamó a la puerta, y la voz adormilada del jugador respondió desde el otro lado del panel.

—¿Quién es?

—Soy Han, Lando —dijo Han.

El corelliano oyó ruido de pasos, y de repente Lando abrió la puerta de un salvaje tirón. Antes de que Han pudiera decir una sola palabra, el puño del jugador se movió en un temible arco que terminó en la mandíbula de Han e hizo que saliera despedido hacia atrás a través del pasillo. El corelliano chocó con la pared y después fue resbalando lentamente a lo largo de ella, aterrizando sobre su trasero.

Han se llevó las manos a la mandíbula, contempló durante unos momentos los puntitos de luz que bailoteaban delante de sus ojos y trató de hablar. Lando se inclinó sobre él.

—¿Cómo has sido capaz de venir aquí después de la jugarreta que nos hiciste en Ylesia? —chilló el jugador—. ¡Tienes mucha suerte de que no te haya pegado un tiro, condenado mentiroso y estafador!

—Lando... —consiguió graznar Han—. Te juro que no sabía lo que Bria planeaba hacer. Te juro que...

—Oh, claro —se burló Lando—. ¡Estoy seguro de que no lo sabías!

—¿Piensas que me habría presentado aquí de esta manera si no fuese inocente? —logró farfullar Han. Su mandíbula no estaba funcionando demasiado bien, y ya podía sentir cómo empezaba a hincharse—. Lando... Ella también me hizo lo mismo a mí. No saqué nada de ese viaje. ¡Nada!

—No te creo —dijo Lando con voz gélida—. ¡Pero si te creyera, diría que te estuvo bien empleado! ¡Os merecéis el uno al otro!

—Lando, he perdido un cargamento de especia que transportaba para Jabba — dijo Han—. Estoy desesperado, amigo. Necesito que alguien me preste...

—¿Qué? —Lando cerró las dos manos sobre la chaqueta de Han y levantó al piloto de un potente tirón. Después estrelló al corelliano contra la pared. El oscuro rostro del jugador quedó a un palmo escaso del de Han—. ¿Has venido aquí para pedirme que te preste dinero?

Han consiguió asentir.

—Te juro que te lo devolveré... De veras, Lando...

—Escúchame con mucha atención, Solo —gruñó Lando—. En el pasado fuimos amigos, así que no voy a hacer lo que tanto te mereces y permitiré que salgas de aquí con tu cabeza intacta encima de los hombros. ¡Pero no vuelvas a acercarte a mí jamás!

Lando soltó al corelliano después de haberlo estrellado una vez más contra la pared. Han fue resbalando lentamente pared abajo mientras Lando entraba en su apartamento. La puerta se cerró con un golpe seco, y Han oyó el chasquido de la cerradura.

Han logró levantarse, aunque tuvo que hacer un considerable esfuerzo para conseguirlo. La mandíbula le palpitaba dolorosamente, y podía sentir el sabor de la sangre dentro de su boca.

«Bueno, lo he intentado —pensó mientras contemplaba la puerta cerrada—. ¿Y ahora qué?»

—No vamos a salir de aquí, ¿verdad?

La comandante Bria Tharen ignoró la pregunta apenas audible mientras se inclinaba detrás del montón de escombros y sacaba la pila agotada de su desintegrador., o intentaba hacerlo, porque la pila se había quedado atascada. Bria inspeccionó su arma y vio que el incesante disparar de los últimos minutos de batalla había fundido los conectores de energía, convirtiéndolos en una masa sólida que hacía imposible sacar la pila alimentadora.

Masculló una maldición ahogada, y se arrastró por encima del cuerpo caído junto a ella. Los rasgos de Jace Paol estaban congelados en una expresión de tensa ira concentrada. Había muerto luchando, de la forma en que le habría gustado hacerlo si hubiese podido elegir. Bria cogió el arma de su lugarteniente y la sacó de debajo del cuerpo de Paol, pero antes de acabar de sacarla del todo vio que el cañón estaba fundido. Aquel desintegrador era tan inútil como el suyo.

—Quien pueda hacerlo que me cubra —dijo, volviendo la mirada hacia los lamentables restos del Escuadrón de la Mano Roja—. He de encontrar algo con lo que pueda disparar.

Joaa'n asintió y levantó un pulgar.



—Listo, comandante. No veo nada moviéndose por ahí fuera en estos momentos.

—De acuerdo —dijo Bria.

La comandante rebelde arrojó el arma inútil a un lado, asomó cautelosamente la cabeza por encima del montón de escombros y después se fue deslizándose hacia un lado hasta emerger de su refugio. No se molestó en levantarse, no estando muy segura de si su pierna herida sería capaz de sostener su peso. Lo que hizo fue avanzar sobre las manos y las rodillas, manteniendo el cuerpo bajo, a través del agujero de contornos irregulares abierto en el muro exterior del centro de comunicaciones imperial semidestruido dentro del que estaban ofreciendo su última resistencia.

A unos metros de distancia yacía un soldado imperial, con un orificio todavía humeando en la coraza pectoral.

Bria reptó rápidamente hacia él y despojó al muerto de su arma y sus pilas alimentadoras, observando con desilusión que el soldado debía de haber utilizado todas sus granadas antes de que lo abatieran. «Lástima... —se dijo—. Un par de granadas no me habrían ido nada mal.»

Durante unos momentos Bria pensó en quitarle la armadura, pero después de todo al soldado no le había servido de mucho. Allí, fuera de los restos del centro de comunicaciones imperial del mundo restringido de Toprawa, Bria podía oír mejor, y también podía respirar mejor. El hedor de la batalla acababa de ser sustituido por una fresca brisa nocturna. Bria se agazapó detrás de un bloque de permacrato caído, y se atrevió a quitarse el casco durante unos segundos para limpiarse el rostro lleno de suciedad. Después dejó escapar un suspiro de placer mientras sentía cómo la suave brisa iba refrescando sus sudorosos cabellos. La última vez que había sentido una brisa tan fresca y agradable como aquella fue en Togoria...

«¿Dónde estás, Han? —se preguntó, como solía hacer—. ¿Qué estás haciendo en este momento?»

Se preguntó si Han llegaría a saber qué había sido de ella, y si le importaría en el caso de que llegara a saberlo. ¿La odiaba? Bria esperaba que no, pero nunca lo sabría.

Empezó a pensar en aquel día en Ylesia, y deseó que las cosas hubieran sido distintas. Y sin embargo... Si tuviera que volver a hacerlo, ¿habría obrado de manera distinta?

Sonrió con tristeza. «Probablemente no...»

Los créditos que obtuvo fueron de gran utilidad, y la habían llevado directamente a aquella misión. Torbul y los otros líderes rebeldes habían enviado unidades de inteligencia para que se infiltraran en Ralltiir, y los operativos descubrieron que el Imperio estaba transmitiendo planes vitales para su nueva arma secreta a su centro de registro de Toprawa.

Torbul se había mostrado muy franco con ella cuando hablaron de la misión, y había utilizado términos como «sacrificable» e «índice de recuperación»..

Bria ya sabía en qué clase de lío se estaba metiendo, pero aun así ofreció al Escuadrón de la Mano Roja. Sabía que necesitaban a los mejores para aquel trabajo, y confiaba en que su gente sería capaz de hacer lo que se esperaba de ellos.

Y lo habían hecho...

Aquella era la ofensiva antiimperial más grande jamás emprendida por la Resistencia hasta el momento, una ofensiva coordinada que tenía como misión transmitir los planos de la última arma secreta imperial. Bria no conocía todos los detalles, pero su misión había consistido en tomar el centro de comunicaciones imperial de Toprawa y conservarlo en sus manos mientras los técnicos de comunicaciones transmitían los planos robados a una nave correo rebelde, una corbeta corelliana que atravesaría «accidentalmente» aquel sistema estelar de acceso tan altamente restringido.

Cuando Torbul le dijo a Bria que la Alianza Rebelde necesitaba voluntarios para que acompañaran al equipo de inteligencia a Toprawa, a fin de que mantuvieran a raya a los imperiales mientras los técnicos de comunicaciones hacían su trabajo, Bria no titubeó ni un segundo antes de ofrecerse voluntaria.

—El Escuadrón de la Mano Roja irá, señor —dijo—. Podemos hacerlo.

Bria recorrió la plaza con la mirada, viendo la masacre de la guerra tenuemente reflejada en las farolas de la calle, Cuerpos, vehículos de superficie volcados, deslizadores hechos pedazos... Había destrucción por todas partes.

Pensó en Ylesia, y se dijo que aquel sitio había conocido una destrucción todavía mayor..., y se sintió orgullosa de haber tenido una cierta responsabilidad en ello. Después alzó la mirada hacia el cielo y pensó en el Retribución. Habían perdido el contacto con la nave, y Bria se temía lo peor.

«Ya va siendo hora de volver al trabajo», pensó, y se arrastró hacia los restos del centro de comunicaciones.

Un instante después oyó el potente latir de varias unidades repulsoras de gran potencia detrás de ella, y echó una cautelosa ojeada. Cuando miró hacia arriba, vio el tenue destello luminoso del blindaje de un enorme objeto rectangular suspendido sobre el permacreto de la plaza. El blindado pesado imperial, una de las unidades de la clase «Fortaleza Flotante», fue descendiendo lentamente hasta ocupar una posición protegida detrás de los restos de la torre de sensores y comunicaciones, en lo que resultaba evidente eran los preparativos para lanzar otro ataque contra el Escuadrón de la Mano Roja..., o lo que quedaba de él.

Bria se apresuró a retroceder para advertir a los restos de sus tropas.

—Escuchad, gente —les dijo a los supervivientes (¡tan pocos!) que se habían refugiado detrás de la barricada, y empezó a repartir las pilas alimentadoras—. Ya vuelven a venir. Tendremos que hacerlo lo mejor posible y contenerlos todo el tiempo que podamos.

Sus tropas se limitaron a asentir sin decir nada, y se prepararon para hacer su trabajo. Bria estaba orgullosa de ellos. Todos eran unos auténticos profesionales.

“Ya no falta mucho”, pensó mientras encontraba un buen sitio en el que apostarse detrás de la barricada.

—¿Todo el mundo tiene su canción de cuna? —preguntó en voz alta.

Hubo un coro de murmullos de asentimiento mientras Bria inspeccionaba la suya. Había adherido la diminuta píldora al cuello de su uniforme, de tal manera que lo único que tendría que hacer sería volver la cabeza y sacar la lengua para acceder a ella. Después de todo, nunca sabías si tus brazos estarían en condiciones de funcionar.

“Vamos, imperiales... —pensó—. ¿No sabéis que es de muy mala educación hacernos esperar?”

Lo que los imperiales no sabían era que ya llegaban demasiado tarde. El Escuadrón de la Mano Roja había conseguido mantener inmovilizada a la fuerza de reacción imperial en el perímetro exterior mientras los técnicos de comunicaciones rebeldes transmitían los planos a la nave correo. Estuvieron a punto de no lograrlo, porque los imperiales habían partido la torre de sensores/comunicaciones por la mitad unos segundos después de que la transmisión hubiese llegado a su fin, pero Bria había podido ver con sus propios ojos el indicativo de «Transmisión completa» con que el Tantivo IV había acusado recibo del mensaje.

Antes de que los sensores dejaran de funcionar, también había podido ver la imagen de un Destructor Estelar imperial aproximándose al navío rebelde. Bria nunca sabría si el correo había conseguido escapar.

Se preguntó qué habían estado transmitiendo exactamente, pero sabía que tampoco llegaría a conocer la respuesta a aquella pregunta. De hecho, ella y su gente ya sabían demasiadas cosas..., y ésa era la razón por la que no podían permitirse correr el riesgo de que les capturasen con vida.

«Aunque de todas formas se diría que hoy los imperiales no parecen tener muchas ganas de hacer prisioneros...», pensó.

Mientras se inclinaba para inspeccionar el vendaje que envolvía su muslo, el soldado inmóvil junto a ella formuló la misma pregunta que Bria se había negado a responder antes.

—No vamos a salir de aquí..., ¿verdad?

Bria clavó los ojos en el pálido rostro de mirada desorbitada que la contemplaba desde debajo del casco lleno de abolladuras. Sk'kot era un buen soldado, tan leal a ella como a su causa. Pero era tan joven...

Aun así, se merecía una respuesta sincera.

—No, Sk'kot —replicó Bria—. Ya lo sabes, ¿verdad? Los imperiales han destruido nuestras naves, así que no habrá operación de rescate. Y aun suponiendo que no hubiéramos recibido órdenes de defender este centro de comunicaciones

durante todo el tiempo posible, en este mundo no hay ningún sitio al que podamos ir. Aunque pudiéramos atravesar sus líneas, no disponemos de medios de transporte. —Trató de sonreír, y señaló su pierna herida—. Estaría realmente ridícula intentando huir de aquí a saltitos, ¿verdad?

El soldado asintió, y una mueca de angustia retorció su rostro. Bria siguió mirándole.

—Sk'kot... No podemos permitir que nos capturen. Lo entiendes, ¿verdad?

El soldado volvió a asentir, y después cogió su canción de cuna y la adhirió al cuello de su uniforme, de la misma manera en que lo había hecho Bria.

—Sí, comandante. Lo entiendo.

Le temblaba la voz, pero las manos que empuñaban el arma no se movieron en lo más mínimo.

—Comandante... —murmuró Sk'kot, inclinándose hacia ella para que los demás no le oyeran—. No... No quiero morir.

Admitirlo pareció dejarle sin fuerzas, y se echó a temblar.

—Échame una mano con este vendaje, Sk'kot —dijo Bria, indicándole que dejara más firmemente sujeto el recipiente médico encima de su pierna. Las manos del chico recobraron una parte de la seguridad perdida cuando empezó a tirar de las correas que lo unían a la herida de Bria—. ¡Con más fuerza! —dijo Bria, y Sk'kot se inclinó hacia atrás para poder utilizar su peso. Una punzada de dolor desgarró el cuerpo de Bria, abriéndose paso a través de la muralla de los sedantes que la permitían moverse a pesar de su herida—. Así está mejor.

El joven Sk'kot Burrid se sentó en el suelo junto a ella. Bria le rodeó los hombros con el brazo, tal como habría hecho con un hermano muy querido, y se inclinó hacia él.

—Yo tampoco quiero morir, Sk'kot. Pero te aseguro que no quiero que el Imperio se salga con la suya. No quiero ver a más inocentes masacrados, o vendidos como esclavos, o aplastados bajo los impuestos hasta que no puedan alimentar a sus familias o llevar una existencia decente..., o meramente asesinados por algún Moff que se ha despertado de mal humor esa mañana.

Sus últimas palabras hicieron que los labios de Sk'kot se curvaran en una tenue sonrisa.

—Y eso quiere decir que el que no vayamos a salir de aquí no debe preocuparnos, ¿verdad, Sk'kot? Vamos a morir haciendo nuestro trabajo porque ellos... —señaló a sus camaradas muertos con una inclinación del mentón—, también hicieron el suyo antes. No podemos fallarles, ¿verdad?

—No, comandante —dijo Sk'kot.

Bria le abrazó, sonriendo melancólicamente, y el joven le devolvió el abrazo. Ya había dejado de temblar.

—Se están moviendo —anunció Joaa'n, que había estado montando guardo.

Bria rodó sobre sí misma, empujando a Sk'kot hacia su posición. Después echó un rápido vistazo por entre dos cascotes, y empezó a dar órdenes sin apartar los ojos de la abertura.

—Al principio mantente a cubierto y prepara tu lanzador, Joaa'n. Después de que el resto de nosotros hayamos abierto fuego, intenta acabar con esa Fortaleza Flotante. ¿Lo has entendido?

—;Sí, comandante!

—Acordaos de que debéis cambiar de posición después de disparar, porque si no lo hacéis os liquidarán con los desintegradores de repetición. ¿Todo el mundo listo?

Un coro de murmullos afirmativos respondió a su pregunta. Bria alzó la carabina láser que había cogido prestada y comprobó su nivel de carga. Después alzó el arma, tomó puntería y pensó «Adiós, Han».

Algo se movió en la brecha del muro. Bria hizo una profunda inspiración de aire. ¡Abran fuego!

“Tatooine es un auténtico basurero —pensó Han mientras él y Chewie avanzaban por las calles entre las tinieblas de la noche—. Jalus Nebl tenía muchísima razón...”

Los dos contrabandistas sólo llevaban unas horas en Tatooine. Han había decidido que la única forma de conseguir que Jabba les diera un poco más de tiempo a fin de poder pagar el cargamento de especia que habían arrojado al espacio era hablar personalmente con él. Pero la situación no tenía un aspecto demasiado prometedor, ya que hasta el momento Han no había podido comunicarse con Jabba para solicitar una audiencia. Y en el Muelle de Atraque 94, donde se hallaba estacionado el Halcón, se había encontrado con Greedo, aquel idiota de rodiano, husmeando y dando vueltas de un lado a otro. El muy estúpido incluso intentó sacarle algo de dinero, dando a entender que Jabba había ofrecido una recompensa por el corelliano.

Como haciéndose eco de los pensamientos de Han, Chewbacca observó que se decía que Greedo, el rodiano, había sido visto en compañía de un tal Jabalí Goa, quien en el pasado había trabajado como cazador de recompensas.

Han soltó un bufido.

—Chewie, sabes tan bien como yo que al contratar a ese estúpido matón, Jabba se limita a enviarnos un mensaje. Si Jabba realmente quisiera verme muerto, contrataría a alguien competente para que hiciera el trabajo. Nuestro repugnante rodiano es tan estúpido que no sabría encontrarse el trasero con las dos manos ni aunque usara una linterna láser.

—Hrrrrrrmnnn.... —dijo Chewbacca, que también tenía una pésima opinión del rodiano.

Han disponía de unos cuantos créditos, y decidió ir a echar un vistazo a los juegos

de azar locales. Quizá conseguiría ganar los créditos suficientes para hacer un primer pago sustancial que dejara momentáneamente satisfecho a Jabba, y luego podría concentrarse en ir reuniendo el resto de los créditos.

Entraron en la Sala del Dragón Krayt y miraron a su alrededor. En una esquina, naturalmente, se estaba desarrollando una partida de sabacc.

Han y Chewie fueron hacia allí, y cuando estuvieron un poco más cerca el corelliano clavó la mirada en uno de los jugadores, un hombre delgado de cabellos rojizos y facciones regulares.

—¡Eh! —exclamó Han—. ¡El universo es un pañuelo! ¿Qué tal estás, Dash?

Dash Rendar alzó la mirada hacia ellos y obsequió al corelliano con una cautelosa sonrisa.

—¡Eh, Solo! ¡Eh, Chewbacca! Cuánto tiempo sin veros... ¿Qué es eso que he oído contar de que ocurrieron cosas raras en Ylesia?

Han dejó escapar un gemido. Dash Rendar señaló un par de asientos vacíos, y Han y Chewie los ocuparon.

—Cuenten conmigo, caballeros —dijo Han, sacándose un puñado de créditos del bolsillo—. ¿Quieres jugar, Chewie?

El wookiee meneó la cabeza y se fue al bar en busca de un poco de consuelo líquido. Han miró a Rendar.

—¿Dónde oíste hablar de la incursión de Ylesia, Dash?

Después de la forma en que le había tratado la gente en Nar Shaddaa, resultaba muy agradable encontrarse con un conocido que todavía estaba dispuesto a dirigirle la palabra.

—Oh, la semana pasada me tropecé con Zeen Afit y Katya M'Buele, y me lo contaron —dijo Rendar mientras empezaba a repartir fichas-cam—. Dijeron que su grupo de rebeldes cumplió con su parte del acuerdo, pero que aquellos a los que habías elegido engañaron a todo el mundo. ¿Es verdad?

Han asintió.

—Sí, es verdad. Y también me engañaron a mí, pero nadie quiere creerme. —Frunció el ceño—. Pero no estoy mintiendo cuando lo digo. Jabba está pensando en ofrecer una recompensa por mi cabeza porque no puedo pagarle lo que le debo.

Rendar se encogió de hombros.

—Qué mala suerte —dijo—. Personalmente, siempre he procurado mantenerme lo más alejado posible de todos esos grupos rebeldes.

—Bueno, ésa también había sido siempre mi política —dijo Han—. Pero parecía una ocasión tan buena de ganar montones de dinero que...

—Oh, sí. Katya y Zeen estaban encantados, y repartían los créditos a su alrededor con tanta despreocupación como si los billetes fueran pienso para banthas —admitió Rendar.

Sólo llevaban unos minutos jugando, y Han estaba perdiendo, cuando sintió un tirón en su manga. Bajó la mirada para ver a una diminuta chadra-fan inmóvil junto a él.

—Eh?

La chadra-fan emitió unos cuantos graznidos, y Han frunció el ceño. El lenguaje de los chadra-fans nunca se le había dado demasiado bien.

—Kabe dice que fuera hay alguien que quiere verte —tradujo Rendar.

« ¡Jabba! Jabba por fin ha recibido mis mensajes y quiere verme —pensó Han—. Ha enviado a alguien para que me lleve ante su presencia. Ahora podré hablar con él y tendré ocasión de resolver todo este malentendido...»

Han arrojó sus fichas-carta sobre la mesa y se levantó, haciendo una seña a Chewie para que terminara su bebida.

—Bien, no contéis conmigo para esta mano. Puede que vuelva dentro de un rato.

Con una mano sobre la culata de su desintegrador, Han y el wookiee siguieron a la chadra-fan hasta la puerta de atrás y salieron al callejón. Una vez allí se quedaron inmóviles durante unos segundos y miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie.

Y de repente Chewie se volvió en redondo.

—¡Rrrrhhhhhh!

«¡Es una trampa!», comprendió Han en el mismo momento.

La mano del corelliano descendió hacia su arma, pero antes de que pudiera desenfundar oyó una voz que le resultaba terriblemente familiar.

—Quieto, Solo. Tira el desintegrador. Y dile al wookiee que si se mueve, los dos sois carne muerta. Me encantaría poder disponer de otro cuero cabelludo de wookiee para mi colección.

—¡No te muevas, Chewie! —le ordenó secamente Han al wookiee, que ya estaba empezando a gruñir.

Después sacó su desintegrador de la funda con gran lentitud y dejó que cayera al suelo polvoriento del callejón.

—Y ahora daros la vuelta muy despacio.

El corelliano y el wookiee obedecieron.

Boba Fett estaba inmóvil entre la oscuridad que llenaba el extremo del callejón. Han enseguida supo que era hombre muerto. Jabba debía de haber decidido contratar a un auténtico cazador de recompensas para asegurarse de que el trabajo se hiciera correctamente. Han se tensó, pero Fett no disparó. En vez de un disparo, lo que llegó hasta el corelliano fue su voz artificialmente filtrada.

—Relájate, Solo. No estoy aquí por una recompensa.

Han no se relajó, y lo único que consiguió fue mirarle con asombro. Fett le lanzó un crédito a Kabe. La chadra-fan saltó hacia adelante y lo pilló al vuelo y después desapareció entre la penumbra, dejando tras de sí un tenue canturreo de felicidad.

—¿No estás aquí por una recompensa? —preguntó Han.

—¿Hhhhhhhuuuuuhhhh? —coreó Chewie, tan asombrado como su amigo y socio.

—Jabba le contó a Greedo que habían ofrecido una recompensa por ti —dijo Fett—, pero en realidad sólo está utilizando a ese idiota para mantenerte en movimiento. Digamos que es una especie de recordatorio de que se ha tomado muy en serio eso de que debes pagar tu deuda. Si Jabba realmente quisiera verte muerto, ya sabes a quién contrataría.

—Sí, tienes razón —dijo Han, y después tardó unos momentos en seguir hablando—. Bien... Y entonces ¿por qué estás aquí?

—Llegué hace cosa de una hora —dijo Fett—. Le hice una promesa a alguien, y siempre cumplo mi palabra.

Han frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando, Fett?

—Le hice una promesa a una mujer, y ha muerto —dijo Boba Fett—. Hace algún tiempo le prometí que si moría, se lo diría a su padre para que no pasara el resto de su vida preguntándose qué había sido de ella. Pero nunca llegó a decirme cómo se llamaba su padre, así que he decidido decírtelo a ti para que puedas enviarle un mensaje a Tharen.

—¿Muerta? —susurró Han, teniendo que hacer un gran esfuerzo para mover los labios—. ¿Bria ha muerto?

—Sí.

Han sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

Chewie dejó escapar un suave sonido lleno de simpatía, y puso una peluda mano sobre el hombro de su amigo. Han permaneció inmóvil durante un momento interminable, intentando asimilar todas las emociones encontradas que se agitaban dentro de él. La pena era la que ocupaba un lugar más importante, y luego venía el dolor.

—Muerta —repitió con un hilo de voz—. ¿Cómo lo has sabido?

—Tengo acceso a las redes de datos imperiales. Bria Tharen murió hace treinta y seis horas, y los imperiales disponen de una identificación confirmada de su cuerpo. Su escuadrón estaba desempeñando las funciones de retaguardia durante alguna clase de operación de inteligencia.

Han tragó saliva. «¡No me digas que Bria ha muerto por nada!» —Consiguieron alcanzar su objetivo?

—No lo sé —dijo la voz mecánica—. Alguien tiene que decírselo a su padre, Solo. Le di mi palabra a Bria Tharen..., y siempre cumplo mi palabra.

Han asintió.



—Yo se lo diré —murmuró—. Renn Tharen me conoce.

«Y el enterarse de que su hija ha muerto va a ser un golpe terrible para él, pensó. Después tragó saliva, y sintió una punzada de dolor en el pecho. Chewie dejó escapar un suave gemido.»

—Excelente —dijo Fett, y el cazador de recompensas dio un paso hacia atrás.

Un instante después, Han y Chewie estaban solos. El corelliano se inclinó lentamente y recuperó su desintegrador. Los recuerdos del tiempo que había pasado junto a Bria invadieron su mente.

«¿Pensaste en mí, cariño? —se preguntó—, Espero que tuvieras una muerte lo más rápida e indolora posible...»

Han y Chewbacca giraron sobre sus talones y fueron hacia la entrada del callejón, y después salieron a la calle. Han pensó que tenía que encontrar a alguien que le dejara utilizar una unidad comunicadora..., porque tenía que enviar un mensaje muy importante.

# Epílogo

Al día siguiente, Han echó a andar por las abrasadoras calles del espaciopuerto de Mos Eisley deseando haberse puesto una camisa de manga corta en vez de aquella sucia camisa blanca y su vieja y maltrecha chaqueta negra de piloto. Citando sólo llevaba diez minutos andando, ya se le habían acercado tres alienígenas distintos para avisarle de que Greedo le andaba buscando.

Han asintió, le dio las gracias a cada uno de los informantes y le lanzó un decicrédito a cada uno. Tener buenos contactos nunca estaba de más.

La cegadora claridad del mediodía resultaba casi insoportable para los ojos humanos, y mientras seguía caminando Han no tardó en tener que entrecerrados. «Hay un montón de soldados de las tropas de asalto imperiales por aquí —pensó después de haber visto desfilar al trote a varios pelotones—. Me pregunto por qué...»

La visión de los rifles desintegradores con los que iban armados le hizo pensar en Fett y en la noche anterior. Después de la desaparición del cazador de recompensas, Han había encontrado un propietario de bar que le permitió utilizar su unidad de comunicaciones a cambio de un par de créditos.

El corelliano había registrado un mensaje cuidadosamente meditado para Renn Tharen. Le había costado mucho decidir qué tenía que decir, y al final había acabado optando por: «Señor, aquí Han Solo. Sé que se acuerda de mí. Tengo malas noticias para usted, señor. Bria ha muerto, pero murió como una valiente. Puede estar orgulloso de su hija. Bria no quería que usted pasara el resto de su vida preguntándose qué había sido de ella, así que le pidió a alguien que le transmitiera la noticia. Lo siento, señor... Sé que Bria le quería. Han Solo, fin del mensaje».

Han respiró hondo, y después añadió su propia despedida silenciosa para Bria Tharen. «Descansa en paz, Bria —pensó—. Adiós, pequeña...»

Se recordó a sí mismo que Bria formaba parte del pasado, y que seguir torturándose con recuerdos dolorosos no serviría de nada. «He de concentrarme en el presente....»

Una cosa estaba clara, y era que necesitaba ver a Jabba ese mismo día. Y además tenía que encontrar un poco de trabajo, de la clase que fuera.

Sabía que Chewie probablemente estaría en la cantina de Chalmun. Chalmun, junto con la mitad de Kashyyyk, era alguna clase de pariente lejano suyo.

Han decidió ir a la cantina. Sólo era mediodía, pero el local de Chalmun estaría llenísimo y muy animado. Cuando estuvo cerca de la entrada, Han ya pudo oír los acordes del grupo de músicos que estaban tocando dentro.

El interior del local se hallaba sumido en la penumbra, y comparado con el calor de las calles resultaba casi fresco. Han hizo una profunda inspiración de aire, y percibió los olores de sustancias intoxicantes procedentes de una docena de mundos

distintos. Bajó el tramo de peldaños de la entrada y saludó a Wuhe; el feísimo y hosco encargado de la barra, con una inclinación de cabeza. Wuher volvió la vista hacia la derecha, y Han miró en esa dirección. Chewbacca venía hacia él con paso rápido y decidido.

Resultaba obvio que el wookiee estaba muy complacido por algo.

Chewie detuvo a Han junto a la entrada, y conferenció con su socio en una serie de suaves gruñidos y gemidos.

Han inclinó la cabeza hacia un lado, y su mirada fue más allá del wookiee para posarse en dos humanos que estaban inmóviles delante de la barra.

—¿Transportar pasajeros? —exclamó—. ¡Eh, eso es mejor que nada! ¡Buen trabajo, Chewie! ¿Son aquel par de ahí, ese viejo con la túnica de jawa y el chico que va vestido con un mono de granjero de humedad?

Chewie asintió, y comentó que aunque el anciano parecía inofensivo, acababa, de quitarse de encima muy eficientemente al doctor Evazan y a Ponda Baba hacía tan sólo unos momentos..., y que además había utilizado un arma de lo más inusual para ello.

Han frunció el ceño, sintiéndose bastante impresionado.

—¿Y dices que usó una espada de luz? Vaya, vaya... No sabía que nadie las tuviera todavía. De acuerdo, me encargaré de discutir los detalles con el viejo y el chico. Tú llévalos a ese reservado vacío, y me reuniré con vosotros dentro de un segundo.

Han dedicó unos momentos a examinar el local mientras Chewbacca llevaba a sus futuros clientes hacia la mesa del rincón. «Ni rastro de ese maldito rodiano. Estupendo...»

Después echó a andar por entre la numerosa clientela de la cantina y fue hacia la mesa en la que Chewie, el anciano y el chico se habían sentado y le estaban esperando...

*EL COMIENZO...*